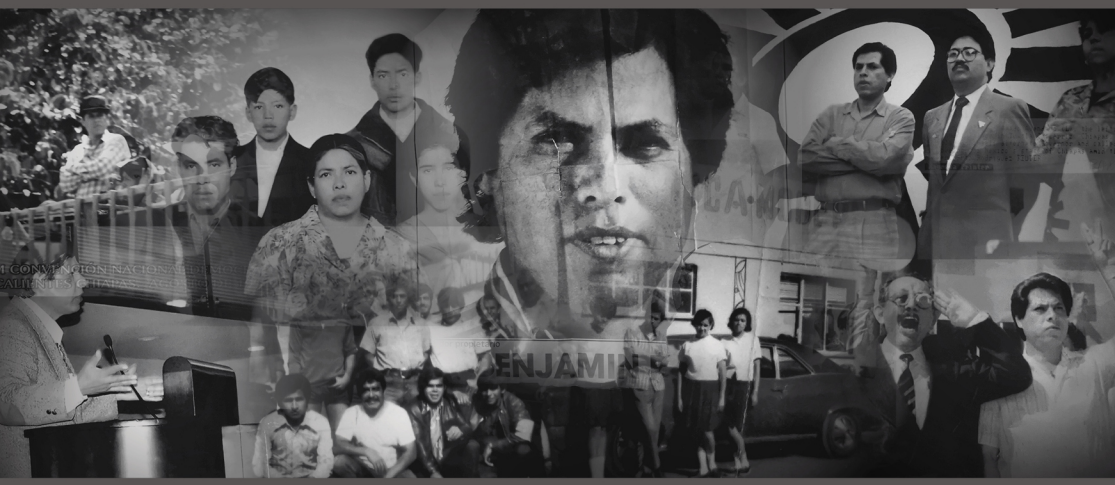
DE LAS **ARMAS** A LAS **URNAS**

CONTRIBUCIÓN A LA HISTORIA DEL GRUPO ARMADO LACANDONES ANTES DE FORMAR PARTE DE LA LIGA COMUNISTA 23 DE SEPTIEMBRE

AUTOBIOGRAFÍA

Benjamín Pérez Aragón

BIBLIOTECA **INEHRM** BIBLIOTECA **INEHRM** BIBLIOTECA **INEHRM** BIBLIOTECA **INEHRM**



BIBLIOTECA **INEHRM**

DE LAS **ARMAS** A LAS **URNAS**

CONTRIBUCIÓN A LA HISTORIA DEL GRUPO ARMADO LACANDONES ANTES DE FORMAR PARTE DE LA LIGA COMUNISTA 23 DE SEPTIEMBRE

AUTOBIOGRAFÍA

BIBLIOTECA **INEHRM**

CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA

SECRETARÍA DE CULTURA

Alejandra Frausto Guerrero
Secretaria de Cultura

INEHRM

INSTITUTO NACIONAL DE ESTUDIOS HISTÓRICOS
DE LAS REVOLUCIONES DE MÉXICO

Felipe Arturo Ávila Espinosa
Director General

DE LAS **ARMAS** A LAS **URNAS**

CONTRIBUCIÓN A LA HISTORIA DEL GRUPO ARMADO LACANDONES ANTES DE FORMAR PARTE DE LA LIGA COMUNISTA 23 DE SEPTIEMBRE

AUTOBIOGRAFÍA

Benjamín Pérez Aragón

MÉXICO 2024

Portada: Collage propuesto por la familia del autor.

Sobre las imágenes contenidas en la obra:

Las fotos del presente libro fueron proporcionadas
por la familia del autor, algunas fueron retomadas
de testimonios de otras y otros compañeros,
todas llevan la intención de recuperar la memoria.

Ediciones en formato electrónico
Primera edición, INEHRM, 2024.

D. R. © Benjamín Pérez Aragón†
D. R. © Francisco Ávila Coronel, *Etnografía del proceso...*
D. R. © José Ricardo Pérez Ávila, *Prólogo*

D. R. © Instituto Nacional de Estudios Históricos
de las Revoluciones de México (INEHRM),
Plaza del Carmen núm. 27, Colonia San Ángel, C. P. 01000,
Alcaldía Álvaro Obregón, Ciudad de México.
www.inehrm.gob.mx

Las características gráficas y tipográficas de esta edición son propiedad del Instituto Nacional de Estudios Históricos de las Revoluciones de México, órgano desconcentrado de la Secretaría de Cultura.

Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción parcial o total, directa o indirecta, del contenido de la presente obra, sin contar previamente con la autorización expresa y por escrito de los editores, en términos de la Ley Federal del Derecho de Autor, y en su caso de los tratados internacionales aplicables, la persona que infrinja esta disposición, se hará acreedora a las sanciones legales correspondientes.

ISBN: 978-607-549-462-3

HECHO EN MÉXICO

ÍNDICE

A manera de introducción 11
Felipe Ávila

Etnografía del proceso autobiográfico 17
Francisco Ávila Coronel

Prólogo 25
José Ricardo Pérez Ávila

Introducción 33
Quién soy 35
Desde qué trinchera o punto de vista me encuentro 36
Qué pretendo analizar en esta obra 38
Metodología 40
Antecedentes de la metodología 41
El interaccionismo simbólico 44
Técnicas de validación 46
Otras referencias metodológicas coincidentes 52
Antagonismo a la metodología mecanicista y al "memoricidio" 53

Capítulo I
Relaciones de parentesco y herencias culturales de los padres. De la tragedia a la esperanza

Mi nacimiento y la muerte de mis padres 57

Del Compás, Durango,
a Caseta Distrito Bravo, Chihuahua 64
De Caseta a San Ignacio D. B., Chihuahua 67
De San Ignacio a Cd. Juárez, Chihuahua 74
La Academia Comercial Bilingüe en Cd. Juárez 73
La escuela secundaria federal nocturna por cooperación 77
Director del periódico Tribuna Estudiantil y presidente
de la sociedad de alumnos 84
Como profesor en la Academia Comercial Bilingüe 92
La Cruz Roja 98
Un avance en mi análisis etnográfico
y una primera reflexión conclusiva 104

CAPÍTULO II

LAS BASES SUBJETIVAS DE LA REBELDÍA ARMADA REVOLUCIONARIA. UNA APROXIMACIÓN AUTOBIOGRÁFICA A LA HISTORIA DE LOS LACANDONES, COIMPULSORES DE LA CONSTRUCCIÓN DE LA LIGA COMUNISTA 23 DE SEPTIEMBRE

Tlatelolco DF-Cd. Juárez, Chih., 1968 111
En qué consistía mi propuesta política
de reorganización al movimiento estudiantil 112
El CLL en Juárez 115
Primera movilización convocada por el CLL 120
Primera división del CLL 123
Las visitas de Miguel y de Gabriel Domínguez
Rodríguez al CLL en mi casa 125
Otras actividades y otras relaciones de solidaridad
por parte del CLL 127

La recepción en Cd. Juárez a Luis Echeverría Álvarez (LEA), como candidato a la Presidencia de la República 131
La segunda y última división del CLL. Su desaparición 142
Nuestra invasión al predio del sur poniente de la ciudad 150
Un intento de dar seguimiento organizativo a lo iniciado por el CLL 164
Mi frustrado viaje a Cuba 166
Una revaloración de todos mis escenarios 167
Mi adiós a Cd. Juárez y a mi vida de militante legal 171
Segundo avance en mi análisis etnográfico y una reflexión conclusiva más 174

CAPÍTULO III

LOS ORÍGENES SUBJETIVOS DE LA DERROTA MILITAR Y POLÍTICA. ¿DE GUERRILLEROS A DEFENSORES DEL SISTEMA? O EN MI CASO: ¿QUÉ RAZONES TUVE PARA SEGUIR EN LA OPOSICIÓN FRENTE AL PRI, AL PAN Y AL PRD?

La guerrilla, mi aprehensión y responsabilidades 181

CAPÍTULO IV

LA CÁRCEL

Nuestro arribo a Lecumberri, luego el traslado a la crujía "M". Breve descripción de sus condiciones 293
El balance de la detención y la lucha ideológica en la crujía "M" de Lecumberri del grupo Lacandones ... 301
Las diferencias paralelas y de fondo entre los Lacandones, expresadas en otras actitudes y comportamientos 322
El intento de fuga y el suicidio de Miguel 325
Mi infarto cerebral, mi hemiplejia y el futbol americano como tratamiento 332

El Reclusorio Oriente, descripción general 339
Las labores a que me dediqué en mi estancia en ese reclusorio 341
El motín del narcotráfico en el Reclusorio Oriente 348
Últimos acontecimientos antes de la amnistía 353
Algunas reflexiones sobre los dos primeros incisos del tercer capítulo, para mi análisis final 361

CAPÍTULO V

LA AMNISTÍA Y CÓMO ENFRENTAMOS NUESTRAS NUEVAS CONDICIONES DE PARTICIPACIÓN POLÍTICA POR LA VÍA LEGAL Y PACÍFICA, DESPUÉS DE LA REFORMA POLÍTICA DE 1977

Mis miedos, expectativas y limitaciones al salir de la cárcel .. 379
Mi definición de la Reforma Política de 1977-1978 382
Apareció Yolanda Gaytán y desaparecieron mis primeras adversidades 387
Se abrió un gran abanico de compromisos políticos 392
Mi traslado al estado de Aguascalientes como responsable de la construcción del Partido Patriótico Revolucionario (PPR) en cuatro entidades del bajío del país 404
Algunas reflexiones del periodo desde que fui amnistiado hasta mi traslado a Aguascalientes 409
Mi traslado definitivo a la ciudad de Aguascalientes y a cumplir con mi nueva responsabilidad en otros cuatro estados del Bajío 415
Nuestra nueva Estrategia y Táctica para el Movimiento Revolucionario en México 428
El Partido Mexicano Socialista (PMS) en Aguascalientes 436
El nacimiento del PRD a nivel nacional y en Aguascalientes 446

Mis inferencias: la relación de los Ortega con el gobierno del estado y la injerencia de éste en las decisiones del PRD 454
Mi designación como presidente del Comité Ejecutivo Estatal del PRD en Aguascalientes (CEE) y mi destitución como tal 457
Alzamiento del EZLN y mi participación como miembro de la Dirección Nacional de la CND convocada por ellos 463
Desde el Comité Ejecutivo Estatal nos vuelven a escamotear la regiduría plurinominal del Municipio de Jesús María, 1995 470
Como coordinador estatal de la campaña nacional de AMLO para la presidencia del CEN del PRD 472
Nuestra alianza transitoria con los Ortega o NI en Aguascalientes 473
Invitación a ser diputado por parte del PT 477
Invitación del PRI a ser diputado 480
Mi exclusión permanente en la posibilidad de ser diputado por el PRD y las ofertas de ser regidor 480
Candidato por la vía uninominal a Diputado Local por el V Distrito de Aguascalientes, 1998 481
Una breve traducción al significado del paso "de las armas a las urnas" 483
Mi decisión de trasladarme de nuevo a radicar al DF 491
El Pacto por México y la participación en su promoción y apoyo de algunos exguerrilleros, excompañeros míos de la OMEP 499
El nacimiento de Morena 502

CAPÍTULO VI.

ÚLTIMAS REFLEXIONES Y CONCLUSIONES

La reforma política de 1977 y el PRD 511

Las oligarquías internacionales y su influencia en las políticas de países como México 517

La nueva situación en México a partir del 2018 y la revolución de las conciencias contra la corrupción y el neoliberalismo 522

El interaccionismo simbólico y el materialismo dialéctico 527

¿Me ganaron realmente los Ortega en Aguascalientes? 531

FUENTES CONSULTADAS 539

A MANERA DE INTRODUCCIÓN

Felipe Ávila

Conocí a Benjamín Pérez Aragón cuando yo estudiaba sociología en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM, él era el delegado sindical de la delegación de esa escuela, —hasta donde recuerdo, en esos años era la única en la que había una sola delegación que agrupaba a los trabajadores administrativos y a los académicos—. Benjamín era bibliotecario y los trabajadores de base habían ganado las elecciones desplazando a los académicos cercanos al partido comunista y a la corriente hegemónica del STUNAM. Yo pertenecía a un grupo maoísta radical de la universidad y coincidimos con los trabajadores en varias acciones de apoyo a los movimientos populares con los que se vinculaban, en esos tiempos, los activistas hombres y mujeres de las Facultades de Ciencias Políticas, Ciencias y Economía, sobre todo, así como de las preparatorias populares y los CCH´S.

Benjamín estuvo poco tiempo en la Facultad. Otras tareas políticas lo reclamaban. En ese breve lapso se ganó mi respeto y afecto. Era muy responsable, serio, parco. No platicaba de su pasado guerrillero, aunque su actitud respetuosa y su compromiso, además de algunos de sus comentarios aislados y su sonrisa franca, con la que evadía preguntas incómodas que no quería responder, develaban a un hombre absolutamente convencido de su militancia, congruente con sus ideales, que mantenía su esperanza en una revolución de los trabajadores por la que arriesgó su vida y fue encarcelado y que, no obstante, no se había doblado, ni se doblaría.

Nunca conversé mucho con él. Lo vi dirigir las asambleas sindicales, organizar las tareas, encabezar las negociaciones

laborales con las autoridades, sumarse a la organización de las marchas y tareas de propaganda en apoyo a los movimientos sindicales, magisteriales, campesinos —por esos años eran una tarea recurrente para la poca izquierda militante universitaria—. Siempre fue muy atento y respetuoso con esos jóvenes universitarios, quienes entonces hacíamos nuestros pininos en la militancia de izquierda. Muchas veces tuve la impresión de que mucho de lo que hacíamos, que para nosotros era trascendental, para él eran esfuerzos y trabajos que en poco contribuían a la causa. Era una época en la que buena parte de nuestro tiempo lo dedicábamos a discusiones ideológicas cargadas de dogmatismo: los reformistas (los cercanos al PCM, al PRT, los pescados y trotskos, como se les conocía, y una buena parte de las organizaciones maoístas agrupadas en Línea de Masas, todos ellos partidarios de la lucha electoral) contra los revolucionarios (las corrientes maoístas más radicales y los cívicos cercanos a la ACNR, todos antielectorales). Eran tiempos en los que el enemigo eran los compañeros de las otras corrientes y nos enfrascábamos en agudas disputas políticas e ideológicas en las asambleas de las escuelas y en las delegaciones sindicales. Muchas veces pensé que la sonrisa condescendiente de Benjamín, en la delegación de la Facultad o en las pláticas de quienes éramos más afines, era un reflejo de que no creía que esas disputas fueran lo más importante, que la unidad del movimiento era fundamental y que había otras cosas más importantes que ni siquiera intuíamos. A pesar de eso nunca nos descalificó, ni nos regañó, pero creo que muy pronto se dio cuenta de que había cosas más importantes que hacer, más allá de la Universidad y del sindicalismo universitario. Y, a pesar de todo, el trabajo que hizo al frente de la delegación de la Facultad fue siempre un ejemplo, un referente para quienes siguieron después que él tratando de mantener la independencia de la delegación y la defensa de los derechos labora-

les de sus trabajadores. Todos quienes tuvimos oportunidad de tratarlo en ese tiempo lo recordamos siempre con cariño, admiración y respeto.

Años después volvimos a encontrarnos fugazmente. Nos vimos dos o tres veces, supe que seguía haciendo trabajo político en el PRD, aunque mantenía una posición a la izquierda de ese partido. Las circunstancias de la vida nos llevaron a coincidir en la organización del seminario sobre el Movimiento Armado Socialista que emprendimos desde el INEHRM con varias compañeras y compañeros protagonistas del movimiento guerrillero, sobre todo de los años 60 del siglo pasado. Quisimos construir un foro de discusión, de reflexión y análisis colectivo para que pudiera rescatarse la memoria de esa experiencia política y militar que contribuyó a que México cambiara y se lograra, con el avance de las luchas populares, la democratización del país y avanzar en el desmantelamiento del antiguo régimen de partido de Estado. La pandemia impidió que nos siguiéramos reuniendo en persona, aunque se mantuvo el seminario de forma virtual y se organizó un taller para que ellas y ellos escribieran sus memorias y testimonios.

Este libro, escrito con mucho esfuerzo por Benjamín, tratando de vencer las resistencias a abrirse y contar a los demás nuestra vida, de manera honesta y valiente, y el prurito de un compromiso militante en el que se arriesgó la vida propia y en la que muchos compañeros y compañeras la perdieron, fue también otro gran desafío. Por desgracia, no logró presentar su tesis de titulación y tampoco pudo ver publicado su testimonio. Su compañera y sus hijos decidieron publicar esa última versión de su trabajo, que es la que se ofrece aquí. Sirva de homenaje a un gran compañero de ruta, revolucionario, luchador social y, sobre todo, una persona con gran calidad humana a quien se le extraña y respeta.

ETNOGRAFÍA DEL PROCESO AUTOBIOGRÁFICO

Francisco Ávila Coronel

La autobiografía de Benjamín Pérez Aragón fue escrita como tesis de licenciatura para titularse como licenciado en Antropología social en la Escuela Nacional de Antropología e Historia (ENAH), pero desgraciadamente le sorprendió la muerte poco tiempo antes de titularse, justo cuando estaba esperando que el jurado le entregara sus votos. Su esposa Alejandrina Ávila intentó que se titulara *post mortem*, sin embargo las autoridades de la institución no lo autorizaron. Benjamín, antes de morir, hablaba de que todavía le faltaban algunas correcciones, pero ya no volvió a casa.

Cuando los conocí, Benjamín y Alejandrina vivían en la Ciudad de México y los visité periódicamente para recuperar el testimonio de ambos. Benjamín se mostró muy dispuesto a platicar de sus memorias y al menos desde el 2018 se encontraba muy inquieto porque quería titularse de la licenciatura y "cerrar el ciclo", pero le parecía que no tenía claridad sobre qué enfoque podría darle a su trabajo. Me pidió consejo sobre cómo él podría hacer un estudio cultural sobre los Lacandones: el nombre puesto, por la policía, a los tres comandos armados que originalmente integraron el movimiento guerrillero al que perteneció. En ese contexto coincidimos en que, hasta ese momento, los escasos trabajos académicos que hablaban de estos comandos armados se centraban en los grandes acontecimientos, en las acciones armadas, las expropiaciones, en la represión o en los "grandes personajes", los líderes más visibles y carismáticos de la guerrilla. En este sentido charlamos sobre la importan-

cia de estudiar y recuperar las memorias de aquellos procesos silenciados, menospreciados o (auto) censurados que se refieren a la dimensión personal, a la cotidianidad de la guerrilla, a la sexualidad, a las subjetividades en torno a los debates y disputas políticas. Yo me encontraba por iniciar mi estancia posdoctoral en el Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Ciencias y Humanidades (CEIICH-UNAM) para trabajar mi proyecto sobre mujeres guerrilleras y me interesaba abordar el problema de la articulación entre la sexualidad, el género y los conflictos ideológico-políticos. Le argumenté a Benjamín que muchas veces los problemas que se consideran "personales" son políticos, tal como las teóricas feministas lo proponen. Le conté sobre mi investigación del Partido de los Pobres en Atoyac, Guerrero, y les obsequié una copia de mi tesis doctoral.

Con el paso del tiempo, Benjamín Pérez se abrió para charlar sobre temas que él mismo autocensuraba, pues no sabía con qué narrativa se podrían rememorar sin que se interpretaran como acusaciones personales o caer en detalles "innecesarios" que parecieran "chismes". Se trataba de temas tan incómodos como las expulsiones, los castigos disciplinarios, los conflictos sexuales y de pareja, los celos, las revanchas personales, las expresiones de violencia entre varones o hacia las mujeres y el ejercicio de dominación entre camaradas.

Benjamín Pérez se oponía a externar públicamente algunas memorias personales que consideraba privadas e incómodas, como aquellas que tenían que ver con su sexualidad, con su vida amorosa y con la forma en que entendía ser hombre. Debido a que yo estaba haciendo un proyecto de investigación sobre la historia de Los Lacandones con enfoque de género, charlé largamente con él sobre estos temas, reflexionamos sobre la sexualidad y coincidimos en que no es un fenómeno alejado de la política y que por el contrario,

frecuentemente el poder masculino en los espacios públicos se asocia con la apropiación del cuerpo de las mujeres en espacios privados.

La presente obra habla de algunas experiencias sexuales, amorosas y de temas privados de la vida de Benjamín Pérez que para algunas lectoras y lectores puede parecer que se trata de un acto de "presunción" o de "machismo"; sin embargo, sin negar la herencia patriarcal en la que él y muchos hombres de su tiempo fueron formados, en el caso de esta autobiografía, el autor incorporó estos relatos como un acto de honestidad, como una forma de reconocer que, como militante, reprodujo algunos mandatos de género de la masculinidad hegemónica, pero que se mantuvo en esa tenue línea que transitaba en la búsqueda de un "hombre nuevo", por lo que en el testimonio de Pérez se puede constatar que hay tensiones y esfuerzos por romper con los mandatos sexistas para contraponerse en un plano de una masculinidad contrahegemónica, más igualitaria.

Como dije al principio, este libro es una tesis que aún debía pasar por un último proceso de correcciones, entre las cuales faltó afinar el sentido de cómo se narran aquellas experiencias personales, con el fin de integrarlas en la medida en que aportaran para su análisis autoetnográfico, que, en este caso, buscaban demostrar que Benjamín Pérez fue rompiendo con ciertos mandatos machistas y transitando hacia una concepción más contrahegemónica de su masculinidad. Pero no todos los procesos son lineales, pues lo que se puede observar en su autobiografía es que en su historia de vida también hay contrasentidos.

En abril de 2020, cuando apenas comenzaba la pandemia de Covid-19, fundé el Taller de testimonios, que fue un esfuerzo coordinado entre el CEIICH-UNAM, donde yo inicié mi estancia posdoctoral, y el INEHRM. Dicho taller fue sugerido por varios exmilitantes e integrantes del Seminario del Mo-

vimiento Socialista Armado Mexicano del INEHRM a finales de 2019, espacio académico que coordinó Felipe Ávila y Adela Cedillo. Retomé las inquietudes de dicho seminario en el que yo también participaba y, con el apoyo de Felipe Ávila lancé una convocatoria para el taller. Mi convocatoria al principio generó dudas, pues muchos sobrevivientes del MASM no me conocían, sin embargo, el espacio pudo concretarse gracias a varias compañeras y compañeros como Benjamín Pérez, quien desde el principio fue de los más activos y consistentes en impulsar y asistir al espacio colectivo de memoria.

Para arrancar el taller me ayudó mucho la exmilitante del Ejército de Liberación Nacional (ELN-Colombia) Denisse Dusan; también fueron de ayuda las sugerencias de Martha Patricia Castañeda, quien me asesoraba en el CEIICH. Definitivamente me enriquecieron los comentarios y sugerencias de Benjamín Pérez para diseñar el taller, pero sobre todo la confianza que depositó en mí, pues su intervención fue decisiva para que otros sobrevivientes del MASM decidieran entrar.

Benjamín Pérez tenía la convicción de que juntos y en colectivo, entre diversos militantes de varias organizaciones, se podría hacer un balance de la memoria, que mediante una reflexión crítica y autocrítica, se podría llegar a una "verdad histórica colectiva". Pero se encontró con que otros *testimoniantes* tenían una "verdad" diferente a la suya y que además no estaban dispuestos a negociarla. En este sentido el proceso de memoria fue muy intenso pues Benjamín me llamaba frecuentemente para argumentar que el movimiento armado había tenido muchas fallas, que él desde antes de irse a la guerrilla tenía muchas dudas, pues se daba cuenta de que había una desviación militarista y que la guerrilla, así entendida, no era una opción viable. También Benjamín Pérez fue uno de los primeros guerrilleros que, ya estando en la cárcel, propusieron una "rectificación" y ahondó su crítica al militarismo. Ahí le tocó una amarga experiencia,

pues hubo un deslinde político y Los Lacandones se desintegraron. Por ejemplo, uno de los líderes de sus, Miguel Domínguez, se distanció para adherirse a la Liga Comunista 23 de Septiembre.

En cierta forma, el Taller de testimonios parecía reeditar las discusiones que se dieron durante la cárcel o en el periodo llamado de rectificación, cuando apenas comenzaba a consolidarse la Corriente Socialista. Para evitar que en el taller las discusiones escalaran como confrontaciones personales, propuse que se hicieran algunos acuerdos de convivencia entre los cuales destaca que se respetaría el recuerdo y la versión de cada *testimoniante*, que se hablaría con cordialidad y mediante preguntas a los que narraran sus experiencias, que estaba prohibido negar o tachar a otros de mentiroso o mentirosa y que cada quien daría su punto de vista apegándose a los sucesos en los que fue testigo directo, dejando en claro cuando se hablaba con base en fuentes de segunda mano. Sorprendentemente estos acuerdos funcionaron y durante dos años se pudo sesionar los jueves.

Con el paso de los meses, Benjamín Pérez me insistió en que yo debería fomentar o facilitar una metodología para que se llegara a la "verdad", quizás pensaba que en algún momento algunos compañeros aceptarían sus críticas y cuestionamientos. Pero esto nunca sucedió, por lo que, con el tiempo aprendió que no podía "consensuar una sola memoria colectiva", porque lo que se estaba narrando cada jueves no era una historia homogénea, sino que se estaba destapando una polifonía de memorias, unas más marginales que otras, unas que incluso habían sido [auto] silenciadas. Me llamó la atención que muchos secretos emergieron, pero se dio la consigna de que "siguieran siendo secretos", cuestión que me hizo pensar que había algo parecido a un acuerdo colectivo e informal: los secretos de guerra.

Ante la imposibilidad de llegar a un solo relato, Benjamín entendió que su tarea en el taller de testimonios era sustentar sus puntos de vista. Por eso él y Alejandrina se pusieron a leer los documentos básicos de la Liga Comunista 23 de Septiembre y empezaron a cruzar sus memorias personales con los debates ideológicos que se dieron ahí. Más tarde se concentró escribir su versión de los hechos, dar sus puntos de vista, estudiar su propio proceso vital, poniendo atención en sus propias subjetividades, en sus sentimientos, motivaciones y causalidades que lo llevaron a transitar por la guerrilla de Los Lacandones y que lo distanciaron de las posiciones de la Liga Comunista 23 de Septiembre.

Benjamín Pérez —sobre todo a la luz de las tensiones que hubo por el testimonio de su esposa Alejandrina Ávila, quien se atrevió a hablar de las purgas al interior de su organización— decidió alejarse del Taller de testimonios durante un periodo. En el proceso de escritura, quizás por temor a entrar en mayores roces con sus camaradas Beto Domínguez y Rigoberto Lorence, no se animó a narrar públicamente sus memorias, sino que se concentró en escribir su tesis, asesorado por Sergio Sánchez Díaz.

Desgraciadamente a Benjamín le faltó más tiempo de vida para llegar a exponer este trabajo en el Taller de testimonios, sin embargo, muchas de las temáticas y problemáticas aquí abordadas fueron detonadas por las discusiones colectivas que se hicieron allí, con sus compañeros y en colectivo. Fue de mucha ayuda para él poder escuchar los testimonios de sus camaradas de lucha, Rigoberto Lorence, Alberto Domínguez, José Domínguez y, por intermediación mía, poder conocer ciertos recuerdos de Carlos Salcedo.

PRÓLOGO

José Ricardo Pérez Ávila

Estimado lector:

La redacción del presente libro representa la suma directa de un esfuerzo que abarcaría las dos últimas décadas. Su escritura, por otro lado, se localiza en la totalidad de la vida consciente de su autor, desde la primera vez que levantó un lápiz y sintetizó una idea en el papel, siendo el niño huérfano que también fue, estudiando y entendiendo lo que podía del primer grado de primaria, en un ambiente que ya se nos revelará páginas adelante.

Hay obras así. Emanan de cabezas que están demasiado ocupadas sobreviviendo a brazadas en medio de una tormenta. A cada bocanada de aire, entre el golpe de las olas, durante cada pequeña fractura por donde se filtra la luz, las palabras van acumulándose en lo que terminará siendo un libro. Pasarán años y décadas antes de que lo sepan: que allá, en el futuro que ahora se ve como un muro insondable de tinieblas y relámpagos, en donde por cierto acecha la muerte, si se pone la atención suficiente, puede escucharse el eco de los pasos disciplinados de un par de manos sobre el teclado.

Es imposible adivinarlo. Acaso uno puede tener ciertas intuiciones que confunde con fantasías: que un día uno se encontrará delante de ese banco de palabras y que esas palabras reflejarán este proceso, de decantado, casi geológico, de las emociones nacidas a quemarropa contra la experiencia viva y el destello proveniente de su lenta metamorfosis en piedra, mineral, diamante. Sólo se puede asomar los ojos ha-

cia allá, e imaginar. Ahora, mientras escribo, Benjamín y yo nos escuchamos a través de ese muro. Lo escucho, tecleando un capítulo entero y borrando tres. Me escucha, tecleando un párrafo y borrando tres.

Levantamos la cabeza sin mirar a ningún lado, los dos. Pensamos que no lo lograremos, que esto que estamos intentando convenir dentro de un párrafo, es imposible de convenir. Que esta es una empresa que no tiene ni principio ni final. Que esto es lo más difícil que hemos hecho en toda nuestra vida y que somos los menos aptos para lograrlo. Entonces sonreímos y volvemos a poner las manos sobre las letras. Por eso. Porque es difícil y muy doloroso. Porque es imposible y nadie lo intentaría. Por eso te escribo hoy, Benjamín y te imagino, durante tus últimos años, durante tus últimos meses y días y horas, sentado delante de tu laptop, dando los últimos detalles, una última revisión más, antes de mandar este texto a tus asesores. Escribimos, los dos.

Este libro fue originalmente una tesis de licenciatura en antropología. Su primer esbozo buscaba capturar los procesos sociales y políticos de democratización surgidos desde la era de la guerra sucia en México y el surgimiento de los primeros partidos políticos de oposición, hasta la fundación del PRD; en el que Benjamín también militó y sirvió por años, hasta que decidió regresar a la capital del país, para retomar los estudios que había dejado inconclusos y flanquear los bloqueos políticos a los que se enfrentó durante décadas en Aguascalientes, ejecutados por conocidos apellidos terratenientes, también responsables por cierto, de convertir la trinchera de la izquierda en México en un McDonalds.

El lector atento notará la amplitud temática, lo que no suele ser conveniente para una tesis de licenciatura. Así también lo notaron sus primeros asesores. Así era Benja-

mín. Ante incontables correcciones y el paso de los años, bromeábamos, en la intimidad de nuestra familia, sobre que su nieto terminaría su tesis antes que él. Benjamín sólo sonreía.

Aceptó ajustar el tema en varias ocasiones. Asesores fueron y vinieron. El tiempo no bastó para la licenciatura de mi hijo, pero sí para profesionalizarme en el ámbito de las letras y terminar revisando varias encarnaciones de este trabajo. Me recuerdo a mí mismo diciéndole, luego de anotar y comentar, que una tesis difícilmente podía abarcar tanto y resultar manejable. Me recuerdo diciéndole que si quería escribir su biografía la escribiera a parte de su tesis, que resultaría más fácil que su tesis fuera solo eso: una tesis más, entre el millón de tesis que nuestro sistema de educación superior produce al año. Y sí: Benjamín sólo sonreía.

Varios años después, la ENAH aprobó una última prórroga de entrega. Una entrevista con el último asesor que aceptó su proyecto fue capaz de aportar el par de pinceladas que su corpus necesitaba para cobrar sentido. Creo que voy a envidiar para siempre su capacidad lectora, su visión: Lo que tú quieres escribir es una autobiografía. Pues ándale, escríbela, me contó que le dijo.

Tomar toda la investigación documental y el análisis fundamentado desde lo teórico que componían el corpus de su tesis, e introducir al andamiaje la subjetividad de su historia personal, la absoluta subjetividad de su experiencia de vida, no fue ni por asomo un trabajo simple; la confrontación de un discurso disciplinado a delimitar ideas y contrastarlas, contra un estilo narrativo parco que tiende a tocar notas emocionales muy profundas implicó la necesidad de mediar entre los dos polos de mi papá.

Como hijo, conocí ambos: al hombre que salió de pie de la tortura y los años en Lecumberri, no solamente con la energía para seguir viviendo sino para continuar militando

en la izquierda en México, sin nunca perder el corazón; al hombre que luego de un par de Don Julios, en una noche cualquiera, soltaba un par de frases antes de que su voz se quebrara y perdiera en un silencio insondable, en la brutalidad de sus propios recuerdos. Como escritor y como lector, conocí las letras de este último mediante su tesis.

Benjamín entregó la revisión final a un par de meses de su fallecimiento. Aún en su último lecho, se aferró a su teléfono móvil esperando la resolución de sus asesores. La experiencia en mi cabeza ha terminado por desdibujarse. Lo imagino también escribiendo este último momento. Puedo ver ahora cómo su tesis, con este conflicto interno en el que las escenas de su vida se entrelazan con los complejos ángulos de su análisis se compaginan para formar una sola unidad, el final de la triada dialéctica.

Puedo ver la escena: cómo ante sus ojos y los de su familia, su tesis, su libro, su vida, terminó por responder a lo que vincula los movimientos sociales de la segunda mitad del siglo XX en México, con los complejos fenómenos políticos ocurridos hasta hoy, ¿cómo se cohesionan todas las historias, a lo largo del paso de las décadas de un país? Mediante la vida de sus habitantes y las de sus hijos.

Los ortodoxos lineamientos de mis propios maestros, respecto a las diferencias de estilo entre un libro y una tesis, desaconsejaron en mis años de formación, empatarlos. Las tesis deberían de editarse para convertirse en un documento publicado. Esto es, deberían adaptarse. El problema es simple: Benjamín sólo se adaptó para continuar luchando. Mi papá siempre se supo en una guerra en la que tenía las de perder y precisamente por eso nunca se rindió. Supo siempre que no había tiempo: todo era urgente, todo era vital. Este libro es un testimonio vivo de su lucha; interna, externa y sí: contradictoria. Una bocanada tras otra, entre las brazadas y los golpes de tecla que atravesaron la tormenta. Este libro es la

última versión que revisamos juntos y no puede sino ser la versión definitiva, el libro; la coexistencia entre el ritmo de sus pensamientos y el de su corazón, que ahora te entregamos con una sonrisa.

13 de octubre de 2023

INTRODUCCIÓN

Sólo la verdad os hará libres.

JUAN 8:31, CITANDO A CRISTO

Decir la verdad es siempre revolucionario.

ANTONIO GRAMSCI

La autobiografía es la única que nos permite ver a un individuo en el contexto de la totalidad de su vida, desde el nacimiento hasta el momento en que lo encontramos. Debido a ello, puede conducirnos a mejor comprensión de las etapas y períodos críticos en los procesos de su desarrollo. Nos permite mirar a los sujetos como poseedores de un pasado con éxitos y fracasos, y de un futuro con esperanzas y temores. Nos permite también ver a un individuo en relación con la historia de su tiempo, y cómo es influido por las diversas corrientes religiosas, sociales, psicológicas y económicas presentes en su mundo. Nos permite ver la interacción de la historia personal de los hombres con la historia de su sociedad, capacitándonos por tanto para comprender mejor las opciones, contingencias y alternativas abiertas al individuo.

BOGDAN

QUIÉN SOY

Pertenecí al grupo guerrillero en México conocido como Lacandones, que contribuyó a la conexión y coordinación con otros grupos guerrilleros del país hasta 1972, para la integración de la Liga Comunista 23 de Septiembre (LC23S) en marzo de 1973 en Guadalajara, Jal.

Los Lacandones, antes y después de ser integrados a la LC23S, pretendimos levantar en armas fundamentalmente al proletariado de aquel entonces, en búsqueda de transformar al país de capitalista a socialista e imponer la dictadura de esa clase social a la burguesía, a quien pretendíamos expropiarle los medios de producción para ponerlos a disposición de toda la sociedad y, de esa manera, conquistar mejores y más equitativos niveles de bienestar, justicia y felicidad para todos.

Pertenecí y pertenezco aún hoy a un más pequeño grupo de integrantes de aquella gran organización armada que, también desde 1972, empezamos a formular un conjunto de ideas críticas y autocríticas, sobre algunos aspectos de aquella táctica que convocaba al proletariado y al pueblo en general al uso de las armas para tomar el poder, antes de la construcción del partido revolucionario. Sobre todo nos referíamos a la existencia o no, en aquellos momentos en el país, de las llamadas condiciones objetivas y subjetivas, para generar con éxito, una convocatoria como la nuestra.

En 1973, en la cárcel, fui deslindado o separado del grupo Lacandones por continuar participando, al principio junto con otros, en la lucha ideológica que ponía en el centro del debate la siguiente cuestión: ¿Estaba ya el país preparado y, nosotros sobre todo, para un llamado de aquella naturaleza, como si fuéramos Cuba en 1957?

Desde qué trinchera o punto de vista me encuentro

La historia de cualquier pueblo en lucha la cuentan los triunfadores al terminar la guerra, justificando por qué, desde entonces, tienen el mando en sus manos que ejercen contra los vencidos. En estas historias, la opinión y la memoria del derrotado no cuenta. No se da como cierta.

Pero algunos de los vencidos tienen una visión triunfalista que se impone como "vencedora", frente a sus propios camaradas que formularon otros caminos para ser vencidos y, cuyas voces, después de la derrota, no sólo fueron menospreciadas sino además condenadas a no ser escuchadas, ni por ellos, ni mucho menos por los que vencieron.

También dentro de los derrotados se imponen "verdades históricas" que impiden que se trasluzca una verdad más aceptable que explique por qué fueron vencidos, cuando las derrotadas fueron la razón y la justicia en favor de las mayorías; de ahí la necesidad de escudriñar buscando la enseñanza —a través de la autocrítica y el análisis de la táctica y la estrategia empleadas—, porque la lucha sigue y se debe generar un conocimiento que alumbre sobre cuáles son las alternativas en nuestro presente y, en la medida de lo posible, evitar más derrotas para quienes seguimos luchando o luchan por la revolución y la justicia social.

Dentro del entramado de toda organización humana se generan relaciones de poder que, en conflicto con otros grupos alternos, logran imponer su visión, su discurso de poder. De este fenómeno no son excepción las organizaciones que se proponen transformar la realidad en beneficio del "proletariado" —como lo decíamos en la década de los setenta del siglo pasado— o en beneficio de los más pobres —como lo decimos hoy.

Es más, puedo sostener que es en las organizaciones de los revolucionarios donde se genera con mayor vigor el disentimiento, pues a diferencia de las organizaciones de los conservadores y oficialistas, cuyo único propósito es mantener el poder o cuidar y hacer crecer lo que tienen, al disponer de estructuras verticales a su favor les es relativamente más fácil ponerse de acuerdo, mientras que en el caso de los luchadores sociales es donde se abre una mayor diversidad de caminos para llegar a la victoria.

Añadiría en este punto que, al priorizar en estos casos las diferencias encima de las coincidencias, es cuando se forman al interior de las mismas organizaciones revolucionarias grupos adversos e irreconciliables entre sí, llegando en muchos casos a poner esos conflictos internos por encima del conflicto con su adversario común externo, cuya derrota del mismo los hizo agruparse en un principio.

Habiendo sido participante, como ya dije, de la guerrilla de los años setenta del siglo XX, el que esto escribe se sitúa dentro de aquellas voces no escuchadas, no sólo por parte de los grupos que aún hoy mantienen el poder económico, judicial y de los medios en nuestro país, sino hasta por los propios compañeros con quienes nos hermanamos en un momento dado en la lucha guerrillera, debido a nuestros planteamientos críticos hacia aquella táctica armada y métodos de lucha que, a mi juicio, dentro de otros factores, dada nuestra falta de preparación para tan tremenda empresa, nos condujeron a la derrota y en muchos casos a la tortura, a la muerte, al exilio y a la cárcel.

Qué pretendo analizar en esta obra

Es pues dentro de esa trinchera de los doblemente perdedores, de los doblemente no escuchados, que pretendo inscribir la narrativa y conclusiones de esta obra, que es un estudio etnográfico e introspectivo de mi propia vida y es además un análisis antropológico, con el que pretendo contribuir a explicar las subjetividades que contribuyeron a que algunos jóvenes de aquellos años adquiriéramos el compromiso revolucionario, así como a explicar las razones de la derrota en aquella nuestra búsqueda de alcanzar el socialismo mediante la vía armada, como antes dije.

A la altura de 1977-1978, la totalidad del grupo de los Lacandones o habíamos sido aprehendidos o ya habían sido

muertos, del mismo modo que el núcleo central y fundador de la LC23S, igual, ya había sido liquidado.

También pretendo examinar cómo y por qué —sin que los buscáramos, como resultado de nuestros propios hechos, sumados a los aportes de otros— se dieron algunos pasos de transformación política en el país, precisamente a partir de 1977-1978, años en que se generó la Reforma Política, aquella desde la cual se reconoció legalmente a la disidencia política contra el PRI, se otorgó registro legal a los partidos de oposición al régimen prevalente y se les financió desde el erario.

A mi juicio, desde aquellas transformaciones fue posible avanzar por la vía pacífica hasta las nuevas condiciones en que nos encontramos actualmente desde el 2018, donde podemos decir que ya contamos con mejores posibilidades de organización revolucionaria, pero a su vez, de mayores tentaciones hacia la corrupción y la simulación.

Es en esta parte donde, desde mi autoetnografía, también pretenderé contribuir a verter algunos comentarios sobre cómo se puede aprovechar el actual marco político en beneficio del proletariado y las mayorías o, por el contrario, cómo se puede sucumbir ante el mismo, cuyo tema me parece necesario también abordar, pues mi biografía aún continúa. Por fortuna aún estoy vivo y cuento con la claridad suficiente para darme a mí mismo, e intentar también dar a los demás, una explicación y análisis, aun con lo limitada que pudiera ser mi perspectiva y experiencia personal.

En suma, también pretendo contribuir a rescatar nuestra historia, la historia de la guerrilla de las décadas de los sesenta y setenta del siglo XX y buscar que se instale en el lugar que le corresponde en la Historia general de nuestro país, con sus debidos reconocimientos, pues de algún modo fuimos detonantes para llegar a las actuales condiciones políticas que hoy vivimos. Y todos esos trozos de nuestra Historia general de México, en los que participé, hoy no sólo

son ignorados sino además difamados por los pasados gobiernos, hasta el 2018, y sólo reconocidos soslayadamente y en discursos sesgados por el actual.

Pretendo además, dentro de todo, buscar que se escuchen las voces de los que en un momento dado disentimos en algunos aspectos particulares de aquella táctica y fuimos menospreciados y hechos a un lado por nuestros propios compañeros.

Metodología

La metodología que pienso emplear en el desarrollo de todo lo dicho, tiene qué ver con los debates que aún hoy persisten sobre el comportamiento del hombre en general frente a la realidad social y material que le rodea, incluyendo la naturaleza misma.

Parecerá fuera de lugar y desproporcionada esta relación que hago —acerca de verter mi historia personal y elaborar el análisis de la misma, con la manera en que el hombre procesa en su subjetividad la realidad de su entorno—, pero tiene qué ver con que, siendo éste un estudio sobre cómo durante el curso de mi existencia se formó dentro de mí una determinada concepción de la vida y del mundo, ese proceso de mi formación personal, en relación con la realidad que me rodeó, particularmente en interacción con otros que pensaban como yo o que discrepaban conmigo, tendrá que ser explicado hoy mediante una herramienta que le haga válido y pueda ser comparado con lo que esos otros ahora puedan decir sobre las mismas preocupaciones antropológicas y políticas que yo expreso, o hasta sobre mi propia historia.

También tiene qué ver con el problema de hasta qué punto mi propia experiencia como exguerrillero puede ser objeto de estudio antropológico y etnográfico, el cómo puedo escarbar en mis memorias y someter mis recuerdos a un

registro etnográfico que vaya delineando cuáles fueron mis propias subjetividades políticas e indagar el cómo se han transformado a partir de los diferentes contextos históricos en los que fui actor político. Para dar cuenta de ello haré un análisis sobre los sentidos y significados de mi práctica política en mi paso por el movimiento democrático y revolucionario pero pacífico, luego de por qué pasé a la vía armada y explicar enseguida el contexto de por qué regresé de nuevo a la vía legal y pacífica.

Utilizaré la etnografía como método de investigación[1] para mostrar las prácticas culturales, costumbres y comportamientos en que los diversos grupos de jóvenes de mi generación nos desenvolvimos y constataré así lo pensado y sus diferentes significados, lo que decíamos, lo que hacíamos, así como los resultados que producíamos para hoy, con esos elementos, construir una explicación histórica del proceso de insurrección como guerrilla, en nuestra expresión como grupo Lacandones.

Esa es la razón por la que para mí es muy importante validar el método de análisis sobre documentos personales, en lo particular lo que es mi autobiografía, sin que esto entre en contradicción con las posibilidades de que, desde ahí, se puedan hacer generalizaciones, juntándola o contrastándola, con las historias de otras vidas en el mismo tema y en los mismos tiempos y lugares.

Antecedentes de la metodología

En ese sentido, lo que puedo decir es que este método de investigación a partir de lo particular, de documentos personales, fue validado y legitimado desde principios del siglo

[1] Ken Plummer, *Los documentos personales. Introducción a los problemas y la bibliografía del método humanista*, pp. 45.

pasado, década de los veinte a los treinta, en la Universidad de Chicago, con la publicación del libro *The Polish peasant in Europe and America*, cuyos autores fueron William Isaac Thomas y Florian Znaniecki.

Había en aquel entonces dos debates en torno a los métodos de investigación social. El primero de ellos se refería a preferir el estudio de lo social y no el estudio de lo individual; y el segundo, a preferir el método de la generalización y la estadística y no la investigación basada en el estudio de caso, por considerar a este método una pérdida de tiempo, debido a lo siempre sesgado y ambiguo de las historias personales.

Al respecto, ambos autores, mediante su proyecto, demostraron que no había conflicto entre el estudio de lo individual y el de lo social, encontrando que ambos métodos se complementaban y que ambos factores, el individual y el social, debían siempre tomarse en cuenta para todas las investigaciones sociales y de antropología social, mientras que afirmaban lo mismo en torno al supuesto conflicto entre el método de la generalización estadística y el de estudio de caso particular, por razones semejantes de complementación y no de contradicción entre ambas.

De acuerdo con Herbert Blumer,[2] siendo ocho los principales aportes que según él, hacen Thomas y Znaniecki a los métodos de investigación en la sociología y la antropología social, a través de su proyecto ya citado aquí, yo destaco dentro de ellos a cuatro, mismos que utilizaré durante el desarrollo de mi exposición:

[2] H. Blumer y R. Bain, *Critiques of research in the social sciences, I: An appraisal of Thomas and Znaniecki's The Polish peasant in Europe and America*, p. 82.

1.- Aclararon la necesidad del estudio del factor subjetivo en la vida social.
2.- Aclararon la necesidad de aceptar la propuesta de los relatos humanos, como parte de la metodología de investigación sociológica y antropológica.
3.- Propusieron algunas teorías como el estudio de la personalidad, del control social y la desorganización.
4.- Introdujeron una variedad de conceptos como la "actitud" y el "valor".

Ayudaron también a precisar los conceptos de "la situación objetiva" y la "interpretación subjetiva de la situación objetiva"; acerca de los cuales, ninguno de los dos autores dijo que "sólo la interpretación subjetiva" debía analizarse, pero lo que sí remarcaron fue la necesidad de hacerlo. Es decir, aportaron la importante distinción entre los factores objetivos de la situación y la interpretación subjetiva de esa situación, pero señalando que ambas cuestiones debían ser tomadas en cuenta en todo estudio sociológico y de antropología social.

Abonando a la defensa del estudio de los documentos personales, como parte de la metodología sociológica y antropológica, Ernest Burgess[3] afirmaba que el estudio de casos concretos era a la sociología lo que la microscopía a la biología.

Dentro de ese marco de apreciaciones, Ken Plummer[4] destaca que la autobiografía es considerada como "el mejor tipo de fuente de segunda mano", subrayando además, en relación con los documentos personales, que el rasgo fundamental de los mismos era su inexorable insistencia en la

[3] Ernest W. Burguess, On Community, Family and Delinquency: Selected Writings (Heritage of Sociology). Chicago, 1973, p. 23.
[4] Plummer, *op. cit.*, 1983, p. 51.

importancia del punto de vista subjetivo y que era el que, a través de ellos, se expresaba de manera crítica. La versión particular del participante en los hechos, según él, era siempre indispensable en la generalización.

El interaccionismo simbólico

De este modo es que, siguiendo las ideas básicas de Thomas y Znaniecki, en 1937-1938, Herbert Blumer[5] acuñó el término de "interaccionismo simbólico", cuyas ideas clave seguían siendo la interpretación subjetiva de la situación objetiva, pero donde se establece con mayor claridad a través de este nuevo planteamiento, que el hombre se mueve de acuerdo al significado o símbolo que le otorga a los objetos de su mundo de vida, de acuerdo también a lo que signifiquen esas cosas para los demás individuos que le rodean e interactúan con él y que esos significados dependen también de la experiencia social que se interactúa a su vez con esos objetos del entorno colectivo, de quien reciben influencia pero a quien también transforman.

Para la explicación de por qué y cómo analizaré la historia de mi vida personal, me es importante señalar que otro de los cimientos de este método que Blumer profundizó fue su rechazo a toda abstracción analítica, a todo lo absoluto y a todo impulso de considerar al ser humano como cosa, no como un ser consciente y libre al que no se le podía meter en una generalización abstracta y sin considerar sus subjetividades, especificando en seguida que el documento personal era una expresión de lo "humanamente elaborado", de lo subjetivo y que "por tanto", por naturaleza, sería "ambiguo,

[5] Aunque es hasta 1969, fecha en que fue publicada su obra "El Interaccionismo Simbólico: Perspectiva y Método", que explica con mayor rigor estos términos.

inesperado" e inexacto y que explicarse las razones de esas ambigüedades era precisamente la calidad que lo convertía en un "objeto de estudio interesante".[6]

En este sentido, me queda claro que en el curso de mi exposición deberé evitar las generalizaciones y, por el contrario, que iré a lo particular y a lo empírico, tratando de ser lo más detallado posible en la narración de mi vida para hacer un registro etnográfico riguroso y evidenciar lo más que pueda todo lo que escriba, pues habrá de ser en la narrativa de mi vida misma donde veré y haré ver las antinomias que al respecto existan. Los conceptos y formulaciones del interaccionismo me remitirán constantemente a la idea de que es en la experiencia concreta donde se reúnen los conflictos y oponentes potenciales en un solo conjunto, en una unidad orgánica. Que es dentro de lo particular que se encuentra lo universal, pero que lo particular no se podrá comprender si no se comprende lo general.

Que es mediante el documento personal que llegaré hasta el fondo, hasta la esencia misma de mi experiencia, lo que me expondrá no como un individuo aislado, sino más bien en constante definición de la situación concreta y en constante definición de los grupos con los que me relacioné en mi vida.

En otras palabras, en el curso de mi narración quedará claro el interés por relatar la apariencia de mi experiencia, pero también de cómo la interpreto según el mundo con el que me relacioné, me determinó e influyó, pues entiendo que esa es la justificación última y fundamental de los documentos personales. "Lo real es la vida humana. La vida vivida es la piedra angular de toda su filosofía", escribió Charles Horton Cooley.[7]

6 Plummer, *op. cit.*, 1983, p. 60.

7 Charles H. Cooley, *Human nature and social order*, 1902, New York, p. 26.

Estaré alerta también de no atribuir a mi historia lecciones que nunca me enseñó. Lecciones que entendidas de ese modo, serán sólo deducciones a partir de cómo organice yo en lo concreto mis propios datos, mis propios testimonios y conocimientos. Si soy consciente de que mis suposiciones son sólo eso, suposiciones, no me permitiré en ningún momento hacer deducciones de ellas y pretender que mi historia personal es la voz de la historia en general. Habré pues de tener mucho cuidado en ser modesto y establecer muy claramente los límites que pueden tener o tienen las pequeñas enseñanzas de mi experiencia y, por ende, de las conclusiones a que pueda llegar en el análisis de las mismas.

Al dejarme guiar por las dos primeras aportaciones de Thomas y Znaniecki, ya citadas aquí, el hecho de que yo logre exteriorizar la realidad subjetiva de mi vida por escrito y en un documento, no importando que lo haga con toda responsabilidad y con mis palabras, aun así, todo eso podrá ser contrastado con la realidad escrita por otra persona, cuya vida pueda ser contemporánea a la mía y que haya participado en algunos de los acontecimientos en que yo lo hice, y podría, por ende, también conducir pronto a una sensación de contradicción y de ambigüedad al comparar uno y otro trabajo.

¿En cuál de las dos historias yacerá la verdad? ¿A quién habrá que creerle?

Técnicas de validación

Para responder a estas preguntas, la marginalidad que le atribuyan los lectores a alguno de los dos exponentes puede tener importancia. Al observar las dos perspectivas se les puede conceder, a partir de esa marginalidad, distinta credibilidad por parte de los individuos que las lean.

Esta particularidad la advertí y la asumí ya tomando mi lugar desde líneas arriba. Repito, yo pertenezco a las pers-

pectivas de los "perdedores", dentro del debate que se generó durante las luchas ideológicas en que participé durante la guerrilla y la cárcel, voces a las que se les ha opacado y no escuchado, en contraste con los reconocimientos que se les ha otorgado a los considerados como "ganadores" y cuyas versiones han sido proclamadas como "la verdad", aunque unas y otras sean ignoradas, hechas a un lado, por los dueños del poder en México.

El problema es que esa orientación de cómo hacer la llamada "verdad" ya rodó por los suelos ante el desarrollo de la filosofía, de la sociología y la antropología social, lo que puede dejar a cualquier lector o investigador en ascuas, quien no dará crédito a nada y a quien colocaremos injustamente en un lugar de árbitro que lamentablemente debe asumir.

Tratando de explicar un poco más lo anterior, siguiendo al planteamiento del interaccionismo simbólico, hasta la versión más científica de un hecho de la vida real o de algún fenómeno natural está manifestada desde un punto de vista que es humano. Es decir, desde el punto de vista de quien, aun haciendo el esfuerzo más riguroso por apegarse a la verdad, está determinado por sus propios intereses, por el contexto social que le rodea, por sus propias aspiraciones, su propia historia, sus miedos y complejos. Y hasta por las propias limitaciones que el conocimiento humano tiene sobre la realidad misma, que a su vez, es cambiante, razón por lo que nunca sorprenderán los sesgos y ambigüedades que consciente o inconscientemente puedan plasmarse en su versión.

En este sentido es que esta escuela también nos expresa que los documentos humanos no pueden ser nunca la verdad total, ya que ésta es inaccesible, inaprehensible en su dimensión completa por un solo individuo. Pero también nos dice que utilizados esos documentos cuidadosamente pueden ofrecer elementos para llegar a una determinada verdad que, aunque limitada, es ya una verdad específica.

En esta parte, nos puede ayudar mucho el ejemplo que pone Ken Plummer[8] en su trabajo ya citado aquí, cuando nos recuerda el ejemplo que a su vez, al respecto, ponía John Dewey, principal filósofo de la primera mitad del siglo pasado en Estados Unidos, cuando decía que si alguien, estando acostado en su cama, escuchaba un ruido estruendoso desde el exterior de su casa, podría provocarle aprensión y terror si, desde antes de escuchar ese ruido, ya estuviera sugestionado a que alguien podría entrar a su casa a robarle, reacción que no ocurriría en otro individuo, que, escuchando el mismo ruido estruendoso, se imaginara de inmediato que dejó la ventana de la sala abierta y que el viento la estaba azotando.

Las conductas posteriores de cada uno de los dos sujetos, al escuchar ese ruido, serían distintas. Uno, tal vez correría a tomar un fusil, que para ese efecto tuviera ya preparado, según eran sus temores y tal vez disparará en medio de la obscuridad hacia la puerta de su casa, mientras que el otro, con tranquilidad bajaría a la sala a cerrar la ventana.

Este ejemplo nos deja claro que el ser humano se comporta conforme interpreta la realidad que le rodea, pero de ningún modo autoriza a nadie a entender que Dewey o Plummer nos están diciendo, con ese ejemplo, que cada individuo puede construir desde su mente la realidad que quiera, haciendo que las cosas sean como él las dice, sólo porque las dice, según sea su situación emocional, según sean sus intereses, etcétera.

Este ejemplo a mí me parece maravilloso. Si el que baja a la sala se encuentra con que la ventana estaba cerrada, indagará entonces otra explicación del estruendo hasta que quede satisfecha su curiosidad. Si el que tomó el fusil y dispara hacia la puerta de entrada de su casa confirma después que

8 Plummer, *op. cit.*, 1983, p. 63.

ésta estaba cerrada y que nadie la forzó, igual que el otro, tal vez indagará qué es lo que realmente sucedió.

Y digo que el ejemplo es maravilloso por dos razones más: la primera de ellas, porque también nos permite entender otra afirmación del interaccionismo simbólico, cuando dice que el conocimiento del ser humano sobre todo el mundo objetivo que le rodea depende de su perspectiva, de su problemática, de su punto de vista desde el cual observa su entorno. Es decir, si no hay esa perspectiva, esa problemática, ese punto de vista humano desde el cual se observe la realidad exterior, pues es evidente que no puede haber tal conocimiento del mundo objetivo, porque ¿cómo se elaboraría éste? ¿Por un robot sin sensaciones, sin ambigüedades, sin inexactitudes?

Es consustancial pues que no se pueda capturar al mundo objetivo, sin las interpretaciones subjetivas que haya a su rededor. Al interaccionismo simbólico le interesa indagar al mundo objetivo, pero también al subjetivo y a la interacción que hay entre ambos.

Y con lo anterior ya estoy explicando por qué, como lo dije desde el principio, me apoyaré en la cuarta aportación a la sociología y a la antropología social, que fueron los conceptos de "valores" y "actitudes" que, según Blumer, hicieron Thomas y Znaniecki en su ya citado libro *The Polish peasant in Europe and America*.

Los *valores*, para los autores del libro citado, significaban todos los datos objetivos, empíricos, accesibles a un grupo social sobre el cual se pudiera actuar. Y las *actitudes* eran el proceso de conciencia individual que determina la actividad posible del individuo, sobre esos datos objetivos. Los valores eran pues cosas objetivas, empíricas, exteriores a la conciencia, mientras que las actitudes serían subjetivas, interiores a la conciencia.

Esas aportaciones las vemos muy claramente reflejadas y aplicadas en el ejemplo arriba expuesto, como las veremos

también en la narración y análisis que pretendo desarrollar aquí sobre mi vida.

Pero el punto al que es importante darle continuidad y que vengo formulando, es definir el método para decidir entre varios documentos o versiones sobre un mismo tema que difieren entre sí, a cuál de los dos, o más, se le puede atribuir valores de certeza, de veracidad.

El historiador o el lector más común y corriente no tienen la vocación de aceptar como cierto todo lo que se le cuenta, independientemente de quien sea el que cuente las cosas.

En párrafos anteriores, cuando expuse el ejemplo que planteaba John Dewey y que es reproducido en su libro por Ken Plummer, el ejemplo de los dos sujetos que reaccionan de manera distinta ante un mismo acontecimiento, dije que ese ejemplo me parecía maravilloso por dos razones, de las cuales expuse sólo la primera.

Retomando esa línea de reflexión, la segunda razón a que me referí es que me pareció una excelente oportunidad para ilustrar cómo el conocimiento del hombre sobre la realidad, visto desde este pequeño episodio, sólo se da interactuando nuestra subjetividad con ella, constatándola, modificándola y transformándola. No al margen e indiferente a la misma.

Aplicada esa herramienta, de la relación de la subjetividad humana con la realidad que le rodea a la veracidad o falsedad de los documentos personales, el interaccionismo nos enseña, como ya está dicho con otras palabras, que los autores de los relatos personales pueden no decir la verdad, falsear la realidad de lo que hablan y participar así en un fraude para quienes los lean.

Pero si, como ya dije, lo que se busca es el relato subjetivo, mismo que al ser un reflejo de lo humano será ambiguo y no siempre exacto por naturaleza, luego lo que sigue no es extirpar de él todas las distorsiones que a juicio del lector o del investigador pudiera tener, para hacer de él un relato

"perfecto", de acuerdo a lo que les pueda parecer a quienes lean, pues hacerlo, purgarle esas distorsiones, sería quitarle el carácter humanista que, al contrario, es el que defiende el método del documento personal. Aplicar esa mecánica para elaborar un documento exacto, para llegar a una "verdad real", nos daría como resultado lo que distintos autores llaman "la verdad extraña", pues estaría elaborada por personas sin rostro, sin emociones, sin conflictos personales, algo así como si fueran robots.

Es precisamente, para este efecto, que desde el mismo interaccionismo simbólico se ofrecen también las técnicas o herramientas para la validación de las versiones humanas. Pues entiende que las distorsiones, siendo valiosas y aún respetables por constituirse a su vez en fuentes de investigación, pueden ser hechas no sólo por parte de los autores de los documentos personales, sino hasta por los investigadores o hasta por cualquier lector común y corriente.

Y los mecanismos de validación que se proponen, son la contrastación de lo dicho en una biografía o autobiografía con los datos oficiales, con lo dicho al respecto por otros autores sobre los mismos temas, periodos o historias, con las evidencias que puedan ofrecerse durante el curso de la propia exposición como citas bibliográficas, hemerográficas, entrevistas u otros testimonios, etcétera, para de ese modo llegar a una determinada "verdad específica", no absoluta, pues ésta aun así, puede cambiar si se demuestra la veracidad de esos cambios.

Es decir, como lo dice el sencillo ejemplo de Dewey, reproducido por Plummer, es la constatación la confirmación de lo que se piensa y se dice que confrontándolo, comprobándolo con la realidad, misma que al interactuar con ella, ésta está en constante transformación también, puede acercarse el ser humano a una verdad que le explique y oriente su comportamiento.

No tengo pues ningún temor a la hora de aplicar esta metodología que nos formula el interaccionismo simbólico, ni en el sentido de expresar mis subjetividades lo más detalladas y ampliamente posible, como tampoco en el sentido de que autorice al científico a decir falsedades sobre algún invento o descubrimiento que no compruebe llevándolo a la práctica, o que autorice al historiador o a alguien que revela sus subjetividades a través de un documento, a decir alegremente todo lo que a él o a ella se le antoje decir como verdades, sin evidenciar, comprobar, documentar lo más que pueda todo lo que dice. Ni yo mismo me lo podría permitir, como tampoco, como ya lo dije antes, afirmar que mis conclusiones derivadas del análisis del mismo, serán absolutas.

Otras referencias metodológicas coincidentes

Es decir, confirma también, como se plantea desde el método del conocimiento materialista dialéctico de la historia, que "el criterio de la práctica es el criterio de la verdad" y que no hay conocimiento de lo objetivo si no se interactúa con él confirmándolo, modificándolo, transformándolo.

Carlos Marx, desde sus "Once tesis sobre Feuerbach", planteaba en la undécima de ellas: "Los filósofos no han hecho más que interpretar de diversos modos el mundo, pero de lo que se trata es de transformarlo".

Entendiendo que el documento personal, aunque haya quien pretenda hacerlo aparecer como acientífico, es por sí mismo ya un documento científico desde el método para elaborarlo, inclusive cuando se deja en total libertad de hacerlo como quiera a quien quiera redactarlo, pues al final son sus subjetividades, con todo y posibles distorsiones, que, interpretadas correctamente, podrían contribuir de alguna manera a la generalización mediante la inducción, a partir de lo particular para llegar a lo general.

Yo me atrevería a decir además que los datos aportados desde un documento personal al igual que "los datos de la ciencia, se comprueban siempre por la práctica, por la experiencia. La práctica es el criterio de la verdad más profundo y decisivo en el conocimiento. La teoría, siendo la síntesis de la experiencia y de la práctica, proporciona a los hombres una perspectiva en su actividad práctica".[9]

Y los documentos personales son aportes posibles para la teoría.

Antagonismo a la metodología mecanicista y al "memoricidio"[10]

Para finalizar, sólo quisiera referirme con todo respeto a quienes, desde una concepción idealista y mecanicista, condenan a quienes queremos rescatar la historia de la guerrilla en México en las décadas de los sesenta y setenta del siglo pasado, por mencionar y valorar, también con respeto y documentadamente, la participación que algunos de sus exponentes principales y públicos tuvieron en aquellos episodios. "Hablar de los muertos se paga con la muerte", nos han llegado a decir algunos exguerrilleros. "Es denostarlos y ayudar con ese tipo de testimonios a la policía y a la burguesía", añaden enseguida.

La metodología que acabo de exponer aquí y que es a la que voy a someter todo cuanto aquí sostenga, aunque no me autoriza a difamar, insultar y descalificar a nadie, que no lo haré y nunca lo he hecho, me obliga, al contrario, a manifestar públicamente todas mis subjetividades hasta en detalle,

9 P. Ludin y M. Rosental, *Diccionario de filosofía y sociología marxista*, La habana, Orbe, p. 43.

10 Término acuñado por el croata Mirko D. Grmek, en sus conferencias de 1991.

pero también a hacerlo evidenciando todo cuanto pueda lo que escriba, así como hacerlo con respeto y con responsabilidad.

Nuestra historia está escrita con éxitos pero también con fracasos. Con aciertos pero también con errores de los que no se podría aprender nada si no se exponen con franqueza. Y de aprender aquí, según yo, es de lo que se trata.

Ofrezco mis reconocimientos a quienes disientan de lo que aquí exponga y de la metodología que aplique, pero concluyo esta introducción a mi obra invitándolos también a escribir sus testimonios y a demostrar por escrito que estoy equivocado en lo que pueda aquí afirmar.

No creo en verdades absolutas, pero ni en la historia ni en la ciencia puede haber ni muchas verdades ni muchas historias que se contradigan. Tenemos mecanismos de comprobación y validación científicos que ayuden, en lo concreto, a aclarar el camino y actitudes de la humanidad, en cualquier disciplina en que nos encontremos.

CAPÍTULO I.

RELACIONES DE PARENTESCO Y HERENCIAS CULTURALES DE LOS PADRES. DE LA TRAGEDIA A LA ESPERANZA

Foto 1. Toda la familia Pérez Aragón, 1953. Parados, de izquierda a derecha, Pablo y José. Sentados, de izquierda a derecha, Ricardo, Herman Francisco, mi mamá, Manuela y Benjamín.

Mi nacimiento y la muerte de mis padres

Nací a las 10 de la noche del 31 de marzo de 1947 en el Compás, Durango, municipio de Gómez Palacio, la Comarca Lagunera. En casa, mis hermanos me llamaban Min. Mis padres fueron Sanjuana Aragón Zúñiga y José Pérez de Santiago, creo que oriundos de la zona; él finado en 1954 y ella, en 1955. Soy el hijo más chico de una familia originalmente integrada por ocho hermanos, pero de los cuales quedamos vivos tres. Yo soy el tercero. Nebulosamente recuerdo a algunos familiares de mi mamá en Lerdo, Dgo., pero con los cuales nunca volví a tener contacto. Fuera de eso, mis relaciones de parentesco se redujeron a mis padres, hermanos y una prima que se fue a vivir a nuestra casa después que murieron mis papás, pero de la cual, desde mi niñez, nunca volví a tener conocimiento. No habiendo tenido alguna relación con mis familiares paternos y maternos, desconozco mi árbol genealógico.

Cuando murió mi mamá yo estaba en quinto año de primaria, lo cual indica que me inscribieron en la escuela desde antes de los seis años.

Yo le pedí a mi hermana mayor, Manuela, antes de que muriera, que escribiera un árbol genealógico de toda mi familia, pues ella era la única que realmente tuvo conocimiento de todos ellos. Fue así como confirmé que mi padre anduvo en "la bola" con Francisco Villa en la revolución de 1910. De acuerdo con mi hermana, según lo que él contaba, Villa directamente fue quien lo reclutó en Durango, estando

él muy joven, a juzgar por la edad que tenía cuando murió. Tengo una foto de él y, a partir de su aspecto, creo que tenía 17 años cuando, herido y después de la derrota de Celaya, abandonó las filas de los alzados.

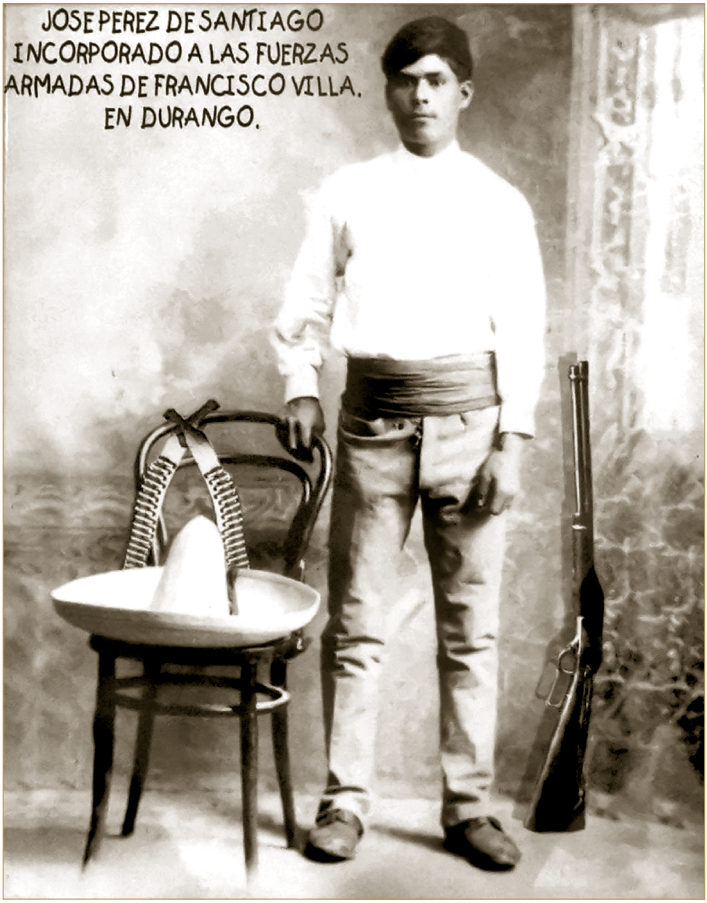


Foto 2. Mi papá con fusil en reposo, 1916, supongo.
Mi papá fue herido en la batalla de Celaya y de ahí decidió irse a EUA. Un hombre callado y muy trabajador. De él aprendí a hablar con mi silencio. Se iba todos los días muy temprano a su parcela y regresaba por la noche, es la memoria que tengo de él.

La memoria que tengo de mi madre es más clara. Mujer enérgica y muy activa. Para ayudar con la economía de la casa, abrió un puesto de madera en una de las esquinas del pueblo y vendía algo de abarrotes, té por las mañanas y agua fresca por las tardes. Con frecuencia viajaba a Gómez Palacio, ciudad que se encuentra a 30 minutos en camión desde el Compás, para comprar la mercancía que después revendería en su "tabarete", así le llamaba ella a su puesto de madera. La competencia contra la gran tienda del rancho, a una cuadra de distancia de donde ella estaba, era fuerte, así que se esmeraba mucho en buscar los productos al menor costo.

Ella murió de 46 años, lo cual habla de que era mucho más joven que mi papá, pues él tenía más de 60 años al fallecer. La relación entre mi mamá y yo creo que no fue muy buena. Como ya dije, yo era el menor de los 6 hermanos que quedábamos vivos hasta aquel momento a que me refiero y padecía mucho de celos, debido a que sentía que quería más a mi hermano José, 10 años mayor que yo, pues él era el hijo preferido de la casa, quien siempre le mereció a mi mamá caricias, juegos y constantes muestras de amor, que yo buscaba a toda costa que fueran para mí, pero sin lograrlo.

Mi madre me agobiaba mucho con su actitud de mando autoritaria y en muchas ocasiones despectiva. Me tenía amenazado con mandarme a "la correccional" si no le obedecía. Eso siempre me caló muy hondo. Hoy me dicen mis hermanos que yo era muy travieso, enojón y desobediente y que era esa la razón por la cual me traía siempre a raya, no con chanclazos, que sería lo clásico, sino con un chicote de cuero cuya imagen tengo muy clara en mente.

En muchas ocasiones recuerdo que me enfrenté a ella retándola, con gritos de rabia y de dolor. Pero también en otras tantas, las más de las veces, recuerdo que le bailaba y cantaba, tratando de merecerme sus cariños. Debo confesar

que no tuve tiempo de dialogar con ella, de conquistar su amor y sus muestras de cariño antes de que muriera, obteniendo siempre muestras adversas, según es mi recuerdo. De tal modo que no sentí dolor alguno cuando murió sino al contrario, sentí mucho alivio. Me sentí liberado y no lloré.

Ya he recurrido a su tumba varias veces para pedirle perdón y perdonarla. Le he escrito varias cartas y he ido hasta donde sus restos se encuentran, panteón de Gregorio García, Dgo., para pegárselas en su lápida. Son símbolos absurdos, ridículos, si se les quiere ver así, pero que a mí me hicieron mucha falta mostrar y desahogar en un momento dado de mi vida.

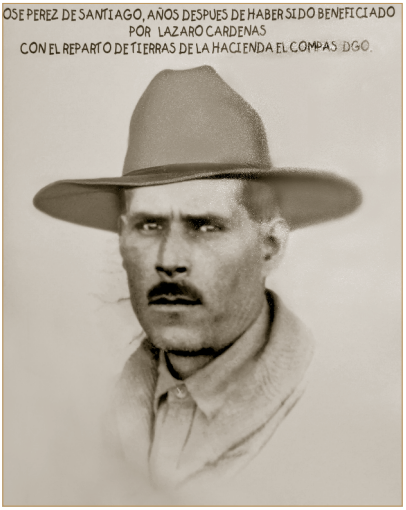


Foto 3. Mi papá, como ejidatario. Las tierras las repartió el general Cárdenas pero el documento lo firmó Ávila Camacho.

Hoy entiendo que la conducta de mi madre como mujer fuerte, impositiva, autoritaria y a veces cruel, era parte de la cultura de esa época. Seguramente a ella también la educaron sus padres de igual manera que a mí. Pienso que lo trá-

gico es que no tuve el tiempo para dialogar y conquistarla, así a ella tampoco le alcanzó su tiempo para cerrar el ciclo autoritario de su actitud hacia mí y, en cambio, mostrarme la otra faceta: la de su amor por mí, por su hijo más chico de todos, amor que al morir, según la narración de mi hermana, expresó antes de su último respiro. Creo que debido a todo eso soy como soy. Creo que mi historia familiar, en parte, fue lo que me dio identidad personal.

Hoy imagino a mi madre en su infancia también descuidada por sus padres, sola y en busca de amor y cuidados paternos. Y haciendo ese pequeño ejercicio mental es que he podido ofrecerle mi solidaridad, mi amor y mi comprensión y decirle que la amo.

De mi padre tengo una imagen más borrosa. Me pone muy orgulloso saber que fue villista y que en el reparto agrario de Lázaro Cárdenas, a él le tocó un pedazo de tierra, mismo del que aún conservo copia de la escritura. El hacendado a quien le expropiaron sus latifundios de lo que él resultó beneficiario fue un español de apellido Negrete, a unos kilómetros de El Compás. A lo que le quedó de sus grandes extensiones de tierra se le continuó llamando "el viejo Compás". El nuevo pueblo que desde entonces se fundó estaba habitado en aquellos años por villistas y "pelones", como les decía mi padre a los del bando contrario, a los federales. Ya en la misma comunidad y beneficiados todos, por el mismo reparto, se reconocían entre ellos y se aceptaban en una nueva convivencia vecinal.

Entre los "pelones", vecinos ahora a dos cuadras de nuestra casa, recuerdo que mi hermano José mencionaba a Tomás de la Cerda y a Enrique Barrientos, éste último ya mocho de las dos orejas, pues contaba que Villa personalmente se las había cortado presionándolo para que le diera cierta información. Entre los villistas, también ahora vecinos, recuerdo mucho a Don Narciso Murillo, padre del que me llevó al

bautismo. Y lo recuerdo por sus largas conversaciones muy personalizadas con mi prima Leonor, con mi hermano Ricardo y conmigo, cuando iba a nuestra casa y nos contaba cantidad de anécdotas sobre "la bola", así le decía él a su participación en la Revolución. En éstas, siempre salía él como el vencedor. Y así, entre carcajadas, pedos y gritos tipo Pedro Infante, que tratando de ser gracioso nos compartía, supe de una voz cercana, en vivo y en directo, de la revuelta popular en que anduvo metido mi padre. Don Narciso pretendía a mi prima Leonor, que vivía en nuestra casa, por eso se esmeraba tanto en visitarnos para platicar de sus aventuras villistas. "¡Viejo baboso!", era uno de los comentarios que en respuesta le escuché murmurar a mi prima, refiriéndose a él, en su campaña rompecorazones. Nunca se le hizo. Sus pedos, a mi hermano y a mí sí nos provocaban mucha risa y los festejábamos, pero no era la misma reacción que ella tenía: "¡Viejo cochino!", era lo menos que decía en su ausencia cuando le tocábamos el tema riéndonos.

En relación con el reparto agrario, a pesar de aquella pequeña porción de tierra de que disponía mi familia y todo lo que se pueda decir al respecto, la pobreza en mi casa era simplemente infame. Seguramente el financiamiento y apoyo gubernamental a la producción ejidal de aquellas tierras no era suficiente, de tal modo que lo que se cosechaba nunca alcanzaba para mantener la casa con decoro. Era casa propia, desde luego, con jardín y árboles frutales al interior y un espacioso patio que servía hasta para meter los caballos, que estaban allá, arrinconados al fondo del corral entre el estiércol y las moscas, pero siempre con limitaciones y carencias económicas que se expresaban en una dieta muy precaria, como además era la ropa que vestíamos.

En el sexenio de Adolfo Ruiz Cortines vino un retroceso frente a los postulados de la revolución de 1910, que llevó a los hechos Lázaro Cárdenas. Dicha política de retroceso

presidencial ya había dado comienzo desde el sexenio que le antecedía a aquél, el de Miguel Alemán Valdés. Ahora no sólo había ya nuevos caciques dentro del manejo y desarrollo del Ejido, pues mi tío Pedro Pérez era uno de ellos, quien acaparaba el manejo de varias parcelas a la vez, sino además se padecía a nivel nacional falta de consecuencia con la concepción de justicia social y de redistribución de la riqueza que estaba detrás y que había inspirado al reparto de tierras. Efectivamente, el llamado "milagro mexicano" estaba iniciando con el sexenio que se cursaba, 1952-1958, pero cuyos efectos positivos para las familias del campo estaban todavía muy lejanos. En realidad, el presupuesto federal no priorizó nunca al reparto de tierras. Sus propósitos más bien eran de consolidar la riqueza en manos de la nueva burguesía, acompañándolo todo con el "consenso" ganado con el reparto agrario, entre otros mecanismos.

Sólo había una escuela primaria en el rancho, donde se matriculaban alumnos de varios pueblos a la redonda y se llamaba Escuela Primaria Federal "Francisco Sarabia". No había secundaria sino hasta Gómez Palacio o lo que hoy es la Escuela de Bachilleres de Agua Nueva, en San Pedro Coahuila, que era a su vez internado. En aquel entonces era Escuela de Agricultura. Pero eran alternativas, ambas, a las que difícilmente los padres de familia mandaban a sus hijos, o más bien, no los mandaban.

Mis padres se conocieron en San Francisco California, USA, y allá nacieron mis hermanos mayores, Herman Francisco y Manuela, entre otros. Recuerdo que mencionaban también a uno de nombre Florentino y a otro que se llamaba Alejandro, antes de morir estos dos allá mismo en San Francisco, no sé por qué. Mi papá se fue a Estados Unidos, convaleciente, después de la desbandada de la derrota a Villa en Celaya, Guanajuato, y regresó a México con todo y su nueva familia, empujado un poco por sus enfermedades, según lo

narra mi hermana en su libro, pero también por la ilusión del reparto de tierras que les significó a toda la gente que se fue para allá, la figura de Lázaro Cárdenas.

De tal modo que ahora, en el Compás Durango, padeciendo la escasez de recursos con que vivíamos, mi hermano mayor, Herman, optó desde antes de la muerte de mis papás por irse a Estados Unidos, aprovechando que era ciudadano de allá. No pasó ni un año de la muerte de mi mamá cuando mi hermana Manuela también ya estaba en Cd. Juárez buscando nuevos horizontes y pasando todos los días a trabajar a El Paso, Texas, aprovechando que también era ciudadana de allá.

Del Compás, Durango, a Caseta Distrito Bravo, Chihuahua

A aquellas alturas, como ya dije, yo cursaba el 5o. año en la escuela, normalmente los niños en ese grado escolar ya andan en los 11 años. Yo tenía 8 o 9, cuando mi hermana regresó por primera vez al Compás y acepté acompañarla de regreso a Cd. Juárez. Lo repito, tengo un hermano 3 años mayor que yo, Ricardo, que ya estaba en aquellos días estudiando en el internado de la Escuela de Agricultura de Agua Nueva, San Pedro Coahuila, y por eso, de los dos hermanos más chicos, sólo yo decidí ir al norte con mi hermana, de tal modo que se quedaron en el Compás José, Pablo y Ricardo. El mayor de ellos, con apenas 18 años.

Pero no pasó ni un año cuando ya habían decidido traspasar sus derechos agrarios a otros vecinos, para también viajar, todos, a Cd. Juárez. Hoy, algunos de mis amigos, cuando les platico lo anterior, preguntan extrañados que cómo fue posible que mis hermanos se hubieran desprendido de las tierras que significaban la pequeña herencia de mi papá y sobre todo por el significado histórico que éstas

tenían o tendrían hoy por haber sido tierras del reparto de Cárdenas. La única explicación fue su juventud, pero sobre todo, la enorme pobreza en que vivíamos y que los hizo huir. Querían hacerse ciudadanos de EUA y lo lograron, salvo mi hermano Ricardo, el menor de ellos, quien, como yo, ni siquiera lo intentó. Desde entonces, a iniciativa mía, ambos acordamos, con infantilismo patriótico, no irnos nunca a Estados Unidos.

Para aquel entonces, donde mi hermana radicaba no era Cd. Juárez sino Caseta Distrito Bravo (D. B.), Chih., que es a donde el hombre con quien se había casado, Nico, se la había llevado. Dicho pequeño poblado fronterizo está casi a un lado de Fabens, Texas, USA, pues sólo el Rio Bravo los separa. Y ambos están a 40 kilómetros río abajo hacia el oriente de Cd. Juárez y del Paso, Texas, respectivamente. Hasta allá fue a donde fuimos a parar, en medio de la misma pobreza que antes, pero con la ilusión de todos mis hermanos de pasarse a trabajar a Estado Unidos.

Por mi parte, habiéndome sacado de la escuela del Compás cuando cursaba el 5o. año, me inscribió mi hermana en la escuela primaria de Caseta en el mismo grado, pero yo no le entendía nada de nada al profesor que me tocó. Pensaba que la muerte de mis padres no me habían provocado ninguna crisis, pero analizando mis reacciones y vivencias de aquellos días en la nueva escuela de primaria, claro que me la provocaron. Y mucha. El bloqueo que tenía a la hora de escuchar cada clase era síntoma de ello. Siendo uno de los más aplicados en clase en la escuela del Compás, Dgo., y, por cierto, muy querido y protegido por los profesores, al cambiarme a Caseta D. B., Chih., sentí el golpazo de frente y sin misericordia.

Todos los días lloraba de desesperanza con mi hermana por lo que me estaba pasando en la escuela. Recuerdo que ella invitaba a algunos de los muchachos, vecinos que

iban conmigo en el mismo grado que yo, para que me explicaran lo que no entendía durante el día, pero igual, nunca comprendía nada y la crisis se hacía mayor. Tenía el cerebro cerrado.

Ya era 1957 y Elvis Presley sonaba fuerte en la frontera. Era la época del Rock, de las crinolinas anchas y calcetas al tobillo en las muchachas, así como los pantalones de casimir guangos y rayados, de tirilón o de pachuco les decían, en los jóvenes con doble copete cruzado en la frente. Así se usaba entonces. El "¡nooowey!" que ahora escuchamos en los jóvenes, en aquel entonces era "¡neel, ese mi loco!" doblando un poco la espalda y rítmicamente tronando los dedos a la vez.

"Jailhouse rock" (el rock de la cárcel), "Don't be cruel" y otras, eran las canciones de moda. Se distribuía en el pueblo calle por calle *El Correo de Juárez*, periódico que le hacía la competencia a *El Fronterizo*, de la cadena nacional periodística García Valseca.

Como debido a aquella competencia lo ofrecían de casa en casa, tuve un buen día la oportunidad de leer ahí, sin proponérmelo, la noticia de que "los barbudos de Fidel" ya andaban en Sierra Maestra (Cuba), alzados contra la dictadura Batista. Nunca supe por qué pero se me quedó grabada la noticia. Hombres rebeldes y armados buscando acabar con una dictadura. ¿Qué era una dictadura?

También de ese modo me enteré de la muerte de Pedro Infante. El admirado actor e intérprete mexicano de quien aprendí a canturrear algunas de sus canciones. Me impactaba mucho ver cada principio de año el cambio en la estampa de los modelos de los carros estadunidenses que visitaban de Fabens, Tex., a Caseta. Eran imponentes, cada vez más grandes y cada vez más anchos. Parecían lanchones, el Oldsmovile, el Buick, el Mercury, el "Chivy" (chevrolet).

Yo francamente no hallaba qué hacer. Estaba desesperado. Desesperado y muy desilusionado de mí mismo. Desde la po-

breza de las calles del Compás y de mi casa, añadido al desprecio que sentía de Santa Claus y los Santos Reyes todas las navidades, siempre había soñado con hacer del Compás una gran ciudad, luminosa y bella, como me parecían entonces Gómez Palacio, Torreón o Lerdo, del mismo modo que soñaba también con amueblar y pintar mi casa haciéndola bonita. Además, ayudarles a todos los pobres del pueblo que conocía para que dejaran de serlo. No comprendía y tampoco aceptaba desde entonces que hubiera ricos y pobres, ciudades grandes y hermosas en contraste con ranchos polvorientos y olvidados, sin pavimento y sin drenaje como aquel en el que yo había nacido. Y ahora, en medio del *bullying* y la vergüenza que sufría por "burro" y por dientón, de parte de mis compañeros de clase en la nueva escuela de Caseta, ni para dónde correr.

De Caseta a San Ignacio D. B., Chihuahua

Triste y apachurrado, un día, rumbo a la escuela, pasé por el frente de la iglesia del pueblo y vi un gran letrero anunciando que se inauguraría un Colegio llamado San Ignacio, en un poblado vecino con ese nombre, San Ignacio, pero que hoy se llama Praxedis G. Guerrero, D. B., Chih. Era el anuncio que hacía el párroco de todos los pueblos del Valle de Juárez, de nombre Vicente Machado, que radicaba en la parroquia de San Ignacio, donde invitaba a todos los padres de familia de las poblaciones vecinas a inscribir a sus hijos en el Colegio semiinternado que próximamente se inauguraría. La mensualidad e inscripción serían de $10.00.

A mí se me abrieron los ojos y también el corazón, pues rápidamente maduró en mí la idea de inscribirme al próximo año en aquel colegio, pero no sólo para repetir otra vez el 5o. grado, sino para regresarme hasta el 4o. y de ahí "pal" real, aprender bien lo que se me enseñara y que no entendía en la escuela de Caseta.

Mi hermano José trabajaba en aquellos días, todavía sin lograr pasar a EUA, como cantinero en uno de los muchos bares del pueblo, pues todo Fabens iba a bailar y a beber alcohol barato a Caseta todos los fines de semana y fue hasta ahí que fui un día a buscarlo, sorprendiéndolo de repente al verme ahí a un lado de él, dentro de la cantina. Y de él fue de quien obtuve el permiso para inscribirme, así como los 10 primeros pesos que necesitaba para correr a matricularme.

Días después, como un sueño, me vi haciendo fila en medio de los adultos, padres y madres de familia del pueblo, que acudían a la iglesia a inscribir a sus hijos en el Colegio San Ignacio. Y renací a partir de entonces. Si hubo algo en mi niñez que significara el primer paso para transformarme en la persona que soy, fue aquel gigantesco paso que logré dar por decisión propia, siendo todavía un niño, para salir del atolladero humillante que me significaba la escuela primaria de Caseta.

Así fue como llegué a San Ignacio, lleno de ímpetu, de ilusiones, de ganas de ser digno y de saber mucho. Y apareció el Benjamín que hoy soy, haciéndome responsable de mí mismo desde entonces y pasando de ser un burro, en la escuela de Caseta, a ser el primer lugar de la clase en el Colegio San Ignacio y a ganarme la beca con que se premiaba todos los años al niño que sacara las mejores calificaciones del plantel. Al final del ciclo escolar, todos los años logré que me colocaran alrededor de mis hombros, como banda presidencial, una banda blanca que tenía un letrero que decía: "Excelente".

Eso lo logré durante los cuatro años que permanecí en aquel glorioso e inolvidable Colegio San Ignacio, pues después de concluir los tres años que me faltaban en la primaria, seguí estudiando ahí mismo el primer año de Comercio, para Contador Privado. Aquellos años para mí fueron muy luminosos.

Cierto que me convertí casi en un santurrón, creyente fervoroso de Dios, de todos los santos, de la virgen María con su himen inmaculado y, sin embargo, madre de Jesús, pues era uno de los monaguillos que ayudaban al cura en la celebración de la misa. Pero cierto también que me vi rodeado de condiciones inmejorables para desarrollar mi personalidad en un ambiente que no me aplastaba, sino que me empujaba a ser propositivo y creador.

En esta parte de mi vida reconozco el sello de los valores cristianos con que fui marcado en aquel centro escolar. Sello que aun dejando de creer en Dios y en la Virgen, como hoy lo hago, lo llevo tatuado hasta los huesos, por debajo de la piel, hasta mi inconsciente.

La lucha por la verdad y el uso de la verdad en esa lucha, el ideal de la felicidad social que yo había querido entender de aquella concepción cerrada que me transmitieron de la vida de Cristo, confiar inocentemente en los demás sin oponer mucha duda a lo que cada uno dijera de sus propósitos, sin ver lo que siempre está detrás, de lo que está detrás de cada quien y de lo que cada uno diga de sí mismo, etcétera. Esto se abordará más adelante.

Regresando a mi paso por el Colegio San Ignacio, no sólo logré tener el primer lugar en aprovechamiento de toda la escuela, sino además me convertí en el impulsor de la banda de guerra del colegio. En el organizador y hasta en el maestro de todos los demás a quienes les "enseñé" a tocar el clarín y el tambor. ¿Quién me enseñó? Pues creo que tuve dos maestros: Uno, Tomás Osnaya Loera, vecino del pueblo en Caseta y compañero en el mismo colegio en San Ignacio, quien al terminar su primaria se fue a estudiar a la Normal de Salaices, Chih., de donde en vacaciones recibí su visita para instarme a poner en movimiento a los tambores y cornetas que estaban arrumbados en un cuarto del colegio, pues ya siendo miembro él de la banda de guerra de la

Normal, no entendía, no entendíamos ninguno de los dos, por qué no se organizaba la banda de guerra del colegio si teníamos todo lo necesario. El otro maestro, sin quererlo, fue Pablo, uno de mis hermanos mayores, quien en su momento, antes que Ricardo, también se fuera a estudiar al internado de San Pedro, Coahuila, y a quien, todas las semanas que regresaba a la casa en el Compás, escuchaba silbar y tamborilear donde podía las notas de las marchas de la banda de guerra de la escuela donde él estudiaba. De él y de Tomás aprendí con sólo escucharlos, todas las marchas para corneta y tambor que replicaría después en la Banda de Guerra del Colegio San Ignacio. Tomás me ayudó dándome a conocer los nombres de cada marcha, aunque nadie sobre cómo soplar la boquilla de un clarín ni como subir y bajar de tono. Eso lo aprendí autodidactamente. Tampoco sobre cómo convencer a mis compañeros para integrar la banda, de la que por naturaleza, desde su nacimiento, yo fui su comandante o capitán o como se le llame. Tomás, mi inolvidable amigo, me enseñó a engolar la voz para que se escuchara fuerte y así dirigir y dar órdenes de formación, de paso redoblado, de cómo marchar de frente o a los flancos, etcétera.

De aquel modo fue que consolidamos en casi todo el Valle de Juárez, desde Caseta hasta El Porvenir, el prestigio del Colegio San Ignacio, pues éramos invitados como banda de guerra a los desfiles de algunas de sus escuelas primarias, mismos a los que acudíamos luciendo nuestros uniformes de gala así como nuestras piruetas y formaciones ensayadas para cada desfile. Piruetas y formaciones inventadas ¿por quién?

Y de aquel modo también fue que correspondí a mis maestras, las monjas del colegio y a su director, el respetable y queridísimo Padre Vicente Machado, a tan enorme favor que me hicieron de salvarme del pozo en que estaba hundido en la primaria de Caseta.

En aquellas piruetas y lucimientos personales "en público de la gente" fue que tuve mi primera novia, Lupita Mejía. Con otra mujer amiga de ella y doce años mayor, María Camacho, tuve también mis primeras relaciones sexuales, aunque casi por violación. Recuerdo que yo rezaba mientras ella me manipulaba, pues mi formación confesional me obligaba a oponerme al "pecado" y, según yo, ella me estaba induciendo a pecar. Y fue en el río, como dice el poema de García Lorca "La casada infiel". Ese poema readecuándolo a mi persona, al revés, fue ella, sabiendo que yo era mozuelo, la que me llevó hasta el río.

De San Ignacio a Cd. Juárez, Chihuahua

El sacerdote Misael Rentería, padre Misa le decíamos, era el subdirector del Colegio y le ofrecieron desde el obispado trasladarse a Cd. Juárez, como responsable de la capellanía de San José, pequeño templo situado en la Calle Mauricio Corredor de la Colonia Alta vista de Cd. Juárez. Mauricio Corredor casi esquina con Santos Degollado.

Corrió el rumor en todo el colegio de su traslado y yo lo busqué para platicar con él sobre la posibilidad de acompañarlo para terminar mi carrera de Contador Privado allá en Cd. Juárez. No lo pensó mucho y aceptó. Es más, ni siquiera me condicionó a que me dieran permiso mis hermanos mayores para hacerlo. Él simplemente me puso fecha y me dio el domicilio de la capilla a donde tenía que llegar. Desde luego me aseguró que la casa a donde él se trasladaría tenía un pequeño cuarto en el patio de atrás, con baño de agua fría enfrente, me decía, donde yo podría quedarme a dormir.

Así que si él no lo pensó, pues menos yo. De inmediato platiqué con mi hermana en Caseta, para que me dieran permiso de irme de San Ignacio a Cd. Juárez acompañando al padre Misa, con el propósito de seguir allá mis estudios. No

aceptó. Dijo que yo era un niño y que ella no tenía manera de ayudarme económicamente para mi sostenimiento allá, así como el pago de la colegiatura que me exigirían en donde me inscribiera.

Me puse a llorar otra vez lleno de desconsuelo. Recuerdo que me retiraba a los lugares más alejados donde no me vieran para dejar escapar toda mi tristeza y mis lágrimas. Una vez más para mí era vital aprovechar aquella oportunidad que se me estaba abriendo en la vida para continuar mi preparación y conseguir hacer realidad mis sueños e ilusiones. Me resistía a terminar como jornalero con salarios de pobreza, que es hasta donde lograban llegar en todos los pueblos del Valle de Juárez. También me resistía a irme a Estados Unidos como ilegal, que era a lo que me invitaba mi hermana. Desde entonces me sentía traicionar con eso a nuestra Patria. Tal desesperación vio mi hermana que me ofreció que hablara con Pablo, que ya trabajaba en Fabens, Tex., de "mojado", para que él viera si podía o no ayudarme y, sobre todo, para que fuera conmigo a Juárez a ver a dónde y cómo me iba a quedar.

Efectivamente, en cuanto llegó mi hermano lo abordé. No pude evitar de nuevo que se me salieran las lágrimas suplicantes de mis ojos y creo que para esos momentos en que se lo dije ya lo habían platicado de nuevo, entre él y mi hermana, y habían resuelto concederme el permiso condicionándome a que él iría conmigo a Juárez y conocería y platicaría con el padre Misa sobre todas las condiciones de mi estancia allá. Una vez más la vida me regresó al cuerpo. No veía yo por qué tuvieran que ponerme tanto requisito a aceptar mi solicitud, si en realidad no haría más que un traslado de donde ya estaba fuera de la casa, San Ignacio, a otro lado también fuera de la casa familiar, Cd. Juárez. Pero en fin, hoy que recuerdo todo aquello me da un poco de satisfacción, pues a pesar de todo, sí que se preocupaban has-

ta donde ellos podían, porque yo estuviera bien y decidiera bien las cosas. Ni tardos ni perezosos pusimos fecha para el viaje y un buen día hasta Juárez fuimos a dar mi hermano y yo.

Yo ya había ido antes, ya conocía la casa y había visto lo que sería mi cuarto, de tal modo que ahora junto con mi hermano, me di el lujo de ser su guía y mostrarle todas las formas de llegar hasta la capilla de San José y constatara en qué condiciones viviría yo. Efectivamente sólo bastó de un día y una noche para convencerse de que nada malo pasaría, según ellos, si me permitían el traslado a Juárez. De ahí "pal" real, como sucedió en Caseta cuando me trasladé a San Ignacio, todo dependió de mí.

Mi hermano Pablo se encargaría de enviarme mensualmente una cantidad de dinero para la colegiatura y para ayudar un poco para mi sostenimiento, en cambio yo me haría cargo de buscar la "mejor" escuela y cuya colegiatura estuviera a nuestro alcance.

La Academia Comercial Bilingüe en Cd. Juárez

Esta vez no fue por casualidad que cambió mi vida, refiriéndome a aquel día en Caseta en que sin proponérmelo descubrí el Colegio San Ignacio. No. Esta vez logré por impulso propio mi traslado a Cd. Juárez y encontré también lo que para mí era la mejor alternativa para concluir mis estudios como Contador Privado: la Academia Comercial Bilingüe, que para mí era un prometedor centro de estudios donde aparte de concluir la carrera comercial como contador privado, me garantizaría aprender el idioma inglés.

Recuerdo que mi primer batalla frente al que era el dueño, y a su vez director de la escuela, el C.P. Aníbal Acosta Porras, fue para que me aceptara ingresar en el segundo grado, no en el primero como él me condicionaba para ma-

tricularme. No tenía muchos documentos con qué probarle que ya había cursado el primero año de la carrera, pues esa carrera se había inaugurado con mi generación en el pueblo de donde venía, pero creo que fue, entrando a la escuela, el primer choque, como adelanto de otros, que tuve con aquel ilustre personaje en mi vida.

Eran horarios muy extenuantes. Entrábamos a las 8 de la mañana y salíamos a las 6 de la tarde. Y efectivamente las clases de inglés eran satisfactorias. Dos horas al día y otra para taquigrafía Gregg, también para escribir en inglés. Las clases de Contabilidad las impartía el profesor Aníbal y, aunque seco y autoritario en su trato, alcanzaba a explicarnos bien el contenido de aquella asignatura, la principal de la carrera.

En general, creo que mi elección de estudiar en la Academia Comercial Bilingüe fue correcta, pues creo que egresé de ella con el manejo suficientemente aceptable en lo que fueron todas sus asignaturas: Contabilidad, Inglés, Álgebra, Mecanografía, Taquigrafía, etcétera. También ahí aprendí a declamar y perdí el miedo a hablar en público. Directamente el propio profesor Aníbal fue quien me enseñó a redactar y el profesor de Español a declamar y a hablar frente al salón de clase.

Sin embargo, no incluía asignaturas y certificado de secundaria, de tal modo que si era mi deseo después continuar con alguna carrera de licenciatura o ingeniería, pues no me daría los elementos académicos y documentales suficientes, así que empecé a buscar también una alternativa de secundaria nocturna, compatible al horario que tenía en la Academia, para que al próximo ciclo pudiera cursar ambas a la vez.

Entre 1962 y 1963, Enrique Guzmán, Angélica María y César Costa eran los ídolos de los jóvenes, mientras que The Beatles empezaban a sonar fuerte en Cd. Juárez. Aquella

música del cuarteto inglés, estridente, impactante y llena de fascinación, para mí estaba prohibida. Me dejaba entonces todavía invadir por la mentalidad retrógrada de quienes me habían educado en San Ignacio, como el padre Misa, con quien ahora vivía en Cd. Juárez. Escuchar a The Beatles era entonces, pues, intrascendente y no tenían mayor interés. Más bien, de acuerdo con comentarios del sacerdote, significaban pecado, libertinaje y eran voceros de Lucifer.

Para el tercer año de mi carrera tuve mi segunda novia: Armida Gutiérrez, inteligente y sobresaliente, que llamaba la atención porque hablaba inglés, pues ya había estudiado antes en El Paso, Texas.

Foto 4. López Mateos y Kennedy en la entrega del Chamizal, Cd. Juárez.

A mediados del año 63, John F. Kennedy visitó Cd. Juárez para entrevistarse con Adolfo López Mateos. Se trataba de

concluir el viejo litigio que México tenía interpuesto contra EUA por la franja fronteriza llamada "El Chamizal" que, desde 1864, debido a una desviación hacia el sur que sufrió el Río Bravo, provocado por exceso de lluvias, le había "robado" EUA varios cientos de hectáreas al territorio mexicano.

Benito Juárez había interpuesto el reclamo legal desde aquel entonces y ahora se pretendía, con las figuras de Kennedy y López Mateos de por medio, regresar aquella franja a nuestro país. La fiesta fue grande en Cd. Juárez cuando dicho territorio se restituyó. Claro que me di mi tiempo para ir a ver el encuentro de los presidentes directamente en el Chamizal y por lo menos una vez, vi a López Mateos dibujar con sus brazos discretamente la *roqueseñal* que la gente le festejaba mucho. Para mi entendimiento había quedado registrado aquel acontecimiento no sólo como una información más, sino como el triunfo histórico de los mexicanos. Y se trataba además de un hecho que provocaba sorna y desprecio por parte del padre Misa. ¿Por qué?

Mis estudios en la Academia Comercial Bilingüe los terminé en 1963 muy satisfactoriamente para mí. Pero el último ciclo, el de 1962 a 1963, fue particularmente duro.

En septiembre de 1962 me inscribí en la Secundaria Federal Nocturna por Cooperación y dividía mis horarios de 8 de la mañana a 6 de la tarde en la academia y de 6 a 10:20 p. m. en la secundaria, misma a la que llegaba todos los días a las 6:20. A mi casa regresaba todos los días después de las 11 de la noche pero seguía hasta la una o dos de la mañana haciendo tareas para luego despertarme a las 7 a. m. y poder estar de nuevo en la academia a las 8 a. m. Yo estaba encantado con lo que hacía.

La escuela secundaria federal nocturna por cooperación

A los catorce años, mi ingreso a la secundaria nocturna marcó mucho mi vida. Yo me estaba transformando en otro. Y no sólo por la pubertad de cuando uno es niño y pasa a ser adolescente, sino además porque la vida misma me estaba encaminando para transformar radicalmente mi manera de ser, de pensar, de cómo ver la vida y el mundo y para dejar de ver tanto hacia el "cielo" y al "infierno" y prestar más atención a lo que hacía en la tierra.

A la secundaria nocturna asistía sólo gente adulta, que trabajaba y tenía familia o eran jóvenes mayores de 20 años que no pudieron estudiar de niños y que ahora, ya trabajando en algún lado, se darían su tiempo para avanzar en sus estudios. Pero todos, adultos, enfrentados ya a la vida.

En contraste, yo, el "beato" Benjamín, con mi mentalidad clerical, defensor de los cristeros y canturreando los himnos de las juventudes católicas, puesto en las manos de aquellos, me hicieron trizas. Y fue un gran favor el que me hicieron. Amistosamente se burlaban de mí algunos, mientras que otros se animaron a entrarle a la discusión conmigo mientras yo los "catequizaba". Otros sin entrar a discutir nada, con su sola conducta, su manera de ser, de bromear, de vestir y de vivir, me tenían apantallado.

Recuerdo mucho los nombres y las personalidades de Eugenio Arnal, de David Ferreiro, de Ezequiel Sánchez Gardea y de otros. Grandes compañeros y amigos todos, gracias a algunos de los cuales, al salir de la academia, conseguí trabajo. Es más, todavía no terminaba de estudiar en la Bilingüe y ya estaba entrevistándome con los que ya trabajaban en donde posiblemente iría yo a emplearme, que así fue en la "Carta Blanca de Cd. Juárez", concesionaria de lo que era la Cervecería Cuauhtémoc de Monterrey, N. L. Con quien me

habían recomendado que me presentara fue con el Contador Arévalo, hombre calvo, cerebral y bonachón que de inmediato me dio luz verde. Y quien me recomendó con él fue mi compañero de la secundaria de apellido Quijano, quien a su vez trabajaba en "Licores de Juárez", que era empresa propiedad de los mismos con quienes se estaba promoviendo mi contratación.

Así que apenas recibí mi certificado de estudios en la Academia Comercial, y a la semana siguiente ya estaba trabajando. Entré al departamento de Contabilidad de aquella concesionaria, encargada de vender cerveza Carta Blanca y Bohemia a todas las cantinas, cabarés, tugurios y burdeles de Cd. Juárez. Y los conflictos y contradicciones que para entonces ya tenía con el padre Misa tuvieron su conclusión.

Con el primer pago de mi quincena empecé a ahorrar para pagar la renta de un departamento cuyo domicilio de inmediato empecé a buscar, cercano al centro. El salto en mi manera de pensar y conducirme no sólo fueron mis largas conversaciones con mis compañeros de la secundaria, que obviamente me influyeron mucho. Creo que lo principal fue la desilusión que me provocó vivir en la casa de un párroco y comparar lo que éste decía sobre su Dios, sobre la vida en la tierra de los hombres, sobre cómo ganarse el cielo, etcétera, en contraste con los hechos reales, con su vida real en concreto, de la cual me tocó ser testigo cercano.

No estoy manchando el nombre de quien me hizo el favor de abrir las puertas de su casa, para darme asilo en un momento tan crucial de mi vida, como lo fue la orfandad de mi niñez. De eso viviré eternamente agradecido. No. Simplemente estoy hablando de los vacíos, debilidades y contradicciones que para mí tiene una filosofía subjetiva, sostenida sólo en la fe, llevada a los hechos de la vida real y que trató de arrastrarme. A quien cuestioné no fue a la conducta del párroco, sino al método de pensamiento, a la concepción de

la vida y del mundo que obliga a quien la abraza, a vivir en la mentira, el engaño y la hipocresía.

¿A qué conflictos y contradicciones me refiero?

En realidad nunca sostuve ninguna discusión ideológica con el sacerdote. Nunca por ejemplo me paré frente a él para decirle: "¡Dios no existe y usted es un farsante!". No. No fue así mi rompimiento con él. Más bien nuestra relación, que por cierto nunca fue fuerte, se diluyó aún más cuando en los hechos no le vi disposición alguna de colaborar conmigo ofreciéndome qué comer, por ejemplo, mientras yo veía que con sus más cercanos, no sólo comían todos los días en la casa, sino además se daban el lujo de salir al cine o a pasear a algún lado, sin invitarme nunca. Uno de ellos era su chofer.

Lo anterior, al principio aunque me golpeaba mucho, yo lo toleraba porque me decía a mí mismo: "Él no se comprometió a nada conmigo en ese sentido. Él ha de creer que lo que me manda mi hermano me basta para mis comidas y por tanto, su colaboración se reduce a ofrecerme el cuarto donde vivo, lo cual debo agradecérselo mucho". Sin embargo, aquella actitud de tolerancia, aunque la mantuve, la alteró mucho el siguiente incidente: Un buen día al llegar a la casa ya de noche, encontré acostado en mi cama a un joven desconocido, que cuando lo desperté me explicó que el padre Misa le había dicho que se fuera a dormir ahí, a compartir la cama conmigo. Me explicó que él era seminarista y que por un tiempo iba a vivir en la casa.

Puestas de ese modo las cosas no me quedó otro remedio que aceptar. Como siempre, tardé en ir a la cama unas horas, después de las cuales el muchacho ya estaba dormido de nuevo, supuse. No fue así. Apenas empezaba a dormitar cuando repentinamente sentí su mano sobre mi pene. Me provocó mucha sorpresa y enojo y mi reacción fue propinarle un golpe en la cara y aventarlo fuera de la cama. Al caer él encendí la luz y empezó la discusión. Más

bien mi discusión. Él simplemente se limitaba a escucharme agachado. Me parecía cruel y muy arriesgado de mi parte pero tenía que defender mi espacio. Así no podíamos dormir en el mismo cuarto y se lo hice saber. Decidió irse a dormir al sillón de la sala y ni él, supongo, ni yo le dijimos nada al padre Misa. Unas semanas después desaparecería de la casa.

Pero todo se agudizó con el trato que le dio a mi hermano Ricardo. Él entonces radicaba en Caseta y tal vez apremiado por la falta de oportunidades de empleo allá, siguiendo mi ejemplo, también decidió irse a vivir conmigo a Cd. Juárez para lo cual yo hablé con el padre Misa. Coincidió que en aquel momento de mi solicitud no había sacristán en la capilla, por lo cual creí que mi hermano podría cumplir ese papel a cambio del salario normal que supuse se les pagaba a los sacristanes. Levantarse desde las 6 de la mañana, tocar las campanas de la iglesia para la primer misa de 7 de la mañana, pedir las limosnas, asear la iglesia, etcétera. Por las tardes, de nuevo, tocar las campanas para el rosario diario que las rezanderas tenían como ritual.

El padre, lo sentí desde el principio, muy a regañadientes aceptó.

Y así fue como mi hermano se fue a vivir conmigo a mi cuarto y a trabajar con el padre Misa pero sin que en realidad a cambio le pagara su salario normal. Apenas sí le daba para pagar sus pasajes pues mi hermano iba más seguido que yo a Caseta a visitar a mi hermana, todo lo cual nos provocó a los dos no sólo decepción sino coraje.

Él lo que quería era juntar dinero para casarse, pues en Caseta tenía a su novia de la cual estaba muy enamorado, pero de aquella forma ni esperanzas que lo lograra, de tal manera que empezó a buscar otro trabajo al mismo tiempo que "trabajaba" como sacristán en la capilla de San José con el padre Misael.

Sus tiempos y mis tiempos cuadraron de tal manera que, como ya dije, en cuanto pudimos pusimos tierra de por medio y yo me fui al departamento que alquilé mientras que él se fue a otra casa que había rentado ahí en Cd. Juárez para vivir con su esposa, con quien se casó.

De que el padre dormía en su recámara con varios jóvenes de mi edad, no tengo derecho a suponer nada, menos cuando eran hermanos.

Esta es la historia de mi vida y sobre ella tengo el derecho y la obligación ética de apegarme a la verdad. En la historia de vida de otros no tengo derecho ni a especular ni a decir nada.

Lo que sí era importante para mí era alejarme de ahí. Hoy, aquel incidente que tuve con el seminarista tal vez lo resistiría de otra manera, no a gritos ni a golpes sino con más civilidad y tolerancia, pero en aquel momento y etapa de mi vida y haciendo un breve resumen de cómo me fue en mi paso por la casa de un párroco, no teniendo yo otra alternativa, creo que salí bien librado y, lo que hice, creo que estuvo bien. Puse punto final.

En 1961 Yuri Gagarin, de la URSS, acababa de surcar la estratósfera como el primer hombre sobre la tierra que volaba en el espacio sideral. La URSS llamaba la atención por su silencio en plena Guerra Fría, pero también por su progreso y estabilidad económica. Para muchos jóvenes de entonces voltear a ver hacia allá era ver hacia un sistema de vida más avanzado que el de México, pues allá se abatía la pobreza. Todo lo cual animaba mucho a discutir sobre el Comunismo como un modo de vivir al que aspiraba aquella parte del planeta y al marxismo como la manera de pensar que le daban sustento y razón a aquellas aspiraciones.

Yo batallé mucho conmigo mismo para abrirme y entender aquella filosofía. No podía desprenderme de la necesidad de creer en Dios. Para mí era imposible que alguien pu-

diera vivir sin tener a su lado su protección, su inspiración, su aliento. Se convirtió aquel cuestionamiento en una carga vital, que me aturdía al extremo de casi anularme como individuo. Entré en crisis. Era tremendo lo que me estaba pasando. Por lo menos dos años los viví como zombi.

El que más insistió en ayudarme fue Ezequiel Sánchez, quien a pesar de no ser tan mayor que yo, tenía muy claro todo ese entramado filosófico, así como la manipulación que de eso, según él, hacía la iglesia católica para tener aletargada a la gente y no se sacudiera del yugo y de la explotación que la tenía en la pobreza. Yugo, explotación y engaño al que contribuía el PRI, como partido del gobierno en el poder, para dominar a los trabajadores y mantenerlos bajo la dictadura de la burguesía.

Supe así qué era la "dictadura", qué era la burguesía, qué era el proletariado. En qué consistía el Materialismo Dialéctico frente a la metafísica en que había sido educado, a quién servía el Estado y lo que había que hacer al respecto, también de la violencia como "partera de la historia", de que la contradicción principal dentro del capitalismo se daba entre el proletariado y la burguesía. Me enteré que el proletariado estaba llamado, de acuerdo con la teoría de Carlos Marx, a imponerle su dictadura a la burguesía.

Me costaron meses y años de desvelos. Era el Café La Central, de la calle 16 de septiembre, cercano a la plaza de armas, centro histórico de Juárez, donde casi todas las noches nos dábamos cita para hablar de todo eso, un grupo de jóvenes después de las clases de la secundaria nocturna. Nuestras sesiones, largas charlas llenas de risas, chismes, exposiciones filosóficas y políticas, terminaban a la altura de las dos de la mañana, de tal modo que así de desvelado iba a trabajar todos los días.

Mis primeras lecturas fueron muy básicas: *Principios elementales de filosofía* de Georges Politzer, *Manual de filosofía* de

Víctor Afanasiev, *El Manifiesto Comunista* de Marx y Engels, las *Cuatro tesis* de Mao, *El Estado y Revolución* y el *Qué hacer* de Lenin. Todos recomendados por el queridísimo y respetado Profesor Carlos Irigoyen.

Las voces de Raphael en su época de oro y de Alberto Vázquez, cuyas canciones ponían en la rockola del café, eran algo así como el fondo musical en que se daban nuestras discusiones y coloquios nocturnos.

Fidel Castro, el Che, Raúl, Camilo Cienfuegos y todos los demás barbudos ya habían entrado triunfantes a la Habana en Cuba desde finales de 1959 y, en 1960, el mundo supo de su comportamiento de justicia social para los cubanos. Eran, pues, años llenos de energía, de luz, de júbilo, de ejemplos, de esperanza. Toda esta transición que sufrió mi pensamiento se expresó de muchas maneras en mi comportamiento y cotidianidad.

Sucedió que uno de mis compañeros de clase, de vez en cuando llegaba a clase vestido con uniforme de la Cruz Roja, lo cual era muy llamativo. Jesús Serrano se llamaba. Yo entré en conversación con él sobre el tema y así fue como me di cuenta que no era un trabajo formal, sino era algo así como un espacio en el que él se ofrecía y le ofrecía a aquella institución su tiempo como voluntario en el Cuerpo de Socorristas.

En las pláticas de café, del café La Central, también hablábamos de los "revolucionarios" de café, que sólo eran eso, pero sin nada consecuente en su práctica diaria. Yo no quería ser sólo eso. De tal modo que ante el ejemplo de mi amigo Jesús, le pedí que me asesorara para entrar como socorrista voluntario de la Cruz Roja, entendiendo que ofrecería algún servicio solidario a la sociedad sin pedir nada a cambio.

Ese fue mi primer entendimiento de ser revolucionario. No hubo de parte de nadie invitación alguna a pertenecer a algún organismo consecuente que pusiera a la práctica lo

que decía. De tal modo que eso, en un primer momento, fue lo que vino a satisfacer mis ánimos de participación social. Aunque abordaré este aspecto de mi práctica social como socorrista voluntario de la Cruz Roja en otro momento de este análisis, adelanto que con el tiempo, para 1966-1968, fui su comandante, su jefe. Así se le llamaba al grado máximo de mando de su servicio civil y era nombrado por elección de todos los socorristas.

En aquel momento, en escuela secundaria, sin desviarme ahora de la narración, estando en el segundo año me eligieron jefe de grupo, donde mi principal aporte, recordando mis días de la escuela primaria en San Ignacio, fue ofrecer como premio al que sacara mejores calificaciones una beca para el próximo ciclo que pagaría el dueño de "Carta Blanca", que, como ya dije, es donde trabajaba. Y por supuesto que yo no me la habría de sacar, pudiendo hacerlo. No podía poner en entredicho los propósitos de solidaridad a los demás que tenía mi iniciativa. El Sr. Fernando Borreguero, gerente y dueño de la Carta Blanca, personalmente se encargaría de entregar la beca.

Director del periódico Tribuna Estudiantil y presidente de la sociedad de alumnos

Mi participación como jefe de grupo en el segundo año me sirvió como propaganda involuntaria, pues al pasar al tercer año, también sin proponérmelo, me eligieron presidente de la sociedad de alumnos de toda la secundaria.

A su vez, a propuesta de Ezequiel Sánchez, pasé a ser nombrado director de un periódico llamado *Tribuna Estudiantil*, del que todavía conservo su primer número impreso, donde aparece mi nombre como director.

Ya estando en 1964, recuerdo que en ese número publicamos una nota del movimiento guerrillero de Madera, Chih.,

sin saber que después, la mayoría de sus integrantes, serían masacrados. La demanda principal de la escuela eran las colegiaturas. Era una escuela para trabajadores llamada "por cooperación", pero por todos los salones circulaba el rumor de que ya estaba incorporada a la federación, financiada por ella y que no teníamos por qué seguir pagando. Como presidente de la sociedad de alumnos me comprometí a aclararlo y en eso concentré mi actividad.

TRIBUNA ESTUDIANTIL

E. S. P. N.

Quincenario Cultural e Informativo de la Escuela Secundaria y Preparatoria Nocturna Diciembre 8 de 1964

Nº 1 EPOCA 1ª Benjamín Pérez G. DIRECTOR ★ SUB-DIRECTOR Fco. Xavier Robles M.

UNIVERSIDAD para CD. JUAREZ

LA JUVENTUD RECLAMA AULAS UNIVERSITARIAS

Y LA FEDERACION Estudiantil?

★ SINTESIS ★ INTERNACIONALES

$0.40

Foto 5. Primera página periódico *Tribuna Estudiantil*, 1964, dirigido por Benjamín Pérez Aragón.

Como vicepresidente fue electo junto conmigo Gustavo de la Rosa Hickarson, hoy abogado, quien hace algunos años llegó a ser el presidente de la Comisión de los Derechos Humanos en Cd. Juárez.

Resolvimos que una comisión encabezada por mí se tendría que trasladar a la ciudad, en aquel entonces, Distrito Federal (DF), a gestionar en la SEP todo lo relativo a no continuar pagando las colegiaturas, pues suponíamos que éstas estaban siendo ya sostenidas por el presupuesto federal.

Gustavo, a quien en aquel entonces apodábamos "Fierrito", pues se parecía mucho al profesor de Civismo, que se apellidaba Fierro y decíamos de broma que él era su hijo, se quedaría en Cd. Juárez para organizar un baile que financiaría nuestro viaje. Ezequiel Sánchez sería el que me acompañaría en aquella comisión y vuelta misma al DF que deberíamos emprender sin que el dicho baile se hubiera todavía celebrado, es decir, con financiamiento propio y algunas otras colaboraciones de algunos compañeros.

Yo tenía unos ahorros que había logrado en mi empleo en la Carta Blanca, así que ese fue mi primer aporte a la causa. Con la suma de lo que llevábamos alcancé a pagar los pasajes y también los primeros días del hotel. En mi trabajo solicité vacaciones y sólo me dieron una semana, así que con el límite de ese tiempo, había que planearlo todo.

El director de la escuela, Armando B. Chávez M., era quien estaba en entredicho, pues era quien, según los rumores, se quedaba con nuestras cuotas. Así llegamos Ezequiel y yo a la ciudad del DF y nos hospedamos en el Hotel Atlanta, de Belisario Domínguez y Degollado, por estar cercano a la SEP. Y sucedió precisamente que en nuestra primer vuelta a ese edificio, un poco desorientados como era natural, pedimos auxilio a alguien de los que estaba ahí mismo gestionando algo, resultando que fue el doctor Pablo Gómez Ramírez, razón por la cual, desde entonces, no dejó de hablar

y relacionarse con nosotros. Coincidió también que él estaba hospedado en el Hotel Atlanta.

Foto 6. Pintura del doctor Pablo Gómez Ramirez, como agitador. La pintura fue hecha por uno de los sobrinos de Antonio Scobell Gaytán, muerto el 23 de septiembre de 1965, en el intento de la toma del cuartel Madera, Chihuahua.

El doctor Pablo Gómez, después lo supimos, sería quien junto con Arturo Gámiz y otros, al próximo año, el 23 de septiembre de 1965 para ser más preciso, intentaría asaltar el cuartel Madera en la sierra de Chihuahua y la razón de su viaje, que coincidió con el nuestro, era precisamente que,

siendo él profesor de la normal de Salaices, Chih., la SEP lo estaba reprimiendo enviándole su plaza hasta Chiapas o a Guerrero, pues era muy evidente su participación anticapitalista, agrarista y popular desde la UGOCM y el PPS y se consideraba perniciosa su influencia tanto a sus educandos como a los habitantes de la zona.

Al conocer mutuamente las razones de nuestros viajes, desde entonces no nos separamos unos de los otros. Nos acompañó a todas nuestras gestiones y lo seguimos a todas las de él. Hicimos entrega del oficio donde explicábamos a Agustín Yáñez, secretario de la SEP en el gabinete de Díaz Ordaz, las razones de nuestra visita y búsqueda de una entrevista con él o con quien él dijera. Nunca lo logramos, pero sí en cambio, por injerencia del doctor, logramos hablar con Emilio Martínez Manatou, secretario de la Presidencia.

En realidad, esta entrevista la logramos sostener porque quien ya la tenía concertada, creo que a través del PPS, era él, el doctor, pero aprovechó para permitirnos hablar también a nosotros, después de tratar su asunto. El problema fue que para cuando esto se logró ya habían pasado más días que los inicialmente planeados y poco a poco nos fuimos adentrando en un periodo de falta de recursos, no sólo para pagar el hotel, sino para comer.

El doctor, muy solidario siempre, aunque tampoco traía recursos, nos llevaba a comer con algunos de sus amigos que tenía en la ciudad de México, a quienes iba a visitar hasta sus respectivas casas con ese propósito. De esa manera fue que conocimos a Jacinto López, líder de la UGOCM, a un señor de apellido Estrada, así como a otros muchos cuyos nombres no se me quedaron grabados, pues era uno por día a quienes íbamos conociendo. Fuimos por ejemplo a la Unidad Habitacional John F. Kennedy, a unas viviendas que estaban, o están, a un lado de la alameda central, etcétera. Conservo todavía un libro, con firma y fecha, de-

dicado a mi nombre por uno de aquellos personajes a quienes visitamos.

El doctor, durante todo el tiempo que convivimos con él nunca nos habló en concreto de la guerrilla en ninguna parte del país, menos en Chihuahua, pero sí que nos habló, y mucho, de la situación de injusticia social en México, de la necesidad de organizarse desde todas las filas y sectores sociales, de mantenerse siempre en conexión, de no descartar la vía violenta, aunque desgastar antes hasta lo máximo todas las vías pacíficas y legales. Recuerdo que él se declaraba marxista-leninista.

Su voz siempre era pausada y buscando convencer de lo que decía. La impresión que me dejó a mí fue la de un gran maestro y hombre que, perseguido ya por el sistema, buscaba a toda costa no desesperarse y no cometer errores.

Tuvimos que despedirnos sin avanzar más, ni él en sus gestiones, ni nosotros en las nuestras. Al final, lo que vino a salvarnos de no tener que escaparnos por las ventanas del primer piso del hotel hacia la calle y por la noche, fue que yo llevaba la cámara fotográfica de mi hermano Pablo y que nos la aceptaron en prenda, mientras enviábamos el pago por giro o regresábamos por ella pagando todo el adeudo por el hospedaje.

Ya habían transcurrido más de tres semanas, casi un mes, desde que habíamos salido de Juárez. Yo perdí mi empleo en la Carta Blanca y, junto con él, perdí también la oportunidad de declararle mi amor platónico a la secretaria de la empresa que se llamaba Mabel Uriega. Mabel era una muchacha muy simpática e inteligente pero que me llevaba 10 años y que a pesar de eso me había enamorado perdidamente. ¿O sería más bien por eso?

Yo creo que, igual que todos los enamorados que no se atreven a declarar su amor y que fantasean, también pensé que a ella le pasaba lo mismo que a mí, pues tenía o creía te-

ner de su parte a cada rato muchas muestras y señales hacia mí que así me lo hacían pensar o imaginar, pero me desanimaba mucho regresar a la realidad y enterarme que junto a ella yo sólo era un niño.

Cuando perdí el empleo me permití fantasear y decir: "qué lindo sería recibir en mi casa a Mabel, quien me visitaría para solidarizarse y ayudarme a recuperar mi empleo". Ella era amiga de nuestro jefe y claro que podía hacerlo. "¿Pero cómo hubiera podido hacer eso?", despertaba repentinamente de mi fantasía, "¿si ni siquiera había sido capaz de hablarle de mi amor e invitarla alguna vez a visitarme, diciéndole mi domicilio?".

Regresando a mi relato del viaje a la Cd. de México, la respuesta por escrito de nuestro reclamo y solicitud a la SEP nos llegó hasta meses después, respaldando desde luego, al Profesor Armando B. Chávez. Conservo todavía ese documento dirigido a mí.

Pero antes, al llegar a Juárez, éramos la expectación en la escuela. El Profesor Chávez M. quería ser presidente municipal de Cd. Juárez. Carlos Madrazo era el presidente del PRI a nivel nacional y ya eran públicamente conocidas sus pretensiones de democratizar al PRI. Ese era el contexto en que nos estábamos moviendo, de tal modo que hicimos un paro de un día en la escuela, que nos sirviera de marco para solicitar la entrevista con Armando B. Chávez e informarle de nuestra gestión a la Cd. de México y los supuestos resultados que le obligarían a modificar la política de financiamiento de la escuela. También conservo copia del documento que le llevábamos para nuestro alegato.

Para septiembre de 1965 veríamos publicadas en los periódicos locales, las fotos de los guerrilleros que intentaron tomar al Cuartel Madera en la sierra de Chihuahua, y dentro de ellas, la del doctor Pablo Gómez Ramírez. Obviamente para nosotros fue muy impactante enterarnos de lo que ha-

bía sucedido. Atamos cabos y vimos la película más completa, sobre el doctor Pablo Gómez Ramírez y el verdadero fondo de lo que nos decía en la ciudad de México.

Le habíamos cobrado respeto y aprecio en los pocos días que convivimos con él, de tal modo que fue imposible dejar escapar una lágrima por su muerte. ¿Qué queríamos aprender de aquel acontecimiento? ¿Que había que levantar sus armas del suelo y darle seguimiento a su movimiento y causas o entender que ese camino, como ellos lo habían iniciado, no era el correcto para insurreccionar al país?

Fritz Glockner en su libro "Memoria Roja", nos ayuda a responder esa pregunta citando las palabras del doctor Gómez Ramírez, la madrugada del 23 de septiembre de 1965, en el diálogo que sostuvo con el propio Arturo Gámiz, sobre la pertinencia de asestar o no el asalto al Cuartel Madera ese mismo día a como diera lugar, sin las armas que estaban esperando y en medio de aquellas condiciones políticas y de organización:

"—¿Qué habrá pasado? —Inquirió dudoso el doctor Pablo Gómez.

—Algún contratiempo habrán tenido, lo importante es que ya estamos aquí y tenemos que llevar a cabo la acción. Sabemos más o menos la distribución del terreno y lo más importante es que son pocos los soldados que se encuentran dentro del cuartel. —Responde convencido Gámiz.

—No sería lo más indicado poner otra fecha? —Se atrevió a cuestionar Gómez

—De haberse filtrado cualquier información estaríamos en desventaja. Además tenemos ya un testigo de todos nuestros movimientos- Volteó Arturo para señalar con la mirada al conductor.

—Sería muy riesgoso no cumplir lo programado, están por llegar, en cualquier momento Salvador Gaytán y su gente, imagínate que no nos encuentren, los arriesgaríamos

inútilmente. Yo propongo que continuemos lo programado. —Añadió convencido Gámiz.[1]

Como profesor en la Academia Comercial Bilingüe

Una vez egresado de la secundaria nocturna y después de perder mi empleo en la Carta Blanca de Cd. Juárez, sin empleo fijo, deambulé por las calles y colonias de Juárez como vendedor de cursos de inglés y de enseres para el hogar por más de un año. Mi problema era sacar el sustento y el pago de la renta de mi casa a como diera lugar. No me quedaba otra alternativa. En 1966 visité a la que había sido la escuela de donde había egresado como contador privado en 1963, pero ahora a solicitar empleo como profesor. Era mucho el atrevimiento por mi edad, 19 años, y por la relación, según yo, tirante que siempre tuve como alumno con el profesor Aníbal, su dueño y director.

Sin embargo, él al escucharme no lo pensó dos veces. Otra era su actitud. Llegué en el momento exacto que le hacía falta un profesor de Contabilidad y él me vio o me dio el tamaño y las posibilidades. No sólo eso, después concluí: también vio en mí a quien mantener con un salario raquítico por mi trabajo, sin obtener a cambio reclamos. Estaba yo muy joven.

Y efectivamente, por espacio de más de un año funcioné sin chistar una palabra sobre mi salario. Así me sorprendió la muerte del Che Guevara en Bolivia, octubre de 1967. Muerte que sumé a la del doctor Gómez y de Arturo Gámiz en Madera, Chihuahua, el 23 de septiembre de hacía apenas dos años de aquel momento.

[1] F. Glockner, *Memoria Roja*, México, Edit. Grupo "Z", 2000, pp. 190-191.

Para luchar por la emancipación del proletariado, por la sociedad en su conjunto, por un México más justo y democrático, bien que valía la pena sacrificar nuestras vidas, decía yo, ¿pero era correcto el camino que nos indicaban con sus muertes y con sus resultados, Pablo Gómez, Arturo Gámiz y el Che Guevara?

En la Academia Comercial Bilingüe, ahora yo como profesor, padecíamos de una explotación de verdad cínica y sin misericordia. No sólo el trabajo se reducía a las horas clase, frente a grupo. No. Aparte eran largas horas de preparar las clases, de revisar trabajos, tareas y exámenes. El sabido horario era de 8 de la mañana a 6 de la tarde, cierto. Pero ese era el horario visible. Si de por sí éste ya era extenuante, aparte en la casa eran largas horas de preparación y de revisión. Y todo por un salario "ligeramente", como decía el profesor Aníbal, "encima" del salario mínimo.

Si queríamos hacer la revolución socialista en todo el país, no podía concebirse sin la participación clara, decidida y consciente de todos los trabajadores. Y ahí enfrente de mí estaban ya dadas las condiciones para organizar o participar en la organización y concientización de mis propios compañeros profesores, víctimas todos de las mismas condiciones de expoliación de nuestro trabajo, igual que yo.

No sólo por mí, desde luego, también con la participación de otros profesores, empezamos a platicar y a buscar coincidencias para formular un pliego petitorio y un emplazamiento a huelga dependiendo de los resultados, con la demanda de levantar los salarios al 100% y de sindicalizarnos.

Mi casa en aquel entonces la rentaba en la calle Guatemala 444, casi frente al costado del Bar La Rueda y casi esquina y al sur de la calle Vicente Guerrero. Al ingreso de la misma vivían los dueños y yo tenía que entrar por el pasillo lateral del patio hasta llegar a la parte trasera, que era donde estaba mi departamento. Así, de rigor tenía que pasar todos

los días frente a la cocina de ellos. Y así fue como conocí a Tamara, la hija mayor de la casa. Madre soltera, 27 años. Y así también fue como ella vio la oportunidad de todas las noches salirse por la puerta de atrás de su casa para entrar a la mía. Para mí fue una experiencia inolvidable por haber sido aquella mi primer relación larga, intensamente pasional, didáctica y muy tormentosa por la personalidad un poco o un mucho alocada de ella. Con aquella conducta suya, posesiva, celosa y caprichosa, me obligó a mudarme de domicilio. Un año después que por curiosidad regresé al barrio con el pretexto de tomar una copa en "La Rueda", por conducto de una de las cantineras amiga de ella, supe que se había suicidado.

Foto 7. Benjamín Pérez Aragón cuando era profesor de la Academia Comercial Bilingüe, acompañado de algunas alumnas.

Regresando al tema de la organización de los profesores de la Academia Comercial Bilingüe, las reuniones eran en "secreto" en mi casa, situada ésta, para ese momento, en Nicaragua Sur 816, ya una vez habiéndome mudado de la casa anterior, de la calle Guatemala. Y a ellas asistían la mayoría de los profesores, donde todos íbamos coincidiendo en las principales formulaciones. Lamentablemente a alguien se le ocurrió invitar al profesor de Matemáticas, íntimo amigo de Aníbal Acosta, de tal modo que a la hora de estallar públicamente el movimiento, el profesor Aníbal ya estaba informado en detalle de todo lo que estábamos haciendo y pretendíamos hacer. Seguro se enteró que las reuniones se daban en mi casa y del nivel de compromiso que en lo personal tenía yo con la causa.

Efectivamente logramos que cediera en la principal demanda de elevar el salario considerablemente, pero en cambio, a mí me sorprendió un buen día invitándome a sus oficinas, a mí solo, para pedirme mi renuncia al trabajo a cambio de la liquidación que la ley me confería.

En esa entrevista aprendí mucho. Era la primera vez en mi vida que asistía a una sesión de intimidación y de amago, mezclada con aprecio y respeto por quien me amagaba. "¡Ya no lo quiero a usted más en mi escuela!", insistía en gritarme. "¡Yo confié en usted y a cambio me ha traicionado!". "¡Ya no va a poder trabajar a gusto en esta escuela, ni yo tampoco con usted! ¡Váyase! ¡Si no se va yo sabré cómo pero lo voy a demandar para sacarlo de aquí!".

Hoy, con la experiencia que supuestamente tengo, un emplazamiento así y conjunto de amenazas y gritos tan intimidantes, aunque no estuviera amparado dentro de ningún sindicato o con un contrato de trabajo individual y aunque esas amenazas me las hiciera alguien con la incidencia que tuvo en mi formación, como lo fue el profesor Aníbal, no me hubieran hecho ceder. Tenía frente a mi muchas alternativas de

defensa, pero alternativas mismas que no las alcanzaba a ver en aquel momento. Debo reconocer que logró asustarme, aturdiéndome y cerrándome mentalmente los caminos que tenía para responder. Se impuso su imagen que había ganado como mi profesor. Se impuso gracias a su aceptación inicial, al favor de haberme concedido un empleo después de los largos meses deambulando casi miserablemente por las calles, como vendedor, sin tener ingreso seguro. Fue bueno saber que por lo menos ya había cedido en pagar a los demás lo que demandábamos. Se impuso, en fin, mi inexperiencia y mi juventud. Se impuso que me lo pedía a gritos. Era ya 1968 y acababa de cumplir apenas los 21 años.

Después de firmarle mi renuncia y obtener toda la liquidación que legalmente me correspondía —ahí me tenía todo ya preparado en su escritorio— ningún profesor se hizo solidario conmigo. ¿Y cómo lo iban a hacer si yo mismo me había puesto la soga en el cuello?

"A usted ya se lo llevó la chingada, profe", me dijo uno de ellos en una borrachera que fueron a ponerse a mi casa después de sucedidas las cosas. En resumen, así fue como respondieron. Nunca los culpé. Entre ellos recuerdo al profesor Cuellar, que fue quien me enseñó lo que sé de inglés y al profesor Pérez. También al profesor Avelino y al profesor "Boni", mi amigo.

Fue muy vergonzante, doloroso y contradictorio todo aquello que me pasó, pero ni modo de hoy contar las cosas de otra manera. Esa ha sido una de las enseñanzas mayores que he tenido en la vida y la asumo con la frente en alto. Me agarró de sorpresa y estaba yo muy "pollo".

Y no sería un dibujo completo de mi persona si no incluyo ahora que para aquel momento ya me había enamorado también de una de mis alumnas. Flor María se llamaba. En este caso sí había de su parte completa correspondencia, ya que los dos nos escribíamos cálidas cartas de respeto y de

cariño, pues aunque estábamos enamorados, ni ella ni yo nos atrevíamos a decírnoslo con todas sus palabras. Pero al igual que en el caso de Mabel tampoco nunca la invité a mi domicilio. Pesaba mucho en mí que era su profesor y que no podía saltarme aquella línea de respeto imaginaria. Aun así, ella indagó el domicilio de mi casa y me buscó para darme su solidaridad y preguntarme qué podía hacer para ayudarme. Que yo era el mejor de sus maestros y que los estudiantes estaban muy enojados porque me habían corrido.

Yo estaba desecho. A esas alturas y después de cómo se había dado todo, vergonzante y lastimoso, no tenía nada que aceptarle o nada que ofrecerle, ni siquiera mi misma persona. Hubiera sido indigno, y más aberrante aún, aprovecharme de ella y manipularla a mi favor en la escuela, cuando yo mismo había renunciado a ella. Es más, ahora, teniéndola frente a mí, ni siquiera permitirme tomarle de la mano. Me sentía muy indigno.

Por fortuna, semanas antes me había encontrado en la calle a uno de mis viejos compañeros en mi niñez, del Colegio San Ignacio. "Manzanita", le decíamos, porque estaba grandote, gordito, nalgón, cachetón y colorado. Él trabajaba en la Comisión Federal de Electricidad (CFE) gracias a su papá y me había dado su teléfono. Así que en medio de la desolación interna que sentía por aquel gran fracaso personal y de la vergüenza conmigo mismo, lo busqué y él atendió mi llamada. En respuesta me indicó el camino, me presentó con sus jefes y a partir de entonces, de inmediato, empecé a trabajar sin plaza de base en la CFE, pero con salario como si tuviera ya plaza de base y con la posibilidad además muy cercana de obtenerla en tiempo breve. Recuerdo al C. P. José Jiménez, que era mi jefe. Era el departamento de Contabilidad donde me habían contratado. Y era en la Av. Ferrocarril casi esquina con Abraham González el domicilio.

La pena hacia mí mismo que arrastraba se la llevó el tiempo y el hecho de haber encontrado condiciones favorables para restablecerme económicamente, mejor que si hubiera seguido en la Academia Comercial Bilingüe. Mejor en todo, en horario y en salario. El horario ahora era de 8 de la mañana a 4 de la tarde, con intermedio para comer. Y el salario, efectivamente era el doble, o más del doble.

Yo ya estaba matriculado en la Preparatoria de "El Chamizal", aquella construida por los gringos en la zona que se reintegró al país y a Cd. Juárez con las visitas de Kennedy y de López Mateos, pero no había podido acudir a nada del movimiento estudiantil de 1968 que ya había iniciado, precisamente porque estaba inmerso en el mío propio, en el de los profesores en la Bilingüe. No obstante había estado muy pendiente de los acontecimientos y, después de mi despido en la academia comercial, empecé a acudir a algunas de sus marchas y mítines.

Así fue como escuché la oratoria de Jesús Simental Banderas, el delegado del CNH a quien habían mandado a Cd. Juárez a agitar y a organizar la huelga. A aquellas alturas ya lo había logrado. Todas las escuelas de Juárez estaban en huelga, inclusive la Prepa del Chamizal que era donde yo estaba inscrito.

La Cruz Roja

Coincidente con todo esto, en la Cruz Roja, a donde me había sumado como voluntario desde 1963, mi participación ya estaba en su clímax. Mis compañeros habían tenido a bien, yo no me lo propuse, elegirme su jefe desde 1966. El puesto se llamaba "Jefe de Socorristas" y por supuesto que no se devengaba ningún salario.

Sucedió alguna navidad que no recuerdo, en un servicio a un accidente automovilístico de la carretera al Valle de

Juárez, que la ambulancia de la Cruz Roja chocó en la esquina de la avenida Ignacio Mejía y Américas, provocando la muerte del chofer y provocando además que mi compañero socorrista, de nombre Marco Antonio Gutiérrez, quedara paralítico para el resto de sus días. El choque fue contra el coche que conducía el junior, hijo del dueño de las Ópticas Devlyn cuyo nombre no recuerdo y que conducía borracho, como a las 3 de la madrugada y, por fortuna, en el viaje de ida de la ambulancia hacia donde el accidente por el cual había sido llamada la asistencia de la Cruz Roja, no de regreso, es decir, no con los heridos de aquel accidente por el cual iba al Valle de Juárez, ya a bordo.

Foto 8. Benjamín Pérez Aragón
junto con compañeros de la Cruz Roja de Cd. Juárez.

El acontecimiento fue muy llorado por todos nosotros. Hasta aquellos momentos fue que nos dimos cuenta de los enor-

mes riesgos que corríamos en medio de nuestra nobleza y buena disposición de apoyo a la sociedad. Aquel accidente coincidió con otro que sufriera mi compañero Jesús Serrano, tan sólo unos meses después, el que hasta aquel momento había sido el jefe de los socorristas. Y así fue cuando, no sé por qué, mis compañeros socorristas se fijaron en mí y un buen día me eligieron su jefe, para sustituirlo.

Y los propios hechos me indicaron el camino sobre la principal tarea que tenía que desarrollar como nuevo Jefe de Socorristas: Conseguir un seguro de vida para todos. Puestas las cosas por la vida misma, abrupta e inmisericordemente frente a nosotros, de inmediato me tracé el camino de entrevistarme con los miembros del patronato de la Cruz Roja, integrado como hasta hoy lo sigue siendo, por algunos de los más distinguidos ricachones y ricachonas de la ciudad. El gerente de lo que en aquel entonces era el Banco Nacional de México, situado en plena avenida 16 de septiembre, la principal de la ciudad, el señor Pérez Duarte; la señora Caraveo, esposa de Marcelo Caraveo, prominente empresario de aquellos lares, etcétera. Recuerdo que a ellos dos, sobre todo al primero, fue a quien más insistí con nuestra demanda "justiciera": Protegernos con un seguro de vida y contra accidentes automovilísticos estando en servicio voluntario dentro de la ambulancia de la Cruz Roja.

Transcurrió el año de 1967 con ese tipo de entrevistas, de actividades y festejos que nos ofrecían junto a la negativa, como bailes y rifas financiado todo por el patronato. Mis guardias de servicio voluntario eran todos los sábados por la noche, desde las 22 horas hasta las 8 de la mañana del día siguiente y nos reuníamos todo el cuerpo de socorristas, los sábados por las tardes a las 18:00 hrs.

Así llegó 1968. Por correspondencia logré relacionarme con socorristas de otros lugares, como el DF, Chihuahua, Torreón, Coah., etcétera, y me enteré de una convocatoria a

una Convención Nacional de la Cruz Roja, que se celebraría en Mérida Yucatán. A partir de entonces, asistir a aquella convención se convirtió en nuestro objetivo, dada la permanente no aceptación a nuestra demanda por parte del Patronato local en Cd. Juárez.

Según nosotros, era tan fuerte, noble y claro nuestro reclamo y propuesta, que estábamos seguros de que obtendríamos éxito si peleábamos por ella en aquel encuentro nacional. Así que entre nuevas discusiones y elaboración de propuestas, llegó la fecha de asistir a aquel evento para el que sólo conseguimos recursos con el patronato para asistir yo.

El movimiento estudiantil en el DF ya se había desatado, de tal manera que, como ya lo he dicho, distraído yo en el movimiento de los profesores en la Comercial Bilingüe y en esto otro que ahora narro de la Cruz Roja, al descender del avión en el aeropuerto del DF para después trasbordar otro a la Cd. de Mérida, se me reiteraría su existencia de más viva voz en pláticas con algunos pasajeros y a través de los encabezados de los periódicos que se ofrecían en los estantes de los pasillos. La celebración de marchas y mítines en el DF y todo el país era la comidilla del día en las notas de los diarios.

Ya estando en Mérida Yucatán, las cosas no fueron como nos las habíamos imaginado en Cd. Juárez. Los compañeros socorristas, que yo supuse asistirían, no llegaron. Y en el evento sólo se incluyeron en el orden del día los puntos que al patronato nacional de la institución le convino, excluyendo cualquier otra sugerencia o propuesta, sobre todo hecha por un joven desconocido como yo, que no conoció canales válidos y eficaces a través de los cuales proponer o modificar algo.

Además se trataba de un evento organizado por ricachones nacionales que habían elegido Mérida Yucatán, precisamente para usar el tiempo en divertirse, ir a las playas, emborracharse, bailar y coger. Para todos ellos: ¿cuáles de-

mandas de socorristas? ¿Con qué se comía eso? ¿Cuáles socorristas han muerto o perdido su integridad física en medio de su ingenuidad y nobleza, por una causa de bienestar social que la sociedad o sus representantes ahí presentes no reconocían?

No tuve para dónde correr. No tuve nada que hacer allá ni quien escuchara o leyera lo que llevaba preparado. Fue una verdadera frustración y desilusión mi viaje. Así eran las cosas y eso mismo es lo que tenía que informarles a mis compañeros socorristas de Cd. Juárez.

Foto 9. Salvador Corral con uniforme
de socorrista de la Cruz Roja de Cd. Juárez.

Recordé mucho entonces una o dos conversaciones que había tenido con Salvador Corral en su calidad también de socorrista de la Cruz Roja, juarense mismo que después sabría yo, hasta finales de los setenta principio de los ochenta, se convertiría en uno de los principales dirigentes de la guerrilla, ya en su expresión como Liga Comunista 23 de Septiembre. Salvador, después sabríamos todos, fue el que coordinó el "Asalto al Cielo" en Sinaloa el 16 de enero de 1974. Originalmente él había sido integrante del grupo guerrillero apodado como "Los Macías", del rumbo de Tamaulipas, Coahuila y Durango. Les decíamos "Los Macías" porque a sus principales dirigentes los distinguía el bigotito tipo "el ratón" Macías. Después de conocer a Salvador en Juárez, sin saber que más tarde sería uno de "los Macías", también conocí a Edmundo Medina —igual, con su bigotito del mismo tipo— que era quien coordinaba en Nuevo Laredo, Tamaulipas. En una ocasión la organización me envió como comisionado, junto con Miguel Domínguez, a realizar un operativo de expropiación a un banco en aquella ciudad. En aquel entonces nuestra principal tarea de la guerrilla era coordinarnos con los diversos grupos del país para finalmente integrar a uno solo, al que se le llamó Liga Comunista 23 de Septiembre. Pero este es un tema que abordaré en otro capítulo.

Por lo pronto, mi reflexión ahora es que Salvador creo que cursó parte de la misma curva de aprendizaje que yo: Pertenecer a un cuerpo de voluntarios socorristas en la Cruz Roja de Cd. Juárez, para después comprender que ese no era el camino indicado para transformar la realidad nacional "en beneficio del proletariado", decíamos en aquel entonces.

Eso era lo que él decía, antes de que desapareciera de mi vida en la Cruz Roja. Y eso es lo que ahora yo veía en los hechos, con mi esfuerzo frustrado de viajar hasta Mérida, Yucatán, para obtener un beneficio para los socorristas voluntarios de Cd. Juárez.

En la Cruz Roja, a su vez, también conocí a Sor Inés, que era una de las monjas comisionadas de planta en la institución, junto a otras. Me pidió que le enseñara a hablar inglés y así fue como, poco a poco, entramos en relaciones más íntimas. Para mí aquella relación fue increíble. Creo que se enamoró de mí, más que yo de ella. La llevé a mi casa. Me obsequió sus secretos, sus miedos y razones de existir. Un buen día simplemente desapareció de la ciudad sin darme ninguna explicación ni decirme a dónde se iba.

Junto a Sor Inés, de quien nunca indagué a qué parte del país había pedido su cambio, junto a las conversaciones con Salvador, junto a mis vivencias en la Convención Nacional de Mérida, Yucatán, mi experiencia en la Cruz Roja llegó a su punto final. Di vuelta a la página y sólo quedó la enseñanza y el recuerdo para continuar buscando los mismos objetivos de amor a la humanidad, pero por otros caminos.

Un avance en mi análisis etnográfico y una primera reflexión conclusiva

A este capítulo lo he titulado "Mis relaciones de parentesco y herencias culturales de mis padres: de la tragedia a la esperanza". ¿Por qué? Es de suponerse que, en otros casos, es una tragedia atravesar la niñez sin padres. Sin embargo en mi adultez, casi chochez, no acepto que viví una tragedia en mi niñez por la muerte de mis padres. Como ya lo narré, al contrario, fueron días y años muy divertidos y llenos de enseñanzas, de fuerza y de pujanza, donde la ausencia de mis padres ni siquiera creí sentirla. No obstante debo aceptarlo. No haber tenido el amor y el respaldo de ellos y recordar los malos tratos y momentos que sufrí por el vacío de muestras de cariño de mi madre, arrastrar toda mi vida con mi repudio hacia su autoritarismo, como un resorte que desde

lo inconsciente me impulsó contra los autoritarismos que he enfrentado en la vida, ha sido el sello principal que me definió hasta hoy. Pero a su vez, fue lo que me impulsó hacia acariciar de cerca la esperanza de mi vida, que para estos días a que me he referido, ya pisaba con los zapatos que la misma vida me había regalado.

Tragedia, sí, la del pensamiento con que fui formado en mi niñez. Tragedia la del rumbo que hubiera seguido si aquello que fue mi tragedia no me hubiera empujado ella misma hacia la verdad, aunque relativa pero creíble, y hacia realizarme como individuo buscando la felicidad de la sociedad a costa de mi propia vida, de mi libertad y de mi integridad física.

Así, la esperanza yo mismo la había cultivado y ahora era tiempo de cosecharla. Ya había logrado entender que Dios no fue quien creó al hombre sino que el hombre fue quien lo creó a él, en su camino de la ignorancia hacia la ciencia. Ya había logrado encontrar sostenes dentro de mí mismo, en mi conocimiento, convicción y fuerza de voluntad internas, para no depender de la fe en un ser inexistente que supuestamente me ayudaría en mis conflictos, vicisitudes y proyectos. Ya había entendido el porqué de la sorna del padre Misa sobre la devolución del Chamizal y la intervención de Benito Juárez en ello. Ya había aprendido en los hechos lo que Amado Nervo había escrito: Que la vida me daría lo que yo mismo le diera y que yo mismo sería el arquitecto de mi propio destino. Que no existía ni la gloria ni el infierno después de la muerte, sino que nosotros mismos los construiríamos a ambos con nuestros hechos en el pleno goce de la vida y en la tierra, para experimentarlos antes de morir al enfrentar las consecuencias de nuestras decisiones. Supe que "hechos son amores y no buenas razones".

Aprendí a dejarme llevar por la delicia de escuchar a The Beatles y a perderles el miedo. Al contrario, pasé has-

ta a amarlos. “Imagine”, “Woman”, “Mother”, “Across the universe”. De The Beatles llegué a The Rolling Stones, estos sí satánicos: “Satisfaction”, “Time is on my side”, “Like a rolling stone”, “Jumping’ Jack Flash”. Después vinieron The Doors, Jim Morrison. Y junto a todo entender que disfrutar de hacer el amor no era algo de lo cual había que arrepentirse sino, al contrario, fortificante, hermoso, inigualable y necesario.

Claro está que la vida después me enseñaría otras muchas cosas que aún en aquel entonces me faltaban. Y vaya que sí. Lo que uno aprende o vive en la niñez se queda marcado, tatuado, fuera del alcance de nuestra voluntad, hasta el tuétano de nuestros tuétanos y cuesta mucho comprenderlo y sobreponerse. Ya hablaremos de eso durante mi análisis, pero en lo elemental, me sentía ya preparado para hacer realidad mi esperanza de la vida.

Por otro lado, paradójicamente heredé también de mis padres la religión católica, pero sólo como un ingrediente para llegar a su antítesis, al materialismo dialéctico. También recibí de ellos, envuelta en sus hechos y en sus vidas, la dignidad, el orgullo y la honradez con que vivieron hasta sus muertes y que me sellaron hasta el alma. Supe además que era hijo de un revolucionario villista y adquirí conciencia de hijo de trabajadores pobres del campo, lo que, todo, fueron las semillas, el impulso para arribar más tarde a mi conciencia de clase proletaria, cuando no sólo me vi obligado a vender la fuerza de mi trabajo a algún patrón para poder subsistir, sino cuando además emprendí distintas luchas sociales y reivindicativas que me hicieron entender en qué parte de la estructura social estaba colocado yo y qué es lo que tenía que hacer en consecuencia. Heredé ser decente y ser responsable en mis obligaciones. Heredé también el amor a mi tierra, entendiéndola a toda ella como mi nación, como la patria grande de ser mexicano. Es decir, como mis

padres, también me hice migrante desde niño, sin trabas que me ataran sólo a un pequeño territorio dentro o fuera del país, pero aprendí a amar a México, aprendí a amar a mi patria, toda.

CAPÍTULO II.

LAS BASES SUBJETIVAS DE LA REBELDÍA ARMADA REVOLUCIONARIA. UNA APROXIMACIÓN AUTOBIOGRÁFICA A LA HISTORIA DE LOS LACANDONES, COIMPULSORES DE LA CONSTRUCCIÓN DE LA LIGA COMUNISTA 23 DE SEPTIEMBRE

Tlatelolco DF-Cd. Juárez, Chih., 1968

Efectivamente, el movimiento estudiantil que se desató a partir de la represión que sufrieron en la ciudadela del aquel entonces Distrito Federal (DF) estudiantes del Politécnico Nacional, particularmente de las vocacionales 2 y 5, después del enfrentamiento que tuvieron con estudiantes de la Preparatoria particular Isaac Ochoterena incorporada a la UNAM, el 23 de julio de 1968, ya se había extendido a todo el país, inclusive hasta Cd. Juárez, Chih.

No sólo eso: El movimiento estudiantil ya en su fisionomía nacional, había sido ahora herido de muerte con la masacre de Tlatelolco el 2 de octubre de 1968, razón por la que a la hora que tengo yo condiciones de incorporarme en Cd. Juárez, era la hora del reflujo, la hora del recuento de daños, la hora de preguntarse ¿y ahora qué sigue, ahora qué toca hacer?

Nadie de los que después serían mis compañeros de lucha me conocía, ni yo a ellos. De tal manera que si quería incorporarme no me quedaba más remedio que asistir a las pocas reuniones que a esas alturas ya tenían, pues el Consejo Local de Huelga, el instalado en Cd. Juárez, ya estaba en proceso de desintegración y sólo con pocas muestras de vida en algunos de sus integrantes.

Mi primer debate fue acerca de la vida y posibilidades que tenía el movimiento aún después de la estocada final en Tlatelolco.

Para mí simplemente era lo que después fue claro para todos: El principio de una nueva etapa en el proceso revolu-

cionario de nuestro país, a partir de rectificar lo que según yo, habían sido los errores y debilidades del movimiento. Y a mi ver, la debilidad principal fue la distancia inevitable que se introdujo, que existía de manera natural entre sus causas, organicidad y desarrollo, con las demandas, necesidades y participación del pueblo en general, más del proletariado en particular.

Cierto, el pliego petitorio de los 6 puntos del movimiento incluía la derogación del artículo 145 y 145 bis del Código Penal, lo mismo que la desaparición del Cuerpo de Granaderos, lo que, de suyo, efectivamente respondía a un reclamo de la población en su conjunto, pero muy lejano todavía de responder a las grandes demandas más ingentes de la población de obtener mayor salario, de contar con vivienda para todos, de tener educación gratuita y de alta calidad para todos los jóvenes, en todos los niveles educativos, del mismo modo que servicio de salud y de seguridad social ampliada a toda la población.

Claro está que no se le podía pedir más de lo debido al movimiento estudiantil. Éste había dado hasta donde sus condiciones se lo habían permitido, dados sus propios límites naturales y, ahora, era nuestro deber darle seguimiento mejorando el camino y los métodos. Para empezar, romper con la línea imaginaria entre el ser estudiante y ser parte del pueblo y levantar las demandas más sentidas de la gente, luchando junto con ella por soluciones tangibles, viables. Y en ese proceso generar concientización, organización, mayor compromiso y participación.

En qué consistía mi propuesta política de reorganización al movimiento estudiantil

Cd. Juárez, en aquel entonces y ahora, era y es el puerto de arribo de miles de mexicanos que intentan pasarse a EUA,

pero mientras lo logran o no, se quedan a radicar ahí. Sin empleo y menos sin tener donde vivir. Puede decirse que yo era uno de esos, pues desde mi niñez había sido generosamente albergado entre sus pueblos cercanos en el valle y ahora entre sus calles llenas de vida y de luz hasta en la noche.

Mi hermano Ricardo, como ya lo dije, se había casado y ya tenía dos hijos. Vivía en las orillas de la ciudad, hacia la parte sur poniente. Yo lo visitaba cada semana o cada dos y de esa manera fue que me di cuenta de grandes predios que continuaban deshabitados hacia ese rumbo, hacia el de los cerros del sur poniente de Juárez.

Me di cuenta también que el PRI manipulaba en cada elección a la gente que radicaba por allá, con el brete de darle un lote de tierra para vivir, pero al final manteniéndola igual, sin ninguna solución a ese problema. Los dueños de los predios eran duros y no querían ceder a bajos precios.

Consecuente con lo que decía sobre una de las grandes debilidades de que había adolecido el movimiento estudiantil, para mí, aquella situación entre los vecinos de mi hermano era como un regalo, pues yo le veía solución a corto plazo, organizándolos para invadir aquellos llanos.

Y se dieron las primeras convocatorias de los domingos a reunirse. Y se dio la asistencia y entusiasmo de la gente que creyó en mí, a pesar de mi juventud y me hacía caso. Señores adultos, señoras grandes con hijos, jóvenes varones y muchachas de todo calibre empezaron a acudir a las reuniones aun cuando no vivieran en las colonias cercanas. Y de decenas pasamos a ser cientos los que nos reuníamos religiosamente, en medio del sol dominical, entre las dunas de aquella parte del desierto hasta donde se extendió la mancha urbana de Cd. Juárez.

Claro que el PRI se dio cuenta y de inmediato envió a sus "líderes" pagados, en principio a disolvernos con la zanaho-

ria de que no eran tiempos electorales y que llegando esas épocas, ahora sí sería la oportunidad para invadir.

Al contrario, lejos de desalentarnos, lo anterior nos hizo decidir no perder más tiempo y lanzarnos a la invasión de inmediato. A la gente no había mucho qué moverle para volcarla contra el PRI. Me di cuenta que, de por sí, la gente no creía en el gobierno y menos en un partido que sólo iba en elecciones a manipularlos.

Eso fue lo que yo les dije a mis compañeros de lo que hasta aquel entonces había sido el Consejo Local de Huelga en Cd. Juárez. Inclusive los llevé hasta los predios a invadir, intentando que sintieran en carne propia las posibilidades de organización popular que teníamos al frente, si nos organizábamos bien como estudiantes para aprovecharlas.

Propuse que el Consejo que había sido ideado para la huelga estudiantil, ahora se transformara en Consejo Local de Lucha y lanzarnos a los hechos. Y los hechos significaban reintegrar a los estudiantes en sus comités, antes de huelga, ahora de lucha, por cada escuela en toda la ciudad; pero significaban además lanzarnos a conducir todo aquel proceso que ya estaba abierto en toda la franja poniente de la ciudad, desde los cerros en el sur hasta el norte, hasta el Rio Bravo.

No logré convencerlos de participar en la invasión aunque por algunas semanas sí asistieron algunos de ellos, a algunas de las reuniones que se celebraban en toda aquella franja.

Pero en aquel intento de participación popular, en el que al final quedé solo, sí logramos en cambio ampliar y darle vida al Consejo Local de Lucha, al CLL, le llamábamos, logramos conectarnos y reintegrar a los compañeros de todas las escuelas al nuevo Consejo y logramos además conectarnos con las organizaciones populares y de izquierda que existían en aquel entonces en la ciudad.

Otra vez mi casa se convirtió en el cuartel general. Las reuniones las hacíamos los viernes en la tarde noche, los sá-

bados los dedicaba muy de vez en cuando, a mis guardias nocturnas de la Cruz Roja y los domingos eran para la invasión de colonos. Así distribuía mis fines de semana.

El CLL en Juárez

Foto 10. Benjamín Pérez Aragón en la Plaza Central de Cd. Juárez junto con compañeros del CLL. De izquierda a derecha: Alberto Domínguez Rodríguez y José Carbajal.

Como ya dije, desde la primera reunión que tuve oportunidad de convocar en mi casa y a la cual me hicieron el favor de asistir algunos compañeros de la Secundaria Nocturna, de la Secundaria Alta Vista, de la Prepa del Chamizal y del Tecnológico, estuvieron replanteadas mis primeras formulaciones y propuestas de trabajo. Ya antes las había expuesto en las dos o tres reuniones a que había asistido en algunas de las escuelas a donde se reunían.

A Jesús Simental Banderas, que había sido el delegado por parte del CNH para Cd. Juárez, ya no lo veíamos

por ningún lado, como muestra del estado de confusión y de reflujo en que se encontraba el movimiento en aquel momento. Él con toda seguridad, ya una vez abiertas las puertas escolares, tuvo que optar por continuar con sus clases o meterse más de lleno en las reuniones y discusiones sobre qué hacer, lo cual le impidió regresar a Juárez públicamente.

Simental Banderas, oriundo de la ciudad, había sido hasta aquel momento el líder más notable del movimiento estudiantil en Juárez. Él era alumno de la Escuela de Físico Matemáticas en el Politécnico Nacional del DF y gracias a su oratoria y capacidad organizativa se había logrado impulsar la huelga en todos los planteles educativos de nivel medio y tecnológico en la ciudad, pero lamentablemente no dio seguimiento a su esfuerzo de agitación y organización después de la masacre del 68 y, por ende, todo mundo andábamos como pollos sin cabeza corriendo de un lado para el otro, sin tener claro qué hacer.

Esta ausencia a que me refiero de Simental, sin duda debe explicarse, aunque parcialmente, que fue detenido en noviembre del 68 y puesto en libertad a los cuatro meses, en marzo del 69.

Aún con todo, el proceso político desatado en Juárez merecía seguimiento independientemente de incidentes como ese, el de su detención, pero por lo menos de su parte nunca lo volvimos a ver.

Yo creo que esta ausencia de coordinación y dirección se expresaba hasta en el propio Consejo Nacional de Huelga, o lo que quedaba de él en libertad. El golpe tan fulminante no era para menos y de eso se trataba precisamente, de detener aquel imponente y arrollador impulso de rebeldía política juvenil que recorría y palpitaba en todo el país.

Yo no sé qué rumbos hubiera tomado el movimiento después del 2 de octubre si figuras como las de Heberto Cas-

tillo, José Revueltas, Rincón Gallardo y otros de reconocida experiencia en la organización política abierta y legal no hubieran sido aprehendidos, pues fuera del alcance de reflexiones de mayor peso y calidad, la primer idea que sacudió a muchos de los jóvenes como la orientación a seguir era aquella de dar respuesta con la misma violencia, pero ahora organizada desde la clandestinidad, a tan terrible crimen en la Plaza de las 3 Culturas, DF.

Eso era parte del debate.

Siguiendo al Che Guevara, cuando decía que había que ser capaces siempre de sentir en lo más hondo cualquier injusticia realizada contra cualquiera, en cualquier parte del mundo, y que esa era la cualidad más linda del revolucionario, había distintas formas de concretar aquello que él decía, reaccionando ante la masacre.

Una, diciendo que ya estaban dadas las condiciones objetivas y subjetivas en el país para lanzarse a la insurrección armada. Que eso se había expresado en el enorme respaldo que la sociedad le había brindado a los estudiantes del movimiento y que, en busca de continuar con el mismo, que el error principal había consistido en no instaurar a su dirección desde la clandestinidad para evitar que la represión, ya a la vista, la alcanzara.

Que se había subestimado la proximidad de la celebración de las olimpiadas en México y que frente a la amenaza de que éstas fueran abortadas por el movimiento, era claro que el Estado iba a reprimir. Que no se supo prevenir aquella eventualidad.

Que ahora era el momento de rectificar replegándose en la participación abierta para actuar desde la clandestinidad. Que la miseria, la falta de empleo y de vivienda, que aquellas condiciones de injusticia social y falta de democracia en el país serían el caldo de cultivo para germinar en la gente la idea de la sublevación armada si al igual que en Cuba, o

como en otros países de Latinoamérica ya estaba sucediendo, se daba el ejemplo desde la guerrilla.

La otra, no partía de negar a la violencia como la manera más definitiva para vencer, de fondo, al aparato político y económico de la burguesía e imponerle la dictadura del proletariado. Ese era el lenguaje de aquel entonces y esa era la inspiración común. Sin embargo, la diferencia consistía en que no estaban todavía dadas las condiciones subjetivas y de organización en toda la población y menos en el proletariado para empujarlo a dar ese paso. Es más, que también sería otro crimen hacerlo así. Que no había habido ningún error notable en el movimiento estudiantil, fuera de que éste de por sí estaba ya limitado por su propia naturaleza, integrado por hijos de burgueses, de pequeñoburgueses e hijos también de trabajadores del campo y de la ciudad, pero, todos, o en su mayoría, fuera del aparato productivo en la economía nacional.

Que en consecuencia, lo que ahora había que hacer, insistía yo en decirlo, era aprovechar aquella simpatía inspirada en la sociedad por el movimiento estudiantil para, desde ahí y a partir de las necesidades y demandas de la gente, reiniciar o continuar con el proceso de concientización y organización mediante el cual se pudiera pasar a otro estadio del movimiento, no antes.

Dicho de otra manera y atendiendo a lo anterior, el programa de lucha que se proponía a la reorganización y constitución del Consejo Local de Lucha en Cd. Juárez, incluía pues varias vertientes:

1.- Reorganizar al movimiento estudiantil transformando a los viejos comités de huelga escolares en comités de lucha.

2.- Transformar al Consejo Local de Huelga, que se constituía con representantes de todos los comités de huelga de los centros escolares en toda la ciudad, en Consejo Local de Lucha (CLL), que se constituiría a su vez, en adelante, con representantes de los comités de lucha en cada escuela.
3.- Los comités de lucha programarían actividades al interior de sus centros escolares, de una parte, en defensa del estudiantado frente a las debilidades de presupuesto, de programas escolares y más particularmente de debilidades en la docencia y direcciones escolares; pero de otra, en defensa y solidaridad con el programa del Consejo Local de Lucha.
4.- El Consejo Local de Lucha, en principio coordinaría los tres puntos anteriores pero además buscaría ligarse a las necesidades y demandas de la población en su conjunto, tratando de ponerse a la cabeza de sus luchas y reclamos, con el propósito de contribuir a elevar sus niveles de compromiso, de participación, de organización y de concientización.
5.- A partir de la simpatía por parte de la población hacia el estudiantado que se generó desde el movimiento estudiantil nacional, consolidar la imagen del estudiantado y del CLL en particular, como un referente obligado y necesario para todo el movimiento popular y democrático de las organizaciones políticas revolucionarias y progresistas de la ciudad.

Desde luego, de cada uno de esos puntos se derivarían comisionados, tareas y responsabilidades concretas a cumplir, por ejemplo en concreto ya estaban las reuniones de invasores en toda la franja del poniente de la ciudad a la cual ha-

bría que sumarse, aparte, desde luego, de comisionar también compañeros para visitar todas las escuelas.

Como ya dije, en medio de esas discusiones, sin avanzar mucho en los puntos 4 y 5 del programa planteado, pudimos sin embargo avanzar en la reintegración de la mayoría de los comités de huelga escolares, convirtiéndolos ahora en comités de lucha, integrándolos al organismo CLL, que sustituiría al Consejo Local de Huelga.

Primera movilización convocada por el CLL

Poco a poco, como lo habíamos previsto desde un principio, el CLL se iría convirtiendo para aquellas fechas en el referente natural para todas las fuerzas democráticas y de izquierda en la localidad.

Foto 11. Benjamín Pérez Aragón como representante de la marcha de protesta, al interior de la Cárcel "de piedra" de Cd. Juárez. Salió publicada en *El Fronterizo* e íbamos a rescatar a los dos compañeros que aparecen en el recuadro: José Domínguez Rodríguez y José Carbajal.

Por ejemplo, sucedió que en un "brigadeo" por las escuelas de la ciudad, a propósito de aquellos tiempos de agitación y de propaganda, habían aprehendido a dos de nuestros compañeros del CLL y los tenían recluidos, suponíamos, en la "cárcel de piedra", 16 de septiembre y calle Oro, lo cual nos permitió no sólo mostrar la fuerza en el estudiantado que para aquel entonces ya habíamos recuperado como CLL, sino además relacionarnos precisamente con los maestros democráticos del SNTE de ahí de la ciudad, así como con algunas organizaciones políticas no sólo de izquierda, como eran el PPS, el PCM y la Alianza Cívico Demócrata Juarense, punto y aparte que también pudimos relacionarnos con el presidente del PAN de la localidad, que disentía en aquel entonces con la línea general de su partido a nivel estatal y nacional.

Nuestros compañeros estudiantes del CLL aprehendidos eran José Domínguez Rodríguez y José Carbajal Moreno.

Al hacer nuestra convocatoria a la base estudiantil para liberarlos, nos sorprendió la enorme cantidad de contingente que asistió a la marcha a que los invitamos, no obstante no haber sido ampliamente conocidos nuestros compañeros, fuera de la escuela de donde provenían que era la Secundaria Nocturna y un poco también dentro de la organización estudiantil que se había generado desde inicios del movimiento. Uno de ellos, Domínguez Rodríguez, junto con Javier Velázquez, había sido uno de los delegados del Consejo Local de Huelga de Cd. Juárez, al Consejo Nacional de Huelga en el DF, pero, ni con mucho, lograban rebasar sus imágenes en los diarios y noticieros locales a la de Simental Banderas, que era el líder principal y a quien la prensa atendía y entrevistaba públicamente. Sin embargo ahí estaba todo mundo brindando su firme solidaridad.

Ya avanzando en nuestra marcha, no les amainó ni un céntimo de su estado de ánimo y disposición a todos nuestros compañeros, encontrar en el camino por la avenida 16

de septiembre, ya en la esquina con calle Oro, casi frente a la "cárcel de piedra", a un fuerte y numeroso contingente de policía municipal, armados y formados con amenazante disposición de ataque, bloqueando todo el ancho de la avenida por donde avanzábamos.

Yo estaba muy conmovido, emocionado y profundamente motivado.

Si aquella escena intimidante no le infundía temor a ninguno de nuestros compañeros del contingente, que se mantuvieron firmes sin huir, pues menos a nosotros, los que íbamos dirigiendo el evento. Simplemente detuvimos la marcha y de inmediato había que organizar una comisión para entrar hasta el edificio y formular frente a la autoridad del momento, en aquel centro carcelario, nuestra demanda de libertad a los compañeros.

Tuvimos que driblear aquella formación policiaca caminando por entre sus filas, sin expresarles ningún temor ni amilanarnos. Al contrario, con mucho valor, dignidad y paso firme, avanzamos hasta llegar al interior de la cárcel.

Mi amigo Javier Velázquez tiene una foto de aquella escena donde esperábamos ser atendidos, foto que al día siguiente saldría publicada en la prensa local.

Los compañeros no serían puestos en libertad de manera inmediata, pues en realidad, contra lo que nosotros creíamos, no estaban recluidos en la cárcel de piedra, que es hasta donde habíamos encaminado nuestra marcha para liberarlos, sino en algunos separos de la periferia de la ciudad, razón por la que hubo que esperar más tiempo de lo supuesto, hasta que llegaron con ellos.

Respaldados por todo el contingente de estudiantes que afuera, conservando el orden y la distancia debida frente a la centena de policías municipales que no rompieron su formación en todo el tiempo que estuvimos adentro, yo me di la libertad, al ver a mis compañeros y saludarlos, de pregun-

tarles delante de los funcionarios que nos estaban atendiendo, cómo estaban en su estado de salud y si les habían dado de comer y si no los habían maltratado, a lo que, después de responderme uno de ellos que sí, de inmediato volteé con el jefe de los funcionarios a exigirle que les pidiera disculpas por todos los maltratos y por el agravio de haberlos detenido sin que ellos hubieran violado ninguna ley, a lo que de inmediato, por respuesta, les pidieron expresamente disculpas por la arbitrariedad cometida en su contra.

El enfrentamiento verbal que tuve con el profesor Aníbal Acosta Porras, aquel que tuve cuando fui despedido de la Academia Comercial Bilingüe donde trabajaba, enfrentamiento en el que salí perdiendo por mi inexperiencia, me enseñó a aprovechar ese tipo de circunstancias, donde con la correlación de fuerzas a nuestro favor, no podía desaprovechar las circunstancias para exigir respeto y exigir que se pidiera disculpas a nuestros compañeros, como para sorpresa de todos, lo logré.

El impacto en los diarios al día siguiente contribuyó mucho a avanzar en nuestra causa en general, de hacer volver a sentir la presencia estudiantil en el escenario político de la localidad.

Primera división del CLL

Nuestras reuniones se fueron ampliando hasta casi reunir semanalmente entre 20 y 30 compañeros. Eran en lo fundamental reuniones para discutir política y líneas de trabajo en las escuelas, pero a su vez eran reuniones donde nos jugábamos bromas, contábamos chistes, escuchábamos música y disfrutábamos nuestra juventud. Nunca hubo alcohol. El tema de la invasión en los rumbos de los cerros de Juárez ya sólo se había convertido en un punto en el orden del día, donde yo los mantenía informados.

Lamentablemente la sombra de la división, presente en toda organización o conglomerado social, no se hizo esperar y pronto aparecieron las primeras intrigas divisionistas dentro de nuestras filas.

Al consejo asistían nuevos integrantes del Consejo Local de Lucha, pero también algunos de los viejos integrantes del Consejo Local de Huelga, amigos y admiradores de Jesús Simental, que ahora, tal vez porque extrañaban aquella figura, empezaron a protestar por debajo del agua contra mi persona, acusándome de caudillo y manipulador.

Ese sería uno más de los episodios fuertes en mi desarrollo político que me sacudiría hasta el fondo.

Yo no entendía por qué si toda mi preocupación era que la organización estudiantil prosperara y a cuya causa entregaba todo mi tiempo y recursos disponibles junto a mi buena voluntad, ahora resultara que, según ellos, al contrario, estaba causándoles daño con mi estilo personal de relacionarme y de trabajar.

Fue la primera vez que eso me pasó en la vida y por eso me dolió tanto, sobre todo, ver a mis amigos dejarse envolver por aquella sarta de infundios y mentiras. A estas alturas de mi vida actual, tantas veces he pasado por esos trances que ya los considero propios de todo impulso de organización que yo emprenda, no obstante ser autocrítico en los mismos.

Pero, en aquel entonces, era real y doloroso el trance y tenía que sobreponerme.

El propio proceso me ayudó a no perder la integridad en aquella pequeña organización y, por su propio peso, los compañeros que me atacaban fueron quedando aislados, hasta que dejaron de asistir. Ellos hubieran querido que todos se hubieran ido con ellos, a reunirse no sé dónde o a que dejáramos de existir como entidad política, pero al final fueron sólo 3 o 4 la disminución que sufrió nuestro grupo

debido a aquel percance de inmadurez colectiva y de falta de integridad interna.

Las visitas de Miguel y de Gabriel Domínguez Rodríguez al CLL en mi casa

Alberto y José Domínguez Rodríguez, destacados y queridos miembros de nuestro Consejo Local de Lucha, eran a su vez hermanos de otros dos, igualmente destacados y ejemplares compañeros que por lo menos yo no había conocido hasta aquellos momentos. Ellos radicaban en la Ciudad de México y estudiaban en el Politécnico. También habían participado muy directamente en el Movimiento Estudiantil en aquella ciudad.

La visita a que me refiero en el título de este apartado no nos la hicieron los dos juntos. Creo que el primero que nos visitó en mi casa fue Gabriel y la plática fue extensa, fraterna, llena de respeto mutuo y muy aleccionadora.

Él nos habló del movimiento estudiantil más particularmente en el DF y más precisamente del Politécnico, que es donde, como ya dije, ambos estudiaban para ser geólogos. Se le veía en el rostro el placer que sentía de estar entre nosotros y emanaba de su figura, de sus ademanes y sus gestos, la seguridad de un joven que sabía muy bien de lo que estaba hablando. Al igual que después lo haría Miguel, se dedicó a reflexionar mucho sobre aquello de las condiciones objetivas y subjetivas que para su entender ya estaban dadas en nuestro país para una insurrección armada. No estoy seguro si fue en aquel momento o en otra conversación que después tendría con él, pero también ejemplificó su exposición con el combate que habían librado los estudiantes contra el ejército en el Casco de Santo Tomás del Poli, precisamente el 23 de septiembre, pero de 1968.

El tono de su voz y su intención era de reclutarnos, convencernos de pasar a la clandestinidad pues si seguíamos ac-

tuando abiertamente nos pasaría lo mismo que les pasó a los de la dirección nacional del movimiento estudiantil en el DF.

La impresión que nos dejó a todos, a mí en lo particular, siendo aquella conversación la primera que tenía yo con alguien que había participado en el movimiento estudiantil pero en el DF, fue la de que había que ofrecerle toda la atención y todo el merecimiento que tenía, pues debíamos todos en el país estar prestos al desarrollo concreto de la organización estudiantil que, a pesar de la represión, se mantenía firme.

Pasaron sólo unos meses y luego nos visitaría Miguel. Ambos con ojos redondos y verdes como de gato, ambos destilando modestia y humildad en todo su comportamiento, que junto a la inteligencia con que hablaban, les hacía aparecer a los ojos de todos con mucho carisma, con mucho atractivo hacia todo lo que planteaban, algo así como sacerdotes que iluminaban el camino.

A ambos les planteé lo de las prioridades en el qué hacer ahí en Juárez que vi y propuse, en su momento, para el movimiento estudiantil desde la masacre del 68. Pero ambos sin embargo no prestaron mucha atención, por ejemplo a lo de la invasión de los predios del sur poniente de Juárez, ya en plena efervescencia para aquellos días, dejándome la impresión que, para ellos, iniciativas como esa ya no tenían mucha importancia.

Miguel hasta nos propuso con mucha claridad dar comienzo a actividades de pequeños asaltos, como robarle su arma a algún policía, en el ánimo de irnos fogueando, decía, en actividades de asalto armado.

En suma, el recuerdo que hoy conservo de aquellas conversaciones es muy grato y profundo. Significaron el mensaje más claro y serio hacia tomar las armas e irse a participar en la insurrección del país mediante la guerrilla urbana, así como ya se hacían en otros países de Latinoamérica. Sin decirlo, ambos daban la impresión de que ya estaban en eso. A

partir de entonces mantener el contacto con ellos para mí se convirtió en algo de oro, en algo muy definitivo y valioso.

Desde entonces empecé a formularme la pregunta: ¿Por qué si estoy tan convencido de las posiciones que he defendido en los hechos, de que no existen todavía las condiciones subjetivas en México para que prenda una lucha armada, sino que hay que generarlas primero con luchas por reivindicaciones inmediatas, con organización y concientización popular, siento tanta simpatía por lo que han venido a decirnos los compañeros Gabriel y Miguel Domínguez?

¿Por qué si la enseñanza principal que me había dejado el dolor de ver la foto del doctor Pablo Gómez Ramírez, tendido en el suelo acribillado el 23 de septiembre de 1965 en la sierra de Madera, fue que su vida podía haber servido más al movimiento revolucionario empujando la organización popular y campesina, como él mismo le decía, que en un desplante de valor al asaltar a un cuartel militar y sin siquiera el armamento necesario para hacerlo, ahora me sentía tan atraído por repetir la historia y seguir sus pasos hacia la incertidumbre de un final que no alcanzarían a ver mis ojos?

El Che Guevara también me lo había dicho con su muerte. ¿Gigantes de estatura tan enorme debían morir para que la humanidad conociera su talla, su perfil, sus propósitos o es que esa misma grandeza debía invertirse mejor, en vida, para agrandar la estatura de los demás?

¿La muerte de alguien agranda a los demás?

Otras actividades y otras relaciones de solidaridad por parte del CLL

El CLL tuvo muchas otras actividades así como otras oportunidades para relacionarse con los actores políticos del movimiento democrático en la ciudad y el país.

Tengo muy claro el recuerdo de nuestro gran compañero, José Lamberto Ocón, el Ocón, le decíamos, mismo que a su vez siendo estudiante de la preparatoria nocturna, era integrante de alguna organización católica de las Comunidades Eclesiales de Base. Su presencia en el CLL para todos nosotros era muy importante pues de alguna manera nos mantenía en contacto con este tipo de organizaciones de lucha que se abrieron en todo Latinoamérica y en México. El compañero siempre fue un puntal muy importante, sin demérito de la actitud de todos los demás, pues era propietario de un carrito VW en el que nos transportábamos para todos lados, gracias a su actitud siempre presta, alegre y solidaria. Sin embargo al notar en algunos de nosotros tendencias hacia la insurrección armada, en la etapa última del CLL, ya lo perdimos de vista.

Algunos de nuestros compañeros, gracias a él, se ligaron un poco más hacia las actividades de solidaridad que ellos desplegaban en las colonias repartiendo víveres y medicinas.

También muy claro el recuerdo de nuestro apoyo hacia los profesores democráticos de ahí de Juárez, tanto los adscritos a nivel estatal como al federal, quienes agredidos constantemente por Oscar Flores, gobernador de la entidad en aquel entonces, se veían en permanente necesidad de movilizarse con los llamados "paros locos", contra los cuales se adhirió, desde luego, el presidente municipal. Los profesores sabían, de cajón, que contaban siempre con nosotros para convocar a los estudiantes en demanda de apoyarlos. De esa manera fue que se logró que no los trasladaran a otras ciudades del estado en una embestida de represión para desintegrar sus organizaciones democráticas y reivindicativas.

Por otro lado, la actitud siempre dispuesta y llena de fuerza y solidaridad de parte de Alberto y José Domínguez se mostró con mucha claridad cuando en el DF, en la cárcel

de Lecumberri, los presos políticos aprehendidos durante y después de la masacre del dos de octubre del 68, reclamaban que sus procesos legales estaban paralizados y, en demanda de que avanzaran, se lanzarían a una huelga de hambre para la cual pedían nuestro respaldo.

José no lo dudó un momento y se autopropuso para instalar junto con otro compañero, Francisco Bautista, unas banderas y mantas alrededor del quiosco de la plaza central de Juárez, donde se declaraba que se iniciaba la huelga de hambre en Juárez en apoyo a las demandas de los compañeros presos políticos de Lecumberri. Esto ocurrió en los primeros días del mes de diciembre de 1969.

Yo tenía que acudir a mi trabajo en la CFE diariamente, de tal modo que, igual que otros, me vi impedido por esa razón para participar en esta actividad.

Foto 12. Angela Davis.

Los compañeros juarenses, estudiantes radicados en el DF que nos traían ese tipo de informaciones eran los compañeros "El Cani", de quien nunca supe su nombre y, además, Nacho del Valle.

En otro tema, mis nuevas condiciones salariales me habían permitido ya comprar una consola de piso, de esas muy elegantes que antes se usaban en todas las casas para escuchar música y también ya había adquirido una televisión.

La cercanía al Paso, Texas, y a jóvenes que estudiaban allá o en la Universidad de California USA, me hizo estar cercano a su vez a los escritos de Eldridge Cleaver, a los discursos de Angela Davis, a la muerte de Malcolm X en su lucha por el socialismo y por los derechos civiles de los negros en EUA, inclusive a la de Cassius Clay con su nuevo nombre Muhammad Alí, cuando decidió rebelarse a ir a pelear a Viet Nam en una guerra que no era suya, decía, todo lo cual me embelesaba, me llenaba de admiración por los Panteras Negras, "The Black Panthers", que era la organización a la que ellos pertenecían. Después entendí de bien a bien cuál era su diferencia frente a la lucha, objetivo y métodos de Martin Luther King, pero por lo pronto era fuerte y subyugante su ejemplo y su valor.

En Sudamérica, los Tupamaros ya hacían de las suyas con sus golpes espectaculares a bancos y a empresas de los ricos de Uruguay. Camilo Torres, con su entendimiento más consecuente sobre el cristianismo, dentro del MLN en Colombia; el MIR de Chile, las FAR de Argentina, el MIR de Perú. Todo Latinoamérica estaba sacudido y cimbrado hasta sus raíces por la rebelión juvenil que caracterizó a la década de los sesenta.

Hasta la misma Europa llegaban esos vientos. El mayo del 68 en Francia había llegado también a nuestros oídos. Todo nos convulsionaba. Todo nos ponía el ejemplo, no obstante nuestras cavilaciones, las mías en particular, acerca de

lo que había que hacer después del movimiento del 68 en nuestro país, no eran precisamente irse a la guerrilla.

La recepción en Cd. Juárez a Luis Echeverría Álvarez (LEA), como candidato a la Presidencia de la República

Estábamos en 1970 y el PRI ya había definido como candidato a la Presidencia de la República a Luis Echeverría Álvarez (LEA). Ya había trascendido además entre todos nosotros información acerca de las tácticas envolventes de éste hacia la juventud de aquel entonces. Ya todos comentábamos lo que había sucedido en la universidad nicolaíta en Morelia, Michoacán, donde instado por algún estudiante previamente acordado, pidió cínicamente un minuto de silencio por los estudiantes caídos el 2 de octubre en Tlatelolco, envolviéndose de esa manera con las banderas más dolorosas y sentidas por todos nosotros. Algo semejante supimos que sucedió en Baja California Norte.

En fin, ya estábamos advertidos todos de la imagen de "líder de izquierda" con que pretendía engañar a la nación, después de haber sido el secretario de Gobernación en el gabinete de Gustavo Díaz Ordaz, es decir, el responsable de la política interior del país, cuando se dio la tragedia de la Plaza de las Tres Culturas. Era claro para todos que intentaba crear una imagen donde, apoyado por el "estudiantado" de todo México, emergería el "líder popular" como presidente de la República, que pretendía ahora reconciliar a la nación.

Nos provocaba vómito a muchos de nosotros, imaginárnoslo en Juárez también rodeado de estudiantes que, "indignados", irían hasta donde él se encontrara a ofrecerle foro y oportunidad para que les diera públicamente una lección de civilidad y, de paso, de disertar ante toda la ciudad a través de la prensa.

Eran por tanto, tiempos en los que había que prepararse para no sólo impedir que así fuera sino, además, para dejarle claro a todo Juárez y a todo el país del pleno rechazo y repudio total de que era objeto por los estudiantes y la sociedad en su conjunto.

¡LOS ESTUDIANTES NO DEBEMOS DIALOGAR CON LOS ASESINOS DE TLATELOLCO 68! (LEA)

CONSEJO LOCAL DE LUCHA

Foto 13. Manifiesto a los estudiantes contra LEA y reverso del cartel, cuando el mismo era candidato a la Presidencia de la República, abril de 1970. La autoría del dibujo corresponde a Arnal.

Regresando al tema de la recepción a LEA en Juárez, este evento sería una oportunidad más para conquistar y refrendar el reconocimiento de los líderes de izquierda y populares locales hacia el CLL, de tal manera que ante la proximidad de la

visita de Echeverría Álvarez a la ciudad, todos ellos fueron sensibles a nuestro llamado y prestos acudieron a nuestra convocatoria para discutir todo lo relativo a dicha recepción.

Una vez más mi casa sería el punto de las reuniones, pero ahora, a propuesta de alguien de ellos, con las luces apagadas para "no llamar la atención".

A oscuras nos escuchábamos y a oscuras lo resolvimos todo.

A propósito del domicilio donde se hicieron las citadas reuniones, Javier Velázquez, distinguido y querido miembro de la dirección del CLL, ha escrito ya un libro titulado *Remolinos de Arena, el 68 en Juárez*, donde dice:

> Fue en el seno del Consejo Local de Lucha donde se planeó la necesidad de hacer presencia durante la visita del candidato oficial.
>
> Fueron muchas noches "después de las 22:30 horas" en que concluían las clases de la Escuela Secundaria para Trabajadores y de la Escuela Preparatoria Nocturna del Chamizal, cuando se realizaban las reuniones en el Café La Central (abierto toda la noche) en pleno centro de la ciudad en donde se tomaban los acuerdos respecto a las acciones a realizar.[2]

Hoy debo decir que tal vez Velázquez lo ha querido narrar así tratando de ocultar por proteger al domicilio donde realmente nos reuníamos, gesto que hoy le agradezco, aclarando sin embargo que no fueron en el Café La Central las reuniones mencionadas. Él mismo fue actor y testigo.

En fin, regresando al punto, el plan, elaborado con aportaciones de todos, resultó formidable.

[2] Héctor Velázquez, "Remolinos de arena, El 68 en Juárez", Borderland Studies Publishing House, México, 2010, p. 97.

Asistieron a esas reuniones de coordinación básicamente los profesores democráticos de la ciudad, los representantes de la Alianza Cívico Demócrata Juarense y no todos los representantes del resto de las fuerzas de izquierda, por ejemplo los del PPS y PCM. A ellos los contactaríamos por separado.

Nosotros como CLL, a propuesta mía y redactado por mí, ya teníamos elaborado un manifiesto que pretendíamos distribuir entre el estudiantado básicamente, pero también en toda la población, en hojas grandes de más de 58 cms. de largo por 38 de ancho, manifiesto cuyo contenido les gustó a todos los que participarían junto con nosotros en la movilización.

Era un panfleto que pretendía reflexionar sobre el perfil genocida de Luis Echeverría Álvarez, sobre la táctica que éste estaba siguiendo en todo el país para construir una imagen ficticia que desdibujara sus ojos de asesino y mejorara lo esencial de su verdadero retrato de homicida y que, además, reflexionaba sobre lo que teníamos que hacer como estudiantado y como población en general ante semejante burla a la nación.

Ese sería el posicionamiento público del CLL en el marco de la "recepción" al candidato del PRI.

Por otro lado, recolectaríamos aceite quemado para vaciarlo en botellas de caguama, mismas que distribuiríamos dividiéndonos en grupos de 3 o 4 compañeros, a razón de 6 botellas mínimo por grupo y mismas que estallaríamos, expresando repudio y rechazo, en el rostro de LEA en las fotos espectaculares que estaban distribuidas desde la entrada a Cd. Juárez hasta el centro y orillas de la ciudad.

El operativo se desarrollaría en la madrugada del día en que arribaría LEA, de tal modo que no les daríamos oportunidad de recomponer ni de mejorar ninguna de las pintas o fotos a la hora que él fuera pasando frente a ellas.

Para en breves minutos cubrir toda la ciudad sin ser descubiertos, dividimos en cuadrícula toda la zona, comisionando a un equipo o "comando" por cada cuadrante, que actuaría exactamente a la misma hora, 3 de la mañana, en su respectivo sector, después de lo cual, con coche propio cada equipo, se desplazaría hasta domicilios cercanos cada uno para pasar inadvertidos.

Así se hizo y fue un éxito.

Salvo a un par de compañeros del PCM que no nos conocían a los demás y que menos conocían de nuestros domicilios, a nadie aprehendieron aquella madrugada de actividad fulminante contra toda propaganda priista.

Estos compañeros del PCM, entusiasmados por haber conseguido deshacer o desfigurar las fotos de LEA, decidieron en contra de toda recomendación y planificación, ir a celebrarlo tomando unas copas en alguna cantina, a donde se les vio con ropa manchada del aceite quemado y se les aprehendió. La suerte no les favoreció y la policía, en una rápida búsqueda de los autores de aquel operativo, dieron con ellos pero sin que a su vez ellos pudieran delatar a nadie más.

El día siguiente sería clave.

El PRI tenía programado un "gran" mitin en pleno centro de la ciudad, cerrando la avenida 16 de septiembre en su cruce con la calle Juárez, que es la que conecta con el puente principal para pasar al Paso, Tex. Ahí puede decirse que, junto a la plaza de armas, estamos hablando de lo que en aquel entonces era el corazón de Juárez.

La intención suya era dejar en toda la ciudadanía juarense la clara imagen del poder invencible y aplastante del PRI y del gobierno.

Había en algunos de nuestros compañeros la idea de, mediante una marcha convocada a la misma hora que el mitin oficial, partir de la plaza principal hasta aquel mitin de Luis Echeverría para reventarlo.

Ese tipo de propuestas manifestaban, de por sí, el coraje desde donde muchos de los compañeros contemplaban lo que había que hacer, pero manifestaban además tendencias desesperadas y subjetivas que, aunque tal vez bien intencionadas, podían llevarnos a una provocación.

Por fortuna, la sensatez y el buen sentido de nuestra correlación y nuestro momento se impuso y logramos superar ese tipo de proposiciones, limitándonos simplemente a celebrar un contramitin a la misma hora que el oficial, pero sin movernos de la plaza de armas, a donde convocaríamos a todo el estudiantado y ciudadanía.

Efectivamente así se hizo, así convocamos el evento durante todos los días preparativos, de tal manera que hasta el PRI y la policía estaban enterados de esa parte de nuestro plan.

Llegado ya el día, 17 de abril de 1970, desde temprano recibí en mi casa la visita de César Lozano, compañero ya titulado como Ingeniero Industrial de la Universidad Autónoma de Chihuahua, miembro distinguido de nuestro CLL, quien desde que almorzamos se dedicó a convencerme de que yo en lo particular no fuera al contramitin programado. No sólo su visita sino su propuesta misma me cayeron de sorpresa y desde que me expuso sus ideas yo me resistí a hacerle caso. Me parecía de "pe" a "pa" inaceptable que yo no asistiera al mitin en cuya organización tan entusiastamente había participado y, aún más, tomar esa decisión sin habérselos dicho a mis compañeros coordinadores. El principal argumento de César era que con toda seguridad iba a haber represión en el mitin y que a mí me "necesitaba" el movimiento estando en libertad, no aprehendido.

Hizo hasta donde le fue posible por casi taclearme desde las piernas, tipo futbol americano, (lo digo de broma, pero en serio) para inmovilizarme y no llegara yo a la plaza central.

Materialmente arrastrándolo para poder llegar al mitin, logré llegar hasta la plaza de armas todavía con su compa-

ñía, y cuando eso sucedió ya estaban arriba del quiosco los doctores Vázquez Muñoz y Pérez Jiménez, de la Alianza Cívico Demócrata Juarense, los profesores democráticos del SNTE y ninguno de mis compañeros del CLL, cuando antes de yo subir, efectivamente la policía ya estaba junto con ellos arriba del quiosco aprehendiéndolos. Yo todavía sin llegar al punto logré verlo todo desde abajo, con César casi abrazándome para que no subiera. En esas circunstancias vi todo lo que sucedió, así que no me quedó más remedio que ponerme a gritar que no se los llevaran. Mucha gente que estaba ahí presente también empezó a gritar y se armó la algarabía en grande.

Casi al parejo que se los llevaban, atrás de ellos íbamos todos en bola gritando por su libertad, haciendo de verdad mucho escándalo.

De manera espontánea, una vez más se armó una marcha muy amplia y nutrida que partió desde la plaza hasta la cárcel de piedra, misma desde donde también de manera espontánea, nos regresamos igual, en marcha, hasta el cruce de las calles 16 de septiembre y Juárez, donde a esas horas el mitin oficial ya había terminado. Todavía había mucha gente presente cuando llegamos y no supe ni quien o quienes incendiaron el templete ya vacío del mitin.

De repente, ya con las llamas en alto, la gente empezó a correr y a dispersarse. Yo entre ellos pero ya sin César. A él no supe dónde del trayecto ni a qué hora lo perdí.

Sin compañía llegué hasta mi casa y a partir de ahí a estar pendiente de las noticias en el radio.

Al día siguiente, por voces de la gente misma, no recuerdo haber leído ninguna nota en los periódicos al respecto, nos enteramos que habían matado a 6 personas en distintos lugares cercanos al incendio. Nos describieron en algunos casos hasta la escena donde los iban persiguiendo, pero nunca supimos quiénes eran. De nuestros conocidos nadie

resultó herido, fuera de que a varios días de aquel domingo, liberaron a los que habían aprehendido antes de que sucediera el incendio.

Nunca supe cómo reaccionar ante lo que hizo César, de distraerme e impedir que llegara a tiempo para subir al quiosco, como habíamos quedado en las reuniones de planeación. En el fondo yo sé que, siendo él mi amigo, lo que buscaba era protegerme sinceramente. Mas no sé cuál hubiera sido mi mejor papel, si entre los aprehendidos que se llevaron a la cárcel o ahí entre los gritones que armamos la algarabía para emprender la marcha que finalmente terminó por convertirse en incendio del templete.

Aceptando sin conceder, creo que tuvo razón.

De cualquier manera, no sólo los palos y tablas quemadas de la tarima donde fue el mitin, sino además las fotos de la propaganda dispersas en toda la ciudad con el rostro de LEA manchadas de aceite quemado, expresando con ello no sólo descontento y rechazo a su persona, sino una gran indignación y rabia por todo lo que simbolizaba para muchos su candidatura debido a los muertos de Tlatelolco, fue lo que quedó como saldo.

Sin embargo dentro de ese saldo teníamos que incluir a los muertos, aunque fueran incógnitos. Y eso a mí me dolía hasta el alma. Me resistí siempre a contabilizarlos como "daños colaterales inevitables". Cierto, eran gente desconocida de la cual nunca supimos nada, pero… ¿había que acostumbrarse a que muriera gente inocente, tangencial, debido a nuestras decisiones y acciones?

En las discusiones que en el futuro sostendría con mis propios compañeros sobre la pertinencia de nuestra línea armada, entre otras, esas marcas fueron las que me saldrían a relucir.

Por lo pronto las lecciones para todos nosotros de aquel acontecimiento fueron bastas e inolvidables.

Aprendimos que la acción frente al enemigo común provocaba la unidad, la confianza entre los aliados y la posibilidad de saltar hacia mejores iniciativas para conseguir mejores victorias.

Teniendo claro al enemigo del proletariado y del pueblo, hasta se daba la necesidad, no sólo la posibilidad, de aliarse inclusive con los que de otra manera no hubiera sido posible hacerlo.

Se genera entusiasmo y participación. Por ejemplo, para hacer el dibujo de la contraportada del manifiesto del CLL, yo recordé a Eugenio Arnal, el amigo y compañero de la Secundaria Nocturna con quien, a invitación siempre suya, muchas noches departí en el Café La Central, quien era o es un excelente caricaturista y mejor pintor. Sin embargo, en esas fechas no sabía ya dónde encontrarlo pero sí a su hermano menor, Mario, que estudiaba en la preparatoria del Chamizal, de tal modo que hasta allá fuimos a buscarlo para invitarlo a colaborar con aquel dibujo que al final nos ofreció sin cobro alguno y que publicamos en la parte de atrás de nuestro posicionamiento como CLL.

Otro ejemplo: la dirección política municipal del PAN, desde la clandestinidad, también colaboró con nosotros. Ellos fueron los que imprimieron nuestro manifiesto en talleres gráficos de El Paso, Texas, y se arriesgaron a pasarlo a Juárez por el puente de la calle Lerdo. Nadie supo durante aquellos días que estábamos haciendo aquella relación.

Dentro del saldo que nos dejó aquella recepción a LEA, también teníamos que contar el enriquecimiento de nuestra visión estratégica y al agrandamiento de nuestras relaciones políticas.

Como lo habíamos buscado, el prestigio y nombre del estudiantado y del CLL también se había agrandado y reafirmado como referente local.

Por otro lado y a propósito del enriquecimiento de nuestra visión de estrategia, en la comparación de nuestro com-

portamiento frente a LEA con el de otras organizaciones políticas "de izquierda" de otras partes del país, siempre hemos creído que ubicar a Echeverría Álvarez como representante del enemigo fundamental del proletariado y del pueblo en general fue lo correcto y no como lo hicieron esas otras organizaciones políticas a que me refiero, cuando en lugar de combatirlo decidieron aliarse a él. Esto habrá que notarlo y anotarlo. Algunos estudiantes del país optaron por esta línea táctica al confundir su estrategia, del mismo modo que organizaciones partidarias como el propio PPS y después el PST cuando nació.

Esta parte en la narración de mi vida habré de tocarla tal vez, en otro momento.

Ahora lo que seguía era aprovechar el impulso que ya llevábamos y cuajar los logros que hasta aquel momento habíamos obtenido.

Nuestra relación con los profesores democráticos ya era muy intensa y seria. Nos gustábamos como aliados unos y otros. Esa era nuestra relación más fuerte con claras muestras públicas de nuestra convergencia. La otra relación, indudablemente, era la Alianza Cívico Demócrata Juarense encabezada con mucha ética y claridad por el doctor Roberto Vázquez Muñoz y por el Doctor Bernardo Pérez Jiménez. También nos cerrábamos el ojo con los del Partido Comunista Mexicano y, como ya dije, a nivel muy cerrado con los del PAN, pero se habían generado ya condiciones para pasar a otro momento en la organización política y revolucionaria de los distintos actores comprometidos de la localidad.

Es decir, así como el Consejo Local de Huelga se transformó con mucho éxito en Consejo Local de Lucha, era ya el momento, según mi visión, de transformarse en Consejo Popular de Lucha con la integración de todos los actores con quienes en la práctica estábamos ya unidos como estudiantes.

Para avanzar en lo anterior habría que generar antes otros encuentros donde, con el punto de elevar nuestro nivel de coordinación y de unidad en la mesa, buscáramos los mejores mecanismos y medidas de seguridad al respecto, pues lo recién pasado nos obligaba a tomar ese y otro tipo de consideraciones.

Pasando a otro tema, no puedo hoy hacer memoria de aquellos días de convulsión social sin recordar también las convulsiones de mi vida íntima. Por eso, no puedo dejar volando en el recuerdo que al lado de mi departamento en aquellos días vivían una pareja formada por un veterano de la guerra de Viet Nam, norteamericano, hombre de color, Jack era su nombre, y una mexicana hermosa, morena, de ojos como venado y cuerpo verdaderamente espectacular, que a su vez tenían un hijo de 4 o 5 años. John era el nombre de éste y Tita el de ella. Y que compartíamos el mismo patio trasero.

Efectivamente, aquellos días sellados por el accionar político y las enseñanzas que nos dejaban, no pueden compartirse sin compartir también que un buen día de San Juan, siendo los cubetazos de agua por sorpresa el rigor del día, con ese pretexto ella tuvo a bien provocar la diversión, aprovechando que salí a colgar mi toalla en el tendedero, para volcarme por la espalda un "chubascazo" de agua fría, lo que a su vez provocó también que de inmediato yo la persiguiera hasta casi el interior de su casa, para hacerle lo mismo. Recuerdo que hasta su niño, un negrito muy simpático, salió también empapado en la trifulca espontánea que ahí se armó en aquel toma y daca de cubetazos de agua.

Y así fue como comenzó un candentísimo y tormentoso romance con mi vecina que terminaría casi trágicamente. Por eso lo cuento.

Ella a su vez tenía una amiga que la visitaba mucho y que, sabiendo que yo vivía solo, se ofreció a lavar y planchar mi ropa, lo que yo equivocadamente acepté.

Por esa razón se dieron, a partir de entonces, muchas ocasiones de vernos la amiga y yo sin compañía de ella, lo cual la enervó e hizo perder la razón.

No sé qué le contó a su marido que éste en distintas ocasiones, por cierto, siempre en presencia de ella, me insinuaba "a little fight", a lo que nunca acepté responder. No era tanto por su estatura y corpulencia. Tampoco porque sabía que aquel hombre estaba entrenado para matar. Más bien me pareció siempre inútil liarme a golpes con alguien por algo que para mí no tenía ninguna trascendencia. Además nunca me sentí realmente ofendido. Yo más bien andaba muy sumergido en lo que hoy cuento sobre la recepción a LEA.

Finalmente ella fue la que optó por cambiarse de domicilio, o ellos, mejor dicho, y el asunto ya no pasó a mayores. Eran los días en que astronautas de los EUA lograron alunizar por primera vez en la historia de la humanidad, en julio de 1969.

La segunda y última división del CLL. Su desaparición

Algo que debe ahora quedar claro y, sobre todo, quedarme claro en sus razones y detalles, sobre todo a mí, es que mi integración a la guerrilla urbana en México no se dio organizadamente y en conjunto, como al venir de un proceso orgánico y de participación colectiva se supone que sería. No. Mi integración a la guerrilla en México se dio por decisión y búsqueda individual propia de las relaciones que me llevaran a ese propósito.

Cierto, los primeros que nos hicieron pensar, y a mí en lo personal, en ese desenvolvimiento y ese tipo de decisiones fueron los Domínguez, Miguel y Gabriel, cuando nos visitaron en mi casa y pidieron una conversación con un grupo selecto del CLL, pero a ellos desde que nos visitaron una vez

cada uno ya no los volví a ver, no obstante la enorme importancia que yo les concedía a su mensaje. Como ya dije, eran los hermanos mayores de Alberto y José Domínguez y creo que desde aquella vez que los vi y los conocí, con quienes continuaron manteniendo su relación por razones obvias de familia, fue con sus hermanos, ya no conmigo.

Con lo anterior no quiero afirmar que esta integración en lo individual y de manera aislada a la guerrilla de mi persona se debió a que así fue sugerida por alguno de ellos o por todos. No. Con lo anterior simplemente lo que afirmo es la manera en que se dieron las cosas, independientemente de las razones por las cuales así sucedieron.

En alguna otra parte de mi narración daré mi interpretación sobre la división, como un fantasma que ha amenazado siempre en contra de todos los esfuerzos organizativos que he tenido en mi vida. No creo que eso sólo me haya ocurrido a mí. Más bien creo que es un fenómeno presente en todo conglomerado organizativo humano, pero el problema viene cuando aún no son sólidos los procesos de maduración que uno tiene como individuo, es decir, que mientras que se da cuenta uno de eso, de que la división será siempre un recurso que los demás tienen a su alcance para actuar frente a nuestras propuestas, iniciativas o concepción política en general, las rasgaduras al cuerpo organizativo en el que uno ha invertido toda su vitalidad, toda su energía, duelen mucho, sacuden mucho. Es más, al principio aturden, no se entienden.

Eso fue lo que me pasó a mí en estos meses de la vida del CLL en Juárez.

Todos mis compañeros del CLL, a aquellas alturas del desarrollo orgánico de nuestro movimiento estudiantil en Juárez después de octubre del 68, entraban a mi casa como si fuera la suya. Al principio les prestaba mi llave cuando algunos de ellos me la pedían pero al final ya ni la llave usábamos.

Dejaban permanentemente abierta mi casa para que entraran todos cuando fueran, a la hora que fueran. La confianza que yo les tenía era de hermanos, ya no de compañeros.

Mis pérdidas materiales por aquel comportamiento personal significaron por ejemplo, un saco muy elegante estilo John Lennon que había comprado en El Paso, Tex., que cuando me di cuenta que faltaba en mi ropero simplemente lo atribuí a que alguien lo había tomado prestado, pero que después lo iba a regresar. Fue algo sin mayor trascendencia para mí.

También que mi consola se descompuso varias veces, lo que simplemente provocó que dejara un letrero en el portadiscos, eran discos de asbesto redondos, grandes y pequeños, diciéndoles que pusieran más cuidado al depositar en ellos el brazo con la "aguja", que así es como "tocaban" los discos en aquellos tiempos.

La comida de mi despensa nunca nadie la tocó. Desde el día en que los invité por primera vez, simplemente puse un letrero en la puerta del refrigerador que decía "dont touch!" y eso fue suficiente.

Es decir, en resumen, yo no tenía ninguna razón para dejar de usar mi casa como el punto de las reuniones de todos y siempre.

Ni siquiera en lo que se refería a las normas de seguridad, que pueden siempre adecuarse a las circunstancias, a los tiempos, a los proyectos.

En lo que se refería a ese tema de las normas de seguridad que se debían observar con mayor responsabilidad a partir de nuestra "cálida" recepción a LEA, pues indudablemente que había que revisarlas de manera colectiva y de consenso, pero no parcialmente tomar decisiones cada uno o como grupo por separado, que indudablemente impactarían al seguimiento de todo lo que habíamos avanzado hasta aquellos momentos.

Sin embargo ese era mi sentir, no el de todos. Los tiempos ya habían cambiado y los métodos también.

De un de repente, no sé por quién o por quienes acordado, supe que habían alquilado los hermanos Domínguez y otros compañeros un departamento por el rumbo de "La Chaveña" y, aunque tuvieron la gentileza de invitarme a las reuniones que hacían allá, fui tres o cuatro veces, pues simplemente a mí me cayó todo aquello de sorpresa y no me quedó más que readecuar mi mentalidad y readaptarme.

Otra vez me vino a la mente el discurso aquel de los "simentalfilios", en la primer división del CLL, que blandían en mi contra mi supuesto caudillismo y mis "desviaciones" personales de manipulador. Nunca las pudieron demostrar, pero hoy cruzaban de nuevo en mi mente sin que nadie me las dijera, atribuyendo a que posiblemente otra vez debido a lo mismo es que se estaban tomando estas decisiones.

Yo convengo ahora y creo que lo hice desde entonces junto con ellos, que independientemente de dar o no seguimiento a todo lo que llevábamos avanzado políticamente en la ciudad, había que priorizar ahora nuestras normas de seguridad, pero sin extremos. Es decir, por ejemplo, puestos en los zapatos de los profesores que también se reunían, o los de la Alianza Cívico Demócrata que también se reunían, antes y después de aquel 17 de abril en que de manera espontánea se quemó el templete del mitin de LEA, pues ni modo que por aquellas razones ahora dejaran ellos de reunirse o se cambiaran de domicilio o cosas así por el estilo. Y menos que debido a aquel desenlace no planeado del templete, desaparecieran sus respectivas organizaciones para ya nunca más dar la cara en público. Eso es lo que a mí de entrada me pareció extremoso y además contraproducente, que liquidaba nuestro esfuerzo de organización y concientización democrática a nivel abierto en que habíamos quedado como acuerdo desde el principio que empezamos a reunirnos.

Sin embargo, lo que me quedaba claro era que para ellos, como decían los Domínguez mayores, las condiciones objetivas y subjetivas en el país ya estaban dadas y había que pasar a "un nivel superior de la lucha", que así es como ellos lo decían a la clandestinidad y a la guerrilla y esa convicción es la que yo entendía que se les desbordaba por los poros de su piel y en toda su conducta y que era lo que les inspiraba en el fondo para cambiar al CLL de domicilio.

Dice Javier Velázquez en su libro ya citado, refiriéndose a la historia que desde su visión, tuvo el CLL en Juárez:

> Fue un grupo muy homogéneo que trabajó en cada una de las tareas propuestas en un plan de apoyar y aportar nuevas ideas para su buen funcionamiento. Se tuvo en cierto momento presiones de estudiantes que pretendían ingresar al organismo con el fin de tomar la conducción del mismo, pero fueron rechazados sistemáticamente por no poner en práctica sus ideas, en cambio en el núcleo principal siempre imperó la necesidad de proponer y hacer.
>
> Vale mencionar que en esas discusiones entre grupos, el reconocimiento y apoyo tácito hacia Benjamín Pérez Aragón fue total, conceptuándolo como el compañero más entregado al movimiento y que merecía la confianza absoluta del Consejo ante fuerzas externas, además de que fue quien tuvo mayor capacidad de iniciativa respecto a las tareas a desarrollar y encuadrarlas dentro de la línea política de la organización.
>
> En torno a este compañero se trabajó y se conservó la unidad del grupo identificado como Consejo Local de Lucha.[3]

Desde luego hoy no tengo palabras suficientes para agradecerle a Javier esa apreciación tan inmerecida que tiene o

[3] *Ibid.*, pp. 118-119. (Las cursivas son mías).

tuvo sobre mi persona y que plasma en su esfuerzo por escribir la historia del CLL en Juárez, cuando en su libro con seguridad, con las palabras que cito, busca caracterizar a lo que yo, en apartados arriba, titulo como "La primer división del CLL".

Sin embargo, ahora en esta segunda división a que me refiero en mi narración, no hubo "Benjamín" alguno "en torno" al cual trabajar, sino al contrario, los hechos me hacían sentir que era de mí, no sólo de mi casa, de quien se querían alejar.

¿Para qué o por qué?

Ahora puede haber muchas respuestas a las anteriores preguntas, pero Javier mismo da algunas en su mismo libro ya mencionado, que me permito citar aquí también:

A mediados de 1970 y tras las diversas experiencias de ser un grupo altamente vulnerable a la represión se empezó a trabajar en reestructurar al Consejo Local de Lucha estableciendo mayores medidas indispensables de seguridad.

Se estableció un sistema artesanal de clandestinidad.

Se determinó que debería existir un "Consejo Abierto" y un "Consejo Cerrado".

Mediante un estudio de las características de cada miembro que abarcaba muchos aspectos, *hasta llegar al grado de qué tan "quemado"* estaba cada participante se dividió al grupo. (Las cursivas son mías).

El "Consejo Abierto" seguía sesionando como su nombre lo indica, públicamente, tratando de integrar a nuevos miembros para abastecer a futuro al "Consejo Cerrado".

"En el Consejo Cerrado", *prácticamente no sabíamos qué hacer* excepto instruirnos sobre las experiencias de grupos revolucionarios de otros países y analizar la situación nacional. (Las cursivas son mías).[4]

[4] *Ibid.*, p. 132.

Desde luego, más adelante nos explica Javier que, si bien no tenían claro su qué hacer inmediato y concreto en el llamado Consejo Cerrado, en realidad *sí sabían qué hacer* o por lo menos creían saber qué hacer a un plazo de mediano alcance.

"Sin embargo, la decisión de pasar a otra etapa superior de la lucha revolucionaria que, de acuerdo con nuestras expectativas y experiencias era necesaria, estaba firme, estaba avanzando".[5]

Y efectivamente esa era su visión y su inspiración. Pero efectivamente también esos mecanismos y actitudes, aquellas de levantar la mirada hasta perderla en el horizonte, así como la que tiene el Che en la foto que le hizo famoso, pero sin voltear a ver hacia abajo, hacia saber dar el paso que sigue en concreto, fue y seguiría siendo más adelante, el problema de concepción metodológica, de estrategia y de organización que caracterizó a muchos, en muchas de las decisiones que después habría que tomar y en las cuales hasta yo participé o mismas a las que también tuve que enfrentar en desacuerdo en el futuro.

En lo particular, en aquel momento, el famoso "Consejo Abierto" más bien era una broma, sin claridad y sin tareas, como Javier mismo lo dice en su multicitado libro: "El problema seguía siendo que por lo novedoso del giro de la organización, la pregunta obligada a manera de saludo entre estudiantes que de sobra nos conocíamos entre sí era la siguiente: ¿En dónde quedaste, en el "Abierto" o en el "Cerrado"? "La clandestinidad por tanto, estaba en entredicho".[6]

Es decir, dicho hasta por nuestro propio compañero Javier Velázquez, no sólo lo de las medidas de seguridad que

5 *Ibid.*, p. 131.
6 *Ibid.*, pp. 129, 130 y 140.

ellos mismos habían tomado no eran realmente medidas de seguridad pues "estaban en entredicho", sino lo básico y más importante: Por tener "claridad" de su futuro a mediano plazo: "la decisión de pasar a otra etapa superior de la lucha revolucionaria", el esfuerzo de agitación, concientización y organización en la localidad y para lo cual ya habíamos logrado un nivel importante, no era razón de su preocupación, aunque dijeran que había para ese efecto el famoso "Consejo Abierto", cuyos integrantes nunca supieron bien a bien que lo eran y menos cuáles eran sus objetivos y sus tareas, aunque básicamente éstas ya estaban dibujadas por la propia realidad en la que habíamos participado.

No sólo eso, por lo menos yo a muchos de los compañeros que solíamos reunirnos nunca los volví a ver, pues aparte de nunca haberme preocupado por conocer sus domicilios particulares, lo que debo de reconocer autocríticamente, privó después de la quema del templete la desorganización y, más que todo, no darle continuidad a lo que veníamos haciendo. A partir de entonces fueron otras las preocupaciones del sector del CLL al que pertenecía Velázquez:

"Posteriormente en la última etapa del Consejo se optó por medidas estratégicas como rentar algunas casas. Una en la calle Hospital a un costado de donde se encontraba la Dirección y Cárcel Preventiva de Policía. Nos hacía sentir más seguros, a ningún investigador se le podía ocurrir buscar a un lado, otras dos viviendas sobre la calle Sánchez del Barrio de la Chaveña".[7]

Ni yo mismo conocía esas decisiones, menos los domicilios y mucho menos todavía haber sido invitado por alguien de ellos a "pertenecer" al "nivel superior de la revolución".

[7] *Ibid.*, p. 133.

Nuestra invasión al predio del sur poniente de la ciudad

He querido dejar hasta este momento un resumen de la narración sobre cuál fue la suerte que corrió nuestra invasión al sur poniente de la ciudad.

Había dicho al respecto que cuando nos encontrábamos en las primeras reuniones de organización y de proyección de aquella invasión, se había dado una intentona de los líderes del PRI para disolvernos como grupo que amenazaba de verdad invadir una propiedad privada. Y que eso, al contrario, lejos de amilanarnos nos había servido de resorte para meternos a la invasión y arriesgarnos a lo que viniera. Recuerdo que en ninguna parte de toda la franja poniente de la ciudad se había animado nadie todavía a dar ese paso. Nosotros fuimos los primeros y a su vez fuimos el ejemplo.

Aunque fueran de cartón, como dice la canción del Buki, pero era la consigna discutida y aprobada por todos en la asamblea general, de instalarse cada quien en lotes imaginarios, dejando desde luego entre uno y otro, la distancia suficiente para contabilizar lotes aproximadamente de 20 por 20 metros. Parece mentira pero cuando la gente toma ese tipo de decisiones, se generan a su vez grandes lazos de respeto y de solidaridad entre todos. No tuvimos ningún contratiempo o conflicto entre nosotros aquella noche en que tomamos posesión del predio donde aspirábamos edificar nuestras viviendas. Los que trabajábamos de día regresaríamos después en las noches a pernoctar ahí a como se pudiera pernoctar, en medio del frío y de los remolinos nocturnos propios del clima desértico de Juárez. Las mujeres sobre todo, durante el día, se quedaban a hacer labores de vivienda, lavar ropa, cocinar. Así, la colonia poco a poco empezó a adquirir fisionomía y a atraer nuevos aspirantes.

En las reuniones dominicales habíamos resuelto establecer una dirección política de todo aquel proceso, formada por cinco de los invasores más serios y representativos. Le llamábamos Consejo de Colonos, mismo que, sin decirlo, yo presidía.

La segunda actividad que nos propusimos desarrollar después de edificar lo que cada uno pudiera en su respectivo lugar, fue realmente trazar más profesionalmente las calles y medir los lotes, para lo cual requeríamos de algún ingeniero o profesional de la materia, que hiciera todo aquel trabajo de trazo de planos generales.

Pareciera que esta actividad debió haber sido la primera, pues no se podía invadir un predio con tanta gente, sin saber antes las medidas que le correspondiera a cada uno, pero eso, como ya lo dije, se resolvió empíricamente y contando con la buena voluntad de todos los comprometidos. Lo importante era no perder más tiempo.

Como no teníamos fondos económicos colectivos, recurrí a estudiantes de la Escuela de Agricultura "Hermanos Escobar", muy popular y conocida en toda la ciudad, pues recientemente habían sostenido una huelga con demandas propias de su desarrollo. Y no me fue difícil encontrar a los estudiantes que, voluntariamente y sin cobrar, quisieran colaborar con nosotros en el trazo de nuestras calles y la medición de todos los terrenos. Al contrario, se sentían honrados, decían. De esa manera fue que obtuvimos el trazo de nuestra colonia de manera más profesional, así como el acomodo individual de cada quien de manera exacta en toda la extensión del predio invadido, al cual, desde entonces, le nombrábamos de cariño "La Adelita".

Y efectivamente la falta de recursos colectivos de que adolecíamos, como ya dije, me hizo buscar en la Preparatoria del Chamizal, que era donde yo estaba estudiando, a un grupo de rock pesado que solía amenizar algunas tardes

en el teatro de la escuela, solicitándoles su apoyo para que fueran hasta la invasión del predio, donde tocarían ellos en bailes que organizaríamos para obtener recursos.

E igual que en la Escuela de Agricultura, no tardé mucho en convencerlos, así que a partir de ahí tuvimos un grupo de rock que acudía hasta la invasión de manera solidaria cada vez que lo solicitábamos. El único reclamo que había de parte de muchos de los compañeros colonos es que les gustaba más la música norteña. Querían que también los llevara a un grupo norteño.

No obstante poco a poco fuimos reuniendo los suficientes recursos para construir nuestro salón de actos colectivo, con medidas iguales a las de un lote como los demás. Con mucha alegría, desde los cimientos mismos, lo vimos crecer hasta que llegó al techo.

Eran días de mucha felicidad entre todos los compañeros y compañeras de la colonia. Hasta tuve posibilidades de organizar algún círculo de estudios con los más cercanos.

Con mucha frecuencia me invitaban a sus fiestas familiares y me invitaban también muy seguido a que fuera yo el padrino en bodas y bautizos de sus familiares, invitaciones a las cuales, a pesar de mi ateísmo, yo acudía con mucho gusto y haciendo lo mismo que antes hacía cuando era católico: hincarme, rezar, comulgar aunque no me hubiera antes confesado. Para mí lo primordial en aquel momento no era expresarles mi ateísmo, sino demostrarles que estaba con ellos en cualquiera de las circunstancias y afianzarme en su apoyo hasta donde pudiera.

Por otro lado, aprendí también en aquel contexto a contener y a controlar mi temperatura juvenil y las múltiples posibilidades de relacionarme sexualmente con las señoras jóvenes que formaban parte de aquel movimiento.

Aprendí que cuando por alguna razón las condiciones le favorecen a uno y logra colocarse en niveles de liderazgo o

dirección como aquellas en que yo había logrado colocarme frente a todos, se dan mucho ocasiones para aprovecharse de esos niveles y dispararse alegremente atravesando puertas privadas que se abren con toda facilidad, aunque uno no quiera, para cohabitar con algunas de las compañeras aunque tuvieran marido.

No niego que lo hice con dos o tres de ellas. Sino precisamente por eso fue que me vi en medio de condiciones de gran riesgo que me hicieron reflexionar y valorar lo que estaba haciendo.

La sola intuición hizo que me midiera y me detuvo a no dejarme llevar por aquellas circunstancias y facilidades. No quería sacrificar la gran oportunidad de organizar y concientizar que tenía a mi alcance a cambio de aventuras que, de trascender públicamente, mucho trastocarían mi imagen y el desarrollo de mis propósitos.

Pero no todos los días fueron de felicidad, amistades y oportunidades de aquel tipo.

Un buen domingo, estando reunidos en las tapias de nuestro salón de actos, de repente nos vimos rodeados por policías municipales y por patrullas.

Nadie estaba enterado de que aquello iba a ocurrir, de tal modo que la primera reacción de todos no fue la de correr, como yo mismo se los pedí desde la mesa de moderación de la asamblea que presidía, sino de esperar a ver qué más iban a hacer nuestros nuevos visitantes.

Y no tardamos mucho en verlo.

Uno de ellos, al parecer quien los comandaba, entró hasta el frente del salón donde estaba la mesa directiva y, sin decirme nada, me lanzó un puñetazo a la cara. Esa fue la señal para que todos los demás policías hicieran lo propio con sus macanas contra todo aquel que estuviera a su lado.

Se inició la batalla campal. Dentro de los compañeros colonos había dos luchadores, de esos de ring que instalan

en funciones de los ranchos para obtener algo de dinero y esa fue su oportunidad para lucir ahí sus habilidades de enfrentamiento. Nunca se les hubiera ocurrido.

Como ellos, otros compañeros también se defendieron a puñetazos y tanto unos como otros los vi caer al piso con sus rostros llenos de sangre.

Los gritos y el llanto de las mujeres y de los niños le daban el marco a aquella agresión artera y despiadada.

Por lo que se alcanzaba a ver se trataba de una iniciativa por parte del municipio para disolvernos y hacernos correr.

No lo lograron...

A gritos yo le pedí al que los comandaba que parara todo aquello, pues podíamos hablar las cosas de otra manera.

Y efectivamente, como si fuera un libreto previsto, pareció ser que eso es lo que estaban esperando y de inmediato dio la orden a sus subordinados de suspender la agresión.

Me dejé esposar y enfrente de todos me sacaron e hicieron subir a una de las patrullas.

Yo sólo me limité a voltear hacia atrás y ver que efectivamente ya habían dejado de golpear a mis compañeros, lo cual me tranquilizó un poco.

Por fortuna mi hermano no había acudido ese día a la reunión pero sí su esposa y mi sobrino Ricardito, de apenas 4 o 5 años. Los vi más calmados a ambos pero no sin dejar de llorar. De algún modo verlos sin sangre me tranquilizó aún más.

Yo no sé si mi reacción hubiera sido la misma si mi hermano hubiera asistido a la reunión y lo hubiera visto también rodar por el suelo lleno de sangre en su cara, como a los demás. Peor si hubieran tocado a Ricardito o a mi cuñada. Por fortuna nada de eso sucedió.

Así que, otra vez hasta la cárcel de piedra, pero ahora no por mi propia voluntad sino esposado y escoltado por aquellos aprendices de gorilas.

Recuerdo muy claro que al llegar hasta donde ya me estaban esperando otros orangutanes, pero estos vestidos de traje, ellos les preguntaron a los que me llevaron si yo era Benjamín Pérez Aragón, a lo cual el que lanzó el primer golpe en la reunión de donde me habían sacado asintió con la cabeza.

Incrédulo, aquel hombre corpulento, tan corpulento como el comandante de la agresión, volteó a mí para insistir en su pregunta:

—¿Tú eres Benjamín Pérez Aragón?

Yo, también incrédulo de su incredulidad, pues le respondí que sí, que yo era Benjamín Pérez Aragón.

—¡No puede ser, pero si es un niño! —les decía a todos volteando a verlos.

—¿Pero qué haces tú invadiendo terrenos que no son tuyos?

Me preguntó.

—Los necesitamos para vivir en ellos y no nos los vamos a robar, queremos pagar por su precio.

Le respondí.

—¡No puede ser! ¡No puede ser! No lo metan para adentro, que duerma aquí en ese sillón! —Y apuntó a un sofá que estaba en aquella sala y se fue. Tras de él se fueron la mayoría.

Efectivamente nadie después de aquel hombre me hizo pregunta alguna y, de acuerdo con sus órdenes, me llevaron hasta aquel sillón de cenar. Y al día siguiente, almuerzo y comida.

Ya eran cerca de las 6 de la tarde, lunes, cuando llegó la orden de que me pusieran en libertad. Era muy notoria su incomunicación y falta de explicaciones hacia mí. Ni por qué me detuvieron, ni por qué ahora me soltaban. Simplemente para afuera y punto.

Yo desde luego sin chistar una palabra, ya que me dieron comida a mis horas, que dormí tranquilo en aquel sillón y que ahora me ponían en libertad, pues en todo les obedecía.

Al salir vi que estaban afuera entre 15 o 20 de mis compañeras y compañeros colonos esperando. ¿O sirvieron de presión?

Nunca lo supe. Simplemente así sucedieron las cosas y después habría que reinterpretarlas.

Por ahora sólo me quedaba disfrutar el deleite de ser querido por ellos y ellas, disfrutar también de todo lo que a su vez yo los quería y, al mismo tiempo, tratar de calmarlos y de animarlos a no ceder en nada. También dejar que se me derramaran algunas lágrimas de alegría y agradecimiento abrazándolos y diciéndoles que los amaba.

En las próximas semanas vendrían las respuestas a todas esas preguntas que me hacía.

Para empezar, ninguno de los compañeros integrantes del llamado Consejo de Colonos había estado presente en la agresión que sufrimos. Enseguida, bien que supo el troglodita que me agredió que yo era Benjamín Pérez Aragón sin que antes nunca nos hubiéramos visto. Quiere decir que alguien lo orientó. Y después enterarnos de que uno de aquellos destacados compañeros del Consejo de Colonos, de nombre también Benjamín, era el que estaba autorizado por el municipio para empezar la legalización y pago de nuestras invasiones. Más tarde nos enteramos que no era sólo Benjamín, que eran todos los que eran integrantes del Consejo de Colonos los que andaban casa por casa invitando a la gente a ya no reunirse conmigo y a empezar su proceso de pago de su terreno.

Es decir, otra vez la división del grupo que yo formé, ahora la de los invasores, pero esta vez con el claro añadido de traición directamente por parte de los integrantes del Consejo de Colonos, a la integración de nuestra organización popular independiente.

No hacía mucha falta una gran capacidad interpretativa para darse cuenta de qué se trataba. Seguramente hubo

dinero de por medio, compromisos y concesiones. Nunca los pude localizar para hablar con ellos. Obviamente ni esa oportunidad me dieron.

Mi primera reacción fue continuar las reuniones de los domingos y dar la orientación, no podía ser de otra manera, de que debíamos aceptar el proceso de legalización de nuestros terrenos así como su liquidación ante quien fuera el dueño o sus representantes, pero no perder nuestra organización y consecuencia. A lo cual, de entrada y por lo menos con los que acudían a escucharme, nunca hubo objeción.

El problema consistía en que seguramente les estaban condicionando a abandonar las reuniones de los domingos conmigo para darles trámite a cada uno de sus casos, todo lo cual dibujaba el cuadro de un plan bien orquestado para derrotar nuestra organización y nuestra independencia política.

Por supuesto que nada de eso me hacía arredrar en mis objetivos iniciales de concientización y organización popular, con miras a una organización política más amplia en toda la ciudad o hasta estatal, pero las propias nuevas condiciones, la embestida tan feroz de que estábamos siendo objeto por parte del PRI y del gobierno municipal, requería de un nuevo plan, de dedicar mayor tiempo de mi parte a aquellas labores y además tener mayor fuerza organizada por parte nuestra, que en aquella coyuntura de mi vida yo ya veía muy disminuida por diversas razones.

La primera, desde luego, fue la autodilución del CLL, que no sólo me golpeó en lo político sino hasta en mi estado de ánimo. Y digo autodilución porque aunque yo supusiera que una parte de ese organismo continuaba viva con reuniones en algún lugar de la ciudad, pues ésta se había autoinmovilizado en aras de sus medidas de seguridad y, sobre todo, de su disposición, ansias, diría yo, de pasar ya a "un nivel superior de la lucha".

La segunda, y debo decirlo, era que yo acababa de terminar mis estudios en la preparatoria del Chamizal y tenía que definir mi próximo paso a dar con relación a mi preparación universitaria personal. Parecería, con esta última confesión personal que acabo de hacer, que mirando superficialmente el problema yo estaría sobreponiendo mis intereses personales de estudiar, a los intereses y objetivos de la revolución para los cuales "no había que distraerse en nada que perjudicara a su desarrollo", como escuché alguna vez a alguien decirlo.

Pero al revés, yo siempre pensé que para hacer la revolución había que prepararse a fondo y no andar improvisando, usando únicamente el sentido común para organizar a la gente y realmente avanzar en el proceso revolucionario. En el sentido contrario de quienes decidían suspender sus estudios de manera definitiva "en aras de la revolución", yo señalaba que eso era un error que no había que cometer, sin que eso significara abandonar los procesos políticos iniciados.

Es decir, si no habíamos tenido capacidad de dejar tras nosotros a otros compañeros que continuaran nuestros esfuerzos, pues menos méritos tendríamos para aspirar a "algo superior" si tras de nosotros no habíamos dejado huella organizativa permanente y estable. Esas eran parte de mis cavilaciones de aquel momento.

Por otro lado, por supuesto que se había logrado arraigo en los habitantes de la colonia aunque fuera sólo a través de mi persona, pues aunque yo no lo dijera, todos los colonos sabían que yo era estudiante y que no estaba solo, que contaba con gente que me respaldaba. Por supuesto que si todo lo demás en el CLL hubiera marchado como hasta principios del 70 había marchado, que si después de la recepción a LEA hubiéramos seguido en la misma dinámica organizadora, legal y abierta aunque con cierta semiclandestinidad, claro que teníamos armas e influencia suficiente en la gente de la

colonia para responder a la arremetida que estábamos sufriendo por parte del PRI y del gobierno.

Es decir, a pesar de la acción en contra nuestra por parte del municipio y del partido en el poder, podíamos todavía reintegrarnos, reorganizarnos y, tras la gran victoria de haber logrado ya la posesión física de los lotes, de haber avanzado en nuestra organización popular y de contar ya con la apertura legal para pagar nuestros terrenos, aunque fuera a través de la traición de algunos de nuestros compañeros, pues claro que podíamos reaccionar y recomponernos.

Mi balance era positivo. Cierto que había que reconocer un error propio de mi inmadurez personal y política de aquel momento, de no haberme adelantado a proponer entrevistarnos con el presidente municipal o con las autoridades del municipio indicadas, para iniciar el proceso de legalización de la propiedad de los terrenos que ahora ellos iniciaban desmantelándonos políticamente, pero teníamos muchos pasos delante de ellos y podíamos reaccionar todavía.

El problema fue que la realidad ya era otra y que todo había cambiado no sólo al exterior de mi persona, sino inclusive, al interior de mí mismo.

De verdad, a mí me trastornó mucho emocionalmente la separación de mis compañeros, que no sólo me dolía en el terreno personal sino que además lo consideraba un error muy grave el que se estaba cometiendo por parte de ellos al priorizar por encima de todo su seguridad, así como "pasar a otro nivel" de la lucha, sin manifestar junto a eso y traducido en hechos, una sola preocupación por continuar el proceso que habíamos iniciado y que ya mostraba para aquel entonces buenos dividendos a los cuales había que darles seguimiento. Claro está que sobre los mismos hechos que ahora narro acerca de esa invasión hay también otras versiones de las cuales me permito reproducir aquí dos o tres páginas, primero por el aprecio que en lo personal le

tengo al autor de las mismas, quien a diferencia de todos los demás se ha atrevido a manifestar también su testimonio respecto a estos hechos; segundo, porque de cualquier manera es un testimonio que al referirse a lo mismo, ratifica de algún modo que los hechos que narro no son invenciones, es decir, si ya dos autores se refieren al mismo hecho quiere decir que aunque con distintas visiones, el hecho que narran sí existió. Y tercero porque son contrastantes. Javier Velázquez, que es a quien me refiero, es mi amigo y alguna razón debe tener para narrar las cosas como lo hace, pero difieren a como realmente sucedieron.

Por ejemplo, yo hablo de que me dolió mucho en lo emocional que me dejaran solo, que consideraba un error garrafal que "se fueran" al "consejo cerrado" sin especificar quién era del "abierto", creo que, salvo yo, sin decírmelo y poder darle seguimiento a todo y que ya no hubo oportunidad de dar respuesta con la contundencia que aquello que estaba sucediendo merecía.

Me permito citar lo que él dice respecto al tema en su libro *Remolinos de Arena, el 68 en Juárez*, ya citado aquí:

> Bajo esa premisa, se tomó la determinación de involucrarnos en los distintos grupos de invasores de terrenos que dieron origen a diversas colonias que ahora se conocen como Gustavo Díaz Ordaz, Álvaro Obregón, Guadalajara Izquierda, Luis Echeverría, etcétera.
>
> Se logró tener presencia en aproximadamente nueve colonias de nueva creación, sin embargo, el control que ejercían los líderes priistas era apabullante, para nadie era desconocido que estos actuaban con la representación y el respaldo de las autoridades en este caso municipales que podían ofrecer en primer lugar la legítima propiedad de los lotes invadidos mediante la titulación de los mismos y mover sus influencias

para que llegaran los servicios públicos, total, que era una especie de burócratas representantes del gobierno con la consigna de dar algo a cambio de pedir fidelidad al PRI, puesto que se decían representantes de organizaciones populares adheridas a ese partido.

Así las cosas, el dirigente de la invasión de la colonia en que me tocó trabajar era un tal Roberto Caldera, en otras se mencionaba a Rubén Chagoya, gente con mucho poder, ligada y comprometida con el gobierno.

Mención aparte merece la colonia Álvaro Obregón en donde la batalla por la dirigencia fue encarnizada pero siempre sostenida por nuestro compañero Benjamín Pérez Aragón.

Pese a los numerosos recursos humanos, propagandísticos y de intimidación con grupos de choque y presencia policiaca permanente, además del panorama ya descrito la colonia fue el único bastión de la oposición.

El gobierno, por medio de un membrete de colonos, mandó a uno de sus cuadros de apellido Del Toro, hombre de alta estatura, pero no de principios, que nunca solía andar solo, sino que siempre era acompañado por un grupo de guardaespaldas, aunque ellos se decían simpatizantes, se dio a la tarea de formar una dirigencia paralela a la del compañero del CLL, con más promesas, pero sin mayor éxito.

La principal propuesta del priista era la titulación de la tierra y la introducción de los servicios públicos, renglones bastante atractivos si se toma en cuenta que contaba con la bendición del sistema, pero a cambio de afiliarse al partido del gobierno.

En el otro grupo de Benjamín Pérez Aragón sin contar más que con el apoyo y las cuotas de los mismos colonos, estos se habían dado a la tarea de mandar fraccionar la invasión de estos terrenos y la distribución de los mismos sin mayor condicionamiento ni preferencia.

Prueba de ello y a manera de ejemplo fue la adjudicación de un lote a nombre de Benjamín, que además era parte de la consigna que se había tomado de actuar igual que cualquier colono para ser parte de ellos mismos, pero bien podía haber tomado un lote de mayor superficie y mejor ubicación, sin embargo el lote del compañero Pérez Aragón era de tamaño normal y se localizó en lo que ahora es la calle Cuautitlán que no figuraba antes ni ahora como de las principales, sino todo lo contrario, ya que mientras muchas de las calles cuentan ahora con pavimento a estas alturas del año 2010, esta calle carece del mismo.

Benjamín construyó un par de cuartitos en este lote y se integró como parte de esta misma colonia denominada "Álvaro Obregón".[8]

Antes de continuar con las citas del libro ya mencionado de mi amigo Javier, deseo hacer dos aclaraciones ya pertinentes:

1.- A nuestra Colonia nosotros le decíamos "La Adelita" por la evocación a la historia y por nuestra mirada al futuro. Y en contraposición a eso, en el cabildo, sabiendo de qué se trataba nuestro movimiento estudiantil, contra el PRI, obviamente, querían ponerle por nombre ni más ni menos que "Colonia Gustavo Díaz Ordaz". Tremenda ofensa para nuestros orígenes y propósitos. No obstante, tengo la impresión de que ahí le hicieron caso al otro Benjamín, quien seguro opinó y que con tal de mantenerlo como agente suyo, optaron finalmente por llamarle "Álvaro Obregón". No menos ofensivo pero menos grosero y burlón que el otro nombre.

8 *Ibid.*, pp. 129, 130 y 140.

2.- Nosotros no pedíamos cuotas. A nadie jamás se le pidió un solo centavo para nada. Cierto, hacíamos actividades, bailes y rifas, pero eran actividades para financiar lo que todos veían que se edificaba, que era nuestro salón de actos, no para que alguien se quedara con el dinero.

Sigo con la cita, página 140:

> Por costumbre, cada domingo, religiosamente se llevaba a cabo una junta en cada una de las colonias de nueva creación, éstas servían para resolver problemas de duplicación de lotes, problemas de doble propietario, delimitaciones, etcétera, pero sobre todo en las colonias dominadas por el PRI, el fin era además de identificación con este organismo, lo que estilaba era el pago de las "cuotas" de cada invasor que dado el gran número de los mismos, era un botín por demás jugoso que iba a dar al concepto de gastos para los "trámites" que realizaba el líder.
>
> En la colonia "Álvaro Obregón" en donde no tenían el control, el domingo era el día de la confrontación y la oportunidad para los priistas de luchar por el liderazgo.
>
> Llegó a ser costumbre observar el mismo panorama: En un solar Benjamín llevaba a cabo la acostumbrada asamblea dominical con la casi totalidad de los colonos y en sus alrededores, la gente priista provocaba instando a la gente a realizar otra asamblea bajo su dirección, esto domingo tras domingo pero no solo eso, sino que pese a que se hablaba de más de 10 colonias, sólo en la "Álvaro Obregón" existía vigilancia policiaca a manera de intimidación por medio de patrullas y no a prudente distancia, sino en torno a la asamblea.
>
> Esta presión llegó al grado de que al no encontrar delito alguno para intervenir con la fuerza pública puesto que los

temas a tratar no dejaban de ser más que la resolución a los problemas de los colonos en forma solidaria, en una ocasión se llamó a un mayor contingente de policías y sin previo aviso se detuvo a Benjamín Pérez Aragón y a otros cuatro compañeros y se les trasladó a las oficinas de la cárcel preventiva. Motivo, ninguno, pero es obvio que tenía visos de intimidación y desesperación al no poder canalizar por las vías institucionales al grupo opositor y tras unas horas de arresto fueron liberados sin mayor explicación.

Los detalles de tantas provocaciones en esta colonia Álvaro Obregón en donde se tenía el control absoluto por parte del Consejo Local de Lucha, no escapan a mi memoria sino que yo no las viví en su totalidad por estar infiltrado en otra colonia en donde mi actuación fue irrelevante por asistir exclusivamente los domingos pero esta experiencia está en manos del principal protagonista que fue Benjamín Pérez Aragón, sin escatimar la presencia y apoyo del resto de los integrantes del CLL.

El apoyo que se tuvo de este sector de la población se manifestó tiempo después con el funcionamiento de una "preparatoria popular" que se estableció en la colonia Guadalajara Izquierda, que colinda con la Álvaro Obregón y que en definitiva es la misma gente, pero también esas calles y esos vecinos vieron pasar años después a militantes de la Liga Comunista 23 de Septiembre rumbo a los cerros colindantes a efectuar sus prácticas de tiro y de acondicionamiento físico. Total era tierra conocida.[9]

Un intento de dar seguimiento organizativo a lo iniciado por el CLL

Retomando el hilo del desmembramiento de todo, en medio de aquella incertidumbre que provocaba la nueva situación

[9] *Ibid.*, p. 140.

tanto en la colonia como con mis antiguos compañeros, había que continuar.

Buscando dar seguimiento al proceso de organización popular que ya habíamos iniciado, como ya dije en otro momento, teníamos varias organizaciones políticas a las cuales había que seguir convocando para consolidar su integración a más largo plazo, aunque ahora lo hiciéramos tomando mayores medidas de seguridad.

Cierto, la gran debilidad era que no contaba ya con mis compañeros del CLL, pero no podía permitir que se me cerrara el mundo por eso.

Eché mano de dos de mis compañeros de la Cruz Roja, a quienes invité a una nueva organización. De los colonos invité a mi hermano. El propio Doctor Roberto Vázquez Muñoz, líder de la Alianza Cívico Demócrata Juarense, estuvo de acuerdo conmigo en reorganizar un nuevo grupo y reunirnos. Así mismo los profesores democráticos, los líderes sobre todo. El profesor Herrera, el profesor Polanco, etcétera. Y lo intentamos. Nos reuníamos en la casa de uno de los profesores, que por cierto, también vivía en La Chaveña.

Iniciamos nuestras reuniones con una asistencia de alrededor de 15 compañeros y lo hicimos mediante un plan de estudios y de lectura de teoría revolucionaria. Por otro lado, con relación a dar seguimiento a la organización del estudiantado en general, pues habría que desplegarse de nuevo hacia los centros escolares en busca de la incorporación de otros integrantes. Es decir, había que invertir mucho tiempo en todo eso, como redoblar también el tiempo invertido para la colonia. Y aparte, como ya dije, decidir sobre cómo seguir mi preparación universitaria personal.

Complicado todo como ahora lo describo, la Universidad Autónoma de Cd. Juárez (UACJ), apenas era un proyecto para aquel momento y no significaba ni siquiera una alternativa para los requerimientos de preparación académica que yo

buscaba, de tal manera que surgió la idea de irme a estudiar a Cuba, aprovechando las relaciones que el doctor Vázquez Muñoz pudiera tener.

Dicho de otra manera, en los distintos escenarios que yo construía imaginariamente todo era necesario hacerlo con prioridad, es decir, nada era secundario: Recuperar y dar seguimiento a la organización en la colonia; recuperar y dar seguimiento a la organización dentro del estudiantado y el CLL; dar seguimiento a la organización de Frente Amplio que había producido la recepción a LEA y, ahora, junto con ellos, convertir al CLL en Consejo de Lucha Popular (CLP).

Y a todo habría que sumar ahora continuar con mi preparación académica. Todo era necesario, sí, pero poco a poco fui convenciéndome que mi capacidad personal estaba ya en su límite pues, obligado a dedicar gran parte del día para trabajar en la CFE, en casi todo tenía que partir de cero, o sea, profesionalizarme de tiempo completo para poder cubrir exitosamente tal número de tareas, lo cual me pareció prácticamente imposible y fuera de mi alcance.

Mi frustrado viaje a Cuba

Por eso poco a poco se fue apoderando de mí la idea de buscar en serio irme a estudiar a Cuba.

Efectivamente el doctor Vázquez Muñoz aceptó ayudarme y promovió trasladarme a Cuba, haciendo una escala en el DF, donde sus compañeros de la organización política a la que él pertenecía gestionarían todo lo indispensable para mi matrícula en Cuba y mi traslado hasta allá.

Una vez planteado el asunto internamente dentro de su organización, el doctor me informó que todo marchaba positivamente y que me preparara para hacer un viaje al DF, donde otros compañeros me entrevistarían con la mira de darme el pase a estudiar a Cuba.

Así lo hice. En mi trabajo preparé un viaje al DF, con el pretexto de investigar en la UNAM mi posible matrícula, logrando que mi jefe, el Contador José Jiménez me diera dos semanas para faltar al trabajo y reintegrarme después, al fin que todavía no tenía base.

Y así fue como lleno de entusiasmo me fui al DF, casi ya todo listo, suponía, para de ahí después pasarme a Cuba a estudiar.

No fue así. Otra actitud muy distinta tenían los compañeros del doctor en el DF, quienes aparte de alojarme en un cuarto de azotea que rentaron para que yo me fuera a vivir ahí el tiempo que estuviera en la ciudad, me pidieron que les escribiera mi biografía para valorarla, en tanto que ellos discutían todo lo relativo a mi posible inscripción en la Universidad de la Habana.

Cuando discutían mi caso siempre me pedían que me saliera a la habitación contigua, argumentándome que querían discutir mi asunto "a gusto".

La respuesta final fue que era una *inresponsabilidad*, así usaban esa palabra, por parte del doctor Vázquez Muñoz, solicitarles a ellos gestionaran mi inscripción como estudiante en la Universidad de la Habana, y me regresaron a Juárez, "flaco, ojeroso y cansado", pero aún con mis ilusiones.

Una revaloración de todos mis escenarios

Planteadas así las cosas, lo cierto es que de haber logrado el salto a la Habana, de todas maneras yo ya estaba optando por dejar en suspenso todas las tareas y proyectos que reclamaba y lamentaba que los demás los hubieran abandonado.

¿Pero por qué lo justificaba para mí y no para los demás?

¿Por qué para mí sí era válido que yo abandonara todo, si hubiera podido, y viera con tanto desagrado y desprecio que los demás lo hicieran, aun cuando buscaran algo más ele-

vado que yo, que si hubiera logrado irme, lo hubiera hecho sólo por mi preparación personal, aun cuando la justificara diciendo que era para ser mejor revolucionario?

¿No estaría ocultando dentro de mí un dejo de cobardía y de irresponsabilidad frente a la gran necesidad que sentían y que sentíamos muchos jóvenes de responder al gobierno por el crimen cometido contra cientos de nuestros hermanos estudiantes?

Buscar respuestas a las anteriores preguntas me llevó por enésima vez a repasar mentalmente los escenarios que todavía estaban muy frescos en nuestras memorias y que se habían dado el 2 de octubre del 68 en Tlatelolco, así como replantearme a mí mismo las preguntas que en mis discursos de agitación ante los estudiantes les formulaba a ellos.

¿Cómo hubiéramos reaccionado si entre los muertos hubiera estado alguno de nuestros hermanos, de nuestros padres o de nuestros amigos?

¿Por qué quedarnos con los brazos cruzados en espera de una infamia mayor contra los mexicanos, sin hacer nada o sólo corriendo a ocultarnos sin ofrecer ninguna respuesta?

¿No era necesario en el país la generación de una fuerza política capaz de hacer revertir aquella sensación de vacío, de impotencia, de aplastamiento hasta anularnos por el miedo que nos hacían sentir, al liquidar todo ejercicio político de oposición ante el régimen imperante?

En lugar de irme a Cuba tal vez yo pudiera quedarme a reorganizar a mis compañeros colonos, ahí mismo en nuestra invasión directa, en lo que le llamábamos algunos "La Adelita", así como extender la influencia de esa organización hasta toda la franja de invasiones que, como ya lo he dicho, recorría a todo Juárez en su lado poniente, desde los cerros del sur hasta el río Bravo, para impulsar una gran marcha exigiendo la legalización de la propiedad de los terrenos.

¿Pero qué no había sido ese el intento desde hacía casi dos años, buscando involucrar a los compañeros del CLL, con los resultados que ahora estaba ya viviendo?

¿No sería encaminar las cosas a que sólo se ampliara y profundizara la represión contra todos, como la que ya habíamos sufrido en mi colonia de invasión?

Cierto. Yo seguía pensando que no estaban dadas ya las condiciones para una insurrección armada en todo el país pero… ¿y si las incentivábamos desde la clandestinidad manteniendo ligas con el movimiento político y social abierto?

Estábamos a finales de 1970 y para responder a esa pregunta, para 1972-1974 tendría más elementos con qué hacerlo, pero hoy, por lo pronto, en Cd. Juárez teníamos a nuestro favor que el proceso de legalización de la propiedad de los terrenos invadidos por nosotros ya se había iniciado en nuestra colonia, es decir, ya no se partiría de cero si optara por esa alternativa y buscara generalizarla a todo Cd. Juárez, pero…

¿Y por qué me permitía ver impasible que mis compañeros sí se fueran a construir esa fuerza política nacional armada desde la clandestinidad, mientras yo me dedicaría a estudiar y a hacer que avanzara en el terreno político legal ahí en Cd. Juárez, lo que otros podían hacer sin mi presencia?

¿O a poco yo me sentía indispensable?

El compromiso moral que me hacía sentir la ausencia y las razones de esa ausencia de mis viejos camaradas del CLL poco a poco me fue doblegando.

Las muertes del Che, del doctor Gómez, de Gámiz y ahora más recientemente las de González Eguiarte, de Arturo Borboa hijo y de Carlos Armendáriz Ponce habían servido de muy poco tanto en Bolivia como en la sierra Tarahumara de Chihuahua, respectivamente, cierto, pero ver de esa manera las cosas empezó a parecerme muy simplista y con inmediatismo. Empecé a responder mi vieja pregunta acerca de si las muertes de los gigantes servían más que sus vidas

para los vivos. Yo no era ningún gigante, desde luego, como tampoco ninguno de mis compañeros, pero el panorama nacional de que muchos jóvenes estaban tomando esas decisiones, eso sí me parecía algo gigantesco y yo me estaba negando a ser parte de esa decisión, que era una decisión que la historia nos obligaba a tomar a muchos jóvenes "hasta las últimas consecuencias", como solía decirse en algunas de nuestras conversaciones.

No había que darle más vueltas al asunto. Ya les había perdido la pista a mis antiguos compañeros del CLL, como ya lo dije, nunca me preocupó conocer sus domicilios particulares, pero ahora consideraba mi deber buscar la forma de integrarme a la guerrilla en México a través de mis propios medios y relaciones.

En la CFE, según me decía el Contador Jiménez, ya estaba muy cercana mi plaza de base. De ser mi objetivo en la vida conseguir un empleo estable y bien pagado, pues esa era mi oportunidad y había que aprovecharla, sin embargo y de manera definitiva, otras eran ya mis expectativas de la vida.

El personaje de perfil más duro, honorable y serio dentro de los adultos con los que hasta aquel momento me había relacionado, indudablemente seguía siendo el doctor Roberto Vázquez Muñoz. Si a través de él busqué la posibilidad de irme a estudiar a la Habana Cuba, a través de él tal vez también fuera posible relacionarme con alguien que él pudiera conocer involucrado en la guerrilla.

Así fue. Platiqué con él sobre todo lo que aquí ya he vertido sobre el tema y le recalqué mucho que independientemente de mis convicciones sobre las tareas que había que seguir enfrentando en Juárez, es decir, de otra táctica, no podía estar enterado de que otros jóvenes estuvieran decidiendo en el país lanzarse a las armas y yo permanecer indiferente gozando de la comodidad de mi casa. Para mí era muy importante subrayarle que había decidido también

correr su suerte, cualquiera que ésta fuera y le pedía relacionarme con alguien involucrado en esa alternativa, si es que él tuviera conocimiento directo.

En el curso de la organización de la recepción a LEA, él y yo habíamos aprendido a entendernos profundamente y con mucha facilidad, a pesar de nuestra gran diferencia en edades, de tal modo que ahora tampoco batallé en hacer clic con él en mi nuevo planteamiento.

De inmediato, por respuesta, mientras yo le hablaba él respondía asintiendo con la cabeza y terminó por pedirme un tiempo para tratar ese asunto, para lo cual fijamos otra cita.

Esta cita llegó.

Recuerdo que ya estando en el lugar donde nos vimos, él me pidió que nos sentáramos a un lado de donde había una gran cortina de tela gruesa, misma que para cualquier mal entendedor separaba a alguien o algunos que del otro lado escuchaban nuestra conversación. Yo no me inhibí. Confiaba plenamente en el doctor y a todas las preguntas que ahí me hizo di respuestas con soltura. Más bien le repetí lo mismo que ya antes le había dicho. Y se fijó una nueva cita con aquellos nuevos personajes, que supuestamente yo no sabía que nos estaban escuchando del otro lado de la cortina.

Así fue como conocí a "Jorge" y a "Tania". Ellos habían sido miembros del Frente Urbano Zapatista (FUZ) y ahora, por razones que desconocía, se habían separado de ese su grupo original para intentar una reorganización independiente formando otro grupo armado al cual me incluí por mi propia voluntad, buscándolos.

Mi adiós a Cd. Juárez y a mi vida de militante legal

En el departamento donde había vivido, Guatemala Sur 397, casi esquina y al norte de Vicente Guerrero, estaba vacía la

vivienda de al lado, pues Tita, mi antigua vecina y su familia, según mi narración, ya habían decidido cambiarse de domicilio.

Casi con mis muebles del departamento ordenados para también yo emigrar de manera definitiva de ahí, un buen día tocó a mi puerta una mujer joven, preguntándome que si yo era el que se entendía de rentar el departamento de al lado, lo que provocó que yo le explicara cómo dar con la dueña de todos los departamentos para alquilar el que ella quería, si es que ese era su interés.

No tardó una semana cuando ella lo alquiló, dándose así oportunidad para mi última aventura amorosa en la ciudad y despedida de mi departamento.

Ella ya estaba embarazada y no se le notaba.

Después supe que le puso mi nombre a su hijito, mismo que nunca conocí. Insisto: Ella ya estaba embarazada cuando yo la conocí y el niño, lo declaro, no fue mi hijo. Me enteré de su existencia hasta años después que regresé a Cd. Juárez y debido a que ella era enfermera y muy relacionada con el sector salud con el que yo me había involucrado durante años antes, debido a mi participación como socorrista en la Benemérita.

A propósito de nombres, luego supe que la esposa de uno de mis compañeros socorristas de la Cruz Roja también le había puesto mi nombre a su hijo. Y digo que fue ella la de ese gesto y no él, porque ella era a su vez sobrina de uno de los compañeros médicos que nos acompañó en los planes y movilización contra LEA, hacía unos meses antes.

De este modo sentí que me estaba despidiendo de mi querido departamento en la querida calle Guatemala, que me dio alojamiento en dos ocasiones en domicilios muy cercanos el uno del otro, uno al sur y luego al norte de la Vicente Guerrero, como también despidiéndome de la misma ciudad que generosamente me había adoptado como su hijo.

En realidad ahí me hice y de ahí siento que soy. Eso respondo cuando me preguntan mi origen.

A la CFE simplemente no regresé. Mis muebles los regalé a los vecinos invasores. Del trabajo político, mi hermano se quedó a cargo de lo que él pudiera desarrollar en la colonia, así como el doctor Vázquez Muñoz, no necesitaba decirlo, continuaría, como hasta aquellos días lo había hecho, al frente de su organización llamada Alianza Cívico Demócrata Juarense, a la cual, los dos lo esperábamos, se nucleara lo que hasta aquel momento se había desarrollado a través de mi persona en Cd. Juárez.

Por mi parte, tenía que meterme hasta lo más interno de mi ser que había que olvidar domicilios, nombres y parentescos. Esa era la idea, que hoy creo acertada sólo a medias, con que me fui a la clandestinidad. A mi hermano simplemente le pedí con palabras mayúsculas, que si algo me llegara a suceder simplemente él no se metiera para nada. Que lo hiciera por sus hijos y me lo tenía que jurar por el nombre de nuestros padres. Así lo hizo con toda la solemnidad que para el caso yo le pedí. Y que efectivamente lo que había que decir para justificar mi ausencia, es que me había ido de Cd. Juárez para estudiar en México.

A propósito de estudiar, ya había ido por mi certificado a la Preparatoria del Chamizal cuando intenté irme a estudiar a la Habana, así que respecto a ese tema lo último que hice fue dejar ese documento en manos de mi hermano.

Y adiós a Cd. Juárez.

El 1 de enero de 1971 fue la cita definitiva con "Jorge" y con "Tania", para emigrar con todo y mis ilusiones junto a mi nueva vestimenta a lo que era el DF, donde ellos ya tenían alquilada una casa de dos pisos, con cochera, jardín y todo.

Segundo avance en mi análisis etnográfico y una reflexión conclusiva más

Se trata ahora en este capítulo de explicar y explicarme las bases subjetivas que empujaron a mi incorporación al movimiento armado, que intentamos algunos jóvenes desatar en nuestro país a principios de los setenta del siglo pasado. Y como ya quedó claro, en esa decisión se enredaron muchos resortes y factores, mismos de los que debo destacar que el principal no fue mi convencimiento de que ya estaban generadas las condiciones objetivas y subjetivas para tal determinación de carácter militar en el país, sino el compromiso moral que me hicieron sentir mis compañeros del Consejo Local de Lucha en Cd. Juárez, cuando decidieron encaminar sus pasos hacia ese objetivo, por encima de su participación política abierta y dejándome solo. O por lo menos eso es lo que creía cuando tomé la decisión final. Y, sobre todo, ver que esta decisión no sólo estaba siendo tomada por ellos, sino por decenas de jóvenes en todo México. Plantearme ese escenario fue lo que me estremeció hasta lo más hondo de mi existir, al grado de recordar a mi padre cuando decidió hacer lo mismo. Todo eso me pareció determinante. A partir de entender y asimilar esa respuesta generacional que provocó la masacre del 2 de octubre en Tlatelolco, no podía yo seguir en la comodidad de mi casa esperando a que las consecuencias de todo eso se dieran sin mi participación. Creo que eso fue lo decisivo. Yo sentía una necesidad imperiosa de compartir la misma suerte de todos, aunque no compartiera su táctica. Así lo decía y así me incorporé. Al fin, ya estando entre ellos, la propia práctica corregiría mi planteamiento inicial o me daría motivos para exponerlo en otro momento.

Obviamente también influyeron las convulsiones que vivíamos en esa época a nivel mundial. Europa, EUA, Sudamérica, nuestro propio país, las muertes del doctor Gómez y

de Arturo Gámiz en la sierra de Chihuahua. Todo me contagiaba.

Y obviamente también mi propia formación y desarrollo personal. Creo que las manos del universo se confabularon para hacerme como se necesitaba ser en aquellos tiempos para tomar aquellas decisiones. Mi familia, mi origen, enfrentarme a la vida desde niño, aprender a participar en distintos eventos de organización y obtener resultados triunfantes de ello aunque fueran sólo medianamente; todo se dio de la mano. No creo que hubiera sido condición desbrozarse de las telarañas religiosas y teologales que nublaban a algunos de mis compañeros su entendimiento, pero en mi caso también eso se dio. No me sentía solo, sin dios, ni necesitaba su protección. Me sentía pleno tomando aquellas decisiones.

Sin embargo, en un intento de desbrozar aquella maraña de factores que se enredaron para generar el resultado de mi incorporación a la guerrilla, debo detenerme un poco en lo que aquí he nombrado "La segunda división del CLL. Su desaparición".

Como ya lo he explicado, ese hecho fue muy trascendente para mí.

Dicen los que saben sobre este tema que un equipo de trabajo requiere de un plan, de objetivos y metodología para lograrlos, pero también de liderazgos. De un líder. Y dicen también que sin embargo esos liderazgos caducan. Que caducan en la medida que el equipo de que se trate vaya adquiriendo madurez o, por lo menos, crea que va adquiriendo madurez. Que entendiéndolo así, esos procesos de rompimiento deben verse como procesos naturales, propios de todo organismo que crece. Lo comparan con las familias donde la autoridad paternal tiene una etapa de ser cuestionada por el hijo o por los hijos que crecen, que maduran y critican.

Yo creo que mucho de eso nos sucedió. Creo que algunos de mis compañeros ante el deslumbramiento de "pasar a un nivel superior" de la lucha, creyeron ver en mí, debilidad o indecisión para dar aquel paso y, por tanto, vieron ahí su oportunidad de crecimiento independizándose, haciendo autónomas sus decisiones.

Desde mi punto de vista no había tal debilidad o indecisión de mi parte, pues ellos bien conocían mi postura, que fue siempre firme, dentro del debate de irse o no a la guerrilla. Y no sólo mi postura. Conocían mis hechos, que lejos de ser débiles e indecisos, destilaban fuerza, destilaban seguridad y destilaban no sólo palabras de qué hablar, sino que además destilaban resultados concretos, tangibles, que marcaban de por sí solos el paso que seguía de ahí, perdonando la falta de modestia al así señalarlo. Pero nadie jamás me hizo la pregunta directa de si me incorporaría a la guerrilla, al "nivel superior".

Sin embargo, dándole un buen espacio de credibilidad a esa interpretación sobre el desarrollo de equipos de trabajo a que me refiero al principio, dentro de ella, creo además que hubo una gran responsabilidad de mi parte.

Al notar eso, yo también los dejé ir sin discutirles más intensamente las labores centrales que había que continuar abiertamente en Cd. Juárez, dejándome llevar tal vez no sólo en que me sentía muy lastimado en mi ego, sino además muy ofendido y sin ganas de aclararles nada, puestas así las cosas. Según ellos tenía un nivel inferior la labor que para mí era la central. Y no sólo la central sino la progenitora, de la que emanaría todo lo demás y sin la cual lo demás perdía sentido al despegarse de su origen.

Mirando de ese modo las cosas, el Consejo Local de Lucha, para su entender, ya perdía razón de ser, aunque mucho hablaran de ello cuando se referían a su famoso "consejo

abierto" y a su "consejo cerrado", de los que por cierto poco supieron qué hacer con ellos.

Por otro lado, bien que me costó separarme yo mismo de todo.

Como en bandeja de plata, todo estaba dado no sólo para dar golpes espectaculares contra el régimen priista y sus gobiernos municipal y estatal, ahí mismo en Cd. Juárez. Por ejemplo, una marcha de los invasores de toda la franja poniente de la ciudad hubiera arrodillado al gobierno municipal no sólo para ceder la legalización de la compra de los predios de toda la zona, sino para pasar a niveles más amplios y contundentes de organización popular. Entiendo desde luego, que eso de arrodillar al régimen priista en Cd. Juárez con una marcha de todos los colonos invasores del poniente de la ciudad unidos, pues cierto, era una meta o casi un ideal irrealizable. Pero al ver lo que habíamos logrado para mí no lo era tanto. Nos podían reprimir, claro que sí, pero ¿y luego? Si buscábamos el camino para generar organización y concientización de la gente, ¿Cómo es que pensábamos que porque se reprimió al movimiento estudiantil en la Cd. de México, por tanto la concientización y organización de los más desprotegidos y trabajadores de Cd. Juárez ya se había dado automáticamente, debido a aquellos acontecimientos, sin atravesar un proceso local?

Nuestro proceso iba con muchísima fuerza. Era cuestión de no abandonarlo. Para aquel entonces yo ya había hablado con Jaime García Chávez, connotado dirigente político independiente de la Cd. de Chihuahua; ya había hablado también con el Profesor Becerra, distinguido dirigente estatal del PCM en la Cd. de Chihuahua; a todos los llevé hasta los predios invadidos, del mismo modo que al mismo doctor Pérez Jiménez de la Alianza Cívico Demócrata Juarense, compañero inseparable del doctor Vázquez Muñoz, etcétera.

Como lo habíamos dicho desde un principio, o por lo menos como yo lo formulé desde un principio, modestia aparte, la tendencia nacional hacia solidarizarse con el estudiantado estaba refrendada ya en Cd. Juárez. No sólo eso, como ya dije, teníamos ganado dentro de un gran sector popular una enorme simpatía por nosotros y por nuestra participación noble y desinteresada.

No había en aquel entonces las candidaturas tras las que pudiéramos andar hoy con nuestras "luchas" y que en aquel entonces no sólo nublarían y confundirían el entendimiento de los que nos escucharan y apoyaran, sino que nos harían ver en muchos de los casos como que éramos más de lo mismo, destilando la hediondez a putrefacción de lo mismo que dijéramos combatir. No. En aquel entonces todo era frescura, limpieza, nobleza de propósitos, ejemplo de acción. Riesgos constantes, sacrificios. Quiero añadir una nota conclusiva más en este pequeño apartado.

Aquella actitud "dura", subjetiva, sectaria y engreída, de esas que lo ven a uno de los hombros para abajo, como dios a las liebres y que vi en mis compañeros del viejo CLL hacia mí, me la volvería a encontrar decenas de veces en mi vida durante todo el resto de mi participación en la guerrilla. Tal parece que ese sería el sello que mi concepción, mi actitud y mi personalidad les inspiraría. Será razón de otro análisis etnográfico más.

CAPÍTULO III.

LOS ORÍGENES SUBJETIVOS DE LA DERROTA MILITAR Y POLÍTICA. ¿DE GUERRILLEROS A DEFENSORES DEL SISTEMA? O EN MI CASO: ¿QUÉ RAZONES TUVE PARA SEGUIR EN LA OPOSICIÓN FRENTE AL PRI, AL PAN Y AL PRD?

La guerrilla, mi aprehensión y responsabilidades

Las primeras anotaciones para mi vida
y para el movimiento revolucionario en general

Amaneció el primero de enero de 1971 y con él todo mi cuerpo, mi mente y mi corazón rebosante de emoción, de esperanza y determinación.

Hoy he dicho y escrito, en distintas oportunidades, que aquel periodo de alzarnos en armas por el socialismo en México en el que participamos miles de jóvenes, era lo que había que hacer ante el tamaño de la afrenta perpetrada contra nuestros hermanos masacrados en Tlatelolco. Y que había que hacerlo a pesar de nuestra falta de preparación teórica en general y en particular sobre estrategia y tácticas militares, para participar en una revolución proletaria. Y más aún, a pesar de nuestra falta de relación orgánica y de conducción política con organizaciones de trabajadores y del pueblo en su conjunto.

De verdad había que armarse de mucho valor para tomar una decisión tan aventurera y romántica como la que conscientemente estaba yo tomando, pues fácilmente podía pronosticar que estaba emprendiendo un viaje sin retorno debido a las debilidades ya dichas, pero que debía hacerlo. Era algo así como un llamado de la Historia del país al que debía acudir puntual y con lo que tuviera o aunque no tuviera nada en las manos para hacerlo correctamente.

Lo anterior no sólo explica, sino disculpa en algunos sentidos, las debilidades personales, los errores, las limitaciones e ingenuidades en que muchos incurrimos en nuestro desenvolvimiento individual y colectivo, como organización armada y clandestina.

Aclara también nuestro fracaso en tan ambiciosos propósitos y declaraciones. Y hasta muestra la razón de que contribuyéramos a producir la Reforma Política de 1977-1978 y que se nos amnistiara, lo cual desde luego nunca fue lo que buscábamos.

También explican las secuelas físicas y psicológicas que hoy sufrimos por los golpes que recibimos cuando fuimos aprehendidos y por las torturas salvajes a que fuimos sometidos al ser interrogados.

En fin, lo que enseguida narro con todo respeto a todos mis compañeros y compañeras y sin el menor afán de lustre personal, pretende exponer paso a paso y con toda objetividad, lo que fue nuestra experiencia y más, mi experiencia en particular.

"Tania" y "Jorge", que son los seudónimos que voy a usar de quienes, como ya dije, fueron los eslabones que la vida puso a mi alcance para involucrarme en el compromiso de insurrección armada que pretendíamos organizar o participar en ella, eran dos jóvenes que tenían 3 o 4 años más que yo, que tenían una hija que habían dejado bajo el cuidado de algún familiar para mí desconocido. Ambos ya tenían años radicados en la Ciudad de México, entonces DF y por tanto, gozaban de mayor experiencia que yo en las "lides" de la izquierda y hasta de la guerrilla misma.

El seudónimo con el que yo me les presenté fue "Martín", por honrar, no tanto emular al maestro o guía de Fidel Castro, José Martí y también a Marte, dios de la guerra.

Es tiempo hoy que nunca supe de bien a bien por qué se habían separado del FUZ, aunque alguna vez sí traslucieron

que su origen político, antes que el FUZ, era una pequeña organización que a su vez se había dividido también del espartaquismo. Alguna vez supe que él había sido periodista y de ella nunca supe a qué se dedicaba antes de ingresar a la guerrilla.

Hasta donde supe sólo tenían una pistola calibre 22 que era para entrenar, un rifle M1 y otro M2 y tres pistolas de calibre respetable, dentro de ellas una Browning 9 milímetros, que de inmediato fue la que me cedieron para mi uso personal, lo cual no dejó de sorprenderme porque considerándolos a ambos militarmente mis superiores, era de suponerse que siendo la Browning la mejor arma, correspondía por tanto que el comandante fuera quien la portara, y desde el principio yo entendí en buena lid que ese era el lugar que le correspondía a "Jorge", pero fue a mí a quien la cedieron, quedándose él con un revólver calibre 38 y ella con una Walter 380.

Hacía unos meses que perteneciendo ambos todavía al FUZ, habían hecho un asalto a un banco de donde ella salió herida en un glúteo o en una pierna, razón por la cual cojeaba. Por lo menos eso fue lo que se me dijo.

Habían alquilado una casa ubicada en una zona de clase media alta, por lo cual aparentemente no eran perceptibles nuestros movimientos como nueva "familia" que habitaba esa casa, dotada de cochera con espacio para tres carros, cuatro amplias recámaras, muy amplia sala y comedor, cocina y un gran jardín en el patio trasero, aparte de un baño más en el traspatio.

Como fachada de *camouflage* dábamos muy buena imagen y éramos unos ciudadanos más, que nunca tuvimos la ocasión ni de verles las caras a los vecinos y, creo, tampoco ellos a nosotros. Así era la cotidianidad de esa colonia.

A las semanas de estar ahí, organizamos dos formas de entrenarnos. Una, yendo todos los días a un gran campo de-

portivo, a donde acudían cientos de personas diariamente y, otra, que consistía en irnos al Ajusco, internándonos según nosotros, en lo más profundo de esa pequeña sierra para entrenar tiro al blanco e imaginarnos todo tipo de peripecias para disparar y acostumbrarnos, acostumbrarme yo, a todo tipo de circunstancias para no perder la tranquilidad y saber disparar pegándole siempre al blanco. Era muy alta la aspiración pero me propuse obtener desde entonces como resultado de mis entrenamientos, que donde pusiera el ojo, pusiera la bala, como dicen, independientemente de la postura o movimiento en que me encontrara. Y todo eso debía practicarlo.

Había que ahorrar tiros, así que con el M1 y el M2 fueron relativamente pocos los disparos. Aparte de la pistola, también teníamos un rifle calibre 22 y era el caballito de batalla para los entrenamientos.

La costumbre de salir diariamente a correr y hacer condición física la rompieron ellos en menos de dos meses. Así que a partir de que me di cuenta que había indisposición de su parte para cumplir con esa disciplina, fui yo quien permaneció en ese hábito, yéndome a entrenar solo, en camión todos los días.

La costumbre de salir cada dos semanas por lo menos hasta el cerro del Ajusco a entrenar tiro al blanco, también la abandonaron. Por mi parte, a mí no me costó mucho trabajo continuar con esas prácticas por mi propia cuenta, yéndome también en metro y en camión. Hubo una época en que inclusive lo hice a diario. Yo quería dominar el tiro al blanco y el manejo de mi Browning desde diversos movimientos o posiciones.

Nunca me propusieron estudiar o discutir la lectura de algún libro, fuera de recomendaciones casuales de que leyera este o aquel otro autor, sin revisar o participar colectivamente en tal actividad.

Por disposición de dinero se veía que no había ningún apremio, aunque a mí sólo me daban lo que era el importe de los pasajes y las comidas cuando salía sin ellos, lo que en la medida que pasó el tiempo, se fue haciendo frecuente.

Algunos domingos me iba a algún balneario y no pocas veces a la UNAM, a asistir a algunas asambleas estudiantiles, sólo por escuchar o tal vez por la nostalgia, pues la información sobre lo que ahí se discutía era sólo para mi uso particular, algo así como leer el periódico diario. Por cierto, ellos tenían por costumbre leer el periódico *El Día* y *Excélsior*, costumbre que me heredaron, aunque con el tiempo, ya amnistiado, cambié a *unomásuno* y después a *La Jornada*. La revista *Política*, que había sido mi preferida durante mi adolescencia, dejó de ser publicada en 1967 y la revista *Proceso* apareció hasta 1976. Esa fue la que ocupó el lugar de la anterior en mis preferencias.

En mis visitas a la UNAM fue que conocí a Pablo Gómez, con sus intervenciones en las asambleas y sus poses de niño bonito, interrumpiendo sus discursos para soplarse la palma de una mano, algo así como si fuera un micrófono y, tal vez, lucir con eso ante sus espectadores y admiradoras, sus perfiles de guapo y de galán. Yo no me explicaba esos movimientos tan raros de otra manera.

Sin embargo los temas eran buenos. Se hablaba del movimiento ferrocarrilero, de Demetrio Vallejo, de Valentín Campa.

En mi "refugio", mi casa donde vivía, las cosas empezaron a cambiar.

Más bien, tenían rato de haber cambiado.

En su buen afán de integrarme amistosamente a su pequeña comunidad en ciernes de comando armado, los compañeros "Tania" y "Jorge" me concedían largas sobremesas de conversación después de la comida. Tomábamos todos alguna bebida embriagante, lo que hacía más amenas las char-

las. Nos rolábamos un día cada quien como cocinero, pero fuera quien fuera a quien le hubiera tocado hacer la comida, se instaló esa práctica vespertina como ritual de compañerismo entre los tres después de comer.

Siempre me parecieron muy interesantes sus conversaciones y de igual modo siempre me parecieron muy informados e inteligentes los dos. Así supieron en detalle quién era yo, pues yo me portaba grandilocuente en las narrativas de mi vida política, pero sin tener total correspondencia de parte de ellos. Y desde luego no lo hacía sólo por platicarles quién era yo y de dónde venía, sino compartirles que en Juárez había posibilidades políticas a las que debiera dárseles seguimiento. Pero tocar esos temas como que era ya irrelevante pues, se suponía, serían otros, tal vez el doctor o los profes a través de su organización, quienes continuarían dándole atención a todo eso, pero sin estar yo informado de nada.

Medían mucho lo que me decían de su pasado, del cual casi no supe nada, pues yo entendía que mientras de mi parte mi vida había sido pública hasta aquellos días y no tenía nada que ocultar, al contrario siempre me había sentido orgulloso de lo que había hecho y lo compartía sin mayor dificultad, ellos por su parte ya venían de una experiencia de organización armada clandestina y era de respetarse los campos de sigilo que conservaban al respecto.

Aunque la costumbre de cerrar las comidas con dos o tres copas de algún embriagante mezclado con refresco continuó sin detenerse, supongo que a "Jorge" le pareció ya aburrido conversar diariamente de lo mismo y decidió retirarse a su habitación a la primera copa, dejándonos todos los días a "Tania" y a mí solos en la mesa.

"Tania" siempre me pareció, como ya dije, una mujer no sólo inteligente y culta, sino además con un comportamiento de mucho mundo y gran seguridad hacia mi persona, no

dudando que nunca habría de faltarle al respeto como mujer, razón por la que nunca tuvo cuidado de no mostrar sus piernas al cruzarlas con cierto desenfado, pues usaba faldas para vestir muy cercanas a la minifalda, de tal manera que ante un muchacho tan correteado sexualmente como yo lo estaba a esas alturas, a pesar de mi juventud, no fue difícil que como agua en tierra seca, su imagen de mujer desprejuiciada, penetrara en mi cerebro al extremo de convertir aquella práctica que se hizo costumbre, de verla y platicar con ella todos los días, en una verdadera necesidad, casi en una obsesión, mezcla de placer y de tortura, pues contradictoriamente a lo que ella despertaba en mis instintos, sin embargo, el más elemental razonamiento sobre las consecuencias de lo que podía suceder en aquel bien intencionado esfuerzo de formar un comando guerrillero y de rascar al cielo de la historia respondiendo a la infamia de GDO y de LEA, así como buscar un México socialista y con más justicia y equidad para todos, me obligó a echar mano de toda mi fuerza de voluntad y entereza para no faltarle al respeto, ni por asomo, con alguna insinuación de carácter sexual mientras charlábamos despabiladamente por las tardes, bebiendo algún embriagante.

Mis razonamientos de contención, ante semejante racimo de tentaciones que me significaba verla en aquellas condiciones todos los días, fueron algo parecido a lo que razonaba en la invasión del predio al suroeste de Cd. Juárez, ante las múltiples posibilidades que tuve de violar la confianza que tenían en mí los compañeros colonos, cuando alguna mujer joven pero casada, al estilo muy norteño, me daba entrada libre a su casa a horas que no estaba su marido, también con claras posibilidades de pasar a otros niveles mi relación con ellas, si yo así lo hubiera aceptado.

La irresponsabilidad ahora sería más grande, así que fueron noches enteras de insomnio donde perdí toda la tran-

quilidad y la estabilidad mental que se requería en aquella empresa, donde supuestamente nos jugaríamos la vida.

Y no obstante estos frenos que logré imponer a mis reacciones y apetitos más elementales y primitivos que me despertaba todo aquello de que disfrutaba, aun negándomelo, logró sin embargo hacerse demasiado evidente y motivar que "Jorge" reaccionara.

Eso lo mostraba de todas las formas que podía, creo que aun sin quererlo.

Por ejemplo, no creo que haya sido sólo por su iniciativa que me hubiera invitado en aquellos días a enseñarme a manejar, pero el asunto fue que lo hizo.

Salimos a hacer eso únicamente en una o dos oportunidades, él y yo solos.

Pero desde cómo lo hizo, era claro que no era precisamente que yo aprendiera a conducir un carro, lo que él pretendía.

Si así hubiera sido, pues simplemente nos hubiéramos ido a algún lugar despoblado, como el Ajusco mismo u otro paraje semejante o con menos coches, donde yo hubiera podido desplegarme con menos presiones en el manejo de un carro y no en plena ciudad de México, aunque nos metiéramos a alguna de las colonias, que nunca dejaban de ser igualmente transitadas, casi como si fueran el centro.

Y ya en marcha, durante la enseñanza, no podía equivocarme ni una sola vez en algún movimiento porque ya estaba él gritándome a todo volumen, aturdiendo más mis posibilidades de destreza.

Así, un día de verdad estuve a punto de chocar con una casa, porque mientras que él me gritaba y me gritaba yo manoteaba y pataleaba para todos lados sin poder atinar a lo que exactamente debía hacer, ya teniendo la casa frente a mí.

Por fortuna logré voltear el volante con violencia hacia mi lado izquierdo y pude de ese modo, ya estando arriba de la banqueta, esquivar por sólo medio metro de distan-

cia, meterme en la sala de la casa que se me había puesto enfrente.

No sobra describir que también él ya estaba casi encaramado arriba de mí tratando de ser él quien manipulara el volante, de tal modo que a partir de esa ocasión ni a él ni a mi nos quedaron ganas de volver a salir.

No sé entre ellos cómo calificaron el incidente, pero no necesitaba preguntarles. Simplemente no se habló más del asunto, aunque para mí quedó clara la experiencia de que con un enseñador para manejar un automóvil como "Jorge", nadie iba a aprender nunca. Y que si yo quería aprender a hacerlo, como era mi interés, pues habría que esperar otras condiciones para buscar ese objetivo, pero pagando un contrato en una escuela para chofer, que por cierto las había por todos lados de la ciudad, para garantizar no sólo el resultado, sino el cuidado, seguridad y respeto en el procedimiento

En este desfile de cambios de actitud de su parte, después noté que empezó a beber licor solo en su recámara, que era la que compartía con "Tania" y un buen día, ya pasadas las 11 de la noche, bajó de la planta alta de la casa muy enfurecido a ordenarle que se subiera a la recámara, a lo cual ella se negó de manera rotunda y contundente.

Esa era precisamente una de las probables escenas que yo buscaba evitar, pero ante la que no opuse o propuse ninguna otra alternativa a tiempo para evitarla.

Llegado ya ese momento, desde el punto de vista de la disciplina militar, y estábamos en un comando aunque fuera en ciernes, él era el comandante indiscutible.

Aparte de tener el mando, él era el marido o compañero de "Tania", con quien antes que todo tenía una relación de pareja que yo no le disputaba, por lo menos no eran mis intenciones, y ante cuyos conflictos entre ellos, si bien debía aceptar mi responsabilidad por no poner freno con ella poniéndole un alto a nuestras conversaciones que llegaban

hasta la noche, aunque no pasaran de eso, no podía opinar nada oponiéndome a que la obligara a subir a fuerza, a aquellas horas de la noche. Es decir, entrar a defender del otro macho a "mi hembra", como si yo fuera el macho de ella y reclamara su posesión cuando era el otro el que legítimamente quería llevársela a su cama.

No quise dar esa imagen tan rastrera y de bajo nivel y jugar ese papel que no me correspondía.

Fue un conflicto interno tremendo el que viví en aquellos segundos. No era amante de "Tania", cierto, pero bien que sabía de mi responsabilidad en los hechos y eso, de paso, me hacía sentir culpable. Y no era amante, digo, pero sí era su compañero de comando y, como tal, debiera objetar aquel maltrato que le daba su compañero frente a mí. Pero en cierto modo, en el fondo, algo le daba la razón. Era ya un exceso, un abuso en el que yo estaba participando y no tenía ninguna autoridad moral para hacerle ahí al tigre Toño.

Aquello fue muy humillante para los dos. Más para ella que para mí, desde luego. Pero la mía tampoco fue menos profunda y vergonzante. Decidir no hacer nada en defensa de la mujer de quien estaba profundamente enamorado, poniendo por encima mis cálculos de disciplina, de consecuencias y de correlación personal del momento, no fue nada sencillo.

Pero por otro lado, también era obligación de ella resolver aquellos problemas que seguro tenían como pareja, pero dentro de su recámara, como pareja que lo eran.

Tal vez yo, en otras condiciones, con respaldo social o político en algún lugar del grupo del cual proviniera en la Cd. de México, no en Cd. Juárez, con trayectoria y experiencia en expropiaciones, con otro respaldo y otra correlación psicológica frente a aquella actitud siempre soberbia y dominante de "Jorge", por sentirse dueño del mando, del financiamiento del cual vivíamos, del futuro que tuviéramos

como comando armado, le hubiera alzado la voz, en términos no de amante de "Tania", sino en términos de camarada de los dos frente a quien no podía él asumir aquel comportamiento de imponerle su mando y obligándola a obedecer, manipulándola como si fuera un objeto.

Si así lo hubiera decidido hubiera sido un enfrentamiento en desventaja para mí, que sólo a empeorar las cosas hubiera conducido.

Por eso opté por no indisciplinarme y no elegir alternativas que pudieran acarrear consecuencias de mayor gravedad para todos.

Esa fue mi resolución a aquel conflicto interno tan tremendo sobre resolver qué hacer y, sin tomármelo personal, esperar en un futuro incierto, la oportunidad para plantearlo en otras condiciones.

Pensé en que se podían producir situaciones de consecuencias impredecibles, o más bien, bastante predecibles, si yo me liaba a golpes con él por una situación de conflicto que a ellos era a quienes tocaba resolver en primer lugar, asumiendo yo las responsabilidades que me correspondieran, si es que hubiera alguna.

A ella, si lee esto, seguramente le va a dar risa o tal vez coraje, por permitirme exponer tan detalladamente ese incidente donde ella no tuvo ninguna responsabilidad, por lo que le pediría disculpas sinceramente.

Sin embargo, cuando uno se compromete a narrar su historia de vida es obligatorio hacerlo con el mayor apego a la verdad, pues un detalle de la vida de uno, se hila al otro y luego al otro y luego a la del otro u otros, para después dar el resultado que hoy pretendo analizar.

Ella o él, si discrepan de lo que aquí digo, pues también tienen la libertad y oportunidad de escribir las cosas a su modo.

Por lo pronto yo ya he asumido que todo se debió a mis procesos internos de joven calenturiento de 22 o 23 años que,

acostumbrado a tener relaciones sexuales desde muy joven y ahora aislado, frente a una mujer que me deslumbraba todito de pies a cabeza y que hacía sacudir dentro de mí todos mis instintos, pues de veras que todo aquello fue una verdadera locura para mí. Aguantarme sin decirle nunca nada fue un verdadero tormento.

Hoy no me avergüenza contarlo y, pudiendo haber omitido ese incidente en el relato de mi vida personal, después de consultarlo con mi esposa y algunos amigos y amigas, fue consenso que debía incluirlos, pues fueron, entre otras cosas que más adelante iré relatando, los elementos que a mí me hicieron ver o confirmar que esa vía de organización, y en aquellas condiciones en que nos encontrábamos, poco tenían que ver con la guerrilla en la que supuestamente habíamos decidido participar y menos qué ver con la concientización y organización del proletariado y del pueblo en general, en un horizonte hacia el socialismo.

O, al contrario, que esas eran las consecuencias propias y más pasaderas e inmediatas de un proceso como el que todos pretendíamos construir y aprender de él en México. Por tanto, nada debía sorprenderme y, al contrario, entenderlo y asimilarlo.

Si de por sí desde que debatía ese tema en los círculos de Juárez ya manifestaba mi oposición a la alternativa armada, de ya, para el México de aquel entonces, pues ahora lo que estaba viviendo me abonaba razones para cuestionarlo o para reflexionarlo más, lo que de ninguna manera nunca me hizo arredrar tomando decisiones personales, de arrepentimiento o algo parecido, sino simplemente anotarlas para expresarlas en el ánimo de superarlas de alguna manera en el futuro ante los compañeros, alguna vez que los tuviera o se presentara la oportunidad de hacerlo.

En realidad mi relación con "Jorge" nunca fue buena. No creo que sólo haya sido debido a su responsabilidad, pues

seguramente yo también participé en aquel distanciamiento natural que desde un principio se estableció entre él y yo.

La idea, el perfil, el comportamiento que yo tengo o tenía en aquel entonces de quien pudiera ser líder de un movimiento armado contra el régimen, él no lo cubría. Siempre me pareció demasiado soberbio, creído de sí y no emanaba de su personalidad ningún atractivo con quien uno pudiera ligar una fuerte amistad.

Nunca observé un esfuerzo suyo de cohesión, de agrupamiento, de identidad de equipo, fuera de lo que ya relaté aquí sobre su iniciativa de enseñarme a manejar un carro, con el resultado ya dicho y que un día me sugirió que leyera el libro de Álvaro Obregón, sobre cómo venció a Villa en Celaya. Su actitud burlona y de mostrarme siempre que era superior a mí nunca la voy a olvidar.

Y ahora después del incidente donde delante de mí forzó a su compañera a subirse a su recámara, pues las cosas pudieran pasar a peor estado.

La inactividad que teníamos como grupo era pavorosa y desesperante.

Para empezar, ni ella, ni él, ni yo presentamos nunca alguna iniciativa para discutir el asunto, aclararlo y continuar en buenos términos. Términos que en realidad nunca los alteró ese incidente, pues de por sí, como digo, nunca pudimos sentirnos como equipo, por lo menos yo nunca lo percibí, fuera de las posibilidades de liarme en una aventura amorosa con ella, dependiendo cómo reaccionara ésta si se lo proponía, lo que, con seguridad, también hubiera rechazado.

Aparte de la inactividad, el aislamiento absoluto hacia cualquier grupo social o político iba para mí dejando claro lo acertado o desacertado de la decisión de la clandestinidad sin nexos políticos, y hasta orgánicos tal vez, con algún movimiento reivindicativo de masas en el "exterior", en alguna

o varias partes del país, a quien deberíamos tomar como el principal instrumento de lucha.

De mi cuenta yo continué con mis rutinas diarias de levantarme a las 6 de la mañana para irme a hacer ejercicio a un campo deportivo público y los sábados o a veces todos los días, de irme al Ajusco a disparar unos tiros para mejorar la puntería. Yo estaba en mi empresa de dominar las armas como mejor pudiera. Éstas estaban a mi alcance y no iba a desperdiciar la oportunidad de ensayarme con ellas, de familiarizarme con ellas.

Y esto de levantarme a las 6 de la mañana a pesar de no haber logrado dormir en toda la noche, por el tormento del amor o del deseo sexual casi incontrolable y reprimido que sentía por "Tania", se hizo costumbre. Yo no arredré nunca el cumplimiento de mis entrenamientos desde temprana hora del día a pesar de no haber dormido en toda la noche, con la esperanza de que, mediante el agotamiento de mis energías, pudiera dormir al caer el sol, que por espacio de un año nunca logré.

Y no sólo con relación a este incidente grosero de "Jorge" contra "Tania", sino en relación con todo lo que estoy relatando, como el lector lo verá más adelante, tuve oportunidad de plantearlo, pero en otras condiciones, no donde sin querer descompusiera más las cosas, sino donde pudiera proponer soluciones que nos superaran a todos. Adelante quedará eso claro.

Por lo pronto a las y los feministas o muy machos que lean este episodio que acabo de relatar, que pudieran hacer un mal comentario sobre mi persona por no haber defendido a una dama o a una compañera de comando, lo que puedo decirles es que en el balance que en mi interior hice, y ahora me reitero de todo aquello, creo que como lo resolví fue de la mejor manera, pues en lugar de estallar agudizando un conflicto, pues lo que yo hubiera hecho no hubiera te-

nido entonces ningún valor para ninguno de los dos, debido a que lo que yo dijera no significaba nunca nada para ellos, de tal manera que esperé las mejores condiciones para actuar y despabilar más exitosamente todas mis motivaciones e inquietudes al respecto.

Al lector o lectora le quedará claro eso más adelante.

Hubo otros dos o tres incidentes más que también pudiera obviarlos, al no concederles la importancia que tuvieron para mis posteriores definiciones y posturas ante ellos, "Tania" y "Jorge". Ante ellos, pero también ante el conjunto del movimiento armado del que supuestamente quería ser parte, para lo cual estaba hoy preparándome y aprendiendo.

Un día "Jorge" me preguntó que qué tan dispuesto estaría yo para sacrificarme, en aras de que ellos escaparan, en caso de ser descubiertos en aquella casa en que vivíamos. Yo por supuesto, ya tomada la decisión desde Cd. Juárez, cuando sopesé lo mejor que pude todos los riesgos que implicaba tomar la decisión de irme por la vía violenta, que era en el peor de los casos la tortura y la muerte, le respondí que estaba dispuesto a todo lo necesario, que a qué se debía la pregunta.

Entre paréntesis, que me dotara de la mejor pistola del comando y que ahora me hablara de que yo sacrificara mi vida por ellos, poco a poco fue tomando sentido, pero ya hablaré de eso después.

Su respuesta a por qué me hacía aquella pregunta del "sacrificio mío por la vida de ellos" fue que entonces preparara un plan de fuga de ahí de la casa y que se lo expusiera. Al día siguiente le di la respuesta.

Dos opciones: Escalar ellos por atrás de la casa las enormes paredes de las construcciones que nos colindaban, mientras yo hacía retén con el M1 o el M2, por enfrente de nuestra casa y para lo cual haría falta entrenamiento de parte de ellos para escalar las bardas. Que yo por mi parte ya me conside-

raba suficientemente entrenado para usar eficazmente ambos fusiles, el que me dejaran, incluyendo mi pistola.

Segunda opción, dependiendo de todo, dado que mi recámara daba al exterior mediante una especie de balcón, que era una saliente en la planta alta de la misma recámara hacia la calle, protegida con rejas y vitrales, entonces apostado ahí, podría protegerlos igual, con el fusil, para que ellos salieran a toda velocidad con el carro, lo cual obligaría, a partir de ese día, a estacionar el coche no como era su costumbre, sino al revés, es decir, meterlo de reversa para tenerlo dispuesto en el menor tiempo posible a salir por la puerta de la cochera hacia el frente, a toda velocidad.

Por supuesto había una tercera opción, que era que la casa estuviera rodeada por los techos de las casas vecinas y por enfrente, lo cual nos obligaría a dar un combate entre todos, a ver qué resultados alcanzaríamos. Pero que en este último escenario no habría tal sacrificio de nadie por todos, sino que todos tendríamos que jugar el mismo papel.

Nunca me respondió nada ni hizo ningún movimiento para estacionar de modo distinto el carro. Menos entrenarse para escalar las paredes de los vecinos.

El otro incidente consistió en que yo, en medio del romanticismo de la biografía del Che, también estaba llevando una bitácora o diario personal de "combate". Me doy risa hoy que lo recuerdo, compararme con "el Che" y comparar aquello que estaba viviendo con lo que le pasó a él en Sierra Maestra Cuba o en la Sierra de Bolivia.

Desde Juárez adquirí la costumbre de que cada vez que me iba de la casa, aquella casa que ya siendo integrante del CLL se había convertido más bien en la casa a donde todos los compañeros iban a la hora que quisieran, disponía mis objetos personales más importantes de tal o cual forma y me los memorizaba, para al llegar, ver si alguien habría husmeado por ahí, sin mi permiso.

Nunca me falló. Siempre de ese modo me enteraba si mis objetos personales habían sido utilizados en mi ausencia.

Ahora, en mis condiciones de "guerrillero" en la clandestinidad, aún en medio de la supuesta confianza que debía haber entre todos los habitantes de la casa, cada vez que salía solo, igual, disponía de mis objetos personales acomodándolos de tal manera que fácilmente me enteraría si alguien los hubiera manipulado. Sobre todo mi diario, que dejaba en mi maleta en medio de la ropa, pero dispuesto todo de tal manera que hasta por el más mínimo movimiento, distinto a los míos, me enteraría si alguien hurgara en mi intimidad.

Y efectivamente eso sucedió.

En una ocasión al regresar de algún entrenamiento, vi con toda claridad que, aunque quien entró a mi cuarto intentó no dejar ningún rastro para que yo no me enterara, de todas maneras al abrir mi maleta vi que mi mentado diario había desaparecido.

Rápido supe quién había sido pues ella misma me lo dijo en tono de enojo y reclamo. ¿Que qué tenía que andar yo escribiendo en un diario, como si fuera el Che, cosas que tenían que ver con la cotidianidad de un comando clandestino? Sobre todo, le llamó mucho la atención y casi era el principal reclamo: ¿qué tenía que andar yo urdiendo sobre un supuesto "Plan B" a seguir por mí, en un determinado momento?

¿Que a qué "plan B" me refería?

A esas alturas de mi convivencia con "Tania" y con "Jorge", mis supuestos jefes del comando al que me había integrado, ya me había enterado, sin que ellos me lo dijeran, de su indisciplina, de su indisposición a formar equipo, de su falta de integración hacia otros comandos u organizaciones armadas o políticas, del aislamiento absoluto en que nos encontrábamos. Hasta de la falta de planes sobre alguna ex-

propiación, aunque fuera como ensayo mental. Es más, hasta de cómo me subestimaban. No podía yo decir por ejemplo en alguna conversación refiriéndome a algún problema: "Yo considero que esto o aquello", dependiendo de cuál fuera el tema, cuando de inmediato observaba en sus semblantes una sonrisa de sorna y con voz burlona oía que uno de los dos decía arremedándome: "yo considero…" y luego se reía.

O sea, dándome a entender que ciertas frases o palabras sólo las podían usar los eruditos en las discusiones de "alto nivel", no "ignorantes", según ellos, como yo, lo cual, cada vez que eso sucedía, a mi rápido me hacían imaginar de qué tipo de medio o círculos políticos provenían. O también ante qué tipo de gente se enfrentaron en las discusiones que con seguridad tuvieron, para separarse del resto de su grupo o comando original.

Ante esa realidad insoslayable, para mí no era lejana la posibilidad que de parte de ellos hubiera un cambio drástico de actitud o de modificación en sus planes sobre el rumbo de nuestro mentado "comando", planes en cuyas discusiones para nada consideraban mi opinión, razón por lo que yo tenía que considerar también, por mi parte, al margen de ellos, qué haría en un escenario así, cuando se presentara.

El doctor Vázquez Muñoz, desde que abordamos el plan de integrarme a un comando con el que él me conectaría, ya cuando nos despedimos en Cd. Juárez, me dio claves y formas de comunicarme con él por vías extremadamente secretas y cuidadosas, que sólo emplearía yo en casos muy extremos.

¿A qué otro "plan B" podría yo recurrir en un determinado y muy probable escenario que pudiera darse en mi estancia en el DF, integrado a ellos, si no a reconectarme con él?

Pero obviamente eso no lo iba a escribir, así que en mis cavilaciones que transmitía a mi diario personal, simplemente me limitaba a hablar del "Plan B", sin decir obviamente de qué trataba éste.

Y tremendo el escándalo que eso armó en manos de "Tania" y de "Jorge" aquel "secreto" mío, a quienes por supuesto jamás dije a qué se refería el dichoso "plan".

Pero… ¿qué tenía que andar "Tania" hurgando en mis objetos personales?, ¿qué atribuciones tenían ambos de meterse en la intimidad de mi recámara y mi maleta, sin mi consentimiento?

A estas preguntas poco a poco fui dándoles respuesta. Tal vez era su obligación "militar" enterarse de esa manera de mí y de mis secretos más profundamente. O tal vez se trataba simplemente de un abuso sobre mi persona de parte de ellos, al saber de mi definición de vida por la guerrilla y, sin experiencia ni más alternativa que ellos, al ponerme enteramente en sus manos. En aquellos días, yo apenas acababa de pasar los 22 años.

Todo eso lo abordaré después.

También hubo otro incidente o detalle ligado al anterior, que tal vez para ellos pasó desapercibido, pero que para mí fue medular. Intentando conversar con "Jorge" en una ocasión le pregunté acerca del principal valor que debiera observar un revolucionario en su comportamiento y propósitos. Yo le dije que para mí la honestidad era fundamental. Él se rio. No me respondió con exactitud, pero desde sus ademanes y muecas en el rostro era claro que no coincidía. O tal vez que coincidía a medias. Quizá si él hubiera tenido disposición, esa era una buena oportunidad para profundizar en el tema, hoy todavía complicado pero a la vez simple para mí, desde una mirada distinta a la mía. Era demasiado temprano para que yo manejara con soltura lo que a lo mejor ni hoy manejo, sobre el valor de la honestidad, de la autenticidad en el comportamiento de un revolucionario, de un militar o de un político o de todo eso junto, que cada cosa es muy distinta a la otra.

Hoy no lo veo tan complicado. Sigo creyendo que la honestidad, congruencia y consecuencia de lo que uno piensa, dice y hace, son fundamentales, en general en la vida, pero más cuando se trata de hacer la revolución. Pero también sé, lo estaba ahí viviendo, que en el ir y venir de los distintos pensamientos, dichos y comportamientos de los otros, que evidentemente pueden tener otros intereses que los que nos mueven a los revolucionarios, inclusive en el caso de que ellos también se autocalificaran como revolucionarios, uno tiene que aprender a descubrir siempre y a tiempo, qué es lo que está detrás de lo que dice aquel que habla y se comporta de una determinada manera. Entender que siempre, junto a cultivar la honestidad en nuestra conducta, debe uno alertar la malicia y no caer en ingenuidades.

Que hay gente perversa y mente retorcida que no se mide al ponernos garlitos y tramas de largo alcance para que uno, sin darse cuenta, caiga en actuar bajo sus conveniencias.

Que la verdad va pegada siempre a la posibilidad de la mentira y que ambas son consustanciales al ser humano. Que las diferencias que se dan abarcan desde un simple matiz hasta el antagonismo abierto, sea éste declarado o no con palabras. Que a veces los que muestran sólo un matiz de diferencia con lo que nosotros hacemos o decimos, en realidad ocultan la gran profundidad de lo que es irreconciliable. O al revés, a veces quienes se muestran muy evidentemente adversos, se pueden convertir en los más claros aliados o hasta en amigos. Que nunca había que perder de vista los antecedentes en las prácticas de cada cual que nos rodea y mucho menos su origen de clase, su *modus vivendi*.

Entender, por ejemplo, que, tanto en la guerra como en la política misma, fintar al que está enfrente, mentirle, para ser más claro, era lo más frecuente. Pero que además eso era entendible, en tanto que un estratega no puede decirle

al enemigo cuáles son sus planes para derrotarlo, sino sorprenderlo.

Yo puedo decir hoy todo lo que quiera del paso que tuve en la vida de "Tania" y "Jorge" o del paso que ellos tuvieron en la mía, pero siempre deberé reconocer y agradecer que gracias a ellos logré cumplir o satisfacer mi inquietud de adherirme a la guerrilla, cuando los que originalmente me habían hablado de esa alternativa no fueron ellos, sino Gabriel y Miguel Domínguez Rodríguez, en Cd. Juárez.

Puedo describir con mucho cuidado y mucha responsabilidad las impresiones que me dejaron, pero tampoco dejaré de reconocer sus valores, los valores de los dos aun cuando a mí me hayan parecido limitados. Eran también jóvenes como yo que se vieron obligados en un determinado momento de sus vidas a ser consecuentes con lo que en un momento dado pensaron que había que hacer. Y lo hicieron, no obstante pagar el altísimo costo de abandonar a su hija y sus proyectos personales.

Por otro lado, no me tocó verlo ni saberlo, pero para mí también fue claro que aun cuando no trajeran tras de sí una amplia estela de relaciones y de coordinaciones con algún proceso político de masas, también significaron apoyo económico y en recursos materiales para el grupo que después se nos conoció como Lacandones. A mí mismo me sostuvieron no sólo con alimentos, sino con balas, la cantidad que yo quisiera, para ensayar lo que yo quisiera. Es decir, independientemente de la inmadurez, inexperiencia o hasta de atinarle en mi caracterización de quienes eran ellos, fue importante para lo poquito o mucho que pudimos aportar a aquel proceso, lo que ellos nos aportaron y heredaron, que mirando bien las cosas, no sólo fueron recursos, sino además enseñanzas y reflexiones que nos ayudaron a seguir formándonos en la trayectoria que, en mi caso, llega hasta nuestros días.

Encuentro con Beto Domínguez y la salvación de mi "comando" como tal. Mi primera lección hacia convertirme en verdadero guerrillero

Fue en esas condiciones, y en uno de mis viajes al campo deportivo donde hacía ejercicio y corría en la pista por la mañana, que un día dio la casualidad de que me encontré en un trolebús o camión a Beto Domínguez, el hermano de Miguel y Gabriel y excompañero del Consejo Local de Lucha en Juárez. A esas alturas yo me imaginaba que ellos, los hermanos menores de los Domínguez que vivían en Juárez y otros del CLL, ya andaban en la guerrilla. Hay que recordar que, al dejar de verlos, imaginarme que andaban en eso, cuando todavía radicaba en Cd. Juárez, fue casi el principal factor que hizo que yo decidiera hacer lo mismo por mi cuenta, de tal manera que de inmediato, tras explicarle qué andaba haciendo yo por esos rumbos, le pedí una cita con su hermano Miguel.

No tardó ni una semana en que este encuentro se hizo en algún punto del Politécnico que hoy no recuerdo.

Por lo menos a mí me dio muchísimo gusto verlo de nuevo y poder acercarme con alguien, que al contrario del ambiente que sentía con "Jorge" y con "Tania", con él siempre fue muy agradable y fraterno conversar.

No lo engañé diciéndole que desde Cd. Juárez, desde que estaba en el Consejo Local de Lucha y en la invasión de colonos, ya era de otra organización clandestina de guerrilleros, como ahora sé que algunos así lo manejan. Ni siquiera me pasó por la mente decirle una barbaridad de ese tamaño que no correspondía a lo cierto, pero el hecho fue que tampoco se lo negué pues no era ese el tema. Simplemente me limité a decirle la verdad, lo que había sido. Le platiqué las razones de cómo fue que decidí por mi cuenta, al margen de sus hermanos y al margen de ellos, de él y de su hermano Gabriel, buscar algún contacto con algún grupo de guerrilla en el

país y decirle, ahí sí midiendo mi información al respecto, que por cierto era muy escasa, sobre el supuesto grupo al cual me había sumado desde el primero de enero de ese año. Recuerdo que eran los días del mes de mayo de 1971 cuando se dio esta cita con él.

Obviamente desde mi primer encuentro con Beto, también todo se los conté a "Tania" y a "Jorge". Con quienes después, a propuesta mía, también concerté una entrevista de ellos con Miguel.

Nunca creo haber tenido algún afán de protagonismo o de disputarle a "Jorge" el supuesto mando de algo que yo no veía tangible por ninguna parte. Al contrario, yo me había dejado invadir en aquellos años por la mentalidad y conceptos de vida que entendía eran del Che sobre el "hombre nuevo" y sobre cómo debiera ser un revolucionario que, según mi romanticismo de aquel entonces, debería ser modesto, humilde, permeable, empático, honesto. Lo que, como tal, en tanto no cambiaran las condiciones, me obligaba a disciplinarme a nuestra supuesta estructura interna de "mando".

Pero creo que fue un error que yo mismo cometí al permitir que a partir de ahí, las próximas entrevistas, todas, se dieran sólo entre Miguel y ellos dos, algo así como si yo no hubiera tenido nada que ver con el encuentro y con los grandes temas que iban a tratarse entre ellos, que eran también de mi incumbencia, haciendo que aparecieran ellos así ante él, como mis "comandantes", identificados plenamente conmigo y yo en la casa esperándolos, solo, como su base. Su única base.

Noté que ellos no fueron suficientemente claros con Miguel respecto a su verdadera existencia y consistencia como organización, cuando en una ocasión Miguel les solicitó que "alguien de nosotros" fuera al Poli a apoyar a una brigada de estudiantes en una actividad de "volanteo", previendo

un enfrentamiento armado con los porros y que necesitaban también a alguien armado para su posible defensa.

Como dentro de "nosotros", los que vivíamos en aquella casa grandota de burgueses, no había nadie más de base que yo, pues fui la única alternativa para ir con mi arma oculta al cinto a apoyar a la brigada del Poli, lo cual sorprendió a Miguel cuando me vio y dijo: "Qué dijiste: '¡Yo mero!'", dándome a entender que de los muchos que éramos en la organización, yo era quien había decidido por mi propia iniciativa acudir a auxiliarlos.

Se acentuaron las pláticas entre ellos. Yo sólo oía, desde la planta alta estando en mi recámara, que entraban a la casa y se ponían a platicar en el comedor, pero nunca me invitaron.

Creo que Miguel, y así lo confirmé después alguna vez en el futuro que tuve oportunidad de hablar con él a solas, creyó en todo lo que ellos le dijeron aunque no los conociera, porque confiaba en el aval que para él era yo, a quien conocía desde Juárez por todas las actividades y el proceso organizativo que habíamos seguido en el CLL en aquella ciudad, de lo cual sus hermanos seguramente le platicaban.

Ahora, al reencontrarnos, creo que todo se sumaba ante sus ojos para dar rápido crédito a que se encontraba ante una organización ya muy desarrollada: la casa tan apantallante donde vivíamos en el DF, el antecedente de haber sido ellos del FUZ y el asalto al banco en que habían participado junto a los recursos de los cuales disponían, más el despliegue político de que él estaba enterado que yo tuve en Cd. Juárez, poniendo a todo en el mismo paquete, según es mi punto de vista, creo que fue lo que le hizo avanzar tan rápidamente hacia la fusión entre las dos "organizaciones".

Y así lo entrecomillo porque yo sabía que de nuestro lado sólo yo existía y nunca constaté que éramos una organización como la que, aunque en ciernes, era a la que pertenecía

Miguel. No quiero ni siquiera imaginarme sobre la posibilidad que ellos le hubieran dicho que tuvieron algo que ver con el trabajo en el que yo participé en el CLL y en la invasión de los predios del suroeste de Juárez, y que se hayan dejado ver ante él, insinuando algo así como que todo aquello pertenecía a su trabajo de organización y dirección política. No lo pongo así pero tampoco lo descarto. El asunto es que Miguel avanzó por su cuenta con ellos en las discusiones de avenimiento y de coordinación.

Con ese antecedente es que asistí el 10 de junio a la marcha de estudiantes en San Cosme.

Lo hice solo. Para variar ellos no quisieron asistir pero no se opusieron a que yo asistiera, sin armas desde luego, decidido esto último por mí mismo.

Es importante narrar aquí que, sin proponérmelo, me encontré allá en aquella marcha con Miguel y algunos de sus compañeros y compañeras del Politécnico. Fue así como conocí a la güera Ledesma, quien desde un principio al verla impactaba por su belleza.

Entre paréntesis, puedo agregar aquí que de no haberme encontrado casualmente con Beto un mes antes de eso en algún camión de la ciudad, de todas maneras aquí me hubiera encontrado a Miguel, pues así sucedió sin pretenderlo en el Casco de Santo Tomás.

La historia, como dicen, de todas formas, tal vez hubiera sido la misma.

Puedo decir además que antes de verlos ese día en el Poli, cuando empezó la balacera y yendo yo entre los muchachos estudiantes por la Avenida de Los Maestros, creo que así se llamaba la calle por donde íbamos saliendo del Casco de Santo Tomás, vi que de repente se regresaban todos corriendo, reflejando en sus rostros y en sus ojos el pánico al escuchar los balazos desde sus espaldas del rumbo de San Cosme.

Mi reacción no fue acompañarlos regresándonos al Poli. Mi reacción natural fue correr en el mismo sentido que iba inicialmente la marcha, en contra ahora del de ellos y eludiéndolos en el camino, pues ellos venían despavoridos corriendo en sentido inverso.

También vi a algunos muchachos tomar piedras del suelo para lanzarlas hacia delante, hacia donde se escuchaban los balazos e hice lo mismo. Yo también me aprovisioné de piedras metiéndolas a mis bolsillos del pantalón y también lanzándolas hacia adelante pero luego lo pensé más, al mismo tiempo que íbamos lanzándolas.

¿Qué sentido tenía responder improvisadamente, sin ningún plan ni conocimiento del terreno y ni siquiera de quienes me acompañaban?

Yo mismo empecé a gritar eso. Que no tenía caso exponernos lanzando piedras y fácilmente ser cazados desde los edificios de enfrente, pues no podíamos descartar que fuera desde ahí, desde donde estaban disparando.

Me escucharon algunos y también, junto conmigo, empezaron a replegarse.

Así fue como llegué sin querer, hasta donde estaban Miguel y sus compañeros y compañeras.

Nos saludamos con mucho gusto y nomás me mostró con su mirada que los que estaban ahí venían con él, a lo que yo respondí con sonrisas y saludos, retirándome junto con ellos para otras calles cercanas y después despedirnos.

Al llegar a la casa, "Tania" y "Jorge" no estaban enterados de nada. No teníamos ni radio ni televisión. De tal manera que fui yo quien los puso al tanto de lo que había sucedido, antes que lo leyeran en el periódico.

Así fue como avanzadas ya las pláticas de fusión entre ellos, fue en esa época y en esas condiciones que dimos nuestro primer golpe, primera expropiación de proporciones aceptables para primerizos.

Pero antes de narrar eso, es importante que exponga también, a detalle, un incidente muy vergonzoso para mí, que al igual que todo, no puedo ocultar.

Precisamente en aquellas pláticas que había entre ellos, surgió, para efectos de esa expropiación a que me acabo de referir, la necesidad de expropiar un carro a cualquier ciudadano en la calle. Pareció ser que entre ellos, a "nosotros" nos correspondía hacer ese pequeño asalto, razón por la que un buen día, antes de que se diera la fusión, "Jorge" me indicó que debía acompañarlo para hacer esa expropiación del carro, pero sin darme más información de para qué ni cómo.

Como ya dije, aparte de que se entendía que yo, como supuesta "base" del comando, no debía saber ni preguntar más de lo necesario, pues se sumaba a eso la relación siempre tensa que parecía era el método de relacionarse de "Jorge" con los posibles integrantes del comando, que en ese momento sólo era yo.

De tal manera que así de distantes y de escasa compenetración o acoplamiento de equipo entre él y yo, nos fuimos a cumplir esa tarea.

Ni siquiera hubo algunos viajes previos de observación, menos suficiente conversación al respecto, por ejemplo, decirme el plan es este: "yo voy a hacer esto y tú mientras tanto haces aquello. ¿Qué te parece?". O "yo voy a hacer esto y, si pasara esto o aquello, habrá que reaccionar de este o aquel otro modo". O sea, algo que orientara, que nos hiciera sentir como compañeros de un mismo plan, de un mismo acople, no dejarlo todo a como se fueran dando las cosas y sin ninguna prevención para tener una reacción de conjunto.

No me estoy justificando, simplemente expongo las condiciones mentales o anímicas en que acudí la primera vez a un acto de expropiación, con alguien tan lejano a mi persona, a pesar de vivir en la misma casa.

Los hechos se dieron de la manera siguiente:

Íbamos caminando, ¿por dónde?, quién sabe. En calles de una colonia que yo desconocía, por lo que simplemente me limitaba a caminar al lado de él. De repente, caminando, vimos que una señora alta y joven, entre 40 y 50 años aproximadamente, estaba estacionando su carro frente a un edificio habitacional.

Era por la tarde, con el sol a punto de ponerse, y "Jorge" decidió cuando ella descendió de su carro, que esa era su presa. Sacó su pistola, se le acercó y la amenazó. Seguro le pedía las llaves, a lo que la señora le respondió con gritos, bolsazos y golpes a donde le cayeran. Ella les gritaba a los que se asomaban por las ventanas de algún departamento del edificio habitacional que estaba enfrente. "Jorge" no pudo controlarla. Ese era el momento donde, insisto, en condiciones normales, yo debí haber reaccionado propinándole tal vez algunos golpes a la señora para someterla a nuestro control y arrebatarle las llaves, pero mi reacción fue totalmente lo contrario.

Deshilvanado mental y moralmente de él, lo que yo observé de las personas que estaban presenciando la escena y del hecho de que "Jorge" no pudo sujetar a la señora y sobre todo eso, que era una señora, entendí simplemente que ese intento ya había fracasado y que lo que más convenía a los dos era alejarnos de ahí lo antes posible, pues insistir en él podría provocar la intervención de la gente que estaba observando y sería peor. Esas fueron las valoraciones que mentalmente hice a toda velocidad.

Nada justifica mi reacción individual porque no era yo quien llevaba el mando de aquella acción. Y menos correr de ahí por mi cuenta, sin esperar antes alguna indicación de parte de "Jorge". Pensando que él correría atrás de mí, pues, insisto, no tuvo manera de hacer que la mujer le obedeciera, simplemente corrí hasta dar la vuelta en dos esquinas buscando poner tierra de por medio lo antes posible sin que nadie nos siguiera.

Cuando me di cuenta que iba solo, tuve la opción de regresarme a ver qué había ocurrido con "Jorge" y me detuve, pero pensando que él habría corrido por otro lado y que no tenía amenaza alguna de ser atacado de manera inmediata por la policía, concluí que lo mejor era seguir adelante, cuidando sólo que nadie desconocido fuera atrás de mí.

No recuerdo si al llegar a la casa él ya estaba ahí o fui yo el primero en llegar. Todavía hasta aquel momento no tenía cuenta cabal de lo que había hecho.

Simplemente pensaba que se había tratado aquel de un intento de asalto a una dama que habría que revisar para aprender de él y a la próxima vez hacerlo con éxito. Pero no.

Con el antecedente que ya narré, de que hizo que su compañera se subiera a fuerza al dormitorio de ambos, nunca me lo dijo, pero era fácil entender que estaba celoso de mí y que, en el fondo, eso era un ingrediente, entre otros, que le hacía tratarme con distancia.

De tal manera que tras lo ocurrido que ahora narro, pues fue su oportunidad para descargar sobre mí toda aquella furia contenida para hacerme ver, frente a su compañera, como un cobarde que ni siquiera merecía pertenecer a "un comando militar".

Como jefe o "comandante" que era de nuestro pequeño comando, decidió "castigarme", arrestándome en mi habitación por seis meses, dijo, y saliendo de ella sólo para confeccionar los alimentos de todos, todos los días, pero nunca se prestó o hubieron condiciones para revisar que de su parte también hubo responsabilidades, no sólo en su falta de capacidad para decidir a quién asaltar, que en este caso decidió que fuera una dama, sino, ya en los hechos, dejarse rebasar por ésta sin poder dominarla.

Pero todavía más, no haberse preocupado previamente de haber hecho conmigo los suficientes lazos de camaradería y de entrelazamiento. Inclusive de no haberme explicado sus

planes personales de asalto y de haber revisado junto conmigo todas las posibles variables que se pudieran presentar.

El hecho de que hubiera sido otro quien, sujeto a las mismas consideraciones de desarrollo y circunstanciales que yo, tal vez hubiera hecho o no lo mismo, insisto, no me justifica para nada.

Me llena mucho de vergüenza haber cometido tan semejante acto de deslealtad hacia un compañero del comando al que pertenecía, independientemente de su estilo de liderazgo e independientemente de su trato muchas veces impositivo y ofensivo hacia mí.

En la soledad de mi habitación y en medio de aquella crisis de negación y condena hacia mi persona, tuve oportunidad de voltear a ver al interior de mi alma, palparla y verla de cerca, así como conversar con mi conciencia para valorar sin misericordia aquellos hechos vergonzantes y no menos humillantes, con la reprimenda bastante unilateral y ventajosa por parte de "mi jefe". Fue así como pude valorarme pero también valorar el contexto en que me había desenvuelto y, seguro de no ser el único responsable de aquellos resultados, desde lo más hondo de mi corazón me juré, sin embargo, desde entonces, que primero muerto a que me volviera a pasar algo semejante.

Poco a poco ya iban juntándose muchos elementos para que yo dejara de idealizarlos como mis jefes y mentores, pero no por ello me sería permitido externar muestras de rebeldía o indisciplina. El problema yo no lo veía como si fuera algo en lo personal. El problema desde entonces lo alcancé a ver más allá de la incomodidad y humillación con que sentía que era tratado y que tenía claras implicaciones con la concepción política y de la vida con que se manejaban los dos.

Estaba seguro que alguna vez llegaría el momento para exponer y valorarlo todo con actitud positiva y propositiva, lo más ecuánime y propositivamente por el bien de todos.

Por lo pronto, de esa manera fue que no fui yo quien se puso en contacto de nuevo con el doctor Vázquez Muñoz de Cd. Juárez, quien había sido mi aval. Fueron ellos los que de alguna manera se pusieron en contacto con él y le platicaron a su modo las cosas, sin que yo estuviera presente desde luego.

Un buen día por la tarde y estando yo desde luego en mi recámara en calidad de arresto, de repente lo vi dentro, ahí, a un lado de mí como por acto de magia, dándome la sorpresa de mi vida.

No tuve nada que decirle. En mis cavilaciones personales no estaba quejarme con él compartiéndole algo que pudiera ser entendido como chismes y calumnias contra ellos, por lo que desde que lo vi decidí guardar silencio. Ni siquiera preguntarle qué hacía él ahí, si se suponía que aquel domicilio en que nos encontrábamos era de seguridad y nadie debía conocerlo.

Las preguntas suyas de cajón hacia mí fueron: cómo me sentía, qué opinaba de los hechos, qué pensaba hacer, etcétera.

Aún todavía sin tener suficiente claridad de qué es lo que estaba sucediendo realmente en el fondo, fuera de que debía aceptar mi responsabilidad, me limité sólo a decir eso, sin ir más allá a contextualizar un poco cómo se habían dado los acontecimientos.

Sobre de que si él dudaba de que yo quisiera continuar ahí, no fue clara su pregunta sino sólo una insinuación sobre ese asunto. Por tanto, mis afirmaciones fueron contundentes. Nadie tenía por qué dudar que por aquel incidente yo decidiría regresar a Cd. Juárez. Mi decisión de incorporarme a la guerrilla ya había sido tomada desde finales de 1970 y no tenía regreso. Que con gusto había aceptado el castigo que se me había impuesto y que estaba seguro no volverían a suceder las razones que lo motivaron.

A los meses de esos hechos, poco a poco fui atando todos los cabos. Ya una vez conectados por mí con el proyecto que significaba Miguel Domínguez, a lo mejor era la oportunidad para que, por mi propia iniciativa, se hubieran deshecho de mí. Lo sentí tras las palabras del doctor.

Pero igual, si no hubiera existido yo, no hubiera habido ningún desarrollo de ellos como grupo guerrillero, pues como se vio, no tenían relaciones con nadie más. Seguro hubieran desistido desde entonces de ese camino.

Esas eran alternativas que en mi imaginario nunca pude aceptar como ciertas, pero que tampoco podía descartar.

En fin, para bien o para mal de todos, para aquel entonces, los acuerdos de fusión iban dándose.

La fusión con Miguel y nuestras primeras actividades de expropiación

Coincidió el anterior periodo con que habían decidido ellos realizar una expropiación a la Dina Renault, que estaba situada cercana a las calles de Amores y Coyoacán, cercana también al hospital 20 de noviembre del ISSSTE.

No obstante mis condiciones de que estaba arrestado, requerían de mi participación, de tal modo que ahí sí tuve oportunidad de participar desde las reuniones de planeación y preparación del asalto, razón por la que conocí así a los que, junto con nosotros, pocos años después se nos conocería como Grupo Lacandones. A Gabriel Domínguez el hermano de Miguel ya lo conocía desde Cd. Juárez, de tal manera que me dio muchísimo gusto volver a saludarlo en aquellas nuevas circunstancias. Conocí a Yolanda Casas Quiroz, a Alfonso Rojas Díaz y a Víctor Manuel Velazco Damián. También conocí a Valente Irena Estrada. Todos, con sus respectivos seudónimos, desde luego.

Salvo Yolanda, todos los mencionados junto con "Jorge", Miguel y el que esto escribe, formaríamos aquel primer comando de asalto.

Noté muy claro que durante el ensayo de fuga que hicimos, a "Jorge" se le había encomendado elegir la ruta de escape y que cuando fuimos a ensayarla en los hechos, Víctor y Alfonso, sobre todo Víctor, se iba burlando de los rebotes y tumbos que iba dando el carro que manejaba "Jorge", debido al mal estado del camino que él mismo había elegido para huir. ¡Yupiiiii! ¡Yupiiii!, gritaba riéndose y burlón Víctor en medio de los saltos del carro.

Tratándome de poner del lado de "Jorge", era evidente que para las investigaciones y comparaciones que él había hecho, aquel camino fue el que le pareció de menor tránsito y por tanto de menor riesgo de encontrarse ahí a una patrulla, lo que viéndolo así no estaba tan mal, pero ni cómo defenderlo de que se burlaran de él si ni siquiera, una vez más, me había antes comentado nada.

Obviamente a la primera reunión que tuvimos para la revisión del plan de aquel operativo, aquella ruta de escape propuesta por "Jorge" fue hecha a un lado y entre todos, junto con él, convinimos otra. Es decir, frente a los cuadros duros del grupo que provenía de parte de Miguel, mi "comandante" no sólo no les "daba el ancho", sino además no les merecía ningún respeto, fue lo que observé.

Otra cosa que noté fue la claridad y contundencia con que "Tania" se desplegaba en las reuniones de planificación. Parecía como si el hecho de que todos supiéramos que estaba herida de su pierna, incluyendo aquí su inteligencia, le daba mucha autoridad ante todos, siendo gracias a ella, a su propuesta, que el papel que a mí me tocó jugar en aquella expropiación fue determinante, junto con el papel que jugaba Gabriel Domínguez, que era el de ir al frente de todos y

de iniciar la ofensiva encarando al policía que estaba en la puerta de entrada.

Ese papel casi lo exigió Gabriel para ser cubierto por él, pues se auto consideraba como el de más experiencia de todos, calidad que todos le reconocían, notando yo además que, sin ningún protagonismo, se sentía responsable de ser él el que se autopropusiera en los puestos donde se corrían los mayores riesgos. El que iba enseguida de Gabriel era yo, quien tenía el encargo de pasar de inmediato hasta la oficina donde estaba la caja. A mí era a quien le tocaba llegar hasta allá y vaciar en un morral grande todos los recursos económicos que estuvieran dentro de la caja fuerte, así como en otros lugares del recinto a donde despachaba la cajera.

Ya en los hechos, el policía de la entrada no quiso obedecer a Gabriel que le ordenó con voz firme que no sacara su arma. Que se trataba de un asalto y que no quería matarlo. Como si no hubiera escuchado nada, el señor sacó su arma y Gabriel tuvo que dispararle de frente. Al caer él, era mi turno de entrar como ya estaba decidido, pero luego vi a otro policía agazapado atrás de un escritorio y desenfundando su pistola. Este segundo policía no estaba considerado en la información que teníamos, de tal manera que, al verlo, igual, de inmediato fui yo quien tuvo que disparar buscando pegarle en su brazo derecho, no matarlo.

No esperé a más pues los otros venían atrás de mí y además el propio Gabriel ya tenía controlada esa zona.

Logré llegar a toda velocidad a la caja pero ya habían cerrado por dentro a ese cubículo, de tal manera que oculta la cajera tras un escritorio, no obedeciendo mis gritos y sin estar al alcance de un disparo mío, me vi obligado a romper el vidrio de la ventanilla que por fortuna no era blindado, siendo de esa manera que logré entrar y obligarla, sacudiéndola fuerte de un brazo y ahora sí con la pistola poniéndosela en la sien, para que hiciera caso.

Los segundos se hacían minutos y sin perder la calma pero a toda prisa, acostada ella boca abajo en el piso, introduje en el pequeño costal que llevaba todos los recursos que estuvieron a mi vista, checando inclusive al interior del escritorio de ella si tenía algunos más.

Concluida esa tarea, lo que seguía era huir a toda prisa. Y así lo hicimos, logrando salir y escapar sin ningún problema.

Creo que los hechos demostraron que no sólo no era un cobarde como intentaba "Jorge" hacer que me vieran y que yo me sintiera, sino además demostré tener capacidad de reacción ante situaciones imprevistas sin perder la cabeza. Nadie dijo nunca nada de mi puntería, pero era evidente que anulé al policía sin tener que matarlo. Yo estaba seguro que no había muerto. Le vi su mano izquierda tocándose el hombro derecho ya sin la pistola y sus ojos mirándome a la cara cuando volteé a verlo en mi carrera rumbo a la caja.

A Gabriel le dolió mucho que el policía que le tocó sí hubiera muerto. "Fue una novatada matarlo", nos decía con sus ojos expresivos, llenos de sinceridad y de autorreconsideración. "Pude haberle disparado en otra parte de su cuerpo que no fuera el corazón".

A "Jorge" no le tocó ver nada de los hechos dentro de la empresa, pues su papel era ser el chofer y, por tanto, nos esperaba afuera.

A propósito de esa expropiación, después en la tortura cuando nos detuvieron, quienes me estaban torturando, nunca les vi las caras pues siempre me mantuvieron con los ojos vendados, me aplicaban la "manita de puerco" con mayor fervor y mexicana alegría, pues a gritos me decían que ese policía, que yo decía que no había muerto, se había muerto a los días que le siguieron al asalto. Que yo era un asesino y que así me iban a tratar hasta que me muriera entre sus manos.

Terrible forma de intimidarlo a uno cuando, desnudo, vendado y con las manos esposadas, estuve a merced de su

capricho de solazarse viéndome sufrir, sin nada que los frenara. Noté que ellos disfrutaban burlándose de mi dolor y desesperación. Son gente enferma, desalmada, sin escrúpulos. ¿De qué otro modo podían ser?

Aquella acción de expropiación permitió que nos hermanáramos entre todos un poco más y dio luz verde a la fusión. La expropiación se hizo el 19 de agosto de 1971.

Miguel se fue a vivir a nuestra casa. Semanas después llegaron otros dos compañeros que eran pareja, hombre y mujer, también provenientes del grupo de Miguel.

Fue así como formamos tres comandos, distribuidos en tres domicilios, respectivamente. Uno se llamaba "Patria o Muerte" ("PoM"), al que pertenecían Jesús Torres Castrejón, Paulino Olvera Morales, Fabio Julio Dávila Ojeda y Yolanda Casas Quiroz y Carlos Salcedo. Por cierto, fue a éste el primer comando al que aprehendió la policía, a la altura de enero o febrero del 72, después del asalto que realizaron a la tienda llamada Armas y Deportes del centro de la ciudad.

Antes que se formara este comando yo conocí a Yolanda Casas, cuando era integrante del Comando llamado Lacandones. Después se decidió que pasara a formar parte del Patria o Muerte, considerando que ella era quien pudiera aportar mayor experiencia a aquel comando que tuvo pocos meses de vida.

El segundo comando, era, como ya dije, el Comando Lacandones. A él pertenecían Gabriel Domínguez Rodríguez, Alfonso Díaz Rojas, Valente Irena Estrada y Víctor Manuel Velazco Damián, inicialmente incluyendo a Yolanda, antes de su traslado al "PoM". Jorge Poo, después también se integraría a este comando.

El tercer comando lo integrábamos "Tania", "Jorge", un compañero cuyo seudónimo era "Ramón" y su compañera cuyo seudónimo no recuerdo pero que aquí nombraré como "Felisa", Miguel Domínguez y el que esto escribe. A ese co-

mando le pusimos por nombre, a propuesta mía, "Arturo Gámiz".

Así quedamos colocados después de estructurarnos como un único grupo u organización guerrillera, a la que no le pusimos nombre, pues quedaba claro para todos que la búsqueda era la de conformar una gran organización armada en todo el país, por lo que a partir de entonces, cuando nos referíamos a nuestra organización, nos estábamos refiriendo a la gran organización de que supuestamente formaríamos parte, por lo que nos limitamos, cuando nos referíamos a ella, a mencionarla sólo como la "O", que era una abreviación o seudónimo de "La Organización armada y revolucionaria", todavía sin nombre.

Fue en ese entonces que Miguel me propuso irme a la sierra de Chihuahua. Me dijo que hacían falta compañeros con disposición de formar un comando en la sierra Tarahumara y me preguntó si yo estaría dispuesto a participar en él, a lo que de inmediato le respondí con mucho gusto que sí.

Con esa respuesta inicial, hecha sólo entre él y yo, pasaron unos días, después de los cuales me informó que Gabriel se había autopropuesto para cubrir ese lugar por parte nuestra, argumentando que él era oriundo de allá, que ya conocía el terreno y que por tanto podría hacer un mejor papel que cualquiera, a lo cual no tuve ningún comentario.

También fue en esta época que solicité a Miguel financiamiento para pagar un curso de adiestramiento para conducir un carro, lo cual le pareció una gran idea, pues a aquellas alturas de nuestra organización, sólo "Jorge", que era el compañero proveniente del FUZ, sabía manejar. Después que se reconectó a Jorge Poo Hurtado, resultó no sólo que era otro excelente conductor de coches, sino que además sabía cómo abrirlos sin tener la llave y cómo echarlos a andar y a volar con ellos.

Todavía en 1971, en noviembre, hicimos otro asalto que, junto con otros, les llamamos de "entrenamiento", porque en él iban a participar compañeros nuevos que iban a incorporarse o que ya estaban incorporados en algún comando, dos de ellos, "Ramón" y "Felisa" al comando "Arturo Gámiz" y dos más que serían incorporados al "Patria o Muerte". Uno de ellos era David Jiménez Sarmiento con su seudónimo de "Adrián".

Uno de los señalados asaltos fue a la Joyería Minerva, que estaba rumbo a la salida a Puebla cerca de la Calzada Zaragoza.

En esta acción de expropiación, "Felisa" y yo entraríamos como clientes a la joyería, quince minutos antes de que cerraran y con el señuelo de que nos íbamos a casar, les hicimos que nos mostraran distintas joyas que les íbamos a comprar, no sólo los pretendidos anillos de compromiso.

Se trataba de dilatar el cierre de la empresa estando adentro de ella más allá de las 9 de la noche, que era la hora en que cerraban y así dejar pasar el tiempo para asegurar que no pasaran patrullas accidentalmente por ese punto y asegurar también que ya no hubiera clientes dentro del local.

A las 9 en punto David y su compañero serían los encargados de cerrar las cortinas metálicas por las dos calles a donde daban los ventanales de la joyería y de ahí ellos se retirarían de inmediato por su propia cuenta.

Simultáneamente entrarían Miguel y "Ramón" y al grito de "¡Esto es un asalto!", "Felisa" y yo también sacaríamos nuestras armas, para, mientras Miguel vigilaba a los dueños y a las dependientas, los demás vaciar todas las vitrinas poniendo todas las joyas posibles de mayor valor en un morral.

Alcancé a escuchar la pregunta de la señora "¡Ay!, ¿ustedes también son de ellos?".

En cuestión de menos de 5 minutos, después que entraron Miguel y "Ramón", ya estábamos todos fuera de la joyería, obviamente cortándoles antes los cables de los teléfonos.

Por cierto, en febrero cae la totalidad del "PoM", que es el comando al que después pretendidamente se integraría David, razón por la que no fue afectado por la detención de los demás compañeros y compañera de aquel comando destruido, apenas recién nacido.

El 10 de enero del 72 logramos otro asalto más espectacular y con mejores dividendos económicos.

Este asalto teníamos por lo menos dos meses preparándolo. Idealmente hubiéramos querido realizarlo en los días de navidad, que es cuando hay más afluencia de pasaje, pues esta empresa estatal se trataba ni más ni menos que del Metro de la Ciudad de México, pero batallamos mucho para ubicar los horarios de la camioneta del banco que recolectaba los fondos de todas las estaciones, así como el punto donde ya estuviera con todos los recursos del día bajo su resguardo al interior del vehículo. Así que hubo hasta un intento de asalto fallido, que, aunque no trascendió a la prensa, nos aportó muchos elementos para poderlo realizar no sólo bien, sino muy bien al final. La enseñanza fue entender que estábamos tras un objetivo no fijo, sino en movimiento y que éste podía decidir cambios de agenda no previstos.

Todavía con Gabriel en la Ciudad de México, para aquellas fechas del asalto al Metro, ya se había logrado reconectar al compañero Jorge Poo Hurtado, quien en aquel entonces, al igual que Gabriel, gozaba de amplio prestigio y confianza de parte de todos para las acciones de expropiación. Por cierto, como ya dije, él fue quien nos enseñó a todos a abrir cualquier carro sin tener la llave, y nos enseñó cómo echarlo a andar a partir de conectar por debajo del tablero los alambres que sustituyeran a la llave de encendido.

De ese modo el comando para asaltar al metro contaba con la gente más experimentada del grupo para garantizar su ejecución.

Someter a los policías que viajaban en la camioneta del banco, someter a los otros policías de dentro de la estación y lograr no irse sin la recaudación de esa, la última estación del recorrido del vehículo bancario, que era la estación Gómez Farías, cercana a la del Aeropuerto por la Calzada Zaragoza, requería de muchos compañeros con experiencia, de tal modo que a esas tareas se debían destinar a quienes garantizaran tal cometido, pues hacía falta hacerlo todo con excelente coordinación en cuestión de escasos minutos.

Yo, desde luego, a esas alturas ya había demostrado capacidad para estar en ese grupo encargado de las tareas más difíciles y especiales, pero como estábamos en plena calzada Zaragoza, donde seguido pasan patrullas y que previendo alguna alarma del interior de la propia estación del metro se les llamara, se requería de alguien que, aparte de garantizar con su puntería detener y neutralizar como franco tirador un incidente de ese tipo, supiera después "rapelear", es decir, descender por las paredes del edificio que estaba enfrente de la estación, mediante una cuerda y mucho entrenamiento previo, para lograrlo en segundos y sin cometer errores, por lo que debido al entrenamiento que ya tenía yo en esas dos habilidades requeridas, de cajón, era a mí a quien tocaba cumplir con ese cometido.

Miguel fue el que me propuso para eso, así que previo estudio del terreno de los hechos, a la hora de la verdad no sólo iba armado de mi fusil sino además de una cuerda, que pocos minutos antes de que se desarrollaran los acontecimientos, yo tenía que fijar de algún soporte que resistiera, en un caso dado, el peso de mi cuerpo para descender velozmente del techo de aquel edificio habitacional que dominaba

tanto a la camioneta bancaria como a cualquier ingreso a esa calle de cualquier patrulla, avistándola desde lejos.

Yo cumplí con todo lo que había que hacer en aquel techo antes de que llegara la camioneta bancaria a la estación del metro, de tal modo que en la hora cero ya estaba con mi fusil armado y listo para disparar, así como con la cuerda asegurada en un pilar para el posible descenso a toda velocidad por una pared que no estuviera al alcance de cualquier ataque desde abajo.

Por fortuna, todo salió bien y no hubo necesidad de mis funciones.

El responsable del grupo que anularía a los policías de la camioneta sería Jorge Poo. Ahí se abrirían las hostilidades. El responsable del grupo para anular a los policías de dentro de la estación sería Gabriel, los dos con gran éxito. Quienes los acompañarían, no recuerdo el orden, serían Víctor Velazco Damián, Alfonso Rojas Díaz, Valente Irena Estrada y Miguel Domínguez Rodríguez. Una vez más "Jorge" estaría esperándolos a todos en un punto cercano a donde llegarían con la camioneta del banco y trasladarían todo al vehículo previamente robado y que conduciría él, para huir.

Al ver que salieron los compañeros de la estación y que usaron, de acuerdo con el plan, a la propia camioneta bancaria para huir, para mí estaba dispuesto otro carro en el cual se daría mi fuga, me bajé lo más rápido que pude sin usar las cuerdas, sino por las propias escaleras del edificio. Me acompañaban en ese vehículo "Ramón" y "Felisa".

Fue un rotundo éxito. No sólo logramos una gran recaudación económica en comparación a aquellos tiempos, eran alrededor de un millón y medio de pesos, incluyendo en esa cantidad además varios rollos grandes de boletos del metro. Esos nos duraron todo el año para usarlos nosotros, pero inclusive para repartir a los otros grupos armados con quienes Miguel ya tenía contacto. Ya estábamos haciéndonos famo-

sos entre ellos, pues no sólo habíamos repartido relojes entre nosotros sino además para todos esos contactos incluyendo, ahora, boletos para el metro.

Por cierto, el gobierno del DF de inmediato ordenó la impresión de otros boletos con la "carita" de Juárez en uno de los lados, buscando distinguirlos de los nuestros para detenernos en cuanto vieran que alguien usaba uno sin el retrato de Juárez, lo cual no constituyó mayor problema para nadie de nosotros, pues con solo meterlos al revés a las máquinas traga boletos de las entradas de las estaciones del metro, mostrando para cualquier observador un boleto como todos los demás, nunca nadie tuvo problemas por usarlos.

En estos días fue que, a propuesta de Miguel, me convertí en el instructor de "Ramón" y de "Felisa" para el cuidado y uso de las armas que teníamos, llevándolos también al Ajusco con el propósito de entrenarlos.

Lo mismo con el propio David Jiménez Sarmiento, pero por separado de los demás, pues él, como ya dije, quedó "volando" después que detuvieron al "PoM". Recuerdo que acostumbrábamos él y yo solos, irnos muy seguido hasta aquellos parajes con el mismo propósito. Miguel fue quien nos presentó.

Recuerdo que en esa época hicimos otras dos pequeñas expropiaciones de entrenamiento en dos zapaterías, y recuerdo que, a propósito de lo que se me acusó cuando corrí dejando solo a "Jorge", en el intento fallido de expropiación de un carro, ahora, en uno de esos asaltos de entrenamiento, a mí me tocó neutralizar a un velador que se puso bravo, a quien logré noquear de un golpe en la mandíbula delante de "Jorge".

"Jorge", sin embargo, ni cuenta se dio quién había neutralizado a este señor, pues después preguntaba muy intrigado que quién lo había hecho. Al enterarse que fui yo, su pregunta posterior a mí era que cómo lo había logrado, si con la cacha de la pistola o con la mano. Es decir, habiendo

estado a unos pasos de mí ni siquiera se percató de cómo se habían desarrollado los hechos. ¿En qué mundo estaría el que meses atrás me había acusado de cobarde? Así es la vida. Da vueltas.

En la otra expropiación, recuerdo que una vez más "Tania" fue la que me propuso dirigir la acción de apoderarnos de un carro para usarlo en la fuga. Recuerdo que iban como "sinodales" míos de esa expropiación otros dos compañeros que, al igual que "Jorge", pero estos del lado del grupo proveniente de Miguel, también, como que sentía de parte de ellos, que generaban una especie de halo de desconfianza alrededor mío, y "Tania", aun ignorando ese dato, o tal vez sabiéndolo, fue quien propuso que me acompañaran, pero bajo mi mando.

Recuerdo que nada más me sirvieron de acompañantes pues ni cuando yo les participé de mi propuesta para hacernos de un carro, jamás comentaron algo. Recuerdo que hice esto de compartir con ellos cómo hacer la expropiación del carro, recordando cuando "Jorge" me había hecho que lo acompañara a expropiar uno, aquel de la señora de donde yo corrí, y no quería que por ningún motivo se sintieran como yo, marginados del plan mediante el cual pensaba que debiéramos desenvolvernos los 3, aunque al final ninguno de ellos participara en los hechos.

Era muy simple: abordar un taxi, llevarlo a un paraje boscoso que yo ya desde antes tenía visto y hasta ya estando ahí decirle que se bajara, que íbamos a usar su carro.

Recuerdo que cuando hice esto al mismo tiempo saqué el arma y le dije que no le quería hacer daño, que no me obligara a herirlo y que era mejor que me obedeciera. Que simplemente se bajara mientras yo lo seguía con mi arma en la mano.

Yo ya iba preparado con unos lazos con los cuales lo amarré de puños y pies, entrelazando todas sus extremidades por la espalda, teniéndolo acostado boca abajo.

Le dije que no se preocupara, que con seguridad iba a poder salir de ahí al paso de algunas horas.

Y mis compañeros sólo limitándose a observarme.

Creo que ahí pasó al revés de como a mí me pasó con "Jorge". Mientras "Jorge" no me supo involucrar en lo que se le iba ocurriendo a la hora de intentar expropiarle a una señora su carro y creo, entre otras razones, que debido a eso reaccioné lamentablemente como reaccioné, ahora que yo intentaba involucrar a mis compañeros en lo que estaba haciendo, advirtiéndoles todas las variables posibles y además explicar qué proponía que hiciéramos en todas ellas, pues a la hora de la acción tuve que hacer de cuenta como si estuviera solo, pues ni un dedo movieron mientras yo lo hice todo. Se limitaban sólo a observarme sin hacer siquiera un comentario. Por eso digo, un poco irónicamente pero también con un poco de incomodidad o hasta de amargura, que sirvieron en esa acción sólo como si fueran mis sinodales. Obviamente no eran mis amigos. Salvo al principio con uno de ellos, cuando le enseñé a disparar, en realidad se trataba de dos personalidades con las que nunca pude hacer clic, sobre todo en las discusiones de línea política.

Por fortuna todo salió bien.

Estos dos compañeros a que me estoy refiriendo, por cierto, serían los más duros para aceptar al documento reflexivo que presentaríamos Miguel y yo algunos meses más tarde, al cual me referiré más adelante. Se convertirían ambos en la parte más recalcitrante del izquierdismo infantil que caracterizó a una parte de los Lacandones después.

Creo, además, que en esta parte de mi narrativa es importante incluir que por indicaciones de Miguel, en dos ocasiones fui a Puebla para transportar a lo que era el DF, un buen número de armas largas y cortas, en la cajuela del carro que él me había conseguido.

Nunca supe la razón por la cual Miguel me decía solamente a mí que realizara aquellos traslados sin nadie que me acompañara, pero hoy me parece necesario consignarlo aquí porque el coche que él me facilitaba para aquellos viajes resultó ser el mismo que después me proporcionó para hacer la persecución de la camioneta bancaria que recogía los valores de la empresa Pepsi Cola, que fue la actividad en que nos aprehendieron a José Domínguez y a mí.

Yo conocía perfectamente ese carro que fácilmente se veía que no contaba con las revisiones periódicas en su mantenimiento. Yo lo sabía porque bien que lo padecí en uno de los viajes que hice a Puebla, donde en el camino llovió toda la tarde y la noche y no servían los limpiaparabrisas ni traía las luces de enfrente funcionando bien.

Recuerdo que ya con las armas en la cajuela y en plena tormenta, pensé que llamaría más la atención a alguna patrulla que pasara si me hubiera estacionado a la orilla de la carretera en lugar de seguir, razón por la que, con armas en la cajuela, no tuve más remedio que hacer aquel viaje a menos de 20 kilómetros por hora de velocidad para, guiándome por las luces de los coches que venían en sentido contrario, iluminar mi camino en medio de la lluvia con los faros de luz de ellos, no de los míos y sin mi limpiaparabrisas funcionando. De mi carro sólo servían los llamados "cuartos de luz" que, por cierto, los llevaba encendidos intermitentemente.

Salí en la tarde de Puebla y llegué a la casa en el DF, cerca de las tres de la mañana.

Fue aquella una verdadera odisea en la que por fortuna no sucedió nada grave, pero que me quedó muy clara la experiencia en la memoria, por lo que me sorprendió que una vez más fuera el mismo carro y con las mismas limitaciones, el que se me proporcionara ahora para la persecución y ubicación de horarios de la camioneta que pretendíamos asaltar.

Cuando hicimos el balance de nuestra aprehensión ya estando todos los "Lacandones" en la Crujía "M" de Lecumberri, quedaron sin respuesta muchas preguntas sobre nuestra detención a pesar de estar presentes todos y que, dentro de todos, tenían que aportarse los elementos para responderlas.

¿Quién delató el domicilio donde estaba Miguel?, ¿cómo es que aprehendieron dentro de todos a alguien que ya estaba expulsado de nuestra organización, como lo era Valente Irena Estrada?

Para muchos de nosotros era claro que él había contribuido al aportarle a la policía los domicilios de algunos de los detenidos, con lo que después, en cascada, caerían todos los de los demás, pero… ¿cómo es que la gente, cuyo domicilio era conocido y sabían que él sabía ese o esos domicilios, permanecieron ahí sin tomar ninguna medida "conspirativa" a tiempo para evitar que de parte suya viniera un golpe de ese tamaño, si ya se le había expulsado de la organización?

La otra pregunta: ¿por qué nos detuvieron a José y a mí desde el principio, y fue a partir de ahí que aparentemente empezó la cadena de detenciones?, ¿cómo sabían que el coche donde estábamos estacionados solamente José Domínguez y yo, un coche como los cinco o más coches que nos rodeaban, tenía que ser al que le "llegaran"?

Claro que a todas esas preguntas se les dieron respuestas hipotéticas. "A Benjamín y a José los detuvieron porque el barrio donde estaban estacionados era un barrio de delincuentes y, como los que andaban haciendo un rondín los vieron 'sospechosos', pues eso les llamó la atención". Los que decían esto, seguramente ya habían leído lo que publicó el periódico *Alarma!*, acerca de nuestra detención, que era exactamente eso que ahora repetían. Es decir, repetían lo que la policía quiso que se publicara. Y lo digo, porque ya estando en Lecumberri, algún familiar les llevó el periódico de

cuyas hojas, algunas de ellas, conservo yo hoy todavía una copia fotostática en mi archivo personal.

¡Ah, bueno!, ¡perdón por la pregunta!

Y esa fue la respuesta que quedó como oficial. Nos agarraron porque estábamos en una colonia de delincuentes.

Fue hasta después del 2005 que leí el trabajo de Carlos Salcedo titulado *Historia, Grupo guerrillero Lacandones, La luz que no se acaba*, que me di cuenta, escrito por él mismo en ese libro, que ese carro donde me aprehendieron junto con José Domínguez, en una calle aledaña a Calzada de la Viga, era el mismo carro que me había servido para el transporte de las armas desde Puebla (cosa que sólo Miguel y yo lo sabíamos) pero que además era propiedad de Olivia Ledesma y mismo donde ella se transportaba todos los días de su casa al Politécnico.

Carlos Salcedo dice en su libro citado, página 79:

"Olivia es detenida por la policía los últimos días de octubre de 1972. Se le involucró directamente al prestar a un comando, para la observación de un objetivo, el Chevrolet 55 propiedad de su papá y que ella utilizaba para ir al trabajo y la escuela."

Es decir, que ese carro era el que usaba una activista política estudiantil de izquierda del Politécnico con actividades públicas y abiertas, conocido por todo el que tuviera contacto con ella, inclusive Valente Irena, y era el mismo que se me proporcionaba para actividades de orden ilegal, para transportar armas y para perseguir a camionetas bancarias. ¡Y en qué condiciones de uso!

¿De dónde derivo que ese carro era conocido por todos, inclusive Valente Irena, si yo desconocía todo lo relativo al nacimiento y desarrollo de la organización a que pertenecían Valente, Carlos Salcedo y el propio Miguel Domínguez? Pues el mismo Carlos Salcedo nos lo explica o da elementos para así afirmarlo.

Dice en la página 32 de su libro ya citado: "Miguel Domínguez continuó atendiendo la coordinación en el trabajo en el Instituto Politécnico Nacional, *Valente Irena* y su hermano Raúl harían trabajo en Ferrocarriles, Carlos Salcedo coordinaría el trabajo en la Universidad…" (las cursivas son mías para destacar al nombre de Valente y que conocía a Miguel y a Carlos desde entonces).

Luego en el párrafo siguiente en la misma página dice: "Miguel Domínguez se encargó de la cobertura de seguridad, el hecho se llevó a cabo en el carrillón del Casco de Santo Tomás, ahí *se pudo ver a Olivia Ledesma en la azotea* de uno de los edificios contiguos al parque, vigilando y comunicándose con sus compañeros con walkie-talkie, en las otras escuelas se hizo una intensa propaganda para el evento y lo que significaba el candidato para los estudiantes y el pueblo" (las cursivas son mías para llamar la atención de lo público de la personalidad de Olivia Ledesma y que todos, no sólo Carlos, la vieron en acción).

A los dos párrafos siguientes añade: "Se reunieron aproximadamente tres mil personas, fue un evento abierto, que congregó a *toda la organización, incluso a los clandestinos*, el evento fue saboteado y reprimido por la policía, a base de gases lacrimógenos…" (las cursivas son mías para remarcar que estaban presentes todos).

Siguiendo esta misma pista que ilustra lo que digo, en página 25 del mismo libro señalado, se dice: "Para fines de 1968 y principios de 1969 algunos ex miembros del espartaquismo se reunían para constituirse en una organización, entre ellos estaban Yolanda Casas Quiroz, Uriel Cervantes, *Mario Ledesma Flores*, Miguel Domínguez Rodríguez, Roberto Sánchez Ensch, Isaías Ensch Fregoso, Carlos Salcedo García, Arturo Alarcón, *Valente Irena Estrada*, Raúl Irena Estrada, José Pacheco, Jorge Poo Hurtado. Las reuniones se hacían en la casa de Uriel Cervantes en la Santa María, la casa de *Mario*

Ledesma (*hermano de Olivia Ledesma*) en la Xochimanca y en la casa *de Carlos Salcedo en Santa Julia*", (el paréntesis y las cursivas son mías y las utilizo para remarcar que Valente asistía a la casa de Mario Ledesma, donde también vivía Olivia Ledesma, y que por tanto conocía el carro a que me refiero).

¿No debió alguien de los que tenían la anterior información, aportarla a todos en aquellos momentos de balance de nuestra aprehensión, ya estando en la Crujía "M" de Lecumberri, para explicar de otra manera las cosas?

A propósito de las causas de nuestra detención tan estrepitosa y generalizada como organización, el mismo Carlos Salcedo en su libro aporta los elementos ya reproducidos aquí para explicarla.

Es decir, siendo una organización abierta, sin tener idea de que algún día se irían a la clandestinidad, todos se conocían entre sí. Sabían de sus domicilios.

Volveré a este tema después.

Nuestra lucha ideológica interna y nuestras reestructuraciones

Creo que por razones económicas, al formarse los tres comandos de que ya hablé, cercana ya a la fecha de la expropiación al Metro, fue que se decidió alquilar por el rumbo de la estación del metro Portales un departamento grande, muy bien ubicado y con muy buena imagen, que fue desde donde planificamos todos los demás asaltos que siguieron, incluyendo el del Metro.

Ahí fue donde resistimos la caída del "PoM", pues estábamos todos seguros que nadie conocía ese domicilio.

Después del asalto al Metro fue que Gabriel Domínguez emigró al norte, siguiendo el acuerdo de su futura integración al comando de la sierra, coincidiendo esto además con la detención de los compañeros del "PoM", como ya dije.

En ese periodo, largo, por cierto, fue donde además se alquiló otro departamento u otra casa en un lugar que sólo Miguel conocía y que, según se nos informó, radicarían "Ramón" y "Felisa". Ellos se encargarían de una especie de resguardo de armas en su casa.

A este domicilio nadie tenía razón alguna para ir y, por tanto, nadie debería conocer su ubicación.

Con la anterior reestructuración domiciliaria y la de reorganización que se hizo casi al paralelo y después de la detención del "PoM", Miguel y yo tuvimos muchas oportunidades de platicar a solas, aunque desde luego, eso se daba ya desde antes, cuando vivíamos en el primer domicilio con "Jorge" y "Tania", pero no con la holgura que ahora teníamos, sin la presencia cercana de ellos.

Reflexiones y coincidencias con Miguel. Propuesta de segunda reestructuración

Fue de esa manera, no en grupo, que me puso un poco al tanto, no cabalmente pues era muy hermético y cuidadoso con la información que tenía, de las relaciones que ya teníamos con otros grupos armados de los cuales provenían las tareas de, por ejemplo, imprimir el Madera 1 (viejo) y la tesis de la Universidad Fábrica.

La lectura de los dos documentos mencionados en lo particular me llamó mucho la atención, razón por la cual se inició desde entonces un conjunto de conversaciones entre él y yo sobre su contenido.

Para aquellos días y después de ejecutadas con éxito algunas de las expropiaciones que narré líneas arriba, mi estado de ánimo ya era más elevado en cuanto a mi autoestima en general y particularmente como guerrillero. A esas alturas también ya tenía muchas respuestas a las diversas inte-

rrogantes que me habían venido apareciendo durante todo el año del 71, en mi "militancia" con "Jorge" y con "Tania".

Por lo mismo, también tenía ya una valoración e interpretación más completa de todos los elementos que hasta aquel momento tenía al alcance para medir resultados de lo que estábamos haciendo, lo cual me permitía abordar, con cierta seguridad de lo que decía, todos aquellos temas con Miguel en privado. De esa manera fue que todas mis inquietudes, críticas y propuestas de reorganización que se me habían venido acumulando y sobre las que había venido cavilando desde el año anterior, tuve oportunidad de discutirlas con alguien accesible a mí y que me escuchara, como lo era Miguel.

Con él pude conversar abiertamente todo. Necesitaba urgentemente a alguien con las características personales que él tenía para platicar todas mis cuitas en un ámbito de mucha confianza y camaradería, como las que él me inspiraba. Desde que estaba enamorado perdidamente y como tonto de "Tania", lo cual había logrado reprimir y controlar explicándole mis razones, hasta todas las dudas que me habían nacido hacia "Jorge", con el trato que me había dado durante el periodo inmediato pasado. Inclusive en determinados momentos, hasta ella misma. Lo de esculcarme mi maleta y robarme mi diario evidenciaba muchas cosas.

Le platiqué mis dudas sobre lo de que de todas las armas de que disponían me otorgaron la mejor, la Browning 9 milímetros. Le expliqué mi interpretación sobre ese hecho cuando me encargó que hiciera un plan de fuga de la casa donde vivíamos, a donde me pedía que me sacrificara como retén ante la policía, para que ellos escaparan. Algo así como que me necesitaba bien armado y entrenado para que cumpliera esa tarea en un determinado momento y como que esa sería mi función.

Le hablé también de su indisciplina no sólo para generar entre nosotros alguna iniciativa de lectura o de formación política en general, sino hasta para entrenarse físicamente a

diario, como se suponía que debiéramos entrenar, dados los propósitos de un comando armado.

Aunque él ya tenía la información sobre el hecho de que abandoné a "Jorge" cuando "intentamos" expropiarle un carro a una señora, le di los elementos del contexto en que se dio aquel episodio, razón por la cual consideré ventajosa, unilateral e indigna la manera en que se me trató.

Le planteé mis reservas sobre la consistencia real de su origen en una organización de la que, en medio del mutismo necesario que en el clandestinaje todos debiéramos conservar, le pudo haber insinuado a él que provenía y, sobre todo, acerca de mis dudas sobre su comportamiento de excluirme de las conversaciones de acercamiento político que se iniciaron entre él, Miguel, y nosotros, "Tania", "Jorge" y yo, pero sin que yo estuviera presente, a pesar de haber sido yo quien las hubiera promovido, amparados por la necesidad que todos aceptábamos de tener la menor información sobre la estructura y sobre determinadas decisiones de conducción del conjunto de una determinada organización, pero que en este caso no había ninguna justificación, en tanto no era verdad que existiera tal "organización" salvo mi persona.

Una vez más le volví a repetir lo que en Juárez ya le había dicho, sobre que de acuerdo a mi opinión lo fundamental de una organización revolucionaria como la que queríamos fuera la nuestra, debiera tener sus bases fundamentales en la participación, en la organización y en la concientización de la gente pobre, de lo que todo mundo le llamábamos "las masas", pero más particularmente de los trabajadores del campo y la ciudad, con quienes había que identificarse y ligarse para luchar por sus causas, desde luego, en el marco de lo ocurrido en 1968 y 1971, pero sin dejarnos arrastrar y cegar por el coraje que todo aquello nos había provocado.

Es decir, independientemente de lo que se decía, acerca de que ya no se podía actuar por la vía legal, pues afirmábamos que bastante claro teníamos que ya se habían cerrado todos los canales de participación pacífica, esto, según yo, estábamos obligados a hacerlo sentir en su propia práctica a la gente, en la defensa y lucha directa por sus demandas y reclamos inmediatos.

Como ya se lo había dicho en Juárez, se lo recordé, mi planteamiento seguía siendo de que no había las condiciones subjetivas en la mayoría de la población mexicana y menos en el proletariado, ni de concientización, ni de participación ni mucho menos de organización, para incendiar, como lo hace un cerillo en un pajar y provocar, mediante un foco guerrillero, la insurrección por el socialismo en todo el país, como si tuviéramos las mismas condiciones que Fidel Castro tuvo en Cuba en 1957.

En ese marco le señalé mis reservas sobre lo que decían los documentos Madera 1 y el de la "Universidad Fábrica", a lo que él me aclaró que eran apenas documentos de discusión, pero ante los cuales no me dio su opinión ya acabada.

A pesar de esas convicciones, le expliqué mis razones personales para haber decidido involucrarme de alguna manera en el alzamiento "armado" de todos los estudiantes que pudiéramos hacerlo en todo el país. Le dije que el genocidio del 68 y la represión armada de junio del 71 no podían quedarse sin respuesta y que la Historia nos reclamaba, a los que así lo comprendiéramos de nuestra generación, responder con lo que tuviéramos, pero siempre y cuando no olvidáramos que lo fundamental no era el así llamado por algunos como "el nivel superior", cuando se referían a los comandos armados, sino que lo fundamental seguía siendo trabajar para llenar los vacíos de la participación en las luchas por las demandas populares, proletarias, como clave única o central para avanzar hacia la concientización y el

compromiso de la mayoría de la población mexicana en la insurrección armada en todo el país.

Salvo lo de los documentos ya dichos, a todo lo que yo le dije él iba concordando. Inclusive, abonando a lo que yo decía, me platicó además que dentro de la organización nacional armada que se estaba construyendo en todo el país, había un sector "militarista" con el que se estaban acentuando las discusiones para llegar a acuerdos. No me dijo quiénes eran estos a los que él llamaba "militaristas" ni me profundizó mucho en qué consistían las discusiones, pero me quedó claro que había alguien más, no supe en qué parte del país, que concordaba por lo menos en algo de lo que ahí estábamos comentando.

Le platiqué además que Valente Irena, con su seudónimo, con el cual yo lo conocía, me había confiado que él acostumbraba a quedarse con algo del dinero de las expropiaciones que hacíamos, justificándose al decir que su familia era muy pobre y que él se veía obligado a hacerlo. Al respecto, desde luego que también le dije que no lo podíamos permitir. Le comenté que, a propósito de eso, cuando Valente me había confiado lo que hacía, recordé que cuando habíamos hecho el asalto a la Dina Renault, mientras que nosotros habíamos contabilizado en la casa de seguridad la cantidad de dinero en que había consistido lo expropiado, al día siguiente los periódicos habían hablado de una cantidad superior.

Le recordé que, cuando nos dimos cuenta de eso, se lo habíamos atribuido a que la cajera de la empresa había logrado escamotear por su cuenta esa cantidad de dinero discrepante con la nuestra y ya nos bastó con explicárnoslo de esa manera. Pero que a lo mejor a eso se refería Valente.

Para aquellos días, como ya dije, David Jiménez Sarmiento estaba sin integrarse a algún comando a pesar de que ya habíamos avanzado mucho en su preparación de manejo de armas y tiro al blanco.

Igual Gabriel, su hermano, ya se había trasladado a Chihuahua o Cd. Juárez, en el ánimo de estar en condiciones de sumarse al comando en la sierra de Chihuahua. Por otro lado, Jorge Poo, que había estado en la cárcel, pero donde había logrado pasar como preso común, ya estaba libre y habría que integrarlo en algún comando.

Por lo que todo el conjunto de lo aquí expuesto, a juzgar de los dos, merecía o necesitaba ser discutido por todos, en una reunión a la que habría que convocarlos, para lo cual me ofrecí para escribir el documento en el que plantearíamos las formulaciones que yo le había hecho y con las que estaba de acuerdo, sobre nuestra línea política y de trabajo y la correspondiente reestructuración.

Como ya dije, antes ya habíamos tenido una reestructuración después de haber sido detenido el PoM. Por la anterior razón, al documento le dimos ese nombre: "Reestructuremos nuestra reestructuración" y él compartió todo lo que ahí se decía.

"Tania" y David

A esas alturas, debo decirlo, David ya se había trasladado a vivir al mismo departamento donde estábamos todos los demás viviendo: Miguel Domínguez, "Jorge", "Tania", Víctor Velazco Damián, Alfonso Rojas Díaz, Valente Irena Estrada y el que esto escribe.

Todos notamos entonces que se empezó a dar un cierto coqueteo mutuo entre "Tania" y David.

Se notaba que ambos se gustaban.

"Jorge", alguna vez que públicamente se refirió a esa situación, declaraba que, habiéndolo también notado, no quiso decir nada por pensar que "macularía" de alguna manera con sus dudas una relación de amistad dada entre ellos dos, sin intereses sexuales de por medio.

Sin embargo, esta relación se acentuó hasta hacerse evidentemente sexual ante los ojos de todos, provocando distintas reacciones. Desde quienes los condenaban escandalizados viendo las cosas con purismo y prejuicios morales, hasta quienes colocábamos ese incidente en el ámbito de una situación atípica de pareja entre "Jorge" y "Tania", que ahora se expresaba en esta relación de ella con David a la cual debiéramos respetar y que debiera en primera instancia ser resuelta por ellos, no por todos nosotros. Yo de inmediato fui el promotor de esta segunda actitud, en medio desde luego del dolor que se me removía dentro por la ilusión del amor tan profundo, pero ahora frustrado, que yo todavía sentía por "Tania".

Así las cosas, la redacción del documento que yo estaba elaborando continuó su marcha, mismo en el que para nada me referí a ese tema.

Por cierto, fue en esa época que sorprendentemente, un buen día, David me preguntó que qué me parecía si nos dábamos unos "chingazos" allá arriba del techo del departamento.

—¿Qué estás loco? —Le pregunté sorprendido—. ¿Y por qué quieres que nos demos de "chingadazos"?

—Pues nomás, tengo ganas.

Mi respuesta fue muy contundente que no. Que no le veía ningún caso a hacer un escándalo arriba de la casa. Que inclusive eso iba contra la seguridad de todos.

Si me insistía, previa advertencia, pensé inclusive en denunciarlo a los demás, pero ya no lo hizo. Simplemente se sonrió.

Hoy todavía me parece increíble semejante nivel de adversidad contra mi persona, que, por cierto, no fue sólo de él.

Regresando a la preparación del documento y de la reunión, lo de la relación extramarital entre "Tania" y David, aunque era un incidente importante, no merecían ni siquiera

ser mencionados en aquel documento que estábamos preparando. Pensé y hoy sigo pensando que eran suficientes todos los problemas que ya enumeré en mis conversaciones con Miguel y mi propósito era no "macular", como decía "Jorge", el desarrollo y la exposición de nuestra problemática fundamental, con un incidente que en todo caso yo lo veía condicionado, en mucho, precisamente por el aislamiento hacia la práctica política en algún sector social, para cuyo fortalecimiento debiéramos trabajar desde la clandestinidad, con la amenaza de perdernos en nuestras contradicciones de convivencia interna, si no poníamos remedio a tiempo a todo eso.

Y ya había llegado el momento de hacerlo.

Se convocó a una determinada fecha para discutir todos los puntos que implicaban nuestra reestructuración. Se distribuyó el documento, no en fotocopias, sino en copias al carbón todavía, por lo que tuve que reproducir varias veces al documento en máquina de escribir, para que las copias que repartiéramos fueran legibles. A esta reunión se invitó a Carlos Salcedo, a quien yo todavía no conocía y aun que ya no participara en ningún comando armado por las razones que él mismo explica en su libro ya citado,[1] pero atendiendo al lugar que, en la dirección política de nuestra organización, él ya se había ganado desde antes.

Obviamente también asistieron "Tania", "Jorge" y Valente Irena.

No nos costó mucho trabajo a Miguel y a mí exponer oralmente de nuevo el contenido del documento. Se complicaba un poco por las conclusiones de reestructuración a que llegábamos, dentro de las que se encontraban las expulsiones de nuestra organización de "Jorge" y de Valente.

[1] Salcedo, Carlos, Historia Grupo Guerrillero Lacandones, La luz que no se acaba, segunda corrección, México, Símbolo Digital Diseño e Impresión, México, 2005, p. 36.

Recuerdo con mucha claridad mi razonamiento por el cual no incluíamos en aquel paquete de expulsiones a "Tania".

Para el entendimiento de todos, eran casos muy distintos el que significaban ella y "Jorge".

Ella, sin perderse en guerras de desgaste contra el machismo o contra el socavamiento en que ancestralmente se tiene a la mujer frente al hombre, había destacado como mujer, no reclamando sus derechos femeninos de participación, sino haciéndolos escuchar y respetar mediante la claridad, la autenticidad y el peso de sus argumentos enmarcados dentro de la lucha de clases del proletariado contra la burguesía, no de la mujer contra el hombre, sin con esto demeritar, desde luego, la justeza de las demandas de género, que sabía colocar en su lugar y en su momento, no como la contradicción principal.

Para nosotros, lo de que tuviera relaciones sexuales con otro compañero que no fuera precisamente "Jorge", no nos hablaba sino de una situación de desequilibrio o hasta de un proceso de rompimiento entre ellos dos, que había permanecido oculto gracias a no haber tenido antes condiciones para que se mostrara, como hoy sucedía ante los ojos de todos.

Tampoco nos confundíamos pensando que era algo irrelevante a lo que no habría que prestarle atención. Simplemente la circunscribimos a ser tratada en otro nivel, en otro momento y de otra manera.

Y el caso de "Jorge" era distinto, digo, porque al contrario de lo que se respiraba con su esposa, con él se respiraba falta de autenticidad como revolucionario, falta de dotes naturales para ser dirigente confiable, ganas de hacer sentir chiquito a cualquiera que le rodeara si no concordaba con él o con sus propósitos. Era claramente autoritario, burlón e impositivo en su estilo de trabajo con todos. Como que le había hecho daño leer a Maquiavelo y haber resuelto que lo odiaran y tuvieran miedo, en lugar de ser querido y respe-

tado por todos los que le rodeaban, lo que, sumado todo a que Miguel y yo concordábamos que se hizo pasar por ante él como representante de una organización que no existía, merecía la expulsión.

Sin embargo, hoy que tengo oportunidad de volver a pensar en aquello que resolvimos sobre su expulsión, me parece que exageramos más de la cuenta, pues, más allá de buscar otra alternativa que respondiera con mayor justicia, digamos, por decirlo de alguna manera, a su realidad interna, nos decidimos por la vía más rápida, como si todos los ahí presentes hubiéramos sido gente muy correcta y sin errores.

A lo mejor, con mayor tolerancia y compañerismo, pudimos haber encontrado otra propuesta de trabajo con él, sin que eso significara colocarlo totalmente fuera de la organización, sin darle una segunda oportunidad.

Lo cierto es que no vimos que él opusiera resistencia a lo que habíamos resuelto y no argumentó nada en contra.

Y más injusto me parece aquello que decidimos sobre su persona, pues nadie tuvo ninguna consideración sobre el amargo trance que estaba viviendo, al saber que su compañera se había decidido por tener relaciones sexuales con otro compañero, y aparentemente no le fuera importante que todos nos enteráramos de ello.

Sí que debió haber sido vergonzante y doloroso, pero así fue el consenso de todos.

El caso de Valente fue igual. Después de exponer yo directamente, lo que él me había dicho meses atrás sobre que extraía de nuestros montos expropiados lo que a él le hacía falta para su familia, simplemente se limitó a guardar silencio y a aceptar, igual que "Jorge" lo había hecho, que lo expulsáramos de la organización.

En el ánimo de buscar no desintegrarnos y no exponernos, como en el fondo lo hicimos según es mi opinión, a pos-

teriormente haber sido todos detenidos por no haber tomado las precauciones necesarias ante un personaje como él, que aparte de que estaba lastimando, tenía tanta información sobre las vidas y domicilios de la mayoría de los presentes, como queda claro en las citas que ya hice aquí del libro de Carlos Salcedo, creo que debimos haber visto el problema en toda su dimensión y con más profundidad. Sin buscar justificarme, creo que uno de los elementos que contribuyó para que de mi parte no lo hiciera, fue porque desconocía todos esos datos informativos que ahora vierte Salcedo en su libro. El otro, sin duda, fue mi inexperiencia.

Si hablábamos de profesionalizar cuadros, ¿por qué teníamos que hacerlo sacando de su medio natural a un compañero que más rendimientos nos pudo haber dado si lo hubiéramos conservado en el ferrocarril?

¿Qué no era el movimiento obrero el centro de nuestro discurso?

Por otro lado, ¿por qué se aceptaba incorporar de tiempo completo a compañeros como Valente, que tenían tantos hijos a quienes mantener, sin preocuparse de la suerte de su familia si él era el único sostén?

Pero eso no fue lo único que resolvimos en aquella o aquellas reuniones a las que me estoy refiriendo.

Aunque no se hizo referencia alguna al espartaquismo, como un antecedente de lo que en aquel momento éramos o queríamos ser, sí compartimos con ellos nuestro deslinde hacia los partidos políticos llamados de izquierda de aquel momento, el PCM, el PPS, entre otros, por no ser representantes de los intereses del proletariado mexicano y por haberse confundido y hecho cómplices del poder priista, cuando no alcanzaban a formular líneas de acción que permitieran que el proletariado mexicano, como clase, se independizara, conociera y tuviera su propia ideología, su propia organización y su propia estrategia y dirección política.

Tal vez en eso nos pareciéramos un tanto a lo que formula José Revueltas en su "Ensayo de un proletariado sin cabeza", pero lo que definitivamente nos distinguía de él y del espartaquismo era nuestra decisión de construir comandos armados que coadyuvaran de alguna manera a aquellos propósitos que veíamos ausentes en la realidad nacional.

Por otro lado, aunque todavía con mucha debilidad y falta de claridad, hubo participaciones de quienes planteábamos el "militarismo" como una posible desviación más si nos dedicábamos sólo a las expropiaciones, como hasta aquel momento lo habíamos hecho. Señalábamos nuestra gran debilidad de estar desligados del movimiento de masas en su conjunto y más del proletariado en particular y que esa condición haría que nuestros problemas internos pasaran a ser lo central de nuestro desenvolvimiento político diario, no lo que decíamos que queríamos.

Desde luego, refrendamos que el modo de producción en el país era capitalista aunque con desarrollo desigual en distintas zonas dentro del mismo territorio nacional y que la contradicción principal dentro de él se daba entre proletariado y la burguesía, por lo que ubicando a esta última clase como el enemigo fundamental, lo que seguía era dedicarnos a construir realmente el partido del proletariado. También planteábamos ya el carácter dependiente del desarrollo capitalista mexicano, del desarrollo del extranjero, particularmente de EUA por su cercanía.

Nadie ubicamos que aunque algunos ya habíamos tenido que vivir vendiendo nuestra fuerza de trabajo a la burguesía, lo que por naturaleza nos colocaba dentro del proletariado, la mayoría de aquella nuestra dirección ahí presente y de toda nuestra organización en su conjunto, éramos estudiantes. O sea, pertenecíamos a una entidad o sector social a la que nadie le dimos una definición de clase, a pesar de ya conocer la tesis de la Universidad fábrica.

Con estos resolutivos y definiciones generales, pensamos estaba concluido el evento. Sin embargo, para algunos quedó la inquietud de que no habíamos profundizado suficientemente.

De ese modo apareció a los pocos días otro documento, que si mal no recuerdo, se titulaba "Los inmorales", donde aparte de reivindicar las líneas generales de estrategia y de táctica que ya acabo de enunciar arriba, centraba su atención en la "deshonestidad" de David y de "Tania".

Este documento focalizaba que siendo David esposo de otra compañera y padre ya de un niño o niña y que, por otro lado, siendo "Tania" esposa de "Jorge", también con una hija resguardada en algún lado del país, daban muestras en su conducta personal de una actitud deshonesta, deshonestidad que a su vez con toda seguridad también se iba a manifestar en la práctica política de ambos, dentro de nuestra organización.

No recuerdo aquí si planteaba como conclusión que ambos también debieran ser expulsados, pero lo cierto es que no prosperó nada en ese sentido, fuera de hacer sentir a los involucrados, que estaban inmersos en un gran problema ético que, a la postre, pudiera afectar a toda la organización.

Supe después que este documento había tenido más impacto que el primero en los círculos de estudio que se atendían por algunos de los compañeros ahí presentes, debido al morbo que se despertaba desde el propio nombre del documento.

También supe, cuando salí de la cárcel, que todo eso irónicamente David lo había tomado como su carta de presentación en algunos lugares del país o de la ciudad a donde iba: "Yo soy el inmoral", se presentaba ante los demás, riéndose del calificativo.

Después de este periodo de discusión y reestructuración, me di a la tarea de reconectar a algunos compañeros del CLL de Cd. Juárez, que sabía ya habían cambiado su domicilio al Distrito Federal para estudiar en la UNAM. Formé un círculo de estudios con ellos. Prefiero no mencionar sus nombres debido a que no fueron detenidos, a pesar de que tenía citas con ellos, que desde luego no dije a la policía ya cuando me aprehendieron. En todo caso, pudiera mencionar sólo el de uno, pues él mismo no sólo ya lo ha dicho públicamente sino hasta ha escrito libros al respecto, su nombre es Héctor Pedraza. Inteligente y muy participativo compañero. Le decíamos "El pato" y hoy es doctor en Ciencia Política y da clase en la Universidad Autónoma de Cd. Juárez.

A los meses, ya casi al terminar el año, también atendía a otro círculo de estudios con gente de Tamaulipas, círculo al que Miguel propuso que se sumara José, su hermano, al cual me referiré después.

Del domicilio de este círculo no hubo necesidad de que yo hablara, pues fue uno de los que José dio a la policía cuando fuimos detenidos, como él mismo lo ha declarado.

En esta etapa también fuimos al Cerro del Chiquihuite a aprender a escalar. Miguel era nuestro maestro. A aquellas excursiones asistíamos Beto Domínguez, José Domínguez, Héctor Velázquez y el que esto escribe.

Por cierto, en una de aquellas ocasiones en que nos dimos cita para lo dicho, en un intento de Miguel por enseñarnos a escalar "en chimenea", que es así como se le denomina en la jerga del alpinismo, a trepar en medio de formaciones rocosas que se parecen a una chimenea, que son más bien como una especie de cilindro vertical y visto desde adentro, Miguel iba subiendo para que nosotros lo observáramos desde abajo, cuando de repente no se pudo sostener y se de-

rrumbó en caída libre, logrando llegar al suelo en posición de pie, pero sin poder detener la inercia de su derrumbe, pasó como bólido por en medio de todos, llevándose hacia la cuesta muy empinada que estaba al lado nuestro a su hermano Beto, quien no había desatado su arnés de la cuerda de Miguel.

En la caída, Miguel logró detenerse en algunos arbustos pero Beto no, de tal manera que continuó en caída por la ladera hasta casi llegar a un precipicio. Cuando nos bajamos a auxiliarlo estaba consciente pero golpeado de la cabeza y no podía caminar, de tal manera que sabiendo Miguel que yo había sido de la Cruz Roja me preguntó qué hacer para bajarlo, a lo que él mismo se respondió montándoselo en la espalda, como "caballito", hasta llegar a la planicie y tomar un camión del transporte público para regresarnos a la ciudad.

A nadie de los demás, ni a Miguel mismo, nos pasó nada.

Miguel y Gabriel eran especialistas en alpinismo. Les gustaba subir al Popo muy seguido para entrenar.

En esa misma etapa, habiendo sido alumno de Miguel para rapelear sólo con una cuerda y sin arnés, es decir, a cuerda pelona desde elevadas alturas, ahora me tocaba a mí enseñar a sus propios hermanos. De ese modo es que hicimos varias incursiones José y yo a algunos cerros vecinos de la ciudad para mostrarle la técnica y practicar con cronómetro en mano los tiempos de descenso. Era ganarle en velocidad y era también que él me ganara. Se trataba de entrenar.

También, junto con todos, practicamos el tiro al blanco.

Mi aprehensión en Nuevo Laredo, Tamaulipas, y mi fuga de la policía

En esta temporada fue que debido a la relación que se tenía, entre otros, con los "Macías", los "Guajiros" y los Procesos, buscando ya realizar expropiaciones en coordinación con

ellos, fuimos una o dos veces a Monterrey y a Nuevo Laredo, Tamaulipas, para conocer las ciudades y para ensayar rutas de escape utilizando el tren de pasajeros.

De este modo fue que se resolvió realizar una expropiación conjunta con los "Macías" a un banco de Nuevo Laredo, Tamaulipas.

Miguel me invitó sólo a mí.

Ya en los hechos, resultó que estando todos concentrados en alguna casa que ellos nos prestaron allá, la noche anterior al día del asalto, nos llegó un visitante para indicarnos que la expropiación se había suspendido, debido a que había habido un enfrentamiento entre narcotraficantes precisamente frente al banco que habíamos decidido expropiar.

Me ofrecí de inmediato para al día siguiente ir a investigar en el terreno de los hechos, qué cambios nos obligarían las posibles nuevas circunstancias a imprimirle a nuestro plan de asalto. Era sólo por checar.

Esta revisión la haría junto con un compañero de los de allá, a quien todavía hasta aquel momento no conocía.

Me dieron las señas de él, el lugar y la hora y llegué puntual.

Estábamos en la acera de atrás del banco apenas poniéndonos de acuerdo, cuando sorpresivamente se nos acercó una carro con dos policías vestidos de civil. Se bajaron, nos encañonaron y nos obligaron a subir a su automóvil. Nosotros íbamos sin armas, siguiendo a un acuerdo previo. Luego de registrarnos por si portábamos pistolas, simplemente nos abrieron la puerta de atrás de su coche para que nos subiéramos.

Ya en el carro y rumbo a no supe dónde, oí que iban platicando entre ellos sobre lo del enfrentamiento que habían tenido con los narcos el día anterior, razón por lo que mientras tanto, sin que ellos se fijaran, tiré por la ventanilla el plano del banco que traía en mi bolsa de la camisa, así como

los boletos del metro que habíamos expropiado en México y que, de por sí, para quien los conociera o estuviera alertado, eran una clara pista que les hubiera dado si no es que lograra deshacerme de ellos, como lo hice.

Ya al llegar al destino, que era la Jefatura de Policía, primero nos separaron, luego nos sentaron en turnos distintos en un escritorio frente al supuesto Jefe de la Policía y se dio el primer interrogatorio en lo individual a cada uno. Desde luego yo aduje que no era de Nuevo Laredo, que no conocía la ciudad y que por falta de empleo en Cd. Juárez es que había llegado hasta allá. Que eso es lo que andaba haciendo. Que al muchacho que agarraron conmigo no lo conocía.

Mientras tanto, lo previsible, me quitaron todo el poco dinero que llevaba y mi reloj, el reloj que yo mismo había escogido para mí de cuando asaltamos a la Joyería Minerva del DF, creo que era el mejor.

Sin creerme, insinuando siempre que era yo uno de los narcos con quienes se habían liado la tarde anterior, me mandaron a las celdas del sótano, ahora sí junto con mi otro compañero.

Íbamos sin esposar acompañados sólo por un policía. La celda a donde nos iban a meter estaba al fondo del pasillo. Antes habíamos pasado alrededor de 10.

Al llegar a la celda, el cuate que nos llevaba agarrados del cinto nos soltó para abrir la puerta, descuido que yo aproveché para empujarlo fuerte hasta adentro y darle el cerrón a la reja.

Volteé a ver a mi compañero y esperando que hiciera lo mismo que yo, salí corriendo a toda velocidad en sentido contrario del que habíamos llegado. Todo fue tan veloz que ni oportunidad le di al policía de hacer nada, ni siquiera gritarle a alguien.

Creo que gritaron más los propios presos que me vieron pasar corriendo por enfrente de sus celdas que él mismo, que se quedó azorado allá adentro encerrado, donde lo dejé.

Al llegar al otro extremo del galerón ya para subir a la escalera, para lo cual había que voltear en sentido contrario de como venía corriendo, me detuve bruscamente para dar la apariencia a la hora de subir de que era alguien de confianza, a los ojos de cualquiera que me viera, pues ya estaba bajo las posibles miradas de todos los que estaban arriba o venían bajando.

Y efectivamente venían bajando una pareja, hombre y mujer, a quienes ni siquiera les volteé a ver a la cara. Simplemente seguí caminando con tranquilidad hasta llegar arriba. Ya arriba, la salida a la calle estaba casi de inmediato, así que no me fue difícil salir y dar vuelta para no ser visto y poder retirarme corriendo.

A mi compañero ya no lo volví a ver. Decidió quedarse abajo y a lo mejor hasta él mismo le ayudó a salir al agente que yo había encerrado.

Yo simplemente decidí correr a ver en el camino cómo le hacía para ocultarme. Corrí varias cuadras. No vi nada a mi paso que me pudiera garantizar ocultarme y ser desapercibido por los demás, de tal modo que cuando llegué a un lote grande de estacionamiento de carros, en mi desesperación y falta de conocimiento del terreno, decidí que ese pudiera ser un buen escondite, si me sentaba en alguna de las banquetas de los cajones a donde se acomodaban los coches.

Así lo hice.

Permanecí unos minutos recuperando mi respiración cuando sorpresivamente recibí un macanazo o cachazo de pistola en la cabeza que hasta luces me hizo ver y medio perdí un poco el conocimiento.

Después de algunos golpes, en vilo me arrastraron hasta una patrulla y me treparon, ya con el cuerpo flojo, a la parte de atrás.

En esas condiciones me llevaron de nuevo con el Jefe de la Policía, quien antes que esto me había interrogado y quitado mi dinero y mi reloj.

Me recibió con una sonrisa en la boca. "¿No que no cabrón? ¿Qué crees que nos ibas a ver la cara de tus pendejos? ¡'Orita vas a ver, hijo de la chingada, y no nos dices quién eres!".

Les hizo una señal con la cabeza a dos cuates que estaban ahí ya esperando que me volvieran a agarrar, mismos que me llevaron hasta un cuarto sin muebles cuya puerta cerraron tras sus espaldas… ¡Y a darle!

Sin mediar palabra empezó la golpiza. Sólo resistí unos cuantos golpes de pie pues casi de inmediato caí al suelo. Adopté instintivamente postura fetal protegiéndome con las manos entrecruzadas tras la nuca, mi cara y mis oídos y un poco mi cabeza. Igual mis genitales con las rodillas dobladas. Y a resistir las patadas que me llovían por todas partes. No sé cuánto tiempo duraron golpeándome, para mí fue una eternidad, pero cuando volteaba a verlos de reojo hasta estaban sudando y jadeando su respiración.

No sé si por técnica, por indicaciones o porque no les dejé de otra, las patadas que me dieron fueron principalmente en la espalda y en la cintura, en la zona de los riñones.

Cuando terminó una tanda, luego siguió la otra. Y así, acompañando a aquel concierto de patadas con insultos de refinado gusto pero de grueso calibre, decidieron de nuevo llevarme con su jefe a que me viera en qué estado me habían dejado.

El mentado jefe ya no me dijo nada, nomás les dio la orden de que me llevaran a alguna celda.

Y ahora sí vigilado por aquellos dos golpeadores, me llevaron hasta la misma celda de donde horas antes me había

logrado escabullir, pero desde luego era algo así también como para que todos los demás vieran lo que les sucedería si se les ocurría hacer lo mismo que yo.

Eran unos 10 presos los que estaban ahí detenidos pero la celda era grande y muy iluminada, de tal manera que habiendo sólo cuatro literas empotradas, dos en cada lado de las paredes, el pleito era quién las usaba, así que sin darme cuenta y ya sin querer, también al llegar armé otro escándalo porque tan cansado y golpeado iba que lo primero que hice fue sentarme en uno de aquellos camastros de concreto sin saber que ya tenía "dueño".

De inmediato alguien se paró frente a mí reclamando aquel lugar y exigiéndome que buscara algún espacio sentado en el piso.

Desde luego no quise oponer resistencia. Mis condiciones no eran para provocar o caer en la provocación aparte de otra golpiza, así que de inmediato me puse de pie acercándome a los elevados ventanales que estaban al fondo de la celda, para ver posibilidades de fuga.

Todos lo notaron.

Efectivamente a partir de aquellos momentos empezaron dentro de mí a llover ideas no sólo sobre la fragilidad de nuestra organización, sino además sobre la inmadurez y frivolidad con que veíamos nosotros mismos el papel de supuestos guerrilleros que estábamos desempeñando.

Por fortuna, para los que me habían aprehendido y para el mismo jefe de la policía, yo era un narcotraficante. Me "ayudó" mucho para esta confusión la balacera y muertos que había habido en el mismo lugar de donde me habían "levantado" junto con el otro compañero y todo me indicaba que si me dejaba llevar por esa confusión podía "jugar" con mi imagen, de que no, de que sí era eso que ellos querían figurarse que era, ganando tiempo para resguardar información y empujar por otro rumbo mi identidad personal.

Por supuesto que tenía los domicilios de dónde estaban mis demás compañeros y de dónde estaba mi ropa y mi pistola. Y eso era lo que estaba en primer orden resguardar. Pero, en cambio, ¿qué podía decir de dónde vivía ahí en Nuevo Laredo si no tenía más domicilios que esos?

Cierto, yo había vivido en Cd. Juárez hacía casi dos años para aquel momento, pero ahora no tenía ningún domicilio del cual yo pudiera decir que de esa casa venía, salvo el domicilio de mi hermano Ricardo.

Pero igual, si por proteger a mi familia, presionado por la tortura yo pudiera "corregir" y decir que realmente de donde venía era del DF pero, ¿de cuál domicilio, si no conocía otro que donde vivían junto conmigo todos mis compañeros?

En otras palabras, sí que me encontraba en un verdadero problema por falta de previsión de una coartada redonda que satisficiera cualquier interrogatorio en caso de detención, como fue esta que estoy describiendo.

Y cuando hablo de una coartada redonda me estoy refiriendo no sólo a una coartada individual, donde yo pudiera decir soy "fulano de tal" y esta es mi identificación, me dedico a esto o a esto otro y lo puedo demostrar de esta manera, etcétera, lo que de por sí ya sería mucho, sin embargo me estoy refiriendo a toda una infraestructura legal que diera cobertura a cualquiera que, como yo, fuera sorprendido en acciones de las cuales pudiera liberarse si tuviera recursos de existencia previamente preparados.

Maquinando todo tipo de "salidas" para aquel problema en que estaba metido y también de reflexiones sobre la seriedad con que deberíamos ver nuestra estructura de clandestinidad en toda nuestra organización, es que se me fue todo aquel día y parte de la noche.

Tuve que dormir en el piso de cemento y sin ninguna cobija que me arropara, lo cual era lo de menos frente al enorme problema de conservar mi identidad y los domicilios

que conocía de mis compañeros, tanto ahí en Nuevo Laredo, como en Cd. de México, en aquel entonces DF.

Al día siguiente es que empecé a sentir los dolores de la golpiza. Orinaba sangre y empecé a renguear al caminar.

En eso estaba cuando de nuevo me volvieron a llamar frente al sujeto aquel que el día anterior me había interrogado.

Las preguntas fueron las mismas y mis respuestas fueron las mismas. Aunque ahora en este segundo interrogatorio yo me detuve un poco para deslizar respuestas de que yo "no tenía nada que ver" con los que se habían liado a balazos hacía dos días en el lugar donde me habían aprehendido. Me detuve a reafirmarles que ni siquiera los conocía. Me amenazaron con otra golpiza si no les daba más datos sobre eso que yo decía que no sabía nada, a lo cual les respondí que estaba orinando sangre. Que ni siquiera podía caminar bien y rápido, debido a los golpes del día anterior.

Yo sabía que al decir eso, era como si les estuviera diciendo "aquí donde me golpearon me dolió mucho, síganme golpeando en esas partes. Están a punto de hacer que diga lo que sé". Pero también sabía que si me estaban confundiendo con un narcotraficante, sin saber a qué grupo pertenecía, pues era posible que estuvieran tocando a alguien de quien después tuvieran que dar explicaciones a otro tipo de autoridades superiores a ellos, acerca del abuso sobre mi persona.

Vi en sus ojos esa duda y ya no me volvieron a golpear. Me regresaron a la celda.

Pero en mi cerebro seguían moviéndose decenas de ideas sobre qué es lo que una organización, como la que pretendidamente construíamos nosotros, tenía que hacer para prever situaciones como aquella que estaba yo experimentando.

Yo no sabía cómo iba a salir o a no salir de aquella situación pero el aprender de ella era lo principal. Aprender de ella y, desde luego, no soltar una sola palabra que les mo-

viera el escenario donde me tenían metido, pues esa era mi única salvación.

Pasó de nuevo ese día y aquella noche en las mismas condiciones que el anterior. Ya no volví a recibir ninguna provocación de nadie, pues difícilmente me movía de mi lugar y al día siguiente me volvieron a llamar.

El mismo cuate que me había estado entrevistando de nuevo me volvió a recibir para asegurarme que no los estaba haciendo pendejos. Que bien sabían que estaba coludido con el narcotráfico, pero que me iban a dejar salir en virtud de que no tenían nada en las manos para acusarme.

Que eso sí, me exigían que me regresara a Cd. Juárez de inmediato y que no me querían volver a ver ahí en Nuevo Laredo. Que a la próxima ya tendrían más elementos y que no me dejarían salir.

Yo francamente estaba sorprendido mientras oía esto que me estaba diciendo aquel hombre.

Sin pensarlo más y después de preguntarle que si entonces ya me podía retirar, con voz enérgica él me respondió: "¡Pero te vas ya hasta la central camionera!".

Me puse de pie y de inmediato salí a la calle. Pero ya caminando sin ningún centavo en la bolsa recordé que ellos se habían quedado con todo lo que traía de valor en mi cartera junto con mi reloj, de tal manera que si de veras me querían ver en la Central Camionera para irme a Cd. Juárez, ¿pues con qué dinero lo haría?

Decidí regresarme a pedir que me devolvieran todo.

Ni siquiera toqué la puerta de aquella oficina. Simplemente me metí y le dije a aquél señor:

—Oiga, usted se quedó con mi reloj y con mi dinero. ¿Con qué dinero me regreso hasta Juárez?

—Mira qué *jijo* de la chingada me saliste. ¿Ahora quieres que hasta te dé dinero para que te vayas?

—Pues entonces ¿cómo le voy a hacer? Quédese si quiere con el reloj pero deme mi dinero para poder irme. ¿O cómo quiere que le haga?

Riéndose abrió el cajón de su escritorio y no sólo sacó mi cartera sino además, sorprendentemente, también sacó mi reloj y me lo aventó todo encima de la carpeta.

—¡Pero te me vas mucho a la chingada, cabrón! ¡No te quiero volver a ver acá!

No esperé a más. Simplemente tomé mi reloj y mi cartera que me aventó y… ¡adiós!

Yo quise imaginarme que a partir de ahí, lo más probable es que me siguieran. No podía ser posible que así de buenas a primeras me dijeran: "lárgate, toma este dinero y vete ya a tu casa a Cd. Juárez. Sé buen niño. Es más, llévate también tu reloj".

¡Por supuesto que iba bien madreado, como bien dicen en mi rancho, pero lo bueno es que estaba libre!

Tenía ahora que imaginarme el peor de los escenarios. Sin sobrestimar mi figura, desde luego, pero debía darme por vigilado y que de mí iba a depender saber zafarme en el camino de su muy probable persecución.

La primer maniobra que hice fue casi obligada. El dinero que dejaron en mi cartera apenas me alcanzaba hasta llegar a la ciudad de Chihuahua, de tal modo que mi boleto lo compré hasta ahí, lo cual, si habían abordado el mismo camión pensando en que mi destino era hasta Cd. Juárez, los obligaría a irse sin mí hasta aquella ciudad o a bajarse junto conmigo y darse a ver, si yo lograra descubrir su permanencia.

Por supuesto que traté de hacerlo pero era mucha gente la que bajó en esa terminal y no alcancé a distinguirlos a todos.

Me dediqué en seguida a hablar con cada uno de los viajeros bien vestidos que vi en aquella central para pedirles su colaboración a completar mi pasaje a Cd. Juárez y en eso me

la pasé parte de la mañana, sin distinguir algún movimiento relevante a mi rededor.

Mi boleto, ahora sí hasta Cd. Juárez, lo compré en el asiento tres, o sea el más cercano al chofer. Pude así con facilidad bajarme al estribo anterior a la salida del camión, como suelen hacerlo muchos viajeros, y trabar así algo de conversación con el conductor. Mi idea era ganarme un poco su confianza para pedirle que me bajara sorpresivamente en algún lado, lo cual de antemano, sabía que no siempre lo permitían.

Mi idea era bajarme en el "Crucero a Juárez", donde después se construyó un puente al que la gente de burla le llamó "el puente al revés". Era el cruce de la entrada de los vehículos que venían o iban al Valle de Juárez para entrar a la ciudad, con los que venían del rumbo de "La Cuesta" o de Villa Ahumada o de Chihuahua. Era la única entrada a Cd. Juárez desde el sur. A un lado de ese crucero estaba o está todavía el Tecnológico de Cd. Juárez.

Como era o tal vez hoy siga siéndolo, un crucero muy concurrido por gente y por vehículos, me pareció el ideal para, si me tocaba llegar ahí cuando estuviera el semáforo en rojo, pedirle al conductor que de favor me abriera la puerta para bajar rápidamente.

La suerte me favoreció y efectivamente tuvo que hacer alto pues el semáforo estaba en rojo cuando llegamos ahí. Y la petición de que me abriera la puerta no la dejé esperar ni un segundo. En respuesta el conductor me miró a los ojos, me preguntó que si no traía equipaje abajo en la cajuela, tras lo que al responderle que no, rápidamente abrió la puerta y me bajé.

Según yo, si los que me iban persiguiendo iban a bordo del camión, también se tendrían que bajar y de ese modo yo los podría ver frente a frente. Esa era una posibilidad. La otra es que vinieran en un coche atrás del camión, pero

en cualquiera de los dos casos, el movimiento sorpresivo que hice me resultaba de maravilla para descubrir lo uno o lo otro.

No bajó nadie atrás de mí pues el camión tuvo que avanzar casi de inmediato y yo me metí entre la gente que estaba ahí o vendiendo cosas o esperando que el semáforo se pusiera en verde para cruzar.

Simplemente logré ocultarme dentro de aquel grupo para ver si atrás del camión iba algún coche sospechoso. Y efectivamente, vi pasar frente a mí un carro negro con antenita en medio del capacete, de aquellos que se distinguían rápido como que eran los de la policía o de Gobernación.

La propia colocación en que se encontraban atrás del camión de pasajeros al bajarme yo de él, les impidió verme descender, de tal modo que ni siquiera vi que voltearan a su derecha para revisar nada.

Yo de inmediato, mientras ellos se alejaban, le pedí raid (aventón) a un señor que iba manejando una troquita (camioneta) chica de redilas, que estaba ahí esperando la luz verde del semáforo, para marchar al interior de la ciudad, pero no por la carretera Panamericana, que es por donde iban ellos, sino por la avenida Insurgentes y que es la que hace crucero al salir al Valle de Juárez con la Panamericana. Y otra vez la fortuna me ayudó. El señor al que le pedí el raid simplemente me respondió que me subiera atrás.

Y así fue como con una gran sonrisa que se convirtió casi en carcajada y un grito de júbilo, tipo Don Narciso Murillo, aquel viejito pedorro que nos contaba sus hazañas villistas a mí y a mi hermano Ricardo siendo niños, vi alejarse de mí al peligro de haber sido detenido. Recordando a aquel señor, a Don Narciso, a mi ahora sólo me faltó también tirarme un par de pedos nomás de puro gusto. Era un panorama hermosísimo aquel del que disfruté cuando vi al camión de pasajeros avanzar y al carro negro atrás de él, "inocente-

mente" siguiéndolo, en un rumbo muy distinto al que ahora yo tenía. En aquel entonces, esa zona estaba despoblada, así que pude hacer contacto visual desde lejos, debido a que no había casas ni edificios que se interpusieran entre ellos y yo, permitiéndome la visibilidad.

A esas alturas ya me sentía muy mal de todo el cuerpo. Me dolía todo y poco a poco empezaba a encorvarme al caminar, pues me dolía mucho la cintura.

Mi estancia en Cd. Juárez en calidad de "golpeado" en recuperación

Ya sintiéndome liberado de la posibilidad de estar siendo perseguido, ahora el problema sería qué hacer para localizar a Gabriel Domínguez Rodríguez ahí en Cd. Juárez, conseguir algo de dinero y un lugar seguro para permanecer oculto mientras me recuperaba.

Lo que había comido por la mañana había sido realmente muy poco y ya tenía mucha hambre.

Como ya dije en el capítulo segundo, yo desconocía los domicilios de todos los que habían formado parte del CLL, pensando en que Gabriel de algún modo estuviera conectado con alguno de ellos y, tal vez así, poder poner una cita con él.

También podía ir a la casa de mi hermano, pero me pareció, con todo y que ya me sentía liberado de la probable persecución, que era exponerme a un sin fin de circunstancias que por ignorar, no podía arriesgar.

Supe alguna vez que uno de los compañeros de aquel entonces trabajaba en una imprenta. Sería un verdadero garbanzo de a libra si fuera a buscarlo y ahí lo encontrara, pero no me quedaba otra. También sería otro milagro si éste permaneciera organizado y más todavía, que tuviera relación con Gabriel, pero lo dicho, no tenía a los primeros pasos otra alternativa. De tal manera que fue lo primero que hice.

El señor que conducía la camioneta en la cual había atravesado parte de la ciudad por toda la avenida Insurgentes seguiría de frente hasta llegar a "La Chaveña" cruzando la vía del ferrocarril por el desnivel, si seguía ese camino, lo cual no me tocó confirmar pues a la altura del cruce con la calle Constitución yo le pedí que me bajara, pues caminando me quedaba relativamente cerca la imprenta que yo recordaba, era donde trabajaba aquel compañero del CLL que tenía en mente.

Así, un golpe de suerte se sumaba al otro y luego al otro para poco a poco ir poniéndome a salvo.

Resultó la maravilla no sólo que el compañero todavía trabajaba ahí en aquella imprenta, sino además que me tocó hacer contacto visual con él desde lejos y hacerle señas para que fuera hasta donde estaba yo afuera mirándolo.

Medio asustado pero acudió a mi llamado y rápidamente le pregunté si tenía contacto con Gabriel a lo que su respuesta también fue afirmativa.

Le pedí de favor que lo buscara con carácter de urgente y le dijera que yo lo esperaría esa misma noche a las 10, en una lonchería situada en la calle Mariscal, entonces concurrida arteria de Juárez, donde cada puerta correspondía a una cantina distinta y de mala muerte, a donde solían ir de día y de noche los gringos, gente de color y mexicanos a emborracharse y pasarla bien con las prostitutas que pululaban por todos los establecimientos y a toda hora del señor.

Con lo desconfiado que eran él y su hermano Miguel, faltaba solamente que decidiera no ir a mi cita, pero hasta en eso el dios Marte me ayudó. No sé si tomó precauciones de ir acompañado por alguien o algunos, que desde afuera vigilaran la marcha de los acontecimientos, lo cual no pregunté, pero al verlo simplemente sentí que se me abrían las puertas de los cielos.

A los dos nos dio muchísimo gusto vernos y, sin mostrar ninguna desconfianza, se sentó en la mesa donde yo lo es-

peraba y lo primero que le dije es que traía mucha hambre y que si me permitía pedir comida suficiente para recuperarme, a lo cual asintió de inmediato.

Total, mientras yo deglutía alegremente las enchiladas con dos huevos estrellados encima, más ricas que había comido hasta entonces y además unos frijoles refritos a un lado, se nos pasaron las horas platicando.

Le enteré de todo lo que supuse él no sabía de nuestra organización: de la última reunión de reestructuración que habíamos tenido casi inmediatamente después que él se había venido a Cd. Juárez, le conté de todo el episodio de Nuevo Laredo y de mis escapatorias y golpizas, de tal modo que no fue difícil que de él mismo saliera ofrecerme dinero para que me fuera a un hotel, me repusiera un poco y hasta entonces pensáramos en una cita en el DF con Miguel.

Ya no volvimos a poner otra cita, en el entendido los dos que podíamos reencontrarnos a través del mismo contacto. Además yo le dije en cuál hotel me alojaría en caso de que quisiera buscarme.

Toda la noche y el día siguiente estuve pensando sobre la conveniencia de hablarle a mi hermano Ricardo, conectándome con él al teléfono de la empresa donde trabajaba.

Así lo hice. Busqué en el directorio telefónico el número y, a través de la secretaria, fue fácil dar con él sin necesidad de ir a su casa.

También nos dio mucho gusto vernos aunque él quedó muy alarmado del estado físico en que me vio. Le expliqué las cosas de tal manera que no se alarmara más de lo debido y obviamente también de su parte obtuve un poco de apoyo económico, sin siquiera pedírselo.

Los días pasaron y yo cada vez me ponía peor. A la semana dejé de orinar sangre pero cada vez podía caminar menos. Y cada día me encorvaba más.

Vi que iba a tardar mucho mi restablecimiento y que resultaría muy costoso esperar a que todo pasara gastando dinero ahí en el hotel. Por esa razón y ya platicándolo con calma con mi hermano, vi que no tenía él ninguna vigilancia ni personal ni en su casa y que no sería de gran alarma en la colonia si me iba a vivir con él un tiempo, sobre todo si no me dejara ver públicamente. Por la anterior razón apenas pasaron 10 o 14 días y ya estaba en la casa de mi hermano. Y no fue un mes ni dos, duré casi tres meses viviendo en su casa hasta que más o menos pude de nuevo recuperar mi postura erguida y caminar sin tropezarme.

Fue entonces que Gabriel me dio dinero y una cita con Miguel en el DF.

Mi reconexión en CDMX con los compañeros de la organización sin nombre, después conocida como Lacandones

Y así llegó el día en que finalmente pude ver a Miguel y a los compañeros y compañeras de nuevo.

En el DF había y hay muchos recovecos, puentes, túneles peatonales y todo tipo de maneras de "zafarse" de las probables "colas" que uno traiga pegadas. También de descubrir a tiempo si aquel con quien uno se va a entrevistar, alguien lo viene siguiendo.

Yo sabía que Miguel iba a tomar ese tipo de precauciones, de tal manera que me dejé llevar obedientemente por todos los "santos y señales" que debía cruzar antes de llegar hasta donde él me esperaba.

Cuando nos vimos, igual que con Gabriel, fue muy alegre el recibimiento. Ambos eran poco efusivos, pero uno que los conocía, sabía muy bien de la sinceridad en sus estados de ánimo.

La plática fue extensa, acuciosa y detallada. La mejor bienvenida que me dio fue regresarme mi pistola, la Brow-

ning 9 milímetros que siempre me había acompañado, pues a esas alturas los compañeros del norte ya se la habían regresado junto con mi maleta.

Satisfecho ya en todos sus requerimientos para valorarme de nuevo como compañero, sin nada que pudiera cuestionar la veracidad de todo lo que les decía a él y a su hermano, nos fuimos de nuevo a la misma casa en que vivíamos desde antes de irnos a Nuevo Laredo. O sea, me llamó la atención que no hubieran hecho ningún cambio de domicilio precautorio debido a mi detención.

A los días me dijo que habían preparado una reunión con todos los compañeros. No me dijo quienes, pero el punto era que, al entender de todos, era importante que todos escucharan el relato de mi experiencia como una vía de aprendizaje, lo cual a mí me pareció excelente medida, pues yo quería "vaciar" en presencia de todos, no sólo mis vivencias, sentimientos y sensaciones que había experimentado durante todos los meses pasados, sino mis propuestas de rectificación a la relativa holgura, que a la hora de estar aprehendido y a expensas de golpes, torturas e interrogatorios, yo veía que teníamos en nuestra cotidianidad "clandestina".

Según lo que yo había vivido y experimentado, vivíamos como de vacaciones en domicilios fuera de nuestras casas familiares. Eso era lo relevante de lo que yo quería transmitir y le agradecí mucho a Miguel que me diera esa oportunidad.

La reunión fue en un lugar público y muy concurrido por jóvenes y adultos. Eran mesas y bancas fijas de cemento con algunos árboles cercanos para recibir algo de sombra.

Eran todos mis compañeros que había conocido dentro de lo que era hasta entonces nuestra organización, pero estaban también otros que desconocía y presentes igual, "Tania" y "Jorge", quienes, según la posición en que los vi, estaban acompañándose uno al otro. Según lo que alcancé a contar,

no eran menos de 15 compañeros y compañera los que estaban presentes.

Yo no le pregunté a Miguel por qué estaba presente "Jorge" si se suponía que estaba ya expulsado. Simplemente me puse a hablar de acuerdo con un pequeño guion mental que llevaba, mismo que no le hacía perder la autenticidad de todo lo que me interesaba comunicarles.

Y esencialmente todo también ya está dicho aquí.

Aparte de los detalles de mi detención, mi intento de fuga, la golpiza, etcétera, lo que más me empeñé en transmitir fue la sensación de angustia que sentía dentro de mí al ser detenido y de lo que podía suceder a toda la organización, a ellos, a mis compañeros y compañeras, si la policía hubiera logrado alguna forma de identificarme, de saber quién era yo. Para evadir eso, en este caso concreto a mí me ayudó mucho la misma balacera el día anterior entre narcos, ahí mismo donde me aprehendieron. No traer nada en mi ropa que me identificara en ningún sentido y hacerme pasar como uno de los que ellos sospechaban que era, negándolo, fue la otra parte.

O sea, de manera natural la enseñanza se nos estaba mostrando sola. Tener una explicación lo suficientemente creíble y convincente de la cual no había que "salirse" a la hora del interrogatorio, era la clave.

Y para lo anterior debía tener una coartada "estructural", le llamaba yo, también usé las palabras de "coartada redonda" previamente elaborada, que partiera no sólo de estar escondidos en las llamadas "casas de seguridad" o "refugios", que efectivamente servían mucho para guarecernos y tener un lugar oculto, estable y seguro dónde radicar, pero que se convertían en un verdadero estorbo a la hora de estar frente a un torturador si no tenía uno otra alternativa que decir, que convenciera. Lo anterior significaba tener identificaciones individuales con otros nombres, tener una actividad le-

gal demostrable, como inscribirse en alguna universidad o preparatoria y hasta tener un lugar a donde poder decir uno que es donde vivía, como las casas de estudiante, etcétera. Pero lo cual todo tenía que cultivarse, prestársele atención seriamente como una actividad de cobertura que podía salvar a muchos en una redada.

Seguir viviendo en "casas de seguridad" y entender con eso que ya estamos en la clandestinidad y a salvo de toda detención es un error, les decía. No porque no fuera correcto hacerlo, sino porque era ingenuo pensar que si a alguien lo aprehendieran, teníamos todos la seguridad de que no iba a decir su domicilio.

Desde luego, nunca me mostré en contra de la certeza de que quien fuera aprehendido tuviera como mística metida hasta la médula de sus huesos de resistir por lo menos dos o tres días de rigor sin decir su domicilio, para darles oportunidad a los que vivieran con él, en caso de su ausencia, de que de inmediato desalojaran al domicilio.

Pero ¿y si no hubiera esa resistencia?

¿Qué garantías podíamos tener si seguíamos con aquella "seguridad" de que nunca iba a caer nadie ni de desencadenar a partir de ahí las detenciones de otros como les sucedió a los del MAR, cuando los detuvieron casi a todos de un jalón?

Creo que no sólo la transmisión concreta en detalle de mi experiencia sirvió en aquella reunión, sino además esta reflexión de la necesidad de una "coartada de estructura", que yo traía como cantaleta con todo el que tenía oportunidad de platicar.

Mi último intento de expropiación y mi detención definitiva

Las palabras y comentarios dichos en aquella reunión creo que calaron, hicieron reflexionar a algunos, pero no alcanzamos a concretar nada en los hechos.

Con ésta ya era la segunda llamada de atención que yo tuve oportunidad de formularles a mis compañeros antes de caer. La otra, meses atrás, aunque todavía balbuceante, se refirió a la táctica y a nuestra reestructuración.

Los compromisos de proveer con dinero a todo el aparato, que se estaba ya construyendo a esas alturas en todo el país, requerían que los que estuviéramos en condiciones de continuar con acciones de expropiación debíamos hacerlas.

En nuestro caso, aprovechando la experiencia que ya habíamos adquirido en la planificación y en llevar a los hechos el asalto al Metro, que había sido detectar la agenda de una camioneta que recogía los valores de todas las taquillas y localizar el momento en que ya tenía dentro de su "barriga" la recolección en efectivo de todo un día de pagos del transporte de los usuarios, nos hizo pensar en algo semejante, pero ahora de otra camioneta que recogía el dinero de las sucursales de la Pepsi Cola, instaladas en toda la ciudad.

La idea fue de Miguel y mía, para lo cual debía hacer ahora lo mismo.

Miguel me proporcionó el mismo carro viejito que siempre me proporcionaba para traer las armas de Puebla, y ahora para hacer aquella investigación persiguiendo a la dicha camioneta de valores, pero en horarios intercalados para no ser descubiertos.

También me dijo que me acompañaría su hermano José; y como no sabía manejar, otra persona llevaría el carro a la calle que él me iba a decir, pero que ahí iba a estar José esperándome como mi acompañante.

La estimación que yo entonces le tenía a su hermano José era casi de hermanos y no dudaba de su potencial a desplegar en acciones de expropiación, como sí dudaba de la de otros, pero me llamó la atención que siendo él el menor de los tres hermanos suyos que vivían ahí en el DF, ahora

fuera el más chico de ellos, que ni siquiera cumplía los 20, quien sin previo fogueo en expropiaciones menores y sin estar integrado en algún comando con domicilio clandestino, precisamente fuera quien hiciera su primer acto de expropiación junto con nosotros, en este caso conmigo. Me limité sólo a preguntarle por qué.

Simplemente me respondió que le insistía mucho, que por eso.

Puestas de ese modo las cosas se dio la primera cita y la primera "sesión" de persecución a la camioneta de valores.

Logramos avanzar en dos horarios distintos y al tercer día, al igual que los anteriores, tocaba esperarla donde habíamos abandonado la persecución el día anterior, nos colocamos en una calle paralela a la Calzada de la Viga, que es por donde pasaría ese día la camioneta. Nuestra posición nos permitía ver cómodamente el paso de los vehículos y ponernos de inmediato en movimiento atrás de nuestro objetivo cuando pasara.

Ese día, como los anteriores, como todos los demás en que tuve oportunidad de platicar con José, cuando íbamos a algún entrenamiento, lo aprovechaba para platicarle todo lo que podía sobre el contenido de las reuniones de nuestra organización cuando las hacíamos, de los documentos que habíamos presentado en ellas, incluyendo el que presentamos de consenso Miguel y yo, etcétera. También le platiqué de mi experiencia en Nuevo Laredo, sin darle nombres y detalles desde luego, pero lo importante para mí, igual que en la reunión a que me habían invitado para externar la experiencia que viví cuando fui detenido, era transmitirle la enseñanza, igual que si hubiera sido uno de los que hubieran asistido a la ya dicha reunión celebrada en un lugar público con todos los compañeros y compañeras.

José, al igual que sus hermanos, era y creo hoy lo sigue siendo, un muchacho muy inteligente. Entre él y yo, hasta

entonces, se cruzaba una gran amistad y lazos de afecto, por lo menos de mi parte, muy sinceros.

Eran ya los finales de 1972 y tuvimos oportunidad de conocernos intensamente desde 1968.

Hubo la separación, creo que instigada por ellos mismos, él y su hermano Beto, después de la quema del templete del mitin del PRI, cuando se presentó LEA como el candidato "del pueblo" en Cd. Juárez.

Sin embargo, a estas alturas creo que nos había vuelto a hermanar pertenecer a la misma organización armada, que en aquel entonces, no coincidir en eso en Cd. Juárez fue en el fondo la razón de la separación. Es decir, no compartir la convocatoria a la lucha armada que nos habían expuesto precisamente sus hermanos, en la que ahora estábamos, igual, envueltos.

Eso era el telón de fondo por el que yo sabía que él era un claro receptor de todo lo que en aquel entonces eran mis inquietudes, de tal modo que supo a pie juntillas la enseñanza que yo había adquirido sobre la necesidad de una "coartada de estructura", de tener una finta bien estudiada para ocupar tiempo y, de ser posible, "confundir al enemigo" en los interrogatorios, como decían los pasquines de Dick Tracy y de Kalimán.

No era precisamente ese el tema del que estábamos hablando. Ese ya lo teníamos muy trillado y conocido. De lo que estábamos hablando era de las reuniones en la UNAM a las que a mí me gustaba asistir para tener información del movimiento estudiantil, cuando de repente vimos a un carro con, por lo menos, cuatro a bordo, que se detuvo paralelo al nuestro, pero en sentido contrario.

Nos volteamos a ver él y yo sabedores ya que eran policías y hasta ese momento fue que supe que él traía su arma. Me lo dijo mostrándome su cinto donde estaba la funda.

Yo sabía qué arma portaba. Era una escuadra calibre 45 del Ejército Nacional, con balas recargadas por nosotros. O

sea, era un arma que, a quien la policía o el ejército sorprendiera con ella, estaba obligado a dar muchas explicaciones sobre cómo llegó a sus manos y, sobre todo, por qué eran balas recargadas, no de fábrica.

Es decir, lo que él me estaba informando hasta ese momento era una clara violación a un acuerdo o instrucción muy clara entre nosotros, de que cuando no fuéramos a hacer alguna expropiación no debiéramos andar armados, pues si no íbamos a usar el arma, en lugar de ayudarnos podía comprometernos y, en cuyo caso, habría que usarla. Más en este caso tratándose de una arma de ese tipo y en esas condiciones.

Ya para ese momento me estaban dando la orden de que me bajara y abriera la cajuela.

A José nunca le hice un comentario sobre que yo ya conocía ese carro con el que andábamos haciendo la investigación, ni mucho menos en qué lo había usado antes, de tal manera que sabiendo por mi experiencia en el uso del mismo, que la cajuela no abría con facilidad ni siquiera con la llave y sabiendo que si él, habiendo sido el "depositario" del carro, los días anteriores para esperarme en él cuando yo llegaba a la cita, luego entonces él podía conocerlo más que yo, desde ahí decidí decirle a él, a José, que él abriera la cajuela, pensando en que si yo lo hacía, de inmediato iba a mostrar que no era mío, pues no sabría abrirlo con facilidad.

Eso hizo que los dos nos bajáramos del carro y nos encamináramos hacia la cajuela.

Para ese momento ya todos los del carro se habían bajado y nos estaban rodeando.

Ya estando los dos al pie de la cajuela, se cruzaron las miradas entre él y yo y fue en ese momento que le di la orden, con un ademán y con los ojos, de que desenfundara la pistola y se defendiera. En mis cavilaciones personales yo había decidido no lamentarme ya estando preso, no haber-

me defendido a tiempo cuando había tenido la oportunidad de hacerlo. Así mismo se lo había hecho saber a él el día anterior, de tal manera que no había forma de que no me entendiera la orden que le di, sin decírsela oralmente, pues perderíamos el factor sorpresa.

¿Qué más podíamos hacer si no teníamos aquella "coartada de estructura" a la que yo me había referido tanto con él, como en mi exposición ante el grupo grande a que me invitó Miguel, como cuando hablé con Gabriel?

Sin ella, según yo, era preferible jugársela a fondo, topara donde topara.

Pensando que él haría lo propio, casi al mismo tiempo que le hice las señas, me abalancé contra el policía que se había colocado frente a él para intentar quitarle la pistola. En el forcejeo sólo la tuve en mis manos por algunos segundos pues el otro policía que estaba a mis espaldas me asestó un golpe en la cabeza y me jaló hacia atrás desde mi cinto, logrando tumbarme pues la postura que él tenía con relación a la mía le daba la ventaja. Pero no logró hacerlo de inmediato. Intenté zafarme de él lanzándole golpes en vuelo hacia atrás, pero al final caí al suelo, pues me traía dando vueltas agarrado de mi cinto, algo así como un reguilete al que aventaron a la banqueta.

Creo que todo este mitote pudo haber sido aprovechado por un compañero más fogueado y mentalizado, pues la labor de distracción ya se la había ofrecido yo con creces. Sin embargo, desde el suelo volteé a verlo y estaba paralizado, con las manos en alto y sólo limitándose a ver.

Entendí que el intento de liberarnos de ellos o que todo lo que podía desencadenarse había fracasado y ya dejé de defenderme.

Y otra vez, como en Nuevo Laredo, en vilo hasta arriba del carro, pero ahora sí esposado. Por cierto, a la hora que me pusieron las esposas me di cuenta de que ya no traía mi reloj,

por lo que volteé hacia atrás y sólo yo le vi resplandecer su aurea dorada a la luz del sol. Ahí, como mudo testigo de todo lo que había pasado, abandonado y solitario en aquella calle.

Ya estando arriba, aparte de las esposas por debajo de mí, se me trepó un tipo encima de mis piernas y a darse vuelo con golpes y toques eléctricos con picana por todas partes, mientras José, igual que al principio, tranquilo, aunque también esposado.

Él sabía muy bien que Miguel y yo vivíamos en el mismo domicilio, que a su vez, él desconocía, por supuesto.

Sabía también lo vital que era para mí no dar esos datos, de tal modo que desde ahí, delante de él, urdí la estratagema decisiva para eludir, no al interrogatorio ni a la tortura, que ya para aquellas alturas eran inevitables, sino para poner a salvo, a costa de todo lo que me pasara en las mismas, los domicilios que yo conocía de la organización y de mi familia, así como las citas que en los próximos días tendría con diversos compañeros. En eso consistía precisamente la enseñanza que obtuve meses atrás en Nuevo Laredo y que tanto me empeñé en transmitírselas a todos, incluyendo al mismo José ahí presente: urdir una estratagema para conservar intocados, a costa de lo que fuera, los datos más vitales de la organización.

Y lo dije en voz alta precisamente para que él oyera y tomara su posición. De negar lo que estaba oyendo de mí y asumir las probables consecuencias o de callar y aceptarlo, a costa de saber que yo pudiera dar mi domicilio, que era el mismo de su hermano.

—¡Él es el que trae pistola y yo ando desarmado! —Les grité.

—¡Él es mi jefe! ¡Yo no sé nada!

—¿Y por qué traes tú el carro?

—Él me lo prestó. ¡Él no maneja!

—¿Y qué andan haciendo?

—¡Estábamos esperando a unos amigos de él! —Y otra vez de nuevo golpes y picana. Y otra vez las mismas palabras sobre mí, escuchado todo por José.

Así llegamos, creo hasta la jefatura de policía de ahí del DF. Imposible que yo, como iba, me diera cuenta a dónde nos llevaron.

Después empezó el trajín de verdad.

Primero a separarnos, igual que lo hicieron con mi otro compañero en Nuevo Laredo, luego me desnudaron y me vendaron esta vez, además de las esposas.

¡Y al pocito! Famoso pocito, que ese sí me di cuenta, eran bebederos de caballos a donde un tipo montado arriba de mi panza, me hundía la cabeza hacia atrás en el agua hasta ya no poder respirar.

Como todos los que han pasado por ahí lo han dicho y lo cuentan, no tengo necesidad de volver a repetirlo. Ese es un escenario muy contado ya por todos.

Y en mi caso fue lo mismo. No hay quien pueda decir, a mí me torturaron más que a ti o al revés.

Simplemente son circunstancias que no se le desean a nadie que las viva, pues lo hacen a uno ver la muerte de cerca. Y lo peor, le lastiman a uno su dignidad hasta lo más íntimo. Pisotean a placer la autoestima, el valor en sí mismo que uno pueda tener de su persona y, a su vez, uno debe estar muy bien parado en su propio ego para no dejarse vencer. No sólo es un juego de resistencia física por la tortura, que por supuesto que lo es. Es además una especie de juego de ajedrez, donde uno, sin verlos, va midiendo la capacidad de cada torturador, así como su propia capacidad como interrogador y, por ende, eso le permite a uno ir moviendo sus piezas de acuerdo con el esquema dentro del cual uno logra meterlos.

Lo importante es no salirse de ahí.

Fueron sesiones continuas, donde las preguntas eran las mismas y las respuestas, igual. Y no sólo durante el día. También iban por mí en la noche.

Mi domicilio, Cd. Juárez. Acabo de llegar por la mañana y mi idea era irme a vivir con José. Empleo, ninguno, lo ando buscando. Mi familia, huérfano. ¿Dónde conocí a José? En Cd. Juárez, la Preparatoria del Chamizal. ¿Por qué trae pistola él? No lo sé. Pregúntele a él. ¿Pero por qué la hiciste tanto de pedo cuando te agarraron? Por miedo. Sabía que José andaba armado y lo que hice fue lo que sin pensar, me brotó hacer. No medí las consecuencias.

Y sobre esa base fue resistir y resistir y resistir.

Y efectivamente como después he escuchado que lo platica José, lo importante para él era aguantar sobre lo que él decía, que efectivamente él era mi jefe, por lo menos los famosos tres días del reglamento no escrito del guerrillero. Yo francamente no esperaba que aguantara tanto, lo importante para mí era confundirlos aunque fuera por lo menos un día o dos, que ya con eso yo ganaba muchísimo, pero pasaron dos sin que tuviera necesidad de hacer cambios en mi personalidad, declaraciones y respuestas, y efectivamente llegado el tercero sentí el cambio en la caballada.

Se dieron cuenta que los había estado engañando y fue más brutal y hasta con coraje personal la diferencia en las rutinas de tortura e interrogatorios.

Todo lo anterior no sólo se lo agradezco a José, sino además también le admiro la resistencia que tuvo al aguantar, igual que yo, la tranquiza y las "ahogadas" que seguro también le pusieron sin salirse él del esquema no acordado, pero que nos impuso la realidad. En virtud de que yo tenía información vital para la seguridad de la organización y de los compañeros mismos, agotado el primer recurso del enfrentamiento, ya no tuve otra forma de interponer entre el interrogatorio y yo una distracción más creíble que la

que logré decir delante de él, intentando ahora sí que me siguiera. Era por el bien de todos aunque nos sacrificáramos un poco los dos.

De tal manera que cuando van conmigo después de esos tres días, con que ya sabían hasta mi seudónimo y hasta algunos de los asaltos donde había participado, pues bienvenidos sean. A esas alturas ya habían encontrado mi judogi, vestimenta para practicar Judo, en uno de los domicilios menos importantes que yo conocía y que conocía también José. Por indicaciones del mismo Miguel, él formaba parte de ese círculo de estudios que, después del incidente de Tamaulipas, habíamos formado con unos compañeros provenientes de aquel estado y que estudiaban en la UNAM.

También ahí había olvidado yo unos libros y una ropa, alguna vez que llegué a esa casa de algún lado y al preguntarles a los habitantes de ese lugar que de quién eran esas pertenencias, cuando ellos dijeron que mías, de ahí "dedujo" la policía misma que entonces aquel era mi domicilio. Así que fue de esa manera que supieron dónde era "mi casa". Y yo ya nada más lo sostuve.

A partir de entonces las torturas siguieron igual que al principio, pero ahora ya "sabiendo" quién era yo. Y ahora sí me vi más obligado a redoblar el cuidado de todo lo que decía.

En principio, al contrario de buscar que no supieran, a mí me interesaba destacar y que lo supieran muy bien en los interrogatorios, para liberar a José de las madrizas, el carácter político de nuestra inspiración y que yo era quien estaba a cargo del operativo.

Les recordé la matanza del 2 de octubre del 68 y la del 10 de junio del 71. Les recordé que habían matado a jóvenes sin armas, que era un engaño lo de que habían sido ellos los que habían iniciado la balacera. Que era claro que todo había sido una trama del Estado para intentar lavarse las manos

que después Díaz Ordaz mostraría públicamente para que todos se las viéramos.

En fin, en eso distraje lo fundamental de los interrogatorios cuando me permitían hablar sin negar mi participación en nada.

Cuando dije que al policía que yo le había disparado en la Dina Renault no había muerto, dije también el seudónimo del que sí dio muerte al otro que estaba en la puerta.

Por cierto, en esta parte el que me estaba interrogando me bajó la venda de los ojos y acercando los suyos a los míos me preguntó:

—¿Y qué hubieras hecho, hijo de la chingada, si hubieras logrado quitarle la pistola al policía?

—¡Dispararle a las piernas!

Le respondí.

A lo que él en respuesta me asestó tremendo golpe en la cara que me derrumbó al suelo. Recuerdo que ahí también vi lucecitas.

Se trataba de Nassar Haro. Trataba de impresionarme con un gesto duro dibujado en su mirada de color claro.

De domicilios que conociera, los llevé a domicilios imaginarios de casas que según yo conocía en invasiones al norte de la ciudad, pero donde no había nadie viviendo. Me consta porque hasta me metieron a las casas que estaban vacías. Nadie de los que cayeron después que yo puede o pudo decir que yo lo delaté pues de nadie sabía sus domicilios. Bastante cuidado había tenido no sólo Miguel, sino yo mismo de no saber lo que no tenía que saber.

Todo fue, a la vez que distraerlos, provocarlos para más golpizas y pocitos que tenía que aguantar.

Así se cumplió la semana de aquel infernal asedio.

Es más, José lo debe recordar, al cumplirse la semana de que nos habían detenido nos juntaron en el mismo cuarto, bañados y comidos e instalados cómodamente los dos, segu-

ramente para oír qué es lo que platicábamos entre nosotros, tragándonos la píldora de que estábamos solos o que nadie nos oía.

Yo solamente riéndome, le hice la *roqueseñal* dedicada a ellos, a la policía, para que José la viera y supiera que de mí no había salido nada y que nada más "me la habían pellizcado", como dicen en mi rancho. Precisamente en decirle eso consistía la *roqueseñal*.

Como él lo dice, a esas alturas los separos estaban llenos de gente que había caído en carambola por domicilios que él había dado, pero de pura gente que nada tenía que ver con nosotros. José no podía decir nada, pues nada sabía de domicilios importantes, salvo aquel donde encontraron mi ropa, libros y judogi, que, al contrario, me sirvió que lo dijera, pues con eso dejaron de jeringarme porque les dijera dónde vivía.

En esas estábamos celebrando que no habíamos salido tan mal de la prueba que nuestros propios actos nos habían puesto, cuando, ese mismo día en la madrugada, me despertaron para que me viera Valente Irena Estrada a través de las rejas y me reconociera. A mí me sorprendió verlo, pues como ya lo he dicho, él era uno de los expulsados de la organización, creo que desde marzo o abril de ese mismo año. Me preguntaron que si yo también lo conocía y dije que sí.

Y fue a partir de ahí que ahora sí todo se desmoronó.

Aunque, corrigiendo, es tiempo todavía hoy que no estoy seguro que fue a partir de ese día que vi a Valente dentro de los separos, que todo se desmoronó, pues la explicación que todos daban a por qué nos habían detenido a José y a mí sin estar haciendo nada ilegal a un lado de la Calzada de la Viga, de que nos detuvieron porque la colonia era por rumbos de Jamaica, colonia lumpen, decían, ya leyendo el libro que al respecto de los Lacandones escribe Carlos Salcedo, yo no estaría tan seguro de así afirmarlo.

Como ya lo expliqué en páginas anteriores, donde cito lo que describe Carlos sobre el proceso de organización de una gran parte de lo que después se le conoció como Lacandones, Valente y todos sabían de los domicilios, nombres y apellidos de casi todos, así como de los carros que usaban.

De tal manera que ahora, sabiendo eso, yo no podría descartar otra hipótesis, por lo menos, a por qué fuimos detenidos José y yo a un lado de la calzada la Viga.

Valente, lastimado tal vez en su ego o en su bolsillo por la expulsión que yo había promovido, sabía de ese coche que me facilitaba Miguel. Lo conocía. Sabía quién era la dueña o la que lo usaba para ir a la escuela de Economía del Poli y sabía también que era activista política en aquel Instituto de estudios y que, además, pertenecía a nuestra organización.

Los elementos que tengo para plantear esa hipótesis ya están dichos aquí, y la sostengo, pero suponiendo que se cayera y pasara a ser cierto que nos agarraron accidentalmente por estar estacionados efectivamente en una colonia de supuesta baja ralea, lo que sí se evidencia con mucha facilidad es que es a partir de su aparición ante mí, que fue una semana después de cuando me detuvieron, todos los de la organización cayeron en manos de la policía, salvo los que vivían en mi mismo domicilio, que nunca di en los interrogatorios, que eran Víctor Velazco Damián, Alfonso Rojas Díaz, "Tania" y David Jiménez Sarmiento. Miguel también vivía en ese domicilio, pero lo agarraron en otro que yo desconocía y 10 días después de ser detenido. "Jorge", hasta antes de su expulsión, también había vivido ahí.

Jorge Poo Hurtado apenas se estaba reincorporando con nosotros de nuevo, por eso todavía vivía en un domicilio desconocido por todos y tampoco cayó.

Tampoco cayeron "Ramón" y su esposa "Felisa", que vivían en un domicilio que sólo Miguel conocía.

Y es que el mal lo traíamos desde el nacimiento mismo. Y cuando hablo de "el mal", lo digo con el mismo respeto con que lo dije frente a todos antes de caer, sin ningún ánimo peyorativo. En aquel entonces de la reunión que tuvimos en el DF bajo los árboles después de lo de Nuevo Laredo, no sabía lo que hoy ya he leído del libro de Salcedo y por eso desde aquel entonces no pude referirme a la flacidez con que estaba construida nuestra organización. Pero aún sin saberlo, sí que me referí a la holgura y relajamiento en que vivíamos supuestamente seguros en nuestros refugios, sin tener el diseño de una infraestructura que resistiera a los primeros embates de un interrogatorio.

Hoy sí lo puedo afirmar con toda claridad: el proceso mismo de conformación de nuestra organización hizo que todos, no sólo Valente, los que habían iniciado su integración, conocían no sólo nombres y apellidos de todos, sino además domicilios y hasta los coches que cada uno traía.

¿Cómo pudo haberse resuelto esto?

Pues como ya lo apunté líneas arriba, previniéndolo todo. Los que sabían de este proceso relajado y sin precauciones conspirativas debieron haber propuesto y desarrollado medidas claras y radicales de blindaje a la organización misma, cambiándolo todo, nombres, domicilios, etcétera. Cosa que no se hizo. Insisto, cuando yo fui detenido en Nuevo Laredo, ellos lo supieron y no reaccionaron de inmediato cambiándose de domicilio. Cuando yo regresé al D. F. de Cd. Juárez, todo estaba igual, como si nada hubiera pasado. Y el carro que me daban para asuntos de índole clandestina era legal y conocido en actividades políticas abiertas. Y los domicilios de gente conocida por Valente, después de que éste fue expulsado, seguían siendo los mismos, etcétera.

Da pena y duele decir todo eso, pero esa es la cruda realidad y a eso es a lo que me refiero cuando decía que de esa

manera, estábamos condenados al fracaso, siendo legítimas nuestras aspiraciones.

He escuchado o me han dicho algunos amigos que se han circulado rumores que yo di un domicilio que supuestamente ya estaba vacío, donde supuestamente vivía el hermano de Valente ("Ramón"), pero que ahí encontró la policía un dato que les permitió dar con el mismo Valente Irena, ya expulsado de la organización, y que luego se dieron todas las demás aprehensiones a partir de ahí. O sea insinúan claramente que fue porque yo di ese domicilio "ya vacío" que todos fueron aprehendidos.

Pero ninguno de esos rumores prueban las cosas. En primer lugar, ¿cómo saben ellos que cayó ese domicilio? ¿En qué periódico salió o quién se los dijo? ¿Cuál es la calle y el número o la colonia? ¿O qué policía de los que nos aprehendieron, que son los únicos que saben dónde y cómo agarraron a cada uno, se los dijo?

Otra versión respecto de esa insinuación a que me refiero en contra de mí, también la leí del libro de Carlos Salcedo[2] ya citado aquí, mismo que leyéndolo con cuidado, pone en claro esta afirmación consciente o inconsciente en contra de mi persona.

> A la detención del segundo grupo quedaron sin contacto tres compañeros, Encarnita Morales Salamanca (Felisa), *Raúl Irena Estrada* (Ramón) y Jorge Poo Hurtado, tenían *una cita con Carlos Salcedo García a la que ya no asistió porque fue detenido*, semanas después, el 8 de noviembre de mil novecientos setenta y dos *se enterarán por la prensa escrita que los Lacandones habían sido detenidos por la policía* del Distrito Federal, además *Raúl se enteraría de que su hermano Valente, junto con Alejandro y Tomás,*

[2] Salcedo, *op. cit.*, p. 72.

también habían sido detenidos y torturados, afortunadamente los dos últimos no fueron consignados. (Paréntesis y cursivas son míos).

Los tres compañeros no tenían más relación con la organización que los detenidos, se encontraron en una situación difícil, pues ya habían sido identificados por la policía, se quedaron sin los apoyos de la organización, además de que eran parte del grupo que había iniciado la crítica al militarismo…

En el anterior paréntesis del primer párrafo de esta cita, yo destaco en cursivas los elementos para entender sobre todo que Raúl Irena y su esposa abandonaron el domicilio que, según esos rumores, yo di, hasta después que se enteraron por la prensa de que los Lacandones ya habían sido detenidos, es decir, después del 8 de noviembre. Luego entonces, viéndolo de esa manera, Valente, que ya estaba preso con nosotros, no pudo haber sido aprehendido por "datos" que la policía encontró en esa casa, aunque ésta ya estuviera vacía. Así pues, según mis cuentas, ese domicilio ni siquiera cayó. Y no pudo haber sido de otra manera pues nadie lo conocíamos, salvo Miguel.

Así pues, mi hipótesis se fortalece.

Admito que sigue siendo eso, sólo una hipótesis, pues llama la atención en contra de ella, que Valente también fue aprehendido y llevado a la cárcel igual que todos nosotros.

Pero salió primero que todos, mientras que a mí, por ejemplo, me tocó salir al final de todo el grupo dentro del cual estaba legalmente procesado. Y eso se puede demostrar.

Y lo de mi hipótesis puede sostenerse, porque aún con ella, puede tener muchas otras explicaciones de por qué y cuándo lo detuvieron a él, a Valente.

Como todos sabemos, en aquel entonces, el semanario o quincenal *Alarma!* era el periódico amarillista, vehículo o vocero natural de la policía del DF y hasta de la Federal.

En Cd. Juárez el periódico que le hacía eco era *El Fronterizo*, del cual tengo recorte de una nota publicada el 7 de noviembre de 1972, acerca de la detención de los "Lacandones" y es para mí muy importante reproducir aquí el perfil que describían en él de Valente Irena Estrada, en contraste con el que en la *Alarma!* describían de mí.

En *El Fronterizo*, página 5 de la fecha señalada decían:

> Valente Irena Estrada, aunque con la primaria terminada solamente, *era el cerebro de los detenidos* y señaló que durante seis meses las actividades de los comandos fueron suspendidas, cuando tomó posesión el Presidente Luis Echeverría. (Las cursivas son mías).
>
> Esto fue con el fin de analizarlo y estudiar si habría cambios con el nuevo régimen —continuó Valente— pero al darnos cuenta que la situación el país variaba, decidieron seguir con sus ideales para implantar un régimen socialista.
>
> Los sucesos del 2 de octubre de 1968 y del 10 de junio del año próximo pasado, dijo no nos dejaron otro camino que el de las armas para hacerse de elementos para lograr a un largo plazo el cambio social del país.

En contraste con ese perfil de quien "era nuestro cerebro", también me permito reproducir lo que *Alarma!* describía de mí:

Principia este rol de terroristas con el nombre de Benjamín Pérez Aragón, a quien sus compinches bautizaron con el mote de "Martín".

A manera de prólogo, citamos lo siguiente: Benjamín fue el primero de dichos "subvertidores" del orden en caer en manos de la policía. Por labios de Benjamín Pérez Aragón fue que los agentes de la ley capturaron al resto de estos veinticuatro sujetos y se incautaron extenso arsenal.

Pobre Benjamín… sus horas están contadas.

Recordemos a José Roberts, más conocido como Alejandro Cázares Sánchez [quien] en cuanto llegó al penal de Lecumberri, su lugarteniente David Noriega Medina lo mató. Treinta y dos puñaladas le infirió con una solera habilitada como arma.

Benjamín está condenado a correr la misma suerte y él lo sabe. En la Dirección General de Policía y Tránsito estaba deseoso de saber ¿Quién "lo empujó"?, que en buen romance quiere decir: ¿"quién lo denunció"? pues antes de morir quiere cobrar venganza.

[…]

Quiénes son ustedes? Inquirió. [Se refiere esta cita al policía que entró en contacto conmigo, al emparejar su carro al nuestro donde estaba estacionado]

Somos estudiantes. Venimos de Chihuahua. Aquí están nuestras credenciales.

En efecto, el que así hablaba mostró una credencial. Pero el otro se llevó la mano a la cintura e hizo el impulso por desenfundar una pistola calibre 45, intento que le fue evitado por Jesús, quien le cogió la mano.

Más ese pequeño lapso fue aprovechado por el estudiante que se había identificado, mismo que llevó la mano al revólver del investigador y pretendió desarmarlo. Hubo forcejeo. Terció el detective García Rocha y los supuestos estudiantes quedaron sometidos a la impotencia.

> Era difícil que un simple "mariguano", sin otro motivo que el de sentirse descubierto, hiciera tanto por escapar de manos de la policía…
>
> Los supuestos "mariguanos" resultaron ser Benjamín "Martín" Pérez Aragón y José "Jerónimo" Domínguez Rodríguez.
>
> Ya por separado está dicho que Benjamín Pérez Aragón aportó los suficientes datos para la captura de los demás, el cateo de los distintos escondrijos y la incautación del armamento…

Más adelante dice que, con los datos que yo di, cayó Carlos Salcedo García y que él fue el que nos reclutó a todos, a Valente Irena Estrada, a Rigoberto Laurences [sic], a Jorge Poo Hurtado, inclusive a Miguel y a Gabriel Domínguez Rodríguez. Cuando menciona que a mí también me reclutó, me ponen el mote de "el sentenciado".

Y efectivamente así de "sentenciado" llegué a la cárcel de Lecumberri. "El recomendado", me decían. O los "recomendados", cuando se referían al que me acompañó en la Crujía "E", que era el compañero Isaías Ensch Fregoso.

Y así, como "recomendados", pasamos largas noches sin dormir y comiendo sólo porquerías agrias y descompuestas, aparte de las consabidas fajinas desde las dos de la mañana. Antes de esa hora, imposible dormir, pues nos ponían a tallar con una piedra el piso del baño, o a sacar mierda de las alcantarillas, o si nos metían a la celda, debía compartirla mínimo con otros 50 pedorros y apestosos presos, hacinados todos dentro del perímetro de la celda, que era aproximadamente de dos metros y medio de frente por tres o 4 de fondo, así que imposible ni siquiera poder sentarse, pues no había espacio.

Para mi fortuna, ni cómo le hicieran para sacarme dinero. Si no tenía visita familiar que fuera a verme, pues ni

a quién pedirle yo que me diera dinero para responder a la extorsión de que todos fuimos presas, ya presos.

Así fue como hasta en la cárcel logré derrotarlos. No tenía visita familiar y no había, por tanto, fuente para extorsionarme. De tal manera que, igual que en las torturas, el secreto para salir airosos era el mismo: resistir y resistir.

Con lo anterior quiero ilustrar al lector que no sólo esos rumores que hablan de mí, son autores de la versión que yo di el domicilio ya vacío de donde tomó datos la policía para dar con Valente, sino además hasta la policía misma, a través de su instrumento de divulgación preferido, que era el *Alarma!*, dijo que me habían agarrado en ese punto porque andando en rondín la policía y siendo una colonia de delincuentes, les habíamos parecido sospechosos. También, a través de ese mismo medio de divulgación, dicen que yo fui el que dio los datos para que todos cayeran y que por eso estaba sentenciado para que me mataran mis propios compañeros en la cárcel. ¿Pero cómo iba a ser eso cierto si no conocía el domicilio de nadie?

Para explicar la caída de nuestro grupo habría que desatar muchos nudos antes de una afirmación como la que hace la policía y como la hacen también esos rumores de algunos de los que cayeron conmigo, en contra mía:

1.- ¿Por qué se le dio participación en una investigación para una expropiación de alto nivel a un compañero sin previo entrenamiento en operativos menores, como todos los habíamos hecho?
2.- ¿Por qué no radicaba en alguna casa de seguridad, sino en su domicilio legal?
3.- ¿Por qué este compañero, desobedeciendo las indicaciones que todos teníamos de no portar armas cuando no las íbamos a usar, no sólo la lleva, sino además

no la usa cuando ya era necesario hacerlo, pudiendo haber detenido con eso toda la cadena de detenciones posterior?

4.- ¿Por qué insistir en poner en operativos de carácter ilegal un carro con conocida identidad, como propiedad de una activista estudiantil de izquierda en la legalidad?

5.- ¿Por qué no se tomaron medidas drásticas y a tiempo con los que radicaban en domicilios que conocía Valente, después de su expulsión de la organización? ¿O qué explicación le dan a por qué cayeron todos a partir de la aparición ante mí de éste, ya estando yo en los separos de la policía?

6.- Este relajamiento se mostró hasta cuando a mí me detuvieron en Tamaulipas. Por fortuna logré evadir un interrogatorio más intenso, ¿pero y si no lo hubiera logrado? ¿Por qué no se cambiaron del domicilio donde yo vivía?

7.- Que no hayamos tenido una "coartada de estructura" para ofrecerle tiempo y posibilidades de librar una detención a alguien que ya estuviera en la "clandestinidad", podía explicarse en función del grado de madurez o inmadurez como organización armada que teníamos. Pero lo claramente definitivo: ¿por qué si venían la mayoría de los compañeros de una organización política con actividades de izquierda pero legales y abiertas, donde todos conocían los datos de todos, no se tomaron medidas al pasar a la clandestinidad, para blindar esta condición de nacimiento y de desarrollo que, a la postre, fue uno de los pilares que al derrumbarlos Valente, tumbó toda nuestra organización?

Yo continúo en mi hipótesis. En primer lugar no creo que haya caído el domicilio donde vivían Raúl Irena Estrada ("Ramón") y su esposa Encarnita ("Felisa"), apoyándome en las declaraciones que su propio amigo, Carlos Salcedo García, escribe en su libro ya citado.

Pero en segundo lugar, suponiendo sin conceder que sí haya caído, el desarrollo o secuencia de los hechos no fue en el sentido como lo dicen esos rumores, de que fue a través de datos encontrados ahí que dieron con Valente, no siendo éste ya de nuestra organización, sino al revés. Fue Valente el que de alguna manera supo dónde estaba una casa o departamento rentado por su hermano, precisamente por ser su hermano y sólo así es que este domicilio pudo haber caído, si es que acaso cayó. No había otra manera.

¿Y en qué me baso para esa suposición? Pues en lo mismo en que se basan los mismos que han circulado esos rumores contra mí. Si ellos dicen que porque eran hermanos, encuentran en la casa o departamento, "ya vacío" de Raúl Irena, "datos" para llegar con Valente, pues con la misma seriedad puedo yo decir igual: porque eran hermanos, Valente pudo tener un dato para saber dónde se había alquilado un departamento, tal vez sin saber que ahí radicaba su propio hermano Raúl y lo dio a la policía.

Una última reflexión. Al contrario de cómo me hacen aparecer quienes me atribuyan la caída de cualquier domicilio, los hechos que el propio José Domínguez conoce, comprueban lo contrario.

Con mucha modestia lo digo, pero lo tengo que decir porque fue lo cierto. Yo me burlé de la policía, apoyándome en José, desde luego, pero me burlé. Los engañamos de pe a pa entre los dos. A mí me tuvieron en sus manos haciendo de mí lo que quisieron y no lograron obtener nada importante para detener a nadie, ni siquiera los que vivían junto

conmigo en la misma casa, como tampoco datos para dar con mi familia.

El coraje con que me trataban en las torturas después de saber quién era, era muy evidente; por cierto, para mí, bien venido. Ya lo esperaba.

Y creo que ese mismo coraje fue el que tuvieron al denunciarme públicamente como el delator de toda la organización, anunciando que hasta me iban a matar en Lecumberri debido a esa razón mis propios compañeros. Yo creo que eso es lo que ellos querían provocar y casi lo logran, cuando además dicen que yo pregunté quién me delató, para adelantármele y matarlo también. O sea, claramente, estaban amarrando navajas públicamente y explicando por adelantado lo que pudo haber pasado en la cárcel.

Digo lo anterior, porque todo cuanto dice la policía a través de su medio informativo, es lo que ellos exponían y exponen ahora, con esos rumores. Primero, como ya dije, recién llegados a la Crujía "M", que dizque fui detenido porque estacioné el carro en una colonia de delincuentes. Después, no en la cárcel sino ya estando libres, igual, como lo dice la policía, que yo di los datos para que cayera toda la organización.

Es decir, sin hacer el menor esfuerzo autocrítico para explicar el desarrollo de todos los sucesos a partir de cómo realmente fueron, repiten lo que dice la policía a través de su órgano informativo.

Según lo que yo mismo establezco desde la Introducción a esta tesis, todos sabemos, de acuerdo con la metodología que siguen los historiadores para saber de varias versiones, a cuál creerle, que cualquiera que externe una versión como testigo o actor de un hecho dado en la realidad histórica, nunca podrá ser imparcial. Que los intereses de clase, que sus propios intereses como individuo, su historia, la imagen que quiere que todos tengan de él, sus complejos y aspiraciones, siempre ha-

cen que su versión sea sesgada. Que quitarle lo sesgado a una versión es quitarle su carácter humano. Por lo mismo, dentro de esa metodología, los que nos hemos atrevido a defender una determinada versión de los hechos en que participamos, nos debemos apoyar en testimonios, en bibliografía, en entrevistas, en datos hemerográficos, etcétera, que demuestren que lo que decimos es lo más cercano a la verdad.

Y al contrario, quien sólo dice sus versiones como reflejo de su problemática interna, sin la menor preocupación por demostrar o evidenciar de algún modo lo que dice, pues sólo deja al descubierto la debilidad de lo que afirma.

Como ya se vio, queda claro que de mi parte sí hay la preocupación por apoyarme en datos bibliográficos y hemerográficos que respalden lo que digo.

A propósito de esto, recuerdo un incidente también muy claro y extraño, que se hila con esta actitud que yo digo que la policía tuvo conmigo, de coraje personal en contra mía y que estoy narrando o analizando ahora:

En agosto de 1976, cuando se cerró Lecumberri y que todos los reos fuimos trasladados al Reclusorio Oriente o al Reclusorio Norte, se llevaron a todos los de mi crujía y de muchas de las otras, pero a mí me dejaron, por semanas, solo en la Crujía "M". Días y noches enteras, no sé si su intención era que querían asustarme por el temor de ser asaltado y muerto por ellos mismos o por los reos que aún quedaban en las demás crujías, pero lo cierto es que permanecí semanas en esas condiciones. Yo solo en toda la crujía.

En esos días sorpresivamente recibí la visita de Magaly Alarcón Reyes, quien años atrás había sido mi novia ahí en Lecumberri. Ella era hija de Judith Reyes, la famosa cantante de canciones de protesta.

Lamentablemente sé que ella ya murió y por tanto no podría atestiguar esto que estoy diciendo, pero ella fue eso, testigo de esto que ahora relato.

Era una coyuntura ideal para cualquier cosa. Y eso me lo demostró que cuando me trasladaron al Reclusorio Oriente, semanas después de que ya todos los Lacandones habían sido trasladados para allá, los que me vieron llegar me dijeron que habían supuesto que me habían mandado al Reclusorio Norte, o que tal vez me habrían mandado para otro dormitorio de ahí mismo de ese Reclusorio. El caso es que perfectamente pudieron haber hecho de mí cualquier cosa sin necesidad de dar ninguna explicación, aunque ya me hubiera visto ahí Magaly.

Mientras que, insisto, Valente fue, si no el primero, sí de los primeros que sale de la cárcel.

Cuarto avance en mi análisis etnográfico

De hecho ya he venido sembrando a lo largo del capítulo diversas reflexiones sobre los pasajes de mi vida que hasta aquí he narrado en el capítulo presente.

Así fue cuando Miguel y yo conversamos sobre la Línea Política y procedimientos que veníamos siguiendo como Organización Armada y las medidas de reestructuración y rectificación que, según nuestros alcances de aquel momento, procedían. A esa lucha ideológica que dimos dentro de nuestro grupo, estando todavía libres, es a la que se refiere Carlos Salcedo, ya citado arriba.

Alcanzó a brotar en aquel entonces nuestra preocupación acerca del aislamiento de nuestra organización armada del movimiento de masas.

Alcanzó a expresarse que en aquellas condiciones, no haría falta tanto el acoso del enemigo a quien pretendíamos derrotar para ser derrotados, sino bastaría con que nuestro mismo aislamiento agudizara nuestros propios conflictos internos y fueran ellos los que marcaran el camino a la derrota.

Así fue después de que me detuvieron en Tamaulipas, que tuvimos oportunidad de ver y reflexionar nuestras debilidades como estructura clandestina y formas de resolverlas.

Después, ya estando en Lecumberri, lo tuve más claro: El Viet Cong, por ejemplo, tuvo oportunidad de salir victorioso en su guerra de liberación nacional contra Estados Unidos, porque eran miles de vietnamitas los que habían logrado organizarse y unirse tras su propia organización de masas.

No eran un grupo marginal y acelerado de ideas, al margen de los ciudadanos vietnamitas. Al contrario, eran los vietnamitas mismos quienes, en su momento de rebeldía e insurrección contra el invasor, lograron comprender y comprometerse de lleno en la estrategia y táctica adecuada para alcanzar la victoria.

Estas reflexiones que expreso a lo largo de esta parte del capítulo III, también se refieren acerca de las propias expulsiones que resolvimos, acerca del concepto de honestidad, la verdad y la mentira, acerca de que una estrategia militar o política, de hecho debe ser para unificar a los transformadores tras formular un objetivo a largo plazo y engañar al enemigo para derrotarlo, etcétera. También sobre las profundidades a que llegué dentro de mí cuando dejé solo a "Jorge" en el intento de expropiación de un coche, en fin, sobre las enseñanzas y herencias en general que para bien o para mal nos había dejado conocer a "Jorge" y "Tania".

Ya estando amnistiado y fuera de la cárcel, para mí también fue muy importante retratar las debilidades que padeció nuestra organización desde su nacimiento mismo, mismas que a la postre, según yo, fueron las que le pusieron fin.

Me parece que con eso ya estarían descritas las bases no sólo subjetivas sino sobre todo objetivas para explicar lo que fue nuestra derrota militar y política, a que me refiero en el nombre de este capítulo de mi trabajo.

Sin embargo creo prudente ahora abundar un poco sobre eso último y tratar de valorarlo más positivamente.

Los del MAR por ejemplo, tuvieron oportunidad de acudir a Corea del Norte para recibir lo que pudieron asimilar sobre uso de armas, sobre técnicas de defensa personal en combate, sobre la guerra y estrategia militar en general y seguramente sobre las medidas necesarias a tomar dentro del clandestinaje urbano y rural.

Nosotros no.

Nosotros todo eso tuvimos que ir aprendiéndolo en la práctica, siendo tan jóvenes y tan desinformados en teorías de política y guerra.

Velozmente fuimos obteniendo la claridad suficiente para ir dando los pasos acertados que nos pudieran formar como guerrilleros para llegar a la victoria.

Esto se dio hasta con las experiencias particulares que tuvimos cada cual, como la que yo viví cuando dejé solo a "Jorge", en aquel intento de expropiar un carro.

Creo que así mismo le sucedió a José Domínguez Rodríguez, cuando asimiló no haberse acoplado conmigo en el intento de poner un alto con nuestras propias vidas a la cadena de detenciones que se iban a dar tras nuestra aprehensión.

Creo que hasta el propio Miguel, que era quien concentraba toda la información y significaba nuestro liderazgo más confiable, querido y respetado, debió haber ido evolucionando en sus concepciones iniciales.

En fin, creo que de no haber sido detenidos, nosotros pudimos haber contribuido mucho a formarnos una concepción de Estrategia y Táctica revolucionarias que nos hubieran acercado un poco más al éxito pretendido.

Y aquí, siendo la práctica el criterio de la verdad, el confrontar nuestras ideas iniciales con la realidad de acuerdo con el mismo método que expongo desde la Introducción a

esta obra, pero éste llevado nuestra práctica político-militar de aquel entonces sería el camino: error, autocrítica y acierto. Y, sobre todo, añadir teoría: leer y asimilar más profundamente la teoría del conocimiento marxista, la experiencia leninista. La de Mao Tse Tung, la de Ho Chi Min, la de Cuba, etcétera. Leer más de las enseñanzas de la historia de la lucha de clases en nuestro propio país, como bien lo decía Manuel Gámez Rascón en su libro *A la luz de esta historia de batallas*.[3]

Aprender que, dentro del capitalismo mismo desarrollado en nuestro país, había zonas dentro del territorio nacional con desarrollo desigual, a las cuales había que darles trato "desigual" como revolucionarios, o un trato más de acuerdo con su situación concreta, según era lo que le preocupaba tanto a Raúl Ramos Zavala, como lo podemos ver en la lectura de su documento original titulado "El proceso revolucionario".[4]

Tener claro que equivocadamente lo que pretendíamos construir era al ejército revolucionario del proletariado, pero antes de que la propia clase obrera cursara su propio proceso de deslinde ideológico, político y orgánico. Antes de que desde la propia clase obrera se construyera su propio partido y que ese partido, siendo *uniclasista*, del proletariado, estaría obligado no sólo a construir su propia teoría y su propia organización, sino además a buscar aliados, no a convertir en enemigos a los que, por naturaleza misma, podían ser nuestros aliados. Menos a convertir en enemigos y, aparte, matarlos, a todo aquel que no pensara igual que nosotros, aun estando dentro de nuestra propia organización, por el sólo hecho de disentir.

3 Gámez Rascón, Jesús Manuel, "A la luz de esta historia de batallas", Alternativa Editorial, México, 2019.

4 Ramos Zavala, Raúl, "El Proceso Revolucionario", documento, México 1969.

Por eso es por lo que hoy me atrevo a recomendar otro trabajo en cuya redacción participamos mi esposa y yo, Alejandrina Ávila Sosa, sobre su experiencia como guerrillera en la Sierra Tarahumara, pues es una reflexión autocrítica que también ayuda mucho a esclarecer verdades y enseñanzas, así como a esclarecer las razones de la derrota política y militar de la guerrilla de la Liga Comunista 23 de Septiembre, no sólo en la Sierra Tarahumara, sino en todo el país. Este trabajo fue publicado electrónicamente por el Instituto Nacional de Estudios Históricos de las Revoluciones de México (INEHRM).[5]

Finalmente, aunque considero una gran pérdida que hayamos caído, y más el suicidio de Miguel en la cárcel, de no haber sido detenidos en 1972, para 1973 o 1974 en adelante, no hubiera sido cárcel la que nos hubiera tocado, sino desaparición forzada para todos. Caímos antes de desatarse la llamada guerra sucia. Por tanto, tuvimos oportunidad no sólo de seguir viviendo, sino además de aportar autocríticamente nuestras experiencias para las futuras generaciones.

[5] Alejandrina Avila Sosa y Benjamín Pérez Aragón, *Voces de guerrilleros y guerrilleras de la Liga Comunista 23 de Septiembre en la Sierra Tarahumara 1973-1975*.

CAPÍTULO IV.

LA CÁRCEL

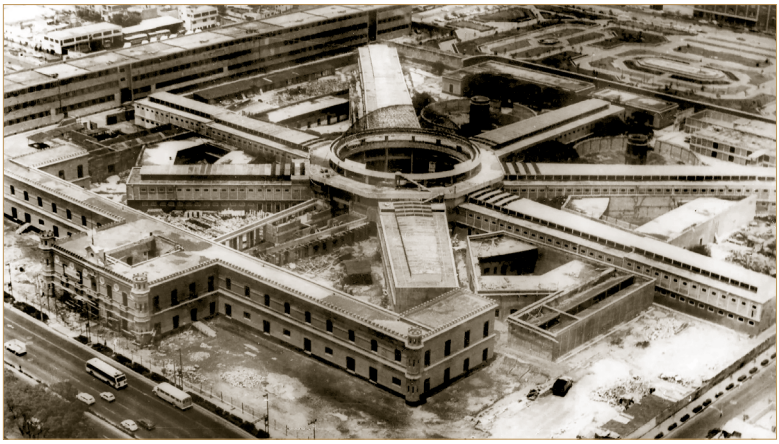


Foto 14. Toma aérea de la cárcel de Lecumberri.

Nuestro arribo a Lecumberri, luego el traslado a la crujía "M". Breve descripción de sus condiciones

Lecumberri fue inaugurada desde 1900 por Porfirio Díaz y estaba ideada inicialmente para albergar a 714 reclusos, que después tuvieron que adaptar para 996. Eran 886 celdas que para 1971 ya daban alojamiento a 3800 presos, llegando estos a contabilizarse en 6000 para 1976, cuando la clausuraron.

Su constructor fue el ingeniero Antonio Torres, quien se apoyó en el invento carcelario del filósofo Jeremy Bentham. También en las ideas de Michel Foucault.

El esquema carcelario consistía en construir hileras de crujías, alrededor de un eje visual, algo así como una estrella, desde cuya torre central, con altura muy por encima del resto de la construcción, con sólo girar alrededor de sí mismo un individuo podía vigilar a cientos, después a miles de reclusos. A eso se le llamaba sistema de visualización panóptica.

La "cálida" recepción que nos dieron llegando a Lecumberri ya la narré líneas arriba, pero haciendo un resumen, sobre dónde padecimos más, en las torturas o llegando a la cárcel, puedo responder que mientras que en las torturas lo acercan a uno a la muerte, en la cárcel al llegar nos matan poco a poco, sin dejarnos dormir y sin darnos de comer. Así nos pasó a Isaías Ensch Fregoso y a un servidor.

Por fortuna, Isaías tenía una hermana "muy guapérrima" que algún preso de nombre Anzo pensó que podría tener a su alcance si hacía lo propio y fue animado por eso, dicho con todo respeto para Isaías y para su hermana y desde luego a un mes de distancia de que llegamos a la Crujía "E", que él se acercó, estando nosotros desnudos tallando con piedra al piso del baño, para ofrecernos su celda, según él, gratis.

Yo de inmediato, sin comentarlo con Isaías, entendí por dónde iba su jugada, que era tal vez "llegarle" de algún modo a la hermana de Isaías, pero no teníamos otra alternativa para ya cambiarle un poco a la situación tan grave que estábamos viviendo. Y aceptamos.

Después nos dimos cuenta que este muchacho era uno de los "bufones", de esos que se acercan haciendo chistes y tratando de ser agradables a los que tienen el mando, y que ese papel era el que jugaba y aprovechó para intervenir en favor nuestro con el "Mayor", que así se le llamaba en Lecumberri al preso común que, dentro de la Crujía de presos comunes, tenía el mando y tenía también bajo sus órdenes a una veintena de golpeadores tras los cuales se escudaba y defendía para tener controlados a todos los demás.

Era una especie de "autogobierno". Algo así como la "idea" más avanzada y civilizada para gobernar y controlar posible desorden, rebeldía o motines dentro de las crujías, pero haciendo sentir a los presos como que no estaban asediados por los "monos", que así se les llamaba a los de azul que eran los guardias o vigilantes pagados por la nómina federal.

En realidad no hacían falta adentro. Estos mismos presos de élite dejaban sentir el salvajismo y brutalidad de unos presos sobre los otros. No sólo por cómo trataban por "protocolo" a los recién llegados, para hacerles pagar por su se-

guridad y por su bienestar, sino por cómo trataban cotidianamente a los presos más pobres o marginados.

Era muy común saber de repente que a la mamá o a la hermana o hasta a la hija de alguno de ellos la encerraban para violarla en alguna de las celdas del fondo, como resultado de alguna deuda de droga o de simples rencillas entre ellos.

La hermana de Isaías simplemente dejó de visitarlo y no pasó nada, pero ya teníamos una cama cada uno dónde dormir y comíamos el mismo "rancho" que se les daba a todos los demás, lo cual ya era un gran avance, con relación a cuando llegamos.

Isaías era entonces joven y muy bien parecido. Lo asediaba sexualmente el que era novio del segundo de abordo en la crujía, de nombre Álvaro. A nosotros sólo nos daba risa ver cómo este individuo siempre se acercaba a la puerta de la entrada de nuestra celda para coquetearle. Nunca pasó a mayores. Isaías siempre mantuvo una conducta muy sobria e íntegra. Su esposa había sido también detenida y esperaba el momento para tramitar con ella la visita conyugal que se les concedía a todos los presos en sus condiciones, con su mujer también presa.

Después de Navidad nos pasaron a todos a la Crujía "M". Tradicional crujía destinada a los presos políticos no sólo desde 1968, sino desde antes.

Carlos Salcedo, en su libro ya citado aquí, narra la bienvenida de que fuimos objeto por parte de la mayoría de los presos políticos que ya estaban ahí desde antes que llegáramos.

En realidad los presos políticos llevados ahí por motivos de las revueltas del 68 ya habían salido libres, estaban ahí sólo los que por otras razones habían llegado antes que nosotros.

Sin embargo, yo siempre he dicho que llegar a la Crujía "M" era llegar a territorio libre dentro de Lecumberri.

Foto 15. Integrantes del redondel de la Crujía "M". Parados de izquierda a derecha, Roberto Ensch Fregoso, Isaías Ensch Fregoso, David, Benjamín Pérez Aragón, Clemente Ávila Godoy, Juan Avilés Lino, Carlos Salcedo García, Francisco Fuentes, Roberto Sánchez Ensh. Sentados: Ezequiel Flores, Poncho y dos presos comunes que eran mandaderos.

Estábamos en la cárcel, sí, pero se respiraban aires de libertad y de bienestar. Teníamos al entrar un gran jardín, con pasto y árboles que embellecían y hacían muy agradable el panorama. Había bancas para sentarse, como si se estuviera en un parque público de la ciudad y no había vigilancia de ningún tipo ya estando dentro del perímetro de la crujía.

La imagen aérea de ésta, Carlos Salcedo[1] la describe como un pastel partido en 30 rebanadas, cada una de las cuales corresponde a una celda, menos la número 30 que es la que corresponde a la entrada del redondel interno, desde

[1] Carlos Salcedo, *op. cit.*, p. 55.

el cual está el acceso a cada una de ellas. Al centro hay un torreón con una altura tres veces superior a la de los techos de las celdas, desde donde se apostaban originalmente "los monos" a vigilar a todos los presos dentro de sus celdas, pues a través de los ventanales de cada celda se podía vigilar hasta su interior.

A diferencia de las crujías de los presos comunes, donde se pasaba lista en formación desde las 6 de la mañana y luego a las 6 de la tarde y que se apagaban las luces y cerraban las puertas de las celdas a las 10 de la noche, acá simplemente no había ni siquiera pase de lista cuando llegamos, ni apagaban las luces a las 10 de la noche.

Cada uno se podía dormir a la hora que quisiera y levantarse igual, a la hora que quisiera.

Otra enorme diferencia era lo que comíamos.

Mientras que en el resto de las crujías se comía lo que enviaban en peroles desde la cocina central, que por lo regular era comida sin condimento, cocinada con desaseo y sin sazón, ahí a la Crujía "M" mandaban todos los días, proporcionalmente al número de presos, una cantidad decente y nutritivamente equivalente de carne, verduras, leche, frijoles, bolillos, etcétera.

Era algo así como si fuera un gran hotel, a donde podía entrar visita cualquier día de la semana, independientemente de que se tuviera también asignado un rol, como en el resto de las crujías, donde había un día fijo, aparte del domingo, que se tenía visita familiar y de todo tipo.

La comida cruda que recibíamos, había una comisión turnada a diario por todos los presos, que la recibía y la cocinaba en una celda habilitada como cocina y comedor colectivo.

En términos generales ese era el ambiente natural de nuestro nuevo hábitat.

Aparte teníamos dos días a la semana para salir toda la mañana al campo deportivo, que era un gran baldío, del

tamaño o más grande que un campo de futbol, donde se podía correr alrededor del mismo para practicar atletismo y además con canchas de basquetbol y de frontenis.

La enfermería era un pabellón con cuartos con cama para los enfermos, yo creo que por lo menos había 20 o 30 camas disponibles, dos enfermeras y un médico general de turno, las 24 horas.

Era eso: una enfermería para primeros auxilios y para encamarse por alguna enfermedad. No era un hospital dotado de instrumental para cirugías de alto nivel, ni de medicamentos especializados, pero ayudaba mucho.

O sea, todo dependía de cómo uno mismo se dejara hundir por el aislamiento social o cómo se defendía del mismo, pues disponíamos de todo y de todas las comodidades.

Esas, que no eran las condiciones de las que gozaran el resto de las crujías, eran las condiciones que habían conquistado los presos políticos del 68, protegidos desde luego por las marchas de protesta del exterior y el grito de "¡Libertad presos políticos!" de los estudiantes.

El asalto de que fueron víctimas por parte de los presos comunes la madrugada del 31 de diciembre de 1969 al 1 de enero de 1970, para sabotearles la huelga de hambre que estaban sosteniendo en protesta por malos tratos y por estar empantanados sus procesos legales, junto a otros factores, como que los estudiantes de la UNAM y del Poli se amotinaban en la puerta principal de todo Lecumberri, apoyando su huelga de hambre y sus demandas, sirvieron para modificar sustancialmente el trato que recibían hasta entonces, de lo cual nosotros cuando llegamos, fuimos los beneficiados.

Nos contaron que sacar a "los monos" de dentro de la crujía fue una verdadera batalla, del mismo modo que lograr que el "rancho" (comida) que se les mandara, no fuera el bodrio que se les mandaba a todos los demás presos, sino

que se les entregara crudo, para garantizar su autenticidad y su higiene.

Nos contaban además que alguien de ellos, creo que hasta fue José Revueltas, agarró a *cachetadones* a un vigilante, como muestra del poderío de que se gozaba en ese lugar, hasta lograr expulsarlos del territorio libre en que, insisto, se convertiría la Crujía "M".

Esas fueron las condiciones que estaban cuando llegamos y, salvo que hubo unos periodos donde sí nos obligaron a levantarnos a las 6 de la mañana a pasar lista, dependiendo de cómo estuvieran los secuestros y asaltos políticos en el exterior, se mantuvieron hasta que se clausuró Lecumberri.

El torreón del centro de la crujía se convirtió en una especie de reliquia o curiosidad a donde algunos de nosotros solíamos invitar a subir a nuestras visitas del sexo femenino de vez en cuando, con el pretexto de que, a hurtadillas y desde pequeñas rendijas, porque si nos descubrían nos podían disparar, vieran los techos de las demás crujías y hasta el torreón panóptico, ese sí gigantesco, que estaba al centro de todo Lecumberri, desde el cual por las noches circulaba un reflector y el grito de ¡Aaaaaleeeertaaaa!, que se escuchaba cada 5 minutos después de las 10 de la noche hasta las 6 de la mañana, que luego repetían como eco todos los demás "monos" apostados en los techos alrededor de todas las crujías y, sobre todo, en puestos colocados en el elevado muro que marcaba el límite entre Lecumberri y la calle.

Salvo que cuando en el exterior hubiera alguna turbulencia armada o pacífica, que era cuando nos sorprendían en la madrugada a saquear todo lo de valor político que se encontraran, en fin, esa era la cotidianidad que nos rodeaba.

Había entonces sólo una cocina para todos, como ya dije, a la cual nos integramos para comer ahí, pero también para hacer la comida del día, cuando nos tocara en el rol.

Había celdas para todos y a Miguel y a mí nos asignaron la 19. Creo que era la más fea de todas, pues si mal no recuerdo, hasta tenía un tronco de madera en medio que le sostenía el techo.

Y lo primero fue reunirnos los Lacandones en una celda por las tardes desde la segunda semana en que estuvimos ahí, para hacer un balance y explicarnos nuestra detención.

Todos asistíamos a ella con ganas de esclarecer los vacíos que teníamos para explicarnos muchas de las cosas que nos habían pasado, esperando que cada uno de todos los presentes relatara a detalle cómo estuvo su detención para aclarar el entramado o rompecabezas de cómo fuimos cayendo uno a uno y al final casi todos, incluyendo nuestro querido y reconocido líder, que era Miguel.

Los primeros obligados a hablar éramos los que caímos primero, que fuimos, como ya dije, José y yo.

Como ya lo expliqué, en aquel momento yo no sabía el origen del carro que me facilitaba Miguel para ciertas tareas del orden clandestino, de tal manera que al hablar de él, sólo me referí a "un carro" que nos había facilitado Miguel para la persecución de la camioneta bancaria que recogía los valores de la Pepsi Cola.

Pero nadie de los que sí sabía su origen tampoco dijo nada, es decir, que ese carro en que estábamos estacionados, era un carro "quemado" en la vida política abierta y de izquierda, de una estudiante del Politécnico.

Todo lo ya relatado aquí en el apartado anterior, lo dije ahí, en detalle y con la memoria más fresca que ahora. No tiene caso que lo repita de nuevo.

José en su turno, relató todo lo que había hecho y dicho ante la policía, obligado por las circunstancias.

Aceptando todo lo que yo había dicho, sólo negó que yo le hubiera dado la orden de sacar el arma y actuar con ella. Pero nunca pudo explicar de modo distinto al mío, por qué y para qué me abalancé contra el policía cercano a él y por qué intenté desarmarlo. Menos por qué no hizo nada con su arma aprovechando aquel momento de distracción que le ofrecí, suponiendo que no le hubiera dicho yo con ojos y ademanes que debía sacarla y disparar si fuera preciso.

Eso sí, plenamente justificado por las circunstancias, y entendiendo que debía hacer tiempo, explicó que le había dado a la policía los domicilios de jóvenes desconocidos por nosotros, pero ratificando con sus palabras lo que era bastante claro para todos, que ninguno de ellos pertenecía a nuestra organización.

No recuerdo cómo explicó dónde vivía, ni si dio o no el domicilio de su casa en Juárez, lo que sí tengo claro al respecto es que trajeron a la policía de Juárez hasta el DF para interrogarme y que hasta fueron ellos quienes me dieron los domicilios de las calles que yo decía no recordar, de dónde estaban los centros de trabajo donde yo decía que había estado empleado antes. Me hablaron de la Academia Comercial Bilingüe y de la Carta Blanca de Cd. Juárez, por ejemplo.

O sea que sí anduvieron husmeando tras de mí por Cd. Juárez, pero sin tocar a nadie de mi familia. No habían logrado sacarme nada sobre ellos.

Todos entendimos el gran problema en que se vio envuelto José a la hora de respaldar la coartada que yo dije delante de él en el carro cuando nos detuvieron, de que él, que era quien traía el arma, era mi jefe y todos por tanto le

mostraron su solidaridad al comprender aquellas circunstancias en las que yo lo había metido y a las que había tenido que responder airosamente.

Tal vez por eso, nadie, ni yo mismo, cuestionó lo que desde antes tenía muy claro y que hasta se lo cuestioné al propio Miguel, sobre por qué se le incorporó sin fogueo anterior a una acción de expropiación que requería un buen nivel de experiencia previa, ni nadie le presionó a explicar por qué no me respaldó sacando el arma y amenazar a los policías, por lo menos, si no hasta hacer fuego para someterlos.

Todo quedó simplemente dicho a que cada quién lo interpretara como quisiera, después de que él negó que yo le di la orden de sacar la pistola.

Yo notaba que él sentía que su honor estaba mancillado al no haberse defendido y desde entonces pintó su raya contra mí, negando esa parte de los hechos, para mí fundamental.

Obvio es que, mintiendo una primera vez, después tuvo que enredarse en más mentiras que terminaron por alejarlo definitivamente de mí, perder por voluntad propia su amistad conmigo, llevándolo a perder su propia ubicación política en el futuro y hasta su propia personalidad de revolucionario. Ya estando afuera y después de nuestro famoso proceso de "rectificación" en la táctica guerrillera, hasta supe que había sido parte del grupo de educación política al mando del CEN de la CTM, obviamente del PRI, y después miembro del gabinete de un gobernador del PRI en Sinaloa, periodo 2010-2015.[2]

[2] *Nota publicada por el Gobierno del Estado de Sinaloa 2010-2015*:
Gobernador Lic. Jesús A. Aguilar Padilla.
Gobernador Constitucional del Estado de Sinaloa (Periodo 2005-2010)
Gabinete

En contradicción con lo anterior, en estos días de mayo del 2021 y mediante fuentes que no puedo revelar, supe también que formaba parte del Comité de Campaña, cercano al candidato a gobernador por Morena en aquel mismo estado. Ojalá sea cierto y ojalá gane Morena en aquella entidad. Morena es un movimiento ampliamente incluyente y ampliamente plural por necesidad, como resultado de su propio planteamiento estratégico anti oligárquico, anticorrupción y anti "mafia del poder" que, por las mismas razones, siendo su preocupación estratégica central aislar, desgastar y debilitar al actual grupo de poder en la economía, en los medios de difusión y del poder judicial en el país, es nada exigente en las trayectorias de los que quieran ser parte de este proceso de acumulación de fuerzas llamado "movimiento", a favor de políticas de gobierno que beneficien al desarrollo del país en su conjunto, poniendo políticas sociales que beneficien a los más pobres por delante.

Como lo explicaré más adelante, este experimento ya lo cursamos en el PRD y sería imperdonable que cayera Morena en lo mismo que terminó aquel partido, precisamente por no reservarse sus derechos de admisión al mismo, sin embargo, todo va a depender una vez más de lo que hagamos o no hagamos los que seguimos creyendo en ese proyecto y en esa estrategia.

Pero regresando al tema del balance de la detención de los Lacandones, con relación a por qué nos detuvieron sin haber hecho ninguna provocación, a todos les satisfizo la explicación dada en la *Alarma!*, sin decir desde luego que ya la

---

Rubén Rocha Moya, Coordinador General de Asesoría y Políticas Públicas

José Domínguez Rodríguez, Coordinador General de Comunicación Social

Rosa del Carmen Lizárraga Félix, Coordinadora General de Acceso a la Información Pública

habían leído, de que nos habían detenido por sospechosos, pues, según ellos, estábamos estacionados en una colonia de delincuentes.

Nadie durante toda mi estadía en la cárcel, no sólo en aquellas discusiones de balance, hizo alguna referencia de que yo había dado un domicilio vacío, después del cual dieron con Valente y luego de Valente todos los demás.

Si lo hubieran hecho, tal vez desde entonces y no hasta ahora, me hubiera defendido.

Nunca llegó a mis manos en todos aquellos años de cárcel, el número del periódico *Alarma!*, donde decían que yo estaba sentenciado porque había dado los datos para que todos cayeran. Si lo hubiera tenido o alguien me hubiera dicho de su existencia, por supuesto que lo hubiera abordado y tratado de esclarecer.

Es decir, a pesar de que por lo menos tres de los ahí presentes sabíamos que Valente ya estaba expulsado y que tenía que explicarse cómo es que estando sin aparente relación con nosotros había caído, nadie hurgó sobre que él conocía los domicilios y datos en general de alguno o alguna de los caídos o caídas y que, resentido, bien pudo haber sido él también la fuente o resorte principal para haber sido detenido yo en el carro que él conocía.

Insisto, ese dato, de haberlo yo sabido en aquel momento, pues obviamente lo hubiera expuesto a consideración.

Sí explicó José que había dado el domicilio del círculo de los tamaulipecos al que él se adhirió, y que por la ropa y el judogi mío que habían encontrado ahí, resultó que la policía después decía que ahí era donde yo vivía.

Pero aun habiendo sido el centro y razón de la reunión que tuvimos en un lugar público del DF, con la asistencia de por lo menos 15 compañeros, recién llegado yo de Cd. Juárez y de Nuevo Laredo, que fue examinar la flacidez en nuestras normas de clandestinidad y ausencia de una

infraestructura legal, que diera respaldo a una coartada de grupo al ser alguien de los clandestinos detenido, sólo yo recuerdo haber hecho mención de ella, pero tratando de explicar por qué mi coartada consistió en decir que José, aprovechándome de que andaba armado, era mi jefe, limitándome a eso, no para hacer extensiva la reflexión para explicar la caída en su conjunto. No tenía los elementos que ahora creo tener.

A José nadie lo cuestionó del porqué, si había orden de no portar pistola en las investigaciones, él llevaba la suya y no la usó cuando debía, a pesar de que yo me había abalanzado sobre el policía más cercano a él, para quitarle la pistola y darle tiempo a él de actuar.

Tampoco nadie hizo eco, por lo menos declarativamente, respaldando lo que él decía, de que no era verdad que yo le hubiera dado ninguna orden de sacar la pistola.

La verdad de las cosas es que de todos los aprehendidos, nadie salvo Miguel, formaba parte del aparato "militar" que ya teníamos integrado, por tanto, nadie de los presentes, ni siquiera Carlos Salcedo, tenía la suficiente experiencia en expropiaciones armadas y, por tanto, no sé cuánto sabía de las discusiones dadas sobre el asunto de no portar armas cuando no hicieran falta, ni mucho menos hacer uso de ella cuando no hubiera remedio.

Es decir, salvo Miguel y José que hacía sus "pininos" en las acciones armadas, nadie de los presentes pertenecía en realidad al llamado "nivel militar" y, por tanto, nadie, salvo Carlos Salcedo creo, por el nivel de dirección que tenía, comprendía de fondo lo que ahí a mí me preocupaba esclarecer, muy concretamente sobre los errores cometidos alrededor de la detención de José y de mí.

Y, tratándose de compañeros reclutados en lo general por Miguel en el Politécnico, pues todo lo adverso a Miguel y a su hermano era rechazado o desoído.

Creo que los únicos que no provenían del Poli eran los hermanos Ensch, Isaías, Roberto, su hermano y otro compañero también de apellido Sánchez Ensch. Parece ser que Carlos Salcedo fue quien los reclutó.

Creo que otro que venía también por parte de la UNAM era Joel Chávez Treviño, pero ni él ni los otros habían participado nunca en alguna expropiación de las que conformaban el acervo de experiencia que caracterizaban y distinguían a los Lacandones.

Por tanto, habiendo trabado él, Joel, una gran amistad con José desde que llegamos a la "M", igual que los demás, se plegaba a lo que dijeran Miguel, Beto y José.

No tengo memoria ahora de lo que cada uno dijo, salvo que Miguel, que fue el último en caer, se refirió a que cuando fue detenido, de hecho ya estaba todo dicho por todos los demás detenidos antes que él, así que no le tocó más que reiterarlo. Es decir, para la policía, los domicilios que él pudo haber dado, ya estaban dados. Eso fue lo que dijo.

No recuerdo que haya quedado claro cómo es que dieron con el domicilio donde lo agarraron a él.

Así las cosas, y sin una conclusión clara por lo menos para mí, sobre el nudo de por qué nos detuvieron primero a José y a mí, indiferentes todos a eso, lo que interesaba ahora era valorar la línea política en general que hasta entonces habíamos seguido, tema que desde luego, yo era uno de los principales en promover, no sólo Miguel.

Miguel cuando se refería a este aspecto, decía que había que racionalizar nuestra experiencia, seguramente refiriéndose de alguna manera a lo anteriormente dicho, a que había que revisar crítica y autocríticamente nuestra estrategia y táctica, es decir, lo que en concreto hacíamos por la Revolución Socialista en México.

Desde luego estando todos de acuerdo con eso, a mí lo que me interesaba incluir en esa próxima discusión que

tendríamos era que esa no era la primera vez que íbamos a abordar ese problema, que de hecho ya lo habíamos hecho desde 1972, a casi un año de distancia de entonces, cuando se habían generado las expulsiones de "Jorge" y de Valente.

Recordé hasta el título del documento que se circuló al respecto, al principio de aquel evento de discusión y también el nombre del segundo, que resultó el más popular de los dos, pues era el que abordaba directamente al incidente de carácter personal dado entre David, "Tania" y "Jorge".

Esa fue la razón por la que, ahora en la cárcel, sin que nadie me lo pidiera o se nombrara una comisión para hacerlo, me di a la tarea de escribir mis reflexiones personales al respecto, por lo que parafraseando las palabras de Miguel, de que había que "racionalizar nuestra experiencia" y tomando en cuenta que ya antes lo habíamos hecho en la reunión con todos los del "nivel armado", ahora ahí ausentes pues no habían caído, al documento que escribí y circulé ahí en la cárcel lo titulé "Racionalicemos la racionalización de nuestra experiencia".

En él básicamente escribía una síntesis de las dos reflexiones que yo mismo había promovido que hiciéramos antes de ser aprehendidos, las dos de ellas, en consenso con el propio Miguel.

Hasta entonces, siempre mantuve la idea de que la estrategia socialista era correcta, lo que implicaba la construcción de un partido *uniclasista* del proletariado. Lo que para mí siempre fue cuestionable era la táctica de la guerrilla, la táctica que convocaba a la insurrección armada al proletariado, pero al margen, sin ninguna relación ni política, menos orgánica, con el movimiento de masas en su conjunto o con el movimiento de algún sector de la sociedad marginado, no se diga el proletariado mismo como clase fundamental en la promoción de la revolución socialista. Es decir, en los hechos se trataba de construir un ejér-

cito revolucionario por el socialismo, antes que el partido revolucionario del proletariado.

Como ya dije, al parejo de estas discusiones, Miguel y yo vivíamos en la misma celda, en la celda 19, y, por tanto, de alguna manera lo aprovechaba yo para platicar con él, tratando de alcanzar el mismo nivel de intercomunicación, de sinceridad y de confianza que había logrado cuando estábamos en la calle.

Yo reconozco que al principio de estas conversaciones, coincidí con él en su preocupación por fortalecer la cohesión de nuestro grupo ahí en la cárcel, pero refiriéndose él a no permitir que fuéramos influidos por los demás presos políticos, no Lacandones, que desde luego nos criticaban mucho, tanto por nuestro comportamiento juvenil y "desmadroso" que teníamos en todo y para todo, como fundamentalmente por nuestra línea táctica que respaldaba a la del Che Guevara en el foco guerrillero, preocupación que en cierto sentido yo compartí y hasta retroalimenté con Miguel.

Efectivamente le respondí que debíamos mantenernos como una especie de isla frente a los demás, afianzando nuestra concepción política en general, pero que como él mismo lo decía, debía revisarla de nuevo. Sobre todo, agarrar de frente nuestro nuevo boleto de guerrilleros presos, donde ya no era lo mismo estar afuera que en la cárcel. Que ahora estábamos no sólo limitados por los muros de la cárcel, sino hasta por nuestras propias concepciones de la vida y del mundo, que pudieran hundirnos más en el aislamiento si no las revisábamos también.

En relación con la oportunidad que tuvimos José y yo de parar en seco las cosas toparan donde toparan, ahí mismo donde nos agarraron, para que no cayera nadie más, sólo me respondió que lo importante era que estábamos vivos. No quiso nunca abordar de fondo ni de que José no debió haber traído la pistola que traía y, menos, que debió haberla usado

cuando yo se lo había ordenado. Sólo me decía que estaba muy joven, que se estaba fogueando.

Dentro de este orden de errores y omisiones, se me hizo de mal sabor emplazarlo ni siquiera estando solos, yo desde antes de que empezara nuestro final le había advertido de la particularidad de que José no tenía todavía el adiestramiento para una acción como la que pretendíamos hacer. De veras lo vi muy agobiado y preferí mejor no tocarle el tema. Era obvio el error.

Ese hubiera sido el momento tal vez para tocarle el asunto del carro, de preguntarle por qué si era un carro "quemado", que usaba la güera Ledezma para trasladarse al Poli, como lo dice Carlos Salcedo en su libro, y que además lo conocía Valente, era el que me facilitaba para labores correspondientes al llamado "nivel militar", es decir, a hacer labores en él, de carácter ilegal. Pero como yo no conocía ese dato, salvo él, Valente y Carlos, pues imposible tratar el asunto.

A estas alturas ya eran semanas de que habíamos llegado a la Crujía "M".

Ya había habido los primeros reclamos de algunos de los demás presos políticos, en el sentido de que cuando le tocaba a alguien de nosotros hacer la comida, en realidad no lavábamos los trastes bien. Que dejábamos restos de comida en los recovecos de cada sartén o recipiente para cocinar y que eso dañaba la salud de los demás. Me lo dijeron en lo personal a mí para que lo hiciera extensivo a los demás.

Sucedió también que, poco a poco, hubo una temporada en que a la hora de comer se desataba entre nosotros una guerra de bolillazos, iniciada por alguien que furtivamente lanzaba el primer bolillo contra alguno de los comensales, y luego este respondía riéndose con otro bolillazo.

Ese ambiente que se daba mucho entre nosotros, lo agarraron de pretexto algunos de los demás presos para salirse

de la cocina colectiva y pedir sus alimentos aparte para cocinarlos en sus celdas.

Consecuentes con esto que exageradamente algunos veían mal de parte nuestra, un buen día un par de presos que estaban en aquella crujía "M" decidió pedir su cambio a otra de presos comunes. Tenían dinero y podían pagar al Jefe de Vigilancia ese trato más especial a sus personas.

Uno de ellos, que tenía su celda muy bien arreglada, con jardín, macetas, escritorio, sillón para visitas y, desde luego, buena cama y ventanal con cortinas, antes de irse se acercó a mí para comunicarme precisamente de la decisión que acababan de tomar él y su compañero, de pedir su cambio a otra crujía, y de paso aprovechó para ofrecerme que me cambiara a vivir a esa celda que él abandonaría. Me llevó a verla para que apreciara el buen estado en que ésta se encontraba, que desde luego me impresionó mucho y por supuesto que de inmediato le acepté y agradecí el ofrecimiento.

Habiéndome dicho la fecha ya pactada con la dirección del penal para su mudanza, le comenté a Miguel de esa oferta que me estaban haciendo, después de informarle las razones por las cuales decían el par de compañeros que se iban a cambiar de crujía. Incluso yo mismo también le ofrecí a él esa misma celda y que fuera mejor él quien la aprovechara, pero lo rechazó. Me dijo que mejor yo aceptara el ofrecimiento, que él prefería quedarse donde estábamos.

De ese modo fue que me mudé a una de las celdas más "pequeñoburguesas" que había dentro de la crujía, que era la número 18, o sea, la que estaba precisamente a un lado de la nuestra.

Ni tardo ni perezoso yo desde el primer día trasladé mis cosas para allá. ¿Qué cosas? Pues nada. Un par de cuadernos y un cambio de uniforme, de aquellos que la propia cárcel nos proporcionaba a todos y obligaba a usar, sobre todo saliendo de la crujía. También algunas herramien-

tas que para aquel entonces ya había adquirido para hacer artesanías y obtener algo de economía a través de eso. La mamá de Carlos Salcedo se había ofrecido, desde luego mediante la intervención de su propio hijo, para hacerme el favor de vender las curiosidades o artesanías que hacíamos, en donde ella laboraba, que eran creo que oficinas de la Secretaría de Hacienda.

Todo eso en conjunto fue dándome la imagen de un "lacandón" no del agrado de todos los demás.

Tenía muy buenas relaciones de amistad con muchos de los presos políticos que no eran Lacandones y, al contrario, lejos de avergonzarme por eso, me sentía orgulloso de que aceptaran platicar y hasta discutir conmigo. Es más, eso me parecía clave para abrir relaciones al exterior a través de ellos, como más tarde lo explicaré.

Después me comentó Miguel que había inconformidad por lo de la celda que me fui a ocupar, pues según él me decía, el comentario general era que la debí haber rifado entre todos los "Lacandones". No hice caso.

Ahí en esa nueva celda fue que concluí la redacción del documento que después circularía. Había por ahí entre los demás compañeros una máquina de escribir que conseguí prestada y fue gracias a ello que pude distribuir copias a todos los Lacandones, igual que lo que había hecho cuando estábamos en la calle, a diferencia de que, como ya lo dije, de todos los ahí presentes, sólo Miguel y Carlos Salcedo habían participado personalmente en todo aquel proceso de discusión anterior a que me estoy refiriendo.

Salvo Isaías Ensch, Roberto Ensch, Carlos Salcedo y yo, nadie apoyó, ni siquiera Miguel, lo mismo que él había aprobado en las discusiones anteriores, estando en la calle.

Como ya dije, el documento se centraba en dos cosas:

La primera de todas, el aislamiento hacia el movimiento político amplio de todos los disidentes contra el PRI, a lo que

llamábamos rimbombantemente "movimiento de masas", aislamiento que nosotros mismos agudizábamos al ocultarnos para proteger la práctica que ahora decíamos, que era lo que debía hacer todo revolucionario en México: irse a las armas y convocar a todos los mexicanos a hacerlo desde la clandestinidad.

Aceptar lo anterior nos obligaba a muchos cambios en consecuencia. En aquel momento yo no decía todavía que había que abandonar a la guerrilla de manera definitiva para dedicarse a hacer labor en los sectores de trabajadores de la ciudad y el campo.

Lo que planteábamos entre Carlos Salcedo y yo, respaldados por Isaías y su hermano Roberto, no era abandonar a la organización de comandos armados, sino de mantenerlos pero para coadyuvar al movimiento político, para sostener a un equipo de profesionales a nivel nacional y en los estados que tuvieran como tarea primaria la concientización, generar compromiso y organización para ir revirtiendo el orden, modificando la correlación de fuerzas a favor del proletariado y los más pobres del país, incluyendo los trabajadores del campo.

A todo eso se le oponía el consabido discurso de que ya los canales de participación legal estaban cerrados y que la práctica misma nos había enseñado que no había otro camino que la violencia, etcétera.

A lo cual nuestra respuesta siempre fue que ese era el nivel de comprensión de sólo un sector muy reducido de la sociedad, básicamente estudiantil. Que eso que nosotros dábamos ya como una verdad comprendida por todos los mexicanos, en realidad no lo era. Que ese nivel de comprensión sólo lo adquiriría todo el pueblo de México y más particularmente los obreros, siempre y cuando, antes que todo, libraran batallas por la vía legal por mejorar sus condiciones de vida, camino único mediante el cual pudieran llegar a otro nivel de compromiso, tal vez el armado, no antes.

En términos generales más o menos por ahí se daban las discusiones en ese primer gran punto.

Pero también hablábamos del segundo, mismo que al igual que el anterior, ya lo habíamos abordado hacía menos de un año.

Yo tenía muchos elementos concretos para ilustrar a qué me refería cuando abordaba ese tema y no sólo contaba entre ellos la experiencia que tuve cuando me detuvieron en Nuevo Laredo y todas las reflexiones que aquel pasaje de mi vida me había enseñado y yo ya había expuesto a todos los que pude, desde antes de llegar a la cárcel.

Sumada a aquella experiencia, tenía ahora además la de nuestra nueva detención. La facilidad con que habíamos sido aprehendidos casi todos los que estábamos ahí. Por fortuna sólo dos del llamado "nivel armado" y José, que iniciaba sin pertenecer todavía a ningún comando.

Era fácil ver sin mucho esfuerzo, que fuera del entusiasmo y de la sensación de supremacía que se dejaba sentir al pertenecer a un grupo selecto de "revolucionarios", el llamado "nivel militar", en realidad ni idea teníamos de lo que eso significaba.

Repetí muchas veces que no teníamos construida una infraestructura "intermedia" entre lo legal y la clandestinidad, que ayudara a detener golpes como el que acabábamos de recibir al llegar a la cárcel todos los que estábamos ahí presentes.

Nunca les eché en cara, como dicen en mi pueblo, pues me pareció siempre de mal gusto hablar de esa manera, que del llamado "nivel armado" de los Lacandones, sólo habíamos caído Miguel y yo, arrastrados por errores que los mismos ahí presentes habían cometido, no sólo José, sino a lo mejor hasta el propio Miguel, pero que de los que estaban en los comandos, que vivían donde mismo que yo, no había caído nadie, gracias a que yo no los había delatado.

Y para demostrar lo anterior era muy sencillo. Simplemente notar que no habían caído: Víctor Manuel Velazco Damián, Alfonso Rojas Díaz, David Jiménez Sarmiento, "Tania", Raúl Irena Estrada, Encarnita Morales Salamanca y Jorge Poo Hurtado.

Desde luego, ese, el título de no haberlos delatado no era algo que sólo yo podía presumir. De eso el que principalmente podía presumirlo, además de mí, era Miguel. Pues sólo él sabía, además de los primeros cuatro, dónde estaban Raúl Irena, Encarnita su esposa y tal vez también hasta Jorge Poo.

Pero era claro que el que había recibido ese primer enfrentamiento y peligro de haber informado de todo eso a la policía había sido yo y que lo había librado bien.

No me quedaba decirlo así y nunca lo dije, pero sobre todo por lo menos para Miguel y Carlos Salcedo, creo que eso era algo bastante fácil de entender.

Tampoco se valoró mi intento de desarmar al policía, intento que no pudo negar José y que hasta después supe que corroboraba la prensa, de la cual ya hice citas aquí.

Sin embargo a la hora de los debates esas valoraciones ya no se hacían.

Por lo que ahora sé, al contrario, eran temas donde yo resultaba devaluado y no me lo decían.

En resumen, para ellos era vital que se reconociera en el debate a la violencia como la única vía, "de acuerdo al marxismo" y dentro de la lucha de clases, para derrocar a la burguesía e imponerle la dictadura del proletariado.

Insistían mucho sobre que la insurrección popular ya estaba iniciada y demostrada a partir de la represión del movimiento estudiantil del 68 y 71.

A pesar de que hoy parece que debió haber sido muy simple para cualquiera entender nuestro planteamiento, hecho hasta por escrito, pues en aquel entonces lo que yo sentí siempre en respuesta de parte de mis propios compañeros

Lacandones era marginación, desprecio, apodos y descalificativos.

Eso no lo resistieron mis compañeros de lucha ideológica Carlos Salcedo, Isaías Ensch y su hermano Roberto.

Por su propia cuenta decidieron ya no asistir a las reuniones que diariamente sosteníamos por las tardes.

Creo que el agrupamiento en "círculos" que ellos mismos propusieron, a donde en uno de ellos estaban Carlos Salcedo, Isaías Ensch Fregoso, Roberto Ensch Fregoso y en el que incluyeron hasta Valente Irena Estrada, círculo del cual a mí me hicieron responsable para atenderlo, desde ahí mostraban ya su valoración a todos por parejo, cuando incluían con nosotros al mismo Valente.

Y obviamente lo que en ese círculo empezamos a discutir, que era la crítica a fondo de la desviación militarista y de la estructura orgánica tan endeble y vulnerable que habíamos demostrado ser al caer tan velozmente, de inmediato llegó a sus oídos a través de Valente, quien no se midió en nada para "delatar" nuestras discusiones dentro de aquel círculo que ellos mismos habían propuesto y del que me habían puesto como responsable a mí. Valente tenía pláticas frecuentes con Beto Domínguez y ese era su puente. El propio Valente me lo dijo, pues me alegaba que Beto era un buen compañero, a pesar de estar entre los otros.

Ya una vez iniciadas las discusiones abiertamente y después de dar como resultado lo que ya expresé, que Carlos, Isaías y Roberto dejaron de asistir, pues también Valente abandonó las discusiones.

Y no tardó mucho en darse un desenlace también hacia mí. Miguel, con su manera de ser amistosa y conciliadora, fue quien delante de todos me propuso que era mejor separarnos.

Su argumento fue que nada más nos estábamos estorbando uno al otro, sin yo convencerlos ni ellos convencerme, de tal manera que lo más conveniente era que cada uno por

separado, refiriéndose desde luego a mí, no a ellos mismos, se dedicara mejor a estudiar los temas que estábamos ahí discutiendo y tal vez en un momento dado después, volvernos a revisar.

A pesar de todo yo sí les tenía aprecio y estaba empeñado a fondo en sacarlos de un error que a aquellas alturas, ya nos parecía a muchos muy evidente.

A mí me decían el "buen samaritano" y "conciliador", este último calificativo, no como una distinción o cualidad, sino como un peyorativo por mis relaciones de amistad con todos los demás presos políticos (o por lo menos así lo quise entender).

Nosotros lo que decíamos era que el suyo era un comportamiento ultraizquierdista, más bien encuadrado dentro del "oportunismo de izquierda", aquel que era incapaz de reconocer las tareas que debía desarrollar, de acuerdo con el nivel de participación social, para desarrollar la conciencia, participación y organización de los sectores más desprotegidos y de los obreros, en aquella estrategia que habíamos definido entonces como la correcta, que era buscar al socialismo para México.

Con esas definiciones decidimos ya no reunirnos Miguel y yo, aunque seguíamos yendo a la misma cancha de basquetbol a jugar juntos, todos los martes y los jueves, que era cuando nos permitían por parte de la dirección del penal hacerlo.

Lo que sí fue bastante claro y drástico, es que decidieron poner ellos su cocina aparte, de tal manera que desde aquel entonces ya funcionábamos en dos cocinas principales: la de ellos, que habilitaron otra celda para cocinar por separado, y la nuestra, que continuó siendo la misma a la que nos sumamos desde recién llegados.

Después de esto, fue más o menos la fecha en que Francisco Rivera, "el chicano", fue detenido en Sinaloa y traslada-

do a nuestra Crujía en Lecumberri, a finales de 1973. Ya para entonces yo estaba "deslindado" de los Lacandones, de tal manera que no me tocó oírlo de viva voz la versión de su detención, así como la "línea" política de la Liga Comunista 23 de Septiembre (Liga o LC23S), que así fue como se le nombró a la organización armada que andábamos formando antes de llegar a la cárcel.

Lo que sí recuerdo, en aquel mes de finales del 73 o principios del 74, es que José y Alberto Domínguez, hermanos de Miguel, salieron libres.

Tengo muy claro, a propósito de las desavenencias personales con José, que a diferencia de Beto y a pesar de ellas, él sí tuvo la cortesía de ir hasta mi celda, ya después de las 10 de la noche, para despedirse de mí, un día antes de su salida.

Me sorprendió mucho la deferencia pero se lo agradecí.

Me dijo que se iba con plena claridad (aquí hasta se tocó la sien de su cabeza) sobre las "diversas" posiciones políticas que había en la crujía.

No me quedó explícitamente dicho a qué posiciones se estaba refiriendo pero era claro, él estuvo presente en todas las discusiones dadas entre nosotros los Lacandones desde que llegamos a la Crujía "M" y sabía muy bien cuales eran mis posturas y las de los demás, incluyendo su hermano Miguel.

Seguro a esas se refería y creo que también a las que ya con seguridad había escuchado del recién llegado, ya integrante de la Liga.

Regresando a ese tema, al de "El chicano", él provenía de los "Enfermos" de Sinaloa y él fue su representante en la formación de la Liga, en marzo de 1973, en Guadalajara, Jal.

No pasó mucho tiempo y sí logramos escuchar todos los de la crujía, directamente sus planteamientos.

Era regular que de vez en cuando nos reuniéramos todos los habitantes de aquel dormitorio, por razones de fun-

cionamiento o provocados por alguna agresión, de las muchas que también de vez en cuando sufríamos por parte de los vigilantes del penal, con "esculques" en la madrugada, para lo cual nos despertaban sorpresivamente y nos sacaban al jardín mientras ellos saqueaban nuestras celdas.

Por alguna razón de esas hubo alguna vez necesidad de reunirnos todos ya estando él en la crujía y, aunque desde antes ya había trascendido cuál era su postura acerca de los presos que no estábamos en la cocina colectiva de los Lacandones o que fuera de cualquiera otra tendencia de izquierda ahí presentes, de que éramos calificados como pequeñoburgueses y blandengues y que había que "ajusticiarnos", sobre todo a los que tildaban ellos de que eran policías políticos, pues todo mundo asistimos a aquella reunión advertidos de lo que pudiera ahí pasar.

Carlos Salcedo, en su libro, dice en la página 59 respecto a este asunto: "El grupo de los ultras convocó a una asamblea de todos los presos en la Crujía 'M', ya días antes se había sentido la tensión y se sabía que la convocatoria era para llevar a cabo deslindes ideológicos. Así que todo mundo acudió con armas (fierros) y dejó los garrotes a buen resguardo pero muy a la mano por lo que se ofreciera y demandare".

Y en efecto, no siendo para ese propósito la convocatoria de aquella reunión, el Chicano aprovechó para hacernos extensiva la caracterización que hacía la Liga de todos nosotros, haciéndonos explícito, después de calificarnos efectivamente como blandengues, demócratas y pequeñoburgueses, infiltrados dentro de la revolución socialista en México, que habría que "ajusticiarnos" en un momento dado, pues éramos claros enemigos del proletariado.

Se acaloraron los ánimos.

Heriberto Díaz Coutiño, compañero que fue nuestro entrenador de Taekwondo dentro de la cárcel misma, clases a las que asistía todo el que quería, incluyendo Lacandones

y hasta el mismo Chicano, me distinguió siempre con su sincera amistad, no sé si porque me convertí en su alumno "preferido" o porque coincidía conmigo en todo lo que decía en las reuniones que teníamos ya estando deslindado de los Lacandones, recuerdo que en aquella reunión se puso delante de mí, en un gesto muy solidario de protección hacia mi persona, dándome la espalda para dar el frente a los demás, pero por fortuna, fuera del debate acalorado en que todos participamos, no sucedió ningún percance.

Sí había claras provocaciones de algunos de ellos. No le veo al caso dar sus nombres, pero Carlos Salcedo, Isaías y Roberto Ensch, que todavía viven (no sé de la suerte de los demás que ahí participaron), pueden atestiguarlo.

Escuché con claridad que alguien de ellos dijo: "¡A mí déjenme a Benjamín!".

Este compañero, ya estando excarcelados los dos, me invitó a cenar y aunque no se disculpó por aquel mal pasaje para todos, el sólo hecho de buscarme y de invitarme a cenar era de por sí la disculpa.

Se sabía además que a un compañero que cayó a la cárcel siendo integrante del "FUZ", lo acusaban de ser policía político. Se llamaba Breno Hilario.

En realidad yo nunca supe por qué.

El compañero tenía un comportamiento normal, como el de todos, pero le distinguía que era bien parecido y un poco arrogante ante ellos, los Lacandones, y tal vez fuera por eso la antipatía que sentían en su contra.

Sin embargo era inofensivo.

También contra él era contra quien se esperaba que se aprovechara esa ocasión para hacerle algún daño o agresión.

Las intervenciones de la mayoría de los demás presos, Pancho Fuentes, Nachito González, Raúl Murguía, Carlos Salcedo, Isaías Ensch y el que esto escribe logramos calmar las inquietudes.

El discurso de todos los convocantes a la tranquilidad, incluyendo el mío, se basó en que, sin querer, un discurso agresivo que pasara a la acción de algunos presos políticos contra otros presos políticos, para lo único que serviría en realidad sería para desvirtuar ante la opinión pública el carácter humanista y buscador de justicia social de los que habíamos caído a la cárcel como luchadores sociales. Que eso en realidad serviría más a la dirección del penal para agarrar eso de pretexto e intervenir de manera decisiva en el funcionamiento y condiciones de que gozábamos hasta aquel entonces dentro de aquella crujía en particular.

Que eso nos afectaría de manera determinante a todos.

Otros discursos semejantes, lograron al final tranquilizar los ánimos.

De cualquier forma el comportamiento de ellos hacia nosotros nunca fue de amistad aunque había mutua cordialidad y tolerancia.

Tolerancia que a veces ellos rompían con bromas-agresiones de vez en cuando.

En un cumpleaños de Carlos Salcedo, por ejemplo, la mamá le llevó un gran pastel, pensando ella desde luego en que lo repartiría a todos los compañeros después de la salida de la visita.

Cuando salió Carlos a despedirla hasta la puerta del jardín, que daba ya hacia el redondel general de todo Lecumberri y que luego regresó a su celda, ya no encontró el pastel.

Ellos sabían que a la hora de la salida de la visita, todo mundo abandonaba sus celdas para ir a despedir a la gente hasta la puerta, por tanto, estaban seguros que eran momentos aquellos, donde nadie se daría cuenta de la travesura de mal gusto contra un "pequeñoburgués".

Así como esa, recuerdo otra más.

Llegó a la Crujía "M" un gringo de nombre Robert Lee Jackson. A él lo habían aprehendido en un intento de secuestro de un avión en el aeropuerto de Monterrey N.L.

Al pobre gringo, desde que llegó a la crujía se le tildó como policía que iba a sondearnos, razón por la que resultó un apestado para todos ellos.

Yo, al contrario, procurando practicar el poco idioma inglés que sabía, aceptaba conversar con él sobre todo lo que él quisiera y desde luego lo integramos a nuestra cocina. Hasta lo hice mi compañero para cocinar juntos en el mismo día que me tocaba cocinar para todos.

No supe de bien a bien sus motivaciones para aquel aerosecuestro, pero por lo menos hasta donde yo lo valoré, ni indagaba nada acerca del pasado político del resto de los presos, ni tampoco era malicioso en sus conversaciones.

Para mí era un pobre individuo perdido en sus problemas personales después de su enrolamiento en la guerra de Viet Nam y el gobierno de los Estados Unidos, nunca reclamó su extradición.

Es más, después de un año aproximadamente, lo pasaron a Santa Marta como si fuera cualquier otro mexicano, que aquella era o es todavía la cárcel donde ya cada preso que fue legalmente procesado sólo va a cumplir su sentencia, a diferencia de los de Lecumberri, donde todos los presos estábamos en proceso legal, buscando supuestamente, en nuestro caso, la manera de aligerar la condena y que la sentencia fuera menor.

A lo que me quiero referir es que tal era el aislamiento en que vivía este pobre individuo, que compró un gato y lo tenía muy protegido y bien alimentado en su celda, como su querida mascota.

Pues un buen día resultó que se lo secuestraron al estilo de los guerrilleros del exterior, pero sin dejarle nota de rescate.

El pobre gringo andaba buscando por todos lados su gato y recurría conmigo para que le ayudara a localizarlo.

—Ben! Where is my cat? Help me please! I don´t find it!

Seguro lo hicieron para burlarse y pasar un buen rato a costa de este pobre *american citizen*, quien nunca logró liberarse de la marginación y la condena de muchos de los demás.

Si de él decían que era policía político, por mí, al contrario, me tenía sin cuidado lo que dijeran de mí, por ósmosis.

Él y yo, al contrario, trabamos buena amistad.

Con lo anterior, creo que puedo poner punto final a la narración de aquel periodo de lucha ideológica, deslindes y conatos de burlas e intentos de enfrentamiento entre los Lacandones y los demás presos políticos en la Crujía "M" de Lecumberri.

Las diferencias paralelas y de fondo entre los Lacandones, expresadas en otras actitudes y comportamientos

Marcadas estas diferencias y contradicciones de fondo, dadas dentro de los Lacandones y de estos hacia los demás, en ese contexto también eran muy distintos los comportamientos y actitudes de cada uno hacia la cárcel misma y hacia el exterior.

Detalladas ya las razones por las cuales ellos juzgaban que fuera de los familiares, todo aquel que fuera a visitarnos por cualquier otra razón, era muy probable que fueran policías para interrogarnos y se corría sobre ellos todo tipo de sospechas, al contrario, de nuestra parte, me refiero a los "Lacandones" deslindados, nuestro comportamiento era lo opuesto.

La cárcel simboliza la fuerza del Estado que busca castigar a los reclusos, no sólo al aplicarles sometimiento a vivir

encerrados tras las rejas y sus muros, sino que inclusive busca trastornar sus personalidades al aislarlos de la interacción "normal" que se tiene con la sociedad en su conjunto en el exterior.

Entender lo anterior nos llevó al grupo que quedamos deslindados de los Lacandones, a asumir un comportamiento diametralmente contrario al que asumía la mayoría de ellos. Es decir, en lugar de aislarnos más dentro del aislamiento que de por sí significaba la cárcel, romper ese aislamiento lo más que pudiéramos hacerlo, al contrario, promoviendo todas las visitas que pudiéramos desde el exterior, punto y aparte que no fueran nuestros familiares, se convirtió en parte de nuestros objetivos para no dejarnos derrotar por "la cárcel".

Si lográbamos eso, lograríamos no sólo información directa de algunos sectores de la sociedad, como estudiantes o trabajadores de las universidades, que pudieran simpatizar con las intenciones nuestras que nos llevaron a ser presos, sino, además, hasta pudiéramos abrir mecanismos de participación nuestra con ellos, con lo que hacían en la calle.

De esta manera logramos entrar en contacto con estudiantes de la Universidad Autónoma de Puebla, con estudiantes de la Escuela Nacional de Antropología e Historia (ENAH), con estudiantes de alguna vocacional.

Con los estudiantes de la Universidad de Puebla hasta logramos editar un pequeño boletín que ellos nos imprimieron, del que lamentablemente no conservo ningún ejemplar. Con seguridad había contribuido mucho a eso Enrique Condés Lara, que había estado preso en esa crujía durante el primer año de nuestra estadía ahí. Su esposa, Rosa Blanca Roveglia Moctezuma, era quien nos visitaba y a través suyo fue que logramos dos o tres visitas de un grupo de estudiantes de aquella universidad, así como el compromiso de ayudarnos con aquel boletín a que me refiero.

Con seguridad, o con ella o en el archivo de aquella universidad pudiera haber alguna copia del boletín que logramos publicar.

Por parte de la ENAH, fue un exmilitante del MAR de nombre Remigio, que era trabajador o profesor de esa institución, a través de quien logramos durante un buen periodo visitas de estudiantes (muchachos y muchachas), prácticamente llegando a convertirse los domingos en días de charlas o entrevistas que nos hacían, a las que concurrían los presos políticos que quisieran, pero de las que nos hacíamos cargo Carlos Salcedo, Isaías Ensch, Roberto Ensch y un servidor, en mi celda.

Aparte, teníamos un círculo de estudios con los hermanos de Valente, quienes en lugar de visitarlo a él se anotaban todas las semanas para visitarnos a nosotros, logrando de esta manera tener alguna información de la UNAM, que es donde estudiaba uno de ellos. Sobre todo de parte de las muchachas que nos visitaban de la ENAH, cualquier preso soltero sin prejuicios que limitara su conducta con ellas hubiera conseguido fácilmente una novia, de haberse animado.

Nosotros hasta pudimos inscribirnos como estudiantes de esa institución educativa, con el compromiso de que al salir, pudiéramos cubrir los requisitos de aportar nuestra documentación personal protocolaria para la matrícula que cualquier ciudadano debía cubrir.

Nos atendía un profesor de nombre Guillermo Torres, quien iba siempre acompañado de una o dos compañeras, una de las cuales, se llamaba Miranda.

En estos grupos que nos visitaban hasta venían entre ellos estudiantes que radicaban en el DF, pero que eran de Panamá, de Argentina o Venezuela.

Yo me hice amigo de una de ellas de nombre Arelí, argentina, quien hasta me hizo el favor de llevar a conocerme a su mamá.

Yo había obsequiado a Arelí un gran barco con amplios veleros, estilo Siglo XV de España, con agujeros en la cubierta desde donde pequeños focos instalados en la barriga los alumbraban de noche. Me pulí mucho en aquella artesanía que tenía más bien como blanco pegarle al corazón.

En fin, para nosotros el día de visita era revuelo, actividades, pláticas y reuniones.

Hasta posibilidades de amores.

Y claro está que nada de todo esto era bien visto por nuestros compañeros Lacandones.

Les notábamos el ceño fruncido con que nos miraban de reojo.

Pudieran tener razón. Pudiera ser cierto que dentro de las parvadas de muchachos y muchachas que iban a vernos se colaran policías interrogadores, como ellos solían decirlo. Pero… ¿y qué? ¿Qué podían sacarnos de información fuera de lo ya dicho en la cárcel o fuera de lo que para nosotros era, al contrario, posiciones y opiniones sobre algo que era público y que, al contrario, nos interesaba que se supiera en la calle? ¿Qué dentro de un balance de quien perdía o quien ganaba más, no éramos nosotros, los presos, los que resultábamos más beneficiados que todos, al poner a nuestro alcance todo tipo de posibilidades de burlar los cercos de la prisión?

Para nosotros no había duda. Independientemente de cómo se nos caracterizara, todo eso que hacíamos correspondía a un comportamiento que, al contrario de como se decía, nos mantenía activos social y políticamente hablando. Debatiendo temas y problemas de la actualidad, con otra óptica, con otras ópticas y conectados con el exterior.

El intento de fuga y el suicidio de Miguel

Debo incluir en mi relato algo muy doloroso y lamentable.

Una día, pasadas las 11 de la noche, de repente vi dentro de mi celda, ya a punto de irme a la cama, a uno de los compañeros que, sin haber caído como Lacandón, comía con ellos y se reunía con ellos. Creo que él provenía de la guerrilla de Genaro Vázquez si mal no recuerdo. Le decían "el caballo" y se llamaba Ramiro Gómez.

La razón sorpresiva de su visita a aquella hora era pedirme ayuda para que interviniera en su favor ante Miguel Domínguez, pues me dijo que los compañeros de éste lo querían matar, debido a que lo señalaban como quien los iba a delatar o ya los estaba delatando, sobre un túnel que me dijo que estaban cavando desde alguna celda para fugarse. Que lo habían invitado a participar, que estuvo ayudándoles un tiempo pero que al final decidió zafarse. Que por eso ahora sentía el acoso de parte de ellos.

Él me aseguraba que no era cierto que Miguel y yo estuviéramos "peleados". Aseguraba que al margen de todos, entre él y yo había cierta coordinación. Que él no se tragaba lo de que estábamos separados.

Insistía en que interviniera a su favor con él, pues ya ni siquiera salía de su celda por el temor de que cumplieran la amenaza que le habían hecho.

No le acepté que me dijera nombres ni tampoco le acepté que me diera más información sobre esa fuga que estaban planeando. Tampoco acepté lo de que Miguel y yo estuviéramos coordinados a espaldas de todos.

Le dije que ese problema era algo en lo que yo no podía intervenir, ni nadie, y que el único que podía resolverlo era él mismo. Que si de veras quisieran matarlo ya lo hubieran hecho y que eso se trataba sólo de alguien que le estaba jugando una mala broma. Que al contrario de huirles, yo le aconsejaba que se acercara a ellos y les razonara su postura, que no era la de ningún delator aunque supiera de sus planes de fugarse. Que le aconsejaba que él

mismo le dijera eso a Miguel, que no tuviera miedo. Que estando ahí en la crujía iba a ser muy difícil que alguien se atreviera a matarlo, pues no tendría forma de evadir ser descubierto.

Creo que logré tranquilizarlo un poco y se fue a dormir a su celda.

A los pocos días, un domingo, supe que en medio de la visita familiar salió corriendo hacia el redondel central de la prisión, con la intención de llegar en aquel impulso hasta la jefatura de seguridad o hasta la propia dirección del penal. Los "monos" que vigilaban la puerta de la entrada a nuestra crujía no pudieron detenerlo y con seguridad llegó hasta donde él quiso llegar.

Después de eso ya no supimos mucho. Si lo habían trasladado a cuál crujía o qué había pasado con él. No volvimos a ver a ninguno de los familiares que lo visitaban.

De hecho, de haber sido cierto lo que él fue a decirme a mi celda, los implicados seguramente tuvieron que dar por entendido que al estar allá, en manos del Teniente Coronel Gil Cárdenas, que era el jefe de vigilancia o del general Arcaute Franco, que era el director de todo el penal, pues con seguridad lo que ellos temían que se delatara lo iban a tener que dar por hecho.

Incluyo esto en esta parte del relato porque no recuerdo cuántos meses pasaron de por medio, cuando otra vez otro día, pasadas también las 11 de la noche, a quien vi en mi celda fue directamente a Miguel.

No podía creer tan rara sorpresa, pues nos veíamos todos los días ahí en la crujía, pero nunca nos visitábamos. Sin embargo, le di la bienvenida y lo saludé con el gusto y el respeto de siempre.

En resumidas cuentas, me dijo que la razón de su visita era preguntarme cómo había evolucionado en mis estudios sobre la estrategia y táctica del movimiento revolucionario

en México, cuya discusión habíamos dejado en suspenso en la última reunión a que asistí de los "Lacandones".

Mi respuesta fue breve. Le dije que la discusión no había sido sólo conmigo, sino que había sido ante un grupo más amplio, razón por la cual, aunque le agradecía que me hubiera buscado, que en todo caso le sugería una entrevista más amplia junto con más compañeros. Me pidió nombres. Le dije que desde luego me refería a Carlos Salcedo, a Isaías Ensch, y a Roberto Ensch. Le propuse que nos reuniéramos al día siguiente a la misma hora y ahí mismo en mi celda, en lo que estuvo de acuerdo.

Al día siguiente les dije a los compañeros ya señalados y todos compartimos la conveniencia de asistir a la hora y lugar acordados.

La reunión se dio. Tampoco duró mucho. Yo en lo particular, como siempre, le reconocí el gesto de amabilidad de habernos buscado y señalé además que tal vez pudiéramos programar no sólo esa, sino además otras reuniones de donde estaba seguro íbamos a salir todos fortalecidos.

Desde luego él lo aceptó pero en línea recta continuó con su exposición dando apuntes sobre el tema. Y lamentablemente no volvimos a estar de acuerdo en lo particular en lo que a él le interesaba saber de parte nuestra, o sea sobre el movimiento armado y la guerrilla.

Volvimos a reiterar nuestras posturas ya explicadas arriba y, amistosamente, volvimos a dejar revisar los temas para otra ocasión.

Esa fue la última vez que lo vimos. Continuó funcionando todo igual ahí mismo en la crujía, pero ya no nos volvimos a ver.

Más o menos a la semana de aquella conversación con él, una madrugada sorpresivamente llegaron los "monos" a despertarnos como a las dos de la mañana y nos sacaron violentamente a formarnos al jardín.

No era la suya la misma actitud de siempre, de dejarnos allá afuera en el jardín mientras saqueaban nuestras celdas.

Ahora nos obligaron a formarnos y se puso enfrente de nosotros directamente Gil Cárdenas a gritarnos.

Después de pasar lista y de no escuchar nosotros el "¡Presente!" de Miguel Domínguez Rodríguez, Víctor Manuel Velazco Damián y Carlos Jiménez Sarmiento, cuando mencionaron sus nombres, se desató la perorata:

Gil Cárdenas, después de mentarnos la madre y de decirnos que nunca lo íbamos a hacer su pendejo, nos declaró que sabía muy bien de nuestros planes de fuga y que acababan de agarrar a tres hijos de la chingada de nosotros mismos, en los techos de las crujías, intentando escaparse.

Que ya uno de ellos hasta se había puesto en la madre por su propia mano y que él no se hacía responsable de eso.

Que eso le pasaría a todo el pendejo que intentara escaparse de la cárcel y que si no sería por su propia mano, él mismo se encargaría de quitarnos lo "pasados de verga" si le diéramos la oportunidad.

Nosotros difícilmente le íbamos agarrando la onda.

Para muchos no quedó claro de quienes hablaba ni quienes no estaban presentes en aquella formación.

Simplemente iban disparándose uno a uno los elementos de información que después, al irse, ya nos quedaron claros a todos.

Efectivamente se trataba de que Miguel, Víctor y Carlos Jiménez Sarmiento habían intentado fugarse y que los "monos" habían logrado detenerlos, pero no sabíamos, bien a bien, en qué condiciones.

Al día siguiente yo tenía una cita a las 8 de la mañana en enfermería y fui puntual.

Cuál no sería mi sorpresa, cuando así nomás, luego luego llegando, vi sentados en dos de las sillas de uno de los consultorios abiertos a Víctor y a Carlos Jiménez platicando.

Voltearon a verme, desde luego con la misma extrañeza con la que yo los estaba viendo, a unos 10 metros de distancia de ellos y, francamente, lo único que se me ocurrió preguntarles desde lejos es sobre qué había pasado y los dos me respondieron con un movimiento negativo de cabeza. Preferí retirarme.

En aquellos ambientes de prejuicios en contra de todos los que no compartiéramos con ellos sus opiniones, era difícil que un incidente como aquel, de encontrarlos, aquí sí casualmente, platicando sanos y con tranquilidad después de saber que Miguel se había suicidado, pues ni idea tenía cómo lo iban a interpretar ellos, así que esa fue la razón por la que preferí irme de inmediato a otro consultorio.

Ya durante el día, pude platicar con los compañeros Carlos Salcedo, Isaías y Roberto Ensch y de ese modo fue que concluimos que lo que había hecho Miguel al buscarme, luego platicar con todos, era que se fue a despedir. Él sabía lo que iba a hacer y quería saber, antes de intentar fugarse, en qué condiciones conceptuales sobre la guerrilla nos dejaría de ver.

Fue una distinción aquella que Miguel hizo y con ella le recordaré siempre.

Su intento de fuga fue la madrugada del 9 de octubre de 1975, o sea, intentó conmemorar con su muerte a la fecha de la muerte del "Che" en Bolivia.

Nuestro queridísimo, admirado y respetado amigo Miguel, "Camilo", le decíamos en la guerrilla, fue como decidió terminar con su vida, al verse descubierto por los vigilantes en la azotea de una de las crujías.

Pareció ser que se trataba de un pacto suicida entre los tres. Sólo que los otros dos no le atinaron a su corazón y, por fortuna, quedaron vivos. Pareció ser también que en particular, Miguel sí le atinó a su corazón porque estaba claro que de ser detenido vivo lo obligarían a hablar de quién o quiénes los esperaban afuera y de todo el entramado que

con seguridad, para tomar una decisión como aquella, debía tener a su disposición para ayudarse de ellos, en el exterior.

Así, quedaría su muerte a ser interpretada desde diversos puntos de vista. Desde el aplauso de los que aún seguían diciendo que era preferible la muerte a continuar presos, pasando por quienes se deslizaban tratando de ver las cosas desde su óptica, que ya sabiendo que la policía y dirección del penal, sabían de su intento de fuga a través de un túnel, no le quedaba otra que intentar fugarse, pues según esa interpretación, de todos modos irían por él para matarlo, hasta los que, no compartiendo su aferramiento a una táctica de insurrección armada, desde casi llegando a la cárcel dijimos y hoy lo seguimos afirmando, que más valía vivo un hombre tan íntegro, inteligente y honrado como lo era Miguel que siguiera sirviéndole a las causas del proletariado o de los marginados del país, estando vivo, que muerto por su propia decisión.

Dicho con todo respeto, Víctor Velazco Damián, quien con seguridad también participó con él no sólo en el intento de fuga en que los sorprendieron, sino además en lo que Ramiro me dijo desde antes, de que estaban cavando un túnel para fugarse, era otro compañero que cuando se hablaba de él no era hablar de cualquier guerrillero. Y aun así salió amnistiado de la cárcel. El grupo gobernante del país lo puso en libertad para que gozara de las posibilidades de moverse en la calle, según fuera su albedrío, y lo hizo. Y no le pasó nada. Murió por muerte natural. ¿Por qué no pudo pasar lo mismo con Miguel? ¿Por qué tenía él que sobreentender que si no se mataba, de todos modos lo iban a matar y que tenía que fugarse, por necesidad?

En fin, estando o no estando de acuerdo con él, hoy para mí sigue siendo uno de los recuerdos de un compañero cuya manera de ser y solidez en sus decisiones, continúa siendo un ejemplo para todos y para mí en lo particular.

Yo aquí dejo constancia que hice hasta donde pude por sacarlo de lo que para mí era una actitud ante la vida y ante la revolución socialista en México, no sólo equivocada sino además contraproducente. Me cansé de repetir en las reuniones que nuestro grito de rebeldía convocando a las armas al país después de la masacre de 1968, había sido necesario, que estaba justificado y que se explicaba ampliamente, pero que para hacer la revolución del proletariado hacían falta más recursos, otros procedimientos, otros procesos que aún no habíamos cursado.

Escribí dos documentos en distintos momentos, diciéndolo de distintas maneras. Toleré apodos, retos, burlas, exclusiones.

Lamentablemente el documento que escribí en la cárcel seguramente llegó a la dirección del penal en alguno de los esculques y del que hice en el exterior no conservé ninguna copia. Pero hay testigos vivos. Uno de ellos es Carlos Salcedo.

Si los resortes que están detrás de todo conflicto humano, del desarrollo mismo de la humanidad, son el dinero y el poder, la impresión que me dejó el paso de su vida por la mía, es que a él nada de eso pareció conmoverlo, inspirarlo o inmutarlo.

A través de su conducta, para mí dejó claro que él entendió su entrega a la revolución proletaria, algo así como un sinónimo de mantenerse al margen de ese tipo de estímulos o debilidades humanas.

Eso y su consecuencia con lo que pensaba es lo que marcó su diferencia con el resto.

Mi infarto cerebral, mi hemiplejia y el futbol americano como tratamiento

No sé si por casualidad o debido a los meses de eso, a mí me dio un silencioso infarto cerebral.

En aquel entonces nadie podía definirlo así, pues no había recursos tecnológicos ni de conocimientos médicos suficientes en la enfermería de la cárcel para que alguien pudiera diagnosticarme, pero el síntoma que después, cuando salí amnistiado, pude platicarles a los médicos del ISSSTE, sin tener al alcance ya aparentemente ningún dato que se los ratificara, el comentario fue ese, que lo que me había dado era un infarto cerebral.

Primero noté que no usaba la mano izquierda. Que al estar el salero de la mesa a mi lado izquierdo, en lugar de alcanzarlo con la mano izquierda, volteaba todo el cuerpo para tomarlo con la mano derecha.

Después noté que mi pierna izquierda también empezaba a perder movilidad. Me caía con facilidad pues no coordinaba ya mis pasos. Esto fue agudizándose en menos de una semana, hasta que de plano noté que ya no podía caminar. Que no sólo la pierna, sino que todo mi lado izquierdo se me estaba paralizando. Inclusive cuando asistí a alguna reunión en ese lapso, noté que se me trababa la lengua. Como que mi parálisis se hacía extensiva hasta mi cara.

Ya alarmado, como pude y con mucha lentitud pues fácilmente tropezaba, logré ir a la Enfermería donde me encamaron para examinarme, pero, lo dicho, nadie supo de qué se trataba mi problema.

Había un psiquiatra en el pabellón de psiquiatría al que mandaron traer. No recuerdo el nombre de aquel joven doctor que ahí mismo me sacó líquido de la columna vertebral y me examinó todo el cuerpo y los reflejos.

Yo mismo veía que me picaba con una aguja en la pierna y en el brazo izquierdo y no sentía nada.

Estaba realmente aterrado.

Ni el psiquiatra pudo hacer un diagnóstico firme y creíble. Él manejó desde el principio que podía ser un problema psicosomático, algo así como refiriéndose a que por proble-

mas emocionales era que se daba lo que él llamó "hemiplejia" y que nada tenía que ver ésta con mis órganos físicos de la columna o del cerebro.

De tal manera que en esa incertidumbre, de si lo que me pasaba se debía a mis problemas emocionales que mi organismo había absorbido para manifestarlos físicamente, o si era por algún problema orgánico relacionado con la columna o el cerebro, que se me había paralizado toda la mitad izquierda de mi cuerpo, decidieron hospitalizarme más definitivamente.

Mi novia, que se llamaba Graciela Olmedo Fernández, feminista y trotskista, era estudiante de la ENAH y tramitó un permiso especial para visitarme todos los días.

Fue un gesto muy solidario que todavía hoy le agradezco.

Ella no sólo me dedicó varios de sus poemas pues es una gran poeta, sino además me obsequió algunos libros sobre la teoría del conocimiento marxista, recuerdo entre ellos el de Michael Lowy, *El método marxista*, que leímos y discutimos.

Por otro lado, Jacqueline era un homosexual a quien, recién aprehendido por tráfico de droga, lo habían trasladado a la cárcel de mujeres "Santa Marta", pues vestía como mujer y se había hecho la "jarocha", que así le llamaban en Lecumberri a la operación que se hacen los homosexuales, que consiste en extirparles el pene y hacerles en su lugar una vagina.

Esta Jacqueline, no estando contenta con que la mandaran a la cárcel de mujeres, salió en la prensa que alegaba y alegaba que él era hombre, que lo mandaran a Lecumberri.

Como no le hacían caso tuvo que valerse del recurso de agarrar a golpes a las reclusas, él en su calidad de "varón", para hacer notar a las autoridades que ese, en Santa Marta de Mujeres, no era su lugar. Que era necesario que le hicieran caso y lo trasladaran a Lecumberri (donde habría hombres para él).

Para aquel entonces de mi percance, él ya había logrado ese propósito, pero las autoridades del penal, confundidos con el sexo del sujeto, lo habían mandado a enfermería.

Y resultó que un buen día, en que ayudado por Graciela andaba yo haciendo el esfuerzo de caminar, apoyándome en ella abrazándola con mi mano derecha para hacer el esfuerzo de moverme con la pierna izquierda, arrastrándola, pues sucedió que como no tenía control de mi brazo izquierdo, que andaba bamboleando para todos lados a la hora de caminar, pasé a un lado de Jaqueline sin conocerla, y sin querer le toqué un glúteo con mi mano izquierda, pero sin darme cuenta. Ya cuando supe ya lo había hecho y cuando volteó a verme le pedí disculpas.

Pues eso bastó para que ese mismo día en la noche me buscara en todas las habitaciones y, cuando me encontró, de inmediato se sentó en mi cama a recordarme que yo durante el día le había acariciado las caderas.

—¿Qué?

—¡Sí!, ¡me agarraste una nalga y quiero que me la hagas efectiva, a eso vengo!

—¡No, no, yo no te agarré nada!

—¡No te hagas! ¡Bien que lo hiciste a pesar de que ibas con tu esposa caminando! ¿Te gusto? ¡Aquí estoy!

—¡No, no, perdóname! Lo que pasa es que estoy aquí porque me dio parálisis en todo el lado izquierdo de mi cuerpo, y mi brazo, sin querer, te tocó. Yo iba dando pasos de terapia recomendados por el médico apoyándome en mi novia, pero para nada fue mi intención tocarte, perdóname, fue sin querer.

—¡Nada! ¡Hoy me la haces efectiva! ¡Ándale! ¡Sácatela!

—¡Nooo!

Y como en aquella habitación había cuatro camas, una en cada pared de la misma, el ocupante de la que estaba a mi derecha terció con su voz ronca de acento chilango:

—¡Yaaa! ¡Sácate el chilacatóóón!

—¡Noo que! ¡Sácatelo túúú!

Luego terció el que estaba en su cama de mi lado izquierdo:

—¡Dejen de estar chingandooo! ¡Ya cógetelo, cabróóón!

—¡Noo pues cójanselo ustedes, yo tengo mi novia y cojo con ella!

—¡Naaa que! ¡Pero aquí en la enfermería no hay ni dónde! ¡No seas mentiroso!

—¿Cómo no? ¿Y luego allá en el patio de atrás a poco no se puede?

—¡Pero no hay camas! ¡Hay puros trebejos abandonados! ¡No seas mentiroso! ¡Ándale!

—¡Pues no hay camas pero sí hay sillas! ¡Cómo no! ¡Hasta en el suelo se puede!

—¡Aaaah! ¡Entonces voy a ir a verte!

Y por supuesto desde aquel entonces, yo sólo me prohibí darme mis escapadas al abandonado patio trasero de la Enfermería donde arrojaban pedazos de muebles viejos.

Pero también por supuesto que decir eso ya me ayudó a salvar aquel numerito que querían que hiciera delante de todos y Jacqueline se tuvo que ir con las manos vacías.

Después, cuando me volvía a encontrar en los pasillos caminando con Graciela, volteaba y me cerraba un ojo.

A Graciela no le daba risa, se carcajeaba cada vez que se acordaba o la veía.

Pero ese no fue el único encuentro en esa Enfermería.

Coincidió que en esa época el doctor Jacinto Licea, entrenador de los Burros Blancos del Poli, del futbol americano, había iniciado un programa de "rehabilitación social de los presos de Lecumberri", ofreciéndose como entrenador para formar un equipo de presos, no sé cómo supo de mí y fue hasta mi cama a verme.

A su pregunta de qué me había sucedido le expliqué lo que para mí todavía en aquel entonces era inexplicable. Al

pedirme que caminara delante de él un poco, me informó qué es lo que lo llevaba a Lecumberri y me invitó a participar en los entrenamientos.

Yo al principio me negaba, pues sí me sentía incapaz hasta de caminar, imposible que pudiera participar en entrenamientos de futbol americano.

Él insistió explicándome que desde luego no me iba a meter a enfrentarme con los demás, que se trataba de que fuera participando poco a poco en los entrenamientos según fuera pudiendo y que el mismo ambiente me iba a ayudar a reanimarme y a rehabilitarme. Que lo pensara. Que iban a estar todos los días desde las 10 de la mañana hasta las dos de la tarde en el campo deportivo y que si me animaba allá me esperaba.

Pues claro que eso me animó.

Después de un mes que estuve ahí encamado y me regresaron a mi crujía, no tardé mucho en pensarlo y en decidir asistir.

Así fue como el alboroto que armaban todos los demás presos, alboroto que él era maestro en estimular y conducir, intentando hacer los ejercicios que todos hacían, poco a poco fui recuperando movilidad.

A los seis meses, aunque con dificultades, ya hacía los mismos movimientos que todos y hasta me dieron mi uniforme, mis *shoulders* (hombreras), mi casco, mis riñoneras, etcétera, ¡y a darle!

Nunca pude recuperar el 100% de mi agilidad y movilidad, fingía mucho al caminar imitando a los demás, pero de aquel modo logré elevar mucho mi autoestima y mi esperanza de no quedar imposibilitado de la pierna y el brazo izquierdo. ¡Ahí se trataba de correrle o morir!, ¡y salí vivo!

Recuerdo que en aquellos días fue cuando trasladaron a Robert Lee Jackson a Santa Marta y lo volví a ver cuando se organizó un "encuentro" de nosotros contra los presos de

allá, a ver quién ganaba dentro de la cancha de futbol. Ellos tenían un nombre más apantallante que el nuestro. Se llamaban "Los perros de Santa Marta". Cuando llegaron a aquel encuentro deportivo que íbamos a celebrar con ellos, primero nos formaron a todos los de Lecumberri enfrente de los de Santa Marta, y él en cuanto me vio fue corriendo a saludarme y hasta a abrazarme. Parecía ser un buen gringo, según yo.

Así fue como me llegó agosto de 1976.

Yo no lo podía creer, pero iban a clausurar Lecumberri, de tal modo que todo se suspendió, pues ya estaban calendarizadas las fechas para nuestros traslados a alguno de los nuevos reclusorios que iban a inaugurar.

Meses atrás habían cambiado al director de Lecumberri, al general Arcaute Franco y pusieron en su lugar a Sergio García Ramírez, autor de un libro llamado *La prisión*.

En ese libro él proponía que el ciclo de vida de Lecumberri estaba concluido y que hacía falta renovar los mecanismos de readaptación social de los delincuentes. Hablaba de rodearlos de las bondades sociales, no de reprimirlos, en aras de su rehabilitación.

Ofrecía otro concepto de cómo reformar al individuo.

De ese modo es que hubo presupuesto para la construcción de tres reclusorios, por lo menos, el Oriente, el Sur y del Norte, que consistían en poner a la práctica aquellas nuevas ideas propuestas por García Ramírez y otros.

El Reclusorio Oriente, que es el que yo conocí, se trataba de enormes instalaciones dotadas de una gran área industrial, para ofrecer un día de libertad por cada día de trabajo al recluso, de enormes instalaciones con cine y cupo en él para todos los reclusos, amplísimas áreas verdes con rosales y adornos de todo tipo, centros de salud donde había hasta servicio dental, de atención psicológica y, sobre todo, acabar con el hacinamiento de Lecumberri y con las fajinas y malos tratos para los recién llegados.

Esa era la oferta de que estábamos enterados en Lecumberri que se hacía a la sociedad en su conjunto, y a prepararnos mentalmente para nuestro traslado.

Ya narré líneas arriba que fui el último de los de la crujía "M" que me trasladaron y mis juicios al respecto.

Al doctor Licea lo volvería a ver hasta casi un año después de trasladados.

El Reclusorio Oriente, descripción general

Ya describí en términos generales los nuevos conceptos de *cárcel* que encerraba la clausura de Lecumberri y la apertura de los nuevos reclusorios, en este caso, el Oriente.

Éste estaba compuesto de ocho grandes dormitorios, enfilados en batería, uno al costado del otro como si fueran piezas de dominó; había capacidad inicial para 1500 reclusos, aparte estaban los dormitorios de recién ingreso, una gran cocina, un campo deportivo con pasto verde, gradas para público asistente, un gimnasio, una escuela y biblioteca, varias canchas de basquetbol, cada uno de esos grandes dormitorios tenían planta baja y primer piso y se dividían en cuatro áreas: dos arriba y dos abajo, con quince regaderas cada uno al frente y con hileras de celdas a lo largo de grandes ventanales de vidrio, a través de los cuales se nos vigilaba. Es decir, entre los ventanales y las celdas corría un largo pasillo, a través del cual ingresaba cada uno a su lugar correspondiente. Cada uno de los dormitorios estaba a unos 20 o 30 metros separado del otro por una red metálica, como de las de los gallineros, pero más gruesas y resistentes, a través de las que nos veíamos de una área a la otra, pero que no podíamos cruzar o brincar. Había una bella alfombra de pasto verde natural que nos unía por debajo de ellas. Se trataban en realidad de bardas o separaciones casi simbólicas entre uno y otro dormitorio.

Atrás de cada galerón, que eran eso cada dormitorio, había una amplia franja de unos 20 metros de ancho, antes de llegar al gran muro, encima de los cuales estaban los miradores o casetas de los custodios, quienes también desde allá tenían vigilancia constante hacia todos nosotros, pues el muro se alargaba a lo largo de todos los traseros de los dormitorios.

El frente de todos los dormitorios, a su vez, estaba unido por una gran red igual, como la de los gallineros, semejante a la que los dividía entre sí. Se podía también ver desde dentro hasta afuera. A la entrada de cada uno de los dormitorios estaba una caseta de custodios, que "checaba" el nombre de cada uno de los que iba a salir o a entrar, para no permitir la entrada a quien no perteneciera a donde quisiera ingresar.

Había pues sólo una única puerta que servía para entrar y salir de cada dormitorio, a un gran pasillo techado que, al igual que el muro que cubría todos los respaldos de los dormitorios, también este recorría todos los frentes de los mismos.

Con autorización, a través de este ancho pasillo, nos podíamos trasladar a cualquiera de los puntos antes descritos.

"Los monos" ya habían desaparecido. Ahora quienes nos vigilaban eran unos caballeros de traje combinado, pantalón gris, de buena clase, zapatos lustrados, saco azul obscuro, camisa blanca y corbata. Su trato era no sólo cortés y educado sino muy humano y comprensivo. Esa era parte de la nueva política.

No había pase de lista con formación. Este requisito lo cubría un par de custodios recorriendo las celdas cerradas y nosotros adentro, caminando por todos los pasillos y viendo hacia adentro de cada celda cuántos éramos y nuestros nombres.

Cada dormitorio tenía un comedor y una televisión colectiva.

La comida era excelente. De primera. Hasta postre nos daban.

El cambio realmente era espectacular.

En el caso del dormitorio 4, que es a donde nos mandaron a los Lacandones y a otros presos políticos, ocupábamos las celdas del área "C", o sea la del primer piso a su lado izquierdo.

La única gran diferencia contra las condiciones de la Crujía "M" era que ahora las visitas no nos podían visitar hasta el interior de nuestras celdas y todos los días, como en algunos casos se permitía con nosotros.

Ahora había un pabellón de visita conyugal, a donde sólo podían ir las esposas, así declaradas, y si no iba ella, ninguna otra mujer podía entrar.

Eso sí era muy abrumador para algunos. En ese sentido, sí resentimos algunos el cambio. Yo en lo particular.

Había un gran patio con mesas y bancas de cemento, en un ambiente de pasto verde y flores, para la visita dominical. A ese patio nadie podía acudir por su propia cuenta si no era llamado por alguien que lo visitara. También había dos amplios comedores o recibidores donde también los reclusos encontraban a su familia o visitantes.

Los que tenían cómo, podían seguir trabajando sus artesanías en sus celdas y venderlas en la calle, a través de las visitas que aceptaran ayudar.

Las labores a que me dediqué en mi estancia en ese reclusorio

Todavía sin restablecerme plenamente de mi hemiplejia izquierda, el cambio a mí sí me afectó por las limitaciones ya expuestas.

Aquello de ya no tener oportunidad de estar en contacto dentro de mi celda, con la gente que hasta entonces había-

mos logrado atraer, aparte de mi sorpresiva enfermedad que me había hecho sentir un enorme pavor a quedar paralizado para el resto de mi vida, sí que me hizo sentir mal.

Yo digo que nunca entré en depresión. El ejercicio diario, la lectura del periódico, el estudio y el trabajo diario, no dormir ni acostarme durante el día para nada fue una disciplina que me mantuvo siempre a flote aunque extrañara las viejas condiciones de Lecumberri.

Los entrenamientos de futbol se suspendieron por un largo periodo, pues seguramente al doctor Licea y a todo el equipo que siempre lo acompañó, más de cinco jóvenes jugadores del Poli, se les dificultó más la distancia desde la zona del Politécnico hasta el Reclusorio Oriente, situado precisamente al oriente de la ciudad, por allá por San Lorenzo Tezonco y el "Cerro de la Estrella".

Además Lecumberri se había dividido en varios reclusorios, de tal modo que seguramente ese fue otro factor para tener que decidir a cuál de todos los reclusorios dar seguimiento con su programa.

Y la rifa nos la sacamos nosotros, los del Reclusorio Oriente pero, como digo, hasta casi un año de distancia de nuestro traslado.

Mientras tanto, siendo mi preocupación seguir en mis ejercicios físicos para recuperar mí movilidad, yo decidí inscribirme en el gimnasio, al cual acudía todos los días desde las 6 de la mañana y me la pasaba ahí, hasta 3 o 4 horas diariamente, utilizando todos los aparatos y pesas que pudiera para rehabilitarme.

Eso requería de tener buena alimentación, razón por la que en un principio me anoté como trabajador de la cocina, suponiendo que ahí dispondría de mejores condiciones en mis alimentos.

Después vi que no era necesario tener esos horarios de trabajo que me distraían de mi principal actividad que era

ejercitarme y estudiar, pues la alimentación era la misma estando en los dormitorios o en la cocina.

Otros compañeros se habían anotado para la escuela y la biblioteca, lo cual me pareció un buen ejemplo a seguir.

Se trataba de darles clase a los que quisieran acudir a la escuela o de facilitarles un libro para leer.

Me pareció después buena idea emplear mi tiempo en eso, pues mataría muchos pájaros de una pedrada: cumpliría un horario de trabajo, estaría en contacto con la población del penal y, aparte, dispondría del tiempo libre como si estuviera en mi celda, para leer el periódico o estudiar.

Opté por el horario vespertino para la mañana dedicarla al gimnasio.

Y fue de esa manera como se me vino de nuevo la idea de convocar a través de Guillermo Torres, que era quien nos atendía como profesor de la ENAH, a algunos conferencistas por parte de aquella institución, que quisieran solidarizarse con nosotros viniendo cada dos semanas al reclusorio, a ofrecer charlas públicas a los presos sobre distintos temas de interés general.

También me vino la idea de nuevo de hacer un boletín, pero ahora editado por nosotros mismos en mimeógrafo, ahí mismo adentro del reclusorio, con papel que nos facilitara la propia dirección de la escuela.

Le expuse el plan al Director de la misma, el Profesor Josafat Contreras, y de inmediato éste me aprobó el proyecto.

El resto fue echar a andar todo aquel plan, ya aprobado por las propias autoridades del penal, creo, pues con quien yo me entendía solamente era con el profesor Josafat.

Mis compañeros presos políticos, que fueron los que iniciaron lo del proyecto de la biblioteca, hacer un inventario y clasificación de los libros con que se contaba, etcétera, no supe nunca por qué razón dejaron de asistir desde que yo me sumé a sus labores. Simplemente dejaron de asistir.

De tal manera que ahora con todo esto que tenía por echar a andar, a donde haría falta un equipo más amplio que mí persona, no me quedó más remedio que invitar a presos comunes a que se integraran conmigo. ¿Cuáles? Pues los mismos que ya estaban ahí trabajando antes de que se retiraran mis compañeros presos políticos.

Uno era un español de apellido Amorós Pla, el otro era un muchacho de nombre Aarón, no recuerdo su apellido.

Entre los tres organizábamos las sillas, las mesas del pódium desde donde se impartirían las conferencias en el comedor familiar más amplio que teníamos, un pizarrón, micrófono, etcétera.

También ayudaban a repartir pequeños volantes de invitación a la población para esas charlas, etcétera.

Pero ahí lo fundamental era la calidad de los exponentes. Su calidad y también los temas que fueran de interés para todos.

Y le dimos al clavo.

Recuerdo que el primer conferencista que aceptó acudir fue el profesor Gui Rossat, catedrático de la ENAH de nacionalidad francesa (No sé si el nombre así se escribe, pero en el archivo de la ENAH deben tener registro) a quien se le entendía muy bien el español, pero que de por sí, hasta el propio nombre provocaba curiosidad ir a escucharlo, de tal manera que se nos llenaba siempre aquel gran salón que disponíamos para eso. Recuerdo que el título de la primera conferencia fue "El sexo en la prisión". Por cierto, los mismos presos nos pidieron que la volviéramos a repetir.

El nombre de la primera conferencia llevaba chanfle. Era para abrir camino ante las autoridades como organizadores inofensivos, pero también para llamar la atención de la población de reclusos.

Después también fueron otros catedráticos muy amistosos y solidarios cuyos nombres ya no recuerdo, quienes a su

vez invitaban a más y luego a más. Para ellos también era una nueva experiencia que les afanaba mucho vivir: ir a dar charlas a los presos de un reclusorio, después de Lecumberri.

Recuerdo también a un grupo de feministas, encabezado por una compañera de apellido Castro, que no recuerdo su nombre, quienes también ganaron mucha simpatía y cariño de parte de los reclusos.

Una de ellas, por cierto, hasta me pidió que le ayudara a conseguir entrevistas a alguno o a varios de los presos acusados de violación, lo cual desde luego que hice y hubo varios que aceptaron acudir a platicar con ella.

Yo desde luego, nunca la dejaba sola en aquellas entrevistas, ocupando una mesa desde la cual pudiera estar viéndolos desde lejos sin que el compañero preso se diera cuenta, nomás por seguridad.

Dentro de ese grupo de feministas, venía una gran compañera de nombre Cindy, con quien pude trabar una larga amistad.

Ya habiendo obtenido la amnistía, con ella tuve la oportunidad de leer y discutir algunos libros, entre ellos "Ensayo sobre un proletariado sin cabeza" de José Revueltas.

También me invitaba muy seguido a que fuera a verla en presentaciones teatrales que hacían en la UNAM. Ella estudiaba la carrera de Teatro y Actuación.

Ella, además de trotskista, era bisexual y cuando me trasladé a radicar a Aguascalientes venía con frecuencia hasta a acá a visitarme y se alargó hasta entonces un fuerte lazo de amistad de respeto y de cariño.

Con relación al boletín, según logré escucharlo de mis propios compañeros presos políticos, siguiendo lo que ellos comentaban, tenía un contenido no muy accesible al nivel de comprensión promedio de los presos comunes de ahí del reclusorio.

Puede que tuvieran razón.

Yo creo que no se podía ser demasiado ambicioso con aquel boletín. Para mí lo primero era afianzar la confianza en su publicación del Director de la escuela e ir ganando poco a poco espacio en la gente.

Por eso, en los números que alcanzamos a publicar nos centrábamos en tratar de enseñar a pensar, en popularizar la teoría del conocimiento marxista sin hablar del marxismo, utilizando el lenguaje más llano y accesible posible. También lo utilizábamos para publicitar la asistencia a las conferencias.

No tratábamos en él sobre ninguna problemática como presos. Tampoco sobre la problemática del país, aunque la intención, desde luego, fuera hacerlo más tarde.

Yo creo que aquel boletín sí alcanzó a ser bienvenido por lo menos por un sector en el reclusorio, de otro modo no hubieran seguido financiándomelo por parte de la dirección de la escuela.

O al revés. Cuando nos suspendieron el financiamiento teníamos que entenderlo positivamente. Tenían que buscar un pretexto para que ya no hiciéramos ninguna publicación.

Otra prueba que valoramos de que sí era un boletín con cierta aceptación en algunos reclusos, es que a los meses de que ya no nos permitieron a nosotros seguir con él, de repente salió otro, con otro nombre, pero plagiando todo lo que nosotros antes habíamos publicado.

Y regresó otra vez el futbol americano. Y regresaron otra vez los entrenamientos ya no a diario, ahora eran cada tercer día. En Lecumberri nos llamábamos "Ángeles Negros" y ahora acá en el reclusorio, nuestro nombre sería "Corsarios Negros".

Y otra vez las rutinas que tanta falta me hacían a mí. Y otra vez ir elevando mis metas de movilidad, bajo la mirada del doctor Licea.

Al salir, nunca me di tiempo de buscarlo para agradecerle todo lo que hizo por mí en mi calidad de paciente "sin

diagnóstico", pero recuperándose a través del ambiente, algarabía y ejercicios de ese deporte.

Yo estaba rodeado de ángeles y demonios sin darme cuenta. Indudablemente él fue, también, sin enterarse, el principal ángel que ayudó a elevarme mi autoestima, rehabilitando mi movilidad. Guillermo Torres fue otro, el profesor que nos visitaba por parte de la ENAH. Debo mencionar aquí al doctor Fausto Trejo, expreso político del 68, quien, informado no sé por quién, sabía de mí e iba a visitarme con mucha frecuencia en compañía de su esposa, al Reclusorio Oriente. Él era psicólogo y hasta se sacaba del cinto pastillas que me llevaba para dormir. La lista de estos ángeles era larga y no los veía como tales. Algunos eran mujeres.

Yo creo que los demonios, más bien, los llevaba yo mismo adentro. O los representaban también sin quererlo, la mayoría de mis propios compañeros Lacandones de quienes siempre recibía miradas fulminantes. Nunca fueron mis amigos, por lo menos, salvo Miguel y alguna vez sus hermanos menores, así me veían todos los demás que estaban ahí presos. Con Ernesto León Zempoalteca también debo decir que tuve una buena relación. También debo exceptuar a Alfonso Rojas Díaz, quien nunca cayó preso sino fue muerto en Popo Park. Él también fue más que otro gran compañero, un muy querido amigo cuando todavía no me detenían. Era un dulce con cuerpo de gigante. Estaba de acuerdo conmigo en todas las inquietudes políticas que le comentaba. Por cierto, su esposa me buscó en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales cuando ya estaba amnistiado y trabajando ahí. Tal vez la ayudó a esto que el propio Partido Comunista, a través de no sé quién, pudo ayudarle a conseguir un empleo en la Facultad de Economía, que en aquel entonces estaba situada a un lado de donde yo laboraba.

El motín del narcotráfico en el Reclusorio Oriente

El narcotráfico al interior de las prisiones siempre ha estado no sólo bajo vigilancia, sino además bajo estricto control de las autoridades del penal, particularmente el de Lecumberri, que fue donde a mí me tocó vivir algunos años.

Sobran testimonios de escritores que se han referido al respecto: José Revueltas por ejemplo en "El apando" nos escenifica el pasaje de las vidas de tres reos que, violando las reglas de las autoridades del presidio, intentan introducir al interior del mismo una determinada cantidad de droga que, de por sí, cualquiera que fuera la cantidad, subvertía el orden establecido al interior para ese tipo de menesteres.

De eso, de introducir y de distribuir la droga al penal, ya había "encargados", que ni más ni menos eran ellos mismos, las autoridades del propio penal para la introducción de droga al mercado interno y de la colaboración de los "mayores", quienes como ya lo dije en otro momento, eran la autoridad interna dentro de cada crujía, al frente de todos los presos, encargados de su distribución, refiriéndome a Lecumberri.

Contaban para su apoyo con un grupo de otros reos sometidos a sus designios, a quienes se les denominaba como "comandos".

Alberto Sicilia Falcón, calificado a principio de la década de los setenta como el antecesor del Chapo Guzmán, era un cubano exiliado en Estados Unidos, radicado al principio en Miami Florida, y después en Tijuana, desde donde construyó el primer imperio de la droga, con influencia no sólo en EUA y México, sino en Europa y Centro y Sudamérica. Sus ganancias ascendían a más de 20 millones mensuales y fue aprehendido en el mes de Julio de 1975. Después que logró evadirse de Lecumberri a través de un túnel que construyó hasta su celda en la Crujía "L", dando comienzo este túnel

desde una casa que compró en Calle Tercera Cerrada Número 25, en la Colonia Juan Polainas, muy cercana a la señalada crujía y fue reaprehendido a los dos o tres días de los hechos, el 30 de abril de aquel mismo año, en la Colonia Narvarte del mismo DF.

El gobierno de la ciudad pretextó que debido a eso se clausuraría Lecumberri, pero para aquel entonces esa decisión ya estaba tomada por razones de otro tipo.

Sicilia Falcón fue trasladado en agosto de 1976 al Reclusorio Oriente y ahí reintentó rehacerse, disputándole precisamente al director del penal, el control del narcotráfico al interior del Oriente.

No recuerdo con exactitud la fecha en que, como resultado de esta disputa, ya una vez organizado su cuerpo de sicarios al interior del reclusorio, ellos, los narcotraficantes, declararon una "huelga de hambre" a nombre de todos los reclusos y cerraron la entrada a los dormitorios, no sólo para impedir la entrada de los carros que llevaban la comida, que era lo principal, sino inclusive para ingresos y egresos de reclusos no autorizados por ellos al interior de cada dormitorio.

Fue una decisión sorpresiva y a rajatabla que no nos dejó al resto de los presos ninguna oportunidad de supervivencia independiente, hasta el tanto no llegaran entre ellos a un acuerdo, blandiendo mientras tanto como demandas, mejorar la calidad de los alimentos así como los servicios médicos y creo que algo recuerdo también relacionado al área de visita conyugal.

Vicente Estrada Vega era un compañero que cayó junto con Alberto Ulloa Boreman, Lourdes Quiñones Treviso y Rigoberto Lorence López, entre otros y otra compañera, como "bases de apoyo" del Partido de los Pobres dirigido por Lucio Cabañas. Esta detención de ellos se dio en 1974, por tanto a los varones los llevaron a Lecumberri.

Después, a Vicente Estrada Vega lo trasladaron al mismo dormitorio que a donde estaban el resto de los Lacandones y de otras organizaciones que iban deteniendo.

Eran los tiempos ya de que raramente llegaban algunos reos de origen guerrillero a la cárcel, pues solían desaparecerlos y desaparecerlas.

Él se había encargado de gestionar ante las autoridades del penal, ya estando en el Reclusorio Oriente, el permiso para cultivar la franja de tierra que había entre el respaldo de nuestro dormitorio y el muro de la cárcel misma. Recuerdo muy bien que había conseguido integrar a un equipo de presos comunes quienes, dirigidos por él, laboraban todos los días aquel pequeño "predio", en el cual sembraban y cosechaban verduras de todo tipo, para su venta al penal mismo o hasta el exterior.

Yo creo que fue una buena iniciativa de Vicente, pues eso le permitió tener acceso a otros dormitorios y a más presos comunes, creo, con la misma idea de cultivo de tierras entre el muro y los dormitorios.

Esta idea, para la concepción de algunos de los Lacandones significaba una traición. Nunca los escuché explicar por qué lo consideraban traidor, pero conociéndolos, era fácil entender. Seguramente el hecho de que haya conseguido condiciones especiales platicando directamente con el Director del Reclusorio, es a lo que se referían con ese calificativo y ese desprecio.

Es más, accidentalmente un buen día me tocó presenciar desde las ventanas, próximas a la salida de las regaderas y desde el primer piso donde se encontraban nuestras celdas, que lo golpearon cuando iba en su camino hacia la parcela que laboraban en el predio trasero del dormitorio, cuya ubicación ya expliqué. Lograron asestarle una patada en el pecho, sin lograr derribarlo con ella.

Yo estaba desnudo y fue tan sorpresivo lo que estaba viendo desde el ventanal arriba de ellos, que no hice sino limitarme a observar.

Vicente mantuvo por fortuna la cordura y no respondió violentamente, a pesar de que llevaba azadones y palas e iba al frente de su gente. Se limitaba a explicarles. Lo veía yo hacer la mímica de quien estaba explicando seguramente el porqué de su proyecto de cultivo de verduras.

Narro todo esto para ayudarme a contextualizar un poco la personalidad que tenía entonces Vicente y que fue la que en cierto modo le ayudó para ser escuchado y respetado al debatir públicamente con los presos defensores de la huelga, la suspensión de la entrada de los alimentos.

En esa reunión a muchos de nosotros nos hubiera gustado participar, pero por lo menos en lo que a mí se refiere, no lo hice porque nadie me enteró de ella. Me di cuenta accidentalmente porque salí a algo al patio y vi el alboroto en el comedor, pero ya todo estaba dicho. Y muy bien dicho por Vicente.

No creo desde luego que haya sido debido a esta discusión dada en el comedor de nuestro dormitorio que la mentada "huelga" se haya suspendido, pero seguramente contribuyó entre otros muchos factores para que llegaran a un arreglo respecto al fondo del conflicto, precisamente entre Sicilia Falcón y la Dirección del Reclusorio, acerca de la distribución de la droga al interior de aquel penal preventivo.

A mí me entrevistó Teresa Gurza de "La Jornada" sobre todo esto que había sucedido en el Reclusorio, pero al final preferí no autorizarla a publicar mi versión.

Me pareció que no estaba en condiciones de ventaja para resistir personalmente una denuncia a nivel público, yendo al fondo de los hechos con nombres y apellidos.

Sin embargo aquella entrevista me obligó a hacer una relatoría de los hechos en manuscrito y se la entregué a Guillermo Torres, nuestro maestro de la ENAH. Un día que lo busqué hasta la Universidad de Chapingo, que es donde él trabajaba cuando salí de la cárcel, los dos nos acordamos del

incidente y recordó que él conservaba aquel manuscrito "novelado", decía, que yo le había entregado.

Sicilia Falcón vivía en el dormitorio cinco, o sea el dormitorio vecino al nuestro y recuerdo muy clara su figura con vestimenta color beige, (que ahora era el color de la vestimenta de todos los presos) pero de tela fina y muy elegante, que se paseaba tanto allá, en los patios frontales de su dormitorio, como en el propio pasillo que dominaba a las entradas de todos los dormitorios. Lucía como "diva" de televisa.

El "arreglo" final seguramente le favoreció.

Un dato más a propósito de este incidente.

Años después de que fui amnistiado, alguien me dijo que algunos compañeros míos, presos políticos en el mismo dormitorio que yo, contaban que habían hecho un intento de fuga.

La verdad cuando supe de esa versión, a mí me dio risa porque de inmediato me imaginé a quiénes se referían, pero intento que negué, pues no trascendió para nada entre todos los demás presos que se hubiera dado algo así como eso.

Pero recordando más detenidamente este incidente de la "huelga" provocada por los narcotraficantes del interior del reclusorio, sí recuerdo haber visto algo muy extraño que me sorprendió mucho cuando lo vi, estando en plena suspensión de ingreso al dormitorio de los alimentos.

Como todo se veía desde dentro de nuestras celdas hasta afuera de los patios, sí vi que un grupo grande de presos comunes, dentro de ellos algunos de mis compañeros Lacandones, se saltaron la verja de alambre que nos separaba del dormitorio 5 y no sólo eso, les mantuve la mirada fija y vi que también se saltaron la del 5 al 6.

A lo mejor a eso se referían después de que hicieron un intento de fuga, pero no pasó de eso. Por lo menos hasta donde yo tuve información.

Ignoro quién organizó eso que vi, pero de que andaban presos políticos entre ellos, de eso sí no tengo duda.

No puedo abandonar mi narrativa sobre mi paso por Lecumberri y el Reclusorio Oriente, sin ofrecer un agradecimiento a mis amigos y amigas que más me distinguieron con su amistad durante ese periodo de mi vida y de lo cual me siento muy orgulloso y agradecido.

Los primeros desde luego fueron Carlos Salcedo y su mamá.

La identidad política que se trabó entre Carlos y yo me ayudó mucho a sostener aquella lucha ideológica entre nosotros y el resto de los Lacandones. De alguna manera lo hacen sentir a uno fuerte contar con ese tipo de apoyos teóricos y emocionales, sobre todo cuando uno está tratando de convencer a los otros amigos, que desde luego el principal de ellos era Miguel.

La mamá de Carlos, hermosa señora que colaboró siempre no sólo conmigo, sino con un grupito de compañeros que aprovechábamos su solidaridad para vender nuestras artesanías al exterior y de ese modo hacernos de algunos ingresos para la compra de algunos alimentos específicos, algunos libros y ropa. A mí me gustaba vestir bien, con ropa de color azul marino, pero no la del penal cuando estábamos en Lecumberri, sino pantalones de terlenka y camisas bonitas. En el reclusorio ya cambió el color y también la vestimenta. Ahora mis pantalones no eran ni azules ni acampanados ni de terlenka, sino color beige y con las mangas muy anchas, que entonces se usaban así. The Beatles continuaban imponiendo modas.

Regresando al tema de los amigos, los hermanos Isaías y Roberto Ensch, ni qué decir. Resistieron hasta el final, junto conmigo, el mote de "pequeñoburgueses" y nunca se doblaron ante la segregación y sorna de algunos de los demás.

Isaías se sumó por un tiempo al equipo de futbol americano cuando estábamos en Lecumberri. Él, desde luego, te-

niendo menos cargos que Miguel, Salcedo y yo, salió antes que nosotros. Después lo encontré casualmente en la calle y pudimos invitarlos a él y a sus compañeros a formar parte del grupo que discutía la famosa "rectificación" ya estando en la calle. Él colaboró mucho con nosotros, pues trabajaba en un Centro de Capacitación Campesina (CECAM) en Zacatecas, donde hasta pudimos celebrar un congreso nacional de aquella gran corriente que logramos formar en todo el país al salir de la cárcel. Más bien, cuando yo salí, ésta ya tenía grandes pasos dados al respecto. Hasta estaban ya editados los borradores para después imprimir los folletos rojos firmados por la Corriente Socialista, donde se expresaba en ellos los grandes cambios no sólo en nuestra táctica, sino además en la Estrategia, a la que me referiré más adelante. En aquel CECAM con el que contábamos gracias a la intervención de Isaías, contábamos no sólo con habitaciones para todos los congresistas del país, sino hasta alimentación gratuita. El Director era amigo de Isaías y lo hicimos también parte del equipo.

Roberto, su hermano, me acaba de buscar por Facebook y ha ofrecido toda su colaboración para atestiguar todo lo que aquí narro sobre la Crujía "M", hasta donde él estuvo preso.

Raúl Murguía, admirado y extraño compañero. Inteligente y capacitado a más no decir. Físico matemático. Él era uno de los que siendo integrante de su organización maoísta, había ido a estudiar a China y hasta lo escuché cantar en mandarín. Era muy sólido en su crítica a nuestro militarismo, pero querido y confiable amigo durante toda su estancia en la Crujía "M". Él me invitó a acompañarlo para hacer la comida cuando le tocaba su turno. Gracias a él y a su gran habilidad para cocinar, aprendí lo poquito que sé al respecto y además a hacerlo con cariño.

Heriberto Díaz Coutiño. Otro grandísimo amigo y compañero desde Lecumberri hasta el Reclusorio.

En Lecumberri, era nuestro maestro de taekwondo y en la "M", al disminuir la asistencia a sus clases matutinas de todos los demás, quedamos solos él y yo. Lo cual nunca nos importunó pues practicábamos mucho mejor ese deporte, él y yo solos.

Acostumbraba a llevar a su esposa a mi celda en algunos de los días que lo visitaba. Ella era psicóloga y él me la presumía como quien podía hipnotizarme para mejorar no sé qué cosa de mí. Nunca logré dejarme arrastrar en sus intentos de hipnotizarme en aquellas sesiones de buena voluntad que tuvieron ambos conmigo.

Él además de todo era un gran pintor y caricaturista. Se dieron cuenta en la dirección del penal y recuerdo que García Ramírez, cuando asumió la dirección de Lecumberri, hasta entró a la crujía "M" no sólo a conocer a Coutiño, sino a comprarle uno de sus mejores cuadros.

Coutiño, según su teoría, representaba el ejemplo del delincuente readaptado y recuperado para la sociedad.

En el reclusorio Oriente también decidió anotarse a ir a practicar futbol americano junto conmigo. Él estaba físicamente mucho mejor dotado que yo. Hasta tenía cara de león. Así que hizo un mucho mejor papel de combate en aquel deporte que exige de mucho contacto con el oponente, donde él se distinguía por salir siempre vencedor.

Él no estaba en el mismo dormitorio que yo. Estaba en el contiguo, o sea en el 5o. Y todos los días por las tardes era su rutina, mandarme llamar desde el otro lado de la verja de alambre que nos separaba para invitarme a caminar de un extremo al otro del penal, él desde su lado en el área que le correspondía de su dormitorio y yo desde donde me encontraba, en el 4o. Lo único que nos separaba era la verja de alambre.

Conservo un recuerdo muy grato de su aprecio y solidaridad conmigo.

En aquel entonces yo estaba leyendo "El Capital". Y que me invitara él un rato a caminar para mí no era estorbo que interfiriera a mis horarios de lectura. Al contrario, los aprovechaba para verterle de alguna manera lo que iba entendiendo de lo que leía.

Sin embargo, precisamente por estas lecturas, el ambiente que había en mi celda junto con otros presos políticos, no me facilitaban mucho la concentración.

Eran compañeros con otro esquema de vida que aprovechaban su estancia en la celda para charlar y hacer todo tipo de ruidos, incluyendo escuchar música.

No me quedó otro remedio que, sin buscar ofenderlos, buscara yo otra celda, ya no en el área de los presos políticos sino, dentro del mismo dormitorio, en cualquier otra área que me ofreciera mejores condiciones para eso, para estudiar.

Parecía que, al contrario, tratándose de zonas de presos comunes era donde menos podría yo conseguir un ambiente de mayor tranquilidad para estudiar, pero sí lo logré.

Era la última celda del fondo, del área "B" de la planta baja.

Eran dos viejitos los que ahí vivían y, como había una litera libre, les solicité permiso para hacer el cambio y aceptaron.

Sucedió después que uno de ellos salió libre y ese camastro lo ocupó otro preso común, éste sí en plena juventud, que era vendedor de droga y que por eso eligió aquella celda del fondo desde donde, según él, se le facilitaría más el control y sigilo de su labor.

Su insistencia en que le comprara "mota" se volvió molesta para mí y una buena noche tuve que estallar. Ya le había dicho de todas las formas que tuve a mi alcance que yo no fumaba ni consumía ninguna droga. Que no aceptaba que me estuviera insistiendo todos los días hasta por las madrugadas. Pero no cejaba.

Eso me obligó un día a aventarle groseramente su cigarro y su mano insistente, lo que provocó que me insultara y que yo le respondiera. Eran ya como las dos de la mañana y a esa hora ya estaba todo obscuro y cerrada la celda por fuera, de tal modo que ya desatada la hostilidad de parte mía, pues tuve que bajarme del camastro, que era el que estaba arriba de los demás, para hacerle frente.

Graciela me había obsequiado un reloj Courtier, fino, que a la hora del pleito pensé que pudiera salir dañado y decidí quitármelo antes de enfrentar aquel diferendo. Este descuido mío, él lo aprovechó y logró asestarme un golpe en la cara que, como siempre, me hizo ver lucecitas. Pero no arredré. Me dio más coraje que se aprovechara de mi descuido y así le fue.

Como testigo teníamos al otro viejito, que el pobre hombre lo que hizo fue sentarse acurrucado al fondo de su camastro, para observar desde primera fila el desenlace.

"¡Pero qué chinga le pusiste!", me decía al día siguiente, ya cuando se apaciguó el asunto y estábamos solos.

Yo en realidad no había quedado satisfecho. Sabía que él tenía amigos y que con seguridad iban a regresármela.

Por fortuna no fue así. Solamente cada vez que pasaba donde ellos estaban platicando nomás se me quedaban viendo, a ver qué les decía yo, pero ni siquiera volteaba a verlos. Desde luego muy pendiente de cualquier movimiento suyo pero sin provocarlos.

No pasó a mayores.

Después supe que a Coutiño le había pasado lo mismo allá en su dormitorio. Pero en aquel caso, sí que dejó al otro individuo p'al arrastre. Le dejó el rostro todo con muchos moretones y creo que hasta le fracturó un brazo. Jamás se volvieron a meter con él. Ni mi vecino de camastro en mi celda conmigo, guardando las consabidas diferencias con la capacidad de enfrentamiento de Coutiño y la mía.

En relación con mis amigas ya casi las mencioné a todas. Magaly Alarcón Reyes, con quien aprendí a empezar a vivir las vicisitudes de la cárcel en la Crujía "M". Nelly Roselia Montes, compañera de la que me enamoré platónicamente, ya era experto en eso y hoy me permito decirlo aquí simplemente en honor al lugar que ocupó en mi mente en tan largo tiempo. Y lo hago con mucho respeto a ella y a su esposo, pues no pasó de ahí.

Hubo otras amigas de las que nos visitaban por parte de la ENAH, a quienes mucho agradeceré siempre sus deferencias y gestos particulares que tuvieron para mi persona. Hermosas muchachas que nunca olvidaré.

Y Graciela, que fue con quien duré más tiempo y a quien busqué ya estando excarcelado.

Para aquellos tiempos en que tuve el reencuentro con ella yo ya andaba muy comprometido políticamente en muchas actividades y finalmente no pudimos afianzar nada en lo personal.

Cindy, como ya dije, me visitó hasta radicando ya en Aguascalientes, 1982, después de la amnistía, pero dejó de hacerlo cuando mi relación con Alejandrina, mi esposa y mamá de mi hijo, adquirió la relevancia y profundidad que todavía hasta hoy mantenemos. Ya tenemos 38 años juntos pero sin casarnos legalmente. A los dos nos pareció siempre no sólo innecesario ese requisito. Nuestro compromiso fue de amor y de identidades y, como dice Javier Solís, se hizo sin firmar un documento. Hasta hoy no nos ha hecho falta demostrarle a nadie que lo que nos unió fue la vida, nuestro amor y nuestras grandes coincidencias hacia el mundo y hacia la revolución.

Pero regreso a mi charla de mi última etapa en el Reclusorio Oriente, haciendo honor a todas esas amistades que marcaron en mucho mi quehacer carcelario.

De ese modo es que llegó el final de 1978.

Ya habíamos leído en la prensa lo de la Ley de Amnistía y por lo menos yo no lo podía creer ni me podía hacer ilusiones.

Para aquellas fechas, Carlos Salcedo y yo ya nos habíamos distanciado mucho. Yo hasta le había pedido de favor que le dijera a su mamá que no me llamara a salir al comedor cada vez que lo visitaban a él, que ese era el mecanismo para salir al área de visitas, pues mi familia, como ya dije casi desde el principio, la negué siempre.

Mis relaciones con Graciela tampoco estaban en sus mejores términos. Debo confesar aquí que habiendo salido embarazada, yo le solicité y le rogué que no podíamos tener un hijo en aquellas condiciones. El futuro de un preso, sobre todo político, era muy incierto y yo siempre consideré irresponsable de mi parte concederme una libertad de aquel tamaño como la de tener un hijo estando yo dentro de la cárcel, no obstante la insistencia de ella al contrario. Creo que moralmente la lastimé mucho y estábamos en una especie de "impasse". Ya no me visitaba.

Y se hizo realidad la amnistía.

Sin ofender a Carlos Salcedo, pero tan alegre y distraído se dirigía a la puerta de salida cuando lo llamaron ya con todo y sus "chivas", que pasó a mi lado con gran indiferencia, como dice la canción de Pedro Infante, y ni siquiera volteó a despedirse.

De broma lo digo, pero hasta supe que había ensayado con algunos de sus amigos qué es lo que respondería a los reporteros cuando lo entrevistaran fuera del reclusorio al salir.

Meses después, por lo menos a mí nadie me entrevistaría cuando salí, así que yo supongo que a él tampoco, sin negar desde luego, que después ya estando en la calle, algún periodista nos hubiera buscado para eso.

Yo corrí con la suerte de que al integrarme saliendo de la cárcel al que entonces se llamaba Comité Pro Defensa de Pre-

sos, Exiliados, Perseguidos y por la presentación de Desaparecidos Políticos, del que estaba públicamente al frente Rosario Ibarra de Piedra y Victoria Montes, la viuda de Raúl Ramos Zavala, gracias a ello, fui entrevistado por Elena Poniatowska, publicando esa entrevista en su libro "Fuerte es el silencio".

También me entrevistó un periodista de La Jornada, que hace años murió ya, de nombre Jaime Avilés. A él lo distinguió mucho su abierta y decidida opinión pública contra la corriente política que encabezaba entonces Jesús Ortega dentro del PRD. Creo que hasta lo demandaron por eso.

Igual, a donde me fui a vivir saliendo del Reclusorio, vivía un joven, hijo del dueño de la casa que me ofreció la solidaridad, que trabajaba en Radio Centro y también fueron hasta la casa de ellos a concederme una entrevista radiofónica.

En fin, como ya lo narré en otro momento líneas arriba de este trabajo, mi salida del Reclusorio por concepto de la Amnistía, fue la última de todos los que estábamos dentro del mismo proceso legal.

Y, también como ya lo dije, a donde me fui a vivir fue a la casa de un preso común, de nombre Eduardo Rosas, acusado de homicidio, con quien también logré trabar en los meses últimos de mi estadía en el reclusorio, algo de amistad. La suficiente creo para que de él mismo saliera el ofrecimiento de su casa y su familia para que me fuera a vivir ahí mientras conseguía algo mejor.

En esas condiciones salí.

Solo y con uno de los custodios persiguiéndome. Me di cuenta de ello cuando tomé un camión hacia la casa de la familia de mi amigo, recién salido de la cárcel y él estaba en la misma fila del camión, aunque atrás y un poco retirado de mí.

Ese mismo custodio iría a la casa a donde me fui a vivir, a confirmar que estuviera yo ahí.

Algunas reflexiones sobre los dos primeros incisos del tercer capítulo, para mi análisis final

Algunas lecciones que pudiera darnos la coincidencia en fechas en la historia

Los bolcheviques terminaron de conquistar el poder en la Rusia zarista, del 25 de octubre al 7 de noviembre de 1917.

Cincuenta y cinco años después, en los mismos días, del 25 de octubre al 7 de noviembre pero de 1972, cayó a la cárcel la principal redada del grupo llamado Lacandones, que intentaban también instaurar al socialismo en México "por la vía armada".

Podría entenderse a eso como una ironía del destino.

Aquéllos en Rusia, marcando un hito pletórico de éxitos y de enseñanzas para la historia de la humanidad, mientras nosotros, en México, dando el ejemplo de que para hacer la revolución socialista no bastaban sólo las buenas intenciones y la voluntad para lograrlo.

Además del espíritu de sacrificio, de heroísmo, de entrega y fidelidad a la revolución que demostró por ejemplo nuestro querido amigo y líder natural Miguel Domínguez Rodríguez al suicidarse, pensando que de ese modo podía servirle mejor a sus compañeros y a la propia revolución a la cual consagró los últimos años de su vida, le hizo falta, nos hizo falta a todos, desplegar antes que eso o quizá al mismo tiempo, toda nuestra capacidad para ligarnos políticamente a las más amplias masas de los trabajadores del campo y la ciudad, es decir, a los proletarios, pero también a los no proletarios del país.

Nos hizo falta entender que el supuesto nivel de comprensión que teníamos algunos sobre la situación política y económica que atravesaba México, en aquellos años, no era el mismo nivel que tenía el resto de la población y menos

los que vivían sólo de su salario y en medio de todas las carencias a que orilla el capitalismo a los sectores empobrecidos de México. Que había que recorrer un largo camino donde estos sectores sociales, y sobre todo el proletariado, se convencieran por experiencia propia de eso que nosotros decíamos comprender bien para poder pasar junto con ellos o ellos pasaran, a pesar de nosotros, a otros estadios de participación, compromiso, conciencia y organización de clase.

En ese camino, nos hacía falta conformar en el curso de los propios hechos, la estrategia y la táctica adecuadas que le dieran rostro y confiabilidad a una dirección política "científica", por llamarle de algún modo a aquélla que no fuera sólo empírica e intuitiva, que es la que habíamos tenido hasta antes de nuestra detención, y que, por tanto, supiera conducir al éxito, a la toma del poder político en nuestro país, a la firmeza y a la abnegación de clase que vimos en Miguel al morir, es decir, a la firmeza y abnegación de que sabemos está dotado en lo general la mayor parte de nuestro pueblo y que éste ha sabido mostrar en situaciones de apremio.

Sin el aporte de estos ingredientes al proceso revolucionario en México, lo que estábamos demostrando es que no estábamos aptos para las grandes pretensiones de que hablábamos.

Lo que estábamos demostrando era nuestro nivel infantil, febril y sólo buenas intenciones, incluso a pesar de estar dispuestos a morir por esas buenas intenciones, para que el proletariado le impusiera su dictadura a la burguesía mexicana.

El choque de acusaciones de blandengues, pequeñoburgueses y conciliadores de los unos contra los otros, y en respuesta, de ultraizquierdistas y doctrinarios de izquierda de los otros contra los unos, ya estando en la cárcel, no hacía sino demostrar eso, que no entendíamos ni la "j" del cuándo, cómo, quiénes y con quiénes hacer la revolución socialista

de que hablábamos tanto "los unos" como "los otros", pues ni entre nosotros, todos, fuimos capaces de llegar a una propuesta de consenso, sino sólo llegar al deslinde. Y en eso fue precisamente en lo que se quedó nuestra propuesta de continuar el diálogo con Miguel antes de su intento de fuga y de su suicidio. Intento de propuesta de diálogo que mucho lo facilitó su humildad al ir a buscarme, hasta el interior de mi propia celda.

Dice Lenin :

> La ley fundamental de la revolución, confirmada por todas las revoluciones, y en particular por las tres revoluciones rusas del siglo XX, consiste en lo siguiente: para la revolución no basta con que las masas explotadas y oprimidas tengan conciencia de la imposibilidad de seguir viviendo como viven y exijan cambios; para la revolución es necesario que los explotadores no puedan seguir viviendo y gobernando como viven y gobiernan. Sólo cuando los "de abajo" no quieran y los "de arriba" no puedan seguir viviendo a la antigua, sólo entonces puede triunfar la revolución. En otras palabras, esta verdad se expresa del modo siguiente: la revolución es imposible sin una crisis nacional general (que afecte a explotados y explotadores). *Por consiguiente, para hacer la revolución hay que conseguir, en primer lugar, que la mayoría de los obreros (o, en todo caso, la mayoría de los obreros conscientes, reflexivos, políticamente activos) comprenda a fondo la necesidad de la revolución y esté dispuesta a sacrificar la vida por ella*; en segundo lugar, es preciso que las clases dirigentes atraviesen una crisis gubernamental que arrastre a la política hasta a las masas más atrasadas (el síntoma de toda revolución verdadera es la rápida decuplicación o centuplicación del número de hombres aptos para la lucha política pertenecientes a la masa trabajadora y oprimida,

> antes apática), que reduzca a la impotencia al gobierno y haga posible su rápido derrocamiento por los revolucionarios.[3]

La cita es muy clara: Para lo que pretendíamos en México en aquellos años, de acuerdo con estas afirmaciones de Lenin, no sólo la clase proletaria en nuestro país no había adquirido la comprensión y convicción cabal de la necesidad de la revolución socialista en México. Lo que es más, ni siquiera un sector reducido de esa misma clase, su vanguardia, lo había hecho. Y mucho menos las amplias masas más atrasadas del país, hubieran sido o no proletarios.

En este mismo orden de ideas, en el mismo trabajo ya señalado, página 594, Lenin escribe burlonamente lo siguiente:

> Pero es indudable, primero, que comete también inevitablemente un error quien conduce la táctica del proletariado revolucionario de principios como éste: "El partido comunista debe conservar pura su doctrina e inmaculada su independencia frente al reformismo. Su misión es ir en vanguardia sin detenerse ni desviarse de su camino, avanzar en línea recta hacia la revolución comunista". Semejantes principios no hacen más que repetir el error de los comuneros blanquistas franceses, que en 1874 proclamaban la "negación" de todo compromiso *y de toda etapa intermedia*. Segundo, es indudable que en este punto la tarea consiste, como siempre, *en saber aplicar los principios generales y fundamentales del comunismo a las peculiaridades del desarrollo objetivo hacia el comunismo, propias de cada país (y de cada momento) y que es necesario saber estudiar, descubrir, adivinar* (cursivas y paréntesis son míos).

3 Lenin, "La enfermedad infantil del izquierdismo en el comunismo", en *Obras escogidas*, Edit. Progreso. Tomo único, p. 590. (Las cursivas son mías).

Al transcribir lo anterior, yo estoy haciendo de cuenta que se lo estoy leyendo a mis compañeros Lacandones en la crujía "M" y hasta al propio Francisco Rivera, "Chicano", quien con más claridad que mis compañeros Lacandones, que se limitaban a marcar su línea y no "contaminarse" con el resto de los habitantes de la crujía donde estábamos en la cárcel, éste, el Chicano, iba más allá llamando a "ajusticiar", con más argumentos, según él, a todo el que no coincidía con el planteamiento "proletario" de la Liga Comunista 23 de Septiembre, acusándolo de pequeñoburgués.

Más adelante en su mismo trabajo ya citado, Lenin remata:

> *Lanzar sola a la vanguardia a la batalla decisiva, cuando toda la clase, cuando las grandes masas no han adoptado aún una posición de apoyo directo a esta vanguardia o, al menos, de neutralidad benévola con respecto a ella y no son incapaces por completo de apoyar al adversario, sería no sólo una estupidez, sino además, un crimen*. Y para que realmente toda la clase, para que realmente las grandes masas de los trabajadores y de los oprimidos por el capital lleguen a ocupar esa posición, *la propaganda y la agitación, por sí solas, son insuficientes. Para ello se aprecia la propia experiencia política de las masas. Tal es la ley fundamental de todas las grandes revoluciones […] No sólo las masas incultas […] sino también las cultas […] necesitaron experimentar en su propia carne* toda la impotencia, toda la veleidad… toda la infamia del gobierno… toda la ineluctabilidad de la dictadura de los ultrarreaccionarios… para orientarse decididamente hacia el comunismo.
>
> La tarea inmediata de la vanguardia consciente del movimiento obrero internacional, es decir, de los partidos, grupos y tendencias comunistas, *consiste en llevar las amplias masas (hoy todavía, en su mayor parte, adormecidas, apáticas, rutinarias, inertes, sin despertar) a esta nueva posición suya, o, mejor dicho, en*

saber dirigir no sólo a su propio partido, sino también a estas masas en el transcurso de su aproximación, de su desplazamiento a esa nueva posición. (Las cursivas son mías).

Respuesta con táctica incorrecta, pero necesaria

En otras palabras, no sólo la toma del poder de los bolcheviques en la Rusia zarista heredó enseñanzas a los revolucionarios de aquel entonces y a los del mundo de hoy. También nuestro fracaso en México al intentar mediante la vía armada llegar al socialismo, es o puede ser, si lo sabemos ver autocríticamente, toda una escuela para las nuevas generaciones.

Como ya lo he dicho, después del salvaje genocidio contra nuestros compañeros estudiantes desarmados el 2 de octubre de 1968 en Tlatelolco, genocidio que se repite de nuevo el 10 de junio del 71 en el Casco de Santo Tomás del Politécnico y en medio de aquellas condiciones donde todos los canales de participación legal electoral para los disidentes contra el PRI estaban cerrados, aunque fuera lleno de errores, aunque muchos de nuestros compañeros ofrendaron sus vidas en aras de sus ideales, si no fue justa, sí fue necesaria nuestra convocatoria a la lucha armada para imponer al socialismo en nuestro país. Alguien tenía que hacerse cargo de protestar de alguna manera, proponiendo una alternativa distinta de beneficio para todos los mexicanos y mexicanas.

Sin estar de acuerdo con ella, así es como pudiéramos decir que la muerte de Miguel Domínguez Rodríguez no fue en vano.

Pero así de necesaria como podemos hoy calificar aquella convocatoria, igualmente, justo y necesario es también hoy revisar y asimilar los errores que ya se enmarcan en el subinciso anterior.

Nos dejamos guiar por nuestros impulsos sin aplicar las enseñanzas que para una empresa como la nuestra ya había en el mundo.

Creímos que porque en Cuba fue posible llegar al poder y al final declarar como socialista a la revolución de aquel país en 1957-1959, también lo sería en el nuestro.

Creímos que era cierto lo que soñábamos y la virtud fue que intentamos llevar a la práctica aquellos sueños.

Podemos decir que si no lo hubiéramos hecho, no estuviéramos hoy en las condiciones de mayor participación social en comparación con la de aquel entonces, ni la sociedad o más concretamente los más desprotegidos del país tendrían la claridad que hoy tienen sobre cuáles son los intereses y quienes son los que los detentan y que obstruyen el camino hacia el bienestar, justicia y felicidad social de todos los mexicanos.

Ya hubiéramos deseado en 1970 una encuesta nacional apoyando programas y políticas sociales a favor de las mayorías y diezmando los de la Oligarquía Nacional y la llamada Mafia del poder, dentro del actual modelo económico neoliberal.

Como decía Arturo Gámiz, nunca nos resignamos a permanecer igual y sin hacer nada ante tanto crimen de Estado y ante tanta injusticia contra los más pobres del país. Tal vez ese sería nuestro único acierto.

La forma no fue la correcta, de acuerdo. Tampoco fue nuestra pretensión, pero se orilló a los grupos gobernantes y dueños del poder en el país de aquel entonces, a imprimir cambios radicales en las posibilidades de participación política mediante la vía electoral y pacífica a todos los que disintiéramos contra el PRI, contra el modelo económico o contra el modo de producción imperante en México.

Dependerá hoy de cómo aprovechemos las nuevas vías y canales para continuar en la transformación del país en

beneficio de los más pobres y por una distribución de la riqueza más justa y equitativa.

El Socialismo sigue a nuestro alcance.

Nos sigue guiando la gran orientación de distribuir la riqueza producida por todos, de cada uno según su capacidad a cada uno según su necesidad.

Cómo nos afectaron los descalificativos contra nosotros

Las acusaciones de que fuimos objeto de ser pequeñoburgueses, blandengues y demócratas reformistas, hoy nos provocan risa y se resbalan, pero en aquel entonces, a algunos de nosotros si nos generaron incomodidad y modificaciones de conducta, aunque después éstas fueran superadas.

Cuando por ejemplo a mí se me paralizó el lado izquierdo de mi cuerpo, ante la falta de un diagnóstico con soporte más técnico y confiable, sí caló que un médico psiquiatra me dijera que mi problema era de origen psicosomático. Recientemente se acababa de suicidar Miguel y aunque yo lo negara, no tenía más que dar cabida a semejante conjetura y, aun con dudas, ponerla al lado de las que yo mismo tenía al respecto, pues, conociendo mi historia, claro que yo le daba cabida a otras explicaciones, mismas que después de ser amnistiado pude comprobar en el Hospital 20 de noviembre del ISSSTE, así como en el Hospital de Neurología en el viejo DF.

Como ya lo dije en su momento, fui golpeado muy severamente en la columna vertebral e inclusive en la cabeza, las veces que me habían aprehendido.

Y en aquel tiempo, aunque yo no dijera nada, pues no dejaba de ser para mí otra explicación cuyos efectos no se podían demostrar.

Lo importante fue que no me dejé arrastrar por aquel cuadro tan inquietante como inexplicable.

Lo importante fue que tuve a mi alcance medios para combatirlo y, aunque cuando salí todavía sentía el problema sobre todo en mi pierna izquierda, ya podía aparentar sin embargo que era un hombre sano y caminar sin que nadie me notara nada.

Otro efecto que nos provocó inicialmente al grupo donde yo estudiaba y discutía dentro de la cárcel, creyéndoles a nuestros adversarios políticos de ahí de la crujía "M" que éramos unos "miserables" pequeñoburgueses, fue hablar de nuestra "transformación proletaria".

Algo así como quien, aceptando ser pequeñoburgués, aspiraba a un acto de magia para convertirse de pequeñoburgués a proletario y ya no ser atacado con tan tremendo descalificativo.

Por fortuna esto también lo atajamos o por lo menos yo lo atajé, simplemente dándome cuenta que la mayoría de quienes me tildaban o nos tildaban con ese calificativo eran jóvenes que nunca habían puesto su fuerza de trabajo al servicio de algún patrón, o sea, no eran proletarios sino pequeñoburgueses, mientras que por lo menos yo, huérfano, desde chico me vi siempre obligado en vacaciones cuando estudiaba, o durante el día cuando ya obtuve mi título de Contador Privado (carrera comercial), a vivir de mi trabajo. O sea, aunque de cuna campesina, yo sí vendía mi fuerza de trabajo para poder vivir. Y todos me conocieron así: es decir, yo sí era proletario, de acuerdo a la definición más básica del marxismo, no sólo por el lugar que ocupaba dentro de la estructura de clases de la sociedad capitalista produciendo plusvalía, sino además porque hoy sigo creyendo que mi comportamiento ante nuestros errores, ante los demás compañeros de la cárcel y ante la actitud de provocar visitas del exterior para mantenernos en contacto con los sucesos políticos de la calle, fueron las realmente proletarias. Y, al contrario, no aislarse de todo y de todos.

Ellos, con todo el respeto que me merecían, eran en su mayoría sólo jóvenes con escasa preparación académica, que se dejaban arrastrar por aquella oleada "revolucionaria" y discriminatoria, como un acto de imponer primitivamente su supremacía sobre los demás al decir que ellos eran el proletariado revolucionario y los demás, "pobres miserables y traidores a la revolución", no.

La metodología que aplico en este relato, se expresa en los hechos

Como quedó advertido desde la Introducción a este trabajo, mi formación como ser humano y como revolucionario que me considero se dio en constante relación, diálogo y debate con los que me rodearon, cada uno en su momento.

Siempre respondí al estímulo que me significaban todas aquellas relaciones con mis semejantes y siempre interactué con ellos y me transformaban, pero a su vez, también yo lograba cambios o transformaciones en sus conductas. En mi relato, mi vida ha sido siempre el constante posicionamiento que me he visto obligado a hacer respecto a cada situación concreta y en interacción constante con consensos y disensos, con fobias y con filias.

Por otro lado, las distintas conductas que cada uno adoptamos dentro de la cárcel en nuestra interacción simbólica con lo que ésta significó para cada uno también quedó claramente expuesta.

Y del mismo modo que lo planteó Plummer, reproduciendo a Dewey, los Lacandones ya en la cárcel, cada uno se comportó en aquella situación objetiva de acuerdo con la interpretación subjetiva que respecto a la misma cada uno hizo en lo particular.

Unos, abriéndose a expresarse públicamente hacia el exterior del presidio sin ningún prejuicio o temor, generando la ampliación de visitas para interactuar con ellas y de ese

modo vencer a las rejas, los otros, entendiendo que esto los expondría, prefiriendo no hacerlo y, al final, cada uno enfrentando las consecuencias que estas "actitudes" tendrían (para usar la palabra de Znaniecki y de Thomas).

Es más, hasta la realidad objetiva que todos vivimos en aquellos años de nuestro país fue interpretada subjetivamente de modo distinto entre todos los mexicanos y, por ende, provocó distintas reacciones y comportamientos: Unos consideraron que ya era el momento de convocar a las armas al proletariado y a la población en general para instaurar el socialismo en nuestro país, mientras que millones de compatriotas, y hasta el propio proletariado, interpretó que no. Y no apoyaron aquel llamamiento. Se comportaron de modo muy distinto.

Lo mismo sucedió en el intento de fuga de Miguel, Víctor y Carlos Jiménez.

De la situación objetiva que los tres habían vivido juntos, de intentar abrir un túnel hasta la calle y luego ser descubiertos, según se desprende de lo que me contó Ramiro Gómez y luego de lo que después él mismo hizo cuando buscó refugio en la dirección del penal, uno de ellos, Miguel, interpretó que por todo eso junto, de todas formas iban a matarlo en la cárcel misma y por tanto, que debía adelantarse a los hechos intentando fugarse. También entendió que sólo con su muerte garantizaría la seguridad de los que lo esperaban afuera, si lograra fugarse. Los otros dos, de esa misma realidad interpretaron otra cosa y, por tanto, objetivamente demostrable, otro fue su comportamiento.

Así mismo, de la propia experiencia objetiva que todos vivimos en la guerrilla y en la cárcel o en el exilio en la década de los setenta, algunos interpretaremos que nos equivocamos al adelantar los acontecimientos convocando a la violencia como única vía para la transformación del país, antes de que el proletariado en particular y la población en

general estuvieran dispuestos a apoyar una iniciativa de este tipo, lo cual nos lleva a la conclusión de que de continuar dentro de la oposición al capitalismo o al grupo de poder que tiene en sus manos la economía, los medios de difusión y el poder judicial en el país, lo que procede es eso: contribuir a concientizar, organizar y movilizar por sus demandas al proletariado y a toda la población para que ellos mismos, tras vivir "en carne propia esas experiencias", pudieran llegar a una conclusión como aquella a la que nosotros llegamos después de la masacre de 1968 y 1971.

De esa misma experiencia objetiva, otros tal vez interpreten que los errores fueron de otra naturaleza y que por tanto lo que procede hacer hoy es otra cosa muy distinta a la que decimos los primeros, etcétera.

Recuento de los que quedaron libres, después de nuestra aprehensión

Antes de haber sido detenido el grupo donde yo fui aprehendido, ya habían sido detenidos cinco del llamado "nivel militar" de los Lacandones, y ahora, a pesar de la alharaca que armó la policía de que habíamos sido detenidos 24 guerrilleros, como ya lo dije, en realidad sólo Miguel y yo éramos integrantes de ese nivel, pues Carlos Salcedo, escrito y dicho por él mismo, aun siendo integrante de la Dirección, no pertenecía al nivel militar a la hora de ser detenido, mientras que José Domínguez, quien fue sorprendido junto conmigo, en realidad en aquel momento no estaba integrado a ningún comando y aquella expropiación que estábamos preparando donde fuimos detenidos, en realidad sería su "bautizo". El resto de los aprehendidos sólo eran integrantes de círculos de estudio y de participación abierta.

Me es necesario reiterar esa aclaración, pues en realidad del llamado "nivel militar" quedaron libres nueve, incluyen-

do a Olivia Ledesma, o sea la mayoría y sin contar en ellos los expulsados.

Visto de ese modo el balance sobre el número de aprehendidos, nadie podría afirmar que hubo una desarticulación total por parte de la policía a nuestro grupo.

Sin embargo, de esos nueve mencionados, dos, Raúl Irena Estrada y Encarnita Morales Salamanca buscarían el exilio; uno más, Jorge Poo Hurtado, a los tres meses sería también aprehendido cuando según Salcedo lo relata en su libro, también estaba buscando el exilio junto con los otros dos.

Por otro lado, la compañera "Tania", a pesar de no haber sido expulsada, buscó junto con su esposo "Jorge" el abrigo de otra organización fuera de Lacandones y uno más, Gabriel Domínguez Rodríguez, ya estaba en la Sierra de Chihuahua como guerrillero enviado por la LC23S. Así, los cuatro restantes, Víctor Velazco Damián, David Jiménez Sarmiento y Alfonso Rojas Díaz, añadiéndose además Olivia Ledesma, con los contactos que aún conservaron del Politécnico, tuvieron la capacidad de reorganizar al grupo, logrando al final, ya integrados a algún comando, contribuir muy determinantemente con fondos económicos que obtuvieron de otras expropiaciones que hicieron, al nacimiento de la LC23S en marzo del 73, como ya dije.

Puedo decir por tanto que después de nuestra detención, esos mismos cuatro se convirtieron en por lo menos nueve o diez, algunos de los cuales pasarían a ocupar lugares importantes en el desarrollo, inclusive en la dirección de lo que después fue la Liga, ya una vez habiendo ésta sufrido su primer crisis política y de desintegración en abril y mayo de 1974.

Olivia Ledesma pasó a ser integrante de la comisión de impresión del Madera dándose muerte por su propia mano cuando intentaron detenerla junto a Ángel Sarmiento, primo de David Jiménez, el 6 de julio de 1977. Gabriel Domín-

guez Rodríguez sería muerto en la Sierra de Chihuahua, el 24 de noviembre de 1974, al ser delatada su ubicación por uno de sus propios compañeros. Y en particular David Jiménez Sarmiento fue quien tuvo la oportunidad de dirigir a la "Brigada Roja" del Distrito Federal, perteneciente a la Liga. Encabezó además a uno de los grupos en que se dividió la Liga después de la desaparición forzada de Ignacio Salas Obregón el 25 de abril de 1974, siendo muerto en el intento de secuestro de Margarita López Portillo en agosto de 1976.

Alfonso Rojas Díaz fue muerto en Popo Park el 6 de octubre de 1973, ya siendo integrante de la Liga y Víctor Velazco Damián fue detenido aproximadamente cuatro meses después que nosotros.

Víctor Velazco Damián sería amnistiado en 1978. Nunca lo detuvieron después de ser excarcelado, habiendo terminado su vida por muerte natural después del 2012 y ya defendiendo una concepción política, táctica y estratégicamente hablando totalmente distinta a la que lo llevó a la cárcel. Pero a pesar de ello, sin querer sumarse a todos los que pensábamos ya desde antes que él, como ahora después de la cárcel él se expresaba. Él prefirió siempre convocar de manera independiente, a una alternativa dentro del marco legal, cuyo nombre no recuerdo.

Jorge Poo Hurtado fue incluido en la lista de presos políticos para ser exiliados en Cuba, que el FRAP exigía a cambio de la entrega del Cónsul de EUA, Terrance George Leonhardy, secuestrado en Guadalajara el 4 de mayo de 1973. Poo Hurtado también murió de muerte natural alrededor del año 2000 ya radicando de nuevo en México. Él se convirtió en un claro exponente anticastrista y así fue como murió víctima de una enfermedad viral que nunca le diagnosticaron bien.

A los que lograron mantenerse en libertad y que lograron reclutar a más después que nosotros fuimos detenidos, se sumarían un año más tarde al ser excarcelados, el mismo

que aprehendieron junto conmigo, José Domínguez Rodríguez, su hermano Alberto Domínguez Rodríguez y Salvador Alfaro. Éste último moriría cuando repartiendo volantes, el 1 de mayo de 1974, fue sorprendido por el Ejército Nacional en el centro de Guadalajara, Jal.

A partir de ahí se contaría después otra historia del desenvolvimiento de los otros dos ya estando en el exterior de la cárcel, pues ahora su nueva participación como guerrilleros sería como miembros de la Liga Comunista 23 de Septiembre.

Así concluiría un primer balance político de lo que fue nuestra organización, así como del número de detenidos y del destino de los que no fueron aprehendidos.

Los compañeros que sostuvieron las mismas posiciones que yo dentro de la cárcel viven todavía: Carlos Salcedo García, Isaías Ensch Fregoso y Roberto Ensch Fregoso. A Valente Irena, aunque decía que nos apoyaba, nunca le creí nada y desconozco su actual destino. Roberto Ensch Fregoso, como ya lo consigné en otra parte, me ha manifestado disposición para respaldar mi relato en lo que a Lecumberri se refiere, pues él también fue excarcelado a los dos o tres años de haber sido detenido.

CAPÍTULO V.

LA AMNISTÍA Y CÓMO ENFRENTAMOS NUESTRAS NUEVAS CONDICIONES DE PARTICIPACIÓN POLÍTICA POR LA VÍA LEGAL Y PACÍFICA, DESPUÉS DE LA REFORMA POLÍTICA DE 1977

Mis miedos, expectativas y limitaciones al salir de la cárcel

Recapitulando un poco las enseñanzas que algunos obtuvimos al reflexionar en la cárcel autocríticamente nuestra experiencia en la guerrilla, éstas fueron las principales:

a) Nos dejamos guiar por el coraje que nos provocó saber de la matanza de cientos de nuestros compañeros estudiantes desarmados en Tlatelolco, 2 de octubre de 1968.

b) Nuestra juventud e ímpetus propios de la edad nos impidieron reconocer, a fondo, que no estábamos tomando en cuenta la historia y las enseñanzas de otros pueblos en lucha para alcanzar el socialismo, fuera del deslumbramiento de que éramos objeto por parte de la Revolución cubana y de conocer que en Centro y Sudamérica ya había grupos armados combatiendo por el socialismo desde la clandestinidad. En este deslumbramiento participó mucho conocer de la rebelión en defensa de sus derechos humanos, pero también por conseguir el socialismo para EUA, llevada a cabo directamente por ciudadanos de color en EUA, particularmente los llamados "Panteras Negras".

c) Yo en lo personal estaba convencido de que no era aquella la forma ni el momento para lanzarse a convocar al proletariado mexicano a participar por medio de las armas en la Revolución Socialista en México, pero como ya lo reconocí desde el primer capítulo de este trabajo, me dejé presionar por entender que mientras que otros jóvenes sí lo

hacían como respuesta al genocidio de que habían sido objeto nuestros compañeros en el DF y que ese era el llamado que la propia coyuntura que vivía el país hacia los jóvenes que así quisiéramos testimoniar nuestra protesta, con todas las reservas del caso, decidí participar y dispuesto a rectificar si estaba en un error en mi apreciación inicial de que no era aquella ni la forma ni el momento para llamar a la lucha armada, pero también dispuesto a mantenerme crítico a todo cuanto yo viviera y ratificara que era un error ignorar que ni el pueblo de México en su conjunto y menos el proletariado estaban ya en condiciones de escuchar nuestro llamado. Que hacía falta antes librar un largo proceso de lucha por la vía legal y pacífica, en aras de conseguir un nivel más alto de concientización y de participación del pueblo en general y del proletariado en particular para aspirar a lo que en aquel momento era nuestro objetivo.

d) Entre otros elementos, no sólo nuestros propios hechos viéndolos críticamente sino además algunas lecturas de Lenin y otros autores, me ratificaron lo dicho en los últimos tres renglones del párrafo anterior, de tal manera que al ser amnistiado y tener condiciones de llevar a los hechos aquello que alegábamos ante nuestros compañeros que debían ser las tareas para aquel momento, pues eso es lo que por lo menos a mí en lo particular me hacía sentir como obligación para llevar a los hechos ya estando excarcelado.

e) Sin embargo, muchas eran las limitaciones y miedos que se interponían para avanzar en esos propósitos, teniéndolos como prioritarios. Recuerdo la sensación que experimenté cuando di mis primeros pasos dentro de la cárcel de Lecumberri. Sentía al mundo que se cerraba ante mí, y sin embargo, pude, pudimos reabrirlo desde adentro. Ahora, paradójicamente al salir a la calle, de nuevo esa era la sensación. Sentir que tenía el mundo cerrado y que aunque eran muchas mis esperanzas, expectativas y tareas por de-

sarrollar, muchos eran los obstáculos y adversidades por vencer para siquiera empoderarme de nuevo de mí mismo. Me sentía como Tin-Tan en las películas cuando lo sacaban de la cárcel, que imploraba porque lo dejaran más tiempo ahí adentro o hacía de nuevo algo para que lo regresaran. Esto desde luego lo digo de broma, pero un poco responde a aquella sensación de que me percibía más protegido adentro, donde ya mi propio desplazamiento me había permitido empoderarme de ciertas actividades tendientes a cierta construcción política y sobre todo, de reanimación personal. Pero ahora el hecho es que ya estaba afuera y no tenía más refugio que aquel que un respetable y querido preso común me había ofrecido: su casa. Dentro de aquellas adversidades a derrotar, la primera tenía que ser mi propia enfermedad, diezmada hasta donde pude dentro de la cárcel misma, es cierto, pero aún latente y muy amenazante en lo más profundo de mi ser, por lo menos así lo seguía percibiendo; pero en segundo lugar mi falta de ingresos y de cómo sostenerme. No tenía relaciones a través de las cuales pudiera conseguir empleo en algún lado y ese para mí era un primerísimo problema por resolver que me tenía hasta el borde. El otro problema no era sólo la cuestión de encontrar cómo mantenerme y de disponer de tiempo para dedicarme a lo que yo consideraba políticamente lo fundamental, sino, además, estaba totalmente ausente de cualquier relación política con alguna organización confiable, fuera de las que pudiera buscar a través de las amistades que había logrado trabar estando preso, aunque ninguna de ellas me satisficiera para integrarme de lleno. De reintegrarme a la Liga para continuar desde dentro de ella mi lucha de convencimiento, ¡ni pensarlo! Además había sido claramente no sólo rechazado, sino además hasta amenazado, así que sobre todo por eso había momentos que hasta le daba la razón a Tin-Tan y también quería correr hacia el Reclusorio. Eso, el sentirme rechazado

por mis propios compañeros de la guerrilla, era tal vez lo que me calaba más hondo que todo junto.

f) Como ya lo dije, en esas condiciones es que yo apreciaba enormemente la solidaridad de que fui objeto por parte de Eduardo Rosas y su familia, radicada en la Colonia Ramos Millán de Iztacalco, en el viejo DF, familia que estaba compuesta por dos varones, uno de ellos, el mayor, de apenas 24 años y que era quien sostenía la casa y el otro, el menor de todos, así como tres muchachas cercanas a los veinte de edad. Al referirme a la cantidad que éramos, trato de explicar con ello que realmente yo significaba una carga muy sensible más en la economía familiar y que no me podía permitir dejar pasar el tiempo sin hacer algo por contribuir de alguna manera, sacrificando con ello todo lo demás que ya enumeré aquí, como supuestamente las tareas centrales.

g) Con relación a buscar a mi familia, no me lo podía proponer en tan breve tiempo después de salir de la cárcel. Consecuente con buscar su seguridad desde que fui detenido, tenía que dejar pasar un buen tiempo para hacerlo, de tal manera que nunca los vi como recurso para nada.

h) Por lo anterior, antes o dentro de todo, era mi deber entender lo más amplia y profundamente que pudiera, la nueva coyuntura política que viviría y no sólo reducirme a ver mis limitaciones y miedos.

Mi definición de la Reforma Política de 1977-1978

La Reforma Política de 1977, concebida para abrir los canales legales de participación popular en el plano político electoral de nuestro país, desde mi punto de vista se generó fundamentalmente para dar respuesta a los cauces de violencia de lucha armada para lograr al socialismo, buscados por la juventud estudiantil principalmente y expresada ésta a tra-

vés de la guerrilla urbana y rural, dos o tres años después de la masacre del 2 de octubre de 1968 en Tlatelolco.

Desde luego, contribuyó mucho para lo anterior la cereza del pastel que significó que ningún partido con registro legal como el PAN participara contra el PRI en las elecciones federales de 1976. Como ya lo dije desde el segundo capítulo de este trabajo, el PAN vivía fuertes conflictos internos pues había, dentro de ellos, una fuerte corriente de opinión que ya no se tragaba la píldora de las elecciones amañadas a que convocaba el grupo gobernante del país y por eso ahora su abstención a seguir participando en la farsa electoral. Esta fue la razón por la que fundamentalmente recibimos de ellos la ayuda con la impresión de nuestro manifiesto como CLL contra LEA, en abril de 1970 en Cd. Juárez, y que ahora, en el proceso electoral a que me estoy refiriendo de 1986, sólo fuera Valentín Campa, sin registro legal, quien lo hiciera. Y más que, a pesar de todas las adversidades de no reconocimiento por parte del régimen, obtuviera este reconocido líder sindical cerca de un millón de votos, lo cual evidenció aún más aquella falta de legitimidad y cerrazón del régimen a la disidencia electoral, pues, de una parte, a aquellas fechas ya estaba claro el hervor de la guerrilla emplazada por la Liga Comunista 23 de Septiembre (LC23) en todo el país, entre otras organizaciones armadas y, de otra, no había conductos legales confiables para participar electoralmente contra el PRI. Era pues clara y muy grave la encrucijada del régimen.

Por otro lado, todo lo anterior estuvo precedido además por muchísimos movimientos inspirados en reivindicaciones democráticas y económicas a lo largo y ancho del país, como la de los ferrocarrileros, petroleros, profesores, telefonistas, médicos, los *copreros* en Guerrero, etcétera, mismos a los que se les respondió con violencia, pero, insisto, junto con el arrinconamiento y exhibir como muy evidente la falta de alternativas a la disidencia política en las elecciones de

1976, nadie puede disputarle al movimiento guerrillero de los setenta su carácter de detonante último y determinante, que obligó a los dueños del poder a reconsiderar formular un nuevo marco de dominación y cooptación a los sectores populares. Y es que no era menor aquel incidente o muestra de rebeldía en México. Se trataba ni más ni menos que de por lo menos 10 o más comités armados y coordinados entre sí desde la clandestinidad en las principales ciudades de la República, incluyendo las sierras del norte y pretendidamente desde la LC23S, también del sur. Pero diez o quince comités que, en medio de la paranoia burguesa y de los medios, imaginaban como decenas.

Por lo demás, ya había habido hasta aquel momento también otras muestras de violencia por parte de la población como la del intento de la toma del Cuartel Madera Chihuahua en 1965, dirigido por el profesor Arturo Gámiz y el doctor Pablo Gómez Ramírez; como el replanteamiento del mismo camino del foco guerrillero intentado por Oscar González Eguiarte, junto con Carlos Armendáriz, Arturo Borboa hijo y otros, también en Chihuahua; así como el de la Asociación Cívica Nacional Revolucionaria (ACNR) de Genaro Vázquez en el estado de Guerrero y el foco instaurado en la Sierra del mismo estado por Lucio Cabañas, pero, insisto, aunque el conjunto de todo aquello formó el contexto que orilló a cambios en mecanismos de control del régimen, la gota de agua que empujó al derrame del vaso fue el emplazamiento de guerrilla urbana y rural para llegar al socialismo, planteado de palabra y en los hechos por la LC23S, integrada básicamente con exestudiantes del 68 de todo el país, sin excluir desde luego, otros esfuerzos de coordinación guerrillera que decidieron continuar con su planteamiento independientemente del que significaba la LC23S, lo cual no aliviaba, sino agravaba más la encrucijada del sistema político mexicano en aquellos años.

Los partidos políticos de oposición de izquierda, por su parte, también habían ya marcado su presencia en esa etapa, hasta 1968, más bien dando muestras de ausencia y de colaboración con el *statu quo* del poder, debilidades y desviaciones todas señaladas, entre otros, por Raúl Ramos Zavala en el Congreso Nacional de las Juventudes Comunistas, celebrado en Monterrey N.L., en diciembre de 1970, por Jesús Manuel Gámez Rascón con su documento titulado "A la luz de esta historia de batallas" distribuido en 1969, (hoy su hermano Eleazar ya lo publicó como libro) y no menos marcadamente por José Revueltas en su obra "Ensayo sobre un proletariado sin cabeza", en 1962 y editado en su presentación original por la Liga Leninista Espartaco. En esta caracterización hacia los supuestos partidos de oposición en el país en aquel entonces, contribuye desde luego uno de los pronunciamientos centrales de la LC23S.

Se trataba pues, esta Reforma Política, de una medida inexcusable, inevitable para las élites del poder en aras de recuperar cierta tranquilidad en el país que, para empezar, resolvía proponer caminos legales por la vía electoral a la disidencia, misma a la que se le ofrecía además de la posibilidad de registro legal de los partidos políticos que llenaran los requisitos, de financiamiento necesario de los mismos para su desenvolvimiento político electoral.

Era aquello pues, todo un parteaguas. Reconocido que estaban cerrados todos los canales legales de participación política electoral y que había que abrirlos en un supuesto gesto autocrítico no sólo se generó la correspondiente amnistía a los que permanecíamos en la cárcel hasta 1978-1980 y provenientes de la comisión de delitos con violencia, pero justificados por un programa político blandido desde la clandestinidad debido a la cerrazón del régimen, sino además, según el conjunto de leyes y reglamentos que se decretaron al respecto, a partir de esta medida ya habría posibilidades

reales de alcanzar espacios de poder para la disidencia legal y minoritaria, tanto en las cámaras de diputados federal y locales como en la de senadores, además desde luego de regidurías, todas por la vía de representación proporcional o plurinominal.

Los requisitos para alcanzar aquellos niveles de participación estaban también claros: la oferta del registro condicionado a los partidos que en contienda electoral lograran mantener el 1.5% de la votación general, otro requisito para obtener el registro era contar con 3 000 afiliados en por lo menos 20 entidades federales o 300 afiliados en 200 distritos federales electorales uninominales.

Por lo demás, renunciar a usar todo mecanismo ilegal o de violencia, no manipular los movimientos sociales y sindicatos para alcanzar sus objetivos de partido, según lo reclamaban Luis Echeverría Álvarez[4] y José López Portillo en distintas ocasiones durante sus respectivos mandatos, así como presentar un conjunto de documentos básicos que les identificaran como partido político, documentos tales como Principios, Programa y Estatutos.

[4] En diciembre de 1970 dijo Luis Echeverría Álvarez, a propósito de los sindicatos: "¿Cómo vamos a hablar de democracia en México, si cuando se elige una mesa directiva de un sindicato el proceso no es democrático? No debe haber manipulación (de los partidos políticos) ni para manifestaciones, ni para elecciones, ni para ningún otro acto de esta naturaleza". (Citado por C. Tello, "La política económica en México 1970-1976", México Siglo XXI-1979). Los paréntesis son míos.

Echeverría declaró también en febrero de 1971: "Problemas complejos es el de las relaciones internas de los sindicatos. Corresponde a los propios trabajadores, a su propia responsabilidad, a su valor, exigir el respeto a sus derechos en la vida sindical, cumplir activamente con sus obligaciones gremiales, concurrir a las asambleas, expresar en ellas sus puntos de vista y luchar en unión de sus compañeros a efecto de que sea SANA E INDEPENDIENTE la vida sindical (Citado por I. Basurto, "El régimen de Echeverría, rebelión e independencia", México, Siglo XXI, 1983) mayúsculas mías.

Todos estos requisitos eran relativamente fáciles de presentar en comparación con lo que se ofrecía a cambio, o sea, el financiamiento dedicado a las actividades electorales del partido que lograra su registro, oportunidad de espacios en los medios de comunicación públicos, la conveniencia o posibilidad de sacar las manos de la Secretaría de Gobernación del conteo directo de los votos y, lo más determinante, la posibilidad de espacios en las estructuras de gobierno y Poder Legislativo.

Apareció Yolanda Gaytán y desaparecieron mis primeras adversidades

Planteados los dos anteriores marcos en que necesariamente me movería, era pues abismal el punto donde me encontraba, desde el cual debería dar el salto hasta tener posibilidades, aunque fueran mínimas, de participación política.

Me reanimó un poco, como ya lo dije, la entrevista que el joven Eduardo pudo conseguirme de parte de Radio Centro, quienes fueron hasta aquel domicilio para gravarme en charla con varias estaciones de radio.

Sin embargo no dejaba de sentirme agobiado por aquella sensación de inseguridad cuando medía el tamaño de todo lo que tenía que hacer y remontar, que me parecía gigantesco, imbatible.

Y no cabe duda que mis ancestros seguían cuidando de mí.

Un buen día alguien tocó a la puerta. Yo escuché el ruido desde el comedor de la casa donde estaba, en la planta alta y escuché también que alguien de la casa bajó hasta la puerta para ver quién era.

Escuché voces de mujeres. Luego subió una de las muchachas de la casa hasta donde yo estaba para decirme que alguien me buscaba, que se llamaba Yolanda Gaytán.

—¿Yolanda Gaytán? Yo no conozco a ninguna Yolanda Gaytán. ¿Es guapa?

—Sí, ¿pero por qué preguntas eso si dices que no la conoces?

—Pues por eso. Ve tú a saber quién es.

Y así entre risas, bajé a la cochera de la casa y reconocí a una compañera que alguna vez vi en la crujía "M", pero que no tuve contacto con ella pues no era a mí a quien fue a visitar. Su imagen la tenía muy clara pero ni siquiera supe en aquel entonces ni su nombre ni a quién había ido a buscar. De cualquier manera me dio confianza reconocerla y fue hasta ese momento que supe cómo se llamaba. Y ahí mismo en la cochera se desarrolló toda la conversación.

Se trataba de la solución a mis problemas. Ella me la fue a plantear hasta donde estaba. No lo podía creer.

Me dijo que era esposa del Chicali, de Rodolfo Echeverría, miembro del Comité Central del PCM. Me aclaró que no venía a buscarme en representación ni de él ni del partido al que ella también pertenecía "a mucho orgullo", me remarcó. Me dijo además que sabía de mi conflicto político con mis compañeros guerrilleros y que además no disponía de ayuda por parte de mi familia. Me preguntó cómo le había hecho para conseguir alojamiento en aquella casa donde estaba, a lo que la respuesta ella misma ya estaba dando. Estaba enterada de todo. La pregunta más bien se la debí haber hecho yo: ¿cómo supo dónde vivía? ¿quién se lo había dicho? ¿Cómo sabe de mis conflictos con mis excompañeros guerrilleros?

Consideré imprudente presionarla y no lo hice. Simplemente me limité a escucharla con mucha atención. Se trataba de que ella vivía en una unidad de multifamiliares que hoy todavía está en el eje 4 Sur cruzando la calzada La Viga, rumbo al oriente, a unos cinco minutos en vehículo desde ahí. Que ella tenía una amiga en uno de los edificios multifamiliares vecinos al suyo, quien a su vez tenía su cuarto de azotea desocupado. Que ya había hablado con ella y que con

todo gusto me lo facilitaba sin pagar renta hasta que no consiguiera trabajo. Aparte me dijo que ya había hablado con amigos de ella del Comité Ejecutivo del STUNAM y que había muchas posibilidades de que me colocaran en alguna plaza de base de alguna facultad de la UNAM. Que si yo aceptaba nomás era cuestión de llamarles y que me recibirían para platicar con ellos. Que ya me esperaban. Que ya había platicado inclusive sobre que no era obligatorio que yo ingresara al PCM y que sería en todo caso un apoyo solidario de parte de ellos sin obligarme a nada político en correspondencia, que en todo caso dependería de decisiones que yo fuera tomando en el propio curso de las cosas.

Así de sopetón yo estaba azorado, ¡no lo podía creer! ¡La solución a mis primeros problemas había ido a buscarme hasta mi propia casa! ¡Y sin pedir nada a cambio!

Y no sólo eso. Me dijo además que desde ya, podía mudarme a vivir a aquel cuarto. Que ya había platicado con Nelly Roselia Montes y que entre las dos habían financiado ya una cama con colchón, par de almohadas, dos mudas de sábanas y cobijas, así como un pequeño ropero que había sido de uno de sus hijos. Que si yo lo decidía, mientras se resolvía lo de mi trabajo, podía comer en su casa e instalarme y dormir en aquel cuarto ya preparado.

De ese modo fue que, sin preguntar, me enteré quién le había pasado tanta información tan personal sobre mí. La compañera Nelly fue quien le platicó todo, me quedaba claro.

Y por supuesto que me invitó a que fuéramos a ver ese cuarto y también me invitó a comer para que yo mientras tanto tomara mis decisiones.

De entrada me daba mucha pena abandonar aquella casa cuyas puertas tan calurosamente se me habían abierto, pero desde que estaba escuchando a Yolanda, por supuesto que mentalmente a nada le iba poniendo peros. Todo estaba a pedir de boca. Y sin conocernos siquiera.

Ese mismo día hablé con todos en la casa y con muchos lamentos de ambas partes, de la familia y de mí, convinimos todos que lo mejor era aceptar la propuesta que Yolanda me había hecho. Y así fue como acepté de inmediato mudarme al cuartito de azotea que ya me habían hecho el favor de prepararme.

La cita con los compañeros del STUNAM por supuesto que no la hice esperar. De inmediato le pedí a Yola que hiciera el favor de conseguirme una entrevista con ellos y, así, todo marchó de maravilla.

Había una plaza de bibliotecario en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales (FCPyS) y, advirtiéndome que en esa facultad ellos no tenían la dirección del sindicato sino que eran adversarios suyos quienes tenían la Secretaría General, me consultaron sobre si aun así aceptaría irme para allá.

¡Qué pregunta! Agradecí desde luego la cortesía de ponerlo a mi consideración, pero de inmediato respondí que sí. Que por ese lado de vérmelas contra adversarios ya tenía "algo" de experiencia. Que no se preocuparan.

Lo de mis documentos personales para el contrato, al igual que en la ENAH, esperarían a que los tramitara.

Había seis meses en que de acuerdo con el Contrato Colectivo había que trabajar con la vulnerabilidad de que alguien impugnara la plaza, que ellos aseguraban que de inmediato los adversarios lo harían, pues eran plazas muy peleadas por todo mundo, de tal manera que con esas advertencias en cuanto me fue posible firmé mi precontrato para ingresar a trabajar a la brevedad y refrendarlo a los 6 meses con el aporte de mi documentación, si es que no hubiera impugnación de por medio.

Lo anterior fue lo que me obligó a ser yo mismo quien buscara a aquellos "adversarios" de que me habían hablado en las oficinas del STUNAM, con la idea de que fuera por iniciativa mía, de una buena vez, abordar mi estabilidad y

seguridad en la plaza de base, encontrándome con la gran sorpresa de que ya sabían que yo iba a llegar y ya hasta conocían de mi reciente excarcelación por amnistía. Es decir, al contrario, ellos estaban de plácemes por mi llegada y ya me esperaban en calidad de aliado.

Casi de inmediato me propusieron como su representante en las reuniones a que convocaba semanalmente el STUNAM, al llamado Consejo General de Representantes (CGR), lo cual, de entrada, era un encargo que distinguía mucho al que lo desempeñara.

Lo anterior no me pareció que de inmediato fuera necesario que lo discutiera con los compañeros del STUNAM salvo con Yola, lo que a ninguno de los dos nos pareció preocupante, sino al contrario, benéfico para alejar riesgos de posibles impugnaciones a mi plaza, que al principio eran el peligro anunciado.

Ya eran mediados de 1979 y mi idea era aprovechar las vacaciones de la próxima navidad para ir a Durango y entonces sí visitar a mi hermano Ricardo en Cd. Juárez, tanto para tramitar mi acta de nacimiento en la entidad mencionada como para recuperar mi certificado de preparatoria que había dejado encargado en manos de él.

Y desde luego disfrutar de verlos a todos, tanto a él mismo, a sus hijos e hijas y a mis demás hermanos, Pablo, José y sus hijos, que ya vivían en El Paso y aprovechar para, por lo menos, llamarle a mi hermana Manuela, que vivía entonces en Los Ángeles, California.

Todo pintaba de manera increíble. Mi amistad con Yola y sus cuatro hijos se hizo cada vez más familiar y cercana. A Rodolfo "el Chicali" casi no lo veía pues no coincidíamos en horarios.

Mi vida vertiginosamente ya estaba cambiando. Hasta mis problemas de movilidad provocados por la falta de fuerza en la pierna izquierda, con mayor razón, sentí que iban

también desapareciendo. Tal era el alboroto emocional en el que me iba poco a poco elevando, viendo cada vez a mi alcance la posibilidad de conseguir participar en lo que tanto añoraba participar cuando estaba en la cárcel.

Se abrió un gran abanico de compromisos políticos

Camilo Valenzuela que había caído en la cárcel, creo que el mismo día y el mismo año que nosotros (la historia se empeñaba en hacer extensiva su enseñanza a partir de las fechas comparadas con aquella en la que tomaron el poder los bolcheviques en Rusia), que era el líder principal de los llamados "Enfermos" de Sinaloa y el propio José Domínguez Rodríguez, proveniente de los Lacandones, pero ahora escindido de la LC23S, junto a otros exguerrilleros, ya habían avanzado en las discusiones sobre el proceso al que le llamamos de "rectificación" sobre el planteamiento táctico de la guerrilla para llegar al socialismo en México.

Ambos me hicieron el favor de buscarme, siendo primero Camilo con quien me puse en contacto.

Su inteligencia y corte de líder así como sus planteamientos realmente me sorprendieron. Me pareció muy sincero y convincente. Veía todo el proceso de nuestro "alzamiento en armas" de la misma manera que yo o que algunos de nosotros lo veíamos no sólo desde la cárcel, sino inclusive desde antes de ser aprehendidos. Las coincidencias eran plenas y a todo color, de tal manera que su invitación a que, en principio de cuentas, me integrara al Comité Pro Defensa de Presos, Exiliados, Perseguidos y Presentación de los Desaparecidos Políticos (CDPEPPDP, a quien para abreviar le llamaré CPDP, pues la presentación de los desaparecidos políticos, PDP, era la principal demanda) que dirigían en aquel entonces Rosario Ibarra de Piedra y Victoria Montes, (Vicky)

como ya antes lo dije, la viuda de Raúl Ramos Zavala; no tenía vuelta de hoja.

Me explicó que había un proceso de coordinación de los partidos políticos de izquierda y de varias organizaciones políticas y sociales apoyando las demandas de este comité al que me invitaba a integrarme y que se reunía todos los lunes en la calle Medellín, cercana al Metro Insurgentes, en un local propiedad del señor Álvarez Icaza, fundador del Centro de Comunicación Social (CENCOS). Que a esta coordinación semanal se le llamaba Consejo Político (CP).

Me explicó además que tenían el proyecto de invitar a más expresos políticos y hasta a los exiliados y exiliadas para reunirse como una especie de comité de dirección política que influyera tanto en el CPDP como en el propio Consejo Político que se reunía los lunes.

Me hizo además una breve referencia a la situación que atravesaba el país en su conjunto bajo la presidencia de José López Portillo (JLP) así como de las tareas políticas que, a juicio de él, había que desarrollar. Que en ese sentido el CP podía jugar un papel importante de continuar con el ritmo que llevaba.

Ávido como yo me encontraba de participación política y, al enterarme de tan "suculento" panorama de despliegue político, pues mi respuesta fue rápida y precisa. Con gusto empezaría a asistir a las reuniones del CP en CENCOS todos los lunes y en relación con la reunión con otros expresos políticos y exiliados o exiliadas pues nomás sería cuestión de que me dijera cuándo y en dónde y con gusto asistiría.

No recuerdo si me lo dijo en aquella primera entrevista o si me lo dijo después, pero se trataba de que en otra instancia más cerrada, estaban todavía discutiendo con otros expresos, perseguidos o exguerrilleros, todo lo relativo a la famosa "rectificación" de la táctica guerrillera, pero ahora analizando el nuevo contexto nacional a partir de la Refor-

ma Política del 77 y tras la crítica a la estrategia y táctica que aplicamos desde principios de esa década, concluir en una nueva política general. Es decir, se estaba revisando todo y las conclusiones apenas se estaban tomando.

Todo eso a mí me reanimó muchísimo. Saber que coincidía con todo un conjunto de expresos o exguerrilleros que inclusive hasta habían sido parte de la LC23S como José Domínguez Rodríguez y su hermano Alberto.

Seguidamente a esto es que tuve otra entrevista con José Domínguez, donde después de compartirme algo similar a lo que Camilo ya había avanzado, me preguntó que con cuál de los dos decidiría yo continuar las conversaciones. La respuesta a mí me parecía natural y ya dada en los hechos mismos.

Las reuniones con el resto de expresos, exexiliados y exexiliadas, donde supuestamente se discutirían líneas de trabajo del CPDP y del CP se darían en la casa donde vivía Camilo con Vicky. Además, quien de todos los exguerrilleros que según Camilo me había dicho, estaban rediscutiendo la situación nacional, así como la estrategia y táctica a aplicar en nuestro país en aquella coyuntura que se nos abría, el único que asistía a aquel Consejo Político era él, Camilo, de tal modo que la relación con todos ellos, con José Domínguez y el resto de exguerrilleros en la "rectificación", hasta aquel momento, ya estaba dada en el curso mismo de los acontecimientos, a través de Camilo.

No fue pues mi intención ofenderlo, pero no sé si por esa razón o por otras más, como lo explicaré más adelante, la relación con él a partir de ahí no sólo no fue ni siquiera mala, sino nula, a pesar de que posteriormente a aquellos hechos, compartiría con él el mismo órgano de dirección al que se me invitó a participar. Eso lo abordaré en otro momento.

En el marco de que ya estaba trabajando y que a su vez participaba en el CPDP, hubo un momento en que, aprove-

chando que yo era de Juárez, las y los integrantes del Comité Pro Defensa de Presos en Chihuahua y Cd. Juárez solicitaron al CPDP del DF que enviara a una especie de Delegado a instalarse en aquella localidad para avanzar en la consolidación de la organización y movilización, buscando presionar al gobierno estatal para mejorar las condiciones de los presos políticos o acelerar su liberación.

El candidato natural para cumplir esa función obviamente era yo, pues fácilmente podía pedir licencia en la UNAM con goce de sueldo por tres meses por lo menos, para ayudar un poco en esas necesidades dichas formuladas por los compañeros y compañeras de Juárez y Chihuahua.

Así lo hice y eso me permitió no sólo regresar a pasar unos días con mi familia en Juárez, sino a pulsar más o menos cómo estaba la situación general de las organizaciones de izquierda en aquellas localidades.

Fue así como conocí a Elmer Gutiérrez, proveniente de los "Enfermos" de Sinaloa y que fue aprehendido como responsable político de la LC23S en Chihuahua, al compañero Rigoberto Ávila Ordoñez, de Cd. Juárez y a otro compañero de nombre Isidro cuyo apellido no recuerdo.

Ya conocía desde antes a Laura Gaytán, hermana de Armando Gaytán y compañeros todos de Elda Nevárez, integrantes del MAR que habían sido objeto de desaparición forzada junto con otros compañeros y compañeras y cuya presentación no sólo a la prensa sino liberación total, una especie también como de amnistía, se había conseguido a través de las gestiones del CPDP y más particularmente de Rosario Ibarra de Piedra.

En ocasión del cumplimiento de esta comisión en Cd. Juárez tuve oportunidad también de conocer en Chihuahua a Martha de los Ríos, hermana de Alicia de los Ríos, a Minerva Armendáriz Ponce, expresa política en la Cárcel de Santa Marta en el DF y exintegrante del MAR y fue apoyándo-

me fundamentalmente en ellas que pude reanimar un poco la relación del Comité Pro Defensa de Presos de aquella localidad con algunas de las organizaciones de izquierda.

En Cd. Juárez conocí a la señora Irma Chavarría de Coronel, mamá de Ignacio Coronel, compañero de la LC23S que había sido víctima de desaparición forzada por parte de la Brigada Blanca. También conocí a Doña Jesusita Corral, mamá de los hermanos Salvador, Luis Miguel y José de Jesús Corral, tres distinguidos integrantes y dirigentes de la LC23S; a Judith Galarza, hermana de Leticia Galarza también reclamada como desaparecida política, siendo ésta integrante de la ya señalada organización armada.

Con todos ellos tuve reuniones y distintas actividades tanto en Cd. Juárez como en la capital del estado, donde desde luego, también visitaba a los presos políticos.

Creo que los tres meses de mi estancia en aquella entidad, en 1981, significaron muy poco para que realmente se sintiera la diferencia de que aquellos comités estuvieran desatendidos y luego atendidos directamente por un delegado del CPDP del DF, pero de alguna manera contribuí a estrechar la relación entre todos ellos, inclusive con Rosario Ibarra, quien tuvo la amabilidad de visitarnos por lo menos una vez tanto a Chihuahua como hasta Cd. Juárez.

No debo omitir aquí, en seguimiento a los propósitos y al método enunciados desde la introducción de este trabajo, que se dio un romance muy significativo y profundo con una de las compañeras del Comité de Chihuahua, cuyo nombre era Miroslava.

Y me veo obligado a mencionarlo por la relevancia que tuvo en mi estabilidad y desestabilidad emocional por largo tiempo. Puedo eludir el incidente en este relato, señalándolo sólo como que fue una simple aventura, pero me mentiría. Ni para ella ni para mí fue nada pasajero lo que vivimos.

Estuvimos los dos a punto de romper con nuestras relaciones que teníamos a la par de cuando nos conocimos y juntar nuestras suertes y planes con un horizonte más amplio y duradero pero hubo de repente un drástico arrepentimiento de su parte, arrepentimiento que después trató de corregir pero ya para aquel momento me había obligado a mí a "protegerme", blindándome ante la posibilidad de que, de nuevo después, me volviera a decir que siempre no.

Recuerdo que inclusive vino a buscarme acá hasta Aguascalientes cuando se dio mi traslado a esta entidad donde actualmente radico, como más adelante lo explicaré, pero ya Alejandrina, mi actual compañera de la vida, había ocupado definitivamente y para siempre ese lugar. Por cierto, se conocieron. Estuvieron juntas en varias reuniones de las de coordinación regional que yo hacía en Aguascalientes, pero nunca hubo simpatía entre ellas, a pesar de no saber nada una de la otra, en aquellos momentos, aunque después, por supuesto, yo les expliqué todo a las dos.

Sé que la lastimé mucho, pues mucho fue el esfuerzo que hizo por recomponer lo mismo que ella había descompuesto, pero más valía hablar con la verdad y no lastimarla ni lastimarme más profundamente usando la mentira. Yo mismo vi que ella tenía más ataduras a su pasado que yo al mío y que le iba a significar lastimar a mucha gente, si hubiéramos llevado a los hechos lo que al principio, los dos, estábamos dispuestos a hacer.

También en la UNAM, en la FCPyS las cosas iban avanzando. Estaban próximas las elecciones para el relevo de la Secretaría General del STUNAM en lo que correspondía a aquella facultad donde yo laboraba y los compañeros que habían ganado ese puesto en el periodo próximo anterior contra el PCM, me invitaron de nuevo a ser su candidato.

Yo al principio me sentí en medio de dos aguas y que si aceptaba aquella propuesta "traicionaría" al PCM o a los diri-

gentes del STUNAM que eran del PCM, recuerdo que entonces ya no estaba Evaristo Pérez Arreola como secretario general de todo el sindicato, sino otro compañero de apellido Olivos Cuellar, pero en realidad como ellos mismos me lo habían dicho, no teníamos suscrito ningún compromiso político de mi parte en correspondencia, aunque moralmente yo me sintiera comprometido. Y vistas las cosas más de fondo, en primer lugar todavía faltaba que ganara, si es que aceptara la propuesta y, en segundo, si ganaba, pues mi despliegue sería a fondo por los intereses de los trabajadores de base, técnicos y académicos en la facultad que estuvieran dentro del STUNAM, incluyendo a los del PCM mismo, de tal manera que yo francamente no veía ninguna contradicción, pues estando en el fondo la lucha por el mejoramiento de las condiciones de trabajo de todos los compañeros y compañeras, la diferencia sólo estaba desde qué membrete se haría tal labor o tal lucha, que, ambas, insisto, no podían ser divergentes en ese objetivo final.

Dependería de mí, en lugar de incentivar las diferencias, acercarlos entre sí con hechos concretos. Con resultados reales en la gestión, poniendo siempre los intereses de los trabajadores y trabajadoras por delante, no los del PCM o los de la fracción de trabajadores que me estaba haciendo el favor de proponerme, ni mucho menos los míos.

Así lo platiqué con Yola y coincidió plenamente conmigo. Decidimos que sí había que aceptar la propuesta de candidatura a la Secretaría General de la sección del STUNAM ahí en la FCPyS y decidimos que, siendo consecuente plenamente con toda la orientación anteriormente dicha, el llamado sería a la unidad de acción aunque procediéramos de distintos orígenes, y ahí sí, fueran de cualquier fracción que fueran, los que se pusieran en contra de alguna o de todas las iniciativas de trabajo, que previamente discutiría y resolvería en las asambleas de base, pues sólo se pondrían la soga

al cuello y contra ese o esos sí habría que librar batallas no para excluirlos, sino para convencerlos y que ellos solos se exhibieran al ponerse en contra.

Por otro lado, los compañeros que me proponían la candidatura se llamaban simplemente "Trabajadores de Base". TB era su membrete y se trataba de compañeros no sólo brillantes en su desempeño como académicos o como trabajadores de base, sino además los distinguía su honradez intelectual y política, sobre todo en función de no imponerle a la base trabajadora intereses electorales fuera de su estabilidad laboral o de sus compromisos y logros signados en el Contrato Colectivo de Trabajo. Con lo anterior no estoy diciendo implícitamente que todo aquel que no perteneciera a aquel membrete, TB, es porque no era honrado, indiscutible y automáticamente. No. Se trataba simplemente de postulados políticos distintos desde los cuales se partía, y en eso ubicaba yo las diferencias que, ahí sí, se resolvían con un comportamiento honrado y consecuente con los intereses de la base trabajadora, como el que yo me proponía desarrollar si ganara.

En relación con el PCM, mis diferencias ya estaban establecidas con ellos desde antes de la cárcel misma y, por supuesto, refrendadas al salir, independientemente de que ahora yo reconociera el grandísimo gesto de solidaridad al ofrecerme empleo de base en la UNAM.

Con respecto a los compañeros TB, me honra mencionar los nombres de los principales dirigentes: eran el doctor Luis Gómez, que fue quien me propuso la candidatura; al doctor Alán Arias, catedrático de ahí de la facultad, el propio profesor Juan Brom, historiador, y mi jefe inmediato, quien a pesar de no estar dentro del Sindicato simpatizaba mucho con ellos, con los dirigentes de TB y en lo personal conmigo, a tal extremo esto último que nos hicimos muy amigos. Él también me vino a visitar hasta acá a Aguascalientes y cono-

ció a Alejandrina y a mi hijo Ricardo. De parte del STUNAM con quien yo platiqué y quien se preocupó por colocarme en el empleo fue el compañero Rito Terán, lo cual, igual, mucho me honró. Él era hermano del legendario Liberato Terán del PCM en Sinaloa. Otro compañero con quien pude rozarme cordialmente fue con José Woldemberg, entonces profesor de alguna asignatura de ahí de la facultad. Su desempeño político sindical, además de brillante, era muy cercano al Comité Central del STUNAM.

Ya una vez aceptada la candidatura, logré ganar las elecciones fundamentalmente gracias a que, de por sí, la mayoría de los trabajadores administrativos y académicos de la facultad simpatizaban con la línea de TB. Eso debo decirlo en primerísimo lugar. Luis Gómez era el secretario general que me antecedió y, gracias a su gestión, la campaña prácticamente de nuevo estaba ganada, sin embargo debo decir también que, aunque no me conocían o me conocían poco, mi antecedente de ser expreso político proveniente de la guerrilla, pues prácticamente donde me presentaba durante la campaña en toda la facultad, siempre fui calurosamente bienvenido, de tal modo que gracias a todo eso, dicho en el orden señalado, fue lo que hizo que mi triunfo fuera muy contundente. Recuerdo que hubo un momento en donde Woldemberg me llegó a decir que fácilmente hubiera sido un candidato de consenso si así se hubiera propuesto desde un principio, lo cual era punto menos que imposible, pues a TB le interesaba precisamente eso: ganarle contundentemente a los "charros" del STUNAM.

El que era Director de la facultad era el doctor Antonio Delhumeau y el que era su secretario académico o encargado de atendernos al sindicato era el licenciado Emilio Brodziack, con quienes, ambos, tuve al principio bastantes dificultades en su trato a mi representatividad. Como que no se la creían de a de veras.

Y esa fue mi primer batalla. Estaba obligado a dejarles sentir la autoridad de los trabajadores de base y académicos que yo representaba en la facultad, de tal manera que me obligaron a juntar a los más que pude para hacerme oír desde el principio, invadiéndoles materialmente todas las oficinas de la dirección y obligándoles a recibirme o a recibirnos.

No sé cómo es que Luis, mi antecesor, le hacía para ser recibido, pero yo tuve que hacerle de ese modo en las dos primeras ocasiones para que me programara por lo menos el secretario académico, una hora de un determinado día de la semana para que me recibiera y poder charlar con él, yo en representación del STUNAM en la facultad y él en representación del doctor Delhumeau, todos los problemas laborales pendientes de los cuales ya tenía un listado.

A partir de ahí las entrevistas se deslizaron feliz y exitosamente. El licenciado Brodziack terminó siendo mi amigo y hasta a través de él fue que pude tramitar mi cartilla militar que no la tenía habilitada, así como hasta un viaje en representación de la facultad hasta Venezuela, donde conocí a Douglas Bravo en su etapa de transición del planteamiento guerrillero a otra táctica. Él, en aquel entonces, sería un brillante maestro de otros revolucionarios con los que después disentiría, como los propios Hugo Chávez y Nicolás Maduro.

Pero los compañeros no estaban satisfechos con que el doctor Antonio Delhumeau no nos recibiera, como Director que era de toda la Facultad, así que lo consideraban eso como un gesto todavía prepotente y humillante de parte suya para con todos los trabajadores de la facultad, por lo que hasta morbosamente me apremiaban para hacerle lo mismo, por lo que para eso, hubo que armarse de un pequeño plan para obligarlo también a hablar con nosotros.

Casi no iba a la facultad y cuando iba lo hacía cuando sabía que estábamos ocupados en otra cosa, de tal manera que llegaba y se iba furtivamente sin que nos diéramos cuenta.

Un buen día que estábamos en asamblea todos los trabajadores, recuerdo que el salón de actos donde nos reuníamos estaba a reventar y presintiendo yo que Delhumeau, como solía hacerlo, iba a ir a la facultad sabiendo que estábamos ocupados, le pedí discretamente a uno de mis compañeros más cercanos que no entrara a la reunión para que vigilara si llegaba Delhumeau y dio resultado.

Llegó mi compañero al salón donde estábamos reunidos todos los demás y me hizo la seña que acababa de llegar el director.

Dicho eso, pedí una moción a la asamblea para decirles que Delhumeau acababa de llegar a la facultad y que les pedía suspender la reunión invitándolos a ir a la dirección a meternos en ella para obligarlo a atendernos. Todo mundo que sentía el menosprecio por aquello de que el director de la facultad no nos recibiera como sindicato, se puso contento y con toda la picardía del mundo decidieron acompañarme.

Se hizo aquello una especie de fiesta. Académicos y trabajadores administrativos nos hicimos bola y nos metimos sin permiso hasta donde él se encontraba.

Recuerdo que estaba fumando un puro por lo que al llegar fue lo primero que le dije. Le pedí que en virtud de que el espacio donde estábamos era muy chico para toda la gente que quería entrar a escuchar, que el humo de su puro enrarecía y ayudaba a calentar más el ambiente. Que si era tan amable y dejaba de fumar en bien de todos los presentes. Se puso muy rojo de la cara y se vio obligado a apagar su puro. Después, todo mundo festejaría más ese episodio que los planteamientos que ahí le hicimos, que era a lo que íbamos.

De los baños que hacían falta para los trabajadores sindicalizados de limpieza contratados directamente por la UNAM, pasamos al problema principal. La facultad tenía desde 1951 usando el mismo edificio en "Las islas", aledaño

al de la Facultad de Economía. Ya habían pasado casi 30 años desde su nacimiento, cuando era Escuela de Ciencias Políticas hasta ese año, 1981, donde con un gran crecimiento tanto en la matrícula de alumnos como de necesidades académicas, continuaba usando el mismo espacio, pequeño y muy limitado, ya siendo Facultad. La demanda era: ¡Necesitamos más espacio! ¡Ya no cabemos aquí!

Recuerdo que con relación a este problema se comprometió a buscar alrededor de la universidad algunos locales para rentarlos y empezar a desazolvar aquel problema que le plantamos. A partir de ahí se inició nuestra campaña por ampliar los terrenos de la facultad y construir anexos o que se resolviera de alguna manera el problema de falta de espacio.

En esa campaña duramos poniendo mantas gigantes por toda la facultad planteando solución al problema, así como repartiendo volantes y generando reuniones con los alumnos.

Yo mientras tanto pude aprovechar todo lo que la facultad pudiera facilitar para la lucha por la presentación de los desaparecidos políticos y recuerdo que en varias ocasiones me facilitaron el camión de la facultad para hacer algunos viajes a varias ciudades del país como Monterrey, N.L., y Chihuahua.

Con relación a mis ingresos, éstos ya habían aumentado considerablemente pues gracias a la intervención del profesor Juan Brom, tuve oportunidad de participar en un concurso de oposición para pasar a laborar en una plaza de "Académico B", obteniéndola, por supuesto.

Un poco antes de que yo introdujera mi renuncia como trabajador Académico "B" de la facultad, el director de la misma renunció. Supimos que había sufrido un infarto que de broma me achacaban a mí.

Mi traslado al estado de Aguascalientes como responsable de la construcción del Partido Patriótico Revolucionario (PPR) en cuatro entidades del bajío del país

Mi relación con Yola nunca cambió a pesar de eso. Siempre fue tan cercana a mí que para todo la consultaba y en todo estábamos de acuerdo. Eran ella y su familia algo así como mi gran soporte espiritual y hasta emocional, sin cuya aprobación en mis decisiones me sentía un poco inseguro y, desde luego, sin que eso entrara en detrimento de mi desenvolvimiento sentimental y sexual independientemente de ella, con quien mi relación fue siempre muy fraterna y de mucha confianza.

Por cierto fue una época en que me volví muy noviero. Tenía 33 años y las oportunidades me llovían por todos lados. En la facultad, en el CPDP, en el CP, hasta en Juárez hubo quien me reclamara derechos de antigüedad creados desde antes que decidiera irme a la guerrilla.

Sólo hubo una compañera, su nombre era Lety, con la que el proceso de nuestra relación adquirió ciertos niveles de ver juntos al futuro, inclusive me acompañó hasta Aguascalientes unos meses, pero era demasiado joven para mí. Era menor que yo 10 años. Siendo básicamente esa la razón y, aparte, su inexperiencia política la que al final hizo que, igual, de mí saliera decidir suspender la relación, aunque la mantuviéramos como amigos. No podía cometer el error de ilusionarla o ilusionarme con ella, pues nuestra relación casi se limitaba a lo físico. Ella era una muchacha muy bella que podía, con mucha facilidad, rehacer su vida sin necesidad de mi compañía y no le vi mucho caso hacerle perder su tiempo. Estuvimos de acuerdo. Después supe que se casó con alguien de una institución federal y supe además que era feliz.

En esas condiciones me encontraba cuando se volvió a dar un giro muy drástico en mi vida personal y política. De

aquellos giros que yo había sabido darle a mi vida durante todo mi desarrollo desde mi niñez sin medir mucho las consecuencias, pues puse en todas aquellas decisiones mi convicción y consecuencia revolucionaria siempre por delante.

Un buen día alguien me puso una cita que había pedido uno de los compañeros con los que Camilo me había dicho que se reunía en la discusión de la "rectificación" de la táctica guerrillera. Era de los mismos que participaban en el órgano de dirección, entonces lo supe, en el que participaba también José Domínguez.

La entrevista fue muy interesante. Se trataba del responsable del trabajo político que ya las compañeras y compañeros exguerrilleros estaban desarrollando en todo el país pero ahora con la visión de participar electoralmente en los procesos políticos de cada entidad y, a su vez, federales.

Se me presentó con el nombre de César.

En concreto se trataba de una invitación a que me trasladara precisamente a Aguascalientes como responsable de darle seguimiento al trabajo político que ya se había iniciado en la entidad mencionada. Me informó que había trabajo en el sindicato ferrocarrilero, que Aguascalientes era una ciudad importante en ese sentido pues estaba instalado ahí el principal centro ferroviario de todo el país y que ya había avances en la organización de algunos compañeros trabajadores de la sección sindical. Me dijo además que también tenían trabajo con los estudiantes de las normales que funcionaban en la localidad como el CRENA (Centro Regional de Educación Normal de Aguascalientes) o en lugares cercanos circundantes, como Cañada Honda, Ags., y San Marcos, Zacs.

Que ya habían sido trasladados para allá algunos compañeros y compañeras también exguerrilleros y exguerrilleras que estaban ya funcionando para el proyecto de construcción partidaria, con miras a participar electoralmente tanto en los estados como en elecciones federales.

Que según eran sus planes, se trataba también de que desde Aguascalientes se iniciaran los trabajos de organización en el mismo sentido de construcción partidaria, en los estados de Jalisco, San Luis Potosí, Guanajuato y Zacatecas.

Según su oferta, si yo aceptaba, financiarían ellos no sólo mi traslado sino además el sostenimiento de mis gastos de manutención personal así como los que necesitara para viajar desde Aguascalientes a las entidades circunvecinas y atender lo que se fuera generando en cada lugar. Se me ofrecía además que me integrarían al equipo u órgano directivo desde el que no sólo se coordinarían estos trabajos de la zona a donde se me estaba invitando, sino además los de todo el país a donde también ya había responsables. Pero algo más, no menos importante, se trataba también de empezar a participar en el proceso de discusión que todavía no tenían plenamente concluido, donde se estaba definiendo no sólo qué tipo de capitalismo es el que se vivía en el país en aquella época, la estructura de clases y las relaciones entre sí que, como resultado de lo anterior, se habían generado en la sociedad, para así ir definiendo cada vez con más claridad y nuevos elementos la Estrategia y la Táctica desde la cual organizaríamos nuestra propuesta organizativa. Que en aquel momento desde la llamada Corriente Socialista, que era la organización desde donde se trabajaba abiertamente, se convocaba a integrarse a muchos equipos de trabajo en todo el país, con participación abierta y legal en luchas por reivindicaciones de corto plazo, pero con miras a una construcción partidaria con objetivos de más largo alcance, ya una vez definida la Estrategia y la Táctica que estaba todavía en debate.

Que siendo la Corriente Socialista (CS) el órgano desde el cual ellos actuaban públicamente, en realidad existía otro nivel más cerrado, que era la dirección, a la que le llamaban Organización Marxista por la Emancipación del Proletariado (OMEP) y que era ahí a donde yo me integraría.

Y eso que el compañero me estaba exponiendo y que era el proceso de discusión y de participación política de que tanto hablábamos en la cárcel que había que iniciar o desarrollar, pues ni más ni menos que era lo que yo andaba buscando.

En ningún momento dudé que mucho de lo ahí ofrecido podía no ser cierto en la realidad, pero el solo hecho de que se me invitara a participar con otros exguerrilleros a la discusión de la crítica a nuestro pasado y en la construcción de una nueva propuesta, de entrada, pues casi me hizo responder rápidamente que sí a todo, ya que las vicisitudes a que me pudiera enfrentar, si aceptaba, pues eran las mismas a que siempre me había enfrentado cada vez que tomaba decisiones de aquel tamaño, por lo que tendría la misma disposición de sobrellevarlas y de superarlas como hasta ahora la vida misma me había enseñado a hacerlo en todo lo que había decidido hacer, teniendo como objetivo último participar en la revolución de nuestro país, siguiendo los modelos que hasta entonces parecía que estaban dando resultado a nivel mundial como la URSS, China, Cuba, etcétera.

Nos fijamos un plazo para que yo lo pensara más pero ya casi estaba tomada la decisión.

Cierto, las condiciones personales que estaba viviendo como secretario general del STUNAM en la FCPyS eran boyantes y prometedoras a más no poder, tanto en el sentido político como el de mi estabilidad y tal vez prosperidad económica en lo personal. Ya una vez en Juárez había vivido esa misma disyuntiva de preferir mi estabilidad y comodidad personal poniéndola por encima de los intereses de la Revolución en México, recordar que como trabajador de base dentro de la CFE a los 21 o 22 años, pues era muy atrayente y convincente dar por concluida una primera etapa de buscar mi estabilidad económica, independientemente de que la mejorara obteniendo algún título universitario. Y sin em-

bargo en aquel entonces decidí buscar yo mismo el compromiso en la guerrilla, aún sin estar de acuerdo con ella, por las razones que ya antes expliqué.

¿Y por qué ahora, que tenía a mi alcance la posibilidad que se me incluyera en un proyecto como el ya descrito, iba a responder que no? ¿Qué no era eso lo que tanto levantábamos la voz en la cárcel para decirlo en nuestros debates ante el resto de los compañeros exguerrilleros, con los que discrepábamos en la crítica a los hechos que nos habían llevado a la prisión? ¿Qué mejor forma de honrar a la memoria de Miguel iba a encontrar más adelante?

Mejor oportunidad de involucrarme en el proceso revolucionario del país, en seguimiento de nuestros antecedentes, no la iba a volver a ver.

Desde luego, habría que trasladarme antes hasta el terreno de los hechos con la idea de verificar lo que César me había dicho, lo cual por supuesto hice, pero ya casi desde antes de darle a César mi respuesta, la decisión estaba tomada.

Lo consulté con Yola, lo consulté con algunos de mis compañeros y compañeras del CPDP, lo consulté con Juan Brom, quien había sido mi jefe inmediato en el Centro de Documentación de la facultad en la UNAM; lo consulté con el licenciado Brodziack, en fin, lo medité lo mejor que pude pues sabía que lo que dejaba no era cualquier cosa.

La lucha por mayor espacio en la facultad ya había llegado a su máximo. Yo estaba perfectamente enterado de que el licenciado Brodziack, estando totalmente de acuerdo con las necesidades que planteábamos de conseguir más espacio para la facultad, estaba gestionando todo lo que estuviera a su alcance para lograr alguna respuesta ante las autoridades de la UNAM.

A aquellas alturas, como ya lo dije, ya hasta se había dado la renuncia del doctor Antonio Delhumeau como director de la facultad, razón por la que, al no contar con él,

era el licenciado Emilio Brodziack quien se movía con toda libertad cumpliendo funciones de director, en tanto no se sustituyera con otro personaje al antiguo director.

Total que esa fue la coyuntura en el desarrollo de mi gestión como secretario general del STUNAM en la FCPyS que me decidí a poner mi renuncia, teniendo ya la plaza de Académico "B" y me trasladé con todo y mis chivas hasta Aguascalientes.

Con Rosario Ibarra no consulté nada. Sólo le informé de mi decisión. En aquel momento ella ya había aceptado ser candidata a la presidencia de la República propuesta por el Partido Revolucionario de los Trabajadores (PRT), decisión que, buena o mala, no consultó con los compañeros de la Corriente Socialista con quien suponíamos había venido funcionando, menos con los que integrábamos aquel supuesto comité de dirección del CPDP donde ella estaba integrada junto con algunos expresos y exexiliadas políticas, de tal manera que nuestra relación la sentí un poco tensa y no alcanzó más que para que yo le informara de mi decisión de trasladar mi residencia a Aguascalientes, que se dio para mayo de 1982.

Algunas reflexiones del periodo desde que fui amnistiado hasta mi traslado a Aguascalientes

Creo que estos casi tres años y medio de mi vida fueron no sólo reconfortantes y renovadores, sino además muy exitosos en todos los sentidos.

En el terreno sentimental y de relaciones sexuales no pudieron haber sido de otra manera, creo. Mientras que hablara con la verdad con las compañeras y procurara no lastimarlas ni que me lastimaran, creo que la inestabilidad o movilidad que tuve en esa época de mi vida me hacía falta tenerla para madurar un poco más en ese aspecto.

Con relación a mi desarrollo político, creo que las condiciones que me rodearon favorecieron mucho mi propio crecimiento y cumplimiento de mis propósitos.

En relación con el CPDP y al CP, por ejemplo, creo que el desarrollo que tuve fue el que cualquiera en mi lugar hubiera tenido, pues como lo sabemos, todo proceso político lo determinan no sólo sus causas y sus objetivos, sino además sus métodos, sus liderazgos y las condiciones que le rodean.

Con relación a la lucha por la libertad de los presos políticos y la presentación de los también llamados desaparecidos políticos, el liderazgo cuando yo salí de la cárcel ya lo significaba sin lugar a duda la personalidad de Rosario Ibarra de Piedra, a quien yo me permitía, y ella me lo aceptaba de muy buen grado, llamarle en un ámbito de confianza simplemente Rosario. Mujer menudita de apariencia agradable, culta, de ademanes y entonación de voz en sus discursos profundamente sentidos, sinceros y estremecedores, pues era la presentación de su hijo Jesús lo que en el fondo la movía e inspiraba. Además traslucía que tenía práctica en Oratoria, pues se veía que conocía técnicas de expresión oral, corporal y de comunicación, de tal manera que entre la ciudadanía y entre los estudiantes de aquel entonces se convirtió en símbolo de aquellas luchas y demandas ante el gobierno federal.

Supo ganarse el respeto y el respaldo más amplio y popular, al extremo que eso fue lo que favoreció u orilló, como quiera llamársele, a que las distintas fuerzas democráticas, sociales y partidarias de aquel entonces asistieran a las reuniones a las que se convocaba por parte del CPDP en el local de CENCOS.

Creo que era natural que en una mujer sin formación partidista, rodeada de todo este tipo de condiciones y empujada por la autoridad moral de su demanda se generaran ciertos vicios de concentración de decisiones en su persona

para resolverlas según fuera su conveniencia personal, sin mucha necesidad de consultarlas ante ninguna entidad de dirección por encima de su persona, sin con ello afirmar que por esa sola razón fueran decisiones desacertadas.

A lo anterior le ayudaba que el nivel cultural de la totalidad del resto de los padres o madres de desaparecidos o presos políticos, que conformaban en todo el país este CPDP, era muy inferior al suyo, a lo que se sumaba que ella había decidido trasladar su residencia desde Monterrey, N.L., al DF con ese propósito, el de dedicarse en cuerpo y alma las 24 horas del día a luchar por su causa, hecho que le multiplicaba enormemente su presencia y su autoridad moral. A ella le sostenía todos sus gastos en el DF su propio esposo que continuó radicando en Monterrey, N.L.

Todo lo anterior, por lo menos así lo palpé en algunas compañeras madres de desaparecidos, provocaba cierta incomodidad o inconformidad en sus personas, pues al final, estoy seguro de que, sin que fuera ese el propósito de Rosario, se sentían sólo parte de la coreografía que a aquella le hacía falta tener a su rededor para empujar su causa, que era la causa de todas y todos y que, en este caso, ya no era sólo de los padres y las madres de los desaparecidos, sino inclusive del conjunto del movimiento democrático de todo el país.

En este sentido, lo importante o relevante del caso fue eso precisamente, la coordinación que de manera natural se había generado a su rededor por parte de las fuerzas democráticas, sociales y partidistas y, aún más, que esta coordinación y unidad de acción desde 1968 no se veía o que, mejor dicho, ni siquiera en aquella ocasión se había visto, pues entonces las decisiones las tomaban los estudiantes en el Consejo Nacional de Huelga, sin descartar, desde luego, que algunos de ellos participaban en partidos políticos y que trataran de influir en el movimiento con decisiones previamente tomadas en esas instancias.

A tal nivel se dio el escenario anterior en 1980, de la señalada coordinación alrededor de esas demandas simbolizadas por la personalidad de Rosario Ibarra de Piedra, que a los compañeros de la Corriente Socialista (CS) en boca de Camilo Valenzuela les pareció ya una coyuntura donde habían condiciones para convocar a ampliar el programa natural de aquella coordinación, que era por la defensa de los presos y presentación de los desaparecidos políticos, a un programa político de más amplia cobertura.

La respuesta por parte de todas las organizaciones, sobre todo partidistas, fue negativamente muy contundente, pues aceptar una iniciativa como la que planteaba la CS casi los obligaba a desaparecer como entidades políticas individuales y perder así las prerrogativas que desde la evolución que la Ley de Organizaciones y Procesos Políticos Electorales (LOPPE), ya promulgada por JLP, había posibilidades de obtener.

Independientemente de la negativa a aquella iniciativa, quedó ya muy claramente en la visión de todos que el proceso que ahí se estaba dando apuntaba a una coordinación superior, a una unidad de acción con propósitos programáticos más amplios y de más largo alcance que la sola lucha por la presentación de los desaparecidos, sin demeritar desde luego la gran importancia que ésta tenía, pues por sí sola, desnudaba el carácter genocida y antidemocrático del régimen priista de aquel entonces.

Esta fue la principal razón por la que fue muy polémica la decisión de Rosario, de que aceptara la candidatura a la Presidencia de la República por parte sólo de uno de los partidos, el PRT, que, como todos, asistía a aquel proceso de unidad de acción dado alrededor de la lucha por la presentación de los desaparecidos políticos.

Sin embargo, la evolución que aquel Consejo Político tuvo fue que desde antes que Rosario tomara la decisión de

participar como candidata en las elecciones federales se convirtió no en lo que proponía la CS, sino sólo en adquirir el nombre de Frente Nacional Contra la Represión (FNCR), en el que de igual forma que antes seguirían participando las mismas organizaciones partidistas. Ahí fue donde conocí a Amalia García que iba como representante del PCM, a Edgar Sánchez, que representaba al PRT, a Hugo Rascón Banda, que iba al frente de Punto Crítico, a Alfonso Ramírez Cuellar, que iba representando junto con Ciro Mayén a la Organización Nacional de Estudiantes (ONE), etcétera.

Aquella visión de búsqueda de un programa amplio que unificara a la izquierda desde 1980, expresada entonces por Camilo Valenzuela por parte de la CS, se concretaría en 1988-1989, gracias al nacimiento y convergencia de otro proceso político al que me referiré más adelante.

Con relación a mi desenvolvimiento político en la UNAM creo que éste se dio exitosamente, debido a lo mismo que ocurría alrededor de la demanda de "Libertad a Presos y Presentación de Desaparecidos Políticos".

También allá había un largo proceso de luchas sindicales encabezadas por Evaristo Pérez Arreola desde 1971 y luchas de las que todos los presos políticos nos enteramos desde la cárcel en 1974 y que ahora en mi calidad de amnistiado me cobijaban e impulsaban con mucha fuerza y muchas posibilidades de futuro.

Dicho con modestia, cierto que pude atinar en muchas de mis iniciativas, actitudes y propósitos de corto y largo alcance como dirigente sindical universitario, pero la bandeja estaba casi servida desde que llegué a la UNAM y más, a la FCPyS.

Lo relativo a la que se convirtió en nuestra principal demanda en la UNAM, antes de que yo renunciara a todo, que era ampliar el espacio para la FCPyS dentro del espacio de las llamadas "Islas", estando atrás de la Facultad de Economía, ya habiendo trasladada mi residencia a Aguascalien-

tes, supe que se había concretado en la construcción de otro edificio, a la orilla del Campus, a un lado de lo que hoy es la estación del Metro CU, cuando antes estaba situada cerca de la Estación del Metro Copilco.

Obviamente, con seguridad que la victoria sobre este traslado a instalaciones más amplias y funcionales de la FCPyS de la UNAM se la han de atribuir distintos personajes de la UNAM o líderes sindicales, pero, sin duda que el gestor principal fue el licenciado Emilio Brodziack, quien era nuestro correlativo como representante de la UNAM dentro de la FCPyS, y, sin duda alguna y modestia aparte, fuimos nosotros, durante mi gestión como secretario general del STUNAM en la mencionada facultad, que se ejercieron las principales actividades presionando a las autoridades para que se resolviera esta demanda, a la que nosotros le dimos luz como propuesta ante Antonio Delhumeau desde 1981.

Para mí todo lo anterior es fundamental destacarlo, refiriéndome a explicar por qué en aquellos dos escenarios tuve tanto éxito, pues como lo señalan las leyes en el método de análisis materialista dialéctico, toda semilla no germina si no se le siembra en tierra fértil y se le riega con agua y, a su vez, ningún proceso político puede desenvolverse si no tiene a su rededor condiciones políticas que le favorezcan. No tiene caso que me detenga en ejemplos de la historia de las luchas de los pueblos en todo el mundo para demostrar lo anterior, pero abordaré de nuevo al tema más adelante.

Eso es también a lo que me refiero cuando expongo la metodología que aplicaría en el análisis de mi vida personal desde la Introducción a este trabajo cuando en ella digo que el hombre se mueve de acuerdo con el significado o símbolo que le otorga a los objetos de su mundo de vida, pero también que esos significados dependen de la experiencia social que la interactúa a su vez con esos objetos del entor-

no colectivo, de quien reciben influencia pero que también transforman.

En otras palabras, lo que yo pude desarrollar tanto a nivel de la facultad siendo secretario general del STUNAM en esa sección, así como miembro del CPDP y asistente al CP y después al FNCR, indiscutiblemente fue gracias a los fuertes movimientos que precedían a ambos escenarios donde me involucré y, por ende, a las poderosísimas condiciones de que dispuse en ese marco que se dio independientemente de mi voluntad.

Insisto, esto lo retomaré en mis siguientes análisis.

En esta parte de mi vida, eso es lo que es de mi interés decir hasta aquí.

Mi traslado definitivo a la ciudad de Aguascalientes y a cumplir con mi nueva responsabilidad en otros cuatro estados del Bajío

A estas alturas de mi vida, yo ya había logrado reunir unos ahorros con mi salario en la UNAM; de tal manera que al mudarme de manera definitiva a la ciudad de Aguascalientes tuve dinero suficiente para, de mi propio bolsillo, comprar muebles para toda una casa: televisión, sala, comedor, cocina con refrigerador y estufa, recámara y un escritorio y libreros para mi estudio. No me alcanzó para un carro, lo que lamenté mucho después, pero pude a través de la ayuda de Alejandrina conseguir en una colonia recién nacida y de buena imagen en la ciudad, llamada Boulevares, una buena casa con un pago de alquiler bastante accesible.

De tal manera que desde que llegué a la ciudad, así como cuando estando en la cárcel de Lecumberri me cambié de la celda 19 a la 18 en la crujía "M", aquella celda de pequeño-burgués que desde que uno entraba se quedaba apantallado, así mimo ahora en Aguascalientes, para la imagen de todos

los compañeros con los que iba a trabajar políticamente, pues yo daba la imagen de ricachón. La casa la estaba estrenando yo, estaba nueva y pintada de blanco. Era muy bonita y con jardín al frente, etcétera.

Esto lo tengo que decir porque adelante lo hilaré al contexto que en general me esperaba en toda mi nueva participación.

César ya me había ido presentando con todos los integrantes de lo que hasta aquel entonces componía a nuestra naciente organización ahí en la ciudad. Para construir lo consecuente en los estados aledaños, dependería en lo fundamental de mis propias aptitudes o ineptitudes, en su caso, pero también, no sólo de algunos contactos que me estaban pasando, sino además de otras condiciones a las que me referiré en su momento. En León Guanajuato, por ejemplo, ya estaban trabajando como profesores de primaria algunos compañeros que habían estudiado en el CRENA de Aguascalientes; en Zacatecas había una familia de apellido Martínez compuesta por varios hermanos, de la que destacaban, por su disposición, Josefina y su esposo José Luis; en Guadalajara había unas relaciones con las que me conectaría una compañera exguerrillera y aparte estaba ahí radicando ya un compañero oriundo de Aguascalientes que ahora recién trabajaba como obrero en la Goodrich Euzkadi de aquella ciudad. A él le llamábamos El X. De San Luis Potosí, de plano, no había ni siquiera contactos.

En el caso de Aguascalientes debo aclarar desde ahora que la base principal de la organización la componíamos gente importada desde otros puntos del país: de Guerrero, de Sonora, de Sinaloa, de Zacatecas y yo, que acababa de llegar del DF, aunque mi procedencia siempre he dicho que es Cd. Juárez.

Oriundos de la entidad sólo eran los hermanos Martínez Valdivia, que eran tres, dos de ellos ya como trabajadores

de la educación y recién egresados del CRENA y el tercero todavía estudiando en la Normal. También Ramón Báez, conocido luchador sindical dentro de la empresa paraestatal Ferrocarriles Nacionales de México (ferrocarril o ferronales).

Narrando un poco de historia de lo que precedió a mi traslado a esa entidad, a mi juicio, independientemente de la gran capacidad política que pudieran o no haber tenido los compañeros importados de otros lados del país y que ya estaban ahí cuando yo llegué, creo que la bujía principal desde la cual se habían dado las relaciones con el movimiento de rechazados del CRENA, del cual provenían los hermanos Martínez Valdivia y otros, la significaba Ramón Báez.

Ramón Báez, (Ramón) compañero con estampa y perfiles de líder, muy dinámico pero con vicios y con virtudes como los que pudiéramos tener cualquier otro militante de la CS, era quien había significado para los compañeros y compañeras de nuestra organización, el medio a través del cual obtuvieron los contactos con el movimiento de rechazados del CRENA, como ya lo dije, pero también con el movimiento estudiantil de las compañeras normalistas de Cañada Honda e igual con los compañeros normalistas de la Normal de San Marcos Zacatecas.

Este gran compañero, al que apodábamos todos de cariño como El Cachuchas, lo habían detectado los compañeros de la CS en las luchas y debates que se dieron en todo el país alrededor del proyecto político llamado Frente Nacional de Acción Popular (FNAP), mismo del que se generaron representaciones estatales llamadas Frente Estatal de Acción Popular (FEAP) en algunas entidades del país. De todo este proceso yo me enteré sólo a través de la prensa cuando aún estaba en la cárcel.

Me platicaban entonces que siendo Ramón trabajador ferrocarrilero, asistía sostenido por cooperación de sus compañeros del riel de Aguascalientes, a aquellas reuniones del

FNAP dadas en el DF y en otros puntos de la República y que era tal la figura y el carisma que despedía su personalidad, que todos los partidos y organizaciones políticas se lo disputaban tratando de reclutarlo, resultando vencedores de esta competencia mis compañeros de la CS, que lograron convencerlo e integrarlo a sus filas, no sin proporcionarle al principio algún subsidio, pues todos los demás también se lo ofrecían, particularmente los que después integrarían al PRT.

Con esos antecedentes dichos de manera muy apretada en líneas arriba, el compañero Ramón no sólo gozaba del respeto y aprecio de todos los integrantes de la CS, los importados y los nativos de Aguascalientes, sino además significaba la llave y único contacto con el movimiento ferrocarrilero del que él no sólo había sido líder local, sino que pudiera convertirse en motor principal para lo que se pudiera organizar dentro de ese gremio y también fuera de él.

Ahorita que lo estoy describiendo, se me viene a la mente que era un hombre sin preparación académica suficiente, lo cual es necesario decirlo, pero que en cambio tenía la inteligencia y vivacidad de un líder natural con la que rápido aprendía y comprendía las diversas posturas políticas dentro de las cuales se movía e igual con la misma rapidez, ágil e instintivamente sabía ubicar las que mejor respondieran a su carácter de clase proletario, y a las conveniencias del movimiento revolucionario en su conjunto.

Cierto, era un compañero mujeriego y muy tomador que sin embargo había logrado ser respetable jefe de familia y padre de dos hijos y una hija. Se le caracterizaba además por su don de gentes y gran solidaridad con los que ocupaban de su apoyo. También por su elocuencia y contundencia a la hora de argumentar en algún debate o intervención oratoria.

He querido empezar la narrativa de mi traslado a mis nuevas responsabilidades en la zona del bajío del país, con la descripción del perfil que tenía este compañero, porque ya

vistas las cosas a la luz del tiempo, creo que tuvo razón en rebelarse, aún sin conocerme, a que yo fuera el responsable político en la entidad y en la zona por parte de la CS.

Digo esto porque no sólo él, sino junto con otro compañero de Sinaloa, al que le llamábamos el R.M. y otro compañero de Guerrero, al que nombraré Tulio, mantuvieron hasta que el movimiento democrático y revolucionario del país adquirió otras formas una constante labor no sólo de desconfianza a mi persona, sino de claro desaliento y de rebeldía, soterrada a veces o retadora en otras y llevada hasta la misma dirección nacional de la CS por el propio Ramón Báez, entonces no me quedaba claro en demanda de qué, pues los compañeros de nuestra Dirección nunca me lo hicieron explícito, pero que después que lo supe lo comprendí y hoy lo tengo perfectamente claro, que se trataba de que ellos tres, apoyados tal vez por algunos otros que nunca lo manifestaron abiertamente, lo que querían era ser uno de ellos o directamente Ramón Báez el que recibiera el subsidio o apoyo económico por parte de nuestra Dirección Nacional y, por tanto, ser alguien de ellos o el mismo Báez el que estuvieran al frente de todos los trabajos y responsabilidades. El hecho de invitarme a mí a ser el responsable político de la zona fue paralelo a despojarlo a él del subsidio que hasta entonces le estaban dando, lo cual acentuó esta conducta suya de inconformidad.

Todo lo que ahora señalo no lo puedo demostrar con el contenido en ese sentido de algún documento firmado por ellos o alguna grabación, pero las evidencias siempre me fueron muy claras.

Yo entiendo que todo proceso o iniciativa genera oposición y más como en este caso, cuando se toman decisiones sin ser consultadas o previamente consensadas por los que van a enfrentar las consecuencias de esas decisiones, pero después de haber sido deslindado en la cárcel, mi afán por

incorporarme al proceso de organización partidaria desde la concepción de los que habíamos participado en la guerrilla de los setenta, no me permitió ver desde antes de aceptar la propuesta que se me hizo, cuando todavía trabajaba en la UNAM, estas consecuencias que ahora viviría ya radicado en la ciudad de Aguascalientes.

Como ya dije, lo que sí supe después, fue que el compañero Ramón había hecho un viaje hasta el DF, que se había instalado a vivir en la propia cede de la Dirección de la CS durante unos días, supongo que esperando una respuesta a su demanda de ser tomado en cuenta en los términos y propósitos que ya describí.

Pero a cambio, nadie de la dirección ni me enteró ni tomó ninguna medida correctiva o que tuviera que ver algo con resolver aquel problema, de tal manera que al regresar Ramón a Aguascalientes, pues como si no hubiera pasado nada. Las cosas siguieron igual, sin asistir él a las reuniones a que convocaba para darle forma a lo que debería hacerse enseguida en la localidad, es decir, sin seguir conectando a nuestra organización con los escasos, pero aún existentes impulsos de resistencia y organización que había sobre todo en la Normal de Cañada Honda y menos con las maquiladoras con las que él sí seguía manteniendo el contacto. Como ya dije, Ramón era uno de los referentes del movimiento sindical del ferrocarril y en general de la izquierda en la localidad. De tal modo que ni oportunidad de entrar al cerrado bunker en que territorialmente tenían cerrados los talleres de ferronales y menos contacto con alguien de ese gremio desde el cual pudieran retomarse las iniciativas. Ramón, por lo menos hasta cuando yo llegué, tenía cooptados todos los posibles contactos del interior.

Tulio, por su cuenta, yo lo percibía como un joven muy inteligente y como una promesa para el movimiento democrático en general. Él era también muy buen orador, significándose

constantemente como férrea oposición a mi persona, que yo hoy diría, como férreo estorbo para poder avanzar, pues era de pasarse las horas discutiendo con él hasta los más mínimos detalles, de los que hasta cuando renunció a nuestra organización hizo un escrito donde me acusaba de autoritario, impositivo y antidemocrático. Dijo además en él que yo lo calumniaba ante los demás compañeros y que un tríptico que yo había redactado era una verdadera "melcocha", pues mezclaba innecesariamente muchos temas a la vez. Seguramente ese escrito llegó a manos de la Dirección Nacional sin que yo me diera cuenta, pero del cual sí conocí su contenido. De lo que también me acusaba era de que no tenía un plan general. Es decir, él o ellos, exigían de mí la llave de la caja de pandora para abrir lo que desde años atrás, ninguno de los que me había antecedido en aquella responsabilidad había logrado abrir.

Realmente llegaron a significar entre los tres, R.M., él y el Cachuchas, un verdadero contrapeso para desarrollar un ambiente armónico y productivo de trabajo sobre la situación local en Aguascalientes que nos permitiera despegar. Insisto, no tengo formas de probarlo pero el hecho de que "Tulio" viviera en la casa de Ramón, entre otras evidencias, no podían llevarme a pensar de otra manera respecto a ellos.

Comparando las actitudes con que se me recibió en la FCPyS o en el CPDP en el DF, eran realmente contrastantes y explicables como ya lo he hecho en líneas arriba, la manera en que se me recibió aquí en Aguascalientes.

No estoy diciendo, de ninguna manera, que fue debido a esa circunstancia con ellos que se obtuvo el resultado no sólo modesto sino además muy pobre en el cumplimiento de mi labor como responsable del regional.

Yo creo que eso se debió a otras razones que en el curso de éste espero dejar claras, pero indiscutiblemente que jugaron un rol, con seguridad inconscientemente, para que las cosas sucedieran como sucedieron.

En estas discusiones y jaloneos internos a veces de muy bajo nivel, destacó mucho el apoyo que recibí de parte de Alejandrina, quien después sería mi esposa, quien destacaba no sólo por su inteligencia y solidez en sus posturas, sino por la gran sensatez y madurez con que ayudaba a tranquilizar y a reencaminar actitudes y procedimientos. Todos le mantuvieron siempre mucho respeto.

En esta parte también debo reconocer el sólido apoyo que siempre recibí de parte de Carlos y de Roberto Martínez Valdivia, compañeros muy capaces y dispuestos los dos pero con pocas posibilidades de desenvolvimiento, pues mientras uno estaba ya por terminar su carrera en el CRENA, el otro recién comenzaba como profesor de primaria en la SEP, circunstancias que en ambos casos, les limitaba transitoriamente un desenvolvimiento más demostrable para la organización.

El anterior ambiente no sólo hizo que no pudiéramos avanzar un ápice no sólo en el ferrocarril y centros escolares, sino hasta desalentó a por lo menos dos compañeros que simplemente dejaron de asistir con nosotros, aunque ellos por su parte continuaran actuando a título individual, uno en el SNTE y el otro como estudiante del CRENA.

En ese sentido y viendo las cosas sólo con los elementos expuestos, bastante desalentador fue el panorama en que concluyeron nuestros esfuerzos por mayor penetración y crecimiento por parte de la CS en la localidad y en el resto de las entidades, de lo cual, independientemente de cualquier explicación, debo asumir yo la responsabilidad.

Nadie nunca me aclaró por parte de la Dirección Nacional porqué le habían dado ese trato al Cachuchas. Yo me supongo que conociendo sus debilidades con el alcohol y su frivolidad con las mujeres, desprendieron de ahí que no tendría ninguna garantía la organización de descansar en él, el crecimiento y consolidación de la misma.

Sin embargo, siendo Aguascalientes un estado pequeño, en aquel entonces no industrializado y de escaso aporte al PIB nacional, la razón fundamental por la cual era de gran interés para nuestra organización mantenerse en esa entidad, entre otras de todo el Bajío, según yo lo desprendía de lo que me dijo César cuando me invitó, era que se supuso que a partir de Ramón Báez se lograría penetrar en el movimiento ferrocarrilero no sólo local sino nacional, de tal manera que echaron a andar todas las piezas que tuvieron disponibles para sostener acá un comité encargado de avanzar en eso. ¿Qué otro interés pudiera tener invertir en mandar gente a radicar hasta acá, a Aguascalientes? Sin embargo, vistas ya las cosas a la luz del tiempo y no teniendo otro conducto para penetrar en el movimiento obrero sindical del ferrocarril, yo creo que otro trato al compañero Cachuchas se debió haber diseñado para tal propósito.

Modestia aparte, creo que era correcto que se enviara a alguien con mis características para hacerse responsable del trabajo en general, pero siendo la personalidad de Ramón Báez la beta principal que motivó a todo, era necesario, con todo y sus vicios y debilidades, haber hecho un esfuerzo por sostenerlo económicamente a través de mi conducto, e ir midiendo, contando desde el principio con su acuerdo y colaboración, el grado de desarrollo y penetración que se fuera teniendo en el movimiento ferrocarrilero, para valorar inclusive la permanencia de todo un conjunto de camaradas en una entidad con tan poca tradición o antecedentes de participación en movimientos de oposición al PRI o de izquierda.

Consecuentes con que lo que nos inspiraba era penetrar en el movimiento obrero en su conjunto y a partir también de ver en el desarrollo industrial la importancia política y económica en el espectro nacional que tenía el estado de Aguascalientes, a lo mejor hubiera valido más la pena hacer

el esfuerzo que se hizo en esa entidad, hacerlo preferiblemente en el Estado de México o en Jalisco, donde había ya un claro desarrollo industrial o en Zacatecas, por su vieja tradición de participación en movimientos democráticos y revolucionarios.

Ramón Báez nunca compuso su actitud hacia nosotros y, por el contrario, decidió irse al PRT, donde sí lo subsidiaron y hasta donde se consiguió una novia, pero desde donde tampoco produjo crecimiento de ese partido o penetración del mismo en el sector ferrocarrilero de Aguascalientes.

Tulio y R.M. optarían por regresarse por su propia cuenta a sus lugares de origen, el primero, yéndose a vivir primero a Silao, Guanajuato, y después a Acapulco, Guerrero, y el otro, a Culiacán, Sinaloa. Este otro también antes de saber yo que Tulio ya había renunciado a la CS, me entregaría un manuscrito hecho por él, donde sin decir a quién se refería, decía que a algunos dirigentes de la organización les quedaba grande el saco, que era, con otras palabras, más o menos lo que siempre me decía Tulio.

Todo lo anterior lo digo porque antes que yo me trasladara para Aguascalientes impulsado por las razones que ya expliqué, ya había habido otros responsables políticos. Cuatro en total aunque en distintos turnos y, por cierto, los cuatro siendo integrantes de la Dirección Nacional. De los últimos dos uno había sido César, el que terminó por invitarme a venir y a su vez después él mismo irse al DF, de donde por razones de su pareja sentimental tuvo la oportunidad promovida por condiciones de la familia de ella, de trasladarse a radicar en Chiapas. El otro fue Guillermo Juangorena, exmiembro de la dirección de los "Enfermos" en Sinaloa y en aquel entonces, miembro de la dirección de la organización a la que se me invitó a participar a mí, pero en el balance general ni en sus casos ni en los de otros dos que también estuvieron antes que yo, logró producirse nada significati-

vo, lo que al final, todo aporta datos para hacer un análisis autocrítico de otra naturaleza para valorar todo el esfuerzo que se hizo y que concluyó en que ni en los tres años que a mí se me financió para atender toda la zona, se lograron dar avances realmente significativos en la correlación de fuerzas de cada entidad, para sólo avanzar simbólicamente con un comité en cada localidad.

Otro factor que influyó decisivamente en mis resultados fue que era demasiado trabajo para un solo responsable. Eran idealmente cinco estados los que se me habían asignado atender, partiendo casi de cero. Algo así como si yo fuera un superhombre, dotado con el don de ubicuidad y con el poder de incendiar con mi sola voluntad el desarrollo político y de organización de la clase obrera de todas esas entidades.

Sin embargo me dediqué en cuerpo y alma a poner todo de mi parte, recorriendo a todas las localidades por lo menos una vez cada dos semanas y, cuando era necesario, hasta más seguido.

Logré reunir en Aguascalientes como centro de toda la zona, hasta 25 compañeros provenientes de todas las entidades. Nos reuníamos a propósito de incentivar la coordinación y la discusión de la Línea Política, que para entonces era una novedad entre nosotros. Hasta a algunas convocatorias nacionales de nuestra organización logramos asistir, aún sin apoyos económicos para pasajes, por lo menos tres de cada entidad, sin contar desde luego San Luis, donde decidí definitivamente después de algunos intentos, no perder más mi tiempo ahí y dedicarme en cambio a tratar de consolidar lo poquito que logré reunir en las otras cuatro entidades.

Por otro lado, yo estaba obligado a asistir a las reuniones de la Dirección Nacional, que se celebraban cada dos o tres meses, o a veces hasta cada mes, donde lo fundamental que se veía en ellas no era tanto la coordinación de la actividad

que tuviéramos los distintos regionales, que así es como se les llamaba a las zonas en que se tenía dividido al país, con asignaciones de responsables en cada una.

Más bien el centro que ocupó nuestras reuniones, inclusive desde antes que yo me incorporara, fue todo lo relativo a la caracterización del país en cuanto al modelo que atravesaba el modo de producción capitalista en que se encontraba, así como la Estrategia y Táctica a seguir, después de criticar férreamente la que habíamos tenido en los años pasados.

En reproducir todo aquello en cada entidad para estudiarlo y asimilarlo bien, se dedicó una gran parte del tiempo, por no decir que todo.

Aparte de trabar amistad con algunos compañeros y compañeras y, desde luego, encontrarme a Alejandrina en mi vida, así como tener mi hijo Ricardo con ella, creo que el mejor logro que tuve en este periodo fue precisamente abrazar y ser parte de esa nueva concepción política de la que hablo y que se elaboró a través de las investigaciones y discusiones dadas en la Dirección Nacional de lo que entonces era la OMEP, con su rostro abierto a la sociedad como CS.

En relación más concretamente a los resultados obtenidos, como ya dije, era sólo para magos que de un compañero trabajando en una fábrica y sin más tiempo que el que tenía para trasladarse de su casa al trabajo y, al revés, fuera posible producir trabajo político en Jalisco.

Viendo lo anterior, lo que pude hacer para apoyarme más en aquella gran aspiración para cuyo cumplimiento me habían mandado a mí, logré convencer a un compañero profesor de Zacatecas, Juan Castillo Hernández era su nombre, que cambiara su plaza a Jalisco, con el propósito de que auxiliara un poco más en generar relaciones en el medio de los trabajadores o estudiantes de aquella entidad.

Pero hasta en eso los astros no se enfilaron para ayudar. El compañero sufrió un infarto y murió.

Por su parte el compañero X, aunque me ofrecía su casa para pernoctar en ella cada vez que iba para allá y además se esforzaba por estar pendiente de localizar en su gremio alguna forma de conectarnos políticamente, en realidad no pudimos avanzar mucho fuera de dos volantes que distribuimos.

En León, Guanajuato, donde eran cuatro compañeros y una compañera, incluyendo ahí a Tulio, quien se trasladó a radicar allá siendo pareja de la compañera, tampoco logramos producir nada más de nuestro propio comité de base, debido a su recién traslado a aquella localidad.

Ellos por sí solos fueron los que produjeron trabajo pero ya estando en el PRD y ya con las relaciones que para aquel entonces habían logrado, años después.

En Zacatecas aparte del Comité de Base que habíamos formado, mismo que integraban seis compañeros y una compañera, se pudo crecer gracias a que me encontré casualmente en la estación del metro La Raza con Isaías Ensch Fregoso, viejo compañero caído en la cárcel junto conmigo en el grupo de los Lacandones, con quien, gracias a que era directivo del Centro de Capacitación Campesina en aquella entidad, logramos integrar a cinco o seis compañeros y compañeras de ese origen a nuestra organización.

Como ya dije, en 1985, ahí fue donde la CS celebró su último congreso, al pasar a convertirse en Partido Patriótico Revolucionario. Tuvimos una asistencia a aquel evento cercano a los 200 compañeros y compañeras provenientes como delegados y delegadas de todo el país.

Sin justificar la responsabilidad que ya asumí de estos resultados, yo creo que habría que contextualizarlos más con relación a la situación que atravesaba la izquierda en su conjunto en aquella época, donde a pesar de que estaba a punto de nacer el PMS, al igual que en el Bajío, no había en realidad ni grandes movilizaciones, ni grandes huelgas en algún centro estudiantil o de trabajo en todo el país.

Si a eso le sumamos el comportamiento político concreto de la población en toda la zona que se me asignó, zona profundamente conservadora y muy influida por la Iglesia Católica y, por tanto, ciudadanos con fuerte tradición cristera, ya desde ahí se avizoraba un panorama bastante opaco y deprimido.

Por otro lado, insisto: yo creo que venirse a Aguascalientes, con tanta inversión económica y humana, fue un acto voluntarioso que buscaba legítimamente lograr trabajo político en un centro obrero estratégico, políticamente hablando, que era el gremio ferrocarrilero, pero provocado por un espejismo que fue la personalidad de Ramón Báez. No por demeritarlo a él en sus potencialidades políticas, sino por ubicar en sus justos términos qué fue exactamente lo que les hizo decidir tan tremendo salto y lograr tan pocos resultados ellos mismos, antes de que yo fuera trasladado para acá. Como ya dije, fueron cuatro compañeros integrantes de la Dirección Política los que pasaron por aquí, sin lograr algo superior a lo que yo pude. Por lo que las causas y resultados de esta mala decisión deben ser explicadas de otra manera.

Nuestra nueva Estrategia y Táctica para el Movimiento Revolucionario en México

Para nosotros en la OMEP-CS, definir la Estrategia que requería el movimiento revolucionario de México obligaba a responder a cinco preguntas básicas:

a) ¿Qué modo de producción es el que se ha instalado y consolidado en México?
b) Dentro de él, ¿cuál es la clase social sobre la que descansa fundamentalmente todo lo que se produce?

c) ¿Qué devenir histórico, de acuerdo con la teoría marxista, espera o busca esta clase para emanciparse?
d) Respondida la anterior pregunta, ¿quiénes se oponen irreconciliablemente con este devenir histórico de emancipación de la clase sobre la cual descansa la producción económica del país?
e) Dentro de la estructura de clases en que se divide la sociedad capitalista, ¿hacia quiénes acudiría la clase que busca emanciparse para conseguir aliados?

Con la anterior guía de investigación, de reflexión y de discusión, nosotros en 1983 llegamos a la conclusión de que el modo de producción instalado y consolidado en nuestro país era el Capitalismo Monopolista de Estado Dependiente (CMED), donde el que casi decidía la suerte de la Burguesía era el Estado mismo, pues éste era el principal inversionista en el país, convirtiéndose por esa razón además en el patrón de millones de trabajadores. Decíamos también que la clase en que descansaba la producción general del país era el Proletariado, mismo del que el devenir histórico, de acuerdo a la teoría marxista, era llegar hasta el Comunismo, modo de producción donde desaparecería el Estado, la propiedad privada y las clases sociales, pero que para llegar allá había antes que pasar por el Socialismo, modo de producción donde el Proletariado impondría su dictadura a la Burguesía, a quien le expropiaría todos los medios de producción para ponerlos a disposición de la sociedad en su conjunto, dirigida y administrada por un Estado Proletario.

Lo anteriormente dicho, con todo respeto y de modo muy resumido, nos llevaba además a la conclusión de que en lo que había que participar era en organizar al partido del proletariado, como un partido *uniclasista* que, sin embargo, se veía obligado a buscar dentro de la estructura de clases

generadas dentro de aquel CMED a la clase o a los sectores de clase que por sus propias condiciones de sojuzgamiento ante la burguesía podían aceptar o inclusive buscar aliarse al Proletariado. Y nos referíamos a la pequeñoburguesía baja y media, nos referíamos al campesinado pobre o a los jornaleros del campo que en realidad debieran ser considerados también como parte del Proletariado. Nos proponíamos pues trabajar dentro de una Estrategia Socialista en México empoderándonos de la teoría marxista leninista como herramienta principal que normaría nuestra propuesta y concepción política general.

Sin embargo, una manera de explicarnos el abismo, que existía entre el nivel de comprensión y aceptación de la clase proletaria a los anteriores planteamientos y propuestas hechas con tanta intensidad por todos nosotros en la década de los setenta del siglo pasado, era que no sólo había un enajenamiento del proletariado hacia los intereses de su clase enemiga, divulgados éstos de manera profesional y sistemática a través de los medios de comunicación, sino que además, de parte nuestra, aparte de los errores cometidos hasta mediados de los setenta, no había todavía la comprensión de que dentro de la contradicción principal dada, como ya se explicó, entre el proletariado y la burguesía, se había venido desarrollando otra, que alcanzaría su máximo de expresión a partir del gobierno de Miguel de la Madrid como presidente de la república, desde 1982.

Y que esta contradicción, no vista por nosotros, consistía en que poco a poco el nivel de concentración y de centralización del capital en cada vez más pocas manos, había venido haciendo y lo haría con mayor determinación a partir de aquellos años, que se formara una especie de casta o núcleo oligárquico, con también cada vez mayores posibilidades de incidir en los intereses de todas las clases, con una política que, a su vez, sólo respondía a sus intereses de sector oligo-

pólico, independientemente de afectar negativamente hasta a sus propios hermanos de clase dentro de toda la burguesía.

De este modo, la realidad misma iría afianzando este nuevo conocimiento sobre la estructura de clases que se daba dentro de nuestro CMED, conocimiento que expresábamos diciendo que efectivamente la contradicción dentro del capitalismo se daba entre la burguesía y el proletariado, pero que dentro de ella había madurado ya otra en México, así como en otros países del mundo, a la que le llamábamos principal, entre lo que entonces le denominábamos Oligarquía Financiera, de una parte, contra el Resto del Pueblo, por la otra. Y aquí en este último polo de la contradicción, "Resto del Pueblo", se incluía junto al proletariado, no sólo a la pequeñoburguesía, sino hasta algunos sectores de la propia burguesía.

Este proceso evolutivo nuestro, de cómo interpretar nuestra realidad nacional para derivar de ahí la Estrategia y Táctica que propondríamos al movimiento revolucionario de México, se dio casi paralelo a la desaparición del PCM en 1981, cuando se convirtió en Partido Socialista Unificado de México (PSUM), hecho que nos hizo pensar que otras organizaciones de la llamada izquierda del país, también estaban repensando, como nosotros, su estrategia de lucha.

Pero, por otro lado, dentro de nuestra concepción inicial expresada en folletos firmados por la Corriente Socialista en 1983, ya estaba también el planteamiento de dividir al Programa en Programa Máximo y Programa Mínimo y este aspecto también lo debo explicar.

Por Programa Máximo entendíamos la formulación de los principios revolucionarios, los fundamentos del comunismo, por así decirlo; es decir, aquellas formulaciones que expresan las leyes del desarrollo social en su conjunto, mismas que, como tales, normarían todos nuestros planes, mientras que el Programa Mínimo, respondiendo a la estra-

tegia socialista ya expresada, era el encargado de incluir las demandas y reivindicaciones no sólo del proletariado, sino además de los sectores de clase no proletarios, que obligados un tanto por las mismas condiciones que el proletariado tenían disposición y necesidad de aliarse con él.

Es decir, hablar del Programa Mínimo, para nosotros, era hablar de un Programa para un gobierno popular, que buscaba comprender, incluir dentro de sus filas a todos los sectores y clases sociales golpeados por la Oligarquía.

En otras palabras, aunque normado por la Estrategia Socialista, se formulaba ya otra contradicción implícita en ese Programa: se formulaba la contradicción Oligarquía Financiera versus "Resto del Pueblo", a cuya estrategia, derivada de esa contradicción, ya no le llamábamos "Socialista", sino "Democrático-revolucionaria".

De este modo es que para 1984-1985, ya habíamos convocado desde la Corriente Socialista a formar el Partido Patriótico Revolucionario (PPR), con las formulaciones ya dichas de manera muy apretada y simplista líneas arriba.

A la cuestión de en caso de lograr imponer un gobierno democrático popular como el que describíamos en nuestro Programa Mínimo, "¿que seguiría después?", respondíamos simplemente que iba a depender de cuál de las clases o sectores de clases sociales, aliados en ese gran trayecto, contaría con mayor respaldo popular para dar el siguiente paso.

Por eso mismo, señalábamos en esa dinámica: el proletariado irá adquiriendo mayor experiencia, mayor conciencia y más organización de clase, para ser él el que logre conducir el proceso en las próximas etapas.

Yo aquí tengo que declarar con honradez y modestia que no formé parte del equipo elaborador de todo lo que aquí he expuesto, aun con limitaciones. Efectivamente, al salir de la cárcel, como lo narré en el capítulo anterior, yo venía ya con un conjunto de críticas y resoluciones sobre nuestra

práctica guerrillera dada a principios de los setenta, pero era evidente que compañeros que no sufrieron el percance de la cárcel o que la padecieron menos intensa y largamente que yo, tenían más desarrollo y más lecturas sobre estos temas y, por tanto, en lo particular, casi me limitaba a reproducir estos avances ofrecidos desde la Dirección Nacional, en el Regional del cual yo era responsable.

Así, fue desde el Partido Patriótico Revolucionario que participamos en un proceso de fusión con todos los partidos, salvo el PRT y el PFCRN, como una especie de antesala para lo que se vendría después en 1988. Descubrimos que nuestros ánimos de unificar a la izquierda del país en una sola organización partidaria, no eran sólo nuestra.

Y esto fue posible, entre otras razones, porque como ya dije, se había dado un proceso muy importante de acercamiento entre todas las organizaciones partidarias alrededor de la demanda de "presentación de desaparecidos políticos" así como contra la represión, por una parte, pero por la otra, casi todas las organizaciones, inclusive el PCM, ahora PSUM, habíamos comprendido la necesidad de cambiar de alguna manera nuestra estrategia, de tal modo que, en ese rumbo, se dio la búsqueda de la unidad de acción alrededor de un programa que pretendía ser más abierto como lo era el PMS.

Por lo mismo, también nos atrevimos a buscar una conversación con Cuauhtémoc Cárdenas, pues ya sonaba en la prensa lo de sus conflictos como priista contra el nuevo modelo económico que estaba instalándose en nuestro país, que contradecía a los principios nacionalista- revolucionarios del propio PRI y, sobre todo, se conocía su inconformidad por la antidemocracia dentro de ese partido, pues se avizoraba que nunca se le daría a él oportunidad de contender, desde la misma trinchera de su padre, para la presidencia de la república.

Aquí, desde luego, tampoco yo formé parte de esa comisión que platicó con él.

En esta parte de mi vida sólo me faltaría añadir que, asistiendo al órgano de dirección de lo que había sido hasta entonces la Organización Marxista por la Emancipación del Proletariado (OMEP), órgano clandestino desde el cual se dirigía a la Corriente Socialista y que después se transformara en PPR, como ya lo dije, ahí veía a José Domínguez todas las veces que nos reuníamos, pero que sin embargo nunca se dieron condiciones para recomponer nuestra vieja relación de amistad. Su actitud la sentí siempre tan distante e indiferente hacia mí que hasta me sentí obligado a escribirle una carta donde le expresaba por escrito que extrañaba su amistad y creo que hasta le solicitaba además una explicación al porqué de su comportamiento conmigo. Recuerdo que al entregársela en la mano nada más se sonrió un poco pero no me dijo nada. Pensando en que después o me la respondería también por escrito o tal vez me diera una entrevista para charlar, el tiempo simplemente pasó sin suceder nada distinto. Coincidió que en aquel entonces a él le tocó hacer un viaje, creo que a la URSS, y eso como que de alguna manera justificaba el olvido, pero regresó y no sucedió nada.

Yo lo lamenté mucho pues de hecho, a diferencia de las contradicciones que teníamos en la cárcel, ahora teníamos la gran coincidencia de todo lo que en aquellas reuniones se iba resolviendo, pero ya no insistí.

Contradictoriamente a esto o tal vez abonando elementos para darle otra interpretación a aquel comportamiento de distancia personal que tenía conmigo, sucedió que nuestra organización, como tenía relaciones con los movimientos de liberación nacional de los países centroamericanos, se informó que de parte del FMLN habían solicitado una colaboración de parte nuestra, en lo que se refería a auxiliarlos dentro del ramo de radiocomunica-

ciones. Recuerdo muy claramente que para responder a aquella solicitud, alguien, creo que Camilo Valenzuela, ya llevaba la propuesta de un compañero, pero José se la contradijo. O más bien no recuerdo con exactitud si fue José quien propuso primero y después fue Camilo quien expresó una propuesta distinta.

Lo cierto es que me llamó mucho la atención cómo José argumentó a favor de mi persona para cumplir aquella comisión de solidaridad con la guerrilla del Salvador, hasta argumentando que yo era "lo mejor" que tenía nuestra organización para responder a aquel llamado que se nos hacía.

Hoy que lo platico con Héctor Ibarra, quien por cierto ya es doctor en Historia, nos da mucha risa a los dos tocar ese tema pues él, sin asistir a aquellas reuniones, fue el que aun estando ausente se llevó el respaldo de todos. A él hasta le tenían el sobrenombre de "El bulbo" precisamente porque había estudiado algo de esa materia, la de radiocomunicaciones, así que se le vino abajo a José su propuesta de enviar al Salvador al "mejor" hombre del que según él se disponía para cumplir con aquella tarea.

A Héctor le fue muy bien en ese trozo de su vida, cumpliendo aquel cometido. Hasta le dieron grado militar de mayor con su seudónimo de Genaro.

Recuerdo que él platica que hasta su mamá fue por él hasta El Salvador, exponiéndose a todo tipo de peligros y burlando todo tipo de barreras dentro de aquella guerrilla, obviamente sin contar con su consentimiento, para llevárselo casi de las orejas, como buena madre, de regreso hasta su casa.

¡Qué envidia! ¡Tener una mamá que, a costa de su propia vida, fuera por uno hasta donde lo encontrara para sacarlo del peligro de muerte en el que según ella se encontraba!

El Partido Mexicano Socialista (PMS) en Aguascalientes

Yo continué recibiendo mi subsidio económico por parte de la Dirección Nacional de la OMEP hasta el nacimiento del Partido Mexicano Socialista (PMS). Se entendía que a partir de entonces mis labores como coordinador regional promoviendo al Partido Patriótico Revolucionario (PPR) ya se darían por concluidas. Más cuando desde la dirección misma de la OMEP, nosotros mismos estábamos resolviendo que, al integrarnos a un proyecto nacional unitario de la izquierda, pues tendríamos que hacerlo sin simulaciones, es decir, desintegrándonos por completo para reintegrarnos al nuevo "todo" de la izquierda nacional.

Yo era de los que opinaban distinto. Lamentablemente, los que promovíamos continuar organizados como una especie de corriente o coordinación extra PMS, pues no fuimos mayoría, de tal manera que, dicho un poco de broma, pasamos todos sin voltear siquiera a volver a vernos las caras, a integrar al nuevo Partido y a rascarse cada uno con sus propias uñas.

No sólo al darse por concluida la vida de la OMEP, de la CS y del PPR, sino además, al ser suspendido mi sostenimiento económico para permanecer en la zona, yo casi tuve la libertad de regresar de nuevo a radicar en el DF, cosa que no hice porque para aquellas alturas de mi vida, 1987, ya había nacido mi hijo y, mi esposa, siguiendo de cierta manera nuestras nuevas directrices de trabajar políticamente dentro de los sindicatos oficiales, no combatirlos como era la orientación anterior en la LC23S, ella ya no sólo había conseguido empleo como enfermera en el ISSSTE de la entidad, sino gracias además a sus grandes dotes naturales de lideresa, ya había iniciado un proceso de conducción de la Sección sindical del ISSSTE de aquí del Estado de Aguascalientes. En

aquel momento ya era la Secretaria de Trabajo y Conflictos del Comité Ejecutivo Estatal y era muy seguro que desde aquel puesto, lograra en 1987 conseguir ser la Secretaria General del SNTISSSTE Aguascalientes.

De mi cuenta, por si acaso hubiera una oportunidad, me di la vuelta por la FCPyS para platicar con Juan Brom, mi antiguo jefe y amigo y ver con él qué posibilidades hubiera para obtener mi reingreso a la misma plaza en la facultad, pero la realidad ya era otra y era punto menos que imposible que yo consiguiera mi reingreso.

Sumado a lo anterior, Camilo Valenzuela tenía un amigo que era Secretario General del CEN del Sindicato del Infonavit, de apellido Medina y gracias a ello, no sólo mi esposa, sino por lo menos dos compañeros más de los importados de Sinaloa a Aguascalientes, habían conseguido cada quien su casa para pagarlas a crédito, de tal manera que sin tener nada seguro en el DF, enamorado tan profundamente de Alejandrina, mi esposa, mi hijo con dos años, el proceso político sindical en el ISSSTE en maduración y aparte el crédito de la casa, pues fueron factores muy definitorios para decidir quedarme a radicar en Aguascalientes, ya con mi nueva familia.

Por otro lado, en las pláticas con los que conformaríamos al PMS aquí en la ciudad, se perfilaba mi nombre para ser su primer presidente, de tal manera que el proceso estaba abierto en todos los sentidos y no podíamos abandonarlo por todas las razones ya dichas.

Lo anterior fue explicado en los distintos comités de base y contactos de cada entidad de la zona, de tal manera que la indicación nacional simplemente era que cada uno de ellos acudiera a las reuniones estatales del PMS que se daban en cada entidad, sin que esperaran ya ninguna visita de parte mía.

Vistas de ese modo las cosas, no había más remedio que conseguir empleo por mi cuenta en Aguascalientes mismo.

Ayudó mucho para esto que Alejandrina ganara las elecciones para la Secretaría General en el Sindicato del ISSSTE y de ese modo se facilitó mucho que consiguiera una buena plaza para mí, donde mi turno sería sólo los domingos las 24 horas, de tal manera que obteniendo un salario como el que ganaba cualquier trabajador de la federación, tenía toda la semana libre para dedicarme de tiempo completo, ahora sí, a una sola entidad que sería Aguascalientes.

Recuerdo que en las reuniones preliminares al nacimiento del PMS aquí en la entidad señalada, asistían compañeros del Partido Mexicano de los Trabajadores (PMT), del Partido Socialista Unificado de México (PSUM), del Partido Socialista de los Trabajadores (PST) y nosotros.

Debo recordar al lector que el PST se había dividido en esa época. Rafael Aguilar Talamantes, que era el presidente del CEN de ese partido, había venido convirtiéndose en objeto de críticas y fuertes discusiones con Graco Ramírez, Jesús Ortega Martínez y Carlos Navarrete, entre otros, o, por lo menos eso fue lo que alcanzó a saberse a través de la prensa, para explicar por qué mientras que los tres mencionados al final sí aceptaban la propuesta de unificar a la izquierda en un solo organismo al que se le llamaría Partido Mexicano Socialista (PMS), en cambio, Aguilar Talamantes estaba ya oteando la aparición o fortalecimiento del "cardenismo" en México, razón por la que posteriormente, con astucia según él, convocaría en 1987 a la otra fracción del PST a transformarse en Partido del Frente Cardenista de Reconstrucción Nacional (PFCRN).

Otra cosa muy importante que aclarar es que Jesús Ortega y sus hermanos, Antonio y Gerardo Ortega Martínez, eran o son nativos de Aguascalientes, lo que junto con sus esposas significaban un gran contrapeso para cualquier otra organización partidista de la localidad que no coincidiera con ellos.

Desde luego, aquellas eran épocas de "coincidencias" en lo general, de tal manera que nadie de los integrantes de los partidos que se fusionarían en las nuevas siglas expresaba algo discordante que alarmara al proceso de "unidad".

Debo aclarar además que el PST, hasta antes de su fusión con el PMS, concebía una estrategia a la que nosotros le llamábamos "antiimperialista", algo así como que, de la cual, ellos derivaban no sólo la conveniencia, sino la necesidad de buscar como aliados contra el enemigo principal que era el imperialismo a sectores no sólo de la burguesía, sino del propio gobierno priista, sea en el nivel federal o en los estados.

Sabedores de lo anterior, sin embargo, fue consenso que se buscara platicar con ellos en la búsqueda de la unidad nacional de la izquierda, para lo cual se comisionó a Jesús Zambrano de parte nuestra (quien desde entonces, dicho un poco de broma, no se ha separado de ellos).

También hay que aclarar que dentro de esa estrategia del PST, en Aguascalientes habían logrado ciertos acuerdos desde la época del gobernador Rodolfo Landeros Gallegos (1980-1986). Según nos lo narraban algunos testigos, tal vez independientemente del señalado gobernador o tal vez en acuerdo con él, la apariencia ante la opinión pública fue que desde el PST se lanzó la iniciativa de invadir un predio en el rumbo sur poniente de la capital, generando algunos escenarios de represión por parte de la policía estatal, pero escenarios mismos después de los cuales, el PST logra quedarse de manera definitiva con el citado predio, beneficiando con ello a un gran número de ciudadanos pobres al convertirlos en posesionarios de un lote con suficientes dimensiones para construir en ellos una vivienda digna. El lote de cada uno sería pagado a crédito. La colonia se registraría como "Colonia Insurgentes". Esa era la fortaleza que el PST tenía en Aguascalientes a la hora de nacer el PMS.

El Partido Mexicano de los Trabajadores, por su cuenta, habiendo nacido desde 1974, obtuvo su registro en 1984, como resultado también de la Reforma Política de 1977. Y aquí en Aguascalientes había un compañero de nombre Rodolfo Solano, quien siendo el dirigente del Frente Estatal de Acción Popular (FEAP) local, a su vez era el representante de ese partido cuando se fusionaron al PMS junto a nosotros y el resto. Tenía un carácter muy rijoso pues, con ese antecedente de que era el líder del FEAP local, se autoconsideraba con la suficiente representatividad política para ser el dirigente del PMS o algo parecido.

En realidad el PSUM en Aguascalientes tenía poca representatividad y vida pública. Lo representaban algunos compañeros profesores con buena tradición como luchadores sindicalistas.

El PMS se fundó oficialmente el 29 de marzo de 1987, lo cual obligó a que previamente en todos los estados desarrolláramos campañas de afiliación para cumplir el requisito de tener 65 000 afiliados en todo el país y probar físicamente esa existencia con asambleas públicas distritales.

En aquellas reuniones fue donde yo escuché a los del PST promoverme para la presidencia estatal, razón por la que se dio después una cena o reunión-fiesta, donde también acudió Jesús Ortega, misma de la que después prefirieron promover a otro de sus compañeros para ocupar la presidencia y dejarme a mí el segundo lugar, como Secretario de Organización.

Aceptando que la correlación de fuerzas en el estado les correspondía a ellos, por las razones ya descritas, pues tenían capacidad de mover contingentes que en aquel entonces tenían cautivos por la legalización de la propiedad de sus lotes, yo no opuse resistencia, limitándome sólo a proponer a otro compañero de ellos mismos, quien entonces era el diputado local por el PST, Raúl Ruvalcaba se llamaba, para que ocupara él la presidencia, buscando con aquella medida

evitar que ampliaran con dos en lugar de uno su capacidad de influir políticamente al interior del PMS local.

Mi propuesta fue rápidamente aceptada por el delegado que habían enviado del nacional para esas negociaciones, José Luis Morales se llamaba, cuyo origen también era del PST y, por tanto, pasé a ser el Secretario de Organización del Comité Ejecutivo Estatal del PMS (CEE del PMS) pero tratando directamente con el diputado local todas las decisiones o la mayor parte de ellas.

Aclarado el panorama en el que me estaba metiendo, recuerdo que hasta vino Ciro Mayen, uno de los compañeros que en aquel entonces había sido también de la dirección nacional de la Organización Marxista por la Emancipación del Proletariado (OMEP), como delegado del naciente PMS, para darle constitución y presentación política ante la opinión pública en Aguascalientes.

A partir de entonces se convirtieron en un verdadero fandango las reuniones del CEE del PMS.

Yo sentía a los compañeros del ex PMT, particularmente a Rodolfo Solano, muy inquietos y renuentes a aceptarlo todo, pues su lugar dentro del CEE no había sido el que satisfacían a sus expectativas iniciales.

Recuerdo desde entonces que Solano personalizaba mucho las contradicciones en los debates contra mi persona, pues según él, supongo, él era quien por lo menos debiera ocupar la cartera que yo tenía.

Se hacían muy difíciles los acuerdos desde entonces con él, aunque por lo regular siempre logramos mantener cierto equilibrio con el consenso que nosotros habíamos logrado con los del ex PST y ex PSUM.

Recordando la experiencia que yo había tenido en Cd. Juárez, de ser el dirigente de la invasión en uno de los predios del sur poniente de aquella ciudad, cercano a las faldas del cerro que, de por sí, marcaba el límite al crecimien-

to hacia aquel rumbo de la ciudad y en medio del supuesto ambiente de confianza que se había establecido entre los representantes del ex PST y nosotros, yo les hice la propuesta, en una cita que busqué en lo particular con ellos, de organizar también en Aguascalientes otra invasión que le permitiera al PMS alcanzar legitimidad y comenzara su arraigo entre los ciudadanos con niveles de pobreza más bajos en la entidad.

Recuerdo que al principio esta propuesta la recibieron bien, abonaron con intervenciones favorables a la misma, en el interés de después plantearlo a nivel más amplio dentro de todo el CEE.

Recuerdo que quedamos de revalorarlo más tarde, pero esto ya nunca sucedió.

En realidad el país estaba muy convulso. También yo pertenecía al Consejo Nacional del PMS y muy regularmente se nos convocaba a reuniones en el DF, pues el proceso de rompimiento de Cuauhtémoc Cárdenas, Porfirio Muñoz Ledo e Ifigenia Navarrete del PRI, ya había alcanzado niveles de escándalo en la opinión pública, lo cual, ante la cercanía del proceso electoral para renovar al poder ejecutivo federal, pues prácticamente ese asunto fue lo que se convirtió en el centro de los debates y acuerdos dentro de aquel órgano de dirección nacional del PMS.

El PRI en aquel entonces, como debemos recordarlo, estaba en proceso de rompimiento interno desde 1985. Se debatía a su interior no sólo el mecanismo para decidir quién sería el próximo candidato a la Presidencia de la República, sino además se cuestionaba al rumbo neoliberal que se había impuesto durante el sexenio de Miguel de la Madrid, en contraposición al nacionalismo revolucionario que, hasta el gobierno de José López Portillo, habían guiado y normado a los gobiernos priistas.

Cuauhtémoc Cárdenas era quien, junto con otros, hacía los planteamientos de oposición y a favor de las mayorías en aquellos debates descritos en el párrafo anterior y fue quien, al ser denominado Carlos Salinas de Gortari como candidato a la Presidencia de la República, inició una serie de manifestaciones de protesta que convulsionaron a la opinión de todo el territorio nacional, hecho frente al que, para la visión de muchos en el PMS, yo entre ellos, no podía dejarse pasar desapercibido sin hacer nada para contribuir a generar condiciones de concientización y organización en la población, hacia un rumbo más cercano a nuestras aspiraciones estratégicas.

La inoperancia de los anteriores métodos de la izquierda socialista nos hacía a muchos pensar que, dados aquellos acontecimientos que se estaban desarrollando no sólo al interior del PRI, sino que impactaban a todos los sectores sociales con la política económica que estaba aplicando Miguel de la Madrid, había que aprovechar aquel sacudimiento en las altas estructuras para buscar cambiar la correlación de fuerzas a favor de los intereses de la mayoría de la población, precisamente mediante un programa para un gobierno popular como el que tanto se había debatido dentro de nuestra OMEP y que levantara las demandas de todos los sectores sociales golpeados por la política cada vez más antipopular del PRI, misma que, alejada cada vez más del bienestar general de la población, apoyaba aquel fenómeno de que hablábamos, de mayor concentración y centralización de la riqueza en cada vez muy pocas manos.

En ese marco, recuerdo que uno de los debates centrales dentro del PMS fue decidir la candidatura a la Presidencia de la República, pues a pesar del proceso de quiebre interno dentro del PRI, se insistió mucho hasta el final por sacar a un candidato independiente por parte de nuestro partido, sin buscar sumarse a aquel proceso que había pasado a ocupar el

centro de la percepción más generalizada de la población. Luego entonces, "¿en qué consistió lo que resolvimos sobre el Programa Mínimo y el Programa Máximo?, ¿que no es esta la coyuntura que buscábamos en la OMEP para poner en práctica lo del programa para un gobierno popular?", nos preguntábamos algunos.

Y ganaron los que opinaban que debíamos sacar nuestro propio candidato a la Presidencia de la República, nombrándose al ingeniero Heberto Castillo, mismo que no duraría como tal sino sólo unos meses, pues en mayo de 1988, precisamente en Aguascalientes, decidió declinar su candidatura a favor de la de Cuauhtémoc Cárdenas.

Recuerdo que en aquel su último mitin como candidato a la Presidencia de la República, celebrado en Aguascalientes, yo fui el orador representante por parte del PMS local, donde también hablaron Jesús Ortega y, desde luego, el propio Heberto Castillo. Angélica de la Peña, esposa de Jesús Ortega, fue la moderadora.

No creo que sólo en Aguascalientes lo principal del tiempo se haya ocupado en debatir los anteriores asuntos dentro del PMS. Creo que eso sucedió en todas las entidades, de tal manera que con el entusiasmo que imprimían aquellos aires de cambio y de renovación, todos nos fuimos de lleno a la campaña dentro del Frente Democrático Nacional (FDN) con Cuauhtémoc Cárdenas como candidato, a donde se incluyó no sólo el PMS, que de por sí ya representaba un proceso unitario de la izquierda en el país, sino donde se incluyeron además muchísimas organizaciones populares, campesinas y hasta algunos sindicatos como el de la Industria Nuclear (SUTIN), el STUNAM, organizaciones estudiantiles, de mujeres, etcétera. Recuerdo a la Asamblea de Barrios del DF, a la Coalición Obrera Campesina Estudiantil del Istmo (COCEI), a la Central Independiente de Obreros Agrícolas y Campesinos (CIOAC) y muchos etcéteras más junto con los que provenían

de la Corriente Democrática del PRI, pero formulando una plataforma electoral que recogía el consenso de las demandas más sentidas de toda la población.

Creo que aquella experiencia no sólo fue inolvidable para mí en lo particular, pues fui candidato a Senador por el Estado de Aguascalientes por el PMS, ya participando en el Frente Nacional Democrático, sino inolvidable para todo el país, pues aquella unidad de acción electoral que se generó alrededor de la figura "del hijo de Lázaro Cárdenas", se decía, sentó el gran precedente en la historia del país de que fue posible derrotar estrepitosamente al partido-gobierno PRI, aunque igualmente fue posible el estrepitoso fraude contra la voluntad popular perpetrado por el aparato electoral, descarada y abiertamente bajo el mando del Poder Ejecutivo Federal.

Así fue como se acuñaría la frase de que "se cayó el sistema", dicha por el Secretario de Gobernación, Manuel Bartlett Díaz, para, en realidad, ocultar que "se calló el sistema", después que se supieron los primeros resultados electorales del 6 de julio de 1988, donde se expresaba el apabullante apoyo popular que había logrado Cuauhtémoc Cárdenas como triunfador indiscutible en Michoacán y el DF, para tener libertad de manipular en silencio aquellos resultados que, con seguridad, se expresarían en casi todo el territorio nacional.

Aquella experiencia nos dejó también muchas enseñanzas:

Esta obra se llama "De las armas a las urnas", en evocación precisamente a eso que ahora describo. Si realmente íbamos a participar por la vía legal y pacífica a disputarle el poder a la burguesía, dentro de la estrategia socialista y aun dentro de un programa por un gobierno popular contra la oligarquía nacional, lo primero que teníamos que hacer era sacar de las manos del gobierno federal a la contabilidad de los votos en los procesos electorales. De otro modo los ase-

sinatos a nuestros dirigentes, la quema de boletas a favor de nuestros candidatos, el rellenado de urnas y la falsificación de las actas electorales de cada casilla se iban a continuar dando, obligando tal vez a que algún sector de la población recurriera de nuevo a las armas para hacerse escuchar en el espectro de las decisiones políticas del país.

Esa sería otra u otras batallas que después habría que dar.

Por lo pronto, a propuesta del propio ingeniero Cuauhtémoc Cárdenas, había que aprovechar el impulso generado en todo el país por el FDN y constituir un nuevo partido que incluyera a todas las fuerzas partidistas, democráticas, sociales y revolucionarias que hubieran participado en el proceso electoral.

De ese modo fue que a partir del mismo año de 1988 se iniciaron las reuniones nacionales en el DF como las locales en cada entidad, con el propósito de nuevo de volver a reunir los requisitos exigidos por la Ley Federal de Organizaciones Políticas y Procesos Electorales (LOPPE) para obtener el registro de lo que más tarde fue el Partido de la Revolución Democrática (PRD).

El nacimiento del PRD a nivel nacional y en Aguascalientes

En realidad, para la constitución legal y definitiva del PRD, no fue necesario cumplir o demostrar los requisitos de registro que se exigieron para el PMS. Claro que sí hicimos las actividades y desarrollamos las campañas de afiliación a lo largo y ancho de la república, pero ya dada la hora cero el PMS cedió su registro, transformándose en PRD con la inclusión de todos los mencionados.

Lo relativo a la ideología, estrategia y programa del nuevo partido, éstas reformulaban esencialmente lo mismo ya planteado por el FDN durante la campaña electoral.

Se trataba una vez más de reivindicar e insistir en los clamores antineoliberales, derivados de lo observado durante el gobierno de Miguel de la Madrid y que se avizoraba que Carlos Salinas de Gortari profundizaría durante su mandato.

Efectivamente, no se trataba una vez más de un partido que se propusiera conseguir el socialismo en México, sino como ya lo he dicho, sus propuestas correspondían originalmente a lo que nosotros formulábamos para el Programa Mínimo dentro de una estrategia socialista, pero al no ser eso, un partido socialista, nos metía en una contradicción que, a juicio de algunos de nosotros, se resolvía dentro de sus estatutos, a participar en una corriente de opinión y de acción al interior de sus filas, que sí se propusiera ese tipo de objetivos y trabajara por ellos, consolidando la confianza no sólo de las grandes mayorías, sino particularmente del proletariado.

Habrá que ver más adelante cuál fue su desarrollo.

A nivel nacional mis compañeros de la ex OMEP ya habían conseguido colocarse en lugares importantes en su dirección. A ellos de alguna manera les ayudaba mucho radicar en el DF y estar siempre presentes a cualquier convocatoria de discusión y de búsqueda de consenso, independientemente desde luego de su gran capacidad, lo cual no era mi caso. Para que yo lograra participar en algún órgano directivo, debería tener otras condiciones.

Sin embargo, siguiendo a lo establecido en los estatutos del partido, fue nombrado Eraclio Zepeda como presidente de la Comisión Nacional de Garantías y Vigilancia (CNGV), situación que él aprovechó para, estando dentro de una reunión del Consejo Nacional del partido, hacer una convocatoria paralela a quien quisiera asistir para integrar a esa CNGV, a la cual, sólo por curiosidad para saber cómo se integraría ésta, yo decidí asistir.

No éramos muchos. Apenas rebasábamos a los 20 asistentes y Eraclio expuso el orden del día, destacando en primer término nombrar al Secretario de esa Comisión que él ya presidía. En las dos jornadas, matutina y vespertina, en las que estuve participando, al final gané una elección dada entre todos para el citado nombramiento.

Este dato decidí incluirlo porque una de las primeras demandas que ya para ese momento había que atender, era una contra Antonio Ortega Martínez, hermano de Jesús Ortega, que hasta aquel momento había radicado en Guadalajara como responsable estatal del Ex PST, ya estando en el PMS.

Al asignármelo a mí, dada la relativa vecindad entre Guadalajara y yo, esa fue la oportunidad que tuve de conocer a Antonio Ortega, pues fui hasta Guadalajara a visitarlo para platicar con él sobre esta demanda que alguien le hacía, consistente en que se le veía muy seguido en palacio de gobierno estatal, buscando hablar con el gobernador o después que ya hubiera tenido una entrevista con él. Para el demandante esto era una señal de la cual él derivaba un comportamiento antiestatutos del PRD, pues estas entrevistas las hacía, según la demanda, al margen de las decisiones del CEE, al principio del PMS y ahora del PRD.

De inmediato me sorprendió la soltura con que explicó, no evadió tales acusaciones. Me explicó que el partido aun siendo de izquierda, estaba obligado a tener conversaciones con las autoridades estatales, aunque fueran representantes de partidos adversos.

Desde luego el punto no era ese, sino que hacía esas entrevistas a título personal sin ser comisionado para tal efecto por ningún órgano de dirección del partido, a lo cual respondió que eso era transitorio y que se debía a la situación de desorganización en que se encontraba el PRD en aquella entidad.

Lo platiqué después con Eraclio y quedamos en que solamente lo anotaríamos como un antecedente para después considerarlo en caso de reincidencia o demostración que se estaba actuando para beneficios personales o de corriente.

Este dato es importante, porque luego Antonio se trasladó a Aguascalientes. Habló conmigo y me explicó que ya había platicado con su hermano Jesús, sobre que él contribuía muy poco y gastaba mucho en Jalisco. Que prefería ahora que comenzaba el PRD, mejor invertir su tiempo en Aguascalientes, donde estaba seguro que sería mejor su rendimiento.

Yo desde luego no vi ningún problema en ese tipo de decisiones. Lo tomé más bien como una especie de cortesía política para ponerme al tanto que nos veríamos en Aguascalientes, en la misma dinámica de la construcción del partido en que todos estábamos empeñados ahí.

Y así fue.

Como ya lo dije, Antonio, junto con Jesús y su hermano Gerardo, habían sido dirigentes de la invasión del predio llamado "Las Huertas" en Aguascalientes, mismo al que después nombrarían Colonia "Insurgentes", por tanto, habiendo sido él uno de los líderes principales, tenía un fuerte arraigo y reconocimiento por un conjunto importante de los que estábamos en esa entidad ya formando al PRD.

Lo anterior permitió que desde que se incorporó Antonio al PRD en esta localidad señalada, llegaba a las reuniones anticipadamente junto con un grupo de sus compañeros y lograba siempre la conducción de las mismas con el respaldo de todos los que iban con él, de tal manera que logró que eso se hiciera costumbre.

Debo reconocer que él de por sí derrochaba capacidad y dotes de dirigente, lo que sumado a que ninguno de los del resto íbamos con la malicia preconcebida de apoderarse de la dirección, desde aquí se mostró la inocencia con que algunos íbamos a este gran proceso de unidad de la izquierda, en

contraste con la determinación de un grupo, (los integrantes del Ex-PST) con la experiencia partidaria que ya habían tenido en la "escuela" que significaba Aguilar Talamantes, de ser ellos los que condujeran a aquel proceso políticamente tan prometedor para la "revolución democrática" en México.

Al final, en el 2012, quedarían claras sus razones.

Por lo pronto ahora, independientemente de desplegarnos en una gran campaña de afiliación al PRD, había que prepararse para participar ya como partido registrado en las elecciones para renovar tanto al congreso local como al gobierno municipal.

También para participar en las consultas estatales, relacionadas a la vigilancia de los procesos y resultados electorales, a las que se convocaba por parte de la Comisión Estatal Electoral a todos los partidos políticos y ciudadanos en el estado.

Respecto a este último punto, tuve oportunidad de participar en representación del PRD en 3 distintas consultas. Recordando que en Cd. Juárez habíamos logrado acuerdos anti-PRI con el PAN, cuando nos visitó LEA como candidato a la presidencia de la república en 1970, ahora en esta nueva etapa, para buscar hacer que los resultados electorales en cada proceso se dieran respetando la voluntad popular, también busqué acuerdos con los dirigentes del PAN local, con la diferencia de que aquí lo sentí muy renuente.

Sí fueron muy receptivos pero no quisieron hacer ningún acuerdo, pues decían que dependían de lo que les dijera el nacional de su partido.

No obstante recuerdo que tuve buenos resultados en el debate, al presentar mis ponencias en cada ocasión.

En relación a nuestra participación, por primera vez como PRD en el proceso electoral del estado, en el equipo de trabajo con el que había venido trabajando en el PMS y que ahora habíamos pasado al PRD, se resolvió buscar la can-

didatura para diputado local por la vía plurinominal, proponiéndome a mí para ocupar ese cargo, razón por la que elaboramos una solicitud de registro para que la firmaran todos los que suponían me pudieran apoyar, encontrándose dentro de esos posibles apoyadores, un compañero de nombre Jacinto López, que había sido presidente municipal de Calvillo Ags., propuesto por el PRI, a quien en nuestra búsqueda de afiliados lo habíamos conectado al PRD. Él, con el antecedente de haber sido priista, ahora se declaraba cardenista con nosotros.

Pero cual sería nuestra sorpresa que cuando lo localizamos, no quiso darnos su firma, porque sin decírnoslo, evidentemente que él buscaba también esa candidatura y pensaba que, al contrario, nosotros lo íbamos a apoyar a él.

Puestas de esa manera las cosas, decidimos hacer recorridos en todo Calvillo, invitando a los que habíamos afiliado previamente al PRD, a una reunión precisamente para decidir esa candidatura entre Don Jacinto y yo.

Hablamos hasta con el presidente municipal en funciones de ese municipio, para que nos facilitara el auditorio municipal para celebrar nuestro evento electoral.

A aquella reunión asistió Don Jacinto, pero también asistieron una cantidad superior a los 200 ciudadanos y ciudadanas calvillenses, listos para votar.

Ya en la reunión se les repitió oralmente el propósito de la convocatoria, se informó con toda claridad que Don Jacinto López, el que había sido presidente de ahí mismo y yo, aspirábamos a la candidatura para ocupar el primer lugar de la lista plurinominal por el PRD para, de obtener el porcentaje legal, convertirse en el primer diputado local por parte de nuestro partido y se decidió que la votación fuera a mano alzada.

Todos esperábamos que con el antecedente en el currículum ya dicho de Don Jacinto, la gente iba a votar por él, ra-

zón por la que, ahora creo, nadie en el PRD metió las manos a favor o en contra, permitiendo que en el evento se dieran los resultados de manera natural, a favor de Don Jacinto, pero no fue así. Le gané por una inmensa mayoría. Por él votaron sólo 11.

Posteriormente hablamos con Toño Ortega para informarle estos resultados y para entregarle mi solicitud de registro, la cual nos firmó de recibido y se comprometió él a su vez a entregarla a las instancias electorales estatales.

Me acompañaron en aquella conversación un compañero llamado Miguel Espitia y una compañera también con el mismo apellido de nombre María.

Recordemos que en aquel entonces todavía no pasaba el sabor amargo en la población a nivel nacional, del fraude electoral efectuado en 1988 contra Cuauhtémoc Cárdenas en las elecciones federales, fechas en las que, aún sin existir el actual Instituto Nacional Electoral (INE), tampoco existía el pasado Instituto Federal Electoral (IFE). Funcionaba en su lugar la llamada Comisión Federal Electoral (CFE) presidida directamente por el Secretario De Gobernación, en aquel entonces Manuel Bartlett. Hay que recordar también que el PRD para aquellos días apenas sí estaba saliendo del impacto emocional de reconocerse como el heredero de todos los esfuerzos de partidos y movimientos de izquierda del país y que, en parte por lo mismo, no maduraba aún sus mecanismos de funcionamiento interno ni tenía cuenta cabal del uso de sus órganos políticos y jurisdiccionales. Menos de sus estatutos. Y si aún no pasaba el sabor amargo de aquel monstruoso fraude perpetrado contra la voluntad de la mayoría de los mexicanos, menos aún habían ya nuevas reglas para el registro de candidaturas y de conteo de votos a nivel de las localidades, por lo menos no todavía asimiladas como herramienta por todos, razón por la que, funcionando todavía a nivel local la llamada Comisión Local Electoral,

mi registro se dio en la Cámara Local de Diputados, recinto donde aquella Comisión funcionaba.

Y a partir de ahí fue que en mi ausencia, sin siquiera informarme oficialmente, se echó abajo todo. Gracias a la información extraoficial que recibí de algún compañero me di cuenta que Raúl Ruvalcaba, el que habiendo sido presidente del PMS, en esos días todavía continuaba como diputado, antes del PST, ahora del PRD, aduciendo, nunca supe qué tipo de argumentación, había extraído de aquellas oficinas mi registro, respaldándose con una manifestación en la calle frente al Congreso, de por lo menos doscientos perredistas que él o que ellos, manejaban del predio donde tenían la invasión en "Las Huertas" y mismos que gritaban: ¡"Fuera Benjamín como candidato del PRD!" "¡Fuera Benjamín del PRD!" Recuerdo que yo mismo paseaba dentro de sus filas en la Plaza Patria y ni siquiera me conocían, pero eso sí gritando desaforadamente sus consignas en contra de mi persona y frente a mí, sin darse cuenta quién era yo y que estaba frente a ellos viéndolos.

Esta misma escena, de desesperados gritos en contra mía, se repetiría en el Cine del SNTE, de aquí mismo de Aguascalientes, cuando a los días siguientes nos visitó Porfirio Muñoz Ledo, quien validó que habiendo pasado el tiempo legal, el PRD no tuviera registrado en la lista de plurinominales para la candidatura de Diputado Local por Mayoría Relativa a nadie, pero sí a Gerardo Ortega Martínez, hermano de Antonio y de Jesús, aunque él extrañamente lo hubieran anotado desde un principio en la lista para candidatos a regidores plurinominales por el municipio de Aguascalientes.

Posteriormente fui citado a las orillas del municipio de San Pancho, Ags., a una reunión amplia, a la casa de campo de Don Manuel Moreno, ex priista importante del DF, que fue presidenciable, pero oriundo de esta entidad de Aguascalientes, quien ya siendo del PRD ofrecía una comida de "re-

conciliación" donde intentó a toda costa sellar el episodio proponiendo que Raúl y yo nos diéramos un abrazo, como si nada hubiera sucedido o como si el problema fuera de carácter personal entre sólo él y yo. Aquel abrazo nunca ocurrió.

Ese fue mi "bautizo de sangre" en los caminos de la Reforma Política, mi participación en el PMS y PRD y mi contacto con los que provenían del PST. Y fue así también como el PRD se bautizó en su primera contienda intermedia en el estado de Aguascalientes, sin tener diputado plurinominal pudiendo haberlo tenido. Sólo tuvo a un regidor, Gerardo, el hermano de Jesús y Antonio Ortega.

Mis inferencias: la relación de los Ortega con el gobierno del estado y la injerencia de éste en las decisiones del PRD

Posteriormente a este incidente sería relativamente fácil para mi darme cuenta de la estrecha relación que existía entre el gobernador del estado de aquel entonces, Miguel Ángel Barberena Vega, con los Ortega Martínez y un grupo cercano a ellos, ligados al proceso de invasión de "Las Huertas" y ligados también a lo que hasta ese entonces, había sido el PST en la entidad.

Puedo atribuir, inferir, modestia aparte, que todo el incidente de mi registro y desregistro en la lista de plurinominales para la diputación local, independientemente de que tampoco convenía a los intereses de los Ortega, pues yo adquiriría fuerza dentro y fuera del PRD como diputado local, se debió directamente a la injerencia del gobernador en aquella decisión interna del partido y de su manipulación al mismo, en este caso, no tanto a través de Antonio Ortega Martínez, sino directamente con Raúl Ruvalcaba, quien recibía trato directo por parte suya, del gobernador, siendo Raúl diputado. No se puede explicar de otro modo la facilidad

con que los Ortega, a través de Raúl, metían las manos en la Comisión Local Electoral. También puedo inferir que ésta fue la primera señal que los Ortega mostraron, en su proyecto de constituirse en la corriente principal del PRD, aliada al PRI y al poder político nacional, y no sólo haciendo la labor de excluir a todas las demás corrientes del partido, sino adversa a todo grupo del partido que no comulgara con ellos en este comportamiento.

Pero en fin, esas son inferencias que no puedo demostrar y que no por eso debo dejar de consignar aquí.

Me reforzó esta idea del rechazo de parte del gobernador particularmente a mi persona, cuando me enteré también de su rechazo a mi esposa, Alejandrina Ávila Sosa, como ya lo dije, también con antecedentes de exguerrillera, quien coincidía en aquel entonces que era la Secretaria General de la Sección VII del sindicato del ISSSTE aquí en Aguascalientes. Moviéndose ella en niveles y círculos del gobernador, por el despliegue mismo de su tarea como representante estatal de un sindicato de trabajadores, se dio cuenta en vivo y en directo que ni siquiera el saludo le quería dar a ella, cuando en público era necesario hacerlo, pues se la saltaba a la hora que era su turno saludarla. Nos tenían acomodados en el mismo paquete, cada cual por sus razones aparentemente en cuanto al comportamiento "rebelde" de cada uno aquí en el estado, pero en el fondo, a los dos por nuestro pasado en la guerrilla, bien conocido por ellos.

El otro dato que pone un poco más al descubierto lo que digo en relación con la injerencia del gobernador en el PRD es el hecho que, en apego a la experiencia que yo tuve en Cd. Juárez como dirigente e impulsor de la invasión en los predios del sur-poniente de aquella ciudad, también acá en Aguascalientes, como ya lo dije en otro sub inciso, ingenuamente propuse desarrollar una iniciativa similar. Mi intención era, entre otras cosas, lograr la fusión real y en la

acción entre los diversos partidos que nos estábamos uniendo a formar el PMS al principio y el PRD después. Como todos sabemos, estos eran en Aguascalientes: PMT, PST, PSUM y nosotros como Corriente Socialista. Y por supuesto que aquella propuesta mía prosperaría, pero prosperaría sólo entre ellos los provenientes del PST, suprimiéndonos a todos los demás. Se reunían por separado sin invitarnos a nadie y me quedó claro que entre otras razones para hacerlo así, no sólo fue que era para seguir manteniendo la supremacía como grupo dentro del nuevo proceso y erigirse como una corriente dominante, como ya lo dije, sino además mantener en secreto, hasta donde les fuera posible, esta relación a que me refiero con el gobernador del estado. Tratando de abreviar la narración del curso de los acontecimientos, aquella nueva "invasión" dirigida ahora por Gerardo Ortega en los predios llamados de "Loma Bonita", de aquí de Aguascalientes, desde luego que generó los resultados previstos de avasallamiento por parte de los Ortega dentro del partido. Pero generó además que Gerardo, ya siendo regidor en el cabildo de la capital del estado, fuera poco a poco involucrándose en escándalos públicos de malversación de fondos, escándalos que desde luego impactaban negativamente al PRD en su conjunto, pues se trataba de reclamos públicos y en la prensa de la gente sobre aquel proyecto de vivienda, acerca del dinero que le daban a él y al grupo que dirigía aquella "invasión".

Como ya dije, más tarde según yo lo entendí, aquella relación con el gobernador se evidenció aún más cuando éste les ofreció otro predio, por el rumbo del sur oriente de la ciudad, a cambio de que abandonaran "Loma Bonita". Acuerdos que desde luego son posibles que se den con los gobiernos en turno cuando hay una iniciativa autónoma de parte de algún movimiento u organismo en beneficio de la gente, pero no como públicamente se dieron en este caso,

sin ninguna movilización ni presión alguna por parte ni de ellos ni menos del PRD.

Mi designación como presidente del Comité Ejecutivo Estatal del PRD en Aguascalientes (CEE) y mi destitución como tal

Efectivamente, se da mi nombramiento como presidente del CEE del PRD en 1992, pero no por elección, sino una vez más por acuerdo y de consenso no escrito en un pleno del CEE: Recuerdo que para ese efecto, Antonio Ortega me invitó a platicar en el café del interior de la Central Camionera. Ahí fue donde me propuso que yo ocupara la presidencia del CEE del PRD en Aguascalientes. Algo así como dejando implícito que a cambio quería que lo apoyara para él ocupar ahora sí el primer lugar de la lista de plurinominales a la diputación local por parte del PRD. Me dijo que yo cubriría todo el periodo que seguía, o sea, aquel que correría desde 1992 hasta pasadas las elecciones federales para apoyar de nuevo en 1994 a Cuauhtémoc Cárdenas, en su candidatura a la presidencia de la república. "Ahora te toca a ti cubrir la presidencia del PRD en el periodo hasta la campaña de Cuauhtémoc Cárdenas en 1994", solía repetir después, en diálogos en corto y públicos conmigo. El acuerdo era que ahora sería él quien se registrara como candidato en la lista plurinominal para diputados locales y que yo cubriera el mismo periodo como presidente del partido. Pero una cosa era lo dicho y otra el cumplimiento de lo mismo.

En aquel periodo que me tocó a mí presidir, se recrudecieron mucho las quejas en la prensa contra el PRD, como si el PRD fuera el responsable de la venta de los lotes en el predio Loma Bonita, posesión y venta de los mismos que Gerardo Ortega era quien había conducido a título personal, pero que por alguna razón pasaron en algunos casos a significar

un fraude para la economía de algunos de los posesionarios, pues reclamaban a través de la prensa, que al lote que les había tocado, después se volvía a vender. Y así como ésta, salían publicadas otras irregularidades, de las que por cierto también iban a quejarse conmigo, siendo presidente del PRD. Esta situación que se volcaba contra la imagen del partido me hizo platicarlo con Antonio, su hermano, acordando que convocara yo a la gente que estaba quejándose de "robo", para que se le reintegrara su dinero. El propio Gerardo acudió al local del partido para cumplir con este acuerdo. Tengo todavía en mi archivo personal algunos de aquellos recibos que los quejosos entregaron a cambio de repararles el daño económicamente.

Eran ya los días preliminares para iniciar la campaña para renovar también al poder ejecutivo estatal en Aguascalientes, de tal modo que era, según yo, de vital importancia para la campaña que el PRD no tuviera esas demandas públicas en su contra, debido al comportamiento de uno de sus dirigentes.

Y la campaña inició. Idealmente según yo era la oportunidad para que invitara a Ramón Báez, ferrocarrilero, a que fuera nuestro candidato a gobernador. Así lo manifesté públicamente en una de las reuniones del CEE, pero de inmediato se me reviró en el sentido de que Báez no tenía gran respaldo ni siquiera en el propio gremio ferrocarrilero, menos a nivel más amplio, por lo que en seguida prosperó más la idea de aceptar mi propuesta de buscar a un candidato proveniente de la clase obrera, pero con menos negativos públicos que Báez; siendo de ese modo que, dentro de los presentes en aquella reunión, apareció el nombre de Humberto Reyes Ortiz, alias "El Camándulas", quien según los proponentes, gozaba de más presencia dentro y fuera del ferrocarril.

Después de aquella reunión y abrigando dentro de mí la conveniencia que de todos modos abriríamos camino dentro

del gremio ferrocarrilero, yo mismo me encargué de buscar en su casa, por cierto una casa de muy buen ver, en una colonia que más bien era de clase media, al tal "Camándulas", a quien no batallamos mucho para que aceptara. Pero ya una vez registrado legalmente, no pasó ni un mes de que ya hubiéramos iniciado los recorridos en las colonias y los municipios, cuando "sorpresivamente" Salinas de Gortari visitó a la entidad, después de la cual "El Camándulas" renunció a la candidatura. Aquellos eran días donde, según el calendario, ya no se podía reponer al candidato en términos de la ley, de tal manera que metió a nuestro partido en un gran brete, del que al principio vi que a mí se me quería hacer responsable, habiendo sido yo, según ellos, quien lo había propuesto.

Armamos varias comitivas hasta a su casa para hablar con él, razonar el problema y que tuviera claro el daño que nos estaba haciendo al dimitir, pero nunca dio paso atrás.

Después supimos que directamente fue Carlos Salinas quien lo había citado a una conversación en uno de los hoteles de lujo de aquí de la localidad, quien a cambio de varias concesiones de taxi y otras concesiones que nunca conocimos o tal vez dinero, definitivamente hizo imposible que el mentado "Camándulas" regresara a la candidatura.

Metidos en ese problema, una alternativa era definitivamente quedarnos sin candidato a la gubernatura por parte del PRD y limitarnos en ella sólo a hacer la denuncia contra Salinas de Gortari, en el sentido de que corrompió al candidato que habíamos registrado obligándolo a dimitir para dañar no sólo a nuestro partido, sino a la democracia en su conjunto ahí en la entidad, o bien, conseguirnos otro personaje quien, a sabiendas de que ni siquiera su nombre iba a aparecer en la boleta, aceptara aparecer públicamente como el "candidato moral" del PRD y denunciar enseguida las razones de las características y los límites a que se nos había

reducido por parte del sistema electoral nacional y, en particular, por parte del propio Carlos Salinas de Gortari.

Vistas de manera simplista las cosas, el porcentaje mínimo para que el PRD obtuviera la cantidad de votos necesaria, para que el primer lugar de la lista plurinominal pasara a ser diputado, estaba en un gran riesgo. Sin embargo, yo creo que a estas alturas, como después lo explicaré, ya estaba acordado desde las más altas esferas, no sólo que el PRD, aun en esas circunstancias, de todos modos reuniría el porcentaje requerido para ese efecto, sino además en qué sentido sería el voto de su diputado plurinominal, de Antonio Ortega en concreto, cuando el PRI ocupara de su apoyo.

El desenfado hacia la opinión del resto de los componentes del PRD desde la curul de Antonio Ortega, posteriormente se dejaría sentir cuando se abstenía a la hora de aprobar el presupuesto y la cuenta pública o cuando votaría a favor de la privatización del servicio del agua en Aguascalientes.

Regresando al hilo de los hechos, después de la renuncia del "Camándulas" a la candidatura, busqué a Ramón Báez para explicarle la situación en que nos encontrábamos como partido, dada la renuncia del "Camándulas", dejándonos ya sin oportunidad de registrar legalmente a un sustituto y él aceptó ser el "candidato moral" que buscábamos.

Como era de esperarse, a pesar de los esfuerzos que todos hicimos, inclusive el propio Ramón Báez, nuestra campaña no logró levantar mucho vuelo.

Y una vez conocidos los resultados de la campaña, donde por cierto fue aplastante la mayoría que votó por Otto Granados, del PRI, contra su contrincante del PAN, resolvimos en el Comité Ejecutivo Estatal (CEE) del PRD reiniciar otra campaña, pero ahora para recoger las demandas y reclamos pendientes de toda la población, para lo cual hasta imprimimos un formato especial que cada quien llenaba con la demanda que quería hacer llegar has-

ta el gobierno del estado, firmándola desde luego y poniendo su domicilio.

Todavía a través de Antonio Ortega solicitamos al gobernador una entrevista pública, con asistencia de los afiliados al PRD que gustaran asistir, precisamente para entregarle este conjunto de demandas de la población, así como un diagnóstico de la situación que atravesaba la entidad en aquellos tiempos, lo cual aceptó. La entrevista se celebraría a principios de 1993 al interior del propio Palacio de Gobierno, en la planta baja, para que pudiera estar presente todo el ciudadano que quisiera asistir a nuestra invitación.

No pasaron ni dos semanas después de la entrega de aquellas demandas y necesidades de los ciudadanos en la entidad al gobernador, cuando ya estaba planteado y resuelto un congreso estatal del PRD, donde, decían, "terminado el <interinato> de Benjamín es necesario ahora relevarlo con alguien". Pero…¿cuál "interinato? Yo no llegué a presidente estatal del PRD para cubrir como interino el periodo de nadie. Ese no había sido el acuerdo ni tampoco era lo que públicamente había dicho infinidad de veces Antonio Ortega en las reuniones del Comité Ejecutivo Estatal (CEE) del PRD.

Y una vez más fue Raúl Ruvalcaba el encargado de llenar el auditorio donde se celebró aquel "Congreso" integrado por gente desconocida, ni siquiera padrón teníamos, donde se resolvería aquella iniciativa. Así las cosas, y conseguido el propósito de "terminar con mi «interinato»", inconformes con ese resultado, algunos decidimos, la minoría, impugnar aquel congreso ante la Comisión Nacional de Garantías y Vigilancia, impugnación a la que nunca le vimos respuesta, a pesar de repetidos viajes hasta el DF para darle celeridad y certidumbre al asunto.

Más claro ni el agua. Los Ortega no sólo se habían apoderado de la mayoría del Comité Ejecutivo Estatal en Aguascalientes en contubernio y con toda la posibilidad de contar con fondos del Gobierno del Estado, sino además, la influen-

cia que tenían en la H. Comisión Nacional de Garantías y Vigilancia a nivel nacional, entre otras instancias, era decisiva para sus intereses.

Me da pena repetirlo, pero reconozco una vez más que pecamos todos en nuestra organización original de una gran ingenuidad, o que por lo menos en lo personal yo pequé en exceso de incauto. Reconozco que me la creí todita, que independientemente de ser correcto el proyecto unificador de la izquierda en el PMS y después en el PRD, en particular, aquello de disolverse como expresión política en ciernes, como Corriente Socialista u OMEP, con el propósito de "unificarse" todos los partidos en un único y gran proyecto llamado PRD, para ampliar los espacios de democracia, de equidad y justicia social y de bienestar para las mayorías en nuestro país, aprovechando los espacios que nos estaba brindando la Reforma Política. Reconozco que lo que debía entender con mayor claridad es que esa llamada Reforma Política, en realidad incluía todo un verdadero plan con el propósito de cooptarnos mediante distintos medios, incluyendo el que después formaron los Ortega a nivel nacional, o sea la Corriente Nueva Izquierda (NI), para condicionar nuestra participación otorgándosenos ciertos espacios pero sólo a los que actuaran dentro del cauce, condiciones, metas y tono de voz pre configurado por el propio poder del país y expresado esto a través de los poderes ejecutivos y legislativos.

Mi diagnóstico desde entonces (1993-94) acerca de lo que nos estaba pasando en el PRD de Aguascalientes, sería o ya era lo mismo que le pasaría a todo el partido en el país si permitíamos que aquella dinámica de mentiras, engaños, manipulación, demagogia y traición a los propósitos del PRD, se siguiera imponiendo en nuestra, en aquel entonces, querida institución. Por eso desde entonces varios de mis compañeros y yo convocamos a una conferencia de prensa, conservo todavía los recortes de periódico, para declarar pú-

blicamente que estábamos integrando una corriente dentro del partido que tenía como propósito precisamente llevar a los hechos los grandes y nobles propósitos que rezaban sus documentos básicos. Fuera de todo plan nacional al respecto, aquella corriente la llamamos Corriente Popular Cardenista en Aguascalientes. Por cierto, a las demandas que en documentos firmados y solicitudes de solución entregadas al gobierno del estado de Otto Granados, en el evento que preparamos para ello, los que siguieron como presidentes del CEE después de mi persona, nadie les prestó nunca atención. No era su propósito acumular fuerza en la población para efecto de avanzar electoralmente, o por lo menos sus hechos mostraron que no lo veían así. Esa fue siempre la realidad del PRD en Aguascalientes, desde mi punto de vista.

Alzamiento del EZLN y mi participación como miembro de la Dirección Nacional de la CND convocada por ellos

Foto 16. Templete del presídium de la CND en Chiapas: Benjamín Pérez Aragón, de pie.

Debo incluir en mi narración que, cuando fui destituido de la presidencia estatal del PRD en 1993 aquí en Aguascalientes, la idea era eliminarme totalmente de toda responsabilidad de dirección en el Comité Ejecutivo Estatal. Es decir, no sólo me sacaron de la presidencia sino el presidente que siguió después de mí, no me incluyó en ninguna cartera dentro del Comité Ejecutivo. Se trataba muy visiblemente de hacerme trizas y excluirme de manera definitiva de todo.

Desde luego, desde antes de ser presidente y ya siéndolo, como ya lo consigné aquí líneas arriba, por supuesto que intenté formar un equipo que me apoyara y produjera contrapeso a la correlación creada por Toño Ortega a su favor. Sin embargo, hasta este pequeño grupo se desmadejó un poco cuando me destituyeron, pues con las "buenas artes" que caracterizaban y caracterizan a los Ortega, éstos lograron dividirnos y hacer que algunos de mis propios compañeros de equipo me acusaran de que me había "vendido" con la Corriente NI, para dejar de ser el presidente del PRD, de tal modo que hubo un tiempo que estuvimos dispersos y sin disposición de reintegrarnos en un ámbito de confianza.

Esta racha de desmoralización la logró romper una de las profesoras que integraban ese equipo a que me refiero, cuando me llamó a la casa para invitarme un café, en compañía de toda su familia, para pedirme disculpas por las acusaciones de que fui objeto. Eso me permitió dar el primer paso para rehacer el equipo con los que fuera posible recomponerlo, y regresamos a los municipios y a retomar los contactos que habíamos logrado en la base militante, de tal manera que, aun sin cartera, regresamos al local del partido a instalarnos en una oficina que estaba desocupada al fondo del local, donde entonces despachaba el PRD. Es decir, aun sin cartera en ningún comité ejecutivo, ni en el estatal o en algún municipal, recuperamos nuestra figura dentro del PRD, pues había mucha gente que nos buscaba y nos tenía

confianza. Preferían recurrir a nosotros que al propio Comité Ejecutivo Estatal en funciones.

De este reagrupamiento nuestro, sólo quedaron excluidos por sí solos, los que me acusaban de que me había vendido a los Ortega.

En esas condiciones fue que nos sorprendió el alzamiento del EZLN en Chiapas el 1º de enero de 1994, lo cual nos entusiasmó, no en el sentido de respaldarlos en la rebelión armada, sino en el sentido de contribuir de alguna manera a apoyarlos en sus demandas generales, (recordar aquí que entonces estaba gobernando al país Carlos Salinas de Gortari, una vez impuesto el fraude contra Cuauhtémoc Cárdenas) aunque también para contribuir de alguna manera para evitar mayor derramamiento de sangre en contra de los compañeros chiapanecos del EZLN o ciudadanos comunes y corrientes.

Después que el gobierno federal se negó a apreciar en su justa dimensión los reclamos políticos del EZLN, que, como su nombre lo dice, correspondían a toda la nación, intentando reducirlos sólo a un carácter regional, el EZLN decide responder convocando el 8 de agosto de 1994, aniversario del natalicio de Juárez, a la primera plenaria de la llamada por ellos mismos, Convención Nacional Democrática (CND), en Guadalupe Tepeyac dentro del municipio de Margaritas, Chis., lugar donde se construyó a "Aguascalientes", rememorando a la Soberana Convención Revolucionaria que se celebró en Aguascalientes, Ags., lugar histórico al que acudieron villistas y zapatistas para dialogar y generar acuerdos con los carrancistas, buscando afianzar, según cada visión, al rumbo de la Revolución de 1910.

De acuerdo con la Segunda Declaración de la Selva Lacandona, la CND que estaba convocándose tendría como propósito instaurar un gobierno de transición así como conformar un nuevo constituyente para una nueva Constitución,

aunque, de paso, lo que buscaba el EZLN era demostrar al gobierno federal, el respaldo social con que contaba en todo el país.

Esa fue la razón por la que se organizó en la Cd. de Aguascalientes, el alquiler de un camión para irnos varios hasta allá.

El gobierno federal respondió en 1995 a aquella primera convocatoria del EZLN a la sociedad, dando indicaciones al Ejército Nacional para que destruyera la ciudad del "viejo" Aguascalientes, donde se había celebrado la primera plenaria de la CND y persiguiera y asesinara a varios integrantes del EZLN. A lo que volvió a responder el EZLN, convocando a reinstalar no a uno, sino a 5 "Aguascalientes", a los cuales después se les llamó "Los caracoles", así como también convocando de nuevo a la CND a celebrar su segunda plenaria, misma donde se decidió elegir a una dirección colectiva integrada por 100 personas, para los cuales el EZ se comprometía a invitar a 34 distinguidos ciudadanos y dejando a la CND a que eligiera a dos representantes por cada entidad federativa, incluyendo al DF, o sea, en total, a 64 miembros de aquella dirección que se constituiría. De esa manera fue que yo pasé a ocupar uno de aquellos lugares dentro de aquella llamada dirección nacional colectiva de la CND, como uno de los representantes del estado de Aguascalientes (el viejo).

Recuerdo dentro de los nombres convocados por el EZLN, a Don Pablo González Casanova, a Héctor Díaz Polanco, a Pablo Gómez, a Carlota Botey, a Álvarez Garín, a Eraclio Zepeda; volví a ver al doctor Rodríguez Araujo, a quien ya conocía desde la FCPyS; también a Edgar Sánchez y a Rosario Ibarra de Piedra.

Por allá también se daban sus vueltas López Obrador y Cuauhtémoc Cárdenas. Incluso salió la foto de Andrés Manuel en La Jornada, platicando con "Marcos".

El debate allá en Chiapas giraba alrededor de lo dicho. De una parte, buscar si de verdad había condiciones para instaurar un gobierno de transición, como lo decía el EZLN, así como también de convocar a un Congreso para una nueva Constitución, pero, de hecho, a lo que más estábamos contribuyendo era a que se llegara a un acuerdo entre el gobierno federal y el zapatismo, sin necesidad de enfrentamientos militares.

En eso ocupamos nuestro tiempo varios compañeros, para lo cual prácticamente nos la pasábamos allá.

Foto 17. Imagen tomada durante el mitin en Mitin de Chiapas. De izquierda a derecha:
Amado Avendaño, excandidato a la gobernatura de Chiapas, quien sufrió un accidente automovilístico, del cual sobrevivió herido y después murió, Benjamín Pérez Aragón y Carlota Botey.

Participé en varios eventos públicos y mítines en Tuxtla Chiapas, a donde los compañeros de la CND me nombraron orador, en representación de todos los que asistíamos a las

reuniones. Particularmente recuerdo a Benito Mirón, quien era el más proclive a honrarme proponiéndome para esos fines, lo cual siempre se lo he agradecido. Benito después del 2006, convocaría a formar una organización política nacional a la que nombró "Aquí estamos", misma a la que me invitó a participar pero de la que nunca tuve oportunidad de ser miembro, sólo a asistir a algunas de sus reuniones cuando trabajaba con él en la Secretaría de Trabajo y Fomento al Empleo, en el gobierno de Marcelo Ebrard.

Mi impresión es que no llenamos las expectativas que el EZLN tenía, sobre el cumplimiento de las tareas que ellos resolvieron que nosotros cumpliéramos.

Entre otras señales para entender que así fue, está simplemente que nunca nos recibió Marcos para platicar con él, sobre todo lo que veíamos en el panorama nacional y las posibilidades de concreción del Gobierno Transitorio y de la Nueva Constitución que ellos proponían.

Sí nos recibió una comisión del llamado Comité Clandestino Revolucionario Indígena (CCRI), por allá como a las 4 de la madrugada de un buen día y poco fue lo que en aquellas condiciones pudo resolverse. (Alguien nos tomó fotos pero después las hizo perdedizas).

También tuvimos oportunidad de participar, a principios de 1996, en la organización de una huelga de hambre nacional que encabezaba el Obispo Samuel Ruiz, para apoyar que se firmaran los acuerdos de San Andrés Larrainzar, mismos que se firmaron en febrero de aquel año.

Por cierto, en Aguascalientes, como ya lo expliqué, gobernaba Otto Granados Roldán, integrante del gabinete de Salinas Gortari durante su gobierno federal.

En aquella época, recuerdo que este gobernador puso mucha atención en mi persona. Constantemente me llegaban a la casa invitaciones de él para platicar y tomarnos un café en su despacho. Inclusive hasta una vez me envió como obse-

quio un libro y de esas pláticas a las que me invitaba sólo acudí una vez, misma donde me hizo saber que yo tenía derecho de picaporte en su oficina. Que yo podía visitarlo las veces que quisiera para platicar de lo que quisiera. Aprovechó aquella ocasión para reiterarme que yo tenía libertad para expresarme y organizar manifestaciones públicas pero siempre y cuando estuvieran dentro del orden legal. Yo creo que en esta parte se refería a la huelga de hambre que habíamos organizado en plena Plaza Patria, frente a palacio de gobierno estatal de aquí de Aguascalientes, a la que me referí comentándole que la habíamos hecho, previo aviso a Gobernación estatal, de que ocuparíamos por una semana un espacio de aquella plaza. Yo creo que otro en mi lugar hubiera aprovechado en su beneficio personal aquella apertura del gobierno del estado en muchos sentidos. En mi caso no pasó a mayores.

Regresando al tema de la CND, habría que aclarar que la Dirección Nacional Colectiva a la que invitaron a formar los del EZLN, teóricamente estaría integrada con 100 ciudadanos, pero de la suma de los nombrados por los dos mecanismos ya dichos nunca daba 100, pues eran 34 invitados directamente por ellos y 64 electos dentro de la propia Convención. Desde la suma de ambas cifras no daban los 100 referidos. Mi hipótesis es que esos dos lugares que faltaban, los hubieran cubierto directamente el propio "Marcos" y "Moisés", si los resultados hubieran sido los buscados.

El otro detalle digno de mencionarse es que el famoso lema del EZLN: "para todos todo, ¡nada para nosotros!" traía mucho chanfle. Hablaba de la reivindicación principal que ellos entendían del "zapatismo", en el sentido de que no sería "la conquista del poder" el objetivo de ese movimiento que ellos habían iniciado, hecho que, supongo, hizo que algunos, muy pocos, de los invitados a conformar aquella llamada "Dirección Colectiva", nunca atendieran la invitación.

Por cierto, en una ocasión fue consenso de todos, organizar una de las plenarias de aquella CND, precisamente aquí en Aguascalientes. Recuerdo que para ese efecto, teniendo la anuencia del propio gobernador del estado, nos prestaron el salón principal de la Casa de la Cultura, de la calle Venustiano Carranza y Galeana. No fue aquella una de las más lúcidas reuniones de la CND, pues coincidió con la celebración de la Feria Nacional de San Marcos, así que, sobre todo en la noche, todo mundo tenía prisa porque se acabara la reunión para irse a "conocer" la Feria. Hasta Rosario Ibarra y Carlota Botey compartían aquel "interés".

Finalmente, en relación con este tema, sólo faltaría añadir que fue a través de la Comisión de Concordia y Pacificación (CoCoPa), que se pudo avanzar en el diálogo y en acuerdos por los derechos de los pueblos indígenas. Para aquellos tiempos, yo ya ocupaba de nuevo un lugar en el Comité Ejecutivo Estatal del PRD como Secretario General y, además, participaría en un encargo que se me hizo por parte del equipo de Andrés Manuel López Obrador en su campaña a la presidencia del CEN del PRD, en Aguascalientes.

Desde el Comité Ejecutivo Estatal nos vuelven a escamotear la regiduría plurinominal del Municipio de Jesús María, 1995

Otro dato importante es el siguiente:

En la renovación de los gobiernos municipales de 1995 en Aguascalientes, en las elecciones internas del PRD para obtener las candidaturas que contenderían en las elecciones municipales de aquel año, nuestra "expresión" política logró ganar las elecciones para obtener la candidatura a regidor plurinominal por el Municipio de Jesús María.

No obstante haber celebrado estas elecciones en el tiempo y forma legal en que estaba establecido en la convocatoria

del CEE del PRD, la compañera Laura Martínez, que es quien obtuvo la victoria por nuestra cuenta, nunca obtuvo su acta de precandidata triunfadora, y el CEE ordenó a través de la Secretaría Electoral, registrar como candidato plurinominal a otro vecino de aquel municipio que ni siquiera había contendido en las elecciones.

Así se las gastaban los Ortega en Aguascalientes.

Cercano en tiempo al anterior incidente, en las elecciones internas para renovar al Comité Ejecutivo Estatal del PRD, el fraude electoral una vez más se nos impuso y se hizo extensivo a toda la entidad. Había urnas donde aparecieron un número de votos por encima del que por minuto se podían depositar durante todo el día en cualquier casilla. Demostrar eso fue lo que los hizo ceder a medias. Impugnamos todo el proceso. Tomamos las instalaciones del IFE. El que esto escribe se trasladó a negociar todo esto a la Cd. de México con Jesús Ortega y la Corriente NI, mientras las instalaciones del IFE estaba tomado por un conjunto importante de nuestras compañeras y compañeros en la Cd de Aguascalientes.

Lo único que pudimos obtener como resultado no fue la reposición del proceso, debido a "los tiempos", sino que se me otorgara a mí el cargo de Secretario General del CEE y una subvención mensual de 3,000 por parte del diputado plurinominal local del PRD, que ocuparía aquel puesto. Después que en el trienio anterior nos habían sacado de toda representación estatal del PRD, el cargo de Secretario General en esta ocasión sí logré asumirlo al lado del presidente del CEE propuesto por NI, que era Cecilio Ávila. La mentada subvención sólo la obtuve unos meses, pues el diputado que estaba a cargo de cumplir tal acuerdo, Fernando Alférez Barbosa, entonces miembro de NI, decidió ya no cumplir y con ningún recurso pudimos hacerlo corregir.

Gozaba entonces del amparo de Jesús y de Antonio Ortega Martínez.

Como coordinador estatal de la campaña nacional de AMLO para la presidencia del CEN del PRD

No conocía a Andrés Manuel López Obrador (AMLO) hasta entonces y obviamente él tampoco a nosotros, pero en junio de 1996 alguien le pasó mi nombre y mis características y así, sin conocernos, pasé a ser coordinador de su campaña para presidente nacional del PRD en el estado de Aguascalientes. Y hasta aquellos días duró nuestra llamada Corriente Popular Cardenista. AMLO decidió aliarse ni más ni menos que con el jefe de los que combatíamos dentro del partido en Aguascalientes, o sea con Jesús Ortega Martínez, jefe de Nueva Izquierda (NI), lo cual generaría una división en nuestra corriente estatal, pues mientras que unos, me cuento entre ellos, decidimos hacer caso a la línea de alianzas tendida desde el DF y sin consultarnos por AMLO, otros como Ramón Báez y algunos otros ferrocarrileros, decidieron ya no continuar en nuestra corriente, debido a eso.

Así, sin mayor información, al ganar AMLO en mancuerna con Jesús Ortega Martínez la presidencia nacional del partido debiera ganar también, según un primer y simplista entendimiento nuestro, el comienzo de un proceso de unidad real en el partido, proceso por el cual habría que trabajar para situar al frente de todas nuestras tareas, no el combate entre nosotros mismos por los espacios de dentro del partido, sino reubicar una vez más al enemigo principal del pueblo fuera del PRD y unir fuerzas contra él dentro del mismo.

El curso y desarrollo de los acontecimientos, a falta de información directa, pues nunca fuimos convocados a ninguna

reunión nacional por parte de AMLO, pondría una vez más en claro la realidad de las cosas para dejar atrás una vez más nuestro voluntarismo romántico y utópico.

Nuestra alianza transitoria con los Ortega o ni en Aguascalientes

Puestas las cosas como ya se explicaron, yo hasta redacté un documento-informe que entregaría a AMLO directamente en sus manos en una próxima fecha que ya tenía programada para Aguascalientes, después de su triunfo en mancuerna con Jesús Ortega.

En aquel documento le informaba muy brevemente de la situación que veníamos padeciendo dentro del PRD en Aguascalientes, del mismo modo que nuestro acuerdo con él de buscar la unidad nacional al interior de nuestro órgano partidario, para centrar todo nuestro esfuerzo hacia el exterior, hacia luchar contra el enemigo del pueblo. Que así es como entendíamos, entre otras formas, el hecho de que él hubiera buscado la alianza con Jesús Ortega para alcanzar la presidencia del CEN del PRD. Ese documento para mí fue oportunidad de verter algunas otras reflexiones que tenían que ver con la táctica y el Programa Mínimo ya esbozado aquí, así como algunas líneas de trabajo a desarrollar a nivel local, consecuentes con esa visión programática.

Recuerdo que fuimos todos a cenar al Restaurant de comida yucateca en el Encino, aquí en Aguascalientes, él, Jesús Ortega, su esposa, Antonio Ortega, algunos otros compañeros y el que esto escribe, ocasión que aproveché al salir, ya estando trepados en el mismo carro, para entregárselo y explicarle brevemente de qué se trataba, esperando en otra ocasión me hiciera los comentarios necesarios al respecto, lo cual asintió con la cabeza. La conversación fue breve, pues busqué que fuera en privado.

Un poco autorizado por aquellas reflexiones que yo le hacía en el documento, a partir de entonces buscamos acercarnos un poco más con los Ortega, particularmente con Antonio, que a pesar de los pesares seguía como el dirigente más reconocido y respetado dentro del PRD. Hay que recordar que yo estaba en aquel momento como Secretario General del CEE.

Estaban próximas las elecciones internas para renovar a los comités ejecutivos, el estatal y los municipales del partido, de tal manera que en ese rumbo de alianza que nos dejó la campaña conjunta de AMLO y Jesús Ortega, nos dibujaba a futuro esgrimir razones muy poderosas para romperla o razones igualmente muy poderosas para continuarla. Nosotros en nuestro equipo optamos por ser consecuentes con lo que le decíamos a AMLO por escrito y avanzamos en proponer fórmulas conjuntas con NI para las elecciones internas.

Para defender el proyecto PRD, a esas alturas yo ya había sido Secretario de Relaciones mientras que Antonio Ortega supuestamente presidía al partido. Recuerdo que yo mismo me auto propuse para ocupar ese puesto, en el afán de coaligarme con los del PAN para lo de los debates contra el PRI a que se convocaban en la Cámara de Diputados para la reforma electoral, en busca de formar lo que después fue el IFE. Después fui Presidente del CEE, luego Secretario General del mismo. Ahora para mí sería interesante conquistar la presidencia del Comité Ejecutivo Municipal (CEM) de Aguascalientes capital, dado que esta ciudad capital, más bien era capital estado, pues aquí vivíamos entonces 700,000 ciudadanos del millón 100,000 que éramos el total de habitantes en todo el estado.

Así lo convine con Antonio Ortega, siendo los "contrarios" nuestros en aquella contienda, el propio Raúl Ruvalcaba, que supuestamente ya se había escindido para aquel en-

tonces con Antonio, así como los esposos Fernando Alférez y Nora Ruvalcaba.

Nora contendía también para la presidencia del CEM, y siendo la "tradición" hasta aquel entonces que ganara siempre las elecciones a nivel interno NI, la "sorpresa" ahora fue que Nora, que no era entonces de esa corriente, fuera quien la "ganara", dejando a un acuerdo que yo ocupara la Secretaría General del señalado CEM.

Nora, a pesar de ser la triunfadora, nunca fungió como presidenta. Simplemente no asistía a ninguna de las reuniones que yo, en ausencia suya, estaba obligado a convocar, dejándome además plena libertad para actuar.

Aquí es importante señalar que, a pesar de ser el Secretario General del CEM, estaba rodeado por gente de NI y de Foro Nuevo Sol, que es a donde pertenecía entonces Nora. Esta condición se debió a que al disputar los puestos altos, sin tener organización abajo que cuantitativa y cualitativamente me respaldara, posibilitaba que no siendo realmente miembro de NI, ellos fueran los que decidieran prácticamente la composición de todo el CEM. El otro aspecto, que era una gran diferencia en contra de mis posibilidades, es que yo no tenía fondos para subvencionar a nadie, mientras que de parte de los Ortega, siempre contaban con recursos para eso, de tal manera que, sabedor de esas condiciones, lo único que me quedaba como Secretario General del CEM de Aguascalientes, era proponerme proyectar la imagen, socialmente hablando, del PRD, como un partido preocupado por el bienestar de los hidrocálidos, movilizando lo que estuviera a mi alcance para presionar al gobierno, que entonces era panista, en aras de demandas populares, y, así, ir ganando la simpatía del electorado.

Lo anterior me permitía convocar a conferencias de prensa donde hacía saber todo eso a la opinión pública, pero conferencias que siempre me resultaban adversas, pues a

pesar de entregar mis comunicados por escrito, a la hora de la verdad, los periódicos publicaban lo que se les venía en gana.

Cierto, con el supuesto pleito de por medio entre Raúl Ruvalcaba y los Ortega, logramos convocar a movilizaciones públicas con pliegos de demandas de por medio, por lo menos en 3 ocasiones, a donde era la gente de la Colonia "Insurgentes", que desde que fue diputado Raúl, les disputaba a los Ortega, logrando contingentes importantes para Aguascalientes, de por lo menos 500 asistentes.

Claro que obligábamos salir a atendernos al que entonces era presidente municipal, Luis Armando Reynoso Femat, pero todo aquello que hacíamos en el CEM, si no era respaldado con una actitud y política congruente por parte del CEE, pues se quedaba en el aire, de tal modo que nuestra presión política no sólo era contra la política del PAN, sino, además, contra la pasividad e inmovilización del PRD a nivel estatal, inspirada desde el CEE.

Además, la "alianza" que teníamos con Raúl para este tipo de movilizaciones, pues era tan flácida como flácidos y endebles eran sus antecedentes.

Era un compañero hecho al corte de NI, que para aquel entonces estaba siendo "recortado" por los Ortega, al estilo de ellos de "úsalo y tíralo" y por eso estaba muy indignado, pero usando siempre sus mismos métodos.

Como lo explicaré más adelante, en aquel entonces era regidora del municipio de San Francisco de los Romo la profesora Araceli Gómez Ruiz, propuesta por mí cuando Antonio Ortega me ofreció esa regiduría y resultó que traía problemas con algunos otros regidores, razón por la que me pidió que la acompañara en una reunión de allá.

Esto lo supieron en el CEM, cuando cancelé una reunión de ahí que ya estaba convocada, con tal de asistir al conflicto en que habían metido a la compañera en el municipio seña-

lado y decidieron aprovechar mi ausencia para terminar con el "acuerdo" de que yo fungiera como Secretario General del municipal.

Para entonces yo ya sabía que ningún recurso de queja procedía en la Comisión Nacional de Garantías y Vigilancia en contra de los Ortega, pues no había procedido ninguno de los que hasta entonces había introducido, pero, sin embargo, lo volví a hacer, con resultados nulos totalmente.

Estuve marginado por espacio de unos meses cuando tocó que nos visitó Amalia García, compañera del Ex PCM, recién instalada como presidenta del CEN del PRD y que había conocido en mis tiempos de recién amnistiado en el Consejo Político en el DF (1980-81), que luego se convirtió en FNCR, y aproveché para buscarla y platicar a solas con ella.

Le platiqué todo lo que estaba pasando y habían hecho con mi participación como Secretario General en el CEM de Aguascalientes, lo que, en respuesta, provocó que una vez ocurridas las nuevas elecciones internas para renovar los comités ejecutivos del partido, el nuevo presidente del CEE, el Ing. Francisco Jáuregui, me buscara a través de otros compañeros en mi casa para que me integrara como miembro del CEE que él presidiría.

En esta gestión fue cuando ocurrieron las elecciones para renovar a los presidentes municipales en Aguascalientes, cuyo periodo, narraré en el sub inciso 3 20.

Invitación a ser diputado por parte del PT

Esos espacios de tiempo hasta el año de 1996 y de ahí hasta el 2000 estuvieron plagados de nuevos acontecimientos que omito consignarlos a todos aquí por razones de espacio y brevedad, pero que cuyo sello siempre fue el mismo: acorralamiento a todo intento nuestro de crecer, engaños, manipulación, fraudes en contra de nosotros, a su vez que nuestra lucha incansa-

ble y desligada de ningún plan nacional contra todo aquello. Antonio Ortega Martínez, por ejemplo, votando como diputado local a favor de la privatización del servicio del agua en la entidad, según rezan las actas, o bien votando a favor o absteniéndose de votar en el punto de la cuenta pública del gobierno del estado, sin rendir él ningún informe al interior del PRD.

Para efecto de dar seguimiento al tema, me limitaría sólo a incluir en esta crónica que en 1992-93, fui invitado por Beto Anaya a ser el primer diputado por parte del PT en la localidad de Aguascalientes y no acepté. "Los Ortega nunca van a dejar a Benjamín ser diputado en el PRD", era su argumento. Y no acepté, pues en aquel entonces pesaba mucho en mi memoria y en la memoria de todos, cómo el empuje de rompimiento hacia afuera del proceso de formación del PRD de los de Tierra y Libertad de Monterrey NL, que eran ellos, el empuje hacia reventar el proceso de formación del FDN que después desembocaría en el PRD, lo dañó mucho. En aquellos años se veía con mucha claridad la intervención de Salinas de Gortari, a través de lo que después fue el PT en su desesperada intención de impedir que el FDN se convirtiera en partido. No hubo insistencia en que yo participara como Diputado pero tampoco yo me arrepentí de mi decisión, independientemente de la evolución que haya o no tenido el citado partido para los días de hoy.

Por cierto, es necesario consignar aquí un testimonio muy importante de Alejandrina Ávila Sosa, sobre los compromisos de los Ortega con el gobierno federal.

A Alejandrina, como ya dije, habiendo sido la principal dirigente y artífice de una tradición irreconciliable contra la corrupción de los malos funcionarios dentro del ISSSTE, cuando había sido Secretaria General del sindicato de esa institución, 1987-1990 y todavía hasta aquellos años, 1994-1995, estaba siendo víctima de parte del delegado estatal del ISSSTE en Aguascalientes, el licenciado Enrique Martí-

nez Macías, quien a toda costa quería correrla junto con una de sus compañeras más cercanas, que era Laura Santander Raya. Aquel famoso delegado estatal del ISSSTE no sólo había ya corrompido al que era en ese momento Secretario General del SNTISSSTE, sino además lo había obligado a expulsar a las dos compañeras mencionadas, del CEE de ese sindicato, a pesar de haber sido ellas, sobre todo Alejandrina, gracias a quienes ahora él gozaba de ocupar aquel puesto de representación estatal en aquel organismo sindical.

Pero ahora se trataba de correrlas definitivamente del ISSSTE, para lo cual todos, autoridades y sindicato, ya estaban puestos de acuerdo. Es decir, no había salvación.

Fue así como alguna compañera que conocíamos que andaba integrada al grupo que empujaba aquí en la localidad al nacimiento del PT, le habló del poder que tenía Beto Anaya y su cercanía con Carlos Salinas de Gortari. Cercanía de la que, desde luego, nosotros ya estábamos enterados, pero nos pareció una buena vía a explorar para que salieran del trance inevitable del despido.

Para abreviar, de este modo fue que Alejandrina entró en contacto directamente con Beto Anaya para solicitarle su apoyo contra las intenciones del delegado estatal del ISSSTE de despedirla, hecho que, entre muchas otras gestiones que se hicieron, provocó que Beto la invitara a una reunión directamente con Otto Granados Roldán en Los Pinos. Granados Roldán, en aquel entonces, era el secretario particular de Carlos Salinas de Gortari y a su vez era también precandidato a la gubernatura del Estado de Aguascalientes.

El punto es que Granados Roldán, delante de Alejandrina, le pidió a Beto que a su vez hablara con Jesús Ortega, para que le dijera de parte suya que no quería que el PRD lanzara candidato a la gubernatura, pues sentían que el PAN estaba muy fuerte en la entidad y si el PRD "robaba" votos al PRI, su candidatura estaría muy débil.

Para no desviarme más, el punto es que fue en esa ocasión y en aquel escenario, donde a Alejandrina le tocó ver en bulto y a todo color, el trato que le daban a Jesús Ortega en aquellos altos círculos de mando del gobierno federal y que explicaban, en mucho, el comportamiento concreto del PRD en Aguascalientes, inclusive, en aquella ocasión, la renuncia del "Camándulas" a la candidatura del PRD para ser gobernador del estado, como ya lo consigné aquí en sub incisos anteriores.

Invitación del PRI a ser diputado

En aras de consignar aquí todos los hechos que dibujen mi comportamiento hacia la Reforma Política y sus implicaciones en nuestras conductas personales, debo además decir que en 1995 también fui invitado por el PRI a ser uno de sus diputados locales, a cambio de abandonar desde luego, todas mis aspiraciones y participación dentro del PRD. Obvio es decir que tampoco accedí. De parte del PRI hubo dos comportamientos hacia mí, uno, efectivamente a invitarme a ser parte de ellos como ya lo dije, y el otro, contradictoriamente, a que me despidieran del empleo que había conseguido a través de mi esposa en el ISSSTE. Yo ahí contaba con un empleo de base de 24 horas los fines de semana, que me subvencionaba mi actividad política contra el PRI dentro y fuera del PRD. Y de ahí, de ese puesto como Asistente de Director de la Clínica del ISSSTE en fines de semana, es de donde me querían correr.

Mi exclusión permanente en la posibilidad de ser diputado por el PRD y las ofertas de ser regidor

Debo añadir el dato de que en una ocasión y momento de confianza, íbamos de viaje en avión a la Cd. de Aguascalientes Antonio Ortega y el que esto escribe y la conversación

condujo de por sí, a ver las posibilidades de cada uno de los compañeros del CEE del PRD y yo, de ser diputado local en Aguascalientes, momento de confianza mismo en el que "sin querer queriendo", sorpresivamente Toño me dijo a pregunta mía, que en mi caso sólo un milagro podría hacer que yo fuera diputado. Lo que ya para mí era muy evidente, pues cualquiera que les sirviera a ellos, a los Ortega, sin importar su perfil académico o político, podía pasar a ser diputado local en Aguascalientes, menos yo.

El otro dato es que algo así como conmiserándose de mi condición de excluido para ser diputado, en dos ocasiones, Toño Ortega me propuso en corto y a nivel personal, para ser regidor. La primera vez por el cabildo de Calvillo y la segunda por el del municipio de San Francisco de los Romo. Ocasiones ambas que acepté pero no para mí, sino para promover a otros compañeros de nuestro grupo, en aras de fortalecernos orgánicamente como corriente y de no quitar a otros compañeros la posibilidad de tener esa experiencia. En el caso de Calvillo el compañero de confianza mío que propuse en mi lugar fue al profesor Gregorio López. También le propuse compartir su tiempo con el profesor Manuel Delgado. Ambos eran calvillenses. Y en el de San Francisco de los Romo, como ya lo dije párrafos arriba, a la Profa. Araceli Gómez Ruiz, con quien yo platiqué para que asumiera esa oportunidad.

Candidato por la vía uninominal a Diputado Local por el V Distrito de Aguascalientes, 1998

No sobra añadir finalmente aquí lo siguiente:

En la campaña del 2001 para renovar las presidencias municipales en el estado, logré ganarles a NI y Foro Nuevo Sol, a nivel interno del PRD, la candidatura a diputado uninominal por el V Distrito Local de Aguascalientes. Yo sabía

que no iba a ganar ya ubicado afuera del partido, contra el PAN y contra el PRI, pero era aquella campaña uno de los recursos que había que agotar para fortalecernos como grupo.

El reto era lanzarnos todos como miembros del comité de campaña de mi candidatura y generar respaldo al PRD, desde luego, pero también generar fortaleza para nuestra expresión política dentro del PRD.

Para ese efecto, logramos rentar un local para convertirlo en nuestra casa de campaña, estratégicamente muy bien colocado en plena zona del Mercado popular hidrocálido llamado "Tianguis de la Purísima", mercado que se instala los martes y domingos. Este mercado es un punto de concentración natural de toda la población de Aguascalientes, no se diga del Distrito V Local que es donde está ubicado. Se dice que quien no ha comprado o visitado el Tianguis de la Purísima en Aguascalientes, no conoce Aguascalientes.

Así las cosas, lo primero que hicieron desde la Secretaría de Finanzas del PRD fue limitarnos los recursos económicos para la campaña, procurando desde luego evitar al máximo nuestro despliegue. Tuvimos que ir a Zacatecas, gobernada en aquel entonces por Ricardo Monreal Ávila, a solicitar apoyo financiero. Logramos obtener de aquella fuente la cantidad de 10,000 pesos, cantidad que superaba lo que por parte de los Ortega habíamos obtenido en la dirección estatal del PRD en Aguascalientes.

Aun así, tuvimos recursos para, desde nuestro cuartel general de La Purísima, poner un sonido cada día de mercado promoviendo nuestra candidatura, hacer pintas llamativas y muy evocadoras en toda la zona centro de la ciudad, así como para financiar nuestro despliegue de visitas domiciliarias y en mantas en los cruceros principales de la ciudad. La fortuna estuvo de mi parte, pues el domicilio donde radicaba, radico todavía con mi familia, correspondía a ese

distrito que prácticamente era el centro de la ciudad y algunas colonias populares a su rededor.

El resultado fue que obtuvimos, aun siendo minoría frente al PAN, que ganó, y al PRI, que obtuvo el segundo lugar, una cantidad de votos que ningún partido de izquierda había nunca logrado en ese distrito hasta entonces.

Eso, hasta por los mismos funcionarios del Instituto Estatal Electoral fue ponderado.

Dos o tres años más tarde, modificarían el orden y configuración de los distritos electorales locales, después de lo cual, mi domicilio quedaría electoralmente fuera de la zona de "La Purísima, asimismo, el nuevo distrito donde esta vez quedaría ubicado mi domicilio, ya no incluiría a todo el centro de la ciudad, ni algunas de sus colonias aledañas más importantes. ¿Casualidad?

Una breve traducción al significado del paso "de las armas a las urnas"

Se dice con seis palabras "de las armas a las urnas", pero llevar eso a los hechos y hacerlo valer para alcanzar transformaciones sociales trascendentes en la sociedad, ha significado y significará muchos años, muchos procesos, muchas batallas y la pérdida de muchas vidas más.

No es un acto sólo de voluntad, aunque tener esa voluntad ya es toda una victoria.

Los que nos seguimos declarando marxistas entendemos que los dueños del poder económico en México, va a ser imposible que se desprendan de él, sólo por voluntad, sólo porque se lo exijamos. Pero no por ello estamos autorizados por nada, a convocar a la violencia. No por tener esa claridad decidimos por tanto que lo que sigue, es armarnos de nuevo para arrebatárselo por medio de enfrentamientos a sangre y fuego.

La enseñanza que nos dejó la experiencia que vivimos algunos en las décadas de los sesenta y setenta del siglo pasado, según es mi punto de vista, nos ha dejado claro que no se puede dar un paso, ni en ese ni en ningún otro sentido que tenga que ver con llegar, en algún momento de la historia, a que la sociedad en su conjunto goce de un clima de justicia, de paz y de una distribución más justa de la riqueza, si no se cuenta con la decidida convicción y participación de los más amplios y mayoritarios sectores de la sociedad que les afecta precisamente lo contrario.

Lo anterior significa un largo recorrido de batallas por la vía pacífica, en la convicción de que no hay otro camino para permitir que la población se involucre, teniendo como motivación la defensa de sus intereses más inmediatos para, con ese método, se vaya ampliando y profundizando la comprensión del qué hacer y junto con ellos, no delante de ellos, se vayan viendo los cambios necesarios en la táctica de lucha y también en la estrategia.

Lo anterior, visto con la mirada de los contrarios, con la mirada de los que no van a permitir que se les "arrebate" la supremacía y el confort de la que hoy gozan en la estructura social, pues por supuesto que se va a traducir en estorbar ese camino con los medios que tengan a su alcance: impidiendo que se construya un polo electoral confiable, revertiéndolo y corrompiéndolo desde sus propias entrañas, así como defraudando los resultados electorales en los que participe para generales desconfianza y hacerlos ver como un método no procedente, sentando condiciones con eso para que, otra vez, otros sectores acelerados en su visión y en su acción, pasen de nuevo a la violencia sin contar ni con la preparación ni con la correlación de fuerzas socialmente necesaria y otra vez aplastarlos para que, a su vez, eso regenere la desmoralización y mayor desorganización en los oprimidos y marginados.

Los que ya pasamos por esas, es lo que hoy estamos obligados a impedir que se repita, por eso nuestro tesón y persistencia en no abandonar tan fácilmente lo que con tanta dificultad se ha ido construyendo como expresión electoral confiable y que atraiga a las masas.

Una de las cosas más importantes que yo destacaría en este periodo de mi vida que acabo de narrar, que corrió desde 1982 hasta el 2012, con un breve cambio que también tuve en el 2002, fue el que más o menos logré consolidar a título personal mi concepción estratégica y táctica para el periodo que estamos viviendo en nuestro país.

Esta concepción ya la expuse en términos sintéticos en el subinciso 3.8 de este tercer capítulo. De ahí se derivó mi decidida participación primero, en el PMS y después en el PRD, siendo en este último órgano partidario donde obtuve también otro conjunto de enseñanzas que toca ahora desglosar:

Lo que en principio salta a la vista, es que mientras los que proveníamos del proceso de la guerrilla en México, ocupamos nuestro tiempo en eso, primero a ser buenos guerrilleros y después, a negar a esa táctica como la correcta, buscando las alternativas que científicamente considerábamos las más correctas.

Lo anterior nos daba cierta fortaleza ética y política colocados al interior de la selva de lo que era la lucha por la democracia en general en todo país, pero particularmente dentro de la izquierda.

Pero a su vez nos colocaba con un conjunto de debilidades y prejuicios frente a los que dentro de la izquierda misma, ya habían aprendido a vivir de la política y usarla para su beneficio personal. Y, lo peor, manteniéndose conectados pública o soterradamente, con el financiamiento del propio gobierno que decían combatir.

Dicho así con simpleza, apenas se dibuja el problema. Lo complicado estaba a la hora de los hechos: unos llegamos al

punto de la Reforma Política de 1977 con la idea de que era una conquista de la sociedad y particularmente nuestra y que lo que seguía, era ampliarla y fortalecerla, de una parte, haciendo que los procesos electorales fueran cada vez más creíbles y confiables, pero de la otra, buscando aumentar la correlación de fuerzas a favor de alternativas democráticas y revolucionarias, generando concientización a través de la movilización y de la organización, mientras que los otros, a lo que llegaron fue a aprovecharse de ella para mejorar sus ingresos, destruyendo todo lo que nosotros hacíamos, no importando si sacrificaban todo el proceso en beneficio de los dueños del poder en el país. Al contrario, de eso se trataba. Y ni modo de que al encontrarnos con eso, por esa razón lo correcto hubiera sido salirse, en este caso del PRD. Al contrario, considerando a éste como un órgano partidario que se logró construir con tantas dificultades, empeñarse en defenderlo hasta el final.

Ahí, el arte de los procedimientos de los que traían el plan de destruirlo, consistía en dar la apariencia convincentemente de ser de izquierda y en saber simular que estaban del lado de la concientización y organización del proletariado y de las grandes mayorías, para lo cual, cuidaban mucho sus discursos.

Pero para tener éxito en lo anterior, requerían de llegar con todo un plan y todo un equipo desplegándose no sólo en cada entidad, como sucedió aquí en Aguascalientes, sino en todos los órganos del nivel nacional al interior del partido.

El caso de Aguascalientes es de verdad de los más dolorosos, vergonzantes e ilustrativos, por lo que será hasta didáctico desglosarlo en detalle.

Enumerando las fortalezas que ellos tenían sobre nosotros, podemos describirlas de la siguiente manera:

-Les precedía una invasión de un predio que habían dirigido ellos, lo cual les reportaba el beneficio de contar con

clientela cautiva, a la que movilizaban para votar por ellos o para cualquier manifestación pública.

-Tenían técnica y habilidades: independientemente de los estatutos, tenían un grupo que previamente se reunía para dominar las reuniones que se hacían con el resto de las fuerzas y estar siempre a la cabeza de las mismas.

-Además sabían exponer sus propuestas buscando no la contradicción, sino el consenso, de tal manera que poco a poco, hacían ver como camorrero al que lograba atisbar hacia dónde iban y los denunciaba rompiendo la "armonía de trabajo". Aparentemente, no dejaban otra alternativa más que apoyarlos.

-Tenían la gran fortaleza de estar informados de lo que ocurría a nivel nacional, pues tenían constante el contacto con Jesús Ortega, quien cumplía su parte en el DF, no sólo buscando dominar los órganos al interior del partido, sino hasta fuera del partido mismo, yéndose hasta el interior del gobierno priista federal, que abajo, en las bases, decían combatir.

-Eran hábiles al generar un ambiente de consenso y no ocupar la legalidad institucional para el desarrollo y construcción del partido. Aquí en Aguascalientes duramos así hasta que me destituyeron como presidente del CEE. Mientras tanto, este ambiente de "confianza" y de "consenso" que lograban construir, les permitió no levantar actas de nada en ninguna reunión y de ningún compromiso, no ocupar de padrón alguno para celebrar eventos y cambiar la dirección política en el estado y en los municipios y no celebrar congreso alguno con ese fin.

-En aquellas circunstancias, sin documentación legal en qué apoyarse, cualquier demanda en contra de ellos, de por sí, era descalificada al no tener el sustento legal estatutario.

-En ese marco, todo se les facilitaba para cometer fraude. Todo les salía a pedir de boca siempre.

-Y el gran recurso. Comprometerse con el gobierno del estado para mantener quieto al partido, bajo el discurso de no dar la apariencia de ser un partido rijoso.

-Lo anterior les permitía contar siempre con recursos económicos para pagar a la mayor parte de los que les rodeaban. De ese modo creaban un halo, alrededor de ellos, de "obediencia", "lealtad" e "incondicionalidad", lo cual transformaba en esbirros a su servicio a todo el que se les acercara y quisiera trabajar con ellos.

-Todo lo anterior fue lo que les permitió quitarme la candidatura para diputado plurinominal con las manos en la cintura en 1989, sin importarles mayormente que el partido se quedara sin diputado en el Congreso Local, pudiendo haberlo tenido, pues si hubieron votos para que saliera el regidor electo por la vía plurinominal en la ciudad estado, que era Aguascalientes, pues lo otro era automático, pero el asunto era bloquear a toda alternativa fuera del control del gobierno federal y del estado; ponerme y quitarme de la presidencia del CEE a la hora que les pegó la gana, aduciendo que lo que estaba haciendo era sólo cubrir un interinato, en 1993; quitarnos la candidatura para regidor plurinominal en el municipio de Jesús María, cuando nuestra candidata la había ganado en votación legal y demostrablemente; votar por la privatización del servicio del agua sin que nadie en el partido chistara, pues a mí me tenían fuera de todo órgano de decisión; después, cubierta ya la campaña por AMLO para la presidencia del CEN y que quedamos en mancuerna con ellos, mover la gente para que no votara por mi para ser presidente del CEM en el municipio de Aguascalientes y cederme sólo la Secretaría General, misma que igual, cuando pudieron, me la quitaron sin que nada ocurriera en contra. En fin, les permitía acusarme de lo que les venía en gana acusarme, a pesar de que siempre introduje recursos de queja en tiempo y forma en mi defensa.

-Y, lo peor, hacer que el partido no creciera y no hiciera nada de fondo para generar respaldo social en el electorado local.

En un balance contra esos logros de parte de ellos, lo que de nuestra parte pudimos hacer fue:

-En contra de todos los pronósticos, ganarle a Don Jacinto López en el municipio de Calvillo, la candidatura para ocupar el primer lugar en la lista plurinominal para ser diputado local.

-Con lo anterior, sentar el precedente para obligarlos a cederme la presidencia del CEE cuando fue de interés de Antonio Ortega dejarla, al preferir irse como diputado por la vía plurinominal, previo acuerdo y compromiso desde luego, con el gobierno de Granados Roldán y del propio Salinas de Gortari.

-Lograr una campaña a favor del PRD, aunque fuera sólo de carácter "moral".

-Introducir públicamente ante el gobierno del estado encabezado por Otto Granados y a nombre del PRD, las demandas y viejos reclamos de la gente por problemas acumulados sin solución en todo el estado hasta llegar él como gobernador.

-Obligar a que Gerardo Ortega pagara los reclamos de robo de que acusaban al PRD.

-Formar nuestra propia corriente, obligados por las circunstancias.

-Obligarlos de esa manera a cederme la Secretaría General del CEE, después de que me habían excluido casi definitivamente del partido.

-Igual, obligarlos a que me cedieran también la Secretaría General del CEM en Aguascalientes y desde ahí buscar generar acumulación de fuerzas y simpatía por el logo del PRD, con nuestras movilizaciones contra el gobierno municipal panista.

-Lograr que me cediera en distintos turnos, las regidurías de Calvillo y de San Francisco de los Romo, mismas que decidí no ocupar yo en lo personal, sino que las aprovecharan otros compañeros y compañera, buscando fortalecer nuestra expresión política al interior del PRD.

-Lograr ganarles la candidatura por la vía uninominal al interior del partido para ser diputado por el V Distrito Local Electoral y obtener mediante ese recurso, la mayor cantidad de votos que antes otro candidato de oposición hubiera obtenido disputando el mismo lugar en el Congreso Local.

-Obligarlos a reinstalarme en el partido por segunda vez en el año 2000, cuando gracias a la intervención de Amalia García, se me volvió a llamar para colaborar con el Ing. Francisco Jáuregui, en el CEE que él presidió.

-Lo de mi incursión en Chiapas, en la CND a que convocó el EZLN, fue algo así como la cereza del pastel que no sobra en cualquier currículum. Las enseñanzas que obtuve desde antes de ser guerrillero, siendo guerrillero y que consolidé de alguna manera desde el interior de la cárcel y después en mi inclusión a la OMEP-Corriente Socialista, no era para que yo me sumara a la CND convocada por el EZLN, lo que, desde luego, no estuvo mal. Aquellas enseñanzas que la vida me dio y que procuro ahora verterlas de alguna manera en esta tesis, creo en lo fundamental que fueron para contribuir de la manera más productiva en la revolución socialista en México, entendiendo científicamente la táctica más adecuada a aplicar en cada periodo, en este caso y para hoy, saber acumular fuerzas para ganar a través de las urnas. La táctica pero también las habilidades que hay que adiestrar en medio de las adversidades que hay que enfrentar ante el enemigo principal, pero también ante las tácticas de éste por disolvernos y hacernos fracasar desde el interior mismo de nuestros órganos de lucha.

-Aquí viene aquella conversación insatisfactoria que tuve alguna vez con "Jorge", cuando aparecía como mi co-

mandante en el primer comando en que participé, sobre el asunto de la honestidad, puesta al lado o frente a la ingenuidad e inocencia, con la que sin que sea nuestra voluntad, nos presentamos ante la complejidad de los procesos en los que pretendemos participar o que pretendemos generar.

-Lo que me pasó en Aguascalientes es toda una escuela para agudizar la malicia, la táctica y habilidad con la que, dentro de una estrategia general, hace falta comportarse. No todos son lo que dicen ser, ni todos tienen lo que dicen tener. Y otra vez, no sólo alertarse frente al uso de la mentira, de la manipulación y el engaño, sino adelantarse, presuponerla siempre y superarla con destreza desde antes de estar en medio de todo eso, pero sin perder la congruencia con nuestros propósitos de largo alcance.

-Sin embargo, este es un tema sobre el cual hay que profundizar aún más. En lo que sigue lo volveré a abordar.

Mi decisión de trasladarme de nuevo a radicar al DF

En diciembre del 2001 y en medio de una crisis económica, abrumado por las deudas en las tarjetas de crédito que me dejaron mi paso por la campaña para ser diputado por la vía uninominal por el V Distrito Local de aquí de Aguascalientes, aparte de que se agudizaban las grandes limitaciones económicas en mi casa, al ver que ya había ocupado casi todas las secretarías del CEE, y sin posibilidades de generar un contrapeso real que pudiera darle la vuelta a la correlación de fuerzas dentro del PRD en Aguascalientes, consulté y discutí con mi familia y con el resto de mis compañeros la posibilidad de trasladarme a título personal a la Cd. de México, entonces todavía DF, por lo menos para conseguir allá trabajo y salir del atolladero económico en que estaba metido. Hay que recordar que para aquel entonces ya la ciudad de

México estaba gobernada por el PRD, otro PRD supuse, no el de Aguascalientes, y yo albergaba la esperanza de conseguir empleo en algún lugar donde me quisieran aceptar.

Contaba con el apoyo personal de Camilo Valenzuela, quien, al saber de mi decisión de trasladarme al DF, solidariamente ofreció su casa para que radicara en ella, en tanto por mis propios recursos lograra ubicarme por mi propia cuenta en algún otro domicilio.

La esperanza no tardó dos o tres años en que se me cayera. Tan abigarrada estaba la lucha interna dentro del PRD que no era posible ser recibido en ningún lado como empleado si no juraba antes lealtad a quien me apoyara. En otras palabras, como no pertenecía al grupo de nadie de los que tenían posibilidades de contratarme, pues sólo los primeros dos años pude colocarme con cierta libertad, pues Gilberto López y Rivas, que era el Jefe Delegacional de Tlalpan en ese momento, había sido también de la misma expresión política que yo cuando recién salí de la cárcel, del mismo modo que Rigoberto Ávila Ordoñez, juarense, quienes, ambos, el último sobre todo, me ofrecieron aquellos dos primeros años de mi regreso a la Cd. de México un modesto puesto dentro de la estructura del Gobierno de la Delegación de Tlalpan.

Mi intención además era terminar la carrera de Antropólogo Social que inicié dentro de Lecumberri, gracias a la generosidad de la Escuela Nacional de Antropología e Historia (ENAH), quien a pesar de nuestra condición de presos ofreció matricularnos y atendernos mediante la visita semanal del profesor que ya dije, iba hasta el Reclusorio Oriente, que es a donde coincidió que nos trasladaran de Lecumberri al terminar su ciclo de vida este presidio. Instalado ya en la Cd de México, la ENAH y el edificio de la Delegación de Tlalpan están en la misma demarcación territorial, de tal modo que a mí se me facilitó ensamblar ambas actividades por espacio

de 3 años, a su vez que salir avante en mis complicaciones económicas en Aguascalientes.

Mi reubicación política, y sobre todo económica a la Cd. de México en aquellas fechas, abrió otro periodo que ya abordaré en otro trabajo. Por lo pronto lo que dejo sentado aquí, es que este nuevo periodo fue sellado más bien, antes que todo, por los deterioros de mi salud que casi me derrumban.

Aquella parálisis de todo el lado izquierdo de mi cuerpo que me atacó en Lecumberri, resultado de las torturas y golpes que recibí en la cabeza y la espalda, (zona lumbar, en los riñones y la columna), cuando me detuvieron, volvió a presentárseme a estas nuevas alturas, ya rebasados los 60 años. Recién golpeado cuando me detuvieron la primera vez, recuerdo que duré varios meses sin poder caminar erguido y orinaba sangre. Ahora, a estas alturas del tiempo a que me refiero, primero fue un tumor canceroso que se me localizó en el riñón derecho y que me lo extirparon, después volví a perder la fuerza en la pierna izquierda, igual que en 1975, pero ahora en 2017 y fue cuando me localizaron una hernia en la columna vertebral que también obligó a otra operación para insertarme ahí, en lugar de una vértebra, una letra "C" de titanio, y, de nuevo, no poder caminar sin bastón. Estoy todavía en proceso de recuperación con terapias físicas pero aún no logro recuperar mi vertical totalmente al caminar. Del cáncer en el riñón parece que no hubo metástasis, hasta ahora, pero aunque dicen los médicos que en general es desconocido el origen de un cáncer, yo, que sé bien de mi historia, claro que sé cuál fue su origen. Luego me operaron de la vesícula, luego de la próstata. Y ya antes me habían operado las amígdalas.

Todo lo anterior, lo de mis enfermedades, lo he dicho con mucha facilidad pero me ha implicado atravesar de nuevo un periodo muy difícil en mi vida, que me distrajo no sólo recursos económicos, sino sobre todo, tiempo y energías.

Fueron años en los que la batalla principal para mí fue centrarme en recuperar o mantener mi salud.

Total, fue un periodo donde, como a las águilas viejas que se les cae el plumaje y que inclusive hasta tienen que golpear su cuerpo contra las rocas, para expulsar las plumas que no han aceptado su vejez, al igual que su pico, luego esperan que les crezca espectacularmente todo lo nuevo. Así me ocurrió a mí en la Cd. de México. Hoy mi nuevo plumaje no es blondo ni esponjado. Es brillantemente negro e imponente. Ahora caigo en la cuenta porqué en la escuela primaria de El Compás, Dgo., cuando a las maestras les gustaba mucho pararme al frente del salón para que cantara, siempre les cantaba "Ya llegó el águila negra". Así que hoy estoy ya preparado de nuevo para los rounds que siguen. No puedo caminar bien, pero puedo volar a altas alturas.

Aun así, en aquellas condiciones de salud, participé junto con la Red de Izquierda Revolucionaria (Redir), corriente política dentro del PRD, conducida por Camilo Valenzuela, como también participé en la Convención Nacional Democrática (CND), ahora la convocada por AMLO, en el plantón-toma de las calles Juárez y Reforma, en protesta por el fraude contra Andrés Manuel, todavía dentro del PRD, en los años 2006 y después los que le siguieron.

Pero aun radicando en lo que ya es hoy Ciudad de México, mis compañeros y compañeras de equipo dentro del PRD en Aguascalientes, fueron llamados a formar parte de la IDN, corriente política dirigida por René Bejarano y Dolores Padierna. Al principio, cuando lo supe, francamente al no conocer a estos dos dirigentes personalmente, yo mantuve mis reservas sobre su inclusión dentro de esa expresión, pues estaba un poco fresco todavía lo del video escándalo que había puesto en la pantalla de la televisión, en todo el país, a René Bejarano, recibiendo fuertes sumas de dinero.

Sin embargo, ya meditando un poco sobre aquellos acontecimientos, el sólo hecho de que René no hubiera aceptado públicamente que ese dinero tenía que ver con Andrés Manuel y que de inmediato y sin perder la cordura, ahí mismo, mientras lo entrevistaban y le mostraban esos videos, expresó públicamente su renuncia al PRD, intentando poner a este partido a salvo de las consecuencias de esta denuncia pública en contra suya, según es mi opinión, se dejaba ver que el golpe no era tanto en contra de él, sino contra la figura de Andrés Manuel, en vísperas de su primera campaña a la presidencia de la república y que él, Bejarano, supo aguantar, neutralizar y absorber este golpe, limitándolo sólo a su persona. Con todo y que era en cierto modo inculpatorio lo de ser pillado recibiendo fuertes sumas de dinero, y por otro lado, en mi caso, habiendo padecido en carne propia todo lo que ya he explicado en este capítulo, como resultado de la política difamatoria y destructiva de parte de NI en contra de mí, después de mi amnistía y residiendo ya en la Cd. de Aguascalientes, a mí me pareció digno de reflexionar un poco, sobre las ventajas que nos pudiera ofrecer el participar dentro de una corriente adversa a la de NI, a la de los llamados "chuchos", por lo cual, aparte, hasta algo de financiamiento se pudiera obtener para gasolina y otras necesidades, si le dábamos el beneficio de la duda a Bejarano.

Y así fue como decidimos aceptar la invitación, o más bien, la compañera Profa. Araceli Gómez Ruiz, que era a quien habían invitado, decidió comprometerse con ellos.

Y también fue de esa manera, que correspondiendo a la enorme solidaridad que había recibido siempre de ella, en los conflictos que habíamos tenido frente a los Ortega, no pude ser indiferente a la invitación de ella para que también yo los apoyara, aunque fuera cada dos semanas, que eran los periodos en que yo tardaba en visitar a mi familia en Aguascalientes.

Así, recibiendo de parte de IDN algo de financiamiento para instalar un local y trabajar con cierta independencia del PRD, pero dentro del PRD, poco a poco se construyó por ella y por el equipo en que se apoyaba, algo de trabajo tanto en la capital como en algunos municipios de la entidad. Por cierto, un trabajo muy modesto, del que nadie podría presumir, pero que fue la medida del esfuerzo de los compañeros, la compañera profesora Araceli y otras compañeras más, pudieron hacer y la medida además de lo que se alcanza a hacer con los límites que de por sí tiene el nivel conservador de la gente aquí en la entidad.

Aquí debo añadir con toda honradez, que en un esfuerzo que hicieron Dolores y René de asistir a Aguascalientes a un evento que ellos esperaban magistral, preparado por los compañeros de IDN al que se suponía asistiría mucha gente, creo que se decepcionaron. Era un evento con la asistencia de muy pocos caballeros y muchas mujeres con sus hijos. Por cierto, sumando un número muy limitado entre todos.

Pero aun así, desde luego, todos abrigamos la idea de que, por fin, habría condiciones de desarrollar organización y acumulación de fuerzas para el PRD, indiscutiblemente contra lo que en ese sentido seguirían trabajando los de NI.

Con la anterior idea, se trataba de tener como objetivo o meta inmediata, conquistar la dirección del PRD en los municipios y en la capital, del mismo modo que las candidaturas para ocupar puestos de elección popular, sea en los municipios o en el Congreso del Estado.

Por ejemplo, en el municipio de Tepezalá, tuvimos oportunidad de convencer al PAN, muy renuente al principio, de que aceptara nuestro candidato a la presidencia municipal de esa demarcación. Tuvimos varias reuniones que se hicieron muy concurridas; para hablar de un municipio chico, la asistencia de más de 150 personas en varias ocasiones, ya era de considerarse como buena. Nuestro candidato era un

médico de esa localidad de nombre Francisco Gutiérrez, que rodeado por nosotros y por el PAN, estaba armando revuelo desde la precampaña. Su victoria se apuntaba como segura. Pero como siempre, lo que tenía que pasar pasó: NI, que tenía la presidencia del CEE en el PRD, así como la Secretaría de Asuntos Electorales, registraron en el IEE, a su usanza, a otro personaje de NI que trató de encaramarse en lo que ya habíamos avanzado nosotros y obviamente perdió frente al PRI en la hora cero. El compañero enlace que enviaba directamente la IDN a supervisar los trabajos, por supuesto que se enteró de todo ese proceso en Tepezalá, sin embargo no vimos que revirtiera nada en nuestro favor para que se registrara el candidato debido, el que proponía la IDN dentro del PRD.

De este modo es que llega el periodo para renovar a los integrantes del Consejo Nacional, haciéndome el favor a mí de proponerme para ocupar un lugar en él. Se trataba del VIII Consejo Nacional del PRD. Yo solamente había sido miembro del mismo en los dos primeros Consejos Nacionales, mientras fue presidente del CEE Antonio Ortega y también después, cuando por derecho yo lo tenía que ser al estar bajo mi cargo la presidencia estatal, pero ahora, 2011, sin siquiera proponérmelo, la compañera Araceli y algunos de los compañeros de Aguascalientes, decidieron que yo fuera quien participaría en ese órgano a nombre de ellos y, desde luego, propuesto por la IDN, aun teniendo mi residencia permanente en la Ciudad de México, no en Aguascalientes.

La impresión que a mí me dejó mi paso por ese agrupamiento, me refiero a la IDN, es que ha sido un esfuerzo de organización muy importante y relevante, pero que aún puede dar más para ganarse la confianza de los que no son sus integrantes y contribuir a los grandes propósitos de la Revolución "Democrática", por llamarle de alguna manera, habiendo sido integrantes del PRD. Económicamente está muy bien administrado, pues tienen recursos para apoyar tanto a un equipo de

cuadros en el nivel nacional como en todo el país, pero que políticamente al interior de sus filas, el comportamiento deja mucho a desear pues no hay debate. Suele en lo general no tomarse en cuenta la opinión de sus integrantes de base, los que en muchas ocasiones suelen ser orillados a votar en eventos públicos en el mismo sentido que votan los de NI y Alternativa Democrática Nacional (ADN). Lo cual a nadie sorprendería, pues todos entendemos de las necesidades a que orillan algunas negociaciones, pero no cuando se trata de votar contra los principios básicos del PRD o de todo individuo, hombre o mujer, que se precie de ser revolucionario. El caso muy particular que a mí me sorprendió, fue que votaran a favor del Pacto por México, (cuya política depredadora explicaré más adelante) obligándonos a algunos del Consejo Nacional, muy pocos, a votar públicamente en contra, a pesar de que la mayoría apoyó a esta iniciativa.

Lo anterior, sumado a que en las elecciones para renovar a los poderes ejecutivos en los municipios de Aguascalientes, sorpresivamente por decisión tomada en las alturas de IDN, se registró como candidato en el municipio de Jesús María a un compañero que ni siquiera estaba disciplinado a los acuerdos que a nivel local en Aguascalientes tenían los integrantes de IDN, lo cual provocó que en respuesta, entregáramos por escrito un documento al que le llamamos "Extrañamiento a la Dirección Nacional de la IDN", donde dábamos cuenta de estos dos incidentes, solicitando además que se nos diera respuesta, que por cierto, nunca se nos dio.

Antes que eso ya estaba la renuncia de AMLO al PRD y su convocatoria a fortalecer Morena fuera de ese partido, por lo que, habiendo sido sus simpatizantes desde 1996, en que en lo particular estuve a cargo de su campaña en Aguascalientes para ser él presidente del CEN de nuestro partido, dado este contexto nuevo que describo, también nosotros renunciamos en grupo, no sólo a la IDN, sino al PRD en Aguasca-

lientes, reintegrándonos de nuevo a lo que siempre habíamos apoyado, a Morena, aun siendo ésta todavía un cuerpo amorfo.

Si de por sí el PRD a aquellas alturas, 2012-2013, ya estaba totalmente dislocado en todo el país, pues lo que nos había pasado a nosotros en Aguascalientes con seguridad se repitió en la mayoría de las entidades, este asunto de la alianza con el PRI y el PAN por parte del PRD, para firmar el Pacto por México, merece que me detenga un poco en el rumbo de obtener mejores respuestas en relación a los objetivos no dichos de la Reforma Política de 1977, en relación al destino que tendría nuestra decisión de pasar de las armas a las urnas y, en fin, en relación a la estrategia de la Oligarquía nacional e internacional para corromper, frenar y derrotar cualquier descontento o movimiento social en contra de sus intereses.

El Pacto por México y la participación en su promoción y apoyo de algunos exguerrilleros, excompañeros míos de la OMEP

En realidad el neoliberalismo se impuso en México como modelo económico desde 1982, durante el sexenio de Miguel de la Madrid. De las 1155 empresas del sector público que existían al comenzar su sexenio, empezando por que reprivatizó la banca que su antecesor en el ejecutivo había nacionalizado, al final del mismo quedaban sólo 500 de propiedad estatal, mientras que habiendo sido el crecimiento anual del Producto Interno Bruto (PIB) superior al 6% hasta 1982, para 1988 era sólo de 0.18 % en promedio.

Con Carlos Salinas de Gortari, después del fraude contra Cuauhtémoc Cárdenas y contra el FDN en 1988, pasaron a propiedad privada 390 empresas públicas, o sea el 63% del total de las que quedaban hasta el final del sexenio de De la

Madrid. Hasta antes que eso, aparecía en la lista de los millonarios más ricos del mundo sólo un empresario por parte de México, de la familia Garza Sada, pero después de 1994 aparecían ya 23 más, o sea, hubo un vertiginoso aumento a razón de 4 nuevos millonarios por cada año del sexenio de Salinas, gracias a que éste puso en manos de aquellos, casi regaladas todas las riquezas y empresas productivas propiedad de la nación.

En contraste, la pobreza en todo el país llegó hasta el 69% de la población.

Desde luego, esta dinámica la continuaron los presidentes de la república que le siguieron: Ernesto Zedillo, por ejemplo, privatizaría puertos, aeropuertos, concesiones mineras, ferrocarriles, satélites, empresas productoras de energía, exploración petrolera, el negocio del gas, etcétera. Para colmo, el Fobaproa, que fue la deuda privada de unos pocos, convertida en deuda pública, obligando a todos los mexicanos a pagarla hasta casi finales del actual siglo.

Fox, traicionando a toda la nación engañando con democracia para repetir lo mismo.

Calderón, por sólo poner un ejemplo en el área de minerías, otorgó 8,414 concesiones que representaron más de 21 millones de hectáreas, mismas que sumadas a las 30 millones de hectáreas entregadas por Fox, el total de concesiones fue de 51 millones, cuando el territorio mexicano cuenta con 196,000 millones. O sea que se concesionó la cuarta parte del territorio nacional. Aparte de tomar de pretexto la guerra al narcotráfico para imponer política de miedo.

En esta misma docena de años panistas, los corporativos mineros obtuvieron 380 toneladas de oro y 28 mil toneladas de plata, contra las 182 y 53 mil toneladas, respectivamente, saqueadas durante los tres siglos de colonia en México.

Como si eso fuera poco, en octubre del 2009, una de las empresas más importantes en generación y distribución de

electricidad había sido desaparecida. Siendo esta empresa la llamada "Luz y Fuerza del Centro", que contaba con una red de distribución de conductor de cobre de 1,100 kilómetros, que hubieran permitido, con el ancho de banda, otorgar a los 6 millones de usuarios de la zona centro del país del servicio conocido como *triple play* —telefonía, televisión por cable e internet— a un bajo costo.

En relación a la educación ya era parte del entendimiento nacional de que no había suficiente cupo en las universidades públicas para satisfacer la enorme demanda de educación, lo que daba paso a que sólo pudieran estudiar los que pudieran pagar a las universidades privadas, quedándose sin estudios del nivel superior una gran cantidad de jóvenes rezagada, situación que a su vez reforzaba que del total de millones de pesos que significaba la recaudación anual, no se destinaba ni a la educación ni a la salud de los mexicanos los suficientes recursos, prefiriendo ofrecerlos para canalizarlos hacia el sector empresarial.

Por otro lado, el salario mínimo era de 59 a 62 pesos, dependiendo del área geográfica donde radicara el trabajador, mientras que el "outsourcing", como mecanismo de contratación que despojaba de todos sus derechos laborales a los trabajadores, incluyendo la estabilidad en el empleo, tenía ya 30 años aplicándose.

A esta racha inmisericorde de saqueo y despojo a nuestra patria y mayor empobrecimiento a la mayoría de nuestra población, faltaba sin embargo añadir lo referente al petróleo, mismo que considerado tradicionalmente por el pueblo de México casi como parte de su nacionalidad y contando por tanto su privatización con un gran porcentaje de opinión pública adversa, había permanecido intocado en lo que a la apropiación privada de la tasa de ganancia que se tenía en ese rubro.

Y darle marco legal a todo lo anterior, a su vez que finalmente privatizar la exploración, extracción y distribución del petróleo, era lo que yo entiendo como el propósito final del Pacto por México, razón por la cual he querido contextualizar con los antecedentes expuestos, su significado y sus métodos, consistentes en hacer que hasta el partido de oposición supuestamente más importante hasta aquel entonces, que era el PRD, también los respaldara.

23 años atrás, este partido había nacido enarbolando precisamente las banderas contrarias que ahora firmaría en el año 2012, pero esta vez, además, irónicamente apoyándolo todo, también un conjunto de exguerrilleros provenientes de las luchas armadas de las décadas de los setenta del siglo pasado, lo cual, en lugar de enturbiar nuestro entendimiento, como que nos ayuda a aclarar más bien lo que había en el fondo de la Reforma de 1977, las dificultades que tendremos para hacer valer que nuestro voto y el voto de todos los mexicanos se respete y por qué razón algunos exguerrilleros de aquella misma década, nos mantenemos como oposición a la vieja política represiva y antidemocrática del PRI y hoy a las nuevas figuras de enriquecimiento ilícito de unos cuantos, a cambio de la pobreza y la infelicidad de la mayoría de los mexicanos.

El nacimiento de Morena

Yo estoy de acuerdo en que Andrés Manuel López Obrador no se declare marxista ni diga que busca el socialismo para México. Nomás faltaba que hasta eso fuera el centro de su debate y discurso público, aunque a todos nos queda claro que sí ubica como enemigo principal del pueblo —adversario dice él— a la oligarquía nacional, a quien él llama "Mafia del Poder" y hasta "delincuentes de cuello blanco". También nomás faltaba que por no ser marxista y socialista lo des-

cartáramos y desconociéramos el significado de su planteamiento estratégico.

Nos queda claro que su convocatoria a concientizarse y a organizarse es a todas y todos los mexicanos, de todas las clases sociales, no sólo al proletariado, a excepción de los componentes de ese sector ubicado como el "enemigo principal", para derrotarlos en las urnas pacíficamente y aplicar una política que, aun dentro del capitalismo, tienda a buscar una distribución de la riqueza más justa, lo cual repercutiría en beneficio del propio empresariado, para lo cual ya ha elevado considerablemente al salario mínimo, ha evitado los famosos "gasolinazos" que tanto lastimaban a la economía del pueblo, ha echado abajo al *outsourcing* y, sin contraer más deuda pública, ha logrado implementar un conjunto de programas sociales que tienden a llevar a los hechos aquello de buscar una distribución más equitativa de la riqueza, fortaleciendo al mercado interno.

Junto a lo anterior, al contrario de la política definitiva y públicamente reconocida como neoliberal, ha logrado revertir a la Reforma Educativa, la Reforma Laboral, la Reforma Energética, por sólo hablar de 3 ejemplos, promulgadas a partir del año 2013 hasta el 2017, fortaleciendo la producción de petróleo nacional a la par que la rehabilitación de 6 refinerías y la construcción de una nueva, buscando ya no seguir importando gasolina para beneficio de la economía popular.

En resumen, todo lo que hasta hoy ha venido haciendo y que ha hecho que la población le refrende su respaldo en las pasadas elecciones de junio 2021, responde a lo que en 1983-85, nosotros en la OMEP resolvíamos como la Táctica y el Programa Mínimo para este periodo. Cierto, el capitalismo ya no es monopolista de estado dependiente, como lo definíamos en aquel entonces, pero, lo peor, es neoliberal y claramente antipopular, lo cual refrenda nuestros viejos planteamientos

estratégicos contra la oligarquía nacional ligada a empresas internacionales y de convocatoria a la organización popular, de todas las clases, no sólo del proletariado, para pasar, dependiendo de muchos factores, a la organización del proletariado para la conquista de otros nuevos propósitos en el rumbo del socialismo.

También entiendo y acepto que en Morena no hay democracia.

Aquí también acepto que no hay democracia porque sus principales líderes no quieren que la haya. Tratándose de un partido-movimiento tan plural cuya pretensión es desgastar los núcleos de poder en los que se sostiene o sostenía el neoliberalismo, luego entonces el advenimiento de esas capas sociales o liderazgos al interior de Morena, provoca incomodidad a los que reclaman derecho de antigüedad, sin comprender que el propósito estratégico, muchas veces repetido desde las conferencias de prensa de AMLO, llamadas "mañaneras", es debilitar precisamente esos bloques de poder, dándoles acceso a sus componentes a la alternativa de Morena y, aunque de por medio esté la posibilidad de la traición o no seguir a pie juntillas la política de ésta, produce más ventajas ingresar a un periodo de convocatoria con estas características que quedarse sólo con los "líderes" de la actual Morena, sin base social, cuyo único dividendo es reclamarse "fundadores" o que tienen 5 años luchando por la causa.

Por las razones anteriores yo gustoso me afilié a Morena en la Cd. de México, desde que renunciamos en grupo al PRD en Aguascalientes, aunque desde siempre yo había pertenecido a Morena dentro del mismo PRD.

Desde un principio, no estuve ligado a ningún liderazgo nacional de Morena, lo cual dificultó hasta mi propia afiliación. Me afiliaba pero no aparecía en el padrón por la desconfianza del líder de colonia o de delegación con quien me

afiliaba. Aducían ellos que los que veníamos del PRD éramos "chapulines", que sólo ellos, que venían de la nada, de algo así como de Marte, donde no hay partidos, tenían derecho a ser miembros de Morena. Ese fue un primer revés que a mí me dijo mucho de lo que obviamente entendí sus causas de inmediato y que ya vertí líneas arriba. En ese periodo, después del triunfo de AMLO a la Presidencia de la República, los Comités Ejecutivos Delegacionales, rápidamente entraron en desgaste, pues el propósito de los líderes iniciales había sido ser parte de los gobiernos delegacionales, de tal modo que, al lograrlo, abandonaron el trabajo partidario, decayendo definitivamente, en pleno Cd. de México, la actividad de Morena como movimiento o como partido en la sociedad chilanga.

Lo anterior lo reconoció Martí Batres en una reunión del CEE de Morena en toda la Ciudad de México, del cual él era el presidente y convocó a fortalecer esos comités delegacionales de Morena con diputados y hasta con los jefes delegacionales en turno, aparte de ciudadanos que fuera de consenso del resto que se integraran.

Ahí en ese último renglón pude entrar yo, pero con calzador, a formar el que sería el Comité Ejecutivo Delegacional Ampliado (CEDA) de Tlalpan, que había sido resuelto en el Comité Ejecutivo Estatal de toda la Cd. de México.

A pesar de que estábamos activos y dentro de la legalidad, éramos 20 ciudadanos que comparecimos a la primer reunión convocada para ese efecto, misma de la que después elaboramos un plan de trabajo para "insertar" a Morena, irónicamente, en una Delegación ya gobernada por Morena, pero a pesar de que nos reuníamos en el local rentado por el antiguo Comité Ejecutivo Delegacional (CED), e implementamos una serie de actividades consecuentes con el diagnóstico que observábamos del cual partíamos, ya estando en el gobierno, como que no cubrimos las expectativas que Clau-

dia Sheinbaum, quien era entonces la Jefa Delegacional, y el que había sido presidente del CED, ahora ya en el gabinete de Claudia, tenían sobre nosotros, ("chapulines" la mayoría, según ese ex presidente del CED que menciono).

Lo anterior hizo que recurriéramos con el propio Martí Batres, como ya dije, Presidente del Comité Ejecutivo Estatal de Morena en la Cd. de México, con un documento en la mano en el que hacíamos referencia a la reunión donde él mismo propuso fortalecer a los CEDs inactivos y desgastados y la situación de todas formas no se definió a favor de nuestra organización como CEDA.

Lo anterior hizo que antidemocráticamente se nombrara Coordinadora de Morena en Tlalpan a una compañera de nombre Guadalupe Chávez, caracterizada por su autoritarismo y falta de oficio para el encargo que se le asignaba, razón que nos obligó a protestar por escrito contra el método, pero a declarar que estábamos dispuestos a sumarnos al plan que propusiera ella, como coordinadora. La invitamos a nuestras reuniones como CEDA y nunca asistió. Tampoco nos invitó nunca a alguna convocada por ella.

Hubo revuelo en toda la Delegación por estos acontecimientos que exhibían la antidemocracia a que me he referido líneas arriba que caracteriza a Morena y llegó 2018, donde Claudia Sheinbaum se lanzaría como candidata a la Jefatura de Gobierno de la Cd. de México y en Tlalpan Patricia Aceves para Jefa Delegacional.

Al ganar de nuevo, Morena había renovado a su Consejo Delegacional en elecciones en las que participé como un elector más en 2015, (lo cual corrobora que para esas fechas ya estaba en el padrón de Morena, finalmente) pero ahora en 2018 no se renovaba de nuevo para el periodo que seguía. Razón por la que el CEDA seguía "funcionando" sin reconocimiento del Estatal.

Yo en lo particular en esas fechas, me dediqué, invitado por Roberto Peña e Irene Reyes, a organizar un organismo zonal de Morena, en el cual finalmente nos entregaron nuestra credencial como "protagonistas del cambio verdadero", afiliados de Morena, a Alejandrina mi esposa y a mí.

En este intento de organización zonal, buscando disputar más tarde algún lugar en el Comité Ejecutivo, algunos nos dedicamos a pelear por la remodelación de un campo deportivo llamado "Campo Xóchitl", del cual se había apoderado el narcomenudeo en 2019. A estas alturas ya era capaz de ser escuchado y, hasta a veces, ganarles algunos debates a los funcionarios encumbrados de Morena. Hasta les presenté un Plan de Trabajo que, de hecho, aceptaron, pues no había otro, pero sucedió entonces que ahora mi esposa fue quien se enfermó. Se le subía la presión alarmantemente debido a su diabetes y a la altura de la Cd. de México, razón por la que, debido a la recomendación de sus médicos y a la contundente exigencia de mi hijo Ricardo de que nos mudáramos de nuevo para Aguascalientes, yo me sentí responsable de la suerte y de la salud de mi querida Alejandrina, de tal modo que ya estamos acá en Aguascalientes de nuevo desde finales del 2019, batallando igual que en Tlalpan por la falta de enraizamiento del Morena local en la problemática social de la entidad, lo que ha facilitado la antidemocracia del CEN de Morena, quien al igual que nos sucedió en Tlalpan, aquí también ha continuado decidiendo candidaturas y hasta al Delegado Estatal por Morena, debido a esta falta de consecuencia de los actuales dirigentes, de no llevar a los hechos lo que rezan los documentos del partido, que decimos es el que puede ayudar a llevar a los hechos AMLO su proyecto de gobierno y no dejarlo solo ante los embates, que arrecian todos los días, de parte de la llamada "Mafia del Poder". Ya hasta está al descubierto que recibieron financiamiento por parte del embajador de EUA para ganar el Congreso de

la Unión en las pasadas elecciones de junio del 2021, pero no se les hizo.

No es disculpa, pero la pandemia ha contribuido determinantemente a esta inactividad y falta de organización en el partido.

Al igual que en el resto del país, los que reclaman que les birlaron las candidaturas aquí en Aguascalientes, reclaman ser fundadores y tener 5 años en Morena, pero, como ya dije, no tienen base social. Los 80,000 votos logrados en las pasadas elecciones no se deben a su buen desempeño como dirigentes. Se deben al factor Andrés Manuel, que, a pesar de todas las inconsistencias de Morena, ha logrado jalar, de un medio conservador y retrógrado como es Aguascalientes, todo ese apoyo popular incógnito por su gobierno. Se ganaron 6 diputaciones y el PT otra. En esas estamos. Ya estamos vacunados contra el Covid pero a mí me atacó otro virus al trigémino del lado derecho de mi cráneo llamado Herpes Zoster y casi me deja sin un ojo. Ya pasé la crisis desde el año pasado, aunque todavía siento molestias de vez en cuando en mi ojo del mismo lado.

CAPÍTULO VI.

ÚLTIMAS REFLEXIONES Y CONCLUSIONES

La reforma política de 1977 y el PRD

De entrada, yo creo que lo que me pasó aquí en Aguascalientes en el PRD y enfrentándome a los Ortega, a la corriente Nueva Izquierda (NI), fue, en chiquito, lo mismo que le pasó al PRD en su dimensión nacional y que se expresó con mucha claridad cuando se suma al PAN y al PRI en el Pacto por México, para buscar darle legitimidad a Peña Nieto y para profundizar la brecha de desigualdades sociales en todo el país, para cuyo propósito ya habían trabajado desde 1982 los antecesores de Peña Nieto, en el Poder Ejecutivo Federal.

Y lo más lastimoso aunque no sorprendente, es que algunos de mis viejos compañeros de la OMEP, exguerrilleros, no sólo apoyaron, sino además promovieron esta "unidad", esta alianza contra el pueblo de México, para agudizar más sus penurias y falta de oportunidades, según es mi punto de vista.

Yo puedo aceptar autocríticamente falta de experiencia o habilidades para haber podido remontar el hostigamiento de que fui objeto en el PRD aquí en Aguascalientes, pero no puede ser que a todos les haya pasado lo mismo en todo el país, inclusive a los de la misma dirección nacional del PRD, donde, como ya dije, de alguna manera también participaban algunos o algún exguerrillero.

Y dado que también les pasó lo mismo, por eso creo que el problema es más profundo y complejo.

Regresando un poco a las motivaciones del régimen priista para decretar la Reforma Política de 1977, mucho se debatió en distintos foros, antes y después de aprobar la citada Reforma, sobre la posibilidad de que ésta estuviera ideada en el fondo, para pervertir a los partidos políticos de oposición mediante su financiamiento en particular y cooptar en general a los movimientos disidentes al sistema, a los causes e intereses del grupo en el poder. Y efectivamente, esa posibilidad tomó cuerpo de manera muy evidente en el curso de los acontecimientos. En principio, anulándose a sí mismos en la lucha interna de cada partido por las candidaturas a puestos de elección popular, así como en las disputas por decidir sus direcciones estatales y nacionales (léase disputas por las prerrogativas) y, a la vez, perdiendo de vista las razones de su existencia como partidos de oposición. Como ya quedó claro en mi narración, el PRD es un claro ejemplo de esto que estoy señalado. Se apoderaron de su dirección desde su nacimiento mismo aquí en Aguascalientes, quienes por sus características particulares, compromisos y acuerdos en secreto con el gobierno federal o con los estatales, cumplían los "requisitos" de tener achatado su filo y hacer bien el simulacro con discursos de izquierda, para ocupar lugares desde donde se traicionaban no sólo al propio PRD, sino a la gente misma a la que en lugar de acercar, alejaban, cuando era cada vez más evidente que sólo estaban ahí para servirle al grupo en el poder en el país, por acción o por omisión y para enriquecerse individual y grupalmente.

Aunque estoy ya en la parte de las "conclusiones", cabe de todas maneras para reforzar lo anterior, incluir aquí una anécdota que mi esposa Alejandrina también puede sostener. Aquí en Aguascalientes había una familia dentro de las predominantes en el PRI de apellido Romero. El hermano más chico de ellos, de nombre Marco, llegó a ser funcionario de alto nivel en la Delegación del ISSSTE, mientras que

ella era la Secretaria General del sindicato de esa institución, 1987-1990, manteniéndose esta buena relación hasta varios años después. Era un muchacho de corte más liberal y menos estrecho que el de los demás hermanos, en el sentido de apoyar siempre por debajo del agua, las demandas contra la corrupción que caracterizaron siempre a la conducta como representante sindical de Alejandrina. Lo anterior hizo que llegaran a trabar cierta amistad dentro de un marco de respeto muy grande que Marco siempre le expresaba a ella.

Y sucedió que a la altura de 1995-96 más o menos, a Marco le dieron en el gabinete del gobierno estatal de Otto Granados, el puesto de Jefe de Gobernación Estatal y mandó llamar a Alejandrina, que era con quien él tenía su relación de entendimiento desde cuando era funcionario del ISSSTE, para invitarla a trabajar con él, en el sentido de sustituir a los Ortega del liderazgo en el PRD local. Textualmente le dijo que materialmente le salía muy caro al gobierno del Estado estar sosteniéndolos. Que ellos estaban buscando a alguien más, que significaran menos erogación al presupuesto del Estado y mayor eficacia a favor del gobierno estatal, como líderes del PRD.

Este es un testimonio vivo de mi esposa, que si lo atamos a cuando Otto insistía en platicar conmigo, al extremo de decirme que tenía derecho de picaporte en su oficina cuantas veces lo quisiera visitar, pues demuestra con mucha claridad lo que ahora estoy concluyendo: El liderazgo del PRD en Aguascalientes era subvencionado por el gobierno del Estado y no sólo eso, desde el propio gobierno federal se dictaban órdenes a Jesús Ortega, como aquella indicación que le dieron de que precisamente Otto no quería que el PRD registrara candidato a gobernador en Aguascalientes, en 1993, indicación que desde luego, los Ortega obedecieron influyendo al "Camándulas" o haciéndose "de la vista gorda" para que renunciara a la candidatura a gobernador del estado por

parte del PRD en la entidad, en un momento donde ya no se le podía sustituir legalmente con otro. Claro que todos pretextaron que había sido Salinas quien había venido hasta a Aguascalientes a "hablar" con él, con el "Camándulas", pero la verdad de las cosas la devela Alejandrina cuando fue testigo directamente en Los Pinos, de cuando le enviaron esa indicación a Jesús Ortega y después, al haber sido invitada por Marco Romero a "desbancar" a los Ortega, confesando abiertamente que le resultaba muy caro al gobierno semejante relación. Ella desde luego, desde el primer momento en que escuchó la invitación, se negó a colaborar.[1]

Alejandrina al platicármelo, desde luego ya sabía qué es lo que yo iba a responder, pues la invitación prácticamente nos la estaban haciendo a los dos, ya que Alejandrina se había dedicado más de tiempo completo a sus labores sindicales que a las del partido, siendo de conocimiento público que quien estaba con todo el tiempo disponible para el PRD, era yo.

En esta parte creo que debo aclarar que era evidente que lo que querían era exhibirme como colaborador del gobierno de Otto Granados. No se puede entender tanta insistencia de él mismo para que lo visitara. De haber accedido yo a sus invitaciones, desde luego que provocaría que ellos buscaran que trascendiera públicamente para señalarme como quien jugaba el papel que hasta entonces habían venido jugando los Ortega. Y jugándolo muy bien para los intereses del gobierno federal y del estado y para sus intereses propios de

[1] En esta parte debe aclararse que Alejandrina decidió por cuenta propia, no decir nada sobre lo que escuchó en los Pinos, cuando le enviaron indicaciones a Jesús Ortega sobre que Otto Granados quería que el PRD no registrara candidato a la gubernatura en 1992, pues pondría en evidencia a quien le estaba ayudando a que no la corrieran como trabajadora del ISSSTE. Sin embargo, hoy lo puede sostener en lo necesario.

familia y de grupo. No jugándolo mal, como intentaba Marco pintarle el panorama a Alejandrina, para convencerla de colaborar. Por fortuna no caímos en esa maniobra.

A lo anterior habría que sumar que mientras había aquel comportamiento por parte del gobierno del estado hacia nosotros, de una aparente generosidad que buscaba envolvernos, al mismo tiempo un alto funcionario del ISSSTE le comentaba a Alejandrina que había también indicaciones para levantarme un acta y despedirme. Es decir, no había tal disposición ni tal generosidad por parte de nadie hacia nosotros, sino que lo que querían era correrlos a los dos de la Institución federal a donde trabajábamos y obteníamos de ahí un salario, desde el cual nos apoyábamos para combatirlos políticamente.

El anterior panorama y mecanismos me parece muy aventurado expresar haciéndolo extensivo a todo el país y, sobre todo, a la dirección nacional del PRD, pero los hechos a estas alturas de la historia, no dejan muchas dudas al respecto. Es parte de las preocupaciones de esta tesis aportar lo necesario para demostrar que, en el fondo, ese era uno de los propósitos de la Reforma Política de 1977.

Habiendo el PRD logrado nuclear en 1988-89 a todas las fuerzas democráticas de oposición de aquel momento en el país, ha significado hoy el ejemplo más relevante de que los que urdieron la reforma política de 1977 fue también para someter, cooptar y controlar al movimiento disidente y que dieron un gran golpe hacia ese objetivo, alcanzando niveles muy avanzados al respecto desde antes del 2012, pero muy evidenciado en aquel año. No tuvieron el menor recato. El Pacto por México, pacto entre la "disidencia" representada por algunos partidos de oposición, entre ellos el PRD, con los representantes directos del poder oligarca actual, evidencia mucho, según es mi punto de vista, aquel propósito no dicho, al dar causes legales y financiados a los partidos políticos.

Podríamos seguir abundando en lo anterior. Desde que se dio el decreto de la Reforma Política de que hablamos, décadas sin huelgas de obreros que impactaran e impusieran al gobierno mejores condiciones de vida para los trabajadores, a pesar de que los salarios se empobrecieron cada vez más en relación a la inflación nacional; ausencia de movimientos de los "sin techo" por algún espacio de tierra para radicar en él y tener una vida digna, a pesar de las miles de familias rentando viviendas en donde pudieran y al precio que pudieran o viviendo de arrimado; la emigración hacia el norte y hacia el crimen organizado por falta de condiciones de producción y de vida en el medio rural, etcétera, por sólo mencionar algunos problemas, aparte del saqueo y privatización de las riquezas y empresas nacionales de lo que ya hablamos, nos dan cuenta de quién o de quiénes fueron los beneficiados a partir de señalada reforma hasta llegar al 2018.

Y lo peor: nos dan cuenta además de los niveles de descomposición individual y grupales que se dan en los conglomerados humanos, cuando de alcanzar una mejoría económica en lo personal se trata, blandiendo palabrería de izquierda para ocultar sus verdaderos y más bajos e individuales intereses. En este sentido, en el de las discordias internas de cada partido incentivadas por alcanzar cada uno de sus dirigentes o grupos un beneficio particular, observar un poco la realidad interna de cada partido de izquierda, del PRD, volvamos a ese ejemplo, nos reitera lo ya dicho: la invitación para pasar de las armas a las urnas era sólo la envoltura con papel de oropel, para profundizar los niveles de pobreza de la mayoría de la población y concentrar más la riqueza en cada vez más pocas manos.

Sin embargo debo añadir todavía algo más.

Las oligarquías internacionales y su influencia en las políticas de países como México

Levantando un poco la mirada hacia otras latitudes del planeta y hacia otros momentos de la historia, nos daremos cuenta que lo anterior a que me he referido para México, no es privativo para México solamente, sino que hay todo un conjunto de planes para consolidar el poderío de los grandes oligarcas del mundo, quienes buscan someter a los pueblos y gobiernos de todo el orbe a su dominio al precio de cualquier costo, para lo cual han acumulado y estudiado las historias de las luchas de los pueblos y saber cómo prevenirlas y derrotarlas en todo momento.

El presidente estadunidense "Ike" Eisenhower,[2] en su discurso de despedida pronunciado el 17 de enero de 1961, habló a los estadunidenses del novedoso concepto del "complejo militar industrial" conformado por las fuerzas armadas y los fabricantes de armamentos y advirtió de su creciente injerencia en el manejo de las políticas públicas del país. Es decir, advirtió a los norteamericanos de que ese "complejo militar" era capaz de imponer sus prioridades a cualquier gobierno estadunidense que pudiera considerarse como democrático y fuerte, como supuestamente era el que él había representado.

Por su parte, el presidente John F. Kennedy,[3] en discurso pronunciado el 27 de abril del mismo año, ante la prensa nacional de EUA, dijo:

"La mismísima palabra «secretismo» es repugnante en una sociedad libre y abierta. Y estamos como colectivo,

[2] Disponible en: <https://es.wikipedia.org/wiki/Complejo_industrial-militar?oldformat=true> (Consultado: 15/11/2023).

[3] Disponible en: <https://medium.com/@christianlugo/ultimo-discurso-de-jhon-f-kennedy-27-de-abril-1961-1984496202ad> (Consultado: 15/11/2023).

inherente e históricamente opuestos a sociedades secretas, juramentos secretos y procedimientos secretos. Para lo que nos oponemos en todo el mundo a una conspiración monolítica y despiadada, la cual depende de la codicia para expandir un temor infundado a sus influencias.

"En la infiltración en lugar de la invasión, en la subversión en lugar de las elecciones, en la intimidación en lugar de la libre elección.

"Se trata de un sistema que ha reclutado gran cantidad de recursos materiales y humanos en la construcción de una bien unida y eficiente máquina que combina operaciones militares, diplomáticas, de inteligencia, económicas, científicas y políticas.

"Sus percepciones se ocultan, no se publican. Sus fallos se entierran, no son titulares. Sus disidentes son silenciados, no alabados. No se cuestionan sus gastos, ningún secreto es revelado.

"Esto es por lo que el legislador ateniense Solón, decretó como crimen que cualquier ciudadano se encogiese ante la controversia.

"Les pido a ustedes su ayuda en la gran tarea de informar y alertar a la gente de América, con la confianza de que con ayuda, el hombre pueda ser lo que nació para ser: Libre e independiente".

Los dos discursos, el de Eisenhower y el de Kennedy, nos dan clara idea de la existencia de un poder supremo en lo económico, político, militar e inteligencia, fuera del alcance de los dos, que impusieron desde entonces o tal vez desde antes de aquellos años, sus condiciones hasta a ellos mismos, como presidentes de la superpotencia, no sólo al resto de la población norteamericana.

Por otro lado, William Cooper publica en un anexo de su libro titulado "Behold a pale horse" (Light technology Publishing, 1991), un documento fechado en mayo de 1979, firma-

do por un supuesto "Club de reflexión Grupo Bilderberg" cuya lectura es francamente espeluznante.

En resumidas cuentas habla de una supuesta "Tercera guerra mundial" a la que le llama "Guerra tranquila", que parte del diagnóstico de caracterizar a la mayoría de la población del mundo, incluyendo la norteamericana, como animales domesticados, indolentes, irresponsables e indisciplinados a los que en consecuencia, en el interés del futuro orden mundial, de la paz y la tranquilidad, se debe desatar en contra de ellos la llamada "Guerra tranquila" con el propósito de desplazar la energía social y natural (riqueza) de esa masa indisciplinada, a las manos de algunos suertudos, auto disciplinados y responsables ciudadanos, que eran ellos, los más ricos en EUA, que habían ordenado la elaboración de este plan.

Las armas que utilizarán serán tan sutiles y sofisticadas en su funcionamiento y aplicación que nadie se daría cuenta de su existencia, por lo cual les nombraron "armas silenciosas".

Se buscará establecer una economía totalmente previsible, predicable y manipulable.

Las clases inferiores de la sociedad serán llevadas a un control total, a ser puestos en la calle, sometidos al yugo y asignados a un deber social de largo plazo desde la edad temprana. Dicen además que para ese efecto las células familiares deberán ser desintegradas por medio de un proceso de aumentar las preocupaciones a los padres. Que la calidad de la educación que se les ofrezca será la más pobre para aumentar la brecha de la ignorancia. Que esta forma de esclavitud será esencial para mantener un cierto nivel de orden social, paz y tranquilidad para las clases superiores al mando de ese proceso.

Que las armas que se usarán dispararán situaciones en vez de balas, serán propulsadas por tratamiento de datos en vez de reacción química, que dispararán bytes de informaciones,

en vez de granos de pólvora y lo harán a partir de un ordenador (computadora) en vez de un fusil y manipulado por programador de computadoras en vez de un franco tirador de élite.

Citan a Mayer Amschel Rothschild, quien descubrió al término de la inducción económica antes del descubrimiento de la computadora electrónica, instrumento que una vez creado por la humanidad, vendría a potenciar este descubrimiento.

Él decía: "Dadme el control sobre la moneda de una nación, y no tendré por qué preocuparme de aquellos que hacen sus leyes".

Es extenso el planteamiento de este "Club de reflexión…", pero lo que busco es dejar la idea, según es mi entendimiento, que a ese tipo de agrupamientos son a los que se referían tanto Eisenhower como Kennedy en sus discursos, pues ponen de manifiesto lo colosal de sus poderes e influencia por encima de los constitucionales de cualquier pueblo del planeta.

Precisamente los Rothschild, apoderados de la Reserva Federal en EUA, eran quienes hacían emisiones de grandes cantidades de dólares pero sin respaldo real en plata o en oro, logrando de esa manera el control económico no sólo de los EUA, sino de las principales capitales de los distintos países del mundo, a lo que Kennedy[4] se opuso contundentemente cuando mandó emitir 4,000 mdd con respaldo real en plata y oro, buscando terminar con el imperio de esa familia.

No me voy a distraer en la suerte que le corrió a Kennedy debido a estas andanzas, pues enseguida ordenó el retiro de las fuerzas armadas norteamericanas en Viet Nam, afectando otra vez los intereses de la señalada familia Rothschild, orden que de inmediato reviró Lyndon B. Johnson

[4] Orden Ejecutiva 11.110 de John Kennedy en Wikipedia.

al asumir el poder en aquel país. Lo que quisiera dejar claro al lector es la existencia de grupos de estudio, análisis y diseño de estrategias, financiados por las grandes oligarquías internacionales para desplegar sus políticas en todo el mundo, buscando no sólo protegerse, sino agrandar su poderío económico y en todos los órdenes.

Hay otros trabajos como el de Miguel Ángel Ruiz, titulado "La identidad de los Amos del Mundo", publicado en la revista española "Año Cero" número 09-326, del mes de abril del 2018, que ayuda mucho a comprender lo planteado en "Las armas silenciosas".

En él explica que los "Amos del mundo" ya no pertenecen sólo a EUA, sino que son una red de tanques de pensamiento ("think tanks"), financiados horizontalmente, no piramidalmente, por los grandes oligarcas del orbe, con el propósito de estudiar, clasificar y analizar según las características sociales, económicas, políticas, militares de cada país, para poner en marcha diversas estrategias a fin de tejer el control global del planeta a favor de ellos.

Habla de que en la actualidad existen 5 000 laboratorios de pensamiento interrelacionados entre sí y que influyen a organismos internacionales en los que no es precisamente el sufragio ciudadano mediante el cual se normen, como son el FMI, el Banco Mundial, el Banco Central Europeo, contando además con las embajadas que acceden a las políticas de los gobiernos de países en desarrollo o también en las de los ya altamente desarrollados.

Regresando a mi tema, la política del terror y del miedo que vivimos más intensamente en los gobiernos de Calderón y de Peña Nieto, no era casualidad que también la vivieran al mismo tiempo en Chile y Argentina, por sólo mencionar a dos países de Latinoamérica.

Aquellas terribles circunstancias que se agudizaron en esos sexenios, que hacían olvidar las demandas bási-

cas por mayor salario, educación gratuita y de calidad, salud universal, mayor democracia, por sólo mencionar a algunas, a cambio de por lo menos tener empleo no importando que fuera mal pagado ni sólo por algunas horas del día, sin que hubiera algún instituto partidario o de carácter social que hiciera contrapeso formulando consecuentemente las viejas demandas ya empolvadas, en medio del aturdimiento que nos provocaba el miedo y la inseguridad, no se impusieron en el país por generación espontánea o algo que se le pareciera, sino eran y son resultado precisamente de esas políticas diseñadas para sofocar desalmadamente el desarrollo y felicidad de la humanidad y particularmente de nuestro país.

Y ese es el marco donde instalo a la Reforma Política de 1977 en México. Apertura política, registro a los partidos de oposición y posibilidades de acceder a niveles de gobierno por medio de las listas plurinominales, financiamiento, etcétera. A los grupos armados de los setenta invitarlos a pasar de las armas a las urnas, pero al mismo tiempo corrompiendo el interior de su organismo partidario, usando a los mismos recursos económicos que cedían, para hacerlos que se perdieran en pelear por ellos. Aparte, entidades como la corriente NI y ADN dentro del PRD, ligadas a financiamientos y acuerdos extraestatutarios por parte de los gobiernos estatales o de algunos gobiernos federales, para aniquilar más los propósitos libertarios y de justicia social que inspiraron a ese partido al nacer.

La nueva situación en México a partir del 2018 y la revolución de las conciencias contra la corrupción y el neoliberalismo

Por fortuna, todo lo ocurrido desde 1982 hasta el 2018, engendró y amamantó a su propio sepulturero.

El agravio tan profundo que significó el fraude de Carlos Salinas de Gortari contra el Movimiento Democrático Revolucionario encabezado por el FDN y Cuauhtémoc Cárdenas en 1988, tenía que provocar consecuencias.

Cierto, no se reunieron condiciones para que el propio Cuauhtémoc fuera quien siguiera encabezando al movimiento que él mismo había iniciado, pero hubo otras para que desde Tabasco, en 1988 y luego 1994, naciera un liderazgo en el que sí pudieran concretarse y tener canal de expresión todos los resentimientos y demandas sociales de México.

Andrés Manuel López Obrador cobró presencia nacional con su éxodo al DF desde Tabasco en reclamo de democracia, para luego pasar a ser presidente del PRD, 1996-1999, periodo donde este partido empezó su escalada conquistando espacios de gobierno y en Congreso de la Unión, razón por la que pudo proyectar su figura para ser Jefe de Gobierno del DF en el año 2000 y lanzarse como candidato a la presidencia de la república, la primera vez en 2006, misma que le robó Felipe Calderón, dando oportunidad para, igual que en Tabasco en 1994, lanzara la iniciativa de apoderarse de la Av. Reforma hasta llegar al Zócalo de la Ciudad de México, en protesta por el fraude que le cometieron. Crece su figura y al contender contra Peña Nieto para el mismo cargo le repiten la fórmula del fraude, pero ahora con la compra masiva de votos en su contra.

Sumados los fraudes anteriores a toda la descomposición social y deterioro de los ingresos populares y de la seguridad nacional, poco a poco se fueron acumulando razones, como en una olla de presión, para que socialmente se estallara en 2018, y ya no hubiera forma de detenerlo para ser Presidente de la República.

El crecimiento de la pobreza, la inseguridad nacional, el saqueo de recursos al país y la privatización de las indus-

trias estratégicas como "Luz y Fuerza del Centro", como los Ferrocarriles Nacionales, como los puertos y aeropuertos del país, como las tierras ejidales etcétera, etcétera, lo cual, todo, se canalizaba para beneficio sólo de unos cuantos, provocó la concientización nacional para volcarse masivamente a favor del programa de Andrés Manuel López Obrador y se iniciara un proceso de reversión a favor de las clases populares, limitando los privilegios, corruptelas, robos y canonjías de que gozaba lo que él ha bautizado como "La mafia del poder".

Se dice que Andrés Manuel representa un proyecto de la derecha misma para reinstalar lo que era nacionalismo revolucionario del PRI; se dice no sólo que no es marxista y que no lucha por el socialismo. Se dice además que ni siquiera es de izquierda y menos, que es revolucionario.

Pero cuando lo vemos revertir en los hechos todo el proceso de aniquilamiento social que he descrito, cuando leemos que las oligarquías internacionales han diseñado todo un plan para someter a países deudores como lo es el nuestro y vemos, en contra de todo esto, a un político honesto atreviéndose a no endeudar más al país, y, por ende, a restar razones para tener que someter a la política de México a las "recomendaciones" del exterior; cuando lo vemos aumentar el salario mínimo hasta más del 40% en lo que va de su sexenio y no tener que aumentar los impuestos lastimando más la economía popular para responder cada vez más satisfactoriamente a las necesidades sociales, cuando vemos que logra que el peso en lugar de devaluarse frente al dólar, aumente su valor, cuando lo vemos hacer que los grandes oligarcas nacionales paguen sus impuestos, atreviéndose a mermar el "huachicol", línea de trabajo utilizada por los políticos corruptos para mermar los ingresos nacionales, cuando vemos a Santiago Nieto confiscando las cuentas de los más encumbrados ladrones obligándolos a devolver al erario lo que se

robaron, cuando frente a la indiferencia electoral que prevaleció poro décadas en millones de mexicanos y mexicanas al ver que de nada servía su voto, hoy, el 6 de junio del 2021 pasado, vimos elevarse el porcentaje de participación popular en las elecciones, gracias al ambiente y confianza generada alrededor de la política llevada a los hechos por López Obrador; cuando vimos que el Estado, como representante institucional de la sociedad mexicana, se había convertido en un comité al servicio de los más grandes rufianes del país y hoy se rescata para ponerlo al servicio de una política que beneficie a todos, pero primero a los pobres, al justipreciar todo lo dicho en su dimensión y contexto real, a algunos nos es suficiente para convencernos que ese impulso que está atrás de toda esas transformaciones, en beneficio de las mayorías, es un impulso indudablemente revolucionario al cual hay que apoyar.

También nos inquieta, y nos inquieta mucho, saber que otros que se dicen de izquierda y revolucionarios, en lugar de apoyar se dediquen a depredar la política aplicada por AMLO, pero más nos inquietaría pasar a ayudarles actuando en contra de este nuevo rumbo que el país está tomando, en lugar de colocarse con modestia y humildad, con cordura y madurez, con toda la disposición de colaborar o por lo menos no estorbar, para profundizar y llevar hasta sus últimas consecuencias, no acríticamente sino señalando las debilidades con toda honestidad y buena fe, a esto que nosotros mismos provocamos desde los setenta del siglo pasado y que Andrés Manuel le ha llamado revolución de las conciencias.

Es correcto quitarles el poder a los oligarcas corruptos. Y aquí no diría yo que habrá que hacerlo porque nuestra revolución sea moral, o sólo moral. No. Hacerlo porque esos que se han apoderado de las riquezas del país o han permitido que sean saqueadas por intereses extra nacionales usando a la corrupción, son la primera vestimenta que hay

que derrumbarles para dar el siguiente paso, en el camino de equilibrar con mayor justicia social a la distribución de la riqueza en México.

Y no porque ya sea un dechado de rosas el camino para usar las urnas como recurso para la transformación social. Usarlas y que se usen bien, va a seguir dependiendo de nosotros, de la correlación que sepamos formar alrededor de un proyecto encaminado hacia una revolución más cabal e integral, cuyo camino ya hemos iniciado. Ya estamos haciendo la Revolución al lado de Andrés Manuel al apoyarlo, pero a la vez, no sólo buscando fortalecer las debilidades de Morena, sino yéndonos a trabajar con toda convicción a favor de las demandas y necesidades de la gente, lo cual redundará, indefectiblemente para dar bien los pasos que siguen y para corregir los que hayan dado mal dentro de este mismo proceso de transformación.

Según datos que el propio AMLO ofreció en su III Informe, del millón 350,000 empleos perdidos por la pandemia, se han recuperado ya 957,000; a la pregunta de que si la situación del entrevistado ha mejorado, del año pasado al actual, sigue igual o ha empeorado, sólo el 40% respondió que ha empeorado, distribuyéndose el resto en 15% ha mejorado y 42% que ha seguido igual. el 87% de los encuestados están de acuerdo en el cambio que se la ha impreso al país desde 2018 y 6.7 califica de buena gestión a la personal de AMLO. Lo anterior se refleja en los resultados electorales de las elecciones intermedias pasadas, del 2021. Entre aliados y Morena se consiguieron, de 300 puestos uninominales, 186; mientras que la oposición sólo 107 y Movimiento Ciudadano 7, lo cual a su vez refrenda la posibilidad de continuar con la actual política aplicada en el presupuesto con programas sociales que la oposición, si hubiera ganado, los modificaría. Estos son: pensión para mayores de 65 años, becas para jóvenes, jóvenes construyendo el futuro y sembrando vida, etcétera.

Los anteriores números ilustran que la mayoría de la ciudadanía, respalda la actual política de Andrés Manuel y participa en su defensa a través del voto.

La esperanza pues, está en nuestras manos. Tenemos ya la experiencia vivida en el PRD,

El interaccionismo simbólico y el materialismo dialéctico

Desde la introducción a esta tesis defino mi punto de partida como la de uno que es doblemente perdedor. Acepto conceptualmente que fuimos derrotados política y militarmente por nuestro enemigo de clase, cuando usamos como táctica a la guerrilla para imponer al socialismo en México. De una parte, no sé con qué palabras me atrevería a decir lo contrario, después de haber pasado por la tortura y la cárcel, después de haber trastabillado un poco por las averías que provocaron esas torturas a mi organismo, a mi ser físico; después de saber que muchos de mis compañeros y amigos quedaron sembrados en el camino sin conquistar nuestros propósitos por el socialismo. Pero también de otra parte, la verdad histórica que se ha impuesto para explicar nuestra derrota, aquella que no es autocrítica y reclama que resultamos vencedores porque nuestra táctica y estrategia fueron las correctas en la guerrilla de los sesenta y setenta, se ha logrado imponer hasta hoy, porque no hemos sido lo suficientemente persistentes al demostrar lo contrario. Esos son los dos aspectos en que me declaro derrotado al iniciar la redacción de mi tesis, pues como ya quedó claro en su momento, hasta fui "deslindado" por mis propios compañeros Lacandones, al criticar su izquierdismo. Viendo así las cosas, pues hasta en esa lucha ideológica fui derrotado.

Pero hoy, al terminar de plasmar mis ideas, recuentos y reflexiones, por supuesto que me declaro no sólo vencedor una vez, sino doblemente vencedor.

Ya una vez revisada y transformada nuestra táctica inicial, en el subinciso anterior acabo de describir por qué al final, a partir del 2018, el esfuerzo que hicimos en los años setenta, interpretándolo con las nuevas herramientas teóricas de que nos empoderamos en la OMEP, se debe entender como que fue una importantísima primera victoria, porque aún sin proponérnoslo, logramos abrir los canales de participación política de la disidencia, por medios pacíficos y legales. Y que además eso significa para mí una gran dicha poder decirlo así, antes de morir. Que es un gran privilegio haber sido no sólo testigo, sino artífice directo de esto para lo que hoy se encamina nuestro México. Por eso me cuento entre los vencedores. No fue un esfuerzo en vano. El auto sacrificio de Miguel Domínguez Rodríguez, de Olivia Ledesma y de Ángel Sarmiento, el sacrificio de Manuel Gámez Rascón, "Julio", de Francisco Rivera "El chicano" y la muerte de tantos compañeros y compañeras, creo con toda sinceridad que con estos años recién pasados y que hemos vivido, les estamos venerando su memoria. Sus muertes fueron para vencer. Somos vencedores.

Pero del lado de la lucha ideológica para explicar las razones de nuestra derrota, también he aprovechado este trabajo para aportar razones suficientes para explicar lo mejor que he podido, a partir de mi propia experiencia, por qué pudimos haber significado algo más que el apretón que le dimos al sistema político nacional para sólo hacer que recurriera a la Reforma Política de 1977, y obligarlo a cedernos el paso para usar las urnas y no las armas, en nuestra búsqueda de justicia social. Por esa razón, inclusive en ese rubro me siento vencedor, a no ser que alguno de mis compañeros y compañeras con los que he debatido este punto, explique

por escrito que estoy equivocado dándome la argumentación suficiente para convencerme que fuimos triunfadores con la táctica de la guerrilla para alcanzar el socialismo, antes de generar la amplia participación y compromiso en la revolución de amplios sectores de la sociedad, más particularmente del proletariado. Los y las invito a hacerlo. El debate está abierto.

Por otro lado, en 1972 Luis Echeverría y otros, peyorativamente nos calificaba a los guerrilleros como resentidos sociales, productos mal habidos de la desintegración de nuestras familias, para concluir que éramos simples delincuentes comunes. Lo que él quería era hacernos ver mal ante la sociedad y que nos descalificaran por eso. Atendiendo a la metodología que me propuse utilizar para el desarrollo de esta narrativa, yo rechazo contundentemente esa descalificación. Cierto, provengo de una familia que por la muerte de mis padres, mis hermanos y yo tuvimos que separarnos físicamente, pero no desintegrarnos como familia. Respondimos a las condiciones a que nuestra pobreza nos obligó, pero supimos hacerlo con dignidad y con horizontes nobles, honrados y luchando no sólo por nuestro bienestar personal, sino principalmente por el de los demás. Mi hermano Ricardo fue y es hoy un claro ejemplo de eso. Sacrificó más de lo debido, poniendo todos sus recursos económicos y familiares y hasta su salud misma, para luchar por la vía electoral, posteriormente a la guerrilla en Cd. Juárez. Respondimos los dos a la simbología que nuestros semejantes le otorgaron a nuestro entorno y supimos contribuir a su transformación. Creo que en lo personal supe posicionarme en cada circunstancia de acuerdo con los recursos que tuve a mi alcance, pero siempre con actitud autocritica y de rectificación. Aprendí lo que pude para utilizar al materialismo dialéctico con convicción y con placer. Con ética. Poniéndome siempre al servicio de los demás.

Reitero, como ya lo dije desde su momento, que mi ingreso a la guerrilla no fue por mi convicción de usar esa táctica como la más correcta, sino más bien presionado por sentir que cómodamente dejaba que otros lo hicieran, para criticarlos desde afuera sin correr su suerte. Por eso decidí buscar ingresar a ella por mi propia cuenta. Pero sobre todo, por no dejar sin respuesta a tan tremendo agravio que se nos había hecho a todos los mexicanos con la masacre de Tlatelolco 68. Como ya lo dije, el genocidio contra nuestros hermanos jóvenes, llenos de ideales, pero desarmados, no podía quedar sin respuesta.

Creo también que aceptar mi traslado a Aguascalientes, a pesar de que gozaba de mucho mejores condiciones de prosperidad económica y política en la FCPyS de la UNAM, fue correcto. Yo me debía a mí mismo seguir comprometido en las tareas que de algún modo me llevaron a la cárcel y fue correcto aprovechar la oportunidad que se me brindó de parte de los compañeros de la OMEP.

Sin embargo, sinceramente, al ver ahora el desarrollo de cada uno de ellos tuvo en su futuro personal después de aquellos años, con honrosas excepciones que no pasarían de dos o tres, creo que, de su parte, no en todos hubo una buena actitud. Como ya lo expliqué páginas atrás, como que querían deshacerse honrosamente del compromiso político que ellos mismos habían iniciado aquí en Aguascalientes, para ellos dedicarse a colocarse en mejores condiciones de bienestar personal o de una superior participación en el proceso político en su conjunto, radicando en el DF. A juzgar por los rumbos que tomaron cada uno de mis antecesores como responsables en este regional, eso es lo que hoy puedo decir. Creo que después de haber militado en la ultraizquierda, en el infantilismo de izquierda, jalar nuestra táctica un poco hacia el centro de esa izquierda, implicó un jalón hacia la derecha, en cuya inercia, en cuyo impulso, muchos quedaron

envueltos y se siguieron de frente por ese rumbo, sin poner límites y confundidos en la justeza de nuestra corrección táctica y estratégica, pero yéndose hasta el fondo, quedando hundidos en ella. Sirviendo al final realmente a la derecha después de haber sido formados en la izquierda.

Pero en resumidas cuentas, no me resta sino agradecer ese traslado a Aguascalientes de que he hablado, pues aquí fue donde conocí a Alejandrina, quien siendo originaria de Sonora y habiendo participado en la guerrilla de Chihuahua, enviada por la LC23S a la Sierra Tarahumara en 1973,1975, se convertiría en la compañera de toda mi vida y con quien procrearía a mi hijo, quien a juzgar de los que lo conocen, está hecho con toda la mano, con todo el amor y fuerza del mundo que se sintetizó en nuestro abrazo de coincidencias y que también fue esa la manera con la que él procreó a mi nieto, quienes, con alas también todos, han pasado a convertirse reiteradamente en la principal fuente de mi inspiración para seguir en la lucha, con amor y por los demás, y pelear a su vez por mi vida, por mi salud.

En cuanto a las contradicciones dentro del PRD, que todo parece indicar que se repetirán en Morena, ya di suficientes elementos para explicarlas y para mostrar el horizonte que veo al frente para resolver lo que sigue.

La victoria está a nuestro alcance.

¿Me ganaron realmente los Ortega en Aguascalientes?

En un análisis etnográfico de mi vida hay aspectos de ella que debo mirar más de frente y explicármela o explicarla mejor al lector que me favorezca con su atención, en lo relativo a la cultura prevalente dentro del capitalismo como modo de producción determinante, así como de las relaciones y costumbres que se generan dentro de este contexto, re-

firiéndome inclusive a los comportamientos en concreto de mi propia personalidad y de los individuos de mi entorno.

El marco general de la cultura y costumbres dentro del capitalismo es no dejarle al ser humano más salida que luchar por sí mismo para mejorar económicamente, sobre todo, a costa de lo que sea. Lo convierte en un ser egoísta, egocéntrico, que constantemente lo lleva a mentir e inclusive a delinquir. En ese contexto es presa fácil para que afloren en todas sus dimensiones, como determinantes en su conducta, los más bajos instintos que, aun autodefiniéndose como revolucionario o participante de izquierda, tiene que disfrazar, tiene que simular.

Y en casi todos los casos, dependiendo de la inteligencia y sus habilidades, entre otros factores con que se comporten, aparentemente logran salir ilesos, impunes.

Sin embargo, el ser humano está dotado de manera natural de una especie de tribunal interno que le permite enjuiciar no sólo su propia conducta sino inclusive la de los demás, cuando favorece o no favorece a sus intereses. Y no estoy hablando de "jueces neutros" que pueden ver a la justicia individual y social más allá de la cultura egocéntrica que el capitalismo nos inculca. No. Estoy hablando de gente con intereses individuales y de clase, que desde esa mirada y con los instrumentos que de manera natural están dotados, el libre albedrío, pueden valorar no sólo su propia conducta, sino inclusive la de los demás, insisto, en lo que se refiere precisamente a si afecta o no afecta a sus intereses.

Regresando a mi caso, el lector puede ver que desde niño, modestia aparte, mostré facultades para, por instinto elemental, lograr interpretar las necesidades de los demás y ser consecuente en mi conducta para ponerme a trabajar por ellas. La organización de la banda de guerra en el Colegio San Ignacio, en Praxedis G. Guerrero D. B. Chih., creo que

es una muestra de ello. Ahí mi comportamiento fue de consenso y de agrado a la generalidad y no tuve opositores, sino siempre aliados.

Después, en la Secundaria Nocturna, inclusive en medio de adultos, merecí, sin siquiera proponérmelo, ser nombrado jefe de grupo en el segundo grado, encargo para lo cual pude responder satisfactoriamente. Tanto, que insisto, de nuevo sin proponérmelo, llamé la atención para ser propuesto a la presidencia de la Sociedad de Alumnos de toda la escuela, cuando pasé al tercero, papel que creo haber desempeñado con placer, con mucha soltura y sin ninguna oposición al frente. Al contrario. Estuve siempre rodeado de compañeros y compañeras que me ayudaron y me expresaban de alguna manera su respeto, respaldo y admiración.

Lo mismo me ocurrió en la Cruz Roja, como voluntario socorrista. Ni siquiera me propuse que me nombraran su "Comandante" o Jefe de Socorristas y sin embargo, cuando hubo oportunidad o las circunstancias lo requirieron, sin ningún problema lo hicieron, sin que yo me promoviera y nadie que se me opusiera. Y es que hasta ahí todavía no tocaba los intereses económicos o políticos de alguien.

En el Consejo Local de Lucha, sobre todo en la primera división del mismo, yo creo que ahí sí ya hubo intereses políticos que toqué, también sin proponérmelo y por eso aquella campaña que se desató en contra de mí cuando me acusaban de caudillo y manipulador. Mi único interés en aquel entonces, y creo que sigue siendo el mismo hasta hoy, era participar con todo mi esfuerzo y capacidad en la construcción de una expresión política, en aquel caso estudiantil, que lograra fomentar y acrecentar la simpatía popular que había generado a su alrededor el movimiento estudiantil nacional en 1968, para pasar a convocar al pueblo en general a integrarse a un proceso de lucha más amplio y con propósitos de más largo alcance. Por fortuna, dado que no hubo dinero

de por medio para corromper a nadie, la propia inercia me favoreció y la mayoría se inclinó por mi liderazgo.

No fue así en la segunda división. Claro que también hubo intereses políticos de por medio, entre otras cosas. Ahí también además hubo mucho miedo a la represión que la mayoría temía como resultado de la quema del templete del PRI, donde LEA había hecho su mitin en su campaña para Presidente de la República y como resultado de los 6 ciudadanos que mataron en inmediata respuesta. Pero hubo también incomprensión sobre el rumbo y propósitos que teníamos hasta antes de esa quema del templete, que se dio de manera espontánea y fuera de plan. Y no sólo mi casa, sino hasta yo mismo, pasamos a constituir el elemento del cual alejarse. Lo demás sobre este punto ya está dicho páginas atrás.

En la invasión al predio del sur poniente de Cd. Juárez, claro que ahí atentamos no sólo intereses económicos sino inclusive los políticos del propio partido en el poder: del PRI.

De tal modo que el costo que pagamos por eso fue inferior al daño que les estábamos provocando. Una golpiza a mis compañeros invasores y 24 horas para mí en la cárcel, donde fui tratado con todas las consideraciones. Aparte la división del Consejo Directivo de Colonos, otorgando por parte del PRI a un sector del mismo la capacidad de legalizar la propiedad de los lotes, lo cual, de entrada, pareció derrotarme, pues, aunque la gente me tenía respeto y consideración, hasta yo mismo los impulsaba a que aprovecharan legalizar sus terrenos por ese medio, reconociendo mi error de no haberme adelantado para gestionar yo mismo eso con lo que ahora me estaban derrotando.

Sin embargo aquí también observé, con la información que me dio mi hermano años después, esos compañeros que nos traicionaron, no solo pagaron después con la indiferencia y el vacío natural que les hicieron todos los demás colo-

nos debido a su conducta oportunista y ventajosa, sino, además, al no serles eficaces a los propósitos del PRI en virtud de su falta de liderazgo, hasta por ese lado los despreciaron y sustituyeron por los que originalmente habían estado trabajando para el PRI, desde antes de nuestra invasión.

A eso me refiero cuando digo que la gente misma tiene un tribunal dentro de sus propios juicios y razonamientos que sabe aplicar como castigo ante bajezas como aquella que nos hicieron.

Posteriormente ya sumado a la guerrilla por mi propia cuenta y por los medios que ya describí, les tocó a "Jorge" y a "Tania", estando supuestamente del mismo lado que yo, aprovecharse de mi condición de joven solitario e inexperto para manipularme como mis "representantes" y hasta para hacerme sentir que no valía nada, sensación de la que me salvé gracias al enorme sostén que yo traía dentro de mí mismo, que era mi plena convicción por la causa.

Y aquí quiero decir que también ellos mismos crearon su propia imagen, después no aceptada y hasta repudiada por la mayoría. A pesar de que expulsamos sólo a uno de ellos, nunca supe razones ni procedimientos, pero al final me di cuenta no sólo de que ella regresó con él para recomponer su pareja, lo cual no está a juicio de nadie y qué bueno que lo hicieron, sino, además, para también acompañarlo en su calidad de expulsado. Eso lo demuestra la recomposición del grupo Lacandones que hicieron Víctor Velazco Damián, Alfonso Díaz Rojas, David Jiménez Sarmiento y Olivia Ledesma, ya caídos a la cárcel el resto, esfuerzo del que "Tania" ya no formó parte. Es decir, supuestamente siendo integrante de Lacandones, a esas alturas ya se hizo notar su ausencia provocada por ella misma. Como que se auto expulsó o algo parecido, sin que nadie se lo impidiera o condicionara.

A lo que me refiero es a que como que hay leyes naturales que hacen que los comportamientos negativos y de mala

fe, por su propia naturaleza, siempre jalan su propio castigo, su propia negación y condena por parte de los grupos en particular, o de la sociedad en su conjunto.

Mi experiencia política en la FCPyS de la UNAM y el CPDP tuvieron el mismo perfil. Realmente lo que sentí en ambos ambientes fue que no toqué intereses corruptos, por lo menos no de manera inmediata, de tal manera que me fue relativamente sencillo desplegarme con un buen nivel de éxito en ambos flancos.

Eso es lo que yo creo que pasó también con los Ortega y la corriente Nueva Izquierda dentro del PRD. A tal extremo tensaron sus posibilidades de corrupción y de desviar los propósitos del partido, que sus propios hechos, como el mar que expulsa hacia las playas la basura, los ha desprestigiado y arrancado su careta de izquierda y de revolucionarios, para ponerlos fuera de toda posibilidad de seguir influyendo determinantemente en la política de izquierda en el país y colocarlos a su vez donde es su verdadero lugar: Al lado de quienes fueron realmente sus patrones mientras que pudieron aparecer como "líderes de la democracia y de la lucha por la justicia social", dentro del PRD.

Cierto, sí lograron neutralizarme en Aguascalientes, aunque eso lo veo muy relativo, pues el pliego de demandas públicas y problemática social en Aguascalientes que logré colocar en las manos del gobernador en un mitin, como ya lo dije, para después estar presionándolo alrededor de las soluciones de la misma y acumular fuerza electoral a nuestro alrededor, creo que fue un paso muy importante al cual habría que darle seguimiento. Sin embargo, ninguno de los presidentes que me siguieron le prestó atención. Obviamente eso les molestó mucho. Hay un folleto que el propio PRD publicó aquí en Aguascalientes donde cada presidente del CEE expresa en 3 cuartillas cual fue su principal gestión y por supuesto que mientras que yo expreso en él que desa-

rrollé esa labor de levantamiento de demandas en todo el estado, ningún presidente del CEE posterior a mí le da seguimiento. Por eso digo que, aunque lograron destituirme, en el pecado llevaron la penitencia. Eran indicaciones no sólo de los Ortega sino del mismo gobernador que eso ya no se moviera y quedó claro para el que quiso verlo al destituirme. Por fortuna, ahora los neutralizados son ellos en todo México. Cierto, intentaron desprestigiarme despiadadamente sin nunca lograrlo, pero ahora los desprestigiados también son ellos y no tienen dónde esconderse salvo atrás del propio cinismo e impudicia que les caracteriza.

Hoy yo puedo caminar por las calles de esta entidad o por el resto del país sin nada que me haga agachar la cabeza por algo de lo que haya hecho en mi vida, mientras que ellos, saben muy bien de la condena social y política de que son objeto a lo largo y ancho de México, dentro de las filas de la izquierda nacional.

Otro factor al que debo referirme son las condiciones que me rodearon en todos los centros donde me pude desplegar con éxito o también donde no pude desarrollar algo relevante y que trascendiera. Me refiero a las condiciones que me rodearon, pero también el proceso del cual formaban parte los núcleos a donde me pude desenvolver con soltura.

En Aguascalientes, y en general en los estados del Bajío en el que se me encomendó la promoción del PPR, el bajísimo nivel de disposición a comprometerse y participar oponiéndose al poder político del PRI que caracteriza a la gente, fue el primer obstáculo. Hay una gran penetración del clero en el fomento de un comportamiento de conformismo y de aceptación de las condiciones en que se vive en general.

Ya en el PRD, además de lo anterior, enfrentarme a lobos con toda una estructura nacional y adiestramiento de canallas para neutralizar cualquier impulso revolucionario, con el agravante de que de mi parte no tenía a nivel nacional a

alguna organización dentro del mismo PRD que me ayudara. Esta organización la intentamos construir de alguna manera en el PMS, pero en el PRD ya sólo coincidía con un solo compañero, con Camilo Valenzuela en las reuniones del Consejo Nacional, platicándolo a título personal, en mi oposición a NI. Sin embargo, eso no era suficiente para poder salir airoso y con dignidad frente al hostigamiento de un grupo de sujetos aliados al PRI, tanto en el estado como a nivel federal.

Sin disculparme, en medio de esas condiciones, cualquier plan a corto o largo plazo no podía tener resultados positivos.

Por eso, desde mi punto de vista, vuelvo a decir que tuvimos la gran fortuna de que, dentro del PRD mismo, se acumularan condiciones desde Tabasco para perfilar públicamente la personalidad de un dirigente, que, gracias a muchas otras condiciones logró catalizar las debilidades de ese gran adversario interno y derrotarlo convocando a formar otra alternativa.

La herencia que el PRD simbolizaba había que rescatarla. Y estamos en eso.

Para finalizar, dentro de todo, he sido bueno demostradamente, contribuyendo a conducir procesos productivos y en beneficio de la gente y de la revolución, lo cual a su vez me ha hecho ser objeto de calumnias de todo calibre y de convertirme a su vez en acérrimo enemigo a derrotar por las fuerzas contrarias a esos propósitos.

Eso, lejos de avergonzarme, me llena de orgullo.

No tengo más que decir.

FUENTES CONSULTADAS

AVILA SOSA, A. y B. Pérez Aragón, *Voces de guerrilleros y guerrilleras de la Liga Comunista 23 de Septiembre en la Sierra Tarahumara 1973-1975*, México, INEHRM, 2023.

BLUMER, Herbert y Bain R., *Critiques of research in the social sciences, I: An appraisal of Thomas and Znaniecki's The Polish peasant in Europe and America, Bulletin (Social Research Council)*, New York, Social Science Research Council, 1939.

BURGESS, E. W., On Communityu, Family and Delinquency: Selected Writings (Heritage of Sociology) (L. S. Cotrell, Ed.), Chicago, University of Chicago Press, 1973.

COOLEY, C., *Human Nature and the Social Order*, New York, Charles Scribner's Sons, 1902.

GLOCKNER, F., *Memoria Roja*, México, Grupo Z, 2000.

LENIN, V., "La enfermedad infantil del izquierdismo en el comunismo", en *Lenin, Obras escogidas. Tomo único*, Progreso, 1961.

LUDIN, P. y M. Rosental, *Diccionario de filosofía y sociología Marxista*, La Habana: Orbe, 1961.

PLUMMER, Ken, *Los documentos personales. Introducción a los problemas y la bibliografía del método humanista*, Madrid, Siglo XXI, 1989.

RAMOS ZAVALA, R., "El proceso revolucionario", documento, México, 1969.

RASCÓN GÁMEZ, J. M., *A la luz de esta historia de batallas*, México, Alternativa Editorial, 2019.

SALCEDO, C., *Historia del Grupo Guerrillero Lacandones. La luz que no se acaba*, Segunda corrección, México, Símbolo Digital Diseño e Impresión, 2005.

VELÁZQUEZ, H., *Remolinos de Arena. El 68 en Juárez*, México, Borderland Studies Publishing House, 2010.

DE LAS **ARMAS** A LAS **URNAS**

CONTRIBUCIÓN A LA HISTORIA DEL GRUPO ARMADO LACANDONES ANTES DE FORMAR PARTE DE LA LIGA COMUNISTA 23 DE SEPTIEMBRE

AUTOBIOGRAFÍA

Benjamín Pérez Aragón

fue editado por el

INSTITUTO NACIONAL DE ESTUDIOS HISTÓRICOS DE LAS REVOLUCIONES DE MÉXICO

Se terminó en la Ciudad de México en septiembre de 2024.

La redacción del presente libro representa la suma directa de un esfuerzo que abarcaría las dos últimas décadas. Su escritura, por otro lado, se localiza en la totalidad de la vida consciente de su autor, desde la primera vez que levantó un lápiz y sintetizó una idea en el papel, siendo el niño huérfano que también fue, estudiando y entendiendo lo que podía del primer grado de primaria, en un ambiente que ya se nos revelará páginas adelante.

Hay obras así. Emanan de cabezas que están demasiado ocupadas sobreviviendo a brazadas en medio de una tormenta. A cada bocanada de aire, entre el golpe de las olas, durante cada pequeña fractura por donde se filtra la luz, las palabras van acumulándose en lo que terminará siendo un libro.

Este libro fue originalmente una tesis de licenciatura en antropología. Su primer esbozo buscaba capturar los procesos sociales y políticos de democratización surgidos desde la era de la guerra sucia en México y el surgimiento de los primeros partidos políticos de oposición, hasta la fundación del PRD; en el que Benjamín también militó y sirvió por años, hasta que decidió regresar a la capital del país, para retomar los estudios que había dejado inconclusos y flanquear los bloqueos políticos a los que se enfrentó durante décadas en Aguascalientes, ejecutados por conocidos apellidos terratenientes, también responsables por cierto, de convertir la trinchera de la izquierda en México en un McDonalds.

El lector atento notará la amplitud temática, lo que no suele ser conveniente para una tesis de licenciatura. Así también lo notaron sus primeros asesores. Así era Benjamín. Ante incontables correcciones y el paso de los años, bromeábamos, en la intimidad de nuestra familia, sobre que su nieto terminaría su tesis antes que él. Benjamín sólo sonreía...

José Ricardo Pérez Ávila

CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA
INEHRM